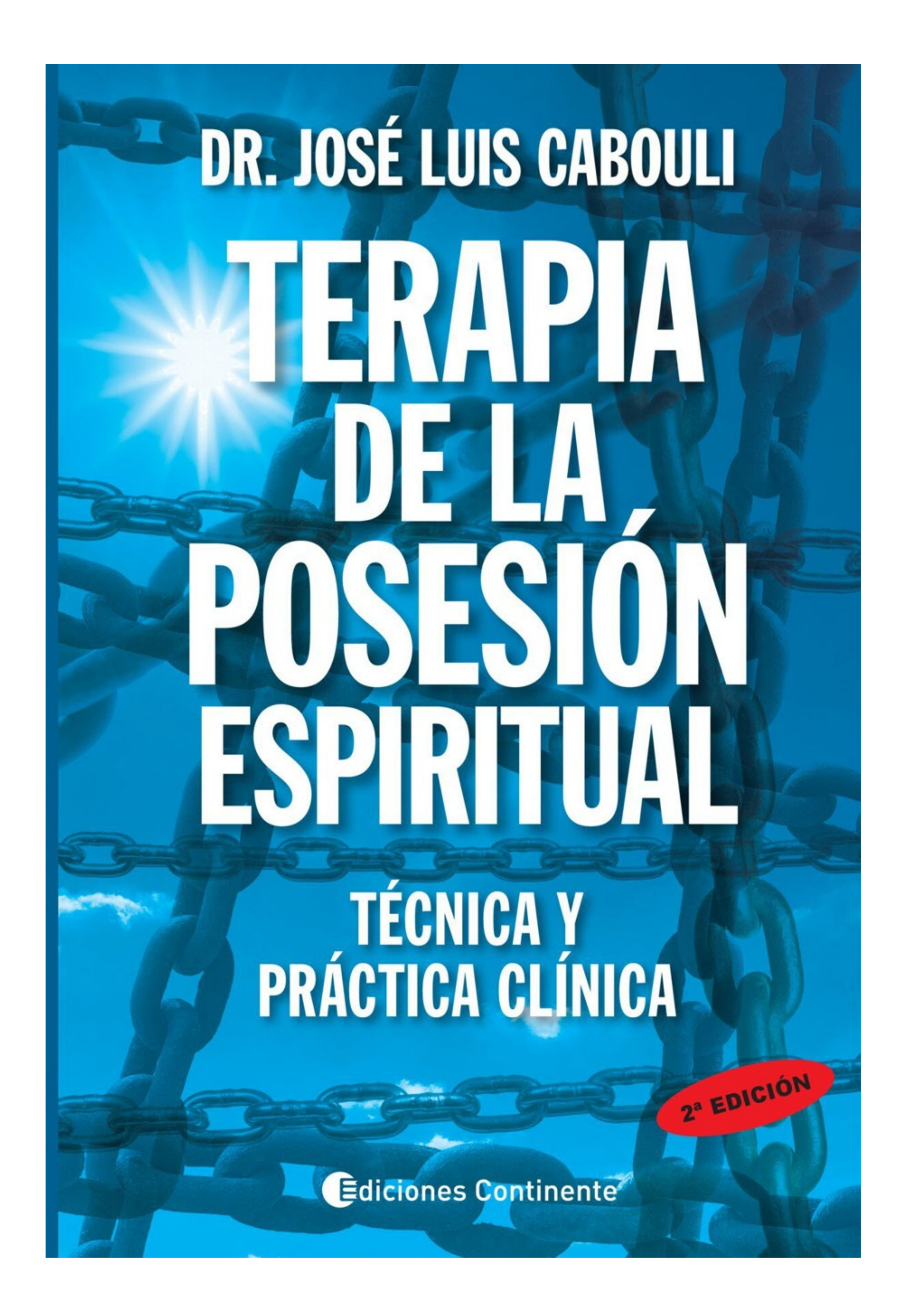
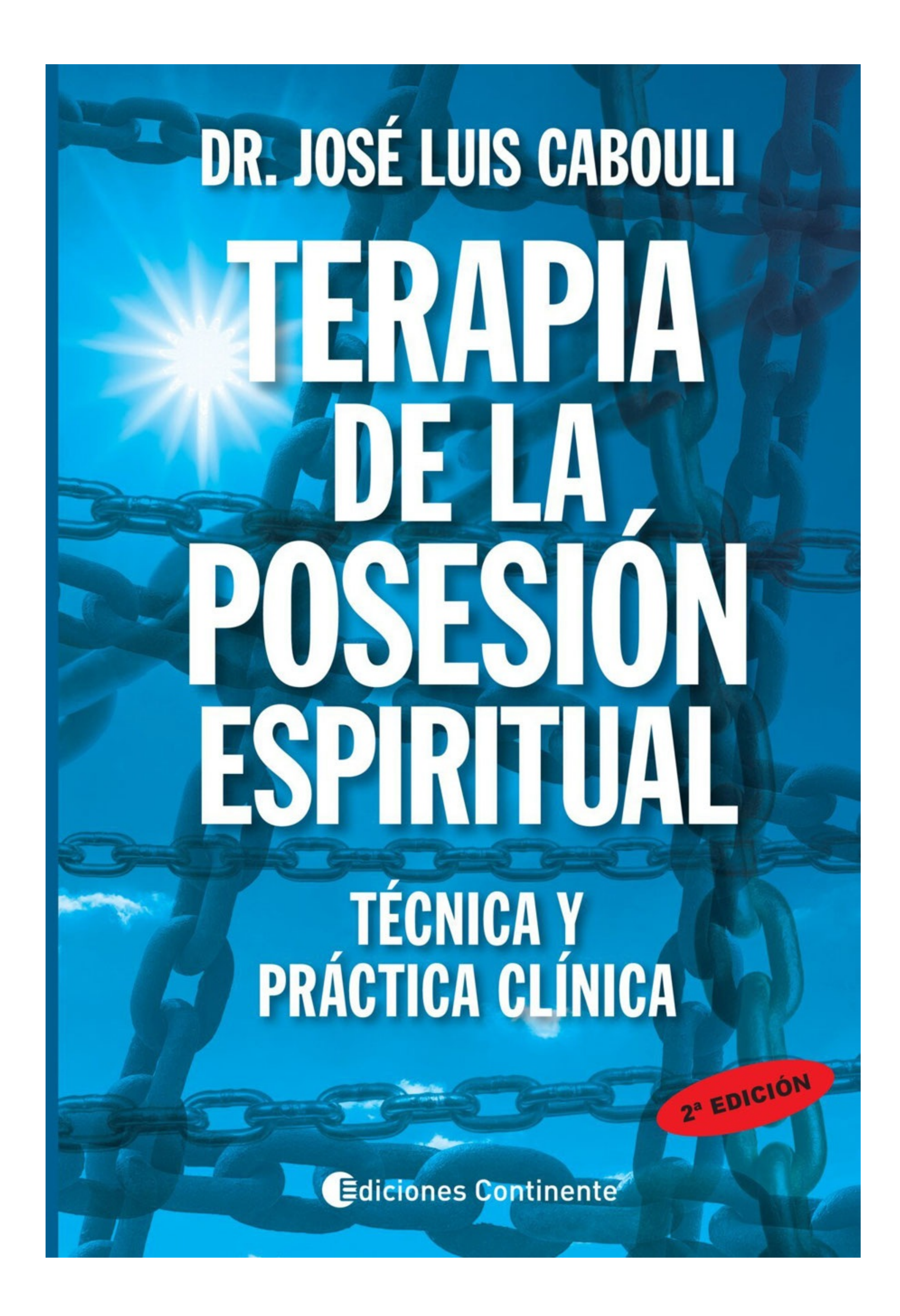

DR. JOSÉ LUIS CABOULI
TERAPIA
DE LA
POSESIÓN
ESPIRITUAL
TÉCNICA Y
PRÁCTICA CLÍNICA
2ª EDICIÓN
Ediciones Continente


DR. JOSÉ LUIS CABOULI
TERAPIA
DE LA
POSESIÓN
ESPIRITUAL
TÉCNICA Y
PRÁCTICA CLÍNICA
2ª EDICIÓN
Ediciones Continente

¿Alguna vez su pareja le dijo que hay momentos en los que usted parece otra persona? ¿O sintió que hay momentos en los que no es usted? ¿Alguna vez experimentó como si hubiese otra voluntad en su interior que lo impulsara a hacer cosas que no quería hacer? O, por el contrario, ¿sintió que algo inexplicable lo frena o lo obstaculiza cada vez que quiere emprender una tarea importante? ¿Ha tenido pensamientos extraños u obsesivos como si estos no le pertenecieran? ¿Es posible que en nuestro comportamiento y decisiones vitales seamos influenciados mental y emocionalmente por la acción de una energía pensante extraña? En el transcurso del trabajo terapéutico con la regresión es frecuente que el terapeuta descubra que los síntomas que presenta el paciente no se deben a un trauma padecido por este sino al accionar de una energía extraña que ha invadido el subconsciente de la persona. Esta invasión del subconsciente es lo que clásicamente se ha conocido como la posesión espiritual. Con valentía, claridad y con la sencillez que lo caracteriza, el Dr. José Luis Cabouli, maestro reconocido en Terapia de Vidas Pasadas, revela aquí mediante historias reales su experiencia clínica de dieciocho años en el trabajo terapéutico con el fenómeno de la posesión espiritual. Un libro apasionante, emotivo y revelador, que responde a estos interrogantes y abre un camino real para la resolución de muchos conflictos mentales y emocionales.

Graduado en la Facultad de Medicina de la Universidad de Buenos Aires en 1974 el Dr. José Luis Cabouli se formó como cirujano en la Escuela Quirúrgica "Enrique y Ricardo Finochietto" del Hospital Rawson especializándose más tarde en cirugía plástica en el Hospital Ramos Mejía. En 1988 abandona el ejercicio de la cirugía para dedicarse exclusivamente al desarrollo de la Terapia de Vidas Pasadas. Desde 1992 dirige el Curso de Formación en esta técnica y ha entrenado profesionales en Argentina, España, México y Venezuela. Entre 2012 y 2016 realiza el dictado del Curso Básico de Terapia de Vidas Pasadas en la Escuela de Graduados de la Asociación Médica Argentina. En la actualidad imparte talleres y cursos de formación en Argentina y España

Dr. José Luis Cabouli

Terapia de la posesión espiritual

Técnica y práctica clínica

Ediciones Continente

Índice

A la memoria de mi maestra espiritual, Isabel Deibe, a todas las almas que me enseñaron a desarrollar el amor y la compasión, y a esa fuerza luminosa que conocemos como el Arcángel Miguel.

Introducción

Este libro trata sobre lo que histórica y culturalmente se ha conocido como la posesión del cuerpo de una persona viva por un espíritu desencarnado. Sin embargo, desde esta misma introducción quiero dejar en claro que, aunque en apariencia una persona pueda parecer poseída, no existe una verdadera posesión del cuerpo. Lo que ocurre en realidad es que el psiquismo de una persona difunta o de una entidad espiritual no encarnada se mezcla parcial o totalmente con la mente subconsciente de una persona viva, ejerciendo un grado variable de influencia sobre ésta.

Un alma o espíritu desencarnado es una forma de energía que, bajo determinadas condiciones, puede adherirse y quedar atrapada en el campo vibratorio de una persona viva. Cuando esto sucede, el alma desencarnada actúa como un campo de energía interferente, provocando en la persona afectada una serie de efectos que clínicamente se manifiestan como alteraciones en los procesos mentales, las emociones, el comportamiento e incluso en el cuerpo físico. En particular, la voluntad y la energía vital de la persona pueden hallarse seriamente comprometidas ya que la entidad se convierte en un verdadero parásito en el campo energético de la persona. Lo que llamamos posesión, entonces, es el resultado de la acción de una energía intrusa sobre el campo de energía de una persona viva, hecho que puede objetivarse mediante una bioelectrografía de imágenes kirlian. De modo que, aunque todavía sigamos utilizando el término posesión porque el uso y la costumbre así lo han acuñado, es más propio hablar de influencia o interferencia espiritual. Algunos terapeutas de habla inglesa denominan a este fenómeno spirit attachment, adherencia de espíritus.

El segundo punto que quiero dejar en claro aquí es que tampoco existen los demonios tal como hemos creído que existían, aunque a veces algunas entidades se comporten como si lo fueran. El término demonio viene del griego daimon y significa genio o espíritu. Entre los antiguos griegos un daimon era una entidad espiritual que tanto podía ser buena o mala, según su accionar. El mismo Sócrates atribuía su inspiración a un daimon. La interpretación y redacción posterior del Nuevo Testamento circunscribió el uso del término daimon para designar sólo a los espíritus malignos. Desde entonces todos los daimons son malignos sin discriminación y la acción que ejercen sobre una persona

determinada se conoce como posesión demoníaca. En la práctica clínica, los demonios no son otra cosa que almas desencarnadas —la mayoría familiares— que han extraviado su camino hacia la Luz y por eso las denominamos almas perdidas. Aunque casi siempre el accionar de estas entidades resulta perjudicial para la persona afectada, no dejan de ser almas sufrientes que necesitan de nuestra ayuda y comprensión y, sobre todo, de nuestra compasión.

Por mi parte, yo soy terapeuta; no soy un exorcista. Como médico y como terapeuta mi objetivo ha sido y es siempre el mismo: aliviar el dolor y asistir a la sanación del alma, sólo que en este caso la acción terapéutica se ejerce más allá de la persona que consulta. Para mí, el acompañante invisible de la persona, sea un familiar fallecido o una entidad oscura, es un paciente más que requiere de mi asistencia y como tal lo voy a tratar. Como todo paciente que se precie, algunas de estas entidades perdidas aceptarán mi ayuda de buen grado, otras se resistirán un poco y habrá aquellas que no querrán saber nada.

Me imagino que para algunas personas y, sobre todo, para muchos terapeutas, la sola lectura de esta introducción puede parecer insólita o impropia de un profesional que ha pasado por los claustros académicos. Sin embargo, en el transcurso del trabajo terapéutico con la regresión, es inevitable que en algún momento el terapeuta se encuentre con este fenómeno como el origen de algunos de los síntomas que presenta el paciente. Más aún, si yo, terapeuta, tan sólo admito este fenómeno como una posibilidad, tarde o temprano me voy a encontrar con esta experiencia, sin importar la técnica terapéutica que emplee. Si trabajo a conciencia, si estoy atento, si busco el origen del problema que presenta el paciente y si permito que el alma perdida se manifieste libremente, me voy a encontrar con esta realidad. El trabajo de muchos años con la Terapia de Vidas Pasadas (TVP) me ha enseñado a mantener mi mente abierta y permitir que suceda lo que tenga que suceder. Así aprendí que, sin importar cuán extraña o descabellada parezca una experiencia, si se permite que esa experiencia se produzca y se desarrolle completamente, el paciente estará haciendo su trabajo interior, el trabajo de su alma. Como consecuencia de este trabajo interior algo habrá cambiado en el subconsciente del paciente. Si como terapeuta trato la experiencia de posesión o influencia espiritual como si fuera exactamente lo que parece ser, invasión y alteración de la personalidad de una persona por el accionar de una entidad pensante extraña, la condición de esa persona puede resolverse casi siempre.

Las historias presentadas aquí provienen de las sesiones de trabajo de los

pacientes y de los cursos de formación en TVP. Por esta razón la mayoría de los nombres y circunstancias han sido modificados a fin de proteger la identidad de las personas involucradas. No obstante, algunas personas figuran con su verdadero nombre por pedido expreso de ellas mismas. Un porcentaje significativo de las experiencias clínicas que aquí se exponen se llevaron a cabo dentro de los cursos de formación. Esto se debe a que la toma de consciencia que tiene lugar durante las clases y la confianza reinante en el grupo favorecen que se desarrollen este tipo de experiencias. A su vez, el seguimiento posterior se ve facilitado, cosa que no siempre he podido hacer con todas las personas que me consultaron. Por otro lado, consideré importante presentar las experiencias de los propios terapeutas en formación, ya que inicialmente muchos de ellos no creían que esto pudiera sucederles a ellos mismos. Como profesionales que son, no puede dudarse de su veracidad y autenticidad.

Otro detalle interesante es que los trabajos con los pacientes y los terapeutas se llevaron a cabo en Argentina, Chile, México y España. Esto constituye un valor agregado que le confiere a las experiencias un carácter universal. Asimismo, he conservado en los diálogos el lenguaje y el argot propio de cada persona de acuerdo a su lugar de origen, respetando también, por supuesto, el de las almas perdidas.

No me considero ningún pionero. La influencia de las entidades espirituales sobre los seres vivos es conocida desde la antigüedad y, en la literatura sajona, hay trabajos y observaciones clínicas que datan del siglo XIX. Pero sí estoy seguro de contribuir con este libro al esclarecimiento de esta realidad en el mundo de habla hispana. En este sentido, siento que he cumplido con el trabajo que mi alma esperaba que yo completara. Me siento en paz conmigo mismo y agradezco aquí a todas las personas que confiaron en mi propuesta terapéutica y me ayudaron así a culminar este trabajo.

José Luis Cabouli

Buenos Aires, 23 de Abril de 2006

Día de San Jorge

Capítulo I

Un bisabuelo vengativo

Ramiro tenía veintiocho años cuando me consultó por su obsesión por la seguridad. Esta obsesión lo había impelido a realizar todo tipo de cursos para resolver situaciones de emergencia: cursos de primeros auxilios, de guardavidas y de mecánica de emergencia, entre otras cosas. Confesaba una marcada agresividad; de niño, Ramiro se entretenía matando gatos y le fascinaban las catástrofes y las tormentas eléctricas. Tenía además adicción al cigarrillo, a los sedantes y a las bebidas cola. Pero el punto sobresaliente en su historia era el odio por su abuela materna. Entabló una guerra espiritual con su abuela que duró por espacio de tres años, hasta que finalmente logró internarla en un geriátrico. “Se la gané —me decía Ramiro en su primera entrevista—. La saqué del medio. Está pagando lo que hizo; que se pudra ahí”.

En su primera regresión Ramiro trabajó su obsesión por la seguridad. Esta obsesión se había originado en una vida anterior, al morir como piloto norteamericano en la guerra de Corea. Su avión se precipitó a tierra debido a una falla provocada por negligencia de sus mecánicos. Eso explicaba su desconfianza hacia los mecánicos y que se ocupara él mismo de las reparaciones de su automóvil. Allí se originó también su adicción a los sedantes. En esa regresión, Ramiro relató que antes de cada misión los pilotos eran inyectados con una sustancia para darles valor. Esa inyección les borraba la conciencia a los pilotos y éstos se sentían bien, tal como Ramiro lo experimentaba cuando tomaba sedantes.

Ramiro faltó a la siguiente sesión y, cuando volvió, dijo que estaba más agresivo. Se me ocurrió entonces preguntarle si tenía obstáculos para concurrir a la consulta y me contestó que, efectivamente, tenía miles de obstáculos. Me animé un poco más y directamente le pregunté:

—¿Creés que puede haber alguna fuerza extraña influyendo en tu vida?

—Estoy seguro que sí —contestó sin dudar.

—Si así fuera, voy a pedirte que permitas que esta fuerza pueda manifestarse a través de vos.

Procedí entonces a guiarlo en una relajación física progresiva y, al término de ésta, le pregunté si sentía la presencia de algo o alguien. Contestó que sí y con los dedos señaló que había tres entidades. Le pedí entonces que permitiera manifestarse a una de ellas.

Viernes 24 de noviembre de 1989

Terapeuta: Ramiro, voy a pedirte que permanezcas con tu mente en forma pasiva y que permitas que este ser hable por medio de tus cuerdas vocales, a través de tus labios, utilizando tu voz. Quienquiera que sea, quiero decirle que es bienvenido. Adelante, ¿qué estás haciendo aquí?

Ramiro: Este tipo es fuerte —hablando sin dilación y con un timbre de voz diferente al de Ramiro—. Tiene tendencia a destruir. Eso es lo que disfruto. Me encanta destruir.

T: ¿Cómo te llamás?

R: Lucifer —con tono intimidatorio—, ¿le gusta?

T: Muy bien, Lucifer —sin inmutarme—. Yo no estoy aquí ni para censurarte ni para juzgarte. Estoy aquí para ayudarte en lo que pueda. Podés contarme lo que vos desees.

Lucifer: Este tipo me da mucho trabajo —con fastidio—, porque tiene una propensión a hacer el daño, pero también tiene una conciencia que no le deja confundirse. Sabe lo que está bien y sabe lo que le conviene. Algunas veces lo logré, pero... ¡me cuesta! Es un tipo listo este Ramiro; él sabe que las cosas vuelven, por eso no hace daño. Y estoy acá con él porque le gusta vengarse, le gusta la venganza.

T: ¿Cuándo te uniste a él?

L: Me incorporé a él cuando estaba en el vientre de su madre, a los tres meses y medio.

T: ¿Te disgusta que Ramiro venga aquí?

L: ¡Sííí! Me va a desalojar y no quiero. (Observen que la entidad sabe lo que se viene.)

T: ¿Le ponés obstáculos para que no venga?

L: ¡Sííí! Hago que choque con el auto para que no se ocupe de mí. Hago que su madre tenga problemas para que él se ocupe de ella y no de mí. Hago que tenga problemas con su novia para que se ocupe de los problemas de su pareja y no de mí. Le provoco problemas en su trabajo para que no se ocupe de mí.

T: Muy bien, ahora yo te voy a proponer algo. Podés venir aquí, con Ramiro, cada vez que él venga y podrás hablar y decir todo lo que sientas.

L: ¿ Y por qué?

T: Bueno, porque yo deseo ayudarte.

L: ¿A mí? —con desconfianza—. Vos querés ayudar a Ramiro.

T: Y a vos también. ¿No te gustaría tener un amigo con quien hablar? Si permitís que Ramiro venga aquí, podrás hablar conmigo y decir todo lo que vos quieras decir.

L: Yo no tengo amigos. Ramiro me quiere expulsar de su cuerpo y usted lo está ayudando a él —enfatizando las últimas palabras.

T: Yo estoy ayudando a Ramiro a que pueda ver las cosas más claras y a que vos también puedas ver más claro.

L: El ver más claro me va a dar más problemas. Conozco a Ramiro mejor que vos.

T: ¿No te gustaría ver la Luz?

L: ¿Qué luz?

T: ¿Dónde vivís ahora?

L: Vivo en él. Disfruto cuando fuma, disfruto cuando toma coca-cola, disfruto cuando eyacula, disfruto cuando toma baños de agua caliente, disfruto cuando toma grandes cantidades de sedantes, disfruto cuando se venga. (¿Qué les parece?)

T: ¿Y dónde está tu cuerpo?

L: ¡Ja! Los espíritus no tenemos cuerpo y vos lo sabés.

T: Pero alguna vez tuviste un cuerpo. ¿No te gustaría volver a tener tu propio cuerpo en lugar de un cuerpo que no es tuyo?

L: No recuerdo haber tenido otro cuerpo, pero sería mejor tener el cuerpo de un tipo malo y que lo pudiera manejar con más facilidad que a Ramiro.

T: Bien; entonces te propongo hacer un ejercicio de memoria. Yo te voy a ayudar a que recuerdes el momento en que tenías tu propio cuerpo y a ver qué pasó con tu cuerpo.

L: ¿Y para qué?

T: Para que veas por vos mismo que alguna vez tuviste tu propio cuerpo y que podés volver a tenerlo.

L: ¿Cuándo?

T: Eso depende de vos. ¿Te parece que comencemos por el principio? ¿Cuál era el cuerpo que tenías antes de utilizar el de Ramiro?

L: Era Federico, el abuelo de la madre de Ramiro. (Ya no es Lucifer. Eso era para intimidarme. Ahora se manifiesta la verdadera personalidad de la entidad.)

T: Muy bien, Federico. Ahora andá a un momento importante de tu vida como Federico.

Federico: ¡Esa cualquiera que se casó con mi hijo! —visiblemente enojado—. Mujer mala, ¡la odio! ¡La detesto! Es una maldita. Veo cómo manipula a mi hijo, cómo lo explota, cómo trata de separarnos. Le pide alhajas y él trabaja y trabaja

para comprarle todo eso.

T: ¿Cuándo ocurre todo eso?

F: En agosto de mil novecientos veintiuno murió mi esposa. En mil novecientos dieciocho lo había hecho yo. Cuando murió mi esposa aulló el perro de la casa. Mi hijo quiso levantarse para ver a su madre, pero esa maldita no lo dejó y mi esposa murió sola.

T: ¿Y qué sentiste en ese momento?

F: ¡Juré hacerla bosta!, a Teresa, que era la esposa de mi hijo y que después mató a mi hijo.

T: Teresa, ¿es la abuela de Ramiro?

F: ¡Sí! Por eso estoy en Ramiro, para seguir mi tarea y, finalmente, lo logré. (Recuerden que Ramiro internó a la abuela en un geriátrico.)

T: Ahora, Federico, avanzá al instante previo a tu muerte.

F: ¡Aaah! Fue una agonía, una hemiplejía. Me orinaba encima, estaba escarado, sufría mucho y, lo que más me fastidiaba, era que esa hija de perra deseaba mi muerte y lo estaba logrando.

T: ¿Cómo morís?

F: Creo que me rendí. Ya no soportaba más estar así.

T: ¿Qué decisión tomaste en el momento de morir?

F: Me quedé en la casa. Me prendí con cuatro garras sobre la espalda de Teresa y, desde entonces, me quedé allí.

T: Ahora, decíme una cosa. ¿No sabías que existe la Luz para los espíritus?

F: Muchas veces Teresa trató de hacerme ver la Luz en sesiones espiritistas, pero no pudo. Yo siempre me resistí.

T: ¿Creés en Dios?

F: No sé. Nunca me interesó el tema.

T: Dejame que te cuente algo. Dios es luz y emana esa luz para todos sus hijos, aun para los equivocados, para los que tienen sed de venganza. Dios tiene un lugar para todos, inclusive para vos y, lo que quiero explicarte, es que ese odio que le tenías a esa mujer, no te permitió ascender a la Luz. ¿No te gustaría ver la Luz?

F: Podría ser interesante.

T: Entonces, te propongo hacer una prueba. Le pediremos a Dios que te dé una muestra de su luz.

F: ¿Y qué me va a pasar?

T: Podrías ver que existe un mundo mejor que aquel en el que estás acostumbrado a vivir. Es necesario que veas la Luz para comprender y tener acceso a un cuerpo nuevo con el cual podrás hacer lo que vos quieras hacer sin necesidad de recurrir a un cuerpo intermediario. Si te desprendés del rencor podrás ver la Luz...

F: La verdad, no me interesa ver la luz porque ya no tengo rencor. Destruí a Teresa, se está pudriendo como yo me pudrí, pero en un lugar peor, en eso que ahora llaman geriátrico. Por lo menos yo tuve el honor de pudrirme en mi casa.

T: Pero, ¿no sabés que el mal que estás causando, tarde o temprano lo sufrirás vos mismo?

F: ¿Y qué sufrimiento estoy causando ahora?

T: Fijate en Ramiro, no puede realizar su vida en paz. ¿No sería mejor que en lugar de hacerle la vida difícil lo ayudaras? ¿No sería mejor que lo guiaras en lugar de inclinarlo hacia el mal? Podrías reparar el sufrimiento que le has causado y Dios te daría la luz y la oportunidad de tener un cuerpo nuevo.

F: ¿Cuándo?

T: Cuando vos lo decidas. Dios te dará entonces un cuerpo nuevo. Serás un bebé, en el vientre de una mamá que te querrá mucho y te cuidará y podrás desarrollarte con todo tu potencial positivo. ¿Te gustaría llegar a eso?

F: Mejor que esto sería. ¿Decís que Dios me va a mostrar la Luz ahora?

T: Si vos querés…

F: Sí, pero quiero ver la Luz, quiero ver a Dios, no me engañes.

T: No te voy a engañar, pero es necesario humildad ante el Padre.

F: De acuerdo.

T: Muy bien; vamos a rezar juntos y vamos a pedirle a Dios que te muestre la Luz. Recemos: "Padre Nuestro que estás en los cielos…".

F: Padre Nuestro que estás en los cielos… (reza todo el Padre Nuestro)

T: "Humildemente, Señor, te pedimos que llegue tu luz a tu hijo Federico. Él se arrepiente de corazón, quiere apartarse del mal y quiere entrar en la senda del bien. Señor, te pedimos que llegue la luz a este espíritu que hoy vuelve a ti. Que se haga la luz y que pueda ver el mundo maravilloso al que puede acceder." ¿Cómo te sientes ahora?

F: No alcanzo a estar empapado en esa Luz. Está ahí, siento el calor, pero es como si Dios no me quisiera.

T: No es así; nunca viste la Luz y, si la vieras de golpe, te cegaría.

F: ¡Aaah! Una luz muy blanca está sobre mi frente y creo que si me diera en los ojos me dejaría ciego. ¿Y esto es Dios?

T: No, ese es el camino que Dios te está mostrando para llegar a él. Dios te está abriendo la puerta, pero ese camino debés recorrerlo vos mismo con tu voluntad.

F: Hay una luz muy linda. Es como un tubo cuadrado y me siento bien, como si estuviera flotando en el aire. Es una luz muy blanca que tiene destellos azulados a los costados. Tengo miedo. (Observen ustedes el cambio de actitud.)

T: No tengas temor. Seres de buena voluntad te están esperando con su amor para acompañarte en tus primeros pasos en la Luz.

F: Hay gente a los costados de esa luz. Pero no sigo.

T: ¿Qué está sucediendo que no seguís?

F: Es como la salida de un túnel o algo así y yo sé que cuando salga de ese túnel no voy a poder volver nunca más. (Es exactamente así. Cuando llegan a este punto todas las almas lo saben.)

T: Bueno, esta es tu decisión. ¿Querés volver a las tinieblas, a la oscuridad? Ánimo, seguí adelante, yo te acompaño para que puedas atravesar ese túnel y llegar a la Luz.

F: Tengo ganas de llorar… —de pronto, irrumpe en un llanto incontenible—. ¡Está mi hijo allá!

T: Muy bien, corré hacia él.

F: ¡Mi hijo! ¡Mi hijo! ¡Está mi hijo ahí! ¡Es increíble! ¡Y está joven, está bien! —llorando.

T: Viste que valía la pena hacer esto.

F: ¡Sí! Yo quiero estar con mi hijo. Tengo a mi hijo, además, acá es más lindo. ¡Tanto tiempo! ¡Hijito querido! Pero no me habla.

T: Porque no necesita hablar. Conectate con el pensamiento.

F: Dice que me quiere mucho. ¿Por qué no vine antes?

T: Porque estabas confundido. Ahora sabés que estando en la Luz podés estar con tu hijo y con tus seres queridos. Ahora podrás pedirle a Dios que ayude a Ramiro, ¿sí?

F: Pobre muchacho. Ahora me doy cuenta de lo egoísta que fui —llorando—. Si hubiera sabido que esto era tan bueno, que me iba a encontrar con mi hijo, no hubiera hecho lo que hice.

T: Bueno, todo eso ya pertenece al pasado. Ahora disfrutá este momento hermoso que estás viviendo. ¿Ayudarás a Ramiro?

F: Sí, pobre pibe, ¡cómo sufrió! Tengo una deuda con él. Si hubiera alguna forma de ayudarlo...

T: Ya lo estás ayudando. Ahora, yo voy a hacer una armonización positiva para Ramiro. Voy a pedirte, entonces, que permitas que Ramiro retorne a su conciencia física y, si querés, podés escuchar esta armonización junto con tu hijo. ¿De acuerdo?

F: Sí.

T: Muy bien. Entonces, yo te saludo y me despido de vos. Que Dios te bendiga.

Al abrir los ojos Ramiro me miró sonriente y me dijo: "Me siento más yo". Inmediatamente recordó que su mamá le contó que cuando ella era chica Federico le envió un frasco de cianuro a Teresa, la abuela materna de Ramiro. Ya en la puerta del consultorio, Ramiro agregó: "Siento que mi abuela me quiso matar antes de nacer".

Sinceramente, me sorprendió la facilidad con la que se manifestó Federico. Era como si hubiese estado todo el tiempo allí esperando que Ramiro le permitiese hablar. A mí no me quedaron dudas de que allí había otra persona. Lo que intento explicar aquí, aunque parezca inverosímil, es que mi sensación era la de estar hablando con otra persona completamente diferente a Ramiro. Si bien es cierto que Federico hablaba a través de Ramiro, para mí era evidente que no era Ramiro. Yo no tenía dudas de que estaba hablando con otra persona. El timbre, la entonación de la voz, y hasta la forma de expresarse eran diferentes. Incluso fue notable ver el cambio en las facciones de Ramiro y cómo, al terminar el trabajo, desapareció Federico y volvió a ser Ramiro. Otro hecho notable fue el cambio progresivo en la actitud del bisabuelo de Ramiro. En el inicio fue agresivo y trató de intimidarme diciendo que era Lucifer. Con el tiempo pude comprobar que este es un recurso que utilizan muchas entidades; intimidar al terapeuta o a quien sea para que las dejen tranquilas y puedan quedarse donde están. A medida que fue progresando el diálogo con Federico, éste fue pasando de la intimidación a la desconfianza, luego se mostró interesado cuando le hablé de la posibilidad de ir a la Luz y finalmente no pudo contener la emoción y estalló en llanto cuando se encontró con su hijo. Este fue un hecho totalmente espontáneo e inesperado. A mí ni siquiera se me había ocurrido la posibilidad de

ese encuentro que fue totalmente definitorio para que Federico se fuese a la Luz. Toda la secuencia del trabajo con Federico es muy interesante porque, siendo una de mis primeras experiencias con almas perdidas, ya mostraba un patrón de desarrollo que más tarde se repetiría en los sucesivos trabajos terapéuticos de esta naturaleza.

¿Recuerdan que Ramiro indicó que había tres entidades? En la sesión siguiente se manifestó la segunda de ellas. Esa tarde Ramiro llegó con ganas de morirse. Apenas entró me dijo:

—Hay una fuerza espiritual que está dentro de mí y que se está oponiendo a todo lo que hago. Siento que hay algo que no es mío y que yo no quiero.

—Muy bien —le respondí—, entonces vamos a trabajar directamente con esta sensación.

Viernes 1° de diciembre de 1989

Terapeuta: Muy bien, Ramiro. Contaré hasta tres y dejarás que esta fuerza espiritual se manifieste libremente. Uno... dos... tres. Adelante. ¿Quién eres?

Ramiro: Soy el doctor Ramiro T. Soy el hijo de Federico y padre de Norma, la mamá de Ramiro —con voz firme y segura.

T: De modo que tú eres el abuelo de Ramiro.

Ramiro T.: Así es.

T: Muy bien. Ahora puedes decir todo lo que necesites decir. Quiero que sepas que yo también soy doctor, soy médico y sinceramente quiero ayudarte. ¿Cuáles son tus sufrimientos, tus dolores? ¿Qué es lo que te lleva a estar junto con Ramiro?

R: Son las doce y cinco de la noche del 9 de febrero de 1958. Me siento mal y agarro una botella de cognac que tomo cuando me siento mal. Tengo una afección avanzada en las coronarias. En noviembre del año pasado tuve un

edema agudo de pulmón. Me levanto. Estamos en la casita de Mar del Plata que amo profundamente. Me siento muy bien allí. Teresa está dormida y no quiero despertarla. Me duele el pecho y veo luz en la pieza de Norma. Me asomo y veo que ella está leyendo. Me senté a los pies de la cama y me siento peor y me tomo el pulso. Perdí la consciencia absoluta. Caí muerto. (Me sorprendió que fuera directamente al momento de su muerte, como si supiera lo que tenía que hacer.)

T: ¿Qué ocurre cuando caes muerto?

R: Mi hija me dice: "¡Papá, papá! ¿Qué te pasa papá?". Y enseguida se da cuenta de que estoy muerto.

T: ¿Qué sientes en ese momento, qué piensas?

R: No lo sé, yo sabía que podía pasar. El médico me había dicho que no fuera a Mar del Plata por causa del clima, pero mi esposa insistió tanto de ir que finalmente mi hija fue al consultorio del cardiólogo para que él le diera las instrucciones de las cosas que tenía que hacer y las que no podía hacer en Mar del Plata. Nada de salir afuera, mucho menos al viento, nada de tomar agua de allá. Así que llevó las damajuanas de agua de acá, de Buenos Aires. Esa noche no había cenado más que una pera.

T: Entonces, vuelve unos instantes antes de tu muerte para que veas bien qué es lo que pasa. Fijate qué ocurre, qué es lo que piensas y qué es lo que sientes en los momentos previos a la muerte. Vuelve a ese momento.

R: Me siento en la cama de mi hija, a los pies, y le comento que me duele el pecho. Ella estaba con un libro en la mano con la luz encendida todavía. El dolor era muy rápido. Comencé a tomarme el pulso y vi la hora. Eran las doce y cuarto y, de pronto, vi una enorme luz blanca que se abalanzó sobre mí o yo me abalancé hacia ella. Sin embargo, yo quería quedarme ahí porque me gustaba mucho.

T: ¿En dónde te querías quedar?

R: En la casita blanca de Mar del Plata. Yo la llamaba así. No quería irme de allí.

T: Y fíjate, ¿cuáles son tus últimos pensamientos en el momento de morir? ¿Qué decisión tomaste en esos momentos?

R: No quería irme de allí. Quería quedarme en el único lugar donde podía estar tranquilo. Ir al club y jugar a las damas con mis amigos del club en Mar del Plata. (Ese es uno de los motivos por los cuales no se fue a la Luz y se quedó en el plano físico.)

T: Y entonces, ¿qué hiciste?

R: Veo mi cuerpo tirado entre las dos camas. No sé por qué, pero la policía está tomando las impresiones digitales. Me duele ver cómo llora mi hija y no puedo olvidar las palabras de ella cuando corrió a mi habitación a llamar a mi esposa: "¡Papá está muerto!". Ni yo lo podía creer ni entender. No sé cómo decírselo. Parecía mentira, pero me sentía muy bien después de ese dolor.

T: ¿Te sentías mejor después de dejar el cuerpo?

R: Mucho mejor. Entonces pensé: "Me quedo aquí para siempre, tranquilo, donde realmente me gusta estar y no voy a tener que soportar a Teresa (su esposa)". (Allí está nuevamente la decisión que fija el alma al plano físico.) Lo que sucede, doctor, es que ocho años antes de morir mi cardiólogo me prohibió tener relaciones sexuales por una cuestión obvia, no podía realizar esfuerzos. Y mi esposa es una persona muy fogosa, usted me entiende, ¿no? Creo que me odiaba por eso. Siempre fue terrible, pero los últimos ocho años fueron terribles, un caos. Era febrero y mi hija se iba a casar en abril. Yo le decía a mi hija: "Cásense pronto y dénme nietos". Nunca tuve nietos —llorando—. (Aquí hay otro motivo para quedarse.)

T: Deja salir todo lo que sientas. ¿Qué pasó entonces?

R: Trasladaron mi cuerpo a Buenos Aires y me velaron en lo que era mi consultorio. Hacía mucho calor. En determinado momento estaba mi futuro yerno observando mi cuerpo mientras me velaban y se acerca uno de los caballeros de la funeraria y sugiere cerrar el cajón. Mi cuerpo estaba hinchándose e incluso, cuando llegaron a Buenos Aires y abrieron el féretro, había salido mucha sangre por la boca. Limpiaron el cuerpo y me pusieron en exposición.

T: ¿Qué pasa cuando tu hija se casa y va a tener un hijo?

R: Siento pena de no poder estar con ella y llevarla al altar. Siento pena de no poder besar a un nieto mío. Me siento muy solo.

T: ¿Y cuándo es que decides incorporarte a Ramiro? ¿Qué es lo que te lleva a él?

R: Dos motivos: uno es egoísta, el otro, no es tan egoísta. A través de él puedo disfrutar de estar en Mar del Plata en esa casa y mirar por la ventana en la esquina que da al mar.

T: ¿Y el otro motivo?

R: El otro motivo es que desde hacía siete u ocho años que veía lo que mi esposa le estaba haciendo a mi hija y realmente no podía o no quería creer que ella pudiera hacer esas cosas contra mi hija. Desde aquí me doy cuenta de que mi esposa quería matar a mi hija. Está mi nieto que lleva mi nombre y pensé que al crecer él sería fuerte y, a través de él, crearía una muralla entre mi esposa y mi hija para que mi hija no recibiera más daño. (Parece que padre e hijo, bisabuelo y abuelo de Ramiro, tenían el mismo concepto sobre la abuela de éste.)

T: Ahora dime una cosa, ¿crees que has hecho bien? ¿Crees que has actuado de la manera correcta para hacer esto? Lo digo sin ánimo de censurarte.

R: Sí, doctor, entiendo. Con respecto al primer motivo quizás sea egoísta, pero a mi nieto siempre le gustó mucho Mar del Plata y esto no lo perjudica en absoluto. En cuanto al otro motivo, tengo que reconocer que lo usé como carne de cañón porque sólo a través del cuerpo de mi nieto podía yo oponerme al daño que mi esposa le estaba causando a mi hija. Tomé esa decisión porque mi nieto Ramiro es un joven fuerte y podía hacer todo lo necesario en esta situación. Hubiese sido peor si Teresa hubiese acabado con Norma.

T: Bien; ahora, yo te voy a explicar lo que ocurrió en esa muerte imprevista.

R: Era prevista.

T: Muy bien, era prevista.

R: No debía ir; sin embargo fui por la insistencia de Teresa.

T: Cuando ocurrió esa muerte te viste confundido, turbado, preocupado por tu familia.

R: No; solamente me vi preocupado y entristecido por mi hija. Sentí un poco de

bronca por ver la insensibilidad de mi esposa y la de sus dos hermanas que la estaban acompañando ese verano y, en tercer lugar, sentí una sensación de liberación y tranquilidad muy grande porque sabía que podía quedarme ahí para siempre.

T: Ya lo creo, pero eso te impidió ir a otros lugares donde uno puede ir cuando deja el cuerpo. ¿No sabes que Dios tiene lugares donde sus hijos son atendidos por seres de luz que se ocupan de sus sufrimientos y de las heridas del alma?

R: Mire, doctor, yo soy creyente en Dios, pero a los curas y a las monjas no les tengo mucha simpatía. No soy un hombre que esté muy allegado a la Iglesia o a temas de teología. No sé qué hay más allá, a eso me refiero.

T: Yo te voy a explicar algo diferente. El espíritu vuelve muchas veces a la Tierra a tomar distintos cuerpos para seguir aprendiendo y para seguir evolucionando.

R: Cuando volvemos a la Tierra, ¿para qué volvemos, dijo?

T: Vuelves a ocupar otro cuerpo, un cuerpo nuevo.

R: ¿Quién me pone en este cuerpo, quién me manda?

T: Te aconsejan los guías espirituales. ¿Quieres conocerlos?

R: Sí, ¿por qué no?

T: Para conocerlos tienes que estar dispuesto a dejar este lugar y ascender hacia la Luz.

R: Mi pregunta se refería a por qué me mandan y quién me manda nuevamente a la Tierra.

T: Te mandan a aprender nuevas experiencias. Como médico, ¿qué especialidad tenías?

R: Odontólogo.

T: Tú sabes que existen tantas cosas para estudiar que una vida no alcanza. Seguramente tuviste otras vidas antes de ser odontólogo y probablemente ya estarías vinculado con la ciencia médica. Dios nos da la oportunidad de tener

varias vidas para que en cada una de ellas uno vaya aprendiendo un poco más y…

R: ¿Es eterno?

T: Es eterno hasta el día en que vuelves a unirte a Dios.

R: Y entonces, ¿qué haces? (¡Qué pregunta!)

T: Imagino que el día en que llegas a unirte con Dios participas del orden creador. Ese es el motivo de tener que venir a la Tierra en vidas sucesivas para ir perfeccionándose, para poder llegar a ese momento sublime en el que te unes definitivamente a la Luz.

R: Pero si no estoy vivo y tampoco estoy en la Luz, ¿dónde estoy?

T: Estás en los planos inferiores. ¿Te gusta dónde estás?

R: Creo que si mi nieto viviera en Mar del Plata sería perfecto.

T: ¿Y si pudieras tener un cuerpo nuevo?

R: ¿Un cuerpo nuevo?

T: Claro, ¿no sabías que podías tener un cuerpo nuevo?

R: ¿Cuándo y cómo? —con tono de interés.

T: Cuando llegues a la Luz, podrás hablar con los guías y ellos te darán la oportunidad y el cuerpo que necesitas para las nuevas experiencias que quieras vivir. Podrás ir a Mar del Plata con tu propio cuerpo, sin necesidad de vivirlo a través del cuerpo de otro. ¿No sería mejor que tuvieras tu propio cuerpo para ir a Mar del Plata?

R: Sí, por supuesto, pero, ¿cuándo?

T: Cuando tú quieras, pero previamente tienes que dejar ese lugar donde estás, tienes que entrar en la luz y, entonces, los guías espirituales te van a preparar para tu nueva vida.

R: Es fantástico. Sería fabuloso tener un cuerpo, pero, ¿cómo sé yo que me van a

mandar a Mar del Plata? ¿Podré ir a Mar del Plata?

T: Bueno, tú eliges. Si tú eliges encarnarte en la Argentina, en cualquier momento puedes ir a Mar del Plata.

R: Y eso, ¿lo decido yo? ¿Encarnarme en Argentina, en Brasil? Te digo Brasil porque estuve allí. (Ya entramos en confianza.)

T: Lo decides tú con el consejo de tus guías.

R: En base a ese consejo, yo, ¿puedo elegir?

T: Puedes elegir.

R: Si por ejemplo, voy a dar un ejemplo, si a mí me dicen que vaya a un país que está del otro lado de Mar del Plata, ¿puedo, pese al consejo de esos guías, decidir tomar un cuerpo para poder ir a Mar del Plata? (Parece que Mar del Plata es su obsesión.)

T: Los guías te aconsejarán sobre lo que ellos evalúan que es mejor para vos, pero la decisión final es tuya. Los guías te aconsejan, tú tomas la decisión.

R: ¿Y dice que yo puedo tomar el cuerpo que quiera?

T: El cuerpo que sea más adecuado para vos.

R: Bueno, obviamente voy a tratar de tener el cuerpo de un hombre atlético.

T: Entonces, si estás dispuesto, yo te propongo ayudarte a que llegues a la Luz. ¿Quieres hacer esta prueba? ¿Quieres ir a la Luz?

R: Sí.

T: Entonces vamos a pedirle a Dios que te otorgue la gracia de ver la Luz en este día. "Humildemente, Señor, te imploramos, en tu infinito amor, que nos otorgues la gracia que te pedimos. Te rogamos que permitas que el alma de Ramiro, tu hijo, pueda encontrar el camino de regreso a la Luz. Abre las puertas de tu Reino, Señor, para que Ramiro pueda regresar al seno de tu gloria".

R: Siento una claridad a mis pies.

T: Muy bien, sigue avanzando, no tengas temor que yo estoy a tu lado.

R: No se vaya, Señor. ¡Por favor, que la Luz no se vaya! ¡Se corre! —con desesperación.

T: Tranquilo, te está marcando el camino. ¿Qué estás viendo?

R: Un fondo negro con una puerta rectangular de color blanco. De la puerta sale un haz de luz que ilumina partículas como si éstas estuvieran en suspenso.

T: Acercate a la puerta que te están ofreciendo.

R: Está lejos… ¡ahí está otra vez! Por favor, Señor, ¡ayúdame! ¡Ahí está! Siento un calor que me envuelve. Me duele la cabeza, estoy muy cerca de la puerta. ¡Hay gente!

T: Mirá a través de la puerta.

R: Es como un ángel, ¿puede ser?

T: Claro que sí. Es el ángel que te está enviando Dios.

R: Ya estoy muy cerca. Es como si ese ángel estuviera esperando para escoltarme. Tiene una espada que brilla mucho, como si fuera de fuego. Sí, es una espada de luz muy intensa. Todo es de color blanco y, ahora, se torna de color celeste.

T: No tengas temor. Dejá atrás la oscuridad y entrá al mundo nuevo que se abre ante ti.

R: ¡Aaah! —largo suspiro—. ¡Entré! Ese ángel tiene un aspecto muy imponente. Antes de entrar, parecía que podía destruir cualquier cosa. Ahora es como si colocara una mano sobre mi hombro y me acompañara como a un amigo. No sé adónde vamos.

T: Tranquilo, dejate llevar. ¿Comprendés ahora que todo eso era cierto?

R: Sí, hay mucha paz, mucha tranquilidad. Ahora me doy cuenta de una cosa.

T: ¿De qué te das cuenta?

R: Me doy cuenta de que Teresa me molestó mucho aun después de muerto porque siempre me invocaba en sesiones espiritistas. Ahora me siento lejos de ella, ya no puede hacerme nada. (¡Qué detalle!, ¿no es cierto?)

T: Perdonala porque no sabía lo que hacía, así como Jesús perdonó a quienes lo crucificaron. Es lo último que te queda por hacer, perdonarla completamente.

R: Sí, la perdono. Yo ya estoy bien, ¡qué me importa!

T: Entonces, agradecele a Dios que te ha permitido entrar en la Luz. De ahora en más tendrás un nuevo camino para seguir. ¿Comprendés ahora la verdad?

R: Comprendo que hay una luz como dijo usted. Ahora falta un cuerpo para ir a Mar del Plata. (Elemental, Watson.)

T: Lo vas a tener, pero antes de tomar el cuerpo para ir a Mar del Plata lo correcto es que planifiques tu vida y todo lo que vas a hacer en tu vida. No vas a venir sólo para ir a Mar del Plata, ¿no es cierto?

R: No, por supuesto. Ahora estoy muy tranquilo.

T: Y yo estoy muy contento porque has encontrado la Luz. Te propongo que te quedes ahí, en la Luz, y que dejes a Ramiro. Si querés podés escuchar la armonización que le haré a Ramiro.

R: No me interesa porque Ramiro es mi nieto y lo quiero, pero acá estoy muy bien.

T: Entonces, yo te saludo y me despido de vos. Que Dios te bendiga. Quedate entonces en la Luz, acompañado de tu ángel protector y permití ahora que Ramiro vuelva para hacer su armonización.

***

Como habrán podido percibir, aun sin escuchar su voz, una personalidad completamente diferente a Federico se manifestó en esta segunda oportunidad a

través de Ramiro. A diferencia de la actitud agresiva e intimidatoria de Federico, el discurso y la forma de expresarse del abuelo de Ramiro eran completamente diferentes. Sereno y respetuoso todo el tiempo, se mostró muy interesado cuando comencé a hablarle de la Luz y de la posibilidad de volver a tener un cuerpo. Perfectamente podría haber sido el diálogo de dos colegas sentados a una mesa de café. Lo que quiero decir es que yo estaba convencido de que estaba hablando con otra persona y que en ningún momento se me ocurrió pensar que Ramiro pudiera estar delirando; en realidad, lo que estaba sucediendo me parecía lo más natural del mundo. Aun así, al finalizar la sesión de Ramiro yo me encontraba sorprendido y maravillado a la vez. Si bien yo había asistido a muchas experiencias de este tipo en el ámbito de una escuela kardeciana, no era lo mismo que esto estuviese sucediendo en mi consultorio con las personas que me consultaban por sus problemas emocionales. Durante muchos años yo había creído que este era un problema que sólo afectaba a los médiums. Fue sólo después de conocer a la Dra. Edith Fiore a fines de 1988 y que ésta explicara que algunos síntomas que presentaban sus pacientes se debían a la posesión por entidades desencarnadas, que hice consciente esta realidad. Nunca antes se me había ocurrido pensar que el alma de un difunto, y menos la de un familiar, podía afectar a cualquier persona provocando síntomas, perturbaciones emocionales y alteraciones de la conducta en la persona afectada y menos aún que esto pudiera tratarse en la consulta terapéutica.

Y sin embargo, allí estaba Ramiro, sentado frente a mí sonriendo, visiblemente aliviado. Ahora era él mismo, era Ramiro, de eso no cabía ninguna duda, pero hasta hacía apenas unos minutos era otra persona y la semana anterior había sido otra. ¿Cómo era posible que ocurriera esto? ¿Cómo era posible que su bisabuelo y su abuelo estuviesen allí, como si estuvieran vivos, hablando conmigo como si no hubiese pasado el tiempo? Porque a mí no me quedaba duda de que había hablado con dos seres que, si bien eran invisibles, conservaban una perfecta consciencia de sí mismos diferenciados y discriminados de Ramiro. ¿Cómo era posible que los dos conviviesen en Ramiro o donde fuese sin siquiera tener noticias uno del otro? ¿Cómo era vivir con esta carga? Cuando Ramiro se enojaba o cuando se peleaba con su abuela o cuando se entretenía matando gatos, ¿quién era el que lo hacía? ¿Era él, Ramiro, o eran los otros? ¿Y cómo era posible que Federico, el bisabuelo de Ramiro, se encontrara con su hijo en la Luz cuando éste todavía estaba aquí, junto a su nieto? ¿Sería como el fenómeno de la bilocación? Estas y decenas de preguntas me venían en tropel a mi mente casi al mismo tiempo. En los años por venir iría descubriendo más cosas todavía que, entonces, ni siquiera se me ocurría imaginar.

Ramiro se sentía mucho mejor después de este trabajo, pero todavía quedaba una entidad y, además, tenía que seguir trabajando con su agresividad. Sin embargo, canceló la siguiente sesión —algo típico cuando se trabaja con entidades— y no volví a saber de él hasta ocho años después. En ese lapso se había casado y divorciado. La obsesión por la mecánica preventiva había desaparecido y se había recibido de mecánico dental. De alguna manera la mecánica seguía presente. No recordaba nada de las experiencias con su bisabuelo y su abuelo, pero tenía siempre muy presente al papá de su mamá. Emocionalmente no se encontraba bien. Yo recordé que faltaba trabajar con una entidad, tal vez la más importante, y que tampoco habíamos podido abordar el tema de su agresividad, pero Ramiro declinó la posibilidad de volver a trabajar con todo eso.

Capítulo II

De almas perdidas, fragmentos y campos de energía

En la estación “Bulnes” de subterráneos de la ciudad de Buenos Aires, hay un mural cerámico de Alfredo Guido (1892-1967) titulado “Santiago del Estero: canciones, costumbres, leyendas del país de la selva”. Uno de los motivos del mural se denomina “L’Alma Perdida” y retrata a un alma en pena en actitud de lamento o desesperanza. El mural data de 1938 y es un testimonio, en plena metrópoli moderna, de una realidad que siempre ha estado presente en el folklore de la mayoría de los pueblos.

El contacto con las almas de los difuntos y la permanencia de éstos en el territorio de los vivos es una de las tradiciones más antiguas en todas las razas y pueblos. Sólo por mencionar algunas digamos que, en el judaísmo, el equivalente del alma perdida es el dibuk y en la tradición céltica, en Bretaña, a las almas errantes se las conoce como anaon, seres ya muertos que prolongan su vida terrestre participando de dos mundos a la vez. Aunque no podamos percibirlo, vivimos rodeados de un mundo invisible con el cual compartimos nuestra vida cotidiana. El plano de la vida espiritual es una realidad natural y sus habitantes están en relación con los vivos mucho más íntimamente de lo que podamos imaginar. Miles o quizás millones de seres permanecen durante cierto tiempo en la esfera terrestre, con frecuencia en las cercanías del lugar en el cual vivieron, retenidos allí por diversos motivos. Esta presencia no es pasiva, ya que los difuntos errantes ejercen una influencia notable sobre los seres vivos. En el capítulo LX del Tao Te King, Lao Tsé nos advierte y aconseja sobre esta influencia:

“Si se gobierna el mundo conforme al SENTIDO,

Los difuntos no vagan errantes, como espíritus.

No es que los difuntos dejen de ser espíritus,

sino que dejan de causar daño a los hombres.”

Sobre este párrafo en particular Richard Wilhelm comenta lo siguiente:

“... Lao Tsé da por sentada la existencia de las fuerzas del más allá, las cuales dominarían y excitarían a los seres humanos. Un buen gobierno logra establecer la paz también en este terreno. Las almas de los muertos dejan de errar por ahí como fantasmas, sus energías dejan de ser nocivas para el hombre, no provocan cizañas ni escisiones, no dejan lugar a luchas —religiosas o de partidos— y las personas se relacionan entre sí sin reticencias.”

Esta influencia del más allá muchas veces se pone de manifiesto en la práctica clínica y resulta ser la causa o el origen del síntoma que presenta el consultante. Uno de los pioneros en explorar este campo de la clínica es el Dr. Carl Wickland, médico psiquiatra de la ciudad de Chicago, quien, en su libro Treinta años entre los muertos, publicado en 1924, dice lo siguiente:

“Muchas inteligencias desencarnadas, al faltarles el cuerpo que necesitaban para satisfacer sus inclinaciones terrenales, se ven atraídas por el aura magnética que emana de los seres encarnados y se pegan a algunas de estas auras magnéticas ejerciendo actos de influencia, de obsesión y de posesión en los seres humanos. De esta manera encuentran un vehículo de expresión a sus propios anhelos. Estos espíritus intrusos influyen con sus pensamientos en las naturalezas muy sensibles, les hacen partícipes de sus emociones, debilitan su fuerza de voluntad y se hacen, con frecuencia, verdaderos dueños de sus actos con lo que ocasionan grandes sufrimientos, perturbaciones mentales y dolores.”

En pocas líneas Wickland resume el modus operandi y las consecuencias del accionar de las almas perdidas y describe claramente tres tipos de efectos sobre los seres vivos: influencia, obsesión y posesión. En mi experiencia como

terapeuta he hallado que lo más común es que las almas perdidas ejerzan actos de influencia sobre los seres vivos. La obsesión y posesión están reservadas a un grupo de almas o entidades que denominamos obsesores y que veremos a su tiempo.

¿Qué es un alma perdida?

Un alma perdida no es otra cosa que el alma de una persona que ha fallecido y que, por alguna razón, permanece en la esfera física en lugar de regresar a la dimensión espiritual. Cuando una persona muere, su alma, el ser real, se desprende del cuerpo físico y lo natural y esperado es que regrese a la Luz o a la Fuente de Luz. Pero dejar el cuerpo y regresar a la Luz implica todo un proceso y, en el transcurso de este proceso, es posible que el alma extravíe el camino o se resista a regresar a su fuente de origen, convirtiéndose así en lo que denominamos un alma perdida.

El alma desencarnada puede encontrarse imposibilitada de regresar a la dimensión original de donde provino o bien puede haber decidido por sí misma quedarse en la atmósfera terrestre. Suele ocurrir que el alma desencarnada no tiene consciencia de que su cuerpo se ha muerto y esto facilita su anclaje al plano físico. Cuando esto sucede, el alma desencarnada generalmente termina adhiriéndose a una persona viva en su aura magnética, la cual yo prefiero denominar campo vibratorio. Como este campo funciona también como un campo gravitatorio, con el tiempo, el alma perdida queda atrapada y le resulta difícil salir de allí, ya sea porque no tiene consciencia de dónde se encuentra o porque no dispone ni de la energía ni de la voluntad para hacerlo. La consecuencia de esto es que el alma perdida comienza a interferir con los procesos psíquicos de la persona a la cual se ha adherido, porque conserva su propio psiquismo con sus recuerdos, pensamientos, emociones, tendencias y creencias que se mezclan a nivel subconsciente con los de la persona afectada. De esta manera, sin buscarlo ni proponérselo, al menos inicialmente, el alma perdida comienza a influenciar a un individuo sin que éste tenga siquiera consciencia de lo que está sucediendo.

Hay muchos y variados motivos por los cuales el alma de un difunto se puede convertir en un alma perdida influenciando la psiquis de una persona viva. Sin embargo, antes de seguir adelante, quiero definir algunos conceptos sobre los que puede haber distintos criterios para que quede claro de qué estamos hablando cuando nos referimos a ellos.

Definición de conceptos

No es fácil definir universalmente algunos conceptos metafísicos, ya que esto depende de la fuente espiritual original, de las creencias, de la interpretación y de la visión personal de cada autor. Aquí voy a definir algunos conceptos tal como yo los entiendo, al menos para el marco de este libro.

En primer lugar, hay una tendencia generalizada a utilizar los términos “alma” y “espíritu” en forma indistinta. Esto es aceptable y está bien si decimos que las almas perdidas son espíritus. Sin embargo, no es lo mismo.

El concepto popular de alma conlleva la idea de forma o de sombra incorpórea. Esto se debe a que cuando el alma se desprende del cuerpo su apariencia es como si fuese un doble exacto del cuerpo físico. Así es como son vistos los fantasmas. Entretanto, el espíritu está asociado a la idea de soplo o aliento y es, por lo mismo, más intangible que el alma. Personalmente, considero al alma como la parte del espíritu que se encarna, ya que hay una parte de éste que nunca lo hace. El espíritu sería como el Sol que no necesita estar en la Tierra para actuar sino que le basta con irradiar su energía a través de sus rayos. Así, en cada encarnación, el espíritu envía un rayo de sí mismo vehiculizado en el alma. Si al morir el cuerpo físico, el alma, o un fragmento de ella, queda atrapada en la atmósfera física, falla en reintegrarse con su principio superior y se convierte en un alma perdida. El espíritu es entonces el principio consciente que evoluciona, yo superior o, simplemente, la conciencia pura. El espíritu utiliza el alma como un vehículo o un instrumento para la evolución de la conciencia y a su vez, el alma utiliza el cuerpo físico como vehículo para la experiencia de esta conciencia en el plano de la materia. Otra forma de verlo es considerar al espíritu superior como el director del libreto y al alma como el encargado de llevarlo a cabo. En cada encarnación, el espíritu superior envía al alma como una proyección de sí mismo con un nuevo libreto o papel a representar. El alma es así como el actor que representa el papel que le han adjudicado y, por lo tanto, es la persona, el personaje. A mi modo de ver, el alma es la personalidad que asumimos en cada vida. De hecho, como pronto lo comprobarán, cuando un alma perdida se manifiesta, lo hace con la personalidad que tenía en su última vida física.

Como el alma es el vehículo para la manifestación de la conciencia en el plano físico, cuando nos referimos al alma implícitamente, también estamos incluyendo a la conciencia. En este sentido, podemos decir que el alma es el campo de conciencia total que contiene el registro de la totalidad de las memorias de las experiencias de un ser. Cuando estamos encarnados en un cuerpo perdemos la conexión con esa conciencia total y quedamos limitados a la conciencia física. Sin embargo, la totalidad de nuestra conciencia sigue allí, a nuestro alcance, en lo que conocemos como “el inconsciente”.

Plutarco afirmaba que la memoria es una función del alma y la enciclopedia Sopena, en su edición de 1926, define a la conciencia como la propiedad que tiene el alma de reconocerse como sujeto de sus actos, ideas y sentimientos. Por este motivo, suelo utilizar alternativamente ambos términos, alma y conciencia, según a qué aspecto o experiencia del alma me esté refiriendo. En general, asociamos el alma con las emociones y sentimientos y a la conciencia con el proceso de ser consciente. Cabe agregar que, además de servir de vehículo a la manifestación de la conciencia, el alma es el principio que comunica la vida al cuerpo físico, ya que también porta la energía de vida, la energía vital. Si el alma se retira, el cuerpo se muere, sin importar lo que hagamos.

También es necesario distinguir entre conciencia y consciencia. Así como la conciencia es una propiedad del alma, la consciencia es una función de la conciencia: es la experiencia del darse cuenta de los pensamientos, actos y sentimientos. De modo que cada vez que hablamos del darse cuenta, estamos hablando de la consciencia. Ser consciente es darse cuenta de lo que está aconteciendo dentro y fuera de nuestro ser.

Otro concepto a definir es el de la “Luz”. Se supone que cuando el alma abandona el cuerpo, inmediatamente pasa a la dimensión espiritual, el ámbito natural en el que se mueven las almas desencarnadas. Sin embargo, la realidad del mundo espiritual tiene a su vez distintos niveles que dependen de su frecuencia vibratoria. La oscuridad también es parte del mundo espiritual; entrar en el mundo espiritual no es garantía de entrar en la Luz, pero, ¿de qué estamos hablando cuando hablamos de volver a la Luz?

Podemos entender la Luz como la fuente de nuestro origen divino, de nuestra esencia y sustancia original, de nuestra condición como entes espirituales. Podríamos considerar a la Luz como la manifestación tangible o visible del Todo, de la Energía Divina, del Supremo Hacedor o lo que llamamos Dios. Sin

embargo, resulta más fácil comprender el concepto de la Luz a través de los testimonios de las personas que han tenido experiencias cercanas a la muerte, de las personas que han vivenciado la Luz en el trabajo con la regresión y de las propias almas perdidas. Todas ellas coinciden en describir o vivenciar la Luz como un espacio o una dimensión en la cual se experimentan un amor, una paz, una plenitud, un gozo y una serenidad inefables. La Luz es intensamente blanca, radiante, brillante y luminosa. Si utilizo varios adjetivos es porque no hay uno solo que pueda describirla totalmente. No hay ninguna vivencia en el plano físico que pueda dar siquiera una idea de esta realidad. Es un estado de gracia y de gloria indescriptible. Cualquier dolor que se haya experimentado en la Tierra desaparece inmediatamente al entrar allí.

Las personas que han experimentado la Luz expresan la aspiración de permanecer allí y el deseo de no salir de ella. Allí, en la Luz, se producen encuentros con seres queridos que han partido antes que nosotros y también con seres o maestros que nos acogen y nos ayudan a prepararnos para nuestro próximo paso en la materia. De allí, de la Luz, nos desprendemos cada vez que iniciamos el viaje para encarnarnos en una nueva existencia física.

La Luz es también la manifestación de la realidad metafísica de nuestro Ser o la expresión de su verdadera naturaleza. En la forma más elevada que podamos concebirnos a nosotros mismos con nuestra conciencia actual, somos luz. Como un alma perdida es un fragmento de la totalidad a la cual pertenece, volver a la Luz también significa reintegrarse con esa totalidad, vale decir, con su espíritu superior. De tal manera que, cuando hablamos de volver a la Luz, nos estamos refiriendo a dos fenómenos que ocurren simultáneamente: volver a nuestro estado original y volver a la Fuente de donde hemos salido para realizar la experiencia en el cuerpo físico.

Es frecuente referirse a los espíritus desencarnados como entidades espirituales o simplemente como entidades. Hablar de entidades no significa que se trate de seres malignos. Una entidad es lo que constituye la esencia o la forma del ser y un ente es lo que es o puede ser, lo que existe o puede existir. De modo que cuando hablamos de entidades, estamos expresando la idea de vida o de una existencia individual.

Ahora sí, para comprender de qué manera se produce el fenómeno de la influencia espiritual comenzaremos por analizar dos aspectos básicos. El primero es el concepto del alma como un campo de energía; el segundo es considerar la

muerte como el proceso de desacoplamiento del alma del cuerpo físico.

El alma: un campo de energía consciente

En términos físicos, el alma es un complejo de campos electromagnéticos y lumínicos que sirven de soporte a la experiencia y a la manifestación de la conciencia, la realidad fundamental de nuestro ser. Nuestra propia conciencia es un campo de energía. Los llamados cuerpos sutiles conocidos como doble etérico, cuerpo astral, cuerpo mental y causal son campos de energía que vibran en distintos niveles de frecuencia.

Los campos electromagnéticos forman parte de la organización de todos los sistemas materiales, desde los átomos hasta las galaxias. Hay campos microscópicos en cuyo interior las partículas de materia existen como cuantos de energía vibratoria. Estos campos constituyen la base del funcionamiento de nuestros cuerpos y de todos los cuerpos, animados e inanimados. A través del campo magnético se transmite la energía vibratoria de la luz. Asimismo, todo lo que llamamos energía electromagnética es energía gravitatoria. De modo que un campo electromagnético se comporta también como un campo gravitatorio. Los campos son también regiones no materiales de influencia y son el medio de acción a distancia. Esto significa que, a través de ellos, los objetos se afectan entre sí aun sin estar en contacto material.

En su teoría de la causación formativa, Rupert Sheldrake sostiene que la naturaleza de las cosas depende de unos campos denominados campos mórficos. Ya en 1922, Alexander Gurwitsch, biólogo, sostenía que el proceso formativo embrionario tiene lugar en un campo cuyos límites en general no coinciden con los del embrión, sino que lo sobrepasan. La embriogénesis se produce en el interior de estos campos. Lo que conocemos como sistema vivo estaría constituido por el embrión visible y un campo (léase alma). Así, un campo es aquella condición a la cual todo sistema vivo debe su organización típica y sus actividades específicas. Harold Burr y el ingeniero brasileño Hernani Guimaraes Andrade (citados por David Boadella) sostienen un concepto similar: hay un campo no físico de fuerzas que da forma y lleva a la formación de un cuerpo cohesivo. Andrade llamó a este campo modelo organizador biológico. David Boadella plantea una pregunta interesante: ¿el mundo de la materia genera campos invisibles o los campos invisibles generan el mundo de la materia? La

conciencia es un campo organizador que está en las raíces de la existencia y actúa sobre las partículas que constituyen el mundo. A propósito de los campos mórficos, Rupert Sheldrake dice lo siguiente:

"Los campos mórficos son regiones no materiales de influencia que actúan a través del tiempo y del espacio. Los campos mórficos no desaparecen aunque muera la forma física. Son patrones organizativos de influencia potenciales y pueden volver a aparecer físicamente en otro tiempo y lugar en el momento en que las condiciones físicas sean las adecuadas."

Ahora, ¿qué tal si aplicamos el concepto de campo mórfico al campo de energía del alma desencarnada? Veamos:

"El campo de energía de un alma desencarnada es una región no material de influencia que actúa a través del tiempo y del espacio. El campo de energía de un alma desencarnada no desaparece aunque muera la forma física. Es un patrón organizativo de influencia potencial y puede volver a aparecer (actuar o reencarnar) en otro tiempo y lugar en el momento en que las condiciones físicas sean las adecuadas."

¿Qué les parece? Si recordamos que además el alma es un complejo de campos electromagnéticos, ya casi tenemos el panorama completo.

Dentro de este complejo de campos electromagnéticos se encuentra también lo que conocemos como aura magnética o simplemente aura. Todos los cuerpos animados e inanimados irradian un halo luminoso que algunas personas pueden ver naturalmente y que puede ser objetivado cuando el objeto de investigación es sometido a la acción de un campo eléctrico de alta frecuencia y elevada tensión, lo que se conoce como efecto Kirlian.

Los investigadores denominan al aura como campo bioeléctrico, ya que es el componente más físico del alma. Este campo bioeléctrico (aura) es un campo

electromagnético y fotónico que se encuentra dentro y alrededor del cuerpo humano. Este campo bioeléctrico se encuentra en constante movimiento e interacción con lo que le rodea. Acepta materia e información del ambiente y refleja los procesos físicos, psicológicos y espirituales de una persona. Los pensamientos y emociones del individuo lo transforman continuamente. Se nutre de pensamientos y emociones positivos y se daña con emociones y pensamientos negativos. Cuando el campo bioeléctrico se encuentra alterado y el desequilibrio se prolonga en el tiempo, aparece la disfunción y luego la enfermedad en las zonas del cuerpo correspondientes a la alteración.

Se ha comprobado también que los campos bioeléctricos de las personas que se encuentran cerca físicamente están constantemente influyéndose e intercambiando energía, aun cuando no estén en contacto físico directo. El campo bioeléctrico de una persona se amplía cuando por detrás de ella se acerca alguien a quien ama. Esto prueba que sentimos la presencia y el tipo de energía de las personas que nos rodean aunque no seamos conscientes de ello. Con mi amigo Raúl Torres, máster en bioenergoterapia, hemos comprobado esta interacción de los campos bioeléctricos entre terapeuta y paciente.

Utilizando una cámara Kirlian tradicional, Raúl obtuvo bioelectrografías —impresión del campo vibratorio en una película fotográfica— de algunos pacientes y del terapeuta en el trabajo con la regresión. Las bioelectrografías se efectuaron antes de comenzar la regresión, durante y después de finalizada la sesión. Uno de los hallazgos fue comprobar que antes de iniciar la regresión tanto el paciente como el terapeuta ya se encontraban en un estado de conciencia modificado, hecho que no ocurría si el paciente sólo venía para un control. Más aún, el terapeuta presentaba esta modificación incluso antes de que llegara el paciente, lo que indica que a nivel inconsciente el terapeuta ya estaba dispuesto para el trabajo.

La otra sorpresa fue encontrar que, en ocasiones, la alteración energética que traía el paciente se evidenciaba también en el terapeuta y desaparecía de éste luego de finalizado el trabajo. Estos hallazgos prueban que hay un sustrato energético para el llamado rapport terapeuta-paciente, pero que además hay una conexión entre éstos antes de que se encuentren físicamente, lo que corrobora también que los campos se influencian y actúan a distancia.

Personalmente, prefiero referirme al aura o campo bioeléctrico como “campo vibratorio”, ya que éste no es algo fijo, sino que se encuentra en constante

movimiento. Como ya lo hemos visto, el campo vibratorio funciona también como un campo gravitatorio y, además, es un campo protector. Para no caer en repeticiones, ocasionalmente utilizo como sinónimos los términos aura, campo bioeléctrico, energético, vibratorio o gravitatorio.

Ahora podemos considerar al alma perdida como un campo de energía que puede interactuar con el campo de energía de una persona viva, afectando sutilmente la mente subconsciente de ésta.

La muerte: el desacoplamiento del alma del cuerpo físico

El segundo aspecto a considerar es entender la muerte como el momento en que el alma comienza el proceso inverso a la concepción y posterior encarnación. Educados y acostumbrados como estamos a considerar y valorar el cuerpo físico como una unidad de vida y el asiento de una personalidad, nos resulta difícil entender y aceptar que la muerte es el mecanismo mediante el cual el alma inicia la desencarnación. Así, denominamos muerte a la cesación de la vida en un cuerpo físico, pero la muerte es algo más trascendental.

La muerte es un proceso que comienza antes de que se produzca la muerte efectiva y que continúa todavía después de que nosotros constatamos los signos físicos exteriores como ausencia de latidos, pulso y respiración. La muerte es el proceso mediante el cual el alma encarnada se separa y se desprende definitivamente del cuerpo físico que estaba habitando. Esto es importante para comprender lo que va a venir después. La muerte es un proceso constituido por una serie de acontecimientos que tienen lugar tanto a nivel físico como a nivel energético y espiritual.

Cuando constatamos la muerte en una persona mediante los signos físicos exteriores, sólo estamos viendo una parte de ese proceso. Los sabios tibetanos enseñan que, en una muerte natural, el proceso comienza siete años antes de que se produzca la muerte efectiva. Ya entonces comienzan los cambios que indican que esa persona va a morir: la piel pierde su humedad y comienza a secarse, la grasa subcutánea se consume lentamente y se marcan los tendones y los huesos, el brillo de los ojos se opaca y la persona comienza a estar cada vez más ausente. Lentamente, el desprendimiento del alma ya ha comenzado y una de las cosas evidentes es que a esa persona le falta energía vital. De modo que el proceso de la muerte comienza antes de que el corazón detenga su movimiento y continúa aún después de que el corazón deja de latir. Llegado a este punto, más allá de la dimensión física, todavía se siguen produciendo cambios y lo que nosotros no podemos ver es que la energía tiene que retirarse de cada célula. Aun en los casos en que la muerte parece instantánea, no lo es; lo que nosotros podemos constatar son los signos físicos exteriores, pero el desacoplamiento del alma de las células físicas puede llevar desde unas horas hasta tres días, dependiendo del

estado de la conciencia en el momento de producirse la muerte y del desarrollo espiritual alcanzado en la vida que se deja.*

Hay un estudio interesante —citado por Fernando Sánchez Quintana— que es consistente con lo que acabamos de decir. Konstantin Korotkov —profesor de la Universidad Técnica Federal de San Petersburgo— realizó esta investigación junto a un equipo de médicos forenses. Utilizando una cámara Kirlian digital diseñada por Korotkov, durante tres años estudiaron el campo bioeléctrico de un grupo de personas inmediatamente después de fallecidas.

En este estudio se obtuvieron imágenes del campo de energía de los dedos de la mano izquierda de las personas fallecidas a cada hora, de día y de noche. Posteriormente, los niveles de energía obtenidos eran convertidos en gráficos y se construían las gráficas de cambio de intensidad en el brillo del aura durante tres a seis días luego del fallecimiento. Se encontró que la mayoría de las gráficas no desaparecían de forma monótona, sino que tendían a oscilar, a veces marcadamente. Por tanto, clasificaron estas gráficas en tres grupos y encontraron un dato muy interesante: cada uno de los grupos encontrados estaba definido por un tipo de muerte particular.

Grupo I: Gráficas con oscilaciones relativamente débiles.

Estas gráficas se correspondían en los casos de muerte natural, tranquila, causada por degeneración de los tejidos. Las gráficas variaban entre las 16 y 55 primeras horas antes de estabilizarse en un nivel basal.

Grupo II: Gráficas con oscilaciones débiles, pero con un breve período de intensidad de energía pronunciado.

Aquí encontraron que la muerte había sido causada por accidentes de tránsito con fracturas craneales. Las gráficas mostraban una intensidad de energía muy elevada en un período de 0 a 24 horas para después descender al nivel basal.

Grupo III: Gráficas con oscilaciones fuertes de larga duración.

En este grupo la muerte ocurrió en forma inesperada como resultado de circunstancias trágicas, por ejemplo suicidio y asesinato. Las gráficas mostraron una mayor amplitud y duración de las oscilaciones que iban descendiendo

progresivamente. Existían momentos de gran intensidad durante la noche que caían al final del día.

En los tres grupos la intensidad descendió finalmente a un nivel fijo muy bajo, que podría esperarse de un objeto no vivo de las mismas características. Basándose en estos resultados, los investigadores concluyeron que la actividad energética de una persona no desciende a cero después de la muerte clínica. En algunos casos está presente hasta cuatro días después de la muerte, lo que significa que el alma todavía está allí. Es particularmente significativo que el proceso de desaparición de la energía depende de la causa y naturaleza de la muerte. Lo que el estudio parece indicar es que el alma entra y sale del cuerpo en los primeros días posteriores a la muerte. Esto significa que aunque el cuerpo esté muerto, el alma todavía está allí.

Estas diferencias en las gráficas de la energía coinciden con los hallazgos clínicos en el trabajo con almas perdidas. Las características de la muerte suelen ser determinantes en la evolución posterior del alma luego de dejar el cuerpo físico. De cómo se muere, de las condiciones en que se muere, del estado en el cual se encontraba la consciencia en el momento de morir, y de las creencias de la persona en ese instante depende en mucho que un alma siga su proceso de retorno a la Luz o permanezca ligada al plano físico.

Ahora que sabemos que la muerte es un proceso que lleva su tiempo e implica que el alma tiene que desprenderse del cuerpo físico para retirar su energía, podremos comprender mejor de qué manera el alma de una persona fallecida se convierte en un alma perdida o en un fantasma, que al fin y al cabo es lo mismo.

¿Por qué un alma que ha desencarnado se convierte en un alma perdida?

La primera razón por la cual el alma de una persona en trance de morir se convierte en un alma perdida es porque no hay consciencia del momento de la muerte. En este proceso de desprendimiento, que habitualmente comienza con la agonía y puede extenderse hasta varios días después de la muerte, puede ocurrir que el alma, la conciencia, no se dé cuenta de que el cuerpo se murió y permanezca entonces con la ilusión de que todavía posee el cuerpo físico. Esta ausencia de consciencia de la muerte impide que el alma complete su transición a la dimensión espiritual, porque sencillamente el difunto no se dio cuenta de que su cuerpo se murió. Hay dos situaciones básicas en las que puede ocurrir esto:

Obnubilación o pérdida de la consciencia antes de que se produzca la muerte.

Muertes imprevistas y violentas

a) Obnubilación o pérdida de la consciencia

Todo estado de confusión previo a la muerte impide que el alma que está desencarnando complete satisfactoriamente su proceso de ir hacia la luz. La obnubilación o pérdida de la consciencia antes de que se produzca la muerte puede ocurrir, entre otras cosas, por sobredosis de drogas, envenenamiento, alcohol, anestesia general, coma, muerte por congelamiento —la persona se queda dormida antes de morir—, agonía por hambre —se produce un estado ilusorio— e intoxicación y asfixia por gases. Todo aquello que implique la pérdida de la consciencia antes de que se produzca la muerte provoca confusión en el estado post mortem inmediato. Cuando la conciencia despierta en la realidad espiritual no sabe dónde está ni recuerda lo que pasó. Sólo se recuerda

lo inmediatamente anterior a la pérdida de la consciencia. Es lo que sucede, por ejemplo, cuando una persona muere durante el transcurso de una intervención quirúrgica bajo anestesia general. La persona es anestesiada antes de que comience la operación, lo que significa que, al momento de iniciarse la intervención, ya está dormida. Si la muerte se produce durante la operación, la persona se habrá muerto sin recuperarse del sueño anestésico. Cuando la conciencia despierta en el plano espiritual, el cuerpo ya está muerto, pero el individuo no sabe lo que sucedió; sólo recuerda lo inmediatamente anterior a que se le efectuara la anestesia Como además, al dejar el cuerpo, el alma tiene la apariencia exacta del cuerpo físico, esto mantiene la ilusión de que se está vivo. Como consecuencia de esto, el alma permanecerá aquí, en la atmósfera terrestre, confundida y desorientada, sin entender muy bien lo que está sucediendo, dado que ella puede ver y oír a los seres vivos, pero éstos no pueden verla ni escucharla.

b) Muertes imprevistas y violentas

Ya vimos en el estudio de Korotkov que, en las muertes imprevistas y violentas como suicidio y asesinato, había una gran actividad energética post mortem, lo que implica que el alma sigue unida al cuerpo todavía después de varios días de haberse producido la muerte. En este tipo de muertes no hay pérdida de la consciencia, pero por lo general tampoco hay consciencia del momento de la muerte. Esto puede ocurrir también en los accidentes fatales con muerte instantánea. Todo es tan rápido y sorpresivo que el alma no alcanza a reaccionar y comprender lo que está sucediendo. Es como que en un segundo yo estoy caminando dentro de este cuerpo y un cuarto de segundo después estoy fuera de éste. Aquí no hay transición como en la muerte natural, aquí no hay un desprendimiento progresivo. El cordón de energía que une el alma con el cuerpo ha sido cortado de improviso y violentamente. De pronto, yo estoy aquí, de pie, pero hay un tipo que es un doble de mí mismo y que está tirado en el suelo. ¿Qué está pasando acá? Yo me sigo moviendo en este otro cuerpo —el espiritual— que para mí es tan sólido y real como el cuerpo físico y no se entiende lo que está pasando. Ese que está ahí, tirado, es un doble de mí, ¿de dónde salió ese tipo? No hay consciencia del momento de la muerte. Todo es tan rápido, todo es tan veloz, que uno pasa de la vida en el cuerpo físico a la dimensión espiritual en

forma repentina e inesperada, sin transición y esto es lo que provoca la confusión. El alma, en realidad la conciencia o el principio consciente, no entiende lo que está sucediendo; está desorientada y puede pasar mucho tiempo así. Las películas Ghost, Sexto sentido y Los otros están muy bien realizadas y son un buen ejemplo de las consecuencias para el alma de una muerte imprevista. Con el tiempo, el episodio traumático se borra o se olvida. El alma cree que sigue viva en su cuerpo y continúa realizando —ilusoriamente— sus tareas habituales sin darse cuenta de lo que ha sucedido. Es frecuente que cuando yo le explico al alma perdida que su cuerpo está muerto me conteste: Vos estás loco, si estoy hablando con vos no puedo estar muerto, estoy vivo.

La falta de una práctica espiritual durante la vida física es otra de las razones por las cuales el alma se puede extraviar luego de producida la muerte. Para la persona que no cree en la vida después de la muerte, que ignora la realidad de la vida espiritual, las muertes imprevistas y accidentales acrecientan la confusión. Es lo que puede ocurrirle al suicida. Éste se quita la vida en la creencia de que con la muerte se termina todo, pero resulta que luego de pegarse el tiro sigue vivo. A veces, el suicida se da cuenta de lo sucedido, pero también puede creer que falló en el intento. En este caso, procurará repetir el acto y es probable que se pegue a una persona con tendencia depresiva o suicida y la obsesione impulsándola a suicidarse.

Es posible que el alma perdida sepa perfectamente que se murió. Pero hay otras razones para permanecer en el plano físico y éstas son: miedos y creencias, preocupaciones, atrapamiento en el cuerpo físico, adicciones y apegos.

Las creencias durante la vida física pueden afectar al alma en su posterior evolución. Por ejemplo, si el sujeto cree que hay un castigo en el más allá y, en el instante de morir, siente remordimiento por sus errores y malas acciones o siente culpa por algún evento en particular, puede rehusar ir a la Luz por miedo a ser castigado. Es frecuente que el alma perdida se exprese en estos términos: “no me van a recibir porque fui muy malo”, “me van a retar” o “me van a castigar; mejor me quedo acá”. Por eso es muy importante la figura del sacerdote brindando la absolución en los instantes previos a la muerte, cuando el individuo todavía está consciente, ya que esto libera a la conciencia de ese temor.

Luego de dejar el cuerpo, el alma puede estar preocupada porque siente que dejó algo sin hacer, porque tiene que continuar con su misión o completar una obra que quedó inconclusa. Esto puede llevarla a procurarse un instrumento adecuado

para cumplir con su tarea, adhiriéndose a una persona viva con características similares. Quizás tenga miedo de que sus hijos despilfarren la fortuna que les dejó. Otra razón muy poderosa para quedarse es porque tal vez ha dejado a sus hijos pequeñitos y quiere cuidarlos o porque quiere ver crecer a su nieto que no pudo ver o, ¿por qué no?, para vengarse de una persona en particular.

El atrapamiento en el cuerpo físico es otra causa de retención del alma en la atmósfera física. Sobre todo si la persona es joven y más aún si está aferrada al cuerpo o a la belleza del cuerpo físico. Los instantes previos a la muerte suelen ser decisivos en estos casos. Esto es algo que muy frecuentemente puede observarse en el trabajo con la experiencia de la muerte en TVP. Tal vez se trate de una joven hermosa que está muriendo y, mientras está en agonía, puede pensar: “no me quiero morir”, “soy demasiado joven y bella para morir” o “no me voy a ir, me voy a quedar aquí”. Mientras está luchando para no morir ocurre lo que ya hemos dicho; de pronto, el cuerpo se muere, pero como la conciencia sigue luchando por sobrevivir, no se da cuenta de que el cuerpo se ha muerto y, así, puede pasar una eternidad atrapada en ese instante.

Finalmente, las adicciones y los apegos también mantienen al alma en el plano terrenal por el simple deseo de seguir experimentando los placeres de la materia o por la frustración de no haber podido satisfacerlos. Ya sea por experimentar el placer del alcohol, drogas, sexo, tabaco o comida, un alma perdida puede adherirse a una persona viva porque a través del campo vibratorio de ésta puede satisfacer sus deseos. Más aún, un alma perdida puede estimular a una persona viva a continuar con el hábito adictivo para así poder satisfacer su propia adicción. El apego a un lugar en particular o el deseo de permanecer junto a la persona amada también pueden impedir que el alma ascienda a la Luz. Recuerden la enseñanza de Jesús: Donde está tu tesoro, está tu corazón. Si el tesoro está aquí, en la tierra, el alma permanecerá aquí.

Repasemos entonces las causas más frecuentes de retención del alma en el plano físico:

Obnubilación o pérdida de la consciencia antes de que se produzca la muerte.

Muertes imprevistas y violentas.

Falta de práctica espiritual consciente durante la vida física.

Miedos y creencias.

Preocupaciones.

Atrapamiento en el cuerpo físico.

Adicciones y apegos.

¿De qué manera podemos ser vulnerables a la acción de un alma perdida?

Hemos visto que dentro del complejo de campos electromagnéticos que conforman el alma existe uno en particular que es el componente más físico del alma conocido como aura y que aquí denominamos campo vibratorio. La importancia de este campo vibratorio es que funciona como un escudo protector, protegiendo nuestra intimidad y nuestra integridad psíquica de energías foráneas. Sri Aurobindo llama a este campo el circumconsciente, porque podemos hacerlo consciente. Claro está que la mayoría de nosotros todavía no ha llegado a ese punto de consciencia. El circumconsciente, como lo veía Aurobindo, es una atmósfera individual y protectora donde podemos sentir y atrapar las vibraciones psíquicas que provienen del exterior antes de que entren en nosotros. La integridad de este campo vibratorio es vital para que funcione como escudo protector. Puede ser muy luminoso y fuerte o corromperse y disgregarse por completo, según nuestro estado interior. Para comprender de qué manera este campo vibratorio y protector puede perder su integridad y tornarse vulnerable es necesario que avancemos ahora con otros dos conceptos fundamentales. El primero de ellos es saber cómo se realiza la encarnación; el segundo es el concepto de la pérdida o fragmentación del alma.

La encarnación del alma en un cuerpo físico supone un descenso o una transferencia de energía desde el plano espiritual al plano de la materia y, así como la desencarnación es un proceso que lleva su tiempo, la encarnación requiere el suyo. Para encarnarse en un cuerpo el alma tiene que anclarse primero en la materia para luego transferir al cuerpo físico un volumen creciente de su energía. Esto no se realiza de una sola vez; el anclaje comienza en el momento de la concepción, pero la encarnación, es decir, el descenso total de la energía del alma, recién se completa alrededor del séptimo año de vida. Más aún, según la cabalá, el descenso del tercer nivel de la energía del alma, la neshamá, recién se completa a la edad de veinte años. Esto significa que, en el mejor de los casos, el campo de protección de un niño no estará completo por lo menos hasta el séptimo año de vida y, por lo tanto, el niño es potencialmente vulnerable a la acción de energías extrañas, incluidos los pensamientos y emociones de los padres y de otras personas. La forma como un niño es protegido es mediante el

cuidado y la atención que le brindan los padres. Éstos no tienen que hacer nada en especial, simplemente tienen que prestarle atención; de esta manera le proveen al niño la energía necesaria para que éste pueda formar su campo de protección. Por eso un niño siempre está llamando la atención, porque así es como obtiene energía de sus padres.

Hay circunstancias por las cuales es posible que al llegar al séptimo año de vida no se haya completado el descenso de toda la energía del alma y, por consiguiente, el campo protector no se haya formado satisfactoriamente. Durante la gestación y el nacimiento pueden acontecer hechos que atenten contra el descenso de la energía. Si durante la gestación hubo un intento de aborto, es posible que, debido al pánico, el alma del feto se haya alejado del cuerpo, llevándose con ella gran parte de la energía vital. Tengan en cuenta que el alma recién está descendiendo en la materia, de modo que esto le resulta muy fácil de realizar. También puede suceder que el feto o la conciencia del feto se niegue a nacer. Si el bebé se niega a nacer, como el alma todavía no está encarnada, es posible que se resista a entrar en el cuerpo, permaneciendo fuera de él y puede ser que no regrese nunca. Trabajando con la TVP, varios pacientes han vivenciado la experiencia de su nacimiento desde fuera del cuerpo, justamente porque se salieron de él antes de nacer. De modo que ya desde la gestación o desde el nacimiento es posible que el campo vibratorio se encuentre debilitado y sea vulnerable a la invasión por energías de otra dimensión. Esto nos lleva a considerar el otro concepto importante aquí: la pérdida del alma.

Ya sabemos que el alma es energía pura, pero el alma es algo más que un campo de energía electromagnética. El alma es nuestra esencia vital, nuestra fuerza, nuestro poder personal. El alma es el principio de vida; sin alma no hay vida. En la perspectiva chamánica, parte de nuestra esencia vital esencial puede partir y perderse en una realidad no ordinaria. Los chamanes ven la enfermedad como una pérdida del alma o una disminución de la energía espiritual esencial. Un susto puede provocar la pérdida de una parte de la energía vital. El susto es un acontecimiento desagradable que provoca que una parte del alma de una persona se desprenda y se pierda.

Sandra Ingerman define la pérdida del alma como la pérdida de partes cruciales que proporcionan vida y dan vitalidad. Estas partes se pierden debido a traumas y quien ha sufrido el mayor trauma es el niño que vive en nuestro interior. Cuando experimentamos un trauma, sobre todo en la infancia, una parte de nuestra esencia vital puede separarse de nosotros para sobrevivir a la experiencia

y para escapar del dolor y del impacto psíquico que implica una vivencia insoportable. La pérdida del alma o de una parte de ella puede ser originada por cualquier experiencia traumática. Desconozco cuál es el mecanismo intrínseco por el cual se produce este fenómeno; lo cierto es que una parte de la energía del alma se fragmenta, abandonando a la persona. Cuando esto sucede, la persona queda incompleta y la parte que se fue se pierde en otra realidad o no desea regresar. Al perder este fragmento de energía, la persona pierde su fuerza, su poder personal y esto significa que también pierde su protección natural. Su escudo vibratorio de protección ya no será tan efectivo como debiera ser. Desde el momento en que una parte del alma se ha ido, la persona se encontrará debilitada, desvitalizada, deprimida y será más vulnerable a las enfermedades y al accionar de energías intrusas, entre ellas almas perdidas y cualquier tipo de entidades espirituales.

Es importante entender aquí que la parte que se ha ido no se encuentra en lo que conocemos como subconsciente o inconsciente. No se trata simplemente de un yo escindido o disociado. El fragmento que se fue sencillamente no está aquí. En la concepción chamánica, las partes vitales del yo que se han disociado pueden quedar atrapadas en una realidad no ordinaria o pueden haber encontrado mundos más placenteros donde deseen estar o puede que se hayan perdido en otra dimensión y no sepan cómo regresar. Parte de la sanación consiste en recuperar esas partes en el mundo no ordinario y regresarlas al cuerpo del paciente. Este es el don básico de un verdadero chamán. En el trabajo con la TVP, hemos comprobado que, mediante la regresión, se pueden recuperar las partes fragmentadas luego de trabajar terapéuticamente la experiencia traumática.

La pérdida del alma es resultado de traumas tales como abuso sexual, maltrato y castigo corporal, pérdida de un ser querido, abandono o separación de los padres, divorcio, cirugía, accidentes, enfermedades importantes, tortura, secuestro, amenaza de muerte, aborto, experiencias de guerra, adicción y fracaso o frustración amorosa. El estado de coma es un ejemplo extremo de pérdida del alma y el abuso sexual, sobre todo si ocurre en la infancia, es uno de los traumas que, con mayor frecuencia, causa la pérdida del alma. Un niño no puede hacer nada para evitarlo, no puede defenderse, no puede pedir ayuda, no puede entender lo que está pasando y, la mayoría de las veces, no tiene a quién decírselo. El único recurso que le queda es salirse del cuerpo y no regresar a él por la sencilla razón de que es peligroso estar en ese cuerpo. Si una persona ha sido violada, aunque sólo haya ocurrido una vez, es casi seguro de que una parte

de ella se ha ido y se ha perdido en otra dimensión. Cualquier situación que se asemeje a una violación, aunque no se trate de abuso sexual, implica el riesgo potencial de la pérdida de una parte del alma.

Como ya mencionamos, también puede haber pérdida del alma durante la gestación o en el momento del nacimiento. Algunas personas suelen expresar esta pérdida del alma sin saberlo. Es frecuente que ante el abandono o la muerte de la persona amada su pareja diga “cuando se fue me robó mi alma” o “se llevó una parte de mí”. Otras personas suelen decir “siento que no estoy del todo aquí” o “no estoy completa” o “me siento como un observador” o “es como si siempre estuviese ausente”. Sin saberlo, están expresando intuitivamente una realidad más verdadera de lo que creemos.

Al mismo tiempo, la pérdida del alma lleva al sentimiento de incompletud y vacío. Los chamanes sostienen que el universo no soporta el vacío y que ese espacio creado en el aura de una persona puede ser ocupado por la enfermedad o por otras energías. Foster Perry dice que los traumas producen algo así como agujeros negros en el campo vibratorio de la persona afectada. No es que sean verdaderos hoyos, sino que así es como los ve el vidente en el aura de la persona. Estos agujeros funcionan como si fueran una bomba de vacío, absorbiendo todo tipo de energías con el único fin de llenar el espacio creado por el trauma. La tendencia inconsciente es la de llenar ese espacio y el vacío puede ser llenado con entretenimientos, drogas, alcohol, sexo compulsivo y, por supuesto, con almas perdidas.

Ahora podemos comprender mejor de qué manera nuestro campo vibratorio puede ser afectado en su integridad tornándonos vulnerables al accionar de cualquier energía proveniente de otras dimensiones. Esto incluye no sólo almas perdidas, sino también pensamientos y energías psíquicas de personas vivas, lo que en el lenguaje popular se conoce como malas ondas o mala vibra.

Toda experiencia traumática no sanada es la causa universal de la pérdida de la integridad de nuestro campo vibratorio protector con la consecuente vulnerabilidad frente a la acción de energías intrusas. Esto puede ocurrir tanto en la infancia, en la adolescencia como en la edad adulta, pero cuando el trauma ocurre antes del séptimo año de vida conlleva, además, la posibilidad cierta de que el alma se salga del cuerpo para evitar el dolor. La salida y pérdida del alma puede ocurrir en cualquier momento de la vida, pero es más frecuente y más fácil que ocurra en la infancia porque la encarnación todavía no se ha

completado. Como una parte de la energía se ha ido y no ha regresado, el campo de protección del niño queda debilitado, apto para la invasión por almas perdidas ú otras energías intrusas. Es como dejar la casa abandonada, una invitación para que la ocupe un habitante intruso.

Como ejemplo, imaginemos un caso extremo. La persona se ha negado a nacer; esto significa que parte de su energía no descendió en el cuerpo en el momento del nacimiento. Más tarde, a la edad de cuatro años, fue abusada sexualmente. Como consecuencia de este hecho, otra parte de su alma se salió para no volver y, a los ocho años, muere su abuelo que era su verdadero soporte afectivo en la vida. Al morir su abuelo el niño le pide: “abuelito, llévame contigo”, y allí se va otra parte del alma. Hoy, esa persona tiene cincuenta años, su campo vibratorio es un colador por donde entran todo tipo de energías y, a pesar de los años transcurridos, todavía no está completamente encarnada. No está aquí con toda su presencia y es más que seguro que, además de llevar almas perdidas consigo, también tiene dificultades para llevar adelante sus proyectos por la sencilla razón de que no tiene la energía necesaria para hacerlo.

Al hablar de traumas no debemos ignorar que las experiencias traumáticas no resueltas de vidas anteriores también dejan un área de debilidad en el campo vibratorio. Y, aun cuando el alma no se haya ido, un trauma no resuelto es como si uno tuviese una herida abierta sobre la cual se posan las moscas con las consecuencias que son fáciles de imaginar.

Las intervenciones quirúrgicas, especialmente si se realizan con anestesia general, son también una oportunidad propicia para que almas perdidas se adhieran e invadan el campo vibratorio de una persona.

Toda intervención quirúrgica de magnitud provoca lo que se conoce como estrés, shock o trauma quirúrgico. El cuerpo físico responde a este trauma con mecanismos fisiológicos de adaptación y compensación. Al poner en marcha esta respuesta el organismo consume gran cantidad de energía vital, lo que implica que la protección natural de la persona se encontrará indefectiblemente debilitada. A esto hay que agregarle que, como consecuencia de la anestesia general, el alma se exterioriza, es decir, se desprende del cuerpo, pero nunca podemos saber de antemano cuál será la magnitud de ese desprendimiento. Puede que sea leve y que el alma sólo se quede flotando un poco por encima del cuerpo mientras observa la operación para luego retornar a éste. Pero puede ocurrir que el desprendimiento sea mayor y que el alma pase a una realidad no

ordinaria de la cual no puede regresar o tal vez no quiera regresar. Al abrir los ojos, la persona recupera la consciencia, pero hay una parte de su esencia que no está. Esto agrava todavía más la debilidad del campo vibratorio, lo que favorece la entrada de energías intrusas. Quizás, mientras estaban operando a la persona en cuestión, en el quirófano de al lado se murió otro que aprovecha la oportunidad para meterse en el campo vibratorio de alguien más joven.

Una operación requiere hospitalización y esto añade otro factor de riesgo, ya que un hospital es un gran reservorio de almas perdidas porque, inevitablemente, muchas personas fallecen allí. De modo que aquí tenemos una combinación de factores; por una parte, la debilidad en el campo de protección de una persona provocada por una intervención quirúrgica y, al mismo tiempo, la presencia de gran cantidad de almas perdidas que están en el mismo lugar de la acción. Es fácil imaginar que cualquier hospitalización, aun cuando no se practique una cirugía, significa estar expuesto a la posibilidad de que se adhieran almas perdidas. En particular, las enfermedades prolongadas crean vulnerabilidad en este sentido, ya que también provocan un debilitamiento del campo vibratorio por consumo de energía vital. Una enfermedad típica de esta situación es la hepatitis, dado que afecta al hígado que no sólo es fundamental en los procesos de desintoxicación del organismo, sino que también lo es a nivel energético. Cuando el hígado está enfermo, no sólo no puede realizar normalmente su trabajo en el cuerpo físico sino que tampoco puede hacerlo a nivel energético. Al no procesar las energías tóxicas, se produce una desvitalización que afecta el campo vibratorio protector. Toda condición que implique consumo de energía vital y, por consecuencia, disminución del campo vibratorio de protección, facilitará la entrada de almas perdidas.

Las condiciones propias de un hospital nos llevan a considerar otro factor predisponente que es el ambiente laboral. Trabajar en un hospital conlleva el riesgo implícito de que a uno se le adhieran almas perdidas. Un hospital es un lugar de dolor y sufrimiento y los profesionales de la salud en particular tienen un aura de luz que los distingue del resto de las personas. En ese ambiente de dolor, las almas perdidas se sienten atraídas por la luz que emana del aura de los médicos y enfermeras y se adhieren a su campo vibratorio en busca de protección y seguridad. Como generalmente no tenemos el mínimo conocimiento de esto, resulta que durante veinte o treinta años concurrimos al hospital sin ningún tipo de protección.

Le guste o no le guste, todo profesional que trabaja en un hospital tiene que

asumir que de hecho tiene almas perdidas consigo hasta que se demuestre lo contrario. Yo lo aprendí tarde. Fue Edith Fiore quien me alertó de esto. Si has trabajado en un hospital tienes que dar por sentado que tienes almas perdidas contigo —me dijo cuando me encontré con ella—. Cuando tomé consciencia de esta situación ya habían pasado casi veinte años de práctica hospitalaria y no fue hasta que comencé a trabajar en este libro que me di cuenta de que llevaba conmigo varias almas perdidas adquiridas en esa etapa de mi vida profesional. Cualquiera que trabaje en un ambiente de dolor o sufrimiento y donde fallezcan personas con frecuencia está expuesto a este problema. A los hospitales hay que agregar psiquiátricos, cárceles, hospedajes de ancianos y morgue, sin olvidar las visitas frecuentes a los cementerios.

Hay otras condiciones que sin ser traumáticas facilitan la adherencia de almas perdidas. Tal vez lo más frecuente sea el vínculo afectivo entre el alma perdida y la persona viva. Es natural y lógico que así sea. El vínculo afectivo crea lazos energéticos entre las personas involucradas. En la tradición huna de la Polinesia, a estos lazos energéticos se los denomina cordones aka. A través de estos cordones, que se establecen en forma inconsciente, nos atamos en las relaciones tomando energía de otras personas y permitiendo que otros tomen energía de nosotros mismos. Como se trata de cordones de energía, no se disgregan con la muerte a menos que cortemos con ellos conscientemente por nuestra propia voluntad. Si nos aferramos a algún ser querido que ha partido, si extrañamos su presencia con intensidad, podemos atraerlo a nuestro campo vibratorio mediante estos cordones sin darnos cuenta. También puede ocurrir a la inversa; que el ser que partió permanezca aferrado a la persona viva. Una madre o un padre sobreprotector lo seguirá siendo aun después de haber dejado la materia. Se pegará con facilidad al campo vibratorio de su hijo por cuanto ya en vida ha invadido el aura de éste y así seguirá manejando su vida desde la otra dimensión.

Los hábitos de una persona son el siguiente aspecto a considerar. En particular la adicción al tabaco, alcohol y drogas estupefacientes facilitan la invasión y el accionar de energías intrusas. Este tipo de sustancias se volatiliza fácilmente y, además de impregnar nuestro campo vibratorio, terminan dañándolo y debilitándolo. Con sólo adherirse al aura magnética de una persona, las almas perdidas y otras entidades pueden percibir y experimentar los efluvios que emanan de la persona que está fumando o consumiendo alguna droga. Digamos que cada vez que un fumador enciende un cigarro no está solo, hay alguien más allí que aprovecha la ocasión. La verdad es que el fumador es fumado por las entidades que se han adherido a su aura por afinidad vibratoria. Este es uno de

los motivos por los cuales es tan difícil dejar de fumar o de beber, ya que la entidad que se ha adherido incita a la persona a seguir haciéndolo porque al no tener el cuerpo físico sufre por la falta del tabaco o del alcohol. No se trata sólo de ejercer la voluntad, se está luchando contra otra voluntad.

Las relaciones sexuales sin amor son otra puerta de entrada para seres desencarnados. Así como una entidad puede fumar a través del campo vibratorio de una persona, de la misma manera puede experimentar el placer sexual. Toda relación sexual sin amor transcurre en un nivel de vibración muy bajo que permite que se adhieran todas las energías que vibran en consonancia. En los planos más bajos de vibración existen miles de seres que acuden en tropel allí donde tienen la oportunidad de experimentar sensaciones. Como este tipo de uniones sexuales se realiza a través de los chakras inferiores que son los de frecuencia vibratoria más baja, esto facilita que se adhieran este tipo de entidades. Esta es una de las metáforas de la concepción del centauro Quirón. Su madre, la ninfa Filira, se había convertido en yegua para escapar de Cronos. Pero éste se transformó en caballo y copuló con Filira en ese estado. El niño nació mitad hombre, mitad caballo, porque cuando fue concebido, Filira y Cronos estaban en sus impulsos animales en lugar de estar en su ser superior. En la unión sexual sin amor, estamos en nuestros instintos animales, en nuestra frecuencia vibratoria más baja y, por lo tanto, sin protección. Por el contrario, la energía vibratoria del amor funciona como un campo de protección ya que entonces las entidades de los planos bajos no pueden alcanzar esa frecuencia vibratoria. Si además la relación se lleva a cabo en un hotel por horas, esto agrava la situación, por cuanto así como los hospitales están llenos de seres sufrientes, así en los hoteles por hora pululan las almas perdidas que van a disfrutar de sus placeres.

La vulnerabilidad emocional es otra de las razones por la cual podemos ser invadidos por energías ajenas a nuestro campo vibratorio. Todo estado de dolor emocional implica una baja en nuestras defensas vibratorias; es como si nuestro campo vibratorio se abriera por la herida causada por el dolor. Por ejemplo, el trauma provocado por un divorcio o el abandono o la traición o la pérdida del ser amado, pueden dejar a una persona en un estado de dolor y depresión en el cual la energía vital se encuentra notablemente disminuida.

En esta relación de factores predisponentes tenemos que considerar también aquellos de origen kármico, más precisamente vínculos o relaciones que tienen su origen en vidas anteriores. Si dos o más personas han estado relacionadas en

otra vida ya tienen familiaridad a nivel de sus campos vibratorios. Tal vez una de ellas juró vengarse de la otra. Resulta que hoy dicha alma no está encarnada, pero puede ejecutar su venganza invadiendo el aura de su enemigo, provocando un efecto que se conoce como obsesión. Quizás sea el amor los que los mantiene unidos. Imaginemos que dos personas se juraron amor eterno en otra vida, pero sólo una de ellas se encuentra encarnada actualmente. La otra, la que permanece en el plano espiritual, puede seguir aferrada al campo vibratorio de su amante encarnado sin que éste tenga noticias de ello, interfiriendo así con su vida amorosa.

Hay otro factor kármico para ser vulnerable al accionar de energías intrusas que es más grave que el anterior. Se trata de los pactos con la oscuridad. Esto es bastante frecuente que aparezca en el trabajo con la TVP. Algunas personas han hecho pactos de esta naturaleza en vidas anteriores y hoy las fuerzas con las cuales se hizo el pacto reclaman el cumplimiento de éste. Es probable que actualmente la persona se encuentre en el camino de la Luz, pero habrá entidades que la hostiguen por haberlas traicionado. Tengan presente que, en la dimensión del alma, no existe el tiempo. Cualquier pacto que se haya hecho hace mil o dos mil años atrás es como si se acabara de efectuar. A nivel de la energía, el pacto todavía sigue vigente y eso supone una puerta abierta para la invasión por parte de energías oscuras.

Finalmente, jugar con el tablero ouija o el juego de la copa es una forma de atraer entidades desconocidas a nuestro campo de energía. La consulta o la invocación de espíritus desencarnados puede parecer un juego inocente y atractivo, pero no lo es. Generalmente, las entidades que acceden a estos llamados no son seres de luz precisamente. Los maestros de luz tienen obras más importantes y trascendentes que hacer que satisfacer la curiosidad y la avidez de emociones de algunas personas. Es posible que se manifiesten almas familiares, en cuyo caso debemos suponer que no han ascendido a la Luz, pero lo más frecuente es que acudan seres burlones que sólo buscan divertirse a costa de los incautos. En todo caso, algunas historias de influencia espiritual comienzan así. Al invocar a los seres desencarnados, implícitamente abrimos las puertas para que entren en nuestro campo íntimo. El mismo riesgo corren aquellas personas que invocan maestros o entidades espirituales para canalizarlos sin un entrenamiento o conocimiento de la realidad espiritual. Esta es la vía más sencilla para ser invadidos por energías intrusas porque, ¿quién certifica que el ser canalizado es verdaderamente quien afirma ser? Tendremos ocasión de extendernos en este tema en el capítulo de mistificadores.

Recordemos ahora los factores que nos hacen vulnerables a la invasión por almas perdidas o entidades extrañas:

Experiencias traumáticas en general

Pérdida del alma

Vínculo afectivo

Intervenciones quirúrgicas

Hospitalización prolongada

Enfermedades desvitalizantes

Ambiente laboral

Hábitos y adicciones

Relaciones sexuales sin amor

Vulnerabilidad emocional

Factores kármicos

Pactos con la oscuridad

Jugar con el tablero Ouija

Canalización de entidades ignorando los riesgos implícitos

¿Cómo ejercen su influencia las almas perdidas?

Aunque hablemos de la posesión como uno de los efectos que las almas perdidas provocan en las personas vivas, debemos tener claro que no existe la posesión real del cuerpo físico. Nadie se mete en el cuerpo de otra persona aunque esta pueda ser la sensación aparente. Lo que puede llegar a ocurrir, en los casos más graves, es que el alma perdida controle la mente y la voluntad de una persona. Es entonces cuando puede parecer que el sujeto está poseído, pero lo que en realidad está sucediendo es que su conciencia ha quedado desplazada debido a la fuerza psíquica de la entidad invasora y, en lugar de la persona, se está manifestando otra conciencia. Cuando la persona vuelve a la consciencia de sí misma no tiene recuerdo de lo que ha acontecido. Para quien observa el fenómeno, la impresión es como si el individuo estuviese poseído realmente, pero una entidad espiritual no necesita meterse dentro del cuerpo de una persona para influenciarla. Le basta con adherirse al campo vibratorio de ésta. Pero además, el alma perdida tampoco necesita estar presente en su forma completa para ejercer su influencia. Es suficiente con que un fragmento de energía del alma perdida entre en el campo vibratorio de una persona para provocar trastornos en ésta. Esto explicaría por qué una misma alma perdida puede actuar sobre varias personas al mismo tiempo o por qué el bisabuelo de Ramiro se encontró con su hijo que estaba en la Luz, siendo que una parte de éste todavía estaba junto a su nieto.

Parece ser que luego de desprenderse del cuerpo hay una parte del alma que alcanza la Luz, al tiempo que pueden quedar fragmentos de su energía atrapados en el cuerpo físico o en la atmósfera terrestre. De alguna manera esto es lo que ocurre cuando tiene lugar la pérdida del alma. Una parte se separa mientras la persona sigue viva con el resto de su energía.

La cabalá enseña que al morir se desprenden tres niveles de energía diferentes del alma. El primero en partir es la Neshamá, el alma propiamente dicha. A los treinta días se va el Rúaj, espíritu o soplo y, al año aproximadamente, se retira el Nefesh, que es el nivel inferior de la energía o energía animal. De modo que una parte del alma puede estar aquí todavía, interactuando y sujeta al plano físico, mientras la parte superior se encuentra en otro plano de existencia o en otra

realidad.

En su definición de fantasma, Joan Grant explica en forma insuperable este fenómeno:

“Un fantasma es un fragmento disociado de una personalidad que se ha separado del resto y permanece prisionera en un presente eterno mientras que los componentes integrados continúan su proceso normal de evolución.”

Según la definición de Joan Grant, un alma perdida es un fragmento de energía que se ha separado de su principio superior mientras éste sigue su evolución. Digamos de paso que un fantasma es un alma perdida, sólo que la tradición lo asocia restringido o anclado más a un sitio que a una persona.

De modo tal que es posible que una persona esté encarnada en su cuerpo físico mientras parte de la energía de su alma todavía está atrapada en otra realidad. De hecho, un aspecto importante del trabajo terapéutico con la TVP consiste en recuperar e integrar esos fragmentos de energía que han quedado atrapados en experiencias traumáticas de vidas pasadas.

Ahora bien, un fragmento de un alma conserva todas las propiedades y memoria de la personalidad de la cual se disoció, pues se comporta en forma análoga a un holograma donde un trozo contiene la totalidad de la información de la unidad original. Esto significa que ese fragmento disociado del alma conserva no sólo la memoria, sino también las emociones, temores, creencias e inclinaciones de la personalidad de la cual proviene, actuando y comportándose como si fuera ésta misma.

La bioelectrografía (Beg) nos ha ayudado mucho a comprender el accionar de las almas perdidas. En una Beg, lo que constituye la energía de un alma perdida puede identificarse como una partícula diferente del campo bioeléctrico de una persona por lo cual se las denomina partículas o energías intrusas o transdimensionales. Raúl Torres prefiere el término campo interferente, ya que estas partículas intrusas generan su propio campo de energía, lo que a su vez implica que tienen su propio campo gravitatorio. Por efecto gravitacional, estas partículas pueden atraer hacia su campo de influencia a otras partículas foráneas,

lo que explicaría por qué, una vez que un alma perdida ha invadido el aura de una persona, facilita el ingreso de nuevas entidades.

Cuando estas partículas o energías intrusas están presentes en el aura de una persona, alteran visiblemente el registro de su campo bioeléctrico. No sólo eso, sino que, además, absorben energía vital como si se alimentaran directamente del campo vibratorio de la persona en la que habitan. Incluso pueden tomar energía de la persona aunque se encuentren fuera del campo vibratorio de ésta. De modo que toda energía intrusa, sea lo que sea, sea quien sea, es como un parásito que se alimenta de la energía que encuentra en el campo bioeléctrico de un ser vivo. Esto se manifiesta clínicamente como falta de energía y cansancio o fatiga crónica. Lisa y llanamente se trata de vampiros energéticos. Al mismo tiempo, la interferencia que provocan se traduce en un sinnúmero de síntomas físicos, mentales y emocionales en la persona afectada. Así es como son capaces de influir en los pensamientos y conductas de la persona en cuyo campo energético se han localizado. De modo entonces que, en lugar de un espíritu que posesiona, tenemos una partícula o un campo de energía intruso o interferente que provoca alteraciones energéticas en el campo vibratorio de la persona involucrada.

Raúl Torres diseñó un experimento básico y sencillo en el que se puede comprobar la alteración que se produce en un campo magnético al ser interferido por otro campo de propiedades similares. La prueba consiste en recortar una silueta humana en una lámina de material magnético y colocarla sobre un vidrio transparente. Luego se cubre la superficie de la figura con limadura de hierro la cual adoptará una disposición determinada. Acto seguido, debajo del vidrio, se coloca un trozo pequeño de metal imantado en un punto del contorno de la silueta. En forma inmediata se puede observar la alteración que se produce en la disposición original de la limadura de hierro en la zona afectada por este segundo campo magnético. Este segundo campo tiene la particularidad de modificar el campo magnético original, produciendo un nuevo campo que Raúl Torres denomina campo interferente. Como resultado final veremos que la silueta fue alterada en su contorno inicial por la acción de un agente externo.

Las almas perdidas y cualquier energía intrusa se comportan de forma similar al campo magnético interferente del experimento de Raúl Torres, alterando el patrón vibratorio original del campo bioeléctrico de la persona viva. Esta alteración en el campo vibratorio se manifiesta en la esfera física y psíquica en forma de síntomas y efectos que pasaremos a considerar inmediatamente.

Efectos y síntomas de la influencia de las almas perdidas sobre las personas vivas

Desde el instante mismo en que un alma perdida se ha adherido al campo vibratorio de una persona comienza a ejercer su influencia sobre ésta, sin olvidar que esta influencia puede experimentarse aun estando la entidad fuera del aura de la persona. Es probable que, inicialmente, el alma perdida se adhiera al aura de una persona viva y que el proceso de invasión lleve su tiempo. Los hallazgos con la bioelectrografía sugieren que cuanto más penetre una energía intrusa en el campo bioeléctrico de una persona, mayor será su influencia sobre ésta y, cuanto más se prolongue en el tiempo el accionar del alma perdida, mayor será su penetración en el campo vibratorio de la persona.

La mayoría de las almas perdidas no provoca esta influencia adrede, al menos inicialmente. Frecuentemente, la influencia y sus efectos se producen sin que el alma perdida tenga noción siquiera de lo que está ocurriendo, pero como la energía de la entidad se comporta como un campo interferente, inevitablemente provocará alteraciones en el campo energético de la persona. La sola presencia de un alma perdida en nuestro campo vibratorio producirá efectos indeseables en nosotros. Es como si provocara un corto circuito en nuestra dinámica energética.

Una vez que el alma perdida se ha instalado en el aura de una persona, ésta comienza a tener sensaciones, emociones, pensamientos y conductas o actitudes que no le pertenecen. Algunas personas se dan cuenta de que está sucediendo algo extraño, pero no lo dicen por temor a ser tomadas por locas. Así, es común que, al plantear su problema en la consulta, digan cosas por el estilo:

A veces escucho como una voz dentro de mí que me dice cosas.

Es como si algo dentro de mí me obligara a hacer cosas que no quiero hacer.

A veces tengo pensamientos que no son míos.

Hay momentos en que no soy yo.

Hay momentos en que mi esposa me dice que parezco otra persona.

Hay momentos en que mi marido me dice que parezco un hombre.

Hay algo dentro (o fuera) de mí que me impide hacer todo lo que me propongo.

A veces siento como si hubiera otra voluntad dentro mí.

Como frecuentemente la adherencia del alma perdida suele suceder en la infancia, la persona crece y se desarrolla con una forma de ser que cree que le es propia, pero en realidad no es totalmente de ella. Si la invasión del aura se produce en la vida adulta, la diferencia entre el antes y el después puede ser más clara. Cuando es así, generalmente puede identificarse algún hecho o momento preciso a partir del cual se produjo el cambio en el humor o en el comportamiento de la persona. Pudo haber sido un accidente, una intervención quirúrgica, una violación o un gran dolor emocional o apenas una visita de cortesía a algún conocido hospitalizado. Luego del incidente, repentinamente la persona comienza a actuar de una manera diferente, como si fuese otra persona o puede tener síntomas físicos que antes no tenía. Como ejemplo, es posible que tenga actitudes agresivas hacia una persona con la cual previamente no tenía problemas o puede que de improviso surja alguna adicción o incluso es posible que se alteren sus hábitos sexuales.

Lo que sucede es que el alma perdida conserva su psiquismo intacto y, por lo tanto, continúa con las mismas emociones, con las mismas sensaciones, con las mismas conductas y creencias que tenía cuando estaba en el cuerpo, las cuales se transfieren a la persona viva. Los traumas, las sensaciones, las emociones y las creencias no terminan ni se resuelven porque uno se muere; de hecho, esta es la razón de ser de la TVP. Cuando nos vamos de esta vida, nos llevamos nuestra historia a otro lado. Nadie se convierte en sabio o maestro por el solo hecho de morir. Más aún, al permanecer el alma perdida en el plano físico conserva también los dolores que tenía el cuerpo físico porque se ha quedado con esa impresión. Por eso es posible que una persona de pronto manifieste síntomas físicos que antes no tenía o se enferme sin tener signos orgánicos que lo justifiquen, porque está experimentando los dolores del alma perdida la cual sigue aferrada a la ilusión del cuerpo físico.

Básicamente, lo que ocurre entonces es que el psiquismo de la persona muerta se mezcla, a nivel subconsciente, con el psiquismo de la persona viva. De pronto, es como si hubiese dos o más voluntades en una misma persona y la verdad es que de esto se trata todo el asunto de las almas perdidas: la puja inconsciente entre dos o más voluntades. No hay demonios ni diablos ni posesión demoníaca, aunque a veces pueda parecerlo. En la mayoría de los casos, cuando se habla de posesión, lo más probable es que se trate del abuelo, del bisabuelo o de algún conocido fallecido de la persona afectada. Lo que tradicionalmente llamamos demonios es en realidad un tipo particular de entidades que tienen el propósito concreto de perjudicar a una persona y a las cuales veremos en acción más adelante.

Como habitualmente no hay consciencia de lo que está ocurriendo, el psiquismo del alma perdida se interpenetra en forma insensible con el de la persona viva de manera tal que es muy difícil poder discriminar a quién pertenecen realmente las sensaciones, emociones y pensamientos. En realidad, ni siquiera se sospecha lo que ha ocurrido. El desconocimiento de la realidad espiritual, el escepticismo, el cientificismo y las creencias culturales y religiosas facilitan el accionar de estas energías intrusas e impiden que una persona pueda tomar consciencia de la influencia de estos seres en su vida.

Al común de la gente ni siquiera se le ocurre pensar de que algunos de sus pensamientos y su forma de actuar o de reaccionar no le son propios. Una persona puede pasarse toda su vida así sin sospechar jamás que ha tenido conviviendo con ella un inquilino que probablemente le causó cientos de inconvenientes y que, además, nunca pagó el alquiler. Es posible que creamos que estamos haciendo lo que queremos hacer cuando en realidad estamos haciendo lo que quiere hacer otra voluntad. Tal vez esto se exprese como una ambivalencia o como una lucha interior entre que queremos hacer algo y, al mismo tiempo, sentimos un freno o un impedimento interior para llevarlo a cabo. A veces sentimos un bloqueo que nos impide concretar determinados proyectos o dilatamos el inicio de una tarea y, entonces, hablamos de sabotaje inconsciente o decimos que nos boicoteamos, cuando en realidad lo que está ocurriendo es que alguien más, dentro de nosotros, se encarga de frenarnos en nuestros impulsos vitales. También puede ocurrir lo contrario; una persona puede sentir una fuerza imperiosa y urgente que la impulsa a sobrecargarse de tareas y asumir responsabilidades que no le corresponden. Entonces hablamos de mandatos familiares, de exceso de responsabilidad o de temor a fallar cuando lo que puede estar sucediendo es que hay allí un alma perdida que no completó su tarea y

procura realizarla a través de un instrumento idóneo.

En ocasiones es posible que alguien quiera relacionarse con nosotros, pero quien está en nuestra aura lo rechaza. Puede suceder entonces que cada vez que esa persona se nos aproxima nos sintamos mal, cuando en realidad el malestar, la molestia y el fastidio son del otro. Más de una vez, algún padre celoso de su hija le ha espantado, desde el más allá, a cada uno de sus pretendientes y una suegra entrometida, con su presencia invisible, ha provocado más de un conflicto en el matrimonio de una pareja. Porque cuando estamos a solas, en la intimidad de la pareja, ¿quién nos asegura de que estamos realmente solos? ¿Cómo es hacer el amor cuando hay dos o más presencias invisibles de cada lado? Pronto tendrán un par de ejemplos de lo que estamos hablando donde comprenderán mejor hasta dónde puede llegar esta influencia. Las almas perdidas pueden llegar a provocar tensión y distancia en las relaciones de pareja y a menudo son la causa de la confusión acerca de la identidad sexual. En su experiencia clínica, Edith Fiore encontró que una de las causas de la homosexualidad es la posesión por espíritus del sexo opuesto. Si la posesión tuvo lugar antes de la pubertad, el desarrollo sexual se veía desde entonces desorganizado y el poseído crecía creyendo que él deseaba parejas sexuales del mismo sexo cuando en realidad eran los entes los que estaban haciendo la elección.

La presencia de más de una voluntad en el subconsciente de una persona nos da pautas para entender mejor el caso de las personalidades múltiples. Un psicótico, ¿es verdaderamente un psicótico o hay alguien más allí que está interfiriendo con los procesos mentales de esa persona? No tengo experiencia en psiquiatría para poder profundizar más en este punto, pero si una persona con el diagnóstico de psicosis ha tenido un trauma severo en su infancia, es seguro de que ha perdido una parte de su alma o de su energía vital y eso significa que tiene una brecha en su campo vibratorio por la cual pueden entrar todo tipo de energías. Desde el momento en que en una misma sesión terapéutica pueden manifestarse en una persona varias entidades diferentes, cada una con su propia historia, modalidad de expresión, lenguaje, emociones y sensaciones, la posibilidad de perder la cordura está al alcance de cualquiera. Aquí conocerán algunas historias que los harán reflexionar sobre esta posibilidad.

Cuando hablamos de la presencia de más de una voluntad, ¿cuántas almas perdidas puede albergar el campo vibratorio de una persona? Seguramente se van a sorprender con la respuesta, pero la verdad es que puede haber cientos de ellas en la atmósfera energética de una persona. Al principio de mi práctica yo

me sorprendía cuando, en una misma sesión, llegaban a manifestarse hasta cinco voluntades diferentes en un paciente y me hacía a mí mismo la pregunta que acabo de formular. Con el tiempo, me di cuenta de que, tal como lo afirmaba Edith Fiore, podía llegar a haber hasta decenas de entidades en una persona. Confieso que yo estaba bastante perplejo con esto. ¿Cómo era posible que esto sucediera? Resolví la incógnita cuando comprendí que el alma es un campo de energía que puede fragmentarse o disociarse y que un fragmento, por pequeño que sea, contiene toda la información del campo original. La pista final me la dio una entidad que habitaba junto con otras en el plexo solar de un paciente formando una colonia. Al manifestarse en la sesión terapéutica a través del paciente que parasitaba me dijo: Para nosotros, el plexo solar de una persona es como el sistema solar para ustedes. Aquí podemos caber miles sin siquiera tener relación unos con otros. La explicación me pareció coherente con los postulados de la física cuántica, con la evidencia clínica de los pacientes y el hallazgo de partículas intrusas por decenas en las bioelectrografías.

Los síntomas que puede presentar una persona sujeta a una influencia espiritual pueden ser tan variados como los motivos que llevan a un paciente a consultar con un terapeuta. Al fin y al cabo, muchas de las sensaciones que aquejan al consultante en estas condiciones pertenecen al alma perdida que las arrastra de su vida en el cuerpo físico. Veamos pues, sin pretender agotarla, una lista de las manifestaciones clínicas más comunes que una persona puede padecer cuando se encuentra bajo la influencia de almas perdidas o energías extrañas:

Escuchar voces que hablan dentro de la cabeza o fuera de ella

Pensamientos extraños y obsesivos

Trastornos compulsivos

Obsesiones de todo tipo

Personalidad múltiple

Cambios repentinos en la personalidad o en el humor

Confusión mental

Falta de voluntad

Somnolencia fuera de los horarios habituales del sueño

Cansancio o fatiga crónica

Dolores o síntomas físicos en ausencia de patología orgánica

Enfermedades psicosomáticas

Fobias y miedos

Ideas de suicidio

Agresividad repentina

Conflictos vinculares

Conflictos afectivos

Conflictos de pareja

Trastornos o cambios en la esfera sexual

Adicciones

Depresión, angustia o ansiedad

Obesidad

Anorexia

Dificultades que se presentan sistemáticamente al emprender ciertas tareas

Como pueden apreciar, estos son síntomas o trastornos que pueden deberse a otras causas y que no son específicos de la presencia de almas perdidas. No debe sorprendernos que así sea, ya que los síntomas pertenecen, después de todo, a una persona muerta que ahora es un alma perdida. Es el momento de la aparición del síntoma lo que lleva a sospechar que éste puede deberse a la presencia de un

alma perdida. Si el síntoma comienza luego del fallecimiento de un familiar o después de una intervención quirúrgica o de un accidente grave o quizás después de la visita a un cementerio existe la posibilidad cierta de que la persona ha sido invadida por una energía intrusa. Si se tratara de una personalidad múltiple o de escuchar voces invisibles que acosan a la persona, yo no dudaría un segundo en sospechar que estoy frente a un caso de influencia o acoso espiritual.

La influencia espiritual se ejerce y se padece independientemente de nuestras creencias. Todos, absolutamente todos, podemos ser objeto y sufrir las consecuencias del accionar de energías intrusas. Recuerdo una anécdota que relata Albert de Rochas en su libro Las vidas sucesivas, allá por el año 1894. En sus investigaciones sobre la regresión de memoria, Rochas se encontró con la manifestación de una entidad espiritual llamada Vincent, en Mireille, uno de sus sujetos de investigación. Vincent manifiesta ser una personalidad diferente de Mireille y le relata a Rochas, entre otras cosas, su encarnación en otro sistema solar. Rochas descree de la existencia real de Vincent, ante lo cual éste le replica: Felizmente sus dudas no me impiden existir. Las almas perdidas son una realidad natural y tanto su existencia como su accionar sobre los seres vivos no dependen de nuestras creencias.

Tipos de almas perdidas

A lo largo de dieciocho años de trabajo terapéutico con la TVP me he encontrado con diversos tipos de entidades. He cotejado mi experiencia con la de otros autores y seguramente todavía hay mucho por descubrir y conocer en este ámbito de la clínica. Sin embargo, aunque la variedad de entidades intrusas que pueden actuar sea incontable existe un patrón de comportamiento común que puede ser reconocido fácilmente. Por su forma de accionar y teniendo en cuenta los efectos de influencia, obsesión y posesión, podemos agrupar a la mayoría de las entidades responsables de estos efectos en dos grandes grupos.

El primer gran grupo está constituido por las almas perdidas propiamente dichas y comprende la mayoría de las entidades que usualmente se encuentran influenciando a las personas vivas. En este grupo tenemos, en primer lugar, a las almas perdidas familiares. Como su nombre lo indica, se trata de miembros de la familia de la persona afectada. En mi casuística terapéutica, hasta aquí sólo se han manifestado hasta el grado de bisabuelo. También consideramos como almas familiares a los amigos y conocidos de la persona a la cual se han adherido.

Dentro de este primer grupo encontramos otras almas perdidas a las cuales yo llamo oportunistas porque aprovechan una circunstancia que les resulta favorable para invadir el aura de una persona con la cual no tienen un vínculo afectivo. Generalmente se trata de seres desconocidos para la persona objeto de su accionar, aunque a veces pueden tener algún grado de conocimiento previo. Incluyo también en este primer grupo a un tipo de seres que por su discurso y forma de accionar pueden ser considerados como ángeles perdidos.

El segundo gran grupo está constituido por entidades denominadas obsesores, llamadas así porque, justamente, son las que provocan los fenómenos de obsesión y posesión. Existen distintos tipos de obsesores; la mayoría son de origen kármico, esto es, tienen un vínculo de vidas anteriores con la persona a la cual están obsesando. Luego están los mistificadores que son impostores espirituales y, finalmente, hay un subgrupo compuesto por entidades oscuras, esclavos e incluso energías psíquicas proyectadas y que yo he agrupado como fuerzas adversas. Se trata de entidades o energías que son enviadas a propósito

por una fuerza más poderosa para molestar o interferir a una persona. Por lo general, estas entidades no tienen una relación previa con la persona. Es común que se las considere como entidades oscuras o como los clásicos demonios, pero la verdad es que se trata de verdaderos esclavos. Hacen el trabajo sucio que el ideólogo no se digna hacer.

Los pensamientos y energías psíquicas proyectadas pueden manifestarse a veces como entidades mentales. No tienen una mente independiente; en realidad, son el producto de pensamientos concentrados. Su fuerza y poder son temporarios y dependen de cuánta energía se concentró en ellas por sus creadores.

Finalmente, hay otro grupo, minoritario, compuesto por duendes y gnomos y por personas vivas que, consciente o inconscientemente, pueden ejercer actos de obsesión sobre otras personas. Sé que esto último puede parecer aún más extraño que todo lo dicho anteriormente, pero la verdad es que todo es posible. Si una persona tiene a otra entre ceja y ceja y no cesa de pensar en ella deseándole el mal, pueden ocurrir dos cosas: o bien sus pensamientos pueden llegar como energía proyectada a la persona objeto de su rencor o bien es posible que se desdoble inconscientemente y acose al otro sin siquiera saberlo. Sin ánimo de ofender a nadie, también es posible que una persona que domine el arte de la proyección astral se desprenda de su cuerpo para perseguir, acosar o inclusive seducir a alguien en particular.

Por su parte, los duendes y gnomos, aunque en forma excepcional y más bien traviesa, también pueden ocasionar trastornos a algunas personas.

Si bien hemos establecido una diferencia entre almas perdidas propiamente dichas y obsesores, pronto descubrirán que a veces un alma perdida puede actuar como un obsesor y que al final resulta que también los obsesores están perdidos. Veamos entonces, en resumen, los tres grupos de entidades mencionados:

I) Almas perdidas

– Familiares

– Oportunistas

– Ángeles perdidos

II) Obsesores

– Kármicos

– Mistificadores

– Fuerzas adversas:

Entidades oscuras

Esclavos

Pensamientos y energías psíquicas proyectadas

III) Personas vivas y duendes

En los siguientes capítulos, veremos en acción a las entidades que más comúnmente suelen manifestarse. Antes de entrar en las historias, quiero aclarar que el trabajo de sanación de una persona no termina con el regreso del alma perdida a la Luz. La labor con las almas perdidas se enmarca dentro del trabajo terapéutico global de una persona. Aunque algunas condiciones clínicas pueden mejorar notablemente con la partida del alma perdida, casi siempre es necesario trabajar con las causas que facilitaron la invasión del campo vibratorio de la persona en cuestión, lo que implica trabajar con las experiencias traumáticas no resueltas. Claro que muchas veces existe la tentación de responsabilizar a la energía intrusa por todos los males que se padecen, evitando así asumir la propia responsabilidad.

Una cosa más antes de seguir adelante: si bien hemos hablado de las almas perdidas como un campo de energía para comprender su accionar, no debemos olvidar que se trata de seres que están sufriendo, ya que siguen con sus pesares, dolores, afectos y frustraciones. Cuando dialogamos con un alma perdida no estamos hablando con un campo electromagnético, estamos hablando con un ser viviente y consciente. La base de este trabajo es el amor, la compasión y la piedad. No importa cuánta técnica o conocimiento poseamos, sin estas cualidades, sin una genuina intención solidaria, no podremos ayudar a estos seres que, en la mayoría de los casos, han sido nuestros propios afectos.

* Para más detalles véase: “Cómo se desprende el alma del cuerpo”, en Cabouli, J. L., El viaje del alma, Continente, Buenos Aires, 2006.

Capítulo III

Almas perdidas familiares

La mayoría de las almas perdidas que suelen ejercer actos de influencia sobre las personas vivas son almas de familiares difuntos. Entre las almas perdidas familiares incluimos también a amigos y conocidos, como compañeros de trabajo o de estudio, con los cuales hemos tenido algún tipo de relación o afinidad. La familiaridad en el vínculo favorece que un alma perdida se adhiera primero y luego invada el campo vibratorio o el aura de una persona. Ya hemos dicho que donde hay un vínculo hay cordones energéticos que nos unen con otras personas y que estos cordones no se deshacen con la muerte. Además, es posible que la energía del alma perdida haya invadido el campo vibratorio de la persona incluso antes de morir. Esto es particularmente sencillo cuando se trata de niños que todavía no tienen formado su campo de protección. Consciente o inconscientemente, un adulto puede invadir el campo vibratorio de un niño con mucha facilidad; es suficiente con no respetar al niño en su integridad para hacerlo. Un niño no tiene forma de defenderse de esta invasión. De modo que al morir el adulto, sea quien sea, parte de su energía ya está en el aura del niño, lo cual facilita su adherencia y permanencia. Aquí no hay necesidad de un trauma previo, aunque la invasión psíquica ya es un trauma de por sí.

Un alma perdida familiar puede quedarse, entre otras cosas, porque necesita comunicar algo importante a la familia, porque quiere ver crecer al nieto que no conoció, porque se trata de una mamá que murió joven y quiere cuidar a sus hijos, porque quiere seguir manejando los asuntos o el negocio familiar, porque tiene miedo de que despilfarren su fortuna o por razones egoístas. En ocasiones, es la propia persona quien le pide al alma del difunto que no se vaya. Un niño, al morir su abuelo, puede decirle “abuelito, no te vayas, no me dejes” y una mujer, al morir su amante, puede implorarle “no me abandones ahora, no me dejes sola”. La fuerza psíquica de estos ruegos es tan poderosa que el alma se queda efectivamente acompañando a la persona viva retenida por esos lazos invisibles. Algunas personas saben positivamente que esto es así por cuanto sienten a su lado la presencia del ser querido que ya ha partido.

Una señal de que un alma perdida familiar se ha quedado aquí, en el plano físico,

es cuando una persona se enferma o presenta los mismos síntomas que tenía el difunto luego de la muerte de éste. Si un niño, en perfecto estado de salud, desarrolla asma o espasmos bronquiales luego de la partida de su abuela asmática, es casi seguro de que ello se debe a la presencia efectiva de la abuela en el campo vibratorio del niño.

Recuerdo el caso de una mujer joven que me consultara inicialmente por su temor a rendir exámenes. En una de las sesiones, me comentó una fobia particular que tenía y que no estaba relacionada con el motivo de consulta original. Esta mujer no podía permanecer en un baño con la puerta cerrada. Apenas ingresaba al baño la acometía una profunda angustia, se sofocaba y tenía una sensación de muerte inminente. Cuando se encontraba en su casa, tomaba duchas rápidas y siempre dejaba la puerta abierta. Esta fobia se convertía en un trastorno serio cuando se encontraba en lugares públicos. En la universidad, lo solucionaba pidiéndole a alguna de sus amigas que custodiara la puerta abierta mientras ella ingresaba al baño. ¿Cuándo comenzó la fobia? Cinco años antes de consultarme, luego del fallecimiento de una tía. ¿Cómo falleció la tía? De un ataque cardíaco mientras se duchaba. La tía fallecida se quedó con su sobrina y ésta experimentaba la angustia, el sofoco y el ahogo que el alma de la tía revivía cada vez que la paciente ingresaba al baño. Luego de la sesión en la cual la tía se retiró para ir a la Luz, desapareció la fobia en la paciente.

Seguidamente, comenzaremos con las historias, donde veremos en acción a algunas almas perdidas. Presten atención al relato de estos seres porque aquí conocerán por sus propios dichos los motivos que tienen para quedarse, sabrán de las vicisitudes por las cuales suelen pasar, como así también tendrán una descripción detallada de la forma como influencian en la vida de las personas. Aprenderán, además, cómo es la vivencia íntima del proceso intrínseco de la muerte, algo que desde la posición de observador exterior es imposible imaginar o entrever.

Un abuelo ucraniano

Raquel (37), médica, era una de las participantes del segundo curso de formación en TVP en Buenos Aires. Una mañana, Raquel llegó a clase con una extraña sensación de angustia difícil de describir. Todavía no habíamos tocado el tema de las almas perdidas, de modo que, con mucha cautela, le pregunté cómo era esta angustia que experimentaba. Raquel definió esta angustia como una fuerza que la envolvía. Con la sospecha de que se trataba de la presencia de un alma perdida, procedí entonces a guiarla utilizando la técnica de los dedos que aprendiera de Edith Fiore.

Miércoles 21 de julio de 1993

Terapeuta: Muy bien, Raquel. Ahora, yo le preguntaré a tu inconsciente si hay alguna energía que esté influyendo en tu vida en este momento y tu inconsciente me contestará utilizando los dedos de tu mano derecha. Si hay alguien allí influyendo en tu vida se levantará el dedo pulgar de tu mano derecha, de lo contrario lo hará el dedo índice. Ahora, yo le pregunto a tu inconsciente, ¿hay allí alguna fuerza o energía que esté influyendo en tu vida? ¿Sí o no?

Raquel: (Levanta el dedo pulgar derecho).

T: Muy bien, ahora le preguntaré a tu inconsciente si hay una o más de una energía. Si es una sola energía se levantará el dedo pulgar derecho; si son más de una el dedo índice se levantará. ¿Es una o más de una?

R: (Levanta el dedo índice).

T: Muy bien. Tu inconsciente dice que hay más de una entidad o energía. Ahora, yo preguntaré si alguna de estas energías está dispuesta a hablar. Si es así, se

levantará el dedo pulgar derecho. ¿Hay alguien allí que esté dispuesto a hablar?

R: (Contesta afirmativamente).

T: Muy bien; entonces, Raquel, le darás permiso a esta energía o a este ser para que pueda dialogar conmigo utilizando tus cuerdas vocales y tu voz y, mientras tanto, vos permanecerás en forma pasiva sin intervenir, permitiendo así que esta entidad se manifieste libremente por medio de tu voz. Yo quiero decirle a este ser, quienquiera que sea, que es bienvenido y que aquí no hay nada que temer. Yo no estoy aquí ni para criticar ni para censurar, estoy aquí para ayudar. Ahora Raquel te da permiso para que puedas manifestarte libremente. Adelante, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Qué te está pasando? (Esta es la forma como me dirijo habitualmente al iniciar el trabajo con almas perdidas.)

Alma perdida: La estoy cuidando, tengo miedo de hablar —con voz grave y con acento de inmigrante europeo oriental.

T: Mirá, aquí no hay nada que temer. Me imagino que hace mucho que no hablás con alguien.

AP: Sí, hace mucho que no hablo, como dieciocho años... Antes hablaba con ella.

T: ¿Cuándo hablaste con Raquel?

AP: Un día que tuve que gritar. Ella se arriesgaba. Era una marcha y había mucha gente. Raquel fue allí y, de pronto, la gente empezó a correr y tiraban tiros y entonces yo grité “¡Cuidado!” y ella se tiró al suelo y así la salvé.

T: Muy bien, ¿cuál es tu nombre?

AP: Samuel.

T: ¿Y qué pasó con vos, Samuel?

Samuel: Yo vivía en Santiago del Estero, en Icaño. ¡Cómo quería a ese pueblo! Es hermoso, vos tendrías que conocerlo.

T: ¿Y qué hacías en Icaño?

S: Yo vine acá cuando tenía cinco años, vine de Ucrania. Escapábamos porque éramos judíos y nos perseguían. Vinimos acá y, yo soy el hermano mayor, entonces acá pusimos un boliche y yo atiendo el boliche. Mi mamá no habla nada de castellano; aprendió quichua y entonces habla ruso y quichua. Y mi papá tampoco habla. (Se expresa alternativamente en modo pasado y en presente.)

T: Muy bien, adelante.

S: Allá teníamos una curtiembre; curtíamos pieles, pero acá nadie quiere hacer eso. Acá trabajamos en este boliche y después progresamos. Yo estudio solo y estudio mucho y después hay que mandar mis hermanos a estudiar y entonces yo no puedo ir porque alguno tiene que trabajar. Entonces después, ponemos fiambrería. Yo trabajo con mi hermano Rubén y mis otros dos hermanos son abogados. Rebeca estudió odontología. Entonces yo mando mis hijos a estudiar y yo trabajo acá, en la fiambrería. Yo estudio farmacia, pero estudio solo y estoy casado con Esther. (A medida que va transcurriendo el diálogo se hace más evidente su acento ucraniano mientras que, normalmente, Raquel habla con acento totalmente argentino.)

T: ¿Y cómo es que la conocés a Raquel?

S: Ella es hija de Uriel y Uriel es mi hijo. ¿Cómo no la voy a conocer? (Obvio, pero yo no tenía ni idea de quién se trataba y Raquel en ningún momento mencionó a su abuelo.)

T: ¿Y qué fue lo que pasó con vos?

S: Yo sufría del corazón; no podía caminar ni hacer cosas y, ¿cómo voy a dejar de caminar? Yo seguí caminando y seguí trabajando y entonces ponía la pastillita debajo de la lengua y entonces ya está. Y, entonces, voy caminando desde mi casa y voy a lo de Jacobo y entonces, cuando llego a la casa de Jacobo, siento dolor en el pecho otra vez. Me pongo la pastillita, pero no me puedo sostener...

T: ¿Y entonces? Fijáte qué pasó.

S: Me caigo, está Jacobo y la pastilla... ¡no sé qué le pasa!

T: ¿Y entonces? Fijate qué pasa con vos, qué pasa con tu cuerpo.

S: Y estoy ahí en el piso y estoy por arriba de todos. ¡Uy, Dios mío! Y digo

“idiota, levantate, idiota” y no me levanto. Y estoy ahí... y todos lloran y gritan y yo digo “idiota, levantate”, pero no me puedo meter otra vez en el cuerpo. (Vean qué descripción precisa y sencilla que hace del desprendimiento de su alma. Todo ocurre en un instante.)

T: Y entonces, ¿qué hacés?

S: Entonces empiezo a correr y no puedo correr. Es como si volara y voy a ver a Esther, pero ella no me escucha. Yo le digo “¡Esther, Esthercita!”, pero ella no me escucha y no sé qué pasa ahí. Entonces vuelvo a la casa de Jacobo, pero no puedo hacer nada, nadie me escucha. Yo les digo que estoy acá, pero no puedo hacer nada. No puede ser, no puede ser.

T: Y entonces, ¿qué hacés ahí?

S: Y ahí estoy... doy vueltas y camino y... voy de acá para allá. Y me lavan el cuerpo y me peinan y yo la veo a Esther que elige un traje para ponérmelo. Es un traje negro que no uso desde hace mucho; es incómodo, no me va a andar bien. Me cortan las uñas y me ponen ese traje y después viene otro y me saca el traje y me pone como un camisón blanco y me meten en un cajón y estamos ahí. Después llevan el cajón a Colonia Dora porque aquí en Icaño no hay cementerio para judíos. Entonces, vamos a Colonia Dora y yo, ¿qué voy a hacer? Y no tengo dónde meterme. Entonces, Esther se va para Córdoba después, porque yo estoy aquí, pero no me escucha y yo no puedo hablar y nadie me escucha y, entonces, ella se va para Córdoba y yo me voy también. Y yo no sé qué tengo que hacer acá. Me parece que no sería mi tiempo, pero, ¿qué voy a hacer? ¿Me voy a quedar ahí, mirando el cajón?

T: Y entonces, ¿qué hacés?

S: Y entonces siento que ella me llama.

T: ¿Quién te llama?

S: Raquel me llama. Yo estaba como volando, así, y ella me llama y veo que ella llora y que me necesita. Ella dice “abuelo, te necesito” y me pregunta cosas y yo le contesto.

T: ¿Cómo le contestás?

S: Y, yo le contesto y ella me escucha. Es la única que me escucha, mirá vos, ¿quién iba a decir? ¿Quién iba a decir que ella me iba a escuchar?

T: ¿Y entonces?

S: Entonces, como ella dice que me necesita, yo me quedo con ella. (Así de simple) Algo tengo que encontrar para hacer... Entonces, estudiamos juntos y aprendí muchas cosas, estudiamos medicina y ella hace lo que a mí me gusta.

T: Muy bien. Ahora me gustaría explicarte algo, ¿sabés? Se trata de algo que tal vez nunca te dijeron, pero en la cabalá judía también se habla de esto. ¿Vos sabés hebreo?

S: Yo sé yídish.

T: Vos sabés que los maestros de la cabalá explican que el alma no muere nunca, sino que lo que muere es el cuerpo.

S: ¡Y miráme a mí!

T: Eso es, tu cuerpo se murió, pero tu alma sigue viviendo. Ahora, cuando el alma deja el cuerpo, tiene que entrar en el mundo de la luz, en el mundo de los espíritus.

S: ¡Eso es todo mentira!

T: Mirá, hay una palabra en hebreo, nilgul neshamot, que quiere decir "las ruedas del alma". Eso significa que el alma va de vida en vida girando como una rueda. Luego de dejar un cuerpo el alma regresa al mundo de la Luz. El cuerpo es como un traje que, cuando se pone viejo, se tira y se compra otro. Al dejar el cuerpo, lo correcto es que el alma entre en el mundo de la Luz para que luego vuelva a nacer del vientre de una madre en un cuerpo nuevo. Lo que pasó es que, cuando te moriste, no te diste cuenta de lo que estaba pasando.

S: Yo sí me di cuenta, pero no podía volver, ¿qué querés?

T: No podías volver porque tu cuerpo estaba muerto y, en vez de ir hacia la Luz...

S: Si yo le decía: idiota, te vas a morir.

T: Claro y, en lugar de ir al mundo de las almas, te quedaste en la tierra y, al quedarte con Raquel, estás influyendo en su vida porque es como si estuvieran los dos en un mismo cuerpo. Cuando vos dejaste tu cuerpo, te estaban esperando seres luminosos para llevarte al mundo de la Luz. Lo que pasa es que, en el medio de la confusión, no los pudiste ver. Ahora, vamos a hacer un ejercicio de memoria. Quiero que vuelvas un instante antes del ataque al corazón y quiero que prestes atención cómo es que dejás ese cuerpo. Cuento hasta tres y volvé a ese momento. Uno... dos... tres. Fijáte, ¿cómo te viene el ataque?

S: Estoy muy apurado y entro en la casa de Jacobo y paso un zaguán y lo busco a Jacobo porque necesito gas. Entonces le digo “Jacobito, necesito gas” y, entonces, siento un dolor fuerte, acá, en el pecho. Busco la pastilla, ¡otra vez esta mierda! Y me caigo y no me puse la pastilla. Entonces viene Sara corriendo y grita y viene Jacobo y él me pone la pastilla.

T: Y entonces, ¿qué pasa?

S: La pastilla queda entera... y me empiezo a salir... y salí arriba... y me digo “idiota, idiota, te vas a morir”. A Sara, le digo que no llore y que no grite, pero ni me escucha. Agarro a Jacobo de los hombros y lo sacudo, pero no me siente.

T: Eso es, ahora, quiero que prestes atención y que mires a tu alrededor porque, al dejar el cuerpo, podés ver el mundo de las almas. Ahora, tu vista puede ver lo que no podías ver antes. Vas a ver una luz y, prestá atención porque, en ese momento, te estaban esperando.

S: Sí, hay una luz y hay unos tipos ahí. ¡Mirá vos! Yo creí que eso no era para judíos.

T: ¿Cómo es eso?

S: El tipo ese tiene una cosa en el cuello, parece un cura y entonces yo dije: no es para judíos. (¿Qué les parece?)

T: ¿Y qué te dice ese ser?

S: ¡Mirá vos! Ahí viene mi mamá también y me dice: “Vení, Samuelito.”. Ella está ahí y también está Rubén y hay un montón, otros. ¡Y yo creí que eso no era para judíos, mirá!

T: ¿Sabés por qué? Porque la religión es de los hombres, pero para Dios todos somos iguales; no existe la división en el mundo de Dios, por eso te están esperando ahí.

S: Y me da mucha pena dejarla a Esther. ¡Ahhh!

T: Yo te entiendo, ya te vas a encontrar con Esther.

S: ¿Vos creés?

T: Sí, señor. Cuando llegue el momento te vas a reunir con Esther y podrás ayudarla. Ahora fijate, ¿qué te dice tu mamá?

S: Que tengo que ir ahí.

T: ¿Y no estás contento de volver a ver a tu mamá?

S: Sí, la verdad que me da alegría volverla a ver.

T: ¿No tenés ganas de abrazarla?

S: Sí, pero si la abrazo no voy a poder volver. ¡Ay, qué cosa! (¿Vieron? El alma sabe perfectamente lo que va a pasar. Si el alma perdida se abraza al familiar que lo viene a buscar, el trabajo ya está logrado.)

T: Yo te voy a ayudar ahora porque es la evolución natural que vos vuelvas al reino de Dios.

S: ¡Pero acá hay tanta gente que me necesita! Yo ayudaba tanto a la gente del pueblo... Hay mucha gente pobre acá. Yo le decía siempre a Uriel "traéme ropa y libros usados" y yo seleccionaba la ropa y le daba a la gente. ¿Quién va a hacer eso ahora? ¡Y esa chica! ¿Quién va a cuidar ahora? ¡Pobre!

T: Ella está aprendiendo a cuidarse sola y es muy importante que cada uno haga su propia experiencia. Vos no podés estudiar por ella, no podés dar los exámenes por ella. Yo te aseguro que todo va a salir bien.

S: ¿Y ella también va a poder venir después?

T: Todos vamos a ir allí porque ese es nuestro verdadero hogar y nuestro

verdadero mundo. Escuchala a tu mamá que seguramente tiene algo para decirte. ¿Qué te dice tu mamá?

S: Ella quiere que vaya. Me dice que viví bien y que me morí mal. La voy a ir a abrazar.

T: Eso es, no tengas temor. Abrazate con tu mamá que todo va a salir bien.

S: "Quedate tranquila, Raquelcita. Desde donde yo esté te voy a ayudar."

T: Eso es, andá con tu mamá que hace mucho tiempo que te está esperando. En la Luz tu fuerza será mayor y podrás ayudar a Raquel con la asistencia de Dios.

S: Necesito descansar mucho.

T: Eso es y... Fijate una cosa, ¿hay alguien más allí que esté con Raquel?

S: ¿Ahí dentro? Sí.

T: Muy bien, peguntale si se quiere ir con vos.

S: No sé, no habla. El cura ese le da la mano.

T: Ayudalo para que se vaya con el cura.

S: Bueno, que se vaya con el cura, conmigo no. Ése, ni siquiera es pariente. Me parece que me vio a mí y entonces se vino y yo no lo escuché en todo el tiempo porque a mí no me gustan los borrachines. ¿Sabés que aquí mucha gente fue y vino varias veces? Es como si Raquel los llamara. Yo nunca estuve de acuerdo con eso.

T: Ajá, y fijate, ¿qué cosa facilita eso en Raquel?

S: Y, ella es muy buena y tiene lástima de todos y, entonces, ella siente algo y va y viene y otros se cuelgan de ella. Acá hubo varios que estuvieron y van y vienen y la Laura también va y viene. Pero la Laura, ¡pobre!, está tan mal ella... (Así de fácil, en forma inconsciente, es como muchas energías extrañas se pegan a una persona.)

T: ¿Quién es Laura?

S: La Laura es la mamá de Raquel. Ella está mal, ella no se puede hacer nada; nunca se pudo hacer nada con la Laura. (Hasta aquí yo no sabía nada de la mamá de Raquel.)

T: Quedate tranquilo que yo la voy a ayudar, ¿sí?

S: Bueno, encargate vos.

T: Yo me voy a encargar de eso. Vos hiciste un gran trabajo hoy. El mérito es doble porque ayudaste a ese otro ser que también estaba perdido...

S: Y también hay otra chica, es una nena chiquitita. Ésa, ni yo sé de dónde salió. Acá, nosotros la vamos a cuidar.

T: Muy bien, te felicito. Realmente has hecho un gran trabajo. Ahora, andá con tu mamá...

S: Y con Rubén. Mi papá ya no está, mirá vos. Dijo mi mamá que ya se fue. Lástima, me perdí de verlo.

T: Ya lo vas a volver a encontrar. ¿Estás listo para partir?

S: Sí.

T: Que Dios te bendiga y que encuentres toda la paz, el amor y la luz del Padre Creador.

S: A vos también. Gracias.

T: Chau.

***

Como podrán comprobar, dentro de las almas perdidas familiares los abuelos son mayoría. Tal como lo habíamos anticipado, aquí fue Raquel quien le pidió a su abuelo que se quedara con ella.

Me parece muy valiosa la descripción que Samuel hace del momento de su propia muerte. Sorprende la sencillez con la que se produce la salida del cuerpo como consecuencia de lo que parece haber sido un infarto y la inmediata imposibilidad de volver a aquél. Considero importante este punto porque el testimonio de las almas perdidas puede ayudarnos a terminar con el temor a la muerte. Es interesante también con qué detalle Samuel describe los pormenores de los sucesos inmediatos a su muerte; la preparación y el lavado de su cuerpo y la colocación de la mortaja. Es bueno tener en cuenta estos detalles porque no debemos olvidar que, aunque el cuerpo esté muerto, el alma del difunto todavía puede estar allí observando cómo se desarrollan los acontecimientos.

El otro aspecto a resaltar aquí es cómo Samuel describe la desorientación de los primeros momentos luego de su muerte, cuando se da cuenta de que él puede ver y escuchar a todos, pero nadie lo ve ni lo escucha ni lo siente, a pesar de sus esfuerzos. Esta situación es la que sorprende, desorienta y shockea a la mayoría de las almas perdidas: no entender lo que está sucediendo. Observen también de qué manera pueden afectarnos las creencias en el momento de la muerte. La sorpresa de Samuel cuando se da cuenta de que lo habían venido a buscar, pero como él creía que eso no era para judíos, entonces no quiso irse, sobre todo porque había un cura. Esta es una clara evidencia de que la Luz no hace diferencias.

Finalmente, Samuel nos advierte de la presencia de otros seres dentro del aura de Raquel y de qué manera ella misma facilitaba con su permisividad que la invadieran otras almas.

***

Laura, la mamá de Raquel, se manifestó un par de semanas más tarde. Samuel dijo que no se podía hacer nada con Laura, ¿recuerdan? No fue fácil convencer a Laura para que regresara a la Luz. La mamá de Raquel tuvo varias internaciones psiquiátricas y se suicidó después de que muriera Pablo, el hermano de Raquel. Después de que yo diera la clase sobre almas perdidas, Raquel reveló que sentía que su mamá estaba con ella y que también hablaba con ella. No sólo eso; Raquel conservaba una camiseta de su mamá. De vez en cuando, Raquel se

ponía la camiseta de su mamá al tiempo que decía: Laura, vamos a pasear.

—El otro día —agregó Raquel—, cuando vos hablabas de todo esto (almas perdidas), escuché que ella me decía: Y vos te callás la boca y no decís que estoy acá.

El trabajo con la mamá de Raquel ocurrió inesperadamente mientras estábamos en clase y no quedó registrado. Durante la sesión, Laura dijo:

—Pablo quería que me fuera con él y yo me quería ir con él. Entonces me pegué el tiro, pero a Pablo no lo vi nunca más.

¿Cuántos suicidios pueden ocurrir de esta manera? No fue esta la única vez que asistí a algo así. Fue bastante trabajoso convencer a Laura para que regresara a la Luz; la verdad es que se resistía a hacerlo. Finalmente se fue luego de recitar el Shemá* Fue muy dramático el regreso de Raquel a su consciencia habitual.

—Tengo una sensación de vacío —dijo Raquel luego de la partida del alma de su mamá—. Se me hicieron claras tantas cosas... Me di cuenta de que me la cargué a mi mamá cuando la estaban velando; ahí se me pegó. Ella salió por el agujero del tiro y se me pegó. Ahora siento que ella ya no está.

De improviso, Raquel rompió a llorar desconsoladamente y, al preguntarle por qué lloraba, me contestó:

—Es que ahora sí se murió mi mamá.

Como corolario del trabajo con su abuelo, Raquel contó que ella sentía atracción por las mujeres. Después de que se fue su abuelo desapareció la angustia y la atracción por las mujeres, lo cual sugiere que esta atracción que Raquel sentía no era genuinamente de ella sino que eran las apetencias de su abuelo. Volveremos a encontrarnos con Raquel en el capítulo siguiente.

Un abuelo machista

Salvador (36) me consultó inicialmente por una gran tristeza que comenzó con la muerte de su madre, acaecida diez meses antes de la primera entrevista. “La tristeza me voltea —decía Salvador—. Estoy ido de mi cabeza. No quisiera vivir más”. Sentía que era el hijo, el padre y el esposo de su madre al mismo tiempo. Experimentaba además un gran odio hacia su padre. “Quisiera vengarme de lo que le hizo a mi madre. Quiero hacer justicia” —concluyó Salvador.

Trabajamos mucho con todo este material durante cuatro o cinco meses con la TVP, con una frecuencia al principio semanal y luego quincenal. Una tarde, Salvador entró al consultorio muy contrariado. “Estoy cargado de agresividad — me dijo—, le quiero pegar a mi señora. No tolero ni el chirrido de los frenos del auto. Le pego a la pared, no me puedo controlar. Es como si dentro de mí hubiera algo que va a estallar. Me tengo que tomar dos o tres Valium para que me dope. Es algo más fuerte que yo”.

Ya habíamos trabajado con almas perdidas con Salvador, así que no era extraño que todavía quedara alguna entidad. De modo que le pregunté:

— Esta agresividad que sentís, Salvador, ¿es algo tuyo o es algo prestado?

— No, yo creo que tengo otro espíritu. Para mí es como que ahora que se fueron los otros, éste se está agrandando. Es como que ahora tiene más campo de acción, tiene más control.

— Y si supieras, ¿quién creés que podría ser?

—Es el espíritu de mi abuelo —sin hesitar—, el padre de mi mamá. Era un loco, le pegaba a la esposa. Esto que siento ahora comenzó después de que escuché en la radio que un muchacho le pegó tres tiros a la novia porque ésta lo dejó debido a que él le pegaba.

Con esta aseveración di por sentado que el abuelo de Salvador estaba allí, de modo que sin más trámites comencé a trabajar con él.

Lunes 4 de octubre de 1993

Terapeuta: Bueno, ¿tenés ganas de hablar un poquito?

Abuelo: ¡No! —con voz seca y cortante.

T: Y... ¿cuánto hace que no tenés la oportunidad de hablar así con alguien que te escuche?

A: ¡Treinta y cuatro años! —con voz estentórea.

T: Entonces, podrías aprovechar esta oportunidad.

A: ¡Dejame tranquilo! —enojado—. Acá, con este chico, yo estoy bien. Es mi nieto, dejame tranquilo.

T: Decime una cosa, ¿vos te das cuenta de que estás perturbando la vida de tu nieto?

A: ¡Dejame tranquilo! Yo estoy con él y no lo voy a dejar dormir. Estoy dentro de la cabeza de él, estoy dentro de sus pensamientos, estoy dentro de todo. ¡Dejame tranquilo!

T: Bueno, yo te voy a dejar tranquilo, pero dejame que te haga una pregunta, ¿sos feliz así?

A: ¡No me interesa! —remarcando con énfasis cada sílaba.

T: Pero, che, ¡qué carácter! No parece que fueras abuelo de Salvador...

A: ¡Dejame tranquilo porque te saco a trompada limpia de acá dentro!

T: Bueno, disculpame, a mí me gustaría que pudiésemos charlar un rato. ¿Qué perderías con charlar un poco? Hace treinta y cuatro años que no hablás con nadie...

A: ¿Vos sos médico? —interrumpiéndome.

T: Sííí.

A: A mí me mató un médico, así que ¡callate la boca y mandate mudar de acá! (¡Justo cuando yo creía haber encontrado un punto para hacer buenas migas!)

T: Ahora entiendo, me imagino que debés de tenerles mucha bronca a los médicos. Contame un poco, ¿qué te hizo ese médico?

A: ¡Me mataron! ¡Basta! ¡Me mataron! ¡Me hicieron sufrir como a un perro!

T: ¿Qué fue lo que te hicieron?

A: Me abrieron todos los intestinos, el hígado... yo no sabía lo que tenía.

T: ¿Y qué era lo que tenías?

A: No sabían, no sé de qué me morí. En aquel entonces a cualquiera le decían que se moría del corazón. Al final me morí y no sé de qué me he muerto. ¡Ese médico me mató!

T: ¿Y si yo te ayudara a descubrir qué fue lo que te pasó, qué fue lo que tenías?

A: Dejame tranquilo porque a mí, los médicos, me volvieron loco.

T: Mirá, yo soy un médico diferente. Yo trabajo con el alma de las personas. Comprendo tu enojo y tus razones para tenerle bronca a los médicos, pero quizás, juntos podríamos ver qué fue lo que pasó en realidad. Yo te propongo hacer un ejercicio de memoria.

A: ¿Para qué me va a servir eso?

T: Para que abras los ojos a la luz. Cuando murió tu cuerpo, lo que se murió fue tu cuerpo, pero tu alma no murió porque el alma no muere nunca. El alma viene varias veces a la Tierra y encarna en un cuerpo diferente. Cada vez que un cuerpo de esos se moría, tu alma se elevaba al mundo de los espíritus donde descansaba por un tiempo y, después, volvía a nacer para iniciar una nueva experiencia. Esto es lo que hacen todas las almas...

A: La religión no dice lo mismo —interrumpiéndome.

T: Ya sé que la religión no dice lo mismo.

A: ¿Como los médicos? Engrupen.

T: No lo sé, pero yo te puedo asegurar que el mundo de los espíritus existe. La prueba está que tu cuerpo se murió y vos estás acá, pegado a tu nieto, sólo que eso no es lo normal. Lo normal es que vos entres en el mundo de la Luz y, allí, Dios te dará una nueva mamá y volverás a nacer con un cuerpo tuyo con el cual harás la experiencia que vos quieras hacer. Ahora, contaré hasta tres y retrocederás a tus últimos momentos en ese cuerpo que tenías antes de morir. Uno... dos... tres. Contame, ¿qué le está pasando a tu cuerpo?

A: Estoy en una cama... tengo puestas sondas por todos lados... ¿te das cuenta? Tengo mangueras y tubos plásticos por todo el cuerpo. Se me está reventando el hígado.

T: ¿Y qué está pasando que se está reventando el hígado? Fijate, ahora lo podés saber.

A: Tengo un cáncer del cerebro al hígado. Lo tengo dentro de la cabeza. Parece que me agarró como una embolia, como un derrame. ¡Este dolor me hace volver loco! Viene la enfermera para hacerme análisis. ¡Para qué mierda me quieren hacer análisis si yo ya me voy a morir! ¿Me querés decir? ¡Para sacarme plata, nada más! Para practicar con mi cuerpo, para hacerme sufrir. Para otra cosa no va a servir esto. ¡Se me revientan los sesos!

T: Dejá salir todo eso para terminar con esa energía. Seguí. Fijate qué pasa.

A: Estoy como tres días agonizando, eso pasa. Estoy respirando al pedo. ¿Para qué sirve? ¿Me querés decir? Se sufre como un caballo. Viene una enfermera, viene otra... Viene un tipo vestido de blanco, otro vestido de verde... Me llevan de un lado para otro, ¿para qué mierda? ¡Pfff! ¡Pfff! —resoplando.

T: Tenés razón, seguí.

A: ¡Ya me tienen podrido, estos tipos! ¡La puta que los parió! Ahora me van a sacar algo en la cabeza... una radiografía, ¡qué sé yo! ¿Para qué mierda sirve todo esto, me querés decir? Empiezo a vomitar, a toser, se me acaba el aire, me estalla la cabeza... Sí, se me acaba el aire... —en un hilo de voz.

T: Seguí.

A: Se me revienta el hígado... me sale sangre por la boca... Siento un estallido en la cabeza. (Cada vez le cuesta más hablar.) ¡Paf! Se me rompió una vena en la cabeza. No puedo hablar más... Ahora me quieren poner una goma en la nariz, ¿para qué mierda? ¡Si ya estoy muerto! ¿Para qué esta goma? Por esa goma me mandan un líquido, parece una manguera...

T: Eso es, seguí.

A: ¿Para qué mierda quiero esta manguera acá? ¡Pfff! Dicen que voy a vivir con esto... Es una pérdida de tiempo... Parece que me tocaron un nervio en la cabeza. No veo bien del ojo izquierdo. Sí, me tocaron un nervio en la cabeza, se me hizo oscuro... Me hacen como un lavaje con una jeringa en la nariz... Me sacan sangre...

T: Seguí.

A: Sí, me sacan sangre, ¿no ves? ¡Qué dolor! ¿Para qué sirve todo esto? ¡Qué hijo de puta el tipo este! ¡Tengo una sonda acá en el estómago! ¡Para qué mierda! ¡Yo estoy muerto ya! ¡Ahora traen un aparato más! Me lo ponen en la nariz, como una respiración... ¡Pfff! ¡No se puede vivir así!

T: Seguí avanzando y andá al momento en que se produce la muerte de tu cuerpo.

A: ¡Esto es muy lento! Más vale que me peguen un tiro y listo. ¡Que me peguen un tiro, si no, me lo pego yo! Dame un revólver que me lo pego yo el tiro. Ya no quiero vivir más, total, vivir así... ¿Para qué sirve?

T: Andá al momento en que dejás ese cuerpo.

A: Lo dejo muy despacio. Sí, se está por morir ya.

T: ¿Y dónde estás vos cuando se está por morir el cuerpo?

A: Mi alma es muy baja, está baja mi alma. Como yo no creo mucho en los curas, no creo mucho en la iglesia, mi alma está muy baja. (Vean qué definición.) Estoy acá, en una habitación.

T: ¿Qué pensás cuando ves tu cuerpo ahí?

A: ¿Para qué mierda lo hicieron sufrir tanto? ¡Hijo de mil puta! ¡Si lo agarro a ese tipo, lo mato! Están experimentando conmigo, probando qué cañito va mejor.

T: Tenés razón. Y fijate, tu cuerpo, ¿ya está muerto?

A: Ya está muerto.

T: ¿Y dónde estás cuando tu cuerpo está muerto?

A: Estoy en un rincón de la habitación. Me quedo quieto acá y ya no sufro porque ya me fui.

T: Eso es y entonces, ¿qué hacés?

A: Me quedo hasta que venga mi hija y me le pego a ella.

T: ¿Y qué cosa te lleva a hacer eso?

A: Y, que me quiero quedar acá, soy joven todavía. No me quiero ir.

T: ¿Y en qué momento te pegás a tu nieto?

A: Cuando mi hija lo tiene a upa y le está dando el pecho. Ahí me pasé a él. (¿Qué tal?)

T: ¿Y qué cosa te lleva a pasarte a él?

A: Y, que él era chiquito y entonces iba a durar mucho tiempo. Yo iba a vivir mucho estando con él, porque si me subía arriba de un viejo me iba a morir de nuevo. (Tiene su lógica, ¿no?) En cambio, él era nuevito y además es varón. Yo puedo indicarle lo que yo quiero que haga. Desde acá lo dirijo bastante.

T: ¿Cómo lo dirigís?

A: Le hablo a la mente de él, a su conciencia. Le digo todo lo que tiene que hacer, que no se tiene que dejar llevar por delante por nadie, que tenga sus propias leyes. (Así se interfiere a una persona. Como esto comenzó de muy niño, Salvador creció sin saber que tenía una conciencia paralela.)

T: Ahora quiero que vuelvas, sólo por un instante, al momento en que dejás tu cuerpo. Andá una vez más a ese momento. Prestá atención porque, en ese momento, había alguien allí que te estaba esperando y que te vino a buscar.

A: ¡Ah, sí! Pero yo, ¡ni loco me quiero morir!

T: Sí, ya sé, pero fijate bien, cuando estás ahí en el rincón de la habitación, debe de haber una luz suave que te viene a buscar. Contame, ¿quién te está esperando allí para ayudarte?

A: Sí, mi mamá, pero yo no quiero saber nada.

T: ¿Y qué pasa que no querés saber nada con tu mamá?

A: Ya te dije, me quiero seguir quedando acá.

T: Bueno, pero ya te quedaste treinta y cuatro años más...

A: ¡No! Yo me quiero quedar acá.

T: ¿Y qué te dice tu mamá?

A: Que me tengo que ir, pero que si me quiero quedar que haga lo que yo quiera.

T: Sí, pero mirá todas las dificultades que le provoca a tu nieto el hecho de que vos estés dentro de sus pensamientos: los problemas que tiene con sus hijos, esta agresividad que no puede controlar y que le dan ganas de pegarle a su mujer. ¿Cómo te sentirías si alguien hiciera con vos lo mismo que vos estás haciendo con tu nieto? Durante treinta y cuatro años has estado perturbando la vida de Salvador. ¿No te parece que ya es hora de que Salvador viva por sí mismo y tenga una vida plena y feliz? ¿No te parece que ya es hora de que vos entres en la Luz y que comiences una nueva vida?

A: Acá estoy fenómeno, pegado arriba de mi nieto. Estoy viviendo acá. ¡Estoy fenomenal! (Observen que dice pegado, adherido, y no dentro del cuerpo de su nieto.)

T: Sí, pero fijate todos los conflictos que esto ocasiona en la vida de Salvador...

A: ¡Ni se da cuenta! (Tal cual.)

T: Bueno, yo ya te expliqué todo lo que está pasando y cómo es la evolución del espíritu.

A: ¿Quién me garantiza todo eso?

T: Dios te lo garantiza. En el instante en que vos entres en la Luz, se terminarán para siempre todos tus sufrimientos porque eso pertenece al cuerpo. No quiero presionarte, simplemente te propongo hacer una prueba para que te asomes al reino de la luz y puedas decidir por vos mismo.

A: ¿Ahora la Luz?

T: Sí. A vos te corresponde estar en la Luz. A Dios no le interesa lo que hayas creído o pensado mientras estabas en la Tierra. Lo que Dios espera de sus hijos es que vuelvan a Él. Fijáte bien.

A: ¿Adónde tengo que mirar?

T: Mirá hacia el espacio que llegará una pequeña lucecita que poco a poco se irá haciendo cada vez más brillante. Esa luz te señalará un camino y, por ese camino, van a descender los ángeles guardianes que te protegerán.

A: ¿Estás seguro de que no me van a hacer sufrir como estos hijos de puta de acá, no? (Este es el temor presente en la mayoría de las almas perdidas.)

T: Jamás, al contrario, te cuidarán, te atenderán y sanarán todo ese sufrimiento que has padecido. Allí hay seres de luz que se ocupan de los seres sufrientes como vos y, en cuanto entres en la Luz, verás cómo estos seres te cuidarán con un amor que nunca antes has tenido. Tené confianza, hacé la prueba.

A: ¡Ajá! ¿Y si después yo quiero volver de nuevo al cuerpo de mi nieto? ¿Cómo hago? ¿Puedo volver de vuelta para atrás o no? (Alma perdida, sí; tonto, no.)

T: Eso depende de vos. Yo voy a pedir por vos. “Humildemente, Señor, te pido en este día que envíes a tus ángeles protectores para que vengan a buscar al abuelo de Salvador. Hazle llegar tu infinita luz para que pueda ver tu camino. Que tu amor se derrame sobre...”

A: Mirá que yo primero me mato antes de meterme ahí, ¿eh?

T: Tranquilo, no te podés matar si ya estás muerto.

A: Sí, pero si me hacen sufrir de vuelta prefiero volver y matarme, ¿eh?

T: Nooo, nada que ver.

A: ¿Cómo que no? Le digo a mi nieto que se mate y listo. (¿Qué les parece?)

T: Pero no, ¿cómo vas a hacer eso?

A: Sí, sí. Le digo a mi nieto que se mate y listo. Si se muere él, me muero yo. ¿Te das cuenta, viejo?

T: Ése es un gran error porque si tu nieto se muere vos vas a seguir igual.

A: ¿Por qué?

T: Porque vas a seguir en la misma situación, con el agravante de haber destruido una familia y tendrás que responder por eso.

A: Yo lo conduzco a él para que se mate y listo. (¿Cuántos suicidios sucederán de esta manera?)

T: ¿Pero a vos te parece bien eso? Fijate bien lo que estás diciendo. ¿Cómo podés decir esto? El tiene su mujer, sus hijos...

A: ¡Qué carajo me importa de la mujer y de los hijos!

T: No, no podés estar pensando eso. ¿Y el dolor que vas a causar en esa familia?

A: ¿Quién lo siente?

T: Claro, vos no lo sentís, pero esa madre y esos hijos que quedan abandonados y solos... No es justo.

A: Las mujeres siempre tienen que estar a disposición del hombre. A la mujer que se retoba le enchufás un palo en la cabeza. Así era en mi época, eran los machos los que mandaban. ¿Entendés? En la casa, el que mandaba era el macho. ¡Qué tanta vuelta ni tanta vuelta! ¿Me entendés o no me entendés? (Ahí está la causa de la agresividad que experimentaba Salvador con su esposa.)

T: Te entiendo perfectamente. (Ahora hay que dejarlo hablar, no importa lo que diga.)

A: Hombres eran los de antes, no los de ahora. Antes se peleaba con las manos, con la espada, con lo que venga.

T: Eso es.

A: ¡Cagón de mierda! ¡Son unos cagones de mierda, los hombres! Se dejan dominar por las mujeres. No tienen huevos, tanta vuelta que dan.

T: Tenés razón. Bueno, yo te voy a ayudar y vos decidirás. Quiero que veas con tus propios ojos y verás que en el mundo de la Luz se terminan todos los sufrimientos. Permití que te conduzcan y asomate a la puerta, al reino de Dios. Comprobalo por vos mismo.

A: ¿Hay algún escalón acá o no hay nada? (¿Vieron? Hay que esperar el cambio de humor.)

T: No, acá no hay escalones, es un camino de luz.

A: ¿Vos estás seguro de que no hay ninguna escalera, no?

T: ¿Querés una escalera?

A: Sí, porque estoy muy bajo.

T: Dios te hará ver una escalera de luz y podrás ascender lentamente. Ellos saben que vos estás muy bajo y te enviarán a los ángeles protectores para que te ayuden.

A: ¿De dónde me agarro?

T: Fijate que hay un pasamanos de luz. Agarráte de ahí.

A: Sí, siento frío, che.

T: Bueno, yo te voy a cubrir ahora con una manta y tranquilo, que yo estoy acá, a tu lado. Todo va a salir bien y vos y yo vamos a ser grandes amigos. (Esto es lo que no hay que decir, porque el alma perdida se puede pegar al terapeuta.)

A: En cuanto me hagan sufrir me vuelvo de vuelta. ¡Qué frío que hace!

T: Quedate tranquilo que no habrá nada de eso. Andá despacito. Fijate si no viene alguien para ayudarte. Yo le pedí a Dios que te mande un angelito protector.

A: Había un cordero.

T: Bueno, agarrate del cordero, él te va a guiar.

A: Sí. Escucho un zumbido...

T: Eso es, seguí lentamente. Pronto vas a ver la puerta.

A: Sí, estoy acá en un peldaño, una escalera, no sé qué pito es esto.

T: Seguí, lentamente vas a llegar.

A: Ahora veo una luz roja... unos árboles... un caño... un tubo... como un túnel ahí.

T: Eso es, seguí.

A: Sí, humm... Hay un ojo verde que me está mirando...

T: Eso es, pedile a Dios desde tu corazón que te ayude. Él conoce a todos sus hijos y te va a recibir con mucha alegría.

A: Humm... Ya llegamos... Antes de irme... cuidá mucho a ese chico porque yo lo estuve cuidando por mucho tiempo.

T: Quedate tranquilo que yo lo voy a cuidar. Lo estoy ayudando.

A: Escuchame, cuidalo mucho. Yo lo estuve defendiendo, mirá que tiene dos o tres enfermedades dando vueltas. Sacale un par de traumas que tiene encima. Vas a tener que hablar con el maestro de él. Él tiene un maestro que te va a hablar a vos. Tené cuidado porque este chico se quiere matar. Tené cuidado.

T: ¿Hay alguien más allí que esté interfiriendo con la vida de él?

A: No sé, pero tené cuidado porque él tiene una idea de que se quiere matar. Él

no quiere vivir más. Está medio infeliz, este pibe. A este chico se le pierde la cabeza. Yo, si te tengo que decir, para mí, este chico no está encarnado. ¿Me entendés?

T: Te entiendo. Es muy valioso esto que me estás diciendo.

A: A este chico le falta encarnar nuevamente. Cuando él se operó, él falleció y volvió de vuelta a la Tierra, pero no se encarnó bien. Está mal encarnado. Vas a tener que meterlo de vuelta cuando él estaba recién operado. Y le vas a tener que buscar una relación cuando él nació. Parece que fue porque tuvo un golpe de chico. Me parece. (Ahora parece que él es el terapeuta.)

T: Yo te agradezco porque todo esto me será de utilidad para trabajar con él. Ya habíamos trabajado el problema de la operación, pero con este dato que vos me das volveremos a trabajar ese momento para agotar todos esos traumas que han quedado pendientes.

A: Hacelo llorar porque a él le hace falta llorar. Cuando él llore se va a mejorar bastante. Pero tené cuidado porque se quiere matar. Te digo la verdad, no sé si quedarme o irme, porque yo sé que si me quedo, yo lo freno. (¡Qué cambio! ¿No?)

T: Vos seguí tu camino, no desperdicies esta oportunidad y quedate tranquilo que él está trabajando conmigo desde hace un tiempo.

A: Sí, yo te escuché a vos varias veces. ¿Y cómo voy a estar seguro de que lo vas a cuidar?

T: Porque este es mi trabajo. Ya te dije que yo soy un médico del alma.

A: ¡No fallés! ¿Eh? Porque mirá que conmigo fallaron.

T: Quedate tranquilo que desde la Luz tendrás mayor fuerza que antes para ayudar a tu nieto.

A: Bueno, ¿tu nombre cómo es?

T: José Luis.

A: Bueno, José.

T: Bueno, querido.

A: Chau, negro.

T: Chau y te agradezco toda la información y el trabajo que has hecho aquí.

A: Protegelo, no fallés. Y ahora, ¿cómo hago para seguir?

T: Simplemente entrá en la Luz, pensá que estás en la Luz y así será.

A: Sí, chau.

T: Que Dios te bendiga, en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

***

Así como el desprendimiento del alma de Samuel fue casi instantáneo, para el abuelo de Salvador el proceso de la agonía resultó toda una tortura. Sería bueno tomar nota del relato de su padecimiento para tomar conciencia de cuántos procedimientos inútiles se suelen hacer en el afán de retrasar un final que es inevitable y que ahora sabemos que no es un final sino la continuidad de la conciencia en otra dimensión.

Es obvio que el abuelo de Salvador se comportó más como un obsesor que como una simple alma perdida influenciando decididamente en el comportamiento de su nieto. El mismo abuelo nos explica cómo lo hace, hablándole directamente a la conciencia de Salvador en un modo que podríamos llamar subliminal. Como Salvador todavía era un bebé cuando su abuelo se unió a él, es fácil comprender que efectuó su desarrollo intelectual sin saber que tenía esta doble conciencia. Asumió como propios los procesos mentales de su abuelo. Con la ideología machista de su abuelo inmersa en su subconsciente no es de extrañar que Salvador tuviera conflictos y actitudes agresivas con su esposa.

Un detalle inquietante es el poder de convicción que una entidad, cualquiera que sea, puede ejercer para inducir a una persona a suicidarse. Desde la sombra, la voluntad de una entidad funciona como si fuera una programación inconsciente.

En varias ocasiones yo me he encontrado con esta situación. Es imposible saberlo, pero, ¿cuántos suicidios podrían ocurrir de esta manera? ¿Y si en todos los suicidios hubiera alguien más incitando a cometer semejante atentado?

Otro dato a tener en cuenta es el momento en que el abuelo se pasa a Salvador cuando la mamá de éste le está dando el pecho. Se me ocurre que debe de ser muy difícil evitar esto, sino imposible, porque, ¿quién podría imaginar que un alma perdida aprovecharía una circunstancia así?

Quince días después de esta sesión, Salvador me dice: “José Luis, yo no estoy dentro de mi cuerpo. Para mí que yo no estoy encarnado”.

Recordé entonces que el abuelo había dicho que Salvador había fallecido en la operación. Esto ocurrió cuando Salvador tenía siete años y fue operado de una peritonitis apendicular, pero nadie de su familia le había dicho algo semejante. Trabajamos en regresión el episodio de la operación y, allí, Salvador relató lo siguiente:

—José Luis, yo me morí en la operación. Yo estoy fuera de mi cuerpo, estoy volando y estoy jugando con los angelitos. También me crecieron alitas. Yo no quiero volver al cuerpo. Tengo una mamá enferma que no me puede atender mucho, por eso yo me quedo con los angelitos, con ellos puedo jugar más. Los médicos me hacen volver a la fuerza; ellos tiran para acá y yo tiro para allá.

Al regresar, se da cuenta de que un viejo se había metido en su cuerpo, aprovechando que él estaba afuera. Finalmente, Salvador volvió a su cuerpo y me sorprendió una vez más diciéndome:

—Necesito que me vuelvan a bautizar. Tengo que tomar de vuelta la comunión. Me tienen que confirmar.

Esto que descubrimos fue muy importante, porque probablemente ésta haya sido la causa de la vulnerabilidad de Salvador ante las almas perdidas. Recuerden que la encarnación recién se completa al séptimo año de vida. Como además Salvador se salió de su cuerpo durante la operación y una parte de él no regresó, es seguro que esto dejó una debilidad o un agujero negro en el campo vibratorio de Salvador, lo que facilitó la entrada posterior de otras energías extrañas, además de su abuelo.

La relación de Salvador con su esposa cambió por completo luego de la partida

de su abuelo. Desapareció la agresividad, recuperó la calma que había perdido y diez años después logró convencer a su papá para que hiciera un trabajo terapéutico conmigo.

Despedida de un marido y una ancianita pícara

Las dos experiencias que siguen a continuación tuvieron lugar en México, durante el dictado del segundo módulo del diplomado intensivo en TVP. Justamente, el tema central del segundo módulo lo constituyen las almas perdidas. Siempre que doy esta clase se desencadenan procesos terapéuticos en los asistentes en los que están involucradas almas perdidas. La confianza en el grupo, el hecho de haber trabajado previamente con la regresión y el darse cuenta de distintos síntomas y situaciones personales al escuchar la clase hace que de improviso muchas personas tomen consciencia de la presencia de un acompañante invisible. Otras veces es la misma alma perdida que despierta a la consciencia de su estado al oír mi disertación y estimula a la persona involucrada a trabajar con el fin de liberarse. Esta estimulación puede ser producida de diversas maneras, sea intensificando el síntoma que presenta la persona, sea provocando sensaciones físicas o emocionales o bien hablándole directamente a la persona afectada. Este es el motivo por el cual encontrarán varias experiencias que se desarrollan en los cursos de formación. El hecho de que muchas de estas personas son profesionales médicos o psicólogos deja fuera de dudas la veracidad de la experiencia.

Al día siguiente de esta clase, Elvira (54), médica, casada en segundas nupcias, se dio cuenta de que tenía que liberar a su primer marido, Pío, fallecido a los quince años de casada. Elvira llevaba ya otros quince años de matrimonio con su segundo esposo. “Después de que se murió Pío, inexplicablemente yo tenía una necesidad imperiosa por el sexo —me decía Elvira—. Ahora me doy cuenta de que necesito liberar a Pío”. Así fue cómo comenzamos a trabajar con Elvira.

Jueves 6 de febrero de 2003

Terapeuta: Muy bien, Elvira. ¿Cómo es esto de que necesitas liberar a Pío?

Elvira: He abierto los ojos a muchas cosas que he hecho y que no debí haber hecho. Por amor retuve a alguien que ha sido infinitamente bueno conmigo y no lo dejé ir hacia la Luz hace quince años. (Observen que Elvira dice claramente que fue ella quien retuvo a Pío.)

T: ¿Cómo es que no lo dejaste ir hacia la Luz?

E: Lloré muchísimo y le supliqué para que se quedara aquí. Le supliqué que no me dejara sola —llorando—. Le decía que lo necesitaba, que todavía no estaba lista para dejarlo ir. Lloré mucho, mucho. Sentía que él era la única persona que me entendía y no quería quedarme sola. (Así se retiene el alma de un ser querido que ha partido.)

T: Y ahora, ¿estás dispuesta a dejarlo partir?

E: Estoy muy avergonzada por haberlo retenido.

T: ¿Y de qué manera crees que te ha afectado a ti la presencia de Pío?

E: Creo que no he sido yo misma. Adopté muchas de las actitudes de él; yo creía que sólo estaba modelando su personalidad, pero ahora me doy cuenta de que yo estaba adoptando tanto sus virtudes como sus vicios.

T: ¿Y qué vicios adoptaste?

E: Después de que Pío falleció me sentí inclinada a tomar alcohol. Daba vueltas y vueltas alrededor de la botella y me decía a mí misma “no me lo voy a tomar porque si empiezo voy a acabar tomando mucho”. Y el sexo; a él le gustaba mucho el sexo, él era insaciable. He logrado dominar ese aspecto, pero durante varios años eso fue un tormento para mí. Fueron esas dos cosas las que más me afectaron. Cuando yo lo llamé a Pío y le pedí que se quedara conmigo fue una cosa notable; hasta pensé que yo estaba cayendo en sus vicios por las críticas que yo le había hecho. Ahora me doy cuenta de que no era yo. Incluso cambié mi manera de comer. Yo jamás comía grasas y después de que él murió yo tenía un apetito por las grasas y por las cosas que a él le gustaba comer. Cambié mi forma de comer y creo que mi salud se resintió por ese cambio de alimentación. (Vean con qué precisión describe Elvira la influencia de Pío en su vida.)

T: Muy bien; voy a pedirte que permitas que Pío pueda manifestarse libremente para que yo pueda guiarlo hacia la Luz ahora que tú estás dispuesta a dejarlo

partir. Voy a contar hasta tres y le prestarás tus cuerdas vocales y tu voz a Pío para que él pueda dialogar conmigo. Uno, dos, tres. Adelante, Pío, Elvira te da permiso para que puedas manifestarte.

Pío: Creo que ella ya está preparada para separarse —con voz más grave—. Llegó el momento para dejarla.

T: Y tú, ¿estás dispuesto a ir hacia la Luz?

P: Sí.

T: ¿Hay algo que quieras decirle a Elvira?

P: Quiero decirle que a mí también me duele mucho dejarla, pero no puedo quedarme aquí.

T: Díselo tú mismo en voz alta; aprovecha este momento.

P: Amor mío, no puedo quedarme más, tengo que irme. Me llaman... Nos va a doler; también a mí me duele, pero me tengo que ir. Quedas libre.

T: ¿Quién te está llamando?

P: Mi madre...

T: ¿Qué te dice tu mamá?

P: Que necesito irme ya, que necesito volver a lo mío. Que me esperan otras cosas, otras misiones. Que necesito ir con ella, que tengo que dejarla a Elvira —llorando—.

T: Deja salir todo eso. Una vez que entres en la Luz todo estará bien. Te abrazarás con tu mamá y, más adelante, te encontrarás con Elvira una vez más. Pero ahora, en el plano físico, Elvira tiene que hacer su vida; definitivamente tiene que ser ella misma.

P: (Sigue llorando.)

T: Eso es, deja que tu alma se desahogue. Vete al encuentro con tu madre. ¿Cómo es el abrazo con tu mamá?

P: ¡Ah! Me quiere tanto... Me llamaba desde hacía mucho tiempo.

T: Verás que todo va a salir bien, te encontrarás con tu verdadero destino y serás muy feliz. Tu alma seguirá creciendo y evolucionando y tu próxima experiencia en la Tierra será más hermosa todavía. Ya puedes ir hacia la Luz. Que Dios te bendiga.

P: Gracias, adiós.

T: ¿Hay alguien más allí que quiera aprovechar esta oportunidad para irse?

Elvira: Sí, Melita.

T: ¿Quién es Melita?

E: Una ancianita. Vivía en la escuela a la cual yo iba de niña.

T: Muy bien, Melita. ¿Qué estás haciendo aquí con Elvira? ¿Qué cosa te trajo aquí?

Melita: Elvira se acercaba a mí; ella era pequeñita, pero era muy seria, decía que quería platicar. Yo no quería morirme, yo vivía muy contenta rodeada de mucha gente.

T: ¿Y entonces?

M: Un día que Elvira estaba sola yo pude acercarme. Entonces ella platicó conmigo, pero luego le dio mucho miedo porque dijo que yo ya estaba muerta. Entonces comenzó a gritar y a gritar y yo quería quedarme con ella y entonces...

T: ¿Sííí?

M: Entonces me agarré a ella y allí me quedé.

T: ¿Y cómo te agarraste a ella? ¿Cómo lo hiciste?

M: Entré así, cerca de ella y, entonces, ella ya no podía verme y, entonces, ya no tenía tanto miedo, pero gritaba de todas maneras. Yo me quedé ahí, quietecita, quietecita para que ella no me viera y no me sacara. (Vean qué claro; al entrar Melita en el campo vibratorio de Elvira, ésta dejó de verla.)

T: ¿Y cuántos años tenía Elvira cuando entraste en ella?

M: Como cinco o seis años; he vivido siempre ahí. He estado allí, he visto como ella creció, he visto por lo que ella ha pasado...

T: ¿Y a ti qué te pasó, Melita?

M: Yo nunca me casé; me hubiera querido casar y tener muchos niños, pero no podía tener niños porque no me había casado y mis papás me hubieran matado. Cuando ellos se murieron ya no había galanes para mí; yo ya estaba grande. Mis padres me habían dejado una casa muy, muy grande y entonces pensé que podía rodearme de criaturas y ser feliz aunque no fueran mis hijos. Entonces regalé mi herencia a unas carmelitas con la condición de que pusieran un colegio y me dejaran vivir a mí en una pequeña casita que había en el fondo del patio de la casa grande que les regalé. Ahí viví siempre con muchas niñas y fui muy feliz viéndolas correr cerca del tamarindo. Fui muy feliz viéndolas crecer, pero después se iban y ya no volvían a acordarse de mí. Por eso me quedé con Elvira, porque yo no quería que también ella creciera y se fuera; yo quería que se quedara conmigo.

T: ¿Y cómo crees tú que eso la afectó a Elvira? Todo esto de que tú querías quedarte con Elvira y que no querías que ella creciera.

M: ¡Ay!, pobrecita, porque a veces tenía que pensar como yo. No dejé que se divirtiera como niña durante mucho tiempo; le advertía de los peligros y entonces ella no se arriesgaba a nada porque yo le decía que podía correr peligro. Además me gustaba platicar con ella y entonces no la dejaba jugar en el recreo; me quedaba con ella en el salón de clases o sentada en una banca. Hice que tuviera mucho miedo de que le dieran con la pelota. ¡Si le daban con la pelota me dolía a mí! Entonces yo no la dejé que jugara con las pelotas y que se fuera a caer. Hacía que se quedara sola mucho tiempo. Nos gustaba mucho subir a un árbol y quedarnos ahí quietas, quietas.

T: Y ahora que Elvira es grande, ¿cómo estás influyendo en la vida de Elvira?

M: ¡Ah! Otra vez estoy queriendo estar mucho tiempo sola con ella...

T: ¿Y entonces qué haces?

M: Entonces hago que su marido se vaya, ¡ja, ja! Hago que se vaya solo de viaje

y Elvira y yo nos quedamos solas.

T: ¿Y qué haces para que él se vaya?

M: ¡Oh! Lo molesto; cuando él está dormido le digo cosas.

T: ¿Qué le dices?

M: ¡Ja! Le digo que Elvira no lo quiere tanto, que quería más a Pío, que ella quiere más a su mamá y a sus hermanos y, entonces, él se disgusta, se hace a un lado y... ¡se va! Y entonces yo me quedo con ella; no la dejo estar sola porque está conmigo, pero no la dejo que vaya a ningún lado, le digo que es muy agradable estar sola. (¿Cuántos conflictos de pareja se originarán o se agudizarán de esta manera?)

T: Muy bien, Melita. Ya viste por todos los sufrimientos y contratiempos que ha pasado Elvira, ¿no te parece que ya es hora de que Elvira haga su vida?

M: Yo estoy muy a gusto aquí.

T: Sí, yo sé que tú estás a gusto, pero... este no es tu destino.

M: Pero es que... —protestando.

T: Tú sabes que eso no está bien, ¿no es cierto? Y sería bueno que ya volvieras a la Luz. ¿Sabes todo el amor que hay en la Luz para ti? ¿Y las niñas y los angelitos con los cuales vas a poder jugar en la Luz? ¿Nunca pensaste en eso?

M: Yo estaba bien...

T: Sí, yo sé que estabas bien, pero permíteme que te explique algo. Cuando el cuerpo se muere, el alma vuelve a la Luz, al mundo de las almas donde sólo hay luz y amor. Allí volverás a ser joven, porque el alma siempre es joven y podrás tener todas las niñas que quieras y no solamente niñas, sino también angelitos. Vamos a pedirle a Dios que te envíe muchos angelitos para que vengan a buscarte y todos vamos a estar felices y contentos. Elvira finalmente podrá hacer la vida que se merece y tú vas a estar muy contenta también porque nunca más estarás sola. ¿Te parece?

M: Sí, me gusta.

T: Entonces vamos a pedirle a Dios que te ayude. Ahora bajará un rayo de luz, como si fuese una espiral de luz y por ahí vendrán los angelitos a buscarte, ¿sí?

M: Sí.

T: "Humildemente, Señor, te pedimos que abras las puertas de tu reino y que envíes tu rayo de luz para que Melita pueda volver a casa. Envía a tus angelitos protectores para que vengan a buscar a Melita. A ella le ha gustado siempre jugar con las niñas. Mira las obras que ha hecho; ha dejado su herencia para que las carmelitas pudieran hacer obras de caridad y cuidar a las niñas. Humildemente, Señor, te pedimos que envíes miles de angelitos para que vengan a buscar a Melita". ¿Quieres contarme algo?

M: Es muy bonito ver esto. Vienen contentos y yo me voy contenta con ellos.

T: Eso es, te vas a divertir mucho. Tómate de los angelitos, tómate de sus alas.

M: ¡Ja, ja! ¡Adiós, adiós! —riéndose y saludando con la mano—. ¡Ja, ja, ja!

T: Adiós, Melita.

M: ¡Ahhh! (hondo suspiro).

T: Eso es y, ahora, Elvira, vas a regresar a tu conciencia habitual y todo estará bien. Te envolverás en un rayo de luz. ¿Qué color necesitarías?

Elvira: Azul.

T: Entonces te envolverás en un rayo de luz azul, como si el color azul te rodeara y te envolviera completamente y, lentamente, volverás a tu conciencia física habitual diciéndote a ti misma "Yo soy Elvira, yo soy yo, profundamente yo y en mi cuerpo mando yo".

E: Yo soy Elvira, yo soy yo, profundamente yo y en mi cuerpo mando yo. (Repite tres veces.)

***

Aquí podemos comprobar una vez más que, en ocasiones, somos los seres vivos quienes no dejamos partir a nuestros seres queridos. Un aspecto notable aquí es el grado de influencia que Pío alcanzó a ejercer sobre Elvira en distintas áreas de su vida, afectando inclusive su conducta sexual. Es llamativo su poder para incitar a Elvira a la bebida y a la comida, hechos que nos deben hacer reflexionar cuando nos enfrentamos a problemas de esta índole.

Melita es un ejemplo de un alma perdida que, sin pertenecer al círculo familiar de sangre, lo es debido al vínculo afectivo. Por otro lado, Melita nos muestra también una clara intrusión en la relación de una pareja.

Seis meses después de esta experiencia Elvira me contó los cambios que experimentó en ella.

"Después de que se fue Pío desapareció el gusto por el alcohol aunque yo no tomaba mucho porque hacía grandes esfuerzos para controlarme. Recuerdo que miraba la botella y daba vueltas y vueltas alrededor de ella con el deseo de tomar. Todo eso desapareció. También disminuyó mi apetito sexual. Ya no tengo el hambre de sexo que tenía y al cual me incitaba Pío. Creo que el pobre de mi marido sufrió un poco después de que se fue Pío porque él se había acostumbrado a esa situación. Ahora soy una mujer normal. Como contrapartida desapareció en mí la brillantez de respuesta ante determinadas situaciones que era característica de Pío.

En cuanto a Melita, cuando ella se me apareció la primera vez, yo no sabía que ella se había muerto. Me enteré después. El colegio había sido propiedad de Melita y ella lo donó con la condición de que una pequeña casita que había en los fondos la ocuparía ella hasta el día en que muriera. A Melita le molestaba que yo tuviera relaciones con mi esposo. Ella fue una señorita y no estaba muy de acuerdo con eso. Pero Pío quería sexo y me incitaba a tener sexo de modo que para mí todo eso era un gran conflicto. A Melita le gustaba hacerle bromas pesadas a los niños y yo les gastaba bromas pesadas a mis sobrinos. Ya no lo hago más. La relación con mi esposo mejoró muchísimo a pesar de que disminuyó el apetito sexual. Ahora tenemos una relación de mayor intimidad. Mi esposo dice que ahora él me siente más suya."

***

Una bisabuela y un amante del pasado

Al finalizar el trabajo de Elvira, me percaté de que una de sus compañeras de curso, Julieta (49), estaba muy conmocionada, de modo que inmediatamente comencé a trabajar con ella.

Terapeuta: ¿Qué estás sintiendo, Julieta?

Julieta: Se me acelera mucho el corazón, comencé a temblar y otra vez pensé en mi bisabuela.

T: ¿Qué pasó con tu bisabuela?

J: Es una persona que recuerdo llena de amor. Ella vivía con nosotros y, a pesar de que teníamos un departamento muy pequeño, todos estábamos ahí. Cuando comencé a tomar biberón, me lo preparaba ella.

T: ¿Cómo se llamaba tu bisabuela?

J: Macaria.

T: ¿Y qué pasó con Macaria?

J: Ella padecía de asma y... yo todavía recuerdo cuando estaba el ataúd ahí. Yo estoy en la cocina y tengo un poco de temor porque está el ataúd enfrente de mí. Ella era una persona muy alegre, me peinaba y me hacía mis trenzas y yo dormía con ella.

T: ¿Dónde estabas tú en el momento en que ella muere?

J: Yo recuerdo que estaba junto a ella en la cama, pero mi mamá dice que no, que yo estaba en otro lado.

T: ¿Qué edad tienes tú cuando muere tu bisabuela?

J: Cuatro o cinco años. Yo siempre la soñaba a mi abuelita. Recuerdo que una vez yo estaba con disentería y me encontraba muy mal, me sentía muy débil y mi mamá no estaba y mi abuelita (por la bisabuela) vino a ayudarme. Eso lo tengo muy grabado; ella me levantó de la cama y me sentó hasta que llegó mi mamá, pero después que yo supe que ella se había muerto y que la soñaba, a mí me daba mucho miedo.

T: Y ahora, ¿qué estás sintiendo con respecto a tu bisabuela? ¿Qué crees?

J: Yo siempre he tenido mucha tristeza y no me explico por qué y ahora la estoy sintiendo.

T: ¿Qué es lo que estás sintiendo?

J: Siento una opresión en la garganta —comienza a llorar.

T: Eso es, deja salir eso y, si hay alguien allí ahora que quiera hablar, le prestarás tu voz y tus cuerdas vocales para que pueda manifestarse libremente, no importa lo que sea.

J: (Sigue llorando.)

T: Contaré hasta tres y podrás manifestarte libremente. Uno... dos... tres. Adelante, ahora Julieta te deja hablar. ¿Quién eres y qué estás haciendo aquí?

J: ¡Ahhh! Soy Macaria, yo quiero estar cerca de Uriel...

T: ¿Y quién es Uriel?

Macaria: Es el padre de Julieta, él ama mucho a Julieta, tiene un buen corazón —comienza a llorar.

T: Eso es, deja que tu alma se desahogue, ahora puedes expresar tus sentimientos. Cuéntame todo lo que estás sintiendo.

M: Julieta siempre está con sus padres y, entonces, yo puedo estar ahí. Yo amo a Uriel, él me necesita, porque antes, cuando él tomaba y yo vivía, yo lo atendía —llorando—. Yo preparaba su comida porque yo sabía lo que le hacía bien para recuperarse. Le hacía chilaquiles y todo lo que él necesitaba para estar bien. Yo sé que él no se portaba bien; tomaba mucho. “Tengo ganas de tomar”, me decía,

pero yo usaba mi pulque; es el del bueno. Yo le decía a la mamá de Julieta "es bueno para las madres que están en gestación, es muy bueno para la leche materna," pero no tanto. Yo soy muy fuerte, siempre lo fui... —largo suspiro.

T: Entonces, ¿cómo es que te quedas con Julieta?

M: Es que me da tanta pena (vergüenza, en México) que no he dejado que ella saque ese carácter. Hago que se reprima, que se guarde todo, porque si dejo que salga, ella va a tener conflicto con la familia. Pero ahora, por todo esto que tú le enseñas y por todo lo que ella está aprendiendo ya no puedo contenerla —nuevo acceso de llanto.

T: Eso es, deja salir todo ahora.

M: Su familia está muy desunida y yo la he contenido a Julieta para que soporte todo. Pero últimamente ella ya no se calla y dice lo que siente —llorando—. Tal vez sea mejor; es lo que dices tú y lo que ella está consciente.

T: Entonces, ¿qué has aprendido en estos días?

M: Que tal vez yo pueda estar en algún lugar donde no le haga daño a ella. Sé que he contado con su cariño. Ella me ve como si quisiera aprender mucho de mí, pero a lo mejor ya le pude decir también lo que es bueno.

T: Claro que sí.

M: Yo creo que algo cambió en Julieta, porque en la familia ya no tienen la forma de estar encima de ella y de molestarla y hacerle sentir que no vale nada. ¿Sabes qué? Ellos sufren en esa casa, pero tal vez eso es lo que les toca vivir. Lo estoy viendo ahora, porque ella está aprendiendo y me enseña a mí.

T: Muy bien, entonces vamos a arreglar todo eso ahora.

M: Sí, estoy arrepentida —llorando.

T: Todo está bien, hiciste lo que tú creías que era conveniente. Ahora Julieta tiene que hacer su vida. Ella sabrá lo que tiene que hacer con discernimiento y con amor. Cada uno tiene que hacer su vida, nadie puede hacer la vida por el otro. Es el aprendizaje de cada uno.

M: (sigue llorando.)

T: Ahora todo se va a ordenar y también será mejor para ti. Hay muchos trabajos importantes que te están esperando en la Luz. Te está esperando un nuevo cuerpo, una nueva vida y seguirás creciendo y, con todo esto que has aprendido, ayudarás a otras personas.

M: ¡Ahhh! —suspiro de alivio—. Te creo; siento tu amor, pero, ¿por qué sigue este pesar?

T: Porque todavía estás en el plano terrestre y todavía cargas con todos aquellos pesares.

M: Dame tu mano, necesito fuerza para irme, ¡ayyy!, ¡por favor!

T: Vamos a pedir ayuda para que te vengan a buscar —mientras le doy mi mano —.En cuanto entres en la Luz todas estas sensaciones desaparecerán. Vamos a pedirle a Dios que te ayude, ¿sí?

M: Sí.

T: "Humildemente, Señor, te pedimos que abras las puertas de tu reino y que envíes a tus ángeles protectores para que vengan a buscar a Macaria. Humildemente te pedimos que la envuelvas en el manto de la Divina Madre para que su espíritu se sosiegue y calme sus pesares del pasado". Eso es, presta atención que la Luz ya está aquí. Ya vienen los ángeles a buscarte. En cuanto entres en la Luz sentirás el calor y el amor y el pasado quedará en el olvido para siempre. Eso es, vé hacia la Luz.

Julieta: (Silencio prolongado).

T: ¿Hay alguien más allí que quiera aprovechar este momento? La Luz está aquí.

J: Mmm...

T: ¿Sííí?

J: Es un hombre que me estranguló en una vida pasada en una regresión que me hicieron.

T: Muy bien, entonces le vas a prestar tu voz para que él también pueda terminar con esa experiencia.

Alma perdida: ¡Aaah! —retorciéndose y apretando los dientes.

T: Eso es, tranquilo que todo se va a arreglar; no importa lo que haya sucedido.

AP: ¡Ahhh! ¡Me dio rabia!

T: ¿Qué cosa te dio rabia?

AP: Ella me engañó. ¡Ah! ¡Me dijeron que me engañó!

T: ¿Quién te dijo eso?

AP: La gente que la vio. Me dio mucha rabia. ¡Tenía que matarla! ¡Eso no se hace! Tenía que hacer algo.

T: Y entonces, ¿qué hiciste?

AP: Yo la maté, ¡ajá! No la dejé hablar; no tenía que darle tiempo de hablar porque eso no se hace.

T: ¿Qué es lo que no se hace?

AP: Ella tenía un amante. Me dijeron que ella estaba con otro hombre y... ¡eso no se hace! Tenía que acabar con ella.

T: Y dime una cosa, ¿era verdad que ella estaba con otro hombre?

AP: No lo sé; sólo descargué mi rabia, ajá.

T: Y no le diste tiempo a hablar.

AP: No, ¿por qué? No se merecía nada; tenía que morir como murió.

T: ¿Y qué pasó contigo después de que la mataste?

AP: Me dijeron que me engañó. No va a ser feliz aunque quiera mucho a Francisco (el marido de Julieta). Yo estoy haciendo que él se disguste a cada momento con ella —llorando.

T: ¿Y qué ganas con eso?

AP: Que haya momentos en que ella cree que lo quiere y que en otros momentos no lo soporte y, ¿sabes qué? Ya se lo dijo. ¡Qué bueno! ¡Qué bueno, porque sufre!

T: Y dime una cosa, ¿acaso eres feliz haciendo esto? Mírate a ti mismo.

AP: Bueno, tenía que seguir para vengarme porque ella me engañó.

T: Pero ya la mataste, ¿cuántas veces te vas a vengar?

AP: No sé, cuando ella revivió esa experiencia (en la regresión) no quería pedirme su energía, fíjate qué tonta. Decía que no quería porque me amaba. ¿Sabes? También supe que no era cierto que me engañó.

T: ¿Y entonces?

AP: No la dejé hablar. ¿Es que no sabes tú que cuando alguien tiene tanta rabia y que a uno le dicen que pasó algo, pues, no tienes tiempo de pensarlo?

T: Lo sé, pero ¿sabes?, yo no estoy acá para juzgarte.

AP: Ella me perdonó, pero como me dijo que me quería y que no quería que yo le devolviera su energía… entonces, fíjate que yo me quedé con un poco de su energía. Porque ya me di cuenta de la realidad.

T: ¿De qué realidad te diste cuenta?

AP: Me di cuenta de que me quería, pero ahora, ¿por qué la voy a dejar?

T: Porque esto no es bueno para ti ni para Julieta. Ahora quiero que me escuches un poquito. Yo sé lo que son las emociones; sé que hay momentos en que la mente se nubla y uno no puede pensar.

AP: Ajá.

T: Lo que sucede es que estás atrapado en ese momento. Tu cuerpo ya no existe, ¿sabías eso?

AP: Sí, pero estoy ahí con ella. Fíjate que antes me llegaba a su cama y me

quedaba encima de ella.

T: ¿Y qué pasaba cuando te quedabas encima de ella?

AP: Tenía relaciones con ella aunque ella no lo sabía, pero sentía que tenía temor de mí. (¿Cómo suponen que esto afecta la relación y la intimidad de una pareja?)

T: Bueno, pero escucha esto. Esos cuerpos, los cuerpos de esa vida en la que tú la mataste, ya no existen. Esa experiencia terminó, el cuerpo que tú tenías, el cuerpo que la mató, no existe más. Ya no tiene sentido seguir con esto.

AP: Pero, ¿por qué tiene que estar con Francisco?

T: Porque ahora Julieta está en otra vida y, lo que pasa, es que tú te perdiste esta oportunidad porque te quedaste atrapado ahí por tu deseo de venganza. Si tú hubieras seguido el camino que siguió Julieta, si hubieras ido a la Luz, en este momento estarías con tu propio cuerpo y tal vez te hubieras encontrado con ella y hubieran tenido otra oportunidad. Ahora lo correcto es que permitas que Julieta siga adelante con esta experiencia porque esta es su ley en esta vida y, mientras tanto, tú irás a la Luz y vas a esperar allí a que Dios les dé una nueva oportunidad.

AP: (rompe a llorar).

T: Tendrás un cuerpo nuevo y tú y Julieta volverán a encontrarse y, entonces, podrán completar el amor que no pudieron concretar antes. Se van a perdonar, van a olvidar todo eso que sucedió y van a tener una vida feliz. Al entrar en la Luz todo se va a arreglar, ¿comprendes? Nadie te va a decir nada, ya bastante has sufrido.

AP: Tengo un pedazo de su energía...

T: Bueno, esa energía se la vas a devolver. Tienes que devolvérsela. ¿Estás dispuesto a hacer eso?

AP: Sí, dile a Julieta que me perdone.

T: Por supuesto, ella ya te ha perdonado. Ella sabe lo que pasó. Todo va a salir bien.

AP: A Francisco también; ya no le voy a decir nada. El la ama y eso me duele —llorando.

T: Está bien, eso es natural. Finalmente todos nos vamos a amar. Ese es otro aprendizaje; es duro de hacerlo, pero, ¿sabes?, el amor no es poseer, ¿comprendes?

AP: Sí.

T: Vas a aprender el verdadero amor y la próxima vez todo saldrá mejor y serán felices.

AP: ¡Ahhh! —suspiro de alivio.

T: Ahora devuélvele su energía. Díselo.

AP: Julieta, te devuelvo tu energía, te pertenece. No te dejé ser feliz, no te dejé hablar, pero ahora sé que sí me amabas. Gracias.

T: Muy bien.

AP: Ese amor, del que tú me hablabas, es para todos. Me lo están diciendo.

T: Muy bien, vamos a pedirle a Dios para que te ayude, ¿sí? ¿Cómo es tu nombre?

AP: Mmm... me llamo Ramiro. ¿Le tengo que devolver toda su energía?

T: Pues sí, tienes que devolverle todo lo que le pertenece, eso no te sirve a ti.

Ramiro: Está bien. No la dejaba hablar. Le trababa todo, pobre. Ahora se va a liberar de ese peso. Le hacía mucho daño, le hacía pensar que no valía, que no iba a formar una familia. ¿Sabes qué? Ella hablaba mucho con el Sagrado Corazón y fíjate que le decía "Jesús, si tú me trajiste a este mundo, ayudáme a formar una familia" y yo, ante eso, no podía hacer nada. Dios la escuchó, escuchó a Francisco y... ¡tienen hijos! —llorando—. Lo que no pudimos hacer nosotros. Dios le dio mucho amor como ella se lo pidió.

T: Y tú también le puedes pedir al Sagrado Corazón para que te ayude, para que sientas ese amor y para que puedas amar realmente desde el corazón.

R: ¡Duele mucho dejar! Tú dijiste hace rato que el amor suelta.

T: Claro que sí.

R: ¡Qué tonta! La tenía muy amarrada. ¡Ayyy! —tomándose el pecho.

T: ¿Qué falta ahí?

R: Es como si me llevara su corazón. Sí, veo un hueco allí si me lo llevo, ¿verdad?

T: Tienes que dejar su corazón porque eso va a ser como un lastre para ti. Tienes que dejar su corazón y seguir, en cambio, el camino del Sagrado Corazón.

R: Sí. Perdóname. Quiero pedirle perdón a Francisco porque yo la hacía dormir mucho a Julieta en el día para que Francisco se enojara. Eso le molestaba a él. Yo sé todo lo que le molestaba a él y le hacía hacer todo eso. Perdóname, Francisco. Creo que lo hice por amor, pero... ¡me está costando dejar ese corazón!

T: ¿Qué necesitarías para dejar ese corazón?

R: ¡Francisco! —llorando—, Francisco, yo manejé todo para molestar, para no dejarla ser feliz. ¡Ahhh! Estoy entregándosela.... De repente es frágil y le duele. Yo quiero que el Sagrado Corazón me ayude como la ayudó a ella. No me quiero llevar nada ya. Dile que me ayude. Tengo que dejar su corazón.

T: Ten confianza que todo va a salir bien. Ahora, vamos a pedirle al Sagrado Corazón. "Jesús mío, que dijiste, en verdad os digo, pedid y obtendréis, llamad y os abrirán, buscad y encontraréis, he aquí que yo llamo, yo busco, yo pido la gracia de la salvación, la liberación y el perdón para el alma de Ramiro". (A medida que yo voy rezando, Ramiro repite conmigo palabra por palabra) "Humildemente, Señor, te pedimos en este día que abras las puertas de tu reino para que Ramiro pueda regresar a casa. Señor, en tu infinita misericordia, te rogamos que te apiades del alma de Ramiro (Ramiro dice: que te apiades de mi alma) y envíes a tus ángeles protectores para que vengan a buscarlo". (Ramiro: para que vengan a buscarme.) Ahí viene la Luz y junto con la Luz verás al Sagrado Corazón con todo su amor.

R: Ahí estoy viendo su corazón, ¡aunque me duele! Ahí estoy entrando ¡ahhh! —

suspiro de alivio.

T: Eso es. "Gloria al Padre, Gloria al Hijo, Gloria al Espíritu Santo. Como era en el principio, ahora y siempre por los siglos de los siglos, amén".

R: ¡Ahhh! —largo suspiro.

T: Muy bien, entonces, Julieta, lentamente volverás aquí y elegirás el color que necesites en este momento.

Julieta: Violeta.

T: Entonces, te envolverás en el color violeta como si el color violeta formara una esfera de color violeta a tu alrededor y te dirás a ti misma, "Yo soy Julieta, yo soy yo, profundamente yo y en mi cuerpo mando yo".

J: Yo soy Julieta, yo soy yo, profundamente yo y en mi cuerpo mando yo. Hola, le di gracias al Sagrado Corazón. Gracias a ti.

Al incorporarse, Julieta me dijo:

—Antes de comenzar con el trabajo, cuando fui al baño, sentí una extraña sensación y me di cuenta de que mi bisabuela estaba conmigo. Entonces yo le dije: "Ya llegó el momento de que te vayas". Ella protestó, pero yo le dije firmemente: "Ni modo, abuelita; te tienes que ir". Era un gran cariño el que yo sentía por ella.

Macaria nos demuestra una vez más de qué manera los ancestros que han partido siguen ocupándose e interviniendo en los asuntos familiares, claro está que, en este caso, a costa de Julieta, que tenía que soportar todo.

El amante del pasado es lo que llamamos un obsesor kármico, un alma perdida que hostiga a una persona viva por hechos que sucedieron en una vida anterior. En este caso, el propósito de la entidad era interferir en la vida afectiva de Julieta como si todavía tuviese algún derecho sobre ella. Ya hablaremos de los obsesores en un capítulo dedicado a ellos en particular, pero la clínica es así, las

entidades no aparecen en orden sino cuando quieren, como quieren y como pueden. Lo importante aquí es tener consciencia de la influencia y de los trastornos que una entidad de esta naturaleza puede ocasionar en la intimidad de una pareja. Quién sabe cuántas parejas o matrimonios sucumben por influencias del más allá.

Unos meses después de este trabajo Julieta me contaba lo siguiente:

"Mi papá era el nieto preferido de mi bisabuela y eso hacía que yo estuviese muy pegada a mis padres. Para mí era como esclavizarme porque tenía que llevar las penas de ellos. Estaba en comunicación permanente con ellos, hablaba por teléfono con ellos por lo menos dos veces al día. No podía separarme de mis padres, no tenía libertad. Yo sentía la responsabilidad de ver por ellos. Primero ellos antes que yo. Ahora eso cambió. Ya no siento la angustia que sentía antes. Con Ramiro era terrible porque yo tenía pesadillas en las cuales una sombra se sentaba en mi cama y caía encima de mí y no me dejaba respirar. Después de que Ramiro se fue cambió la relación con mi esposo. Ya no me callo, digo lo que pienso. Y ya no me quedo dormida por las tardes."

Un bebé enojado

La siguiente experiencia pertenece a la Lic. Stella Maris Borgeat, de Buenos Aires, Argentina. Stella Maris es psicóloga, con formación psicoanalítica y se formó conmigo en TVP en el curso anual del año 2000.

Laura es una mujer de treinta y siete años a quien conocí en interconsulta cuando ella se encontraba en el postoperatorio inmediato de una cesárea que terminó con una histerectomía y la muerte del bebé pocas horas después de nacer. Entrevisté a Laura por primera vez en su habitación de la clínica donde se hallaba internada. La encontré triste y angustiada y me contó que tenía tres hijos: Pat, un varón de catorce años; Anaré, una niña de nueve y, el más pequeño y protagonista de esta historia, Gabriel, de tres años de edad. Entre los dos hijos mayores, Laura tuvo tres abortos espontáneos y un embarazo ectópico que le dejó como secuela la extirpación de una de las trompas. El último embarazo transcurrió en forma normal y sin complicaciones hasta la trigésima semana de gestación, cuando sintió algunas contracciones aisladas. Consultó a su médico, quien constató que no había dilatación y que el bebé estaba bien. Al no encontrar motivos de alarma, Laura fue enviada de regreso a su casa. Sin embargo, pocas horas después, Laura volvió a sentir contracciones las que se hicieron cada vez más intensas y, en menos de media hora, se desencadenó el trabajo de parto, llegando a la clínica con dilatación completa y en período expulsivo. Al examinarla, el médico obstetra advirtió que lo primero que asomaba era el cordón y que el bebé, que un par de horas antes estaba en posición cefálica y encajado en el canal del parto, ahora se encontraba atravesado. Inmediatamente Laura fue preparada para practicarle una cesárea de urgencia. Al iniciar la intervención el médico encontró un desgarro uterino con una hemorragia importante, lo que motivó que le administraran a Laura anestesia general para practicarle una histerectomía. El bebé falleció a las pocas horas sin que Laura pudiese verlo, por cuanto, en el momento de nacer, ella estaba bajo los efectos de la anestesia general. Laura no encontraba consuelo; además de su hijo, había perdido una parte de su cuerpo y la posibilidad de concebir nuevamente.

Las entrevistas con Laura continuaron luego del alta clínica. Constantemente Laura me repetía que no podía superar el hecho de no haber podido tener el bebé en sus brazos ni haber podido despedirse de él, siendo éste el mayor motivo de su angustia. También me comentó las distintas reacciones de sus hijos y, como es una mujer de una gran sensibilidad, pronto comenzó a percibir algo extraño en el comportamiento de Gabriel, su hijo de tres años. Recordó entonces un episodio ocurrido cuando ella aún no imaginaba siquiera que estaba embarazada. Un día, Gabriel se le acercó y le dijo: "Tenés un monstruo en la panza". Aunque Laura le explicara una y otra vez que no había tal monstruo, Gabriel insistió en ello durante un largo tiempo. El comportamiento de Gabriel cambió notablemente luego de que falleciera el bebé. El niño comenzó a tener rabietas que poco a poco se fueron haciendo cada vez más intensas y violentas. Le pegaba a Laura en la panza, gritaba, pateaba y, cuando se calmaba y la madre le preguntaba qué le pasaba, el niño contestaba diciendo: "No soy yo el que se porta mal, es el cerdo malo". En ocasiones, Gabriel decía que era el mono malo, tras lo cual seguía jugando como si nada hubiese sucedido.

Un día, Laura llegó muy angustiada a la consulta. Había tomado un taxi acompañada de sus hijos y, en el trayecto, había entablado conversación con el conductor. En el momento de descender del vehículo el conductor le preguntó: "¿Y el bebé?". Asombrada, Laura le preguntó a su vez: "¿Qué bebé?". El conductor, con aire desconfiado y mirando el asiento de atrás le dijo: "Perdón, pero usted subió con un bebé en brazos, yo lo vi, ¿dónde lo puso?". Entonces Laura se largó a llorar y le contó lo que le había ocurrido. El pobre hombre no encontraba palabras para disculparse, juraba que eso era lo que él había creído ver y que a veces le sucedían experiencias extrañas para las cuales no tenía explicación.

A la sesión siguiente Laura llegó muy alterada y me dijo: "Este chico (por Gabriel) está poseído, hasta los hermanos me lo dicen, ya no sé qué pensar. Esta vez su rabieta fue peor que nunca; arrancó el cable de la estufa y las cosas que hace cada vez son más graves". Hizo una pausa prolongada, como animándose a decir lo siguiente y entonces agregó: "Creo que hay una relación directa entre él y el bebé". Le pregunté entonces qué cosa le hacía pensar eso, porque yo nunca había comentado con ella nada sobre almas perdidas o TVP ya que por trabajar yo en una institución las entrevistas eran de carácter tradicional y ortodoxo. Laura me contestó: "Lo presiento". De modo que tomé esa oportunidad para decirle que quizás la energía o el alma del bebé podría haber quedado entre ellos, pero que se quedara tranquila porque no existía tal posesión en el sentido de

apoderarse del cuerpo de una persona sino que podía tratarse de una manera de influir en el comportamiento de alguien para hacerse notar o para transmitir algún mensaje en particular. Le recomendé que observara a Gabriel y, si le parecía bien, que me lo trajera la próxima vez para observarlo y ver qué se podía hacer.

La vez siguiente, Laura vino con el niño porque ya estaba desesperada. Tratamos entonces de que Gabriel entrara en confianza y comenzamos a jugar con unos animalitos que él había traído. Estábamos en ese juego cuando, de repente, comenzó con una de sus crisis. Gritaba, pateaba la estufa del consultorio, tiraba los juguetes por el aire mientras tratábamos inútilmente de calmarlo, hasta que en un momento determinado comenzamos este diálogo:

Terapeuta: ¡Bueno basta, Gabriel! Se acabó. ¿Qué está pasando que te estás portando tan mal?

Gabriel: No soy yo el que se porta mal.

T: ¿Ah, no? Y entonces, ¿quién es?

G: El cerdito.

T: ¿Qué le pasa al cerdito?

G: Está enojado.

T: ¿Y qué cosa lo enoja?

G: No sé, está enojado, quiere jugar y no puede.

T: ¿Cómo es eso que no puede? Explicame.

G: No sé, dice que no puede.

T: Bueno, entonces preguntémosle qué le pasa que no puede.

G: A vos no te lo quiere decir, está enojado.

T: Entonces que te lo diga a vos. ¿Qué es lo que lo enoja tanto?

G: Dice que no puede jugar acá y que no puede ir al cie... —interrumpe la palabra y comienza a gritar.

T: ¿Al cie...? ¿No querrá decir al cielo? Quizás quiera ir al cielo...

G: Sí, pero no puede.

T: ¿Cómo que no puede?

G: ¡Sí! ¿No entendés? No puede volar.

T: ¿Y si lo ayudamos? Vamos a ayudarlo, ¿qué te parece?

G: No, a vos no te quiere porque vos querés que se vaya —gritando y pateando otra vez.

T: No es verdad, ¿cómo voy a querer que se vaya? Me gustaría que se quede y poder conocerlo como a vos, jugar con él, pero no se puede. Por eso me parece que acá no está contento, por eso se enoja, porque no puede jugar con vos ni con tus hermanos, no puede estar con mamá. En cambio, en el cielo, hay un lugar muy bonito para él con mucha luz y donde puede jugar.

G: (Se queda pensativo un rato antes de hablar) Sí, pero no puede. Ahora no puede y no se va a ir nada.

T: Está bien, nadie lo va a obligar, sólo queremos que esté contento, que esté bien.

G: (Saca un dinosaurio y comienza a jugar) ¡No se va a ir nada... no quiere... no quiere!

***

En ese momento miro a la madre que está llorando y que me dice: “Soy yo. Soy yo que no lo dejo ir. ¿Cómo no lo entendí antes?”.

Calmé a Laura y le dije que el primer paso que tenía que dar era dejar ir al bebé.

Le expliqué que éste era un trabajo muy personal y que primero debía hacerlo ella, que buscara un lugar tranquilo y que se despidiera del bebé de la manera que le resultara mejor y que lo dejara partir. Luego de eso continuaríamos con Gabriel, de modo que le pedí que lo trajera la próxima vez.

A la siguiente entrevista Laura vino sola. Se había despedido del bebé; fue muy doloroso, pero lo dejó partir. No trajo a Gabriel tal como habíamos quedado porque, en el momento en el que Laura terminó ese trabajo, el niño volvió a enojarse y a hacer lío. Entonces Laura le recordó lo que habíamos hablado cuando estuvo conmigo en el consultorio. Inmediatamente, Gabriel salió corriendo y fue a buscar el dinosaurio y le dijo a Laura que tenían que ayudar al bebé a ir al cielo. Laura le siguió el juego y le preguntó cómo lo harían. Gabriel le hizo unir sus manos junto con las de él con las palmas hacia arriba y en el medio colocó el dinosaurio. A continuación le pidió que contaran hasta tres y que arrojaran el dinosaurio hacia arriba para que pudiera volar al cielo. Quiso repetir el ritual dos veces más y luego dijo: “Ya está, ya se fue y está contento”. De allí en más terminaron sus rabietas y volvió a su comportamiento habitual. Sus hermanos apenas podían creerlo.

Un mes más tarde, justo cuando Laura se encontraba muy triste porque ese día se cumplían cuatro meses de la traumática experiencia, llegó Gabriel corriendo desde el patio todo excitado diciendo: “¡Mamá, mamá! Dice Manuel que está bien, que está en el sol y que está contento”. Por primera vez Gabriel nombraba al hermano por su nombre.

Un padre arrepentido

La historia que sigue a continuación pertenece a la Lic. Lourdes Cavazzani**, psicóloga, egresada del primer diplomado de formación en TVP en México y compañera de curso de Elvira y Julieta.

León, Guanajuato, junio del 2003

Me llamo Lourdes Cavazzani y quiero compartir con ustedes esta experiencia que, para mí, ha sido marcante tanto como terapeuta de vidas pasadas como en mi vida personal.

Un día, hace poco más de tres meses, mi hijo Ayax, que actualmente tiene veintiún años, estaba viendo televisión cuando de repente me llamó la atención que a veces hacía gestos iguales a los que hacía su papá al ver televisión. Lo observé durante un rato más y tuve la sensación de que no era mi hijo a quien estaba observando sino a su papá. Esto, realmente me preocupó, pues su padre murió hace ya casi seis años y Ayax solo convivió con él durante su primer año de vida. A partir de este hecho, seguí observando atentamente a mi hijo durante varios días, hasta que por fin me decidí a hablar con él, comentándole lo que había observado y le propuse que si él quería yo lo ayudaría a realizar una regresión.

Pasó casi un mes para que lográramos hacer el trabajo, pues también nuestra alma debía estar lista para hacerlo. Debo comentar que Ayax, en muchos momentos y sobre todo de niño, sintió coraje (enojo) hacia su padre, ya que hubo muchas preguntas que nunca tuvo oportunidad de hacerle puesto que su padre nunca lo volvió a ver después de nuestra separación. Por otro lado, para mí fue reavivar el recuerdo de esa sensación de miedo que siempre tuve ante su padre y que todavía permanecía latente en mí, pues en nuestra relación de pareja hubo mucha violencia de su parte.

Al iniciar Ayax la regresión me llamó la atención que se cubriera los ojos cruzando los brazos sobre su cara, diciendo que la luz le lastimaba. Cerré entonces las cortinas de la habitación y aún así él permaneció con los brazos sobre la cara. Iniciamos la regresión y primero fue a una vida pasada. Realizó todo su trabajo terapéutico en esa vida pasada y, al preguntarle si su alma necesitaba trabajar algo más, me dijo que estaba en un lugar muy oscuro. Yo le pregunté entonces si era él quien estaba en ese lugar o si era otra energía la que estaba allí. Pasaron unos segundos y dijo que se trataba de otra alma. Le pregunté entonces si esa energía estaba dispuesta a hablar conmigo y, de ser así, si él, Ayax, estaba de acuerdo en prestarle sus cuerdas vocales y su voz a esta energía para que ésta pudiera dialogar conmigo. Ayax dio su consentimiento y esta energía empezó a hablar conmigo y, al escucharlo, inmediatamente me di cuenta de que, efectivamente, era mi ex marido Arturo quien estaba ahí ya que sus primeras palabras fueron: "¡Ay!, Lula, soy yo", y así era como él me llamaba a mí. Fue muy impactante percibir a través de la voz mucho dolor y angustia. Pudimos dialogar como nunca lo habíamos hecho en esta vida y pudimos perdonarnos mutuamente. A continuación, Arturo habló con Ayax. Primero le pidió perdón a Ayax por estar ahí y luego le pidió perdón por no cumplir con su responsabilidad como padre. Luego, Arturo explicó que, al morir se sentía tan culpable por no haber vuelto a buscarlos a él y a su hermana, que tomó la decisión de buscarlo a Ayax por ser el menor y ayudarlo como pago por el tiempo que no estuvo presente, pero que ahora le era claro que no podía hacerlo de esta forma y que esto era perjudicial para los dos, ya que en muchos momentos había influido en acciones realizadas por Ayax y en sensaciones y emociones que no le pertenecían a él. También me pidió que tomara nota y me dictó un mensaje para mi hija mayor, Edalí, en el que le pedía perdón y le decía que la admiraba y que reconocía su valía como mujer, profesionista y ahora como madre. Les envió su bendición a los dos y nos dijo que si nos encontrábamos en otra vida esperaba que pudiéramos ser felices y no repetir lo sucedido en ésta.

A través de esta experiencia todos salimos beneficiados. Arturo pudo ir a la Luz en paz y de esta manera continuar su camino a la evolución. Al finalizar la experiencia, Ayax me dijo que con lo vivenciado había podido conocer a su papá y que lo perdonaba. Edalí lo perdonó también y quedó conmovida por el contenido del mensaje que recibió y yo tuve la oportunidad de poder hablar con Arturo y cerrar este círculo en la vida de todos nosotros.

***

Dos abuelos, una bisabuela, un marido, un padre arrepentido, un bebé que no se podía ir al cielo, una ancianita y un amante del pasado. Estos seres son un muestrario de lo que denominamos almas perdidas familiares. El amante del pasado era en realidad un obsesor kármico, pero como estuvo relacionado con Julieta en una vida anterior, de alguna manera tenía un vínculo familiar con ella.

Como quedó claramente expuesto, cada una de estas almas perdidas tenía sus razones y motivaciones para quedarse en el plano físico en lugar de ir a la Luz. A la hora de trabajar con almas perdidas, esto es lo primero que hay que entender para poder ayudarlas. También debemos saber que es necesario que la persona esté dispuesta a soltar y a despedirse del familiar que se encuentra con ella. Si el vínculo afectivo es muy fuerte y la persona no está preparada para soltarse del alma perdida, ésta no podrá partir todavía. Es necesario que tanto el anfitrión como el huésped estén dispuestos a separarse, porque de eso se trata, de una separación definitiva. Ya vieron cómo reaccionó Raquel después de que se fue su mamá.

Como habrán podido intuir a través de los relatos de las entidades, éstas nos ofrecen un caudal de conocimientos y experiencias únicas para comprender mejor el proceso de la muerte y el trabajo de evolución del alma. Por su intermedio entramos en relación directa con ese mundo tan real y tan escurridizo a la vez como lo es la dimensión espiritual. Con sólo prestar atención a lo que estos seres tienen para decirnos, podremos aprender mucho más de nosotros mismos, aprenderemos a ayudar a los seres queridos en la hora de la despedida y, sobre todo, a prepararnos de una manera diferente para el momento en que nos toque partir. Los invito a seguir profundizando entonces, en la dimensión de las almas perdidas.

* Plegaria en hebreo que reza así: Oye Israel, Dios, nuestro Señor, es Uno. (N. del A.)

** Lourdes inició el viaje de regreso a la Luz el 24/3/2007. (N. del A.)

Capítulo IV

Almas perdidas oportunistas

Almas perdidas oportunistas o accidentales son aquellas que aprovechan una circunstancia favorable o una debilidad en el campo vibratorio de una persona para entrar allí sin tener un vínculo previo con dicha persona. Inicialmente, lo que buscan es refugio o un lugar donde esconderse, pero inevitablemente terminan perjudicando a la persona a la cual se adhirieron.

Cualquier debilidad en el campo protector de una persona favorecerá la adherencia y posterior invasión por parte de un alma perdida oportunista. En particular, las intervenciones quirúrgicas y la hospitalización son circunstancias propicias que pueden ser aprovechadas por este tipo de almas perdidas. Por ese motivo, el trabajo en hospitales, prisiones, neuropsiquiátricos y geriátricos, entre otros, favorece la entrada de almas perdidas que no tienen un vínculo establecido con la persona afectada, aunque puede haber un conocimiento previo. Otra oportunidad propicia para las almas perdidas la constituye el hecho de quedarse como observador de un accidente callejero fatal. Hay personas que se sienten particularmente atraídas por este tipo de hechos y se detienen a curiosear y ése es el momento en que el alma que acaba de perder su cuerpo físico se adhiere a una persona simplemente por afinidad o porque tal vez alguien se compadeció de ella.

Las visitas a los cementerios también son una buena oportunidad para muchas almas que siguen aferradas a sus cuerpos y deambulan por allí sin saber adónde dirigirse. Entrar a un cementerio en pleno estado de duelo es entrar con la guardia baja, ya que el dolor de la pérdida debilita nuestra protección. Ello favorece a que se adhieran las almas perdidas que se encuentran allí. En particular los niños son una presa fácil. No es una gran idea llevar a los niños de paseo al cementerio, como he tenido ocasión de comprobar.

A continuación, asistiremos a cinco historias que nos muestran distintas variedades de almas perdidas oportunistas y de las circunstancias que aprovechan para adherirse a las personas. La primera de estas historias es el clásico ejemplo de lo que ocurre en una muerte violenta e imprevista.

Alberto

“Estoy asustada, tengo miedo de encontrar la verdad”. Estas fueron las primeras palabras de Isabel (32) cuando la conocí. Inmediatamente, Isabel comenzó a hablarme de su angustia, de su depresión, de su miedo a la oscuridad, del terror que sentía por la noche y de su sobrepeso. Yo iba tomando nota de todo lo que Isabel me relataba cuando, de repente, Isabel interrumpe el relato de su historia y me dice como si se confesara:

—Estoy rozando la locura; tengo diálogos diabólicos con otra persona dentro de mí. Una vez me hicieron un exorcismo en una iglesia; dentro de mí había alguien que hablaba y que no era yo. Yo tenía miedo de todo. ¿Y si esto es el demonio?, me preguntaba. Siempre sentí la presencia de algo maligno.

Cuando le escucho decir esto a Isabel, comienzo a dirigir la anamnesis en forma más precisa, buscando antecedentes que facilitaran la presencia de almas perdidas. Encontré entonces que a los siete años de edad Isabel había sufrido un abuso sexual con intento de penetración por parte de un amigo de su familia. A los doce años comenzó a tener desmayos repetidos. En esos desmayos “me iba a la luz”, decía Isabel. A los dieciséis y veintiún años tuvo dos abortos provocados con anestesia general. También a los veintiún años experimentó una salida espontánea de su cuerpo luego de la cual le costó mucho volver al cuerpo. Se asustó mucho con esa experiencia. Finalmente, el sobrepeso comenzó con el nacimiento de sus dos hijos, nacidos uno a continuación del otro en el término de dieciocho meses. Aumentó veinticuatro kilos con el primero y dieciocho con el segundo.

—Cuando yo tenía dieciocho años era una chica linda y delgada, con buena figura. Ahora mi vida da vueltas alrededor de la gordura. Soy una gorda de mierda —se quejaba Isabel para después agregar—; tengo miedo de esa fuerza que yo sé que está ahí.

Con este listado de antecedentes hubiese sido raro que Isabel no tuviera almas perdidas con ella y, lo más probable, es que fueran unas cuantas. Aunque yo me jugaba la cabeza de que rápidamente iban a manifestarse las almas perdidas, no

fue así. Tanto en la primera como en su segunda sesión Isabel trabajó con dos vidas pasadas: una en Egipto y otra en Inglaterra donde curiosamente el destino final fue el mismo. En ambas vidas Isabel es acusada de poseer poderes psíquicos y de estar poseída y es ajusticiada por esto. ¿La haría este antecedente más vulnerable a las almas perdidas?

A la tercera sesión Isabel llegó con mucha angustia y me dijo:

—Quiero ir al fondo de todo esto. Tengo mucha angustia y yo sé lo que hay que trabajar.

—¿Qué es lo que hay que trabajar? —le pregunté, dando por sentado que ella lo sabía.

—Hay que hacer una desposesión —me dijo mirándome fijo a los ojos—. Hasta he hablado con alguien y debe de haber varios. Cuando leí el libro La posesión, de Edith Fiore, sentí que tenía dentro de mí una gorda, rubia, que es la que morfa. Me hace tomar café con leche que a mí no me gusta para nada.

Un detalle más para tener en cuenta; Isabel me comentó que rechazaba los sahumerios: “Los detesto, me dan asco”. Con esta determinación de Isabel comenzamos el trabajo de su tercera sesión.

Martes 9 de noviembre de 1993

Isabel: Hay algo que me asusta pero no sé qué es. Tengo ganas de vomitar. Me parece que nunca voy a llegar a la solución. Tengo ganas de vomitar otra vez.

Terapeuta: Seguí, no importa lo que sea.

I: Estoy recordando todos los problemas físicos que tuve, náuseas, vómitos... Siempre me dijeron que era problema de la vesícula, pero yo estoy cansada, agotada y duermo y vomito. Y duermo, duermo y duermo, sin fuerzas, como si me hubiesen tomado toda la energía. (Otra señal de la presencia de entidades extrañas.) ¿Sabés dónde comienza todo?

T: ¿Sííí?

I: Cuando yo tenía doce años y estaba jugando al juego de la copa con una amiga. Pusimos una copa, encendimos una vela y mi amiga dijo “vamos a llamar a mi abuela que ya se murió” y yo dije: “no, vamos a invocar a Satán” y empecé a llamarlo y ella se asustó muchísimo y se escapó. Y después cada vez que llovía y había truenos yo salía a invocar a Satán. Para mí esto empieza con el juego de la copa. (Ni dudarlo.)

T: Muy bien, fijate qué pasa cuando invocás. Cuento hasta tres y andá a esa situación. Uno... dos... tres.

I: No quiero volver ahí. (¡Ajá! La negativa sugiere que hay alguien que no quiere ser descubierto.)

T: Muy bien; ahora yo le voy a preguntar algo a tu inconsciente y me contestarás con lo primero que te venga a la mente. Yo le pregunto a tu inconsciente, ¿hay alguien allí que se esté ocultando y no quiere darse a conocer?

I: ¡Sí!

T: Muy bien; sea quien sea, yo quiero decirle que aquí es bienvenido. Yo estoy aquí para escuchar sus necesidades y para que pueda decir todo lo que quiera decir. Al contar hasta tres, Isabel, permitirás que este ser se manifieste a través de vos. Permanecerás en forma pasiva y le darás permiso a este ser para que utilice tus cuerdas vocales y tu voz para que pueda dialogar conmigo. Uno, dos, tres. Adelante, Isabel te da permiso para hablar.

Alma perdida: Todo esto es una mentira, dale. Todo esto es puro cuento — con otra voz y con tono irónico.

T: No es así, vos también tenés derecho a la Luz. ¿Qué estás haciendo acá con Isabel?

AP: Nada, dormir. Duermo y como. Me llevan a pasear de un lado para otro. Me sacan para acá, me sacan para allá, me llevan, me traen y yo no hago nada.

T: ¿Cómo te llamás?

AP: Alberto.

T: Muy bien, Alberto, charlemos un poco. Me imagino que hace mucho que no hablás con alguien.

Alberto: A veces hablo yo, no sé, cuando me dejan.

T: Decime una cosa, Alberto, ¿vos sabés que estás en el cuerpo de una mujer?

A: Sí, pero me gusta.

T: Y, ¿sabés que vos sos lo que las personas llaman un muerto? ¿Sabías eso?

A: Vos estás loco. Si estoy hablando con vos, ¿cómo voy a estar muerto?

T: Claro, porque lo que murió fue tu cuerpo, pero el alma no muere nunca.

A: Entonces no estoy muerto. Si el alma no se muere, no estoy muerto.

T: Pero tu cuerpo físico, sí.

A: Ah, pero yo no estoy muerto.

T: Pero para la gente que vive en el plano físico vos estás muerto. Yo no te puedo ver a vos; para mí, vos sos invisible. Tampoco te podría escuchar si Isabel no te permitiera hablar. Como no tenés cuerpo...

A: ¡Ah! —interrumpiéndome—. ¡Qué rompe que sos! Mirá, ya no te banco más, me voy a dormir un cacho —dándose vuelta sobre su costado izquierdo y dándome la espalda.

T: Mirá, yo te voy a explicar algo. Todos nosotros tenemos un cuerpo y vivimos varias vidas. Cuando un cuerpo se muere, el alma lo deja como si fuera una ropa vieja y se va al mundo de los espíritus donde descansa por un tiempo. Luego vuelve una vez más a la Tierra a nacer dentro del vientre de una mamá...

A: ¡Otra vez ser chico, no! ¡Ya no me lo banco más! (Observen que sabe perfectamente de qué se trata.)

T: Justamente, porque no aprendemos las lecciones.

A: Entonces me quedo acá y ya está.

T: Es que ahí no te vas a poder quedar para siempre porque...

A: ¡A ver! ¿Por qué no? —con tono desafiante.

T: En primer lugar, porque al quedarte allí estás retrasando tu evolución. Vos ya podrías estar en el mundo de la Luz. En segundo lugar, estás interfiriendo en la vida de una persona y le estás trayendo muchos perjuicios a esta persona. Y tercero, algún día, también esta persona se va a morir. ¿Y qué vas a hacer?

A: Buscarme otro. Me gustaría buscarme un hombre, ¿no? Medio que me pudre ya esto de estar con una mujer. Especialmente cuando tengo que hacer el amor con el marido. ¡Esto de que me ande franeleando (acariciando) un tipo...! A vos te causa gracia, ¿no?

T: A mí no me causa ninguna gracia, comprendo que no debe de ser nada agradable eso. Mirá, yo te voy a proponer hacer un ejercicio de memoria para que vos compruebes la verdad de lo que yo te estoy diciendo. Te voy a ayudar a que vos descubras la verdad por vos mismo.

A: Yo quiero vomitar, tengo náuseas.

T: ¿Qué pasó que tenés náuseas y ganas de vomitar?

A: ¡Ah, no! Las náuseas no son mías, eso no es mío.

T: ¿Y de quién son entonces? ¿Hay alguien más allí con vos?

A: Qué sé yo de quién son, será de la otra.

T: ¿Quién es la otra?

A: La que vive acá también, la gorda chancha, la que morfa y morfa (comer) y después quiere vomitar. (Ahora sabemos cuál es la causa de los vómitos. Isabel tenía razón, no era la vesícula.)

T: Y... ¿no te parece que sería mejor terminar con todo eso? Si vos entraras en la Luz...

A: ¿Y qué hago allá? Acá al menos lo conozco. Allá, no lo conozco. ¿Y si no me gusta? No, dejame acá, andate vos si querés.

T: Bien, entonces vamos a hacer un ejercicio de memoria. Yo voy a contar hasta tres y vas a retroceder a un momento cuando todavía estabas en tu último cuerpo y vas a ver qué fue lo que pasó con ese cuerpo. Uno, dos…

A: ¡Ay! ¡Me pegaron un tiro! —interrumpiendo el conteo—. ¡Estoy tirado ahí en la esquina! —con asombro y estupor—. ¡Me pegaron un tiro! ¡Es-es-estoy bo-bo-boca abajo! —tartamudeando—. ¡Estoy tendido ahí en la esquina! ¡Mirame! ¡Estoy ahí tendido! ¿Qué pasó? ¡Me pegaron un tiro!

T: Eso es, seguí.

A: ¡Me mataron! ¿Qué hago ahora? —asombrado y desconcertado—. ¡Estoy tirado ahí, boca abajo! ¡Ahí, ahí, ahí! ¡Ahí lo veo! ¿Qué me hicieron estos hijos de puta? ¡Mirá lo que me hicieron estos hijos de puta! —ahora gritando y llorando—. ¡Me mataron! ¡Me mataron y qué hago ahora! ¡Estoy muerto! ¡Estoy muerto! ¡Esos hijos de puta me mataron! ¡No sé qué hacer! —llorando terriblemente—. ¡Me mataron! ¡Yo no sé qué hacer! ¡Estoy muerto! ¡Estoy muerto! ¿Por qué me mataron si yo quise afanar (robar), nada más?

T: Eso es.

A: ¡Estoy muerto! ¡Yo quise afanar y me mataron! ¡Me mataron estos hijos de puta! —llorando desconsoladamente—. ¡Me mataron! ¿A vos te parece? ¡Yo era un pendejo! ¡Era un pendejo y me mataron!

T: Eso es, yo estoy acá, yo te voy a ayudar. ¿Cuántos años tenías?

A: ¡Dieciséis años! ¡Era un pendejo! ¡Y me mataron! ¡Estoy ahí, tirado en la esquina! ¡Me mataron! ¡Putos! ¡Hijos de puta! ¡Hijos de puta! —gritando con rabia—. ¡Cana (policía) hijo de puta! ¡Negro de mierda, me mató! ¡Me mató! ¡Ahí pasa la pendeja! ¡Me voy con la pendeja! ¡Mirala, mirala! ¡Ahí pasa la pendeja! Ahora me prendo de la pendeja y me voy con ella. ¡Pendeja pelotuda! ¡Ahora me va a llevar toda la vida! ¡Pendeja pelotuda! Porque a mí me mataron estos hijos de puta. Me voy a agarrar de la pendeja boluda que viene a mirar. ¡Ahora me agarro de esa boluda y me voy con la boluda toda la vida! ¡Que me cargue! ¡Que me cargue porque a mí me mataron! ¡Me mataron! ¡Estoy tirado ahí en la esquina! ¿A vos te parece que me hayan matado? (Aquí tienen bien

claro de qué manera un alma perdida se puede pegar a una persona viva. ¡Cuidado con ir a curiosear en los accidentes en la vía pública!)

T: Ahora yo te voy a ayudar...

A: ¡Qué me vas a ayudar, vos! —enojado—. ¡Qué mierda me podés ayudar vos si ya no tengo más mi cuerpo! ¡Esos pelotudos me mataron! Yo quería afanar, nada más, una boludez. Fui a afanar unos manguitos (pesos), no fui a hacer nada malo. ¡Y estos hijos de puta me mataron para justificar que hacen algo! ¿Sabés cómo se va a quedar mi vieja con esto? Fue una cosa de pendejos lo que fuimos a hacer —sigue llorando.

T: Tenés razón. Quedate tranquilo que yo te voy a ayudar. Lo que pasa es que, en ese momento, con la sorpresa, el dolor, la bronca y la rabia, no pudiste ver que había alguien del otro lado que venía a buscarte para ayudarte. Quiero que veas que, en ese momento, cuando dejás el cuerpo, había una luz...

A: No veo nada, no me digas que vea porque no veo nada, ¿eh? —llorando—. No tenía un mango; por eso fui a afanar. No tenía un mango. Yo no quería lastimar a nadie. Quería afanar para ir a joder un poco.

T: Tenés razón, yo sé que es así...

A: ¡Pero qué vas a saber, vos! —continúa llorando.

T: Yo comprendo todo eso, a mucha gente le pasó como a vos. Mucha gente se muere de hambre y no tiene para comer...

A: ¡No! Yo no tenía hambre. Sólo quería joder un poco, quería unos mangos para irme de joda con las minas el fin de semana. Quería para el telo (hotel por horas), para eso quería.

T: Bueno, ahora dejame que te ayude un poco.

A: Está bien, pero buscame un tipo porque ya estoy cansado de la boluda esta, deprimida de mierda. (De la Luz, ni hablar.)

T: Muy bien, vamos a pedirle entonces a Dios...

A: ¡Qué Dios, qué Dios! Es el que me mató, ¿ése es Dios?

T: A vos no te mató Dios, a vos te mató un cana pelotudo. Ahora, si vos me escuchás y me dejás que te ayude, yo le voy a pedir a Dios que te dé una nueva oportunidad para tener una vida mejor. Que te permita...

A: ¡Otra vez no quiero ser pendejo! ¡No quiero ser pendejo! ¡Dejame de joder con ser pendejo! Yo te escucho, pero dejame de joder con ser pendejo.

T: Mirá, vos podrías nacer en una familia diferente, una familia acomodada...

A: ¿Que tengan guita (dinero)? —con aire interesado.

T: Que tengan guita...

A: ¿Y qué pasaría? ¿Sería el niñito bien?

T: Por supuesto, no tendrías que sufrir todo lo que pasaste, estudiarías en buenos colegios...

A: ¡Ah, no! Dejame de joder con estudiar, yo ya te dije que no quiero estudiar. (¿Para qué lo habré dicho? Debí saberlo.) Dejáme de romper las bolas con estudiar y con la maestra. Yo quiero tener guita, pero no quiero estudiar. Dale, te escucho.

T: Bueno, si no querés estudiar no tenés que hacerlo. Pero no sirve entrar en el cuerpo de otro porque vas a tener que hacer la vida que hace el otro...

A: ¡Esta mina pelotuda! Siempre me lleva, me trae, me lleva, me trae, que coge con el marido, que no coge, que coge y no coge. ¡Me tiene podrido ya!

T: Y bueno, con un tipo va a pasar lo mismo, vas a tener que seguir las locuras de otro tipo. Lo mejor de todo es que vuelvas a la Luz para que ahí vos elijas una familia que te guste para nacer. Una madre que te atienda bien...

A: —Interrumpiéndome por enésima vez— ¡Pará! La vieja que tuve era buenísima, no te metas con la vieja.

T: Bueno, podrías volver a nacer de la misma vieja...

A: Dále, ¿qué te pensás? ¿Cuántas veces con la misma vieja? (No pego una, ¿eh?)

T: Bueno, si no querés nacer de la misma vieja podrías nacer de otra. Lo importante es que tengas una buena familia, con guita, que seas un señorito, que te atiendan, que tengas la guita que quieras para divertirte, para salir de joda y todo eso. Que tengas una vida sana y feliz y que no tengas necesidad de ir a afanar para que después te peguen un tiro.

A: ¡No me hagas acordar! Ya me estaba olvidando de ese pelotudo que me mató. ¡Negro de mierda!

T: Está bien. Ahora quiero que vayas a ese momento en que salís del cuerpo y que prestes atención...

A: ¡Pero no me doy cuenta de que estoy muerto! Me veo ahí tirado, pero no estoy muerto. Me veo ahí de pie, pero no estoy muerto. (Igual que en la película Ghost. ¿La vieron?)

T: Muy bien, esperá. Fijate lo que está pasando antes de que venga la mina pelotuda. Mirá a tu alrededor porque vas a ver que por ahí había una lucecita...

A: No, flaco, fue tan rápido que no había nada.

T: Claro que fue rápido, pero te estaban esperando...

A: No, no, se olvidaron porque no sabían que iba a pasar eso. (¿Será cierto lo que dice Alberto? Tal vez no todo esté previsto por el Universo o por la Luz. Quizás realmente se produzcan situaciones puramente accidentales.)

T: Muy bien, tenés razón, pero ahora va a haber alguien allí. Vas a ver que no se habían olvidado de vos. Dios sabe todo lo que va a pasar y te había enviado un ángel guardián para acompañarte...

A: ¡Ay! Quiero vomitar otra vez...

T: Dejala ahora a la gorda chancha, que ya la vamos a sacar también.

A: La gorda no quiere que me vaya, me dice que me quede, si no, ¿qué mierda hace ella sin mí? Pero no sé, todavía no me convence mucho eso de irme.

T: Bueno, no le des bola a la gorda, dejala que después yo voy a hablar con ella. No te distraigas.

A: No me distraigo, estoy ahí en la esquina, cuando me mataron, no puedo salir de ahí. ¡No puedo salir de ese lugar! ¡Estoy ahí perdido y no puedo ver otra cosa! ¿Qué luz miércoles voy a ver? ¡Veo la esquina y nada más!

T: Muy bien, entonces retrocedé un poco antes de que te peguen el tiro y vas a ver claramente qué es lo que pasó.

A: ¡No quiero ver nada más! ¡Dejame de joder con seguir viendo! ¡Bastante ya vi cuando me morí! No sé, no sé... Venía corriendo, venía corriendo... Este cana hijo de puta venía detrás de mí, corriendo, pero no sé, no sé nada, no sé nada.

T: Y decime, ¿cuándo ocurrió todo eso?

A: ¡Uuuh! Hace mucho, como hace veinte años, más o menos.

T: ¿Y qué pasó con tu mamá? ¿Nunca más la fuiste a ver?

A: ¡Qué sé yo qué pasó con la vieja! ¡Qué voy a ir, pobre vieja! Seguro que se quedó destruida cuando supo que me mataron por afanar. ¡Ni loco! No me atreví a ir por allá nunca más. No sé, no sé, estaba tan desesperado que cuando vi que pasó la pendeja me agarré de ella y me fui. Me prendí ahí como sanguijuela de esa pendeja de mierda y me fui.

T: ¿Quién era esa pendeja?

A: Isabel, la boludita que vivía a mitad de cuadra y que fue a mirar. ¡Qué sé yo qué carajo estaba haciendo ahí en la esquina. Después que me mataron fue ella la que andaba por ahí por la esquina. Me agarré de ella y me fui, me fui, me fui. Me fui a la casa de ella, me fui a vivir con ella y dije “ma sí, me agarro de éstos y me voy a la casa de éstos, me quedo ahí y ya está”. (Ahora tenemos el cuadro completo.)

T: Mirá, yo sé que todo esto no es fácil...

A: No sabés, cuando le tenía que dar la teta a los pendejos me daba un asco... unas ganas de vomitar... Le tenía que dar la teta a los pendejos, ¿a vos te parece? ¡Qué asco!

T: También... mirá lo que te venís a elegir.

A: Pero era lo único que pasaba por ahí. Fue lo primero que vi y me agarré y me fui con ella. Después me quedé ahí tantos años que ya no sabía cómo irme.

T: Mirá, lo que te pasó a vos le pasó también a mucha gente y yo ya ayudé a muchas personas en tu misma situación.

A: ¿Sabés que tengo miedo?

T: Sí, yo sé que tenés miedo. Es el miedo a lo desconocido.

A: ¡Claro, qué miércoles! ¿Y si voy allí y no hay nada?

T: No te preocupes que yo te voy a acompañar.

A: ¡Qué me vas a acompañar si vos estás acá! ¿Y yo qué hago si allá no hay nada?

T: ¿Sabés cuánta gente pasó por acá? Encontraron a sus amigos, a sus padres, a sus hijos... Allí, en la Luz, se termina toda la porquería del mundo.

A: Entonces, si se termina, ¿para qué volvemos? (Buena pregunta). No sé para qué miércoles volvemos entonces.

T: Volvemos para aprender.

A: ¿Te parece poco lo que aprendí?

T: ¿Y qué aprendiste?

A: Que no hay que afanar más, si no, te pueden matar.

T: Muy bien, ahora que aprendiste que no tenés que afanar la próxima vez vas a vivir mejor y podrás ayudar entonces a los chicos como vos que les pasa esto.

A: Mirá, vamos a ver. No sé si me quiero ir todavía, vamos a ver.

T: Yo sólo quiero ayudarte a que veas la luz y que la conozcas...

A: ¿Y si me atrapa? Ja, ja.

T: La Luz no te puede atrapar si vos no querés. Si Dios hubiera querido hace

rato que te hubiera sacado de ahí...

A: Ja, ja, no sabés cómo los engañé yo a los de la iglesia. ¡Qué me van a sacar! Yo me iba a la iglesia y me arrodillaba ahí y me ponía a rezar junto con ellos. ¡Ja, ja! ¡Qué te pensás! Menos mal que la gila se dio cuenta; yo se lo decía siempre. "¡Pelotuda, vas ahí! ¿No te das cuenta de que son una manga de idiotas los que van ahí?". Escuchame; una vez, la boluda ésta salía con un macho y el tipo me peleaba. Agarraba y se peleaba conmigo, tarado, boludo de mierda, pensaba que me iba a ganar. ¿Sabés qué hacía yo? ¡Me lo cogía! Me hacía el macho y me lo cogía. Y le gustaba, ¿eh? ¡Pelotudo!

T: Bueno, lo que yo te quiero decir es que Dios es el Padre de todos nosotros y lo que Dios quiere es que seamos felices. Dios no interfiere en nuestras vidas, deja que hagamos las cosas por nosotros mismos para que nos demos cuenta y aprendamos a ser felices. Dios nos da la oportunidad de entrar en el mundo de la Luz para descansar y estar en compañía de seres amorosos que nos cuidan y nos aman. Ahí, nosotros mismos decidimos si queremos volver o si no queremos volver. Nadie te va a obligar a nada. Volver será una decisión tuya. Ahora, yo le voy a pedir a Dios que te muestre la Luz y que te envíe un ángel protector para que te acompañe a verla. "Humildemente, Señor, quiero pedirte ayuda para Alberto. Mira lo que le hicieron. Él era tan sólo un chico, él sólo quería divertirse un rato..."

A: No, no me quería divertir, quería unos mangos...

T: "El sólo quería unos mangos para salir con su chica. Mira lo que le hicieron, no es justo..."

A: Menos justo es ir a robar.

T: "Señor, en tu infinita bondad te pido que extiendas tu manto de amor sobre Alberto para calmar su pena. Trae sosiego y comprensión a su espíritu. Envíale a tus ángeles protectores para que lo acompañen. En el nombre del Divino Maestro, tú, que concedes todos los pedidos que se te hacen en su nombre, te pedimos la gracia de tu amor y de la Luz para este niño que tanto ha sufrido. Abre las puertas de tu reino y permite que él pueda decidir por sí mismo". Prestá atención ahora porque despacito se va a acercar la Luz.

A: No se acerca nadie. No veo nada, no veo luz, no veo a nadie. Te dije que no venía nadie.

T: No tengas miedo, yo no te voy a echar de ningún lado. A lo mejor no los querés ver. Si no querés ver nada, bueno, está bien. (No hay obligación de que se vaya ya mismo.)

A: Dejame que lo voy a pensar. El problema va a ser cuando la mina ésta se dé cuenta de que tiene un macho adentro, ¿qué voy a hacer? ¿Cómo hago para esconderme?

T: Bueno, ahora ya no necesitás esconderte.

A: Pero me va a sacar cagando. Yo quería ser su amigo, pero esta tarada se enganchó con ese tipo con el que vive ahora. Yo le decía “boluda, ¿para qué te vas a casar?, vas a tener hijos, ¿para qué?”.

T: Bueno, pero no te olvides de que vos ya no estabas en este mundo. ¿Qué iba a hacer ella?

A: Pero se encajetó y se encajetó y no hubo forma, ¿eh?

T: No importa, ahora te va a escuchar; ella también está aprendiendo con esto y, mientras tanto, chamuyala (hablale) a la gorda.

A: Esa gorda puta morfa y morfa. Hace como tres años que vino a vivir acá, la desgraciada. Un día, cuando estábamos en el hospital adonde fuimos a parir al pendejito, se vino la gorda y se instaló. Yo le dije “¡salí, gorda de mierda, que este es mi lugar!”, pero se prendió del otro lado y ahí está instalada, gorda puta, morfa y morfa. (Miren cómo venimos a descubrir la forma como llegó la gorda. ¿Qué les parece? ¿Se dan cuenta de todos los cuidados que hay que tener? Recuerden que Isabel comenzó a engordar con su primer embarazo.)

T: Bueno, mientras tanto, vos hablale.

A: ¡Ma qué le voy a hablar si todavía no lo tengo claro yo mismo! Lo único que sé es que me amasijaron (mataron) ahí en la esquina que vos me hiciste acordar y que yo ya me había olvidado.

T: Bueno, pensalo y la próxima vez que Isabel venga acá vamos a seguir charlando. Vos sabés que yo siempre te voy a recibir acá...

A: Claro, pero bien que me cobrás, flaco. Me cobrás para escucharme. (No se le

escapa una.)

T: Yo no te cobro a vos, le cobro a Isabel.

A: Bueno, pero la guita es mía también. ¡Vamos!, somos una sociedad, nosotros.

T: ¡Che! Yo también tengo que vivir, este es mi trabajo, ¿no?

A: En definitiva yo también laburo para que la otra tenga, ¿qué te pensás, vos? Voy y vengo, voy y vengo, busco los pendejos, traigo los pendejos, llevo los pendejos... Me tiene podrido, estoy de acá para allá todo el tiempo.

T: Ya podrías cambiar de laburo, ¿no?

A: Tantos años... ¿Sabés hace cuántos años que estoy con esto?

T: Y... veinte años, toda una vida. Si te hubieras ido a la Luz...

A: Pero, ¿no te dije que yo no me di cuenta? Yo venía corriendo, me amasijaron, miré así, me pegué un cagaso... ¿qué hago acá? Veía el cuerpo que no se movía y yo estaba ahí parado. Me miraba, me miraba... Me tocaba y estaba ahí, tirado en el piso. Y me decía "no puede ser, soy un doble, es un doble, sí, no puede ser. ¿No ves que estoy parado acá? El otro está ahí", pero era yo el que estaba en el piso. ¡No sabía qué hacer! Y después ya me quedé, me quedé, me quedé... (Ahora tenemos la descripción completa de lo que pasó y podemos comprender la confusión que vive el alma en una situación así.)

T: Tenés razón, es así. Lo que digo es que ya pasaron veinte años, ¿vas a esperar veinte años más? Si en ese momento alguien te hubiera explicado las cosas ahora serías un pendejo de veinte años sano, fuerte y viviendo en una familia bien y con todas las minas que vos quisieras.

A: ¡Ah! Yo te entiendo, pero no sé cómo hacer todo esto.

T: Ahora no tenés que hacer nada; simplemente pensá en todo esto que charlamos. No tenés que hacer ninguna cosa. La Luz va a llegar de a poco cuando se haga en tu mente y en tu razón. La Luz te va a llegar y, cuando comprendas, vas a ver qué grande que es porque vas a tomar también consciencia de quién sos y de lo que vos querés hacer. Vamos a dejar las cosas ahí, ¿te parece? (No hay necesidad de presionar más cuando un alma no está

preparada ni dispuesta para ir a la Luz.)

A: Está bien.

T: Ahora vas a descansar y la próxima vez seguiremos charlando. ¿Sí?

A: Está bien.

T: Bueno, Alberto, me gustó mucho charlar con vos.

A: Esta es la primera vez que me pude presentar.

T: Bueno, ahora vas a poder hablar conmigo.

A: Yo hablo siempre, lo que pasa es que nunca dije que soy Alberto.

T: Bueno, ahora ya te conozco, que la pases bien.

A: Vos también, chau.

T: Chau. Ahora, Isabel, te envolverás en un rayo de luz brillante, del color de tu agrado armonizando todos tus niveles de conciencia y, lentamente, irás regresando a tu conciencia física como Isabel repitiéndote a vos misma: Yo soy Isabel, yo soy yo, profundamente yo.

Isabel: Yo soy Isabel, yo soy yo, profundamente yo.

***

El trabajo de Isabel con Alberto o mejor dicho, el trabajo de Alberto, fue la experiencia más impactante, más dramática y conmovedora a la que asistí en mi trabajo con almas perdidas. La desesperación de Alberto y sus gritos al descubrir que le habían pegado un tiro eran realmente estremecedores e imposibles de reproducir en un relato escrito.

Comenzando por los antecedentes de Isabel, la experiencia de Alberto es prácticamente un compendio del drama que viven las almas perdidas, de sus

motivaciones y de los miedos que las impulsan a quedarse en el plano físico. Si repasamos los antecedentes de Isabel, comprobaremos que tenía varios de los factores que favorecen la adherencia y la invasión por parte de energías extrañas. Abuso sexual en la infancia, desmayos repetidos con salida del cuerpo, dos intervenciones con anestesia general, la hospitalización para tener a sus hijos cuando ya tenía una debilidad en su campo vibratorio y, por supuesto, el juego de la copa invocando nada menos que a Satán. Sólo con el abuso sexual y los desmayos repetidos en los que Isabel se iba a la Luz era suficiente para facilitar el accionar de almas perdidas, porque es de presumir que una parte de su alma no regresó a Isabel, dejándola expuesta a la invasión por entidades intrusas. En aquel entonces, yo todavía no sabía de la fragmentación y disociación del alma. Este concepto recién lo aprendí de William J. Baldwin en el año 2000. En mi visión de hoy faltó trabajar con Isabel la recuperación de la parte de su alma que se separó. Los desmayos a repetición son una característica de estos estados. Tras una experiencia traumática, el niño aprende a salirse del cuerpo. Con el tiempo, este mecanismo se automatiza y, ante una situación crítica o dolorosa, la persona aparentemente se desmaya, pero en realidad se sale del cuerpo para evitar el dolor. Estas salidas acentúan la debilidad del campo vibratorio de protección. Por otra parte, habrán observado que Isabel sabía perfectamente lo que estaba sucediendo en su interior y parece ser que ya habían intentado practicarle un exorcismo, aunque sin éxito.

Isabel conocía a Alberto sólo de vista. El muchacho vivía a la vuelta de su casa y nunca había cruzado palabra con él, pero seguramente Alberto ya le habría echado el ojo. Cuando Isabel se acercó a ver qué pasaba, Alberto se le prendió. Él lo dice claramente: “Me voy a agarrar de la pendeja boluda que viene a mirar.”. De modo que hay que cuidarse de ir a curiosear a donde no corresponde.

Como suele ocurrir a veces, Alberto no estaba preparado para irse a la Luz en forma inmediata. La mayoría de las almas perdidas se irá en la primera sesión de trabajo, pero no hay que forzar al alma perdida a hacer lo que no puede hacer y hay que cuidar al paciente. Si uno persevera y si el paciente ejerce su voluntad, tarde o temprano el alma perdida comprenderá y partirá a la Luz.

En el caso de Isabel, no ocurrió así. Después de la experiencia con Alberto, Isabel vino dos veces más a la consulta. En una de estas sesiones se fueron otras dos almas perdidas, Alicia y Elvira; esta última era una joven de dieciséis años que murió en una operación de vesícula. “Me anestesiaron y no me desperté más” —dijo Elvira—. Para irse a la Luz, Elvira me pidió que le leyera el salmo

40. Isabel canceló la siguiente sesión y nunca más volví a verla ni a saber de ella. Con respecto a Alberto lo último que Isabel me dijo fue: “Alberto está enloquecido con una mamá del jardín de infantes al que concurren mis hijos. Se quiere ir a vivir con el marido de ella; por lo menos quiere dormir una vez con ella”. ¿Se imaginan?

Pablo

Había pasado más de un año desde que Raquel liberara el alma de su abuelo y la de su madre. En ese lapso Raquel había terminado la formación en TVP y había tenido un par de experiencias más con almas perdidas. Recordarán que su abuelo dijo que mucha gente había ido y venido con Raquel. Un día, Raquel vino a verme por un malestar físico que había comenzado hacia fines del año anterior, pero que recién entonces había hecho consciente. Tenía la necesidad de dormir mucho y experimentaba una sensación muy desagradable en el estómago, como si tuviera un bolo allí dentro que le impedía comer. En una semana había adelgazado tres kilos.

—Siento que esto me está matando —me dijo Raquel en ese momento—. Es como si no fuera yo a quien le pasa esto.

Siempre que alguien utilice esta expresión "es como si no fuera yo", lo primero que hay que pensar es que puede haber una presencia invisible acompañando a la persona. De modo que yo di por hecho que junto con Raquel había alguien más que la estaba perturbando. Recuerden que la mamá de Raquel había tenido varias internaciones psiquiátricas porque este dato es importante para comprender la experiencia que sigue.

Martes 24 de noviembre de 1994

Terapeuta: Muy bien, Raquel, vos ya sabés cómo es esto. Ahora, si hay alguien allí ajeno a tu campo vibratorio, permitirás que se manifieste libremente para que yo pueda dialogar con él o ella. Uno, dos, tres. Adelante, ¿qué estás haciendo aquí con Raquel?

Alma perdida: Estaba con una gorda boluda.

T: ¿Cómo llegaste a la gorda?

AP: No sé cómo llegué a la gorda.

T: ¿Cómo te llamás?

AP: Me llamo Pablo y la gorda le puso mi nombre al hijo que tenía.

T: ¿Y quién es la gorda?

Pablo: La madre de ésta. (O sea que la gorda era Laura, la madre de Raquel).

T: ¿Cuánto tiempo hace que estás acá?

P: Acá no hace tanto. Cuando la gorda se murió me vine acá. No te podés ir a cualquier lado.

T: ¿Y cuánto tiempo estuviste con la gorda?

P: Qué sé yo… como treinta años.

T: Y decime, ¿no te gustaría cambiar de lugar?

P: ¿Vos te creés que es tan fácil?

T: Yo sé que no es fácil, pero podría ayudarte.

P: Estoy podrido de los que me dicen que te van ayudar. ¡Qué te van a ayudar!

T: Comprendo que estés cansado, me imagino que debe de haber habido muchos que te engañaron. Pero yo te aseguro que podés ir a un lugar mejor. Voy a explicarte algo que a lo mejor nunca te explicaron.

P: ¡Pero si yo sé lo que pasó conmigo!

T: ¿Qué pasó con vos? Dale, contame.

P: Yo mataba gatos, ¿viste? Les torcía el cogote y los cagaba matando. Eso a mí me divertía. Yo los cortaba y si no, les prendía fuego. Les ponía queroseno y les prendía fuego.

T: Sí.

P: Eso a mí me divertía, pero mi viejo y mi vieja me cagaban a palos si veían que hacía eso. Pero yo lo hacía con los chicos de la barra. Otros se divierten con otra cosa y yo me divertía con eso, ¿y qué?

T: Y entonces, ¿qué pasaba?

P: Y nada pasaba. Pasaba que me decían que yo era un inadaptado.

T: Sí, y entonces, ¿qué hiciste?

P: Y entonces, una vez me cogí a una piba… y la piba no quería.

T: ¿Y entonces?

P: Y… la cagué matando. Le clavé un puñal en el estómago porque gritaba como una hija de puta, ¡cómo gritaba!

T: Entiendo, ¿y qué pasó después?

P: Y… me peleaba con todo el mundo, ¿y qué? Y me llevaron a la cárcel de menores.

T: ¿Qué edad tenías entonces?

P: Cuando fui a la cárcel por primera vez tenía once años. ¡Y me chupan los huevos si se creen que me van a cambiar a mí! ¡Y se van a la mierda! ¡A mí no me van a cambiar! Otros se divierten con otras cosas y yo me divierto con eso, ¿y qué? —con aire desafiante.

T: Claro.

P: Y la agarramos entre varios a la piba. Y cuando tenía dieciocho años me llevaron al neuropsiquiátrico, pero a mí no me van a doblar, ¡qué se creen!

T: ¿Y después?

P: Y después me escapé una vez y, cuando fui a la casa de mi vieja, mi vieja me puteó. ¡Vieja hija de puta! La mandé a la mierda.

T: Sí.

P: Y, hay que pelear para vivir. Entonces me di cuenta de que hay que pelear para vivir, ¡y bien que peleé! Y entonces afané y entonces vivía más o menos bien.

T: Sí, ¿y qué más?

P: Y un día le volé la tapa de los sesos a un viejo de mierda, pero agarraron a un boludo que era compañero mío y después me agarraron a mí porque el boludo cantó.

T: Y entonces, ¿qué pasó?

P: Y entonces unos doctores me hicieron unos estudios y me dijeron que soy un inadaptado. Pero, ¡qué se creen! ¿Que soy un inadaptado?

T: ¿Y entonces?

P: Y entonces estuve en la cárcel un tiempo y después me sacaron de allí y me llevaron al neuropsiquiátrico.

T: ¿Y qué pasó en el neuropsiquiátrico?

P: Y, me hicieron mierda, me hicieron mierda, ¿qué querés? Me ponían una cosa en la boca para que mordiera y me callara y me ponían electricidad. Y eso te hacía mierda. ¡Son unos hijos de puta! ¡Cómo te hacían mierda!

T: ¿Y qué pasó después?

P: ¡Hijo de puta! Se le fue la mano, ¡hijo de puta!

T: ¿Qué pasó?

P: Y, cuando te tienen medio débil, ahí te hacen mierda. Eso es lo que te hacen, te hacen mierda. Y yo les pedía con todo, pero no podía porque me agarraban entre varios. Y me ataron de un caño y te ponen un algodón en la boca, ¿viste?

T: Sí.

P: Y se le fue la mano…

T: ¿Y qué pasó?

P: Y me empezó a temblar todo el cuerpo y se le fue la mano al hijo de puta.

T: Eso es, y fijate, ¿qué pasó cuando se le fue la mano? ¿Qué pasó con tu cuerpo?

P: Y te empieza a temblar todo el cuerpo y no podés parar cuando te tiembla todo el cuerpo y me salí de adentro. ¿Sabés lo que es salirse de adentro? Hijos de puta, los quería matar a todos.

T: Eso es, ¿y qué pasó con tu cuerpo?

P: Y, se quedó ahí, en la cama, ¡hijo de puta!

T: Eso es, ¿y de qué te das cuenta ahora?

P: Que los quería cagar matando. La quería cagar matando a una enfermera, ¡hija de puta! La quería cagar matando. Y yo le dije al tipo, ¡se te fue la mano!

T: Eso es.

P: Lo agarré del cogote, lo quería estrangular, ¡pero no lo podía estrangular! ¡La puta que los parió! ¡La puta que los reparió, les decía! —gritando con furia.

T: Eso es, dejá salir todo eso.

P: ¡Hijo de puta, se te fue la mano! ¡Hijo de puta! ¡Los cagaría matando a todos!

T: Eso es, ¿y qué hiciste vos?

P: Y yo le apreté el cogote, le apreté como podía, pero no pasaba nada.

T: ¿Y sabés por qué no pasaba nada?

P: ¡Qué sé yo por qué no pasaba nada! Porque no tenía fuerzas… ¡hijo de puta! Porque se les fue la mano, por eso no pasaba nada.

T: Yo te voy a explicar lo que pasó. Lo que ocurrió es cuando a ese hijo de puta se le fue la mano, tu cuerpo se murió y vos no estabas más en ese cuerpo.

P: Los quería cagar matando yo, los quería cagar matando, nada más.

T: Lo que pasó es que tu cuerpo se murió y ya no pudiste volver a tu cuerpo.

P: No, yo los quería matar a ellos, nada más. ¡Hijos de puta! ¡Te voy a cagar matando cuando pueda, te voy a cagar matando!

T: Eso es, ¿y qué hiciste después de eso?

P: Y, empecé a caminar por ahí y me fui a la puerta porque me quería escapar de ahí. Y ahí estaba la gorda que se iba y me pegué a la gorda. (En el momento en que la mamá de Raquel se iba de alta.) Me pegué detrás de la cabeza de ella para que no me vieran. Y me fui a la mierda. Me fui.

T: Muy bien. Ahora fijate, ya pasó mucho tiempo de todo eso. ¿No te gustaría vivir mejor? Podrías terminar con todos tus sufrimientos.

P: Mirá, yo lo único que quiero es matarlos a todos.

T: Tenés razón, con todo lo que sufriste tenés mucha razón en sentir todo esto.

P: ¡Es que yo era distinto! Los otros se divertían con otras cosas y yo, ¿qué les hacía? Total, un gato es una mierda, ¡y qué me importa!

T: Claro, pero dejame que te explique algo…

P: Y mi vieja me mandaba. Primero me retaba porque era un hijo de puta, me decía. Y cuando la gata tenía cría me decía: “Andá, deshacete de los gatos”. Y cuando yo le contaba que los había ahogado me cagaba a gritos. ¿Y qué?, son una mierda los gatos. Yo no le hacía mal a nadie.

T: Muy bien, pero fijate. ¿Estás bien como estás ahora? ¿No te gustaría estar mejor y olvidarte de todo esto y entrar en otra vida? Yo te explico. Lo que pasó con vos es que esa descarga fue tan terrible que en ese momento no te diste cuenta de lo que había sucedido. Y lo que ocurrió es que con esa descarga tu cuerpo se murió.

P: No te quiero escuchar.

T: Bueno, yo sé que esto es muy difícil o a lo mejor tenés miedo…

P: Porque los hijos de puta te dicen que te quedes tranquilo. ¡Mierda! Si te quedás tranquilo te hacen mierda. (Cómo para decirle que se quede tranquilo...)

T: Bueno, fijate un poquito. Quiero que me veas a mí. Acá no hay ningún aparato.

P: A vos no te quiero ver.

T: Bueno, como vos quieras. Sólo para que estés seguro. Mirá, yo trabajo con las almas y vos ahora ya no tenés un cuerpo. Este cuerpo con el que estás hablando no es tuyo.

P: Y mi vieja decía que yo no tenía alma.

T: Pero vos tenés alma. La que está hablando ahora es tu alma. Fijate, este cuerpo con el que estás hablando, ¿es de hombre o de mujer?

P: Es de mujer.

T: Y vos sos hombre. Este es un cuerpo que te han prestado para que vos puedas hablar y contar todo lo que te pasó. Como vos sos un alma, un espíritu sin cuerpo, nadie te puede ver y nadie te puede escuchar. Ahora estás hablando porque otra persona te ha prestado su cuerpo para que vos pudieras contar todo lo que te pasó.

P: ¡Ahhh! ¡Nadie me ve! (Ahora comienza a entender lo que está pasando.)

T: Por eso vos le hablabas a la gente y nadie te escuchaba. Por eso vos querías matar a esos médicos y no podías. Porque no tenías un cuerpo, eras un espíritu, eras un alma.

P: ¡Ahhh, era por eso!

T: ¡Claro! El alma existe y los que te dijeron que no tenías alma no sabían nada. Vos, sos tu alma ahora. La que está hablando conmigo es tu alma. El alma es lo que creó Dios y, cuando el alma deja el cuerpo, tiene que ir a otro lugar. Debe ir al mundo de los espíritus que es un lugar de luz donde ya no tenés que seguir sintiendo todas esas sensaciones. Al morir el cuerpo todo eso se termina.

P: Sí, pero la bronca te queda. (¡Ese es el punto!) Porque son unos hijos de puta.

T: Tenés razón. Pero sabés qué es lo que pasa. Que esa bronca que a vos te quedó es lo que te impidió ir al mundo de Dios, al mundo de la luz. Esa bronca es lo que no te permite subir porque te ata a la Tierra y te hace infeliz…

P: ¿Y cómo hacés para sacarte la bronca? ¿Me querés decir?

T: Yo te voy a explicar. Vas a ir nuevamente a ese momento para que puedas decir todo lo que necesites decir.

P: ¿Y cómo hago para ir a ese momento si ya pasó?

T: Con tu memoria. Yo voy a contar hasta tres y, cuando diga tres, vas a estar otra vez allí, en el momento de la descarga, y vas a dejar salir toda la bronca. Uno, dos, tres. Gritales a esos tipos todo lo que les querés decir.

P: La Nuria me dijo que no me iba a pasar nada. Que me quede tranquilo, que no me va a pasar nada. Entonces yo le dije que no tengo ganas ya de que me hagan eso.

T: Seguí.

P: Porque ya me hizo otra la semana pasada y me quedé temblando. ¿No ves que me tiembla el cuerpo? Entonces no tengo ganas de que me hagan eso. (Mientras Pablo habla, el cuerpo de Raquel se sacude.)

T: Seguí.

P: Pero Nuria dice: “Esta vez es la última, Pablito. Quedate tranquilo porque el doctor dijo que esta es la última.”.

T: Eso es.

P: Y entonces, yo no sé qué me pasó, pero yo no tengo ganas de que me haga eso porque te ponen una inyección en la vena y después no te acordás de nada. Es más feo que la mierda porque te meás todo. Y yo le dije: “No me mientas, Nuria”. Y me dijo que no, que me quedara tranquilo.

T: Eso es.

P: Entonces llego a la pieza y hay dos tipos más, dos médicos más. Entonces ya

no me gustó la cosa y después vino un cana y yo les dije: “¿Qué me van a hacer, hijos de puta?”. Entonces me agarró el cana hijo de puta, porque yo no tengo fuerza ahora, ¿me entendés? Ahora yo no tengo fuerza porque acá te hacen mierda. Entonces yo le dije al cana: “Sos un hijo de puta. Vos me agarrás así porque yo no tengo fuerza, pero cuando tenga fuerza te voy a cagar matando”.

T: Eso es.

P: Es que acá te hacen mierda. Te dejan pelotudo porque así no jodés más. ¡Y todo por ese viejo hijo de puta! ¿Qué le hacía?, si lo único que yo quería era chorrear (robar), nada más. Viejo hijo de puta… Se puso a pelear y le tuve que volar la tapa de los sesos.

T: Eso es.

P: Y claro, los canas se aprovechan. Te ven que estás flaco, que sos chico, que no tenés fuerza y ellos tienen ese machete y te dan como bestias. Son unos hijos de puta. Eso es lo que pasa.

T: Bueno, ahora todo eso se va a arreglar.

P: ¡Qué se va a arreglar! ¡Si te ponen en la cama y te atan a la cama! Y yo les dije: “No me pongas esposas que son de metal y me van a hacer mierda”. Porque otras veces te atan con trapos y si vos colaborás no te atan. Pero yo ya no quiero colaborar más con esto. A veces no te atan, ponen tres tipos, uno en cada cama y no te atan. ¡Hijos de puta! ¡Estos me quieren hacer mierda!, eso es lo que pasa. Pero no me van a doblar.

T: ¿Y qué pasó entonces?

P: Y me tienen atado de los pies y de las manos. Y las esposas son de metal y la cama es de metal. Y le dije: “¡Me vas a hacer mierda!” —agitándose—. Y entonces me puso una gasa en la boca para que no hable. Me dice: “Es para que no te muerdas la lengua, flaco”. Y no me pone la inyección. ¡Hijo de puta! Así nomás me la va a dar.

T: Seguí.

P: Y me puso una crema en la cabeza… y te la manda. Y yo empecé a sentir que todo el cuerpo se me sacudía todo y te sacudís todo. No podía hablar y se me

apretaba la boca. Te entra a salir baba por la boca y te meás.

T: Seguí.

P: Porque no te aguantás y te meás. Y te tiembla todo, te tiembla todo y te sacudís todo. ¡Hijos de puta! Y en seguida me da otra más. Y no me la aguanto más.

T: Y fijate, ¿qué pasa cuando no te la aguantás más? Fijate bien en ese momento.

P: Y, me salí de adentro.

T: Eso es. Quiero que veas entonces, ¿cómo está tu cuerpo?

P: Está hecho mierda. Y ahí es que me agarré la bronca porque los quería cagar matando, ¡hijos de puta! ¡Se les fue la mano, hijos de puta! ¡Se les fue la mano! ¡Te voy a cagar matando, hijo de puta! —gritando desaforadamente.

T: Eso es, dejá salir todo eso.

P: ¡Sos una mierda! Y la Nuria, ¡puta de mierda! ¡Cómo me mentiste! ¡Me cago en vos!

T: Eso es. Ahora fijate bien, fijate que tu cuerpo está muerto.

P: ¡Y claro que estoy muerto! ¿No te das cuenta de que se les fue la mano?

T: Sí, pero fijate bien porque hay algo que es muy importante. Estás flotando, estás fuera de tu cuerpo y, sin embargo, seguís viviendo, seguís existiendo. Eso que está flotando fuera de tu cuerpo, eso es el alma, eso es lo que vos sos ahora. Eso que está flotando fuera del cuerpo sos vos. Esa vida ya se terminó y no tenés por qué seguir sintiendo todo eso. Quiero que prestes atención porque cuando te saliste del cuerpo te estaban esperando. Había otras almas que te estaban esperando.

P: Sí que estaban, pero yo les dije: "Esperá que los voy a cagar matando". Yo los quería matar, hijos de puta. (Así que después de todo lo estaban esperando.)

T: Sí, ya sé todo eso, pero mientras los quieras seguir matando vas a seguir

sufriendo vos. Me gustaría que escucharas ahora a esa otra alma que te vino a buscar. Ya pasó mucho tiempo de todo eso, ya sufriste mucho. Fijate si ya no es hora de descansar, de entrar ahora en el mundo de la Luz. Dios ya se olvidó de todo eso. Lo que Dios quiere es que estés bien, que te des cuenta de todo lo que pasó y quiere darte otra oportunidad para que vivas una vida diferente y mejor. Prestá atención ahora a esos que están ahí que vinieron a ayudarte. Dales bola. Ellos son unos seres muy especiales y seguramente hay alguien allí que te quiere mucho.

P: Yo no juno (no conozco) a ninguno de esos.

T: No importa, fijate quiénes están, cómo son.

P: No sé, son todos blancos.

T: Escuchalos un poquito. Ellos te van a dar la paz, ellos tienen el poder para sanarte, para que te olvides de todos tus dolores. Ellos son los enviados de Dios.

P: ¿Sabés que uno de ellos dice que me falló una cosa en el cerebro? ¿Vos creés esas cosas?

T: Claro que creo esas cosas. Vas a ver que te van a ayudar. ¿Qué más te dicen?

P: Eso. Me dicen que por eso yo me divierto así, pero yo no le hago mal a nadie.

T: Todo eso ya pasó. Ahora, si vos querés, tendrás la oportunidad de nacer en un cuerpo sano y vas a poder hacer lo que vos quieras hacer.

P: Sí, pero me dice que tengo que dejar la bronca acá. ¿Y qué? ¿El hijo de puta se queda así nomás?

T: No, porque cuando a ese hijo de puta le llegue el momento de dejar su cuerpo, él tendrá que responder ante Dios por lo que te hizo a vos. Confiá en Dios, que Dios siempre…

P: ¿Y quién te dijo eso a vos? —interrumpiéndome.

T: Me lo contaron muchas personas que, como vos, pasaron por esto mismo y que yo los ayudé a irse a la Luz.

P: Sí, pero entonces a mí también me van a decir que yo lo cagué matando al viejo y a la pendeja. (Vamos bien; comienza a tomar consciencia de la consecuencia de sus actos.)

T: Pero vos tenías una falla en el cerebro y por eso no tenías control sobre tus actos. En cambio, ese tipo, él sí tenía control, él sí sabía lo que hacía.

P: Él sabía, el hijo de puta sabía que me iba a hacer eso y ni siquiera me puso la vacuna en el brazo.

T: Quedate tranquilo que ese tipo te va a tener que pagar a vos en otra vida.

P: Sí, y yo voy a tener que pagarle al viejo y a la pendeja. (A Pablo tampoco se le escapa una.)

T: Bueno, no vas a tener que pagarles. Vas a tener que ayudarlos a vivir de una manera mejor. Dios te va a dar la oportunidad de ayudarlos…

P: Porque ella gritaba mucho, ¿sabés?

T: Y vos te asustaste.

P: A mí me dio miedo de que me escucharan. Yo le decía que no gritara. Yo no la traté tan mal, pero ella gritaba y gritaba… ¿y qué querés que le haga?

T: Dios te va a ayudar. No hay castigo, Dios te va a dar la oportunidad de ayudar al viejo y a la pendeja. ¿Quién sabe? Hasta podés ser hermano de ellos.

P: ¡Eh! ¡Se está cerrando el lugar!

T: ¿Qué lugar?

P: Hay un lugar todo blanco donde están esos tipos.

T: Bueno, no te pierdas la oportunidad de entrar ahí. Acercate, dejá la bronca que ese tipo está en deuda con vos y ahora está obligado a ayudarte.

P: ¡Oh, puta! ¡No veo nada otra vez! ¡Puta madre! —con desesperación.

T: Vamos a pedirle a Dios que te ayude.

P: Dale, pedile.

T: ¿Te acordás de rezar?

P: No, ¡qué mierda me voy a acordar!

T: Bueno, vamos a pedirle los dos juntos.

P: Sí, dale.

T: Padre nuestro que estás en los cielos…

P: ¡Apuráte que se cierra la puerta!

T: Santificado sea tu nombre…

P: ¡Ahí está!

T: Humildemente te pedimos, Señor, en este día, que abras tus puertas para que Pablo pueda entrar en tu Reino de Luz. Dále una nueva oportunidad. Señor, él no era responsable de sus actos por el problema que tenía en su cerebro. Ahora, Pablo está dispuesto a ayudar. Abre las puertas de tu Reino. Envíale a tus ángeles protectores para que vengan a buscarlo para que él pueda descansar y emprender la reparación de sus actos anteriores. Abre tu puerta, Señor…

P: ¿La puedo llevar a la pendeja conmigo?

T: ¿Está acá con vos?

P: Sí. (Vean lo que venimos a descubrir.)

T: Bueno, llevala con vos. A lo mejor, en la próxima vida, estarán juntos y se van a querer mucho. ¿Sí? Pedíle perdón y llevala con vos. Decile que también para ella hay un lugar, pero apurate.

P: Gracias, flaco.

T: Que Dios te bendiga y que seas muy feliz.

***

Si la experiencia de Alberto fue dramática, la de Pablo no le iba en zaga. No obstante, Pablo accedió a irse fácilmente una vez que pudo gritar su bronca y que comprendió la realidad de su situación. Tal vez alguno piense que fui muy suave o condescendiente con Pablo ya que después de todo, en vida fue un criminal probablemente inimputable. Pero aquí estamos tratando con el alma, con el agregado de que además del castigo y la tortura que sufrió en vida, Pablo ya llevaba treinta años atrapado en el plano físico, lo que de por sí constituye otra condena. Esto me recuerda un interrogante que planteaba el filósofo Julián Marías en una disertación que diera en la Asociación Médica Argentina en 1980: Cuando condenamos a un hombre a la pena de muerte, ¿a qué lo estamos condenando?

El objetivo del trabajo terapéutico es que el alma perdida regrese a la Luz, liberando así a la persona objeto de su influencia. Mi función como terapeuta no es juzgar ni criticar las acciones pasadas de una persona y mucho menos las de un alma perdida, ya que ésta pertenece en realidad a otro mundo. No importa cuán terribles hayan sido sus acciones, al trabajar con un alma perdida lo importante es ejercer la compasión y la piedad necesarias para que la entidad pueda confiar en la Luz, sabiendo que será aceptada incondicionalmente y que tendrá una oportunidad para redimirse. En el fondo, de esto se trata todo el trabajo terapéutico con las almas perdidas. Por ese motivo, siempre les doy la razón a las almas perdidas, no importa lo que digan o lo que hayan hecho aunque en ocasiones, como ya lo verán más adelante, se hace necesario actuar con firmeza.

La otra sorpresa de este trabajo es que nos enteramos de cosas que de otra manera es muy difícil imaginar, como los últimos momentos de la vida de Pablo. Finalmente, aunque pase mucho tiempo y por una vía insospechada, todo sale a la luz.

Pablo se pasó un largo tiempo con Laura, la mamá de Raquel. Probablemente deben de haber estado en el mismo neuropsiquiátrico. Cuando Laura murió, Pablo se pasó a Raquel, sea porque Raquel ya tenía su campo vibratorio abierto, sea porque al quedarse Laura con su hija arrastró a Pablo junto con ella.

Después de la liberación de Pablo, desaparecieron las sensaciones físicas que tenía Raquel y en poco tiempo recuperó su peso habitual. Diez años después, Raquel ni se acordaba de esta experiencia.

Un recolector de residuos

Una mañana, en el curso abierto de regresión, llegó María del Carmen (60), muy angustiada. Tenía un familiar internado en un hospital y, en una de las visitas al hospital, sintió que se le había pegado una energía extraña. Se dio cuenta de esto porque al asomarse a un balcón del hospital sintió un fuerte impulso de tirarse al vacío al tiempo que una voz invisible e insistente le decía: "¿Por qué no te matás? ¡Dále, tiráte, aprovechá ahora!". Como nos encontrábamos dentro de una de las clases de entrenamiento del curso, la sesión fue conducida por Ana María Van Geest. Yo me ubiqué a la derecha de Ana María para asistirla en la conducción y soplarle al oído cuando fuese necesario.

Miércoles 12 de julio de 2000

Terapeuta: Muy bien, María del Carmen. Ahora estás aquí y yo te voy a escuchar, yo estoy acá a tu lado.

Alma perdida: Yo estoy en un lugar y exijo que me escuche alguien que esté en mi nivel —con voz gruesa y tono intimidatorio.

T: ¿En qué lugar estás?

AP: En ese pasillo de ese hospital deficiente, podríamos decir en el término del manejo.

T: ¿Y qué estás haciendo ahí?

AP: Esta mujer no me permite hacer lo que yo quiero hacer.

T: ¿Y qué es lo que vos querés hacer?

AP: Quiero lastimarlos, no quiero que hagan nada. Me divierte ser malo, pero no

puedo salir de esta situación. Tengo que volver a mi lugar, pero no termino de retirarme. Soy uno con ella —se refiere a María del Carmen—, pero ella no me deja arrastrarla, no me permite gritar ni insultar.

T: Bueno, ahora podés decir todo lo que quieras decir.

AP: ¡No me hables! —otra vez con tono intimidatorio—. Acá hay una sola persona que sabe lo que yo estoy diciendo. Éste no es mi lugar; tengo que volver ahí porque ahí estoy cómodo y rodeado. Voy desde abajo hacia arriba y eso me divierte; me retuerzo viendo las lágrimas y el dolor, pero me equivoqué al engancharla a ésta.

T: ¿Y qué te llevó a engancharte con ella?

AP: El que no está enfermo tiene que estarlo, el que no se muere se tiene que morir. Yo no tengo vida y no tengo cuerpo, no puedo disfrutar de los baños, no puedo disfrutar del sexo escondido por los pasillos de la noche.

T: ¿Y qué hacés entonces?

AP: ¡No me hables! Me convierto en un hilo sutil, trepo por las piernas de los médicos y los distraigo cuando están operando, ¡ja, ja! ¡Me encanta! Pero ella ha resistido durante días y días y no me ha vuelto a llevar al hospital. Quiero volver a mi lugar.

T: Yo te voy a ayudar…

AP: ¡No me hables! ¡No me cortes! —enojándose—. Soy un hombre joven que está en una materia vieja. He muerto joven, no he podido disfrutar del sexo y me entretengo al amanecer en ese puto hospital. ¡Me encanta la mierda y la sangre de ese hospital!

T: Y decime, ¿cuál fue tu muerte? ¿Qué te pasó?

AP: Se equivocaron, me operaron de algo que no tenía y me morí. La enganché a ella porque era débil, porque era fofa, pero me equivoqué. ¿Por qué no me suelta? ¿Por qué no me deja volver? Y yo voy a volver a pesar de todo lo que ustedes van a hacer y los voy a engañar. Yo les voy a hacer creer que entendí y José Luis no va a poder convencerme de lo que me está transmitiendo. No lo voy a aceptar.

T: Nosotros no queremos convencerte de nada. ¿Qué cosa te está transmitiendo José Luis?

AP: Tomé el plexo solar de esta pobre idiota porque necesito energía para correr por los rincones de la noche de ustedes. Me encanta la basura, me encanta la perversión. Creo que llevo mucho tiempo, me parece mucho tiempo. No sé si soy hombre o si soy una mujer.

T: Muy bien, entonces, yo te voy a ayudar a que recuerdes…

AP: ¡No me vas a ayudar nada! —interrumpiendo una vez más—. ¡No quiero que me ayudes nada! Yo estaba muy bien ahí, enroscado, en cirugía. La pesqué a ella en la escalera, la enganché equivocado, casi la tiro. Yo soy pequeño como una babosa. El único que sabe cómo somos nosotros es José Luis. Él lo sabe, pero tiene cuidado. Somos una fuerza demasiado grande y vivimos de toda esa mierda, de todo ese sexo puto, de toda esa bazofia. Por la noche somos como una densidad de más de un metro de alto, somos una enorme masa grisácea que circula y él lo sabe, por eso se fue del hospital. Él sabe que eso está y que este idiota agarró a una, pero que podía haber agarrado a cualquiera. Le pedí a ésta que volviera al hospital, pero no me quiere largar otra vez.

T: Lo que pasa es que al entrar en ella quedaste atrapado en la fuerza gravitatoria de su campo vibratorio. No es que ella no te deje ir sino que ahora tenés que salir de su campo vibratorio.

AP: No seas idiota, José Luis. Me voy yo y queda un pedazo, termina el pedazo y viene otro pedazo. Vos sabés que todo está lleno de nosotros y que, si me matan, otra vez quedará una partícula. (Observen que aunque es Ana María quien dialoga con la entidad ésta se dirige a mí; sabe perfectamente que en los momentos difíciles yo le doy letra a Ana María.)

T: Igualmente vos podés salir, tu partícula puede salir de ahí y aún más, podés salir de ahí y podés volver a la luz.

AP: Vos sabés que la quise llevar cuando ella tenía tanta fiebre, pero no la pude llevar. La metí el otro día y se fue. La llevo por la calle, pero ella se va. Tiene que volver a la basura, tiene que pasar por el lugar en donde me colgué de ella porque me están esperando. Necesito respirar mugre, quiero oler marihuana. A la noche extraño el olor a marihuana, la necesito, necesito oler, necesito tabaco. ¡Ay! ¡Yo lo necesito! (¿Se dan cuenta de qué manera una entidad puede

estimular una adicción?)

T: Si es tu deseo, podés volver a ese lugar.

AP: José Luis, ella me divirtió. La he destruido bañada en sudor, la arrastro, la meto, la saco, la pongo, es muy divertido. Ustedes me mataron y yo los mato, los aniquilo. Agarro los mejores, los más altos, los aprieto y los aprieto y dejo uno y agarro otro.

T: ¿Estás dispuesta a volver a ese lugar?

AP: Estoy dispuesta a que no me mandes, a que no me toques y a que no me digas nada. Voy a jugar con vos, voy a engañarte. (¿Qué tal?) Quiero volver a ese lugar, al lado del quirófano. Llévenme a esa escalera, llévenme ahí que yo voy a bajar, voy a volver otra vez.

T: Y entonces, ¿qué te impide volver a ese lugar?

AP: Esta infeliz no me lleva.

T: Entonces, ¿dónde está tu poder? ¿Cómo es que tenés tanto poder y no podés volver?

AP: Me equivoqué, la enganché mal, no era la que tenía que enganchar. Me confundí, venía mareada. Todo pasó; murió uno, murió la otra, murió el de al lado, el de al lado se enferma, está la sangre y, de pronto, la enganché y… ¡te quiero matar, José Luis! ¡Te odio! ¡Te voy a hacer de goma! Yo te conozco, José Luis. A mí me hablaron de vos, pero, ¿sabés qué? De puro pérfido, no te vamos a hacer de goma de golpe, va a ser despacio, José Luis.

T: ¿De dónde lo conocés a José Luis?

AP: El sabe muy bien. Vamos y volvemos, José Luis. Escuchamos y volvemos, te va mal, te va bien, te gusta o no te gusta, somos muy fuertes. Vos sabés que estoy y dónde estoy, pero yo tengo que volver ahí porque yo tengo que manejar todo ese metro y medio de partículas que muevo y sondeo. Subo y bajo, voy arriba, veo cómo están los que se están muriendo, vuelvo a bajar y mancho, uno, dos, tres, atrás, adelante, y la agarré por atrás.

T: ¿Cómo lo hiciste?

AP: Casi la tiro y la muy idiota creyó que se caía. Yo los empujo, José Luis. Tengo energía, empujamos a la noche, golpeamos las ventanas, tiramos los paquetes, despertamos una sexualidad asquerosa. Somos ese frío que te rodea, ¡je, je!… y estoy muy metido adentro. ¡Son todos unos idiotas! (Cuántas cosas ocurren de las que no sabemos nada... En realidad yo no sabía nada de todo esto que la entidad está relatando.)

T: Muy bien y entonces, ¿qué fue lo que te pasó?

AP: Me quedé muerto en la mesa de operaciones, quedé ahí, flotando.

T: Eso es, ahora, voy a contar hasta tres y vas a ir a ese momento, antes de morir.

AP: Mm… José Luis, te vas a divertir un rato, ja, ja. Te vas a divertir un rato —con tono irónico.

T: Uno, dos, tres. Andá al momento de tu muerte.

AP: José Luis, vos lo sabés, porque ella (Ana María) no sabe nada, es una ignorante. Vos lo sabés bien, José Luiiis, cirujano —con tono burlón—. Porque yo te conozco. Esta noche no me vas a ganar a mí. Esta noche no vas a ganar. (La sesión se está desarrollando en horas de la mañana.)

T: Eso es, contanos cómo fue eso así aprendemos. ¿Qué fue lo que pasó?

AP: Acá —tocándose el pecho—, ¡qué sé yo! Yo soy de la calle, ¡qué me venís a decir! ¡Qué me contás, qué me decís, idiota! ¡Infeliz! ¿Qué me decís? —gritando—. (Observen cómo lentamente comienza a surgir la verdadera personalidad del ser.)

T: Voy a contar hasta tres y vas a retroceder un poco antes, cuando todavía estabas vivo en tu cuerpo. Uno, dos, tres. ¿Qué está pasando en ese momento?

AP: Yo vengo de la calle, soy un tipo pobre, con un jean, un pantalón. Me pisaron o me caí.

T: Eso es, seguí, yo te estoy escuchando.

AP: ¡Ay, Dios! No hay Dios, no puede haber Dios. ¡Yo no tengo Dios! ¡Yo estoy

vivo! —quejándose—. Yo les quise decir que estaba vivo, no sé qué me sacaron. Yo no lo sé.

T: ¿Qué pasa con tu cuerpo? ¿Cómo es que llegás al hospital?

AP: Me caigo del camión de… ¡Ahhh! ¿Pero vos me estás jodiendo? ¡Me caigo de un camión de basura, pedazo de idiota! ¡Yo soy pobre!

T: ¿Y qué es lo que está pasando?

AP: Un accidente, una cosa. Corren y yo les quiero decir que estoy vivo. No me acuerdo de nada y me encuentro en el hospital. Soy como una cosa, como un caracol que corre por ahí. Yo no tengo palabra, yo no sé las cosas. Yo sé que hace años que estoy, que no tengo cuerpo, que yo me veo con el pelo negro y mojado.

T: Y entonces, ¿qué ocurre?

AP: No soy yo, no estoy, no estoy muerto, no me jodas más. ¿No te das cuenta? No te lo voy a contar más. Ya está, me mataron, me sacaron las cosas, me abrieron todo acá —señala el pecho y el abdomen— y me sacaron cosas, no sé qué es lo que me sacaron.

T: Y fijate…

AP: En el quirófano, por eso adoro el quirófano. Me encanta el quirófano. Me trepo por abajo, me meto por los pantalones y los jodo mientras están operando. Es un nudo, un hilo, yo puedo ser un hilo, puedo ser un caracol. Puedo ser una cosa que anda por el rincón y esta infeliz me vio, me vio un día y siguió de largo y no pudo volver a pasar por ahí porque ella sabía que estaba. Me equivoqué, me enganché mal, ¿qué hago acá? Me tiene que devolver, necesito el olor a mierda del quirófano, lo necesito.

T: Ese era el olor de la basura al cual vos estabas acostumbrado.

AP: Yo soy pobre, ¿vio? ¿Entendiste bien?

T: Pero ahora vas a tener otra oportunidad; para Dios es diferente.

AP: ¡No me jodas! ¡No me jodas más!

T: No te estoy jodiendo. Lo que pasa es que tantos años de dolor y de desprecio de la gente te convencieron de que no eras un hijo de Dios, pero la chispa divina está en vos...

AP: ¡Pero no seas estúpida!

T: Fijate, que ahí escondida dentro de vos está la luz, buscala.

AP: Yo no tengo luz. ¡Quiero volver! ¡Necesito volver! Escuchame, necesito aire.

T: Buscá la luz, buscá la luz. Te estás acordando, la tenés dentro de vos. Dentro de vos está esa chispa divina y, aunque te convencieron de que no la tenías, ahí está. Te hicieron olvidarte de eso para dominarte y convertirte en un esclavo.

AP: Me mataron, idiota. Me mataron, me vendieron, me sacaron… no sé qué es lo que me sacaron de acá —vuelve a tocarse el pecho—. Yo vivía, yo les quería decir, pero vos sabés que yo soy pobre, entonces me lo sacaron todo y yo lo veía de arriba.

T: ¿Y qué sentís en ese momento?

AP: Me están matando, ¡idiotas! ¿No te das cuenta de que yo soy pobre? Por eso me mataban. ¿Sabés dónde me siento? ¿Sabés dónde me quedo? Al lado del quirófano, en la entrada principal del quirófano. Ahí disfruto, los veo morir; entran, se mueren, los sacan, entra otro, ese se muere, entra la nena, se muere, entra el otro…

T: ¿Y hasta cuándo te vas a quedar ahí?

AP: Y a mí me gusta estar ahí. Lo que pasa es que a esta estúpida la enganché ahí, en la escalera. Me equivoqué, me equivoqué. La agarré por detrás, de la espalda. Quiero irme.

T: Bueno, te vamos a ayudar a que te vayas.

AP: Pero no es así. Tengo que entrar otra vez. Tengo que volver a tener el olor, José Luis. No hay olor, no estoy, ¡no estoy!

T: Bien, te vamos a llevar a ese olor que vos querés, que tanto deseás. Pero

ahora tenés una oportunidad, podés ir a la Luz o podés volver a la oscuridad, depende de vos.

AP: No sé dónde estoy, te dije que no tengo palabras, yo no fui al colegio. José Luis, no me jodas más. Lleváme, me tirás y ya está, pero él me tiene que tirar porque él sabe.

T: Bueno, si ese es tu gusto, entonces vamos a llamar a Azariel, el ángel de la muerte para que te venga a buscar.

AP: ¡Pero si ya estoy muerto! Ustedes están podridos también. José Luis, vos no me estás ayudando, vos estás ayudando a esta cosa que no da más. Vos no me ayudás, vos no me ayudaste, porque vos lo sabés. A mí no me ayudaron, no me ayudó el médico, no me ayudó nadie. Son unos hijos de puta todos, yo les decía que estaba vivo y nadie me ayudó.

T: Nosotros te queremos ayudar y vos no dejás que te ayudemos.

AP: José Luis, decime qué me sacaron. Me cortaron los huesos acá —señalando el tórax—, yo no sé cómo se llama.

T: Probablemente te sacaron el corazón y los pulmones.

AP: Pero, ¿por qué? Yo soy pobre. ¡Ayyyyy! —gritando—. Me están serruchando acá —otra vez se toca el tórax—. ¡Ayyy! Me llamo Isidoro. (Así, de improviso y sin preguntarle su nombre.)

T: ¿Y cuántos años tenés?

Isidoro: Diecisiete o dieciocho, no sé.

T: ¿Y tu familia?

I: ¡No me jodas más!

T: Muy bien, ahora quiero que prestes atención, porque en el momento en que estabas ahí, en el quirófano, también había gente de la Luz que quería ayudarte.

I: Nadie me ayudó, yo les dije que estaba vivo. Yo les dije que yo no estaba muerto.

T: Pero ellos no te podían escuchar porque vos estabas en coma y tu cerebro no funcionaba.

I: Sí que funcionaba, sí funcionaba y se necesitaba, yo lo sabía. Yo soy pobre, José Luis. Yo soy pobre, yo los veo entrar, yo los veo salir. Yo los veo y cuento: este se muere, este se queda, este muere y entonces me voy. Ya hace mucho que estoy dando vueltas por ahí. No sé qué hago acá con esta idiota, no sé qué hago con ustedes, no sé qué hago con nada. Yo no tengo a nadie, José Luis, por favor.

T: ¿Estás dispuesto a que te ayudemos?

I: Yo quiero ir allá, yo extraño. Es lo único que conozco, allá. Vos, ¿qué te creés? ¿Qué me venís a contar? A mí no me hables, familiares, ¿de qué me hablás? Te digo que soy pobre, ¿no me entendés?

T: Te hablo del amor, de algo que nunca tuviste y, como nunca lo tuviste, creés que no lo merecés. Pero te lo merecés y mucho más que cualquiera. Ya tuviste bastante sufrimiento. ¿Alguna vez te quisieron? ¿Alguna vez te abrazaron?

I: ¿Qué te importa? ¡Dejáme tranquilo! No me jodas, quiero volver, nada más. ¿Qué hago acá? (Comienza a llorar. Ahora todo será más fácil.)

T: Estás acá para volver a la Luz. De alguna manera te enganchaste con María del Carmen porque sabías que ella tenía la llave para entrar en la Luz. Sabías que ella iba a venir acá y, que a través de ella…

I: Vos me decís, José Luis, que no va a pasar nada, que voy a estar mejor. (Ya cambió el tono de su voz. Ahora está más sereno.)

T: Vas a estar mejor, vas a ser feliz. Yo quiero que veas aunque sea por un momento lo que puede ser la Luz, lo que puede ser vivir en la Luz.

I: Dios, nadie se acuerda de mí, José Luis. (Sigue insistiendo conmigo a pesar de que es Ana María quien conduce el trabajo.)

T: Yo sé que nadie se acuerda de vos, pero Dios y los ángeles sí se acuerdan de vos.

I: No tengo ni nombre.

T: Y los ángeles están muy preocupados por vos porque estás en la oscuridad, perdiste el camino de la Luz, pero ya es hora de volver, de volver a la Luz.

I: ¿Sabés todos los que hay ahí? ¿Vos sabés todos los que se mueren ahí dentro? Y eso es lo que yo tengo, me están esperando. No saben qué hacer sin mí, viejo. Yo soy pobre y ellos no saben qué hacer, ¿no te das cuenta? Yo lo muevo, José Luis. Miralo, enfocalo, es un montón que se mueve; es una masa que sube, baja, viene, entra al quirófano, entra a la sala, va a la morgue, va a la mugre, a la basura, vuelve, engancha, pero nosotros, nada. Le pasó a nadie, como a mí.

T: Vos no estás más ahí, vos no estás más en la basura.

I: No puedo volver, esta infeliz no me lleva más.

T: Ahora podés ir a la Luz. Te lo merecés y nosotros, acá, vamos a rezar y vamos a pedirle a Dios para que abra las puertas del cielo para que vos puedas regresar a la Luz.

I: Vos me estás engrupiendo. ¡Ayyy!

T: Lo vas a comprobar vos mismo. Nosotros vamos a pedir y vos vas a ver que eso es posible. Sólo tenés que abrir los ojos a la Luz. "Humildemente, Señor, te imploramos y pedimos tu misericordia para rescatar el alma de Isidoro que tanto ha sufrido. Acuérdate de tu hijo Isidoro que está esperando por la Luz. Señor, en tu infinita misericordia te pedimos que envíes tu espiral de luz y a tus ángeles protectores para que vengan a buscar a Isidoro y lo lleven de regreso al seno de tu amor. Humildemente te pedimos que pongas fin a su sufrimiento." (Rezamos el Padre Nuestro, Ave María y Gloria.) En el Santo Nombre de Dios andá hacia la Luz y aprovechá esta oportunidad que se te da en este día. Que Dios te bendiga.

María del Carmen: Estoy flotando por el pasillo —retomando su voz habitual—, los hice retirar. Ojalá se haya retirado.

***

Al regresar aquí y abrir los ojos María del Carmen dijo:

—Yo tuve la sensación bien nítida de que él me había golpeado. También le veía el pantalón. No sé si llegó vestido así a la mesa de operaciones.

La verdad es que por su comportamiento inicial y por el propósito que traía podríamos considerar a Isidoro como un obsesor. Sin embargo, cuando aparece la verdadera personalidad del ser nos damos cuenta de que, al fin y al cabo, se trata de un alma perdida más. Muchos seres comienzan manifestándose así, en forma amedrentadora, sólo para defenderse y disimular su miedo. Aunque quien conducía la sesión era Ana María, Isidoro en todo momento la ignoraba y se dirigía a mí permanentemente. Por mi parte, en ningún momento le hablé en forma directa para no entrar en su juego y por respeto a Ana María. A pesar de los dichos de Isidoro, confieso que yo no tenía la menor idea de lo que él estaba hablando. Si bien yo sabía que los hospitales son un reservorio de almas perdidas, la verdad es que eso recién lo supe después de retirarme de la práctica hospitalaria. Por otro lado, nunca me había imaginado la magnitud de la influencia que podían tener las almas perdidas tal como lo relató Isidoro. Creo que ahora comprenderán mejor cuál es el riesgo que se corre cuando uno trabaja en un hospital sin la debida protección.

Por el relato de Isidoro, parece ser que le extrajeron algunos órganos para ser transplantados. Sin embargo, María del Carmen no recibió ningún transplante. Ella sólo estaba acompañando a un familiar internado por una afección clínica que tampoco requirió cirugía. Isidoro andaba deambulando perdido por los pasillos cuando se topó con María del Carmen. Algo le atrajo de ella, quizás su mediumnidad o tal vez que estaba con la guardia baja por la preocupación de su familiar enfermo.

La retirada de Isidoro fue abrupta. No pudimos saber si se fue a la Luz o si sólo salió del campo de energía de María del Carmen. Por este motivo, siempre les pido a los pacientes que completen su trabajo terapéutico rezando una novena por el alma perdida.

Tres años después, María del Carmen recordaba esta experiencia de la siguiente manera:

“Recuerdo claramente la sensación de atravesar un espacio denso y ambiguo que

avanzaba junto conmigo en el oscuro pasillo y me atrapó sobre los gastados escalones de mármol del hospital. En ese momento el miedo me paralizó y un extraño zumbido me apartó de la realidad. Frente a la pared abierta al vacío un fuerte viento frío susurró entre los árboles y seguramente la protección del hálito infinito de la luz me ayudó y así pude cruzar esa densidad y subir las escaleras. Muchos días han transcurrido en el camino de mi aprendizaje, pero todavía me sorprende un escalofrío cada vez que paso por ese largo pasillo de hospital. Me recuerda lo vulnerable que soy y que fácilmente, por algún punto oscuro de mi ser, puede introducirse una entidad extraña.”

Un boxeador y una víctima del 11-S

Juanjo es médico y es uno de los profesionales que se formó en el primer curso intensivo que dicté en España. La experiencia de Juanjo ocurrió durante el dictado del segundo módulo de este curso. Por la mañana yo había abordado el tema de las almas perdidas y había explicado cómo trabajar terapéuticamente con ellas. A punto de iniciar la clase de la tarde me doy cuenta de que Juanjo estaba visiblemente molesto. Se sentía raro, contrariado y esta sensación había comenzado durante el almuerzo. Intuyendo que podría tratarse de la presencia de un alma perdida le sugerí a Juanjo que se recostara sobre el colchón para trabajar con estas sensaciones.

Lunes 22 de octubre de 2001

Terapeuta: ¿Qué estás sintiendo?

Juanjo: Un dolor de cabeza aquí —señalando la zona témporo-parietal derecha.

T: Muy bien, cierra los ojos y vete al instante previo a que se inicien estas sensaciones.

J: Entro en el comedor y hay gente hablando de cosas que no me interesan. Hablan de las energías, ¡qué idiotez! Tomo paracetamol para el dolor de cabeza. Me voy a mi habitación y allí me duele más. Finalmente me dormí y me desperté a las cuatro de la tarde.

T: Muy bien; ahora llevarás tu atención a tu respiración y dejarás a un lado tu mente consciente, como si observaras desde un costado. Te permitirás hacer este trabajo, tu trabajo, con esa energía o con quien quiera que sea que está provocando estas sensaciones. Le prestarás tu voz y tus cuerdas vocales a esta

energía y permitirás que hable a través de ti. Tú permanecerás como observador y más tarde podrás evaluar este trabajo. Contaré hasta tres y, al llegar a tres, permitirás que esa energía se exprese libremente. Uno, dos, tres. ¿Cómo es que estás aquí con Juanjo? ¿Qué cosa te ha traído aquí?

Alma perdida: Aquí, en la cara. (Tocándose la cabeza con la mano y haciendo gestos de dolor.)

T: ¿Qué te pasó en la cara?

AP: Se me aplastó la cara. Siento mucha presión en la cara —casi gruñendo.

T: ¿Y qué fue lo que te pasó en la cara?

AP: Me la aplastaron.

T: ¿Y cómo te la aplastaron?

AP: No sé...

T: ¿Sabes dónde estás?

AP: Pues, estoy aquí.

T: ¿Sabes que estás en un cuerpo que no te pertenece?

AP: Pero yo no estoy dentro del cuerpo. (Lo tiene bien claro.)

T: Muy bien, ¿y cómo es que llegaste hasta Juanjo?

AP: Porque él es muy grande, tiene fuerza y yo estoy a gusto aquí con él.

T: Muy bien; mira, ahora yo te voy a ayudar a que recuerdes qué fue lo que pasó. Contaré hasta tres y, al llegar a tres, recordarás qué fue lo que le pasó a tu cuerpo, el cuerpo que tenías antes de estar aquí. Uno, dos, tres. Adelante, ¿qué le pasa a tu cuerpo?

AP: Estoy tirado...

T: Sigue.

AP: Me duele mucho la cabeza, me golpearon, no puedo levantarme.

T: Eso es, adelante, yo estoy aquí y voy a ayudarte. ¿Quién te ha golpeado?

AP: El contrario, yo no estaba listo para combatir. Ahora... me duele.

T: Eso es, deja salir todo eso. ¿Qué más?

AP: La gente grita, hay luces, focos. ¿Qué pasa?

T: Eso es, ¿qué está pasando?

AP: Yo estaba en el comedor y... contaban gilipolleces —sacudiendo el cuerpo.

T: ¿Qué le pasa a tu cuerpo?

AP: A mi cuerpo no le pasa nada. ¿Qué ha pasado con mi pelo? —sorprendido y tocándose el pelo—. Yo tengo el pelo rizado, pero... ¡me habéis pelado!!!

T: ¿Y cómo es tu piel?

AP: Mi piel es negra.

T: Muy bien, ahora fíjate, ¿de qué color es la piel de este cuerpo?

AP: Blanca.

T: Muy bien, ahora entonces vete al momento previo al combate y todo se aclarará.

AP: Primero dime por qué mi piel es blanca y por qué tengo poco pelo —moviendo enérgicamente el dedo índice derecho.

T: Lo que sucede es que todo ocurrió de golpe (y a los golpes) y no tuviste tiempo de darte cuenta. Tu cuerpo, el cuerpo que era tuyo, murió, pero el alma no muere nunca y, como estabas confundido, te acercaste al cuerpo de Juanjo porque es fuerte como el de un boxeador y quedaste atrapado en su campo vibratorio. Es por eso que tienes la piel blanca y poco pelo, pero en realidad este cuerpo no te pertenece. Ahora tienes la oportunidad de ir a la Luz y allí podrás descansar y no necesitarás boxear ni golpear ni que te golpeen para ganarte la vida. Todo eso ya quedó atrás. Contaré hasta tres e irás al instante

previo a la muerte de tu cuerpo. Uno, dos, tres. Fíjate cómo te pegan, cómo el cuerpo cae al piso.

AP: Sí, estoy ahí en el piso, no sé qué pasa, no me puedo levantar.

T: Y entonces, ¿qué sucede?

AP: Me llevan al vestuario.

T: Muy bien, ¿y qué pasa allí en el vestuario?

AP: Estoy en una camilla, pero tampoco me puedo levantar.

T: Muy bien, ahora quiero que prestes mucha atención. Escucha, ¿qué es lo que dice tu entrenador cuando estás allí en el vestuario y no te puedes levantar?

AP: Dice que estoy muerto. ¡Oh, Dios!

T: Tranquilo, que todo se va a arreglar. Ahora fíjate una cosa más, ¿dónde estás tú cuando el cuerpo está muerto?

AP: Estoy encima del cuerpo.

T: Muy bien, ahora quiero que prestes atención porque cuando estabas allí, fuera del cuerpo, te estaban esperando. Fíjate bien, ¿quién está allí?

AP: No me hagas reír; ¡hay una luz!

T: Eso es, muy bien. ¿Cómo es esa luz?

AP: Va y viene.

T: Pues esa luz que va y viene te está indicando el camino a seguir. Ahora yo voy a ayudarte a seguir ese camino. ¿Estás de acuerdo?

AP: Sí, sí.

T: "Humildemente, Señor, te pedimos en este día que envíes a tus ángeles protectores para que vengan a buscar a este hijo tuyo que se ha perdido. Te imploramos, Señor, para que tus ángeles lo lleven de regreso al seno de la patria celestial". Fíjate que vienen a buscarte unos ángeles en una espiral de luz.

AP: Sí.

T: Muy bien, ahora podrás dejar atrás todo el pasado. Tómate de las alas de los ángeles y así entrarás en la Luz y todo estará bien. Que Dios te bendiga... Muy bien, ¿hay alguien más allí que quiera decir algo? Adelante, sea quien sea. ¿Sííí?

AP: .... (Silencio, pero el cuerpo de Juanjo se sacude con un movimiento brusco.)

T: ¿Sííí? Adelante, ahora puedes hablar.

AP: ¿Qué pasó? —con una voz diferente—. Se me cayó todo encima. ¡Todo! ¡Todo! ¡No hay luz!

T: Eso es, ¿qué más?

AP: Se oyen gritos, ¡esto se hundió!

T: ¿Qué es lo que se ha hundido?

AP: El edificio, ¿qué pasó ahí?

T: ¿En qué edificio fue? (Sospechando lo que venía.)

AP: En las torres, pero eso no puede ser. Estoy soñando, tengo que estar soñando. Eso no puede ser. Este edificio es indestructible.

T: ¿Cómo te llamas?

AP: Pedro Manuel, soy colombiano, pero trabajo aquí. No, esto no puede ser.

T: Lo sé, pero todo eso que no puede ser ha sucedido.

Pedro Manuel: Pero, ¿qué pasa? ¡Estoy soñando...!

T: No estás soñando, aunque no lo puedas creer ha ocurrido. Fíjate, ¿cómo está tu cuerpo?

P: Aplastado de la cintura para abajo. ¡Está aplastado! ¡Dime que pasó! —con tono exigente.

T: Hubo una explosión y el edificio se derrumbó y tú quedaste aplastado debajo de los escombros. Murió mucha gente allí. Yo sé que esto es muy duro de escuchar. Todo el mundo se ha conmovido con este suceso.

P: Pero ahora puedo mover las piernas...

T: Yo te voy a contar. Mira, yo soy argentino...

P: Ya lo sé, hermano. Me di cuenta por tu acento. (Aquí, yo no pude evitar la emoción.)

T: Bien, pero ahora no estamos ni en Argentina ni en los Estados Unidos, estamos en España, en Barcelona.

P: Ja, ja. ¿Y qué más?

T: Estamos en un curso en el que estamos trabajando con las almas perdidas. Las almas perdidas son seres que ya han desencarnado, pero no se dan cuenta de ello porque están confundidas y, entonces, se quedan en la atmósfera terrestre y terminan atrapadas en un cuerpo que no les pertenece.

P: Entiendo lo que dices porque mis padres hablaban de esas cosas.

T: ¿Qué te contaban tu mamá y tu papá?

P: Que había vida después de la muerte; que el espíritu no muere nunca. Ellos hablan de espíritus, ¿me oyes?

T: Claro que sí y, dime, ¿tus padres viven? ¿Cómo se llaman?

P: Mi madre se llama Esther y mi padre Manuel. Yo tengo veintisiete años.

T: ¿Quieres darles algún mensaje a tus padres?

P: Sí, pero ¿quién se lo va a decir?

T: Nosotros.

P: Pero mis padres no oyen a los espíritus; hacían cosas para hablar con ellos, pero no los oyen.

T: ¿Y qué cosa quisieras decirles?

P: Que es verdad; que la muerte no existe porque yo estoy aquí, en Barcelona, y yo estaba aplastado debajo de los escombros. Y luego ya no estoy muerto, estoy aquí, en espíritu, pero ellos no oyen a los espíritus.

T: Se lo comunicaremos nosotros.

P: ¿Pero qué hago aquí en Barcelona? ¿Cómo he venido aquí?

T: Te ha traído la Luz para que pudieras comprender tu estado actual. Antes estabas confundido y no sabías qué era lo que había pasado, pero ahora ya sabes que has desencarnado y, entonces, podrás regresar a la Luz. Verás qué fácil que resulta. ¿Hay alguien más allí contigo que quiera ir a la Luz?

P: Sí, bastantes. Son muchos.

T: Muy bien, te los vas a llevar contigo a la Luz.

P: Pero es que ellos no saben lo que está pasando. Están igual que yo.

T: Me imagino, pero ahora tú sí sabes lo que ha sucedido. Explícaselos tú.

P: .... No se lo creen —luego de una pausa prolongada.

T: Diles que fue un atentado terrorista. Fueron dos aviones que chocaron contra las torres y éstas se incendiaron y se derrumbaron.

P: Nosotros vimos que estábamos y, de repente, ya no estábamos. Todo tembló y, de improviso, todo cayó encima de nosotros... ¡Ahhh! —hondo suspiro—. Creo que ahora sí, ya estamos preparados para ir a la Luz. Me lo ha dicho uno de ellos... somos cincuenta. Hay una chica que se llama Jenifer, es pelirroja y también está aplastada.

T: Muy bien, buen trabajo, Pedro. Ahora vamos a pedirle a Dios para que vengan a rescatarlos. "Humildemente, Señor, todos los presentes aquí te pedimos que envíes a tus ángeles protectores para que vengan a rescatar a estos seres que están perdidos en la confusión. Te rogamos que envíes tu rayo de luz para que estos seres puedan regresar al seno de tu gloria". (Rezamos el Padre Nuestro, Ave María y Gloria.) Eso es, Pedro. Ya están aquí los ángeles. Vayan

todos hacia la Luz para renacer en un nuevo mundo de amor.

P: Gracias, hermano. Adiós.

T: Y ahora, Juanjo, regresarás aquí, a tu conciencia física habitual. Te envolverás en el color azul y repetirás conmigo. Yo soy yo, profundamente yo; yo soy Juanjo y en mi cuerpo físico y en mi campo vibratorio mando yo.

Juanjo: Yo soy yo, profundamente yo. Yo soy Juanjo y en mi cuerpo físico y en mi campo vibratorio mando yo.

***

Sinceramente, la experiencia de Juanjo fue totalmente inesperada y nos sorprendió a todos los presentes. Juanjo no registraba antecedentes traumáticos, pero llevaba varios años de práctica hospitalaria en el servicio de emergencias, de modo que hacía tiempo ya que venía trabajando en un ambiente de riesgo. El boxeador eligió a Juanjo por su fortaleza y es probable que se haya adherido en algún momento de su trabajo hospitalario. Sin embargo, no puede adjudicarse la presencia de Pedro Manuel y de sus compañeros a alguna debilidad en el campo de protección de Juanjo. El mecanismo aquí es otro. Suele suceder que, cuando hablamos de las almas perdidas en los cursos, los maestros de luz aprovechen esta circunstancia para ayudar a los seres que se encuentran confundidos.

Así como nosotros no vemos a las almas perdidas, salvo excepciones, de la misma manera las almas perdidas, debido a su permanencia en el plano físico, no pueden ver la Luz ni a los guías espirituales, pero sí pueden vernos y oírnos a los seres vivos. Por ese motivo, los guías o maestros espirituales suelen traer a nuestras clases a grupos de almas perdidas para que escuchen la enseñanza y puedan despertar así a la consciencia de la Luz. A decir verdad, este es el trabajo que nos compete a los terapeutas y a todos los que quieran ayudar a las almas perdidas. Nosotros sólo hacemos una parte del trabajo. Nuestro trabajo consiste en despertar en el alma perdida la consciencia de la Luz. Una vez que se logra esto, los seres de luz se encargan del resto. En el caso del grupo de Pedro Manuel, apenas hacía un mes del atentado a las torres gemelas de Nueva York. Es de suponer que muchas de las almas de las personas que sucumbieron en el

atentado todavía estaban en medio de la confusión. No hay que sorprenderse que de pronto aparecieran en España. En la dimensión de la energía no hay distancia ni geografía. Todo es instantáneo y simultáneo. Es probable que experiencias similares hayan tenido lugar en sitios o encuentros de oración. Si al leer estas líneas, alguien reconoce a Pedro Manuel, sabrá que tanto él como sus compañeros están bien, vivos, en la Luz.

Un año después de esta experiencia le pedí a Juanjo que me escribiera unas líneas relatándome sus impresiones.

“Recuerdo que era el tercer día del curso, lunes y, durante la mañana, me sentía perfectamente bien escuchando tu disertación sobre cómo plantear la terapia en el caso de pacientes influenciados por almas perdidas. Pero durante el almuerzo empecé a sentirme extrañamente incómodo en la compañía de mis compañeros cuyo tema de conversación seguía relacionado con todo lo acontecido en el aula durante la mañana. Esta incomodidad llegó al extremo de hacerme levantar de la mesa y retirarme a mi bungalow cuando mi costumbre era la de ser de los últimos contertulios en abandonar la mesa. Ya en el bungalow me recosté en el sofá y encendí el televisor, pero no podía prestarle atención. Me sentía enfadado con todo y con todos, estaba aturdido y mi pensamiento era ‘esta gente no sabe hablar más que de lo mismo y de lo mismo, son inaguantables’. Más tarde, ya de camino hacia el aula para iniciar el trabajo de la tarde, me sentía aún más incómodo y tenía una sensación extraña, como si no fuera yo. De repente era como si no me importara nada el tema de vidas pasadas y de almas perdidas; era como si no entendiera nada o como si todo esto no me importara nada. Ya en el aula fuiste tú, José Luis, quien me notó algo raro y me invitaste a recostarme en el colchón para trabajar esa sensación extraña que yo sentía. Al poco pude ver perfectamente cómo un hombre, negro y grande, estaba íntimamente pegado a mí y pude ver y saber, en ese momento, que se trataba de un boxeador que estaba tirado boca abajo sobre el suelo azul y deteriorado de un ring. Sabía que era el año 1921 y, también en ese momento, pude experimentar una gran fuerza física en mi cuerpo. A partir de ahí no recuerdo nada de lo que pasó a excepción que lo vi alejarse de mí con mucha paz, sin violencia y rodeado de una gran luz. A los pocos minutos y de forma repentina me impresionó ver cómo un techo caía bruscamente sobre mí aplastándome tanto a mí como a un grupo de personas entre las que se encontraba una mujer joven de pelo rizado que se llamaba Elizabeth y a partir de allí no recuerdo nada a excepción de ver a toda esta gente

alejarse con mucha paz y envueltos en una gran luz.”

Los miedos de un niño

La última experiencia que veremos aquí pertenece a Carlos Fauria y a Esther Echagoyen, de Barcelona, quienes se formaron en TVP en el tercer curso intensivo dictado en España. Juntos, Carlos y Esther ayudaron a Pedro, un niño de once años.

Martes 30 de noviembre de 2004

Terapeutas: ¿Qué quieres tratar, Pedro?

Pedro: Los miedos que tengo. Duermo con la luz encendida.

T: Respira profundamente dos veces, cierra los ojos y dime, ¿cómo es ese miedo?

P: Veo sombras, veo cosas. De noche, al dormir, dejo la luz encendida y, cuando me duermo, mi madre me la apaga. Con la luz apagada siento que me molestan.

T: ¿Cómo te molestan?

P: Siento que algo se pone encima de mí. A veces siento como aire frío sobre mi cara.

T: ¿Y tú qué haces?

P: Me asusto y entonces enciendo la luz.

T: ¿Qué sientes en ese momento?

P: Que alguien se esconde. Se esconde detrás de una mochila o de una chaqueta en mi habitación. Siento escalofríos en todo el cuerpo. Siento miedo en el pecho

y en el estómago, como algo que sube desde abajo hacia arriba.

T: ¿Te pasa sólo de noche eso que sientes?

P: A veces me pasa también de día. Me molesta de día cuando estoy solo. Si hay más gente conmigo no pasa. Se esconde detrás de la puerta o del radiador. Si miro cambia de sitio y cambia de forma; puede aparecer de formas diferentes.

T: ¿Sabes por qué te asusta esa presencia?

P: No.

T: ¿Y si supieras?

P: Me quiere asustar, no sé por qué.

T: ¿Tiene alguna relación familiar contigo?

P: No sé. Ninguna.

T: ¿Estás dispuesto a prestarle tu voz para que él nos pueda hablar?

P: No entiendo.

T: Quiero decir si dejas que esa presencia hable a través de tu voz por tu boca.

P: ¿Cómo? ¿Qué si yo digo lo que él quiere decir?

T: Sí. A ver, ¿cuál es su nombre?

P: No lo quiere decir.

T: ¿A qué se debe que no lo quiera decir?

P: Es que no quiere que lo sepas.

T: Pregúntale si le puedo llamar Juan.

P: Me dice que no se llama Juan y se ha enfadado mucho.

T: ¿Y qué tal te parece si te llamo Antonio?

P: No me dice nada.

T: Bien, entonces te llamaré Antonio.

P: Dice, “me parece que estáis de guasa”.

T: ¿Antonio, a qué se debe que estés con Pedro?

P: Dice, “me divierto mucho”.

T: ¿Y qué ganas tú con asustarle?

P: Dice, “me divierte”.

T: ¿Y eso te hace feliz?

P: Dice, “no”.

T: Mira, Antonio, me gustaría que supieras que aquí donde estás no puedes ser feliz ya que no puedes sentir el amor, el afecto, los abrazos y las caricias de los seres queridos. ¿Cuánto tiempo hace que no sientes todo esto? Allí, en el lugar donde están las almas sentirías amor, paz y felicidad. ¿Qué dices?

P: No está, se ha ido. Se ha escondido detrás de la puerta.

T: Lo llamamos. Dile que use tu voz. Mira, Antonio, me gustaría saber qué te ocurrió la última vez que tuviste cuerpo. ¿Qué te ocurrió un poco antes de dejar el cuerpo?

P: Me aplastaron. Yo era huérfano, no tenía padres. Yo era pequeño, pero no de edad, sino de estatura. Necesitaba tres taburetes uno encima del otro para llegar al mostrador del bar.

T: ¿Qué más ocurre?

P: Estoy en el bar, entra un niño que es grande, me coge y me lleva a su casa. En su casa, cuando se enfada, me pone en el suelo y con su pie me aplasta y me muero.

T: ¿Y qué ganas de estar con Pedro?

P: Que ahora yo lo quiero aplastar a él.

T: ¿Y no crees que Pedro ya ha sufrido bastante igual que tú? Ya habéis pagado bastante el enfado de aquel niño que te aplastó. Creo por tu bien que ya te mereces volver, estar con tus seres queridos, conocer o ver a tus padres y sentir sus abrazos y su amor, todo aquello que hace tanto tiempo que no disfrutas. Para ello sería conveniente que te dejaras llevar a ese lugar en que las almas tienen paz y felicidad. ¿Qué opinas?

P: No dice nada, está llorando...

T: Pues dile que mire hacia arriba a la derecha, que sus seres queridos o ángeles vendrán a buscarlo.

P: Sí, acepta.

T: Mira hacia arriba, ¿ves que vienen a recibirte?

P: Veo como una cuerda, que va hacia arriba.

T: Dile que suba por la cuerda. ¿Qué hace?

P: Sí, sube.

T: ¿Va hacia la Luz?

P: Sí, parece que hay mucha luz arriba, pero esa cuerda, es la cuerda de un helicóptero y él sube por esa cuerda.

T: Mira, Pedro, si hay alguien más aquí contigo...

P: No, pero por aquí salen más seres que quieren subir por la cuerda.

T: Bien, pues diles a todos los que estén allí que suban y que se dirijan hacia la Luz.

P: Suben todos, pero hay tantos que van a romper la cuerda de tantos que son. Al final, el helicóptero sube y se los lleva arriba.

T: Fíjate si se han ido todos.

P: Hay uno que iba a subir, pero no ha podido y se ha quedado en el suelo.

T: Dile que mire hacia arriba a la derecha y que algún ángel o ser querido lo vendrá a buscar.

P: No veo a nadie que venga, pero parece que le salen unas alas. Quiere subir, pero no sabe utilizarlas. Se eleva, pero no sabe volar y vuelve a caer. Parece que va aprendiendo a volar y, al final, sí, se eleva. Va hacia arriba donde hay una puerta de luz, entra, se cierra un lado y después se cierra el otro lado.

T: ¿Ya están todos?

P: Sí, han sido muchos los que han subido, más de cien, han sido ciento y pico...

T: ¿Quieres tratar algo más?

P: No me acuerdo ahora.

T: Escoge un color de tu agrado.

P: Azul.

T: Siente una nube de color azul, potente y protectora, que baja, te cubre, la respiras y penetra en todo tu cuerpo.

P: Siento que todo es azul, todo el mundo es azul, todo está cubierto de azul. Ahora veo como fuegos artificiales en el cielo. También veo que del cielo caen muchas cartas, cientos de cartas.

T: Todo es azul y, ¿tú también estás azul?

P: ¡No! Yo estoy de verde, ja, ja, ja. Parece todo tutocolori.

T: Y esas cartas, ¿qué son? ¿Sabes lo que dicen? Abre una y léela.

P: Leo “Gracias, de parte de un amigo” y en todas las cartas pone lo mismo.

T: Y, cuando lo consideres, volverás a este día, martes treinta de noviembre de dos mil cuatro, aquí en Barcelona.

***

¿Qué os parece? El niño salió de este trabajo diciendo “me voy sintiendo más vivo”. La madre contó que el gato que tienen rehuía a Pedro antes de la regresión y que cierta vez se le tiró encima muy asustado. Desde que Pedro hizo su trabajo terapéutico y se desprendió de las almas perdidas que lo acosaban, el gato pasa mucho rato a su lado y en su habitación. Al niño le gustó mucho la experiencia y pidió hacer otra regresión.

***

Al igual que Gabriel en el capítulo anterior, Pedro nos demuestra que a los niños les resulta muy fácil y natural trabajar con almas perdidas. Después de todo, muchos niños ven cosas que los adultos no podemos ver. Para ellos, la realidad espiritual es algo natural y accesible y se sorprenden mucho cuando un adulto les dice que no puede ver lo que ellos ven.

¿Cuántas veces los niños expresan su temor a la oscuridad y los adultos minimizamos su temor y no nos damos cuenta de la pesadilla que quizás están viviendo? ¿Cuántas veces afirman tener amigos invisibles o presencias que los molestan? Pienso que estas experiencias pueden ayudarnos a confiar en las verdades de los niños y a tomar consciencia de la necesidad de cuidar la integridad de su campo vibratorio protector. Recuerden que la mayoría de las almas perdidas se adhieren en la infancia por descuido, trauma o simplemente por desconocimiento.

Hasta aquí hemos visto la actuación y la influencia que ejercen las almas perdidas propiamente dichas. En los próximos capítulos veremos en acción a otro tipo de entidades cuyos efectos suelen ser más nocivos para la persona involucrada.

Capítulo V

Obsesores

Denominamos obsesores a un tipo de entidades en particular y obsesión al efecto que provocan en la persona a la cual invaden. Definimos la obsesión como la acción persistente que una entidad espiritual ejerce sobre un individuo vivo con la firme intención de provocar un perjuicio en éste. El alma perdida causa trastornos en una persona por su sola presencia, porque es un elemento extraño en el campo vibratorio de ésta, pero no tiene, al menos inicialmente, la intención premeditada de dañar a la persona. Por el contrario, lo que caracteriza al obsesor es la intención. El propósito del obsesor es decididamente hostigar o causar daño a una persona determinada. No obstante, cualquier alma perdida, ya sea familiar u oportunista, puede convertirse en un obsesor cuando comienza a interferir adrede en la vida de la persona en quien se está hospedando. De hecho, ya hemos visto algunos ejemplos de esta naturaleza.

La mayoría de los obsesores tienen un origen kármico. Esto significa que la entidad que está hostigando a la persona ha estado en relación con ésta en existencias previas y lo más probable es que busque vengarse de la persona en cuestión por algo que ésta le hizo en una vida anterior. Así, acosará a la persona haciéndole la vida imposible, confundiéndola, llenándole la cabeza con pensamientos destructivos, desvalorizándola, etc. Es posible que el obsesor sea alguien conocido de la vida actual de la víctima. Por ejemplo, un ex-socio que falleció luego de que se disolviera la sociedad, un marido que no quiere que su esposa vuelva a casarse, un pretendiente rechazado, una mujer despechada, una suegra rencorosa, la víctima de un crimen o, incluso, el alma de un bebé que fue abortado. La venganza es el primer móvil de un obsesor y, en la búsqueda de la sanación, en algún momento la persona afectada tendrá que hacerse responsable de la acción original. Puede que el obsesor y la víctima necesiten alcanzar una comprensión mutua sobre la causa de su situación desde el punto de vista del otro. En ocasiones, la enemistad puede venir de varias vidas en las cuales se han estado persiguiendo alternativamente uno al otro. Generalmente el obsesor tiene sus razones para fastidiar a la persona, pero a menudo no tiene otro interés que provocar el mal y se divierte al hacerlo. Otras veces, el obsesor ha sido enviado por otra inteligencia para provocar el daño, como si se le hubiese encomendado

esa misión en particular. Sobre estas entidades hablaremos más adelante.

Es necesario comprender cómo despliega su accionar el obsesor, ya que esto puede llevar muchos años. El punto que el obsesor alcance en esta acción dependerá de su propósito inicial y del grado de consciencia y de la voluntad de la persona afectada.

Allan Kardec describió tres variedades principales de obsesión: la obsesión simple, la fascinación y la subyugación. Estas variedades describen lo que puede acontecerle a un médium, pero la obsesión es algo que puede ocurrirle a cualquier persona. Por ese motivo, considero que hay una etapa anterior a la obsesión simple y ésta es la obsesión inconsciente.

La obsesión inconsciente tiene lugar porque nuestra conciencia está focalizada mayormente en las preocupaciones cotidianas y porque en general ignoramos o desconocemos la realidad del mundo espiritual. El obsesor no necesita de nuestro permiso para actuar y nuestra ignorancia y escepticismo facilitan su tarea. Es posible que una persona tenga uno o más obsesores y transcurra toda su vida sin que nunca se dé cuenta de ello. Pero, ¿cómo se puede manifestar esto? En los inconvenientes cotidianos, en pequeños accidentes, sobre todo accidentes tontos, usualmente accidentes domésticos. Por ejemplo, subirse a una silla para cambiar una bombilla eléctrica e, inexplicablemente, perder el equilibrio y caerse. O subir por una escalera, trastabillar y rodar por los escalones. La persona no se cae de casualidad, sino que la empujó el obsesor. Otro ejemplo: una persona va a la cocina, abre la llave del gas para encender la hornalla y justo, en ese momento, suena el teléfono. La persona no alcanza a encender la hornalla, corre a atender el teléfono y olvida que dejó la llave del gas abierta. Más tarde enciende un fósforo y... ¡pum! Para el obsesor es suficiente un segundo de distracción y eso es lo que él aprovecha. La persona no se da cuenta de que hay alguien más allí que está provocando todo esto. Otra forma de reconocer la obsesión inconsciente son las dificultades o inconvenientes constantes y repetidos para todas las cosas que se quieren hacer o experimentar un freno o un bloqueo al llevar a cabo determinadas acciones. También es posible que se pierdan objetos o que no se recuerde dónde se los guardó. A veces, algunas personas se dan cuenta de que algo extraño está sucediendo, pero no saben cómo explicarlo. Inclusive, hasta sienten que alguien las ha empujado, pero, ¿quién les va a creer?

La obsesión simple es el siguiente grado. La persona comienza a escuchar voces

al oído o siente como si alguien hablara dentro de su cabeza o puede identificar pensamientos extraños que no le pertenecen. Las voces pueden insultar al individuo o desvalorizarlo diciéndole cosas como “no servís para nada” o “sos un inútil” o “no valés nada”, pero también pueden darle órdenes como “hacé tal cosa” o “no hagas eso” o “no vayas a tal lugar” o “no vayas a la consulta del terapeuta”. Recuerdo a un muchacho que vino a la consulta veinte minutos antes de la hora establecida. Le pedí que aguardara unos minutos en la puerta de calle y, cuando bajé a abrirle, el muchacho ya no estaba. Más tarde me dijo que, mientras estaba esperando en la puerta, las voces que escuchaba habitualmente lo convencieron de que se fuera porque Cabouli era un charlatán y que no le convenía verme.

En ocasiones, las voces pueden ser más agresivas e incluso incitar al suicidio. Algunos pacientes relataron que las voces les decían cosas tipo: “matate”, “¿por qué no te pegás un tiro?”, “tirate por la ventana”, “dale, aprovechá ahora”. Con el tiempo, las voces acaban obsesionando a la persona de distintas formas, según el tenor de las expresiones.

En esta etapa, si la persona que escucha las voces es un sensitivo que ya tiene conocimiento, es el momento en el cual puede dominar y apartar al obsesor. Hay muchos médiums que experimentan este acoso, pero saben cuál es la causa que lo origina y pueden controlarlo. Pero si esto le ocurre a una persona que no tiene idea de lo que está sucediendo, ¿a quién recurrir? ¿Quién me va a creer? ¿Y si piensan que estoy loco?

No siempre el obsesor se presenta en forma agresiva. En ocasiones, la entidad trata de seducir al individuo explotando ese talón de Aquiles que todos tenemos: la vanidad. El obsesor comienza así un trabajo de largo aliento cuyo verdadero objetivo es el siguiente paso: la fascinación.

La fascinación es una ilusión producida por la acción directa de la entidad espiritual sobre el pensamiento del individuo. Comienza con la obsesión simple cuando la entidad, en lugar de hostigar a la persona, procura adularla exaltando sus cualidades y, sobre todo, estimulando su vanidad. Es así como la persona puede escuchar lisonjas de este tipo: “tú eres el mejor terapeuta del mundo”, “ya estás preparado para cumplir con tu misión”, “yo soy el guía designado para guiarte en esta nueva etapa” o “tú eres un iniciado en los misterios ocultos” y cosas por el estilo. En particular, esto sucede con médiums escribientes o personas que reciben mensajes canalizados. La entidad procura ganarse la

confianza de la persona hasta que ésta queda fascinada con aquélla y pronto pierde su juicio crítico, aceptando como verdadero todo lo que el ser le dice o le dicta. En este estado la persona está totalmente fascinada con el obsesor y hace lo que éste le dice, pudiendo llegar incluso a realizar acciones ridículas. Allan Kardec describe claramente la consecuencia de la fascinación:

"...A favor de esta ilusión el Espíritu conduce a aquel a quien ha logrado dominar como lo haría con un ciego, y puede hacerle aceptar las doctrinas más extravagantes y las teorías más falsas como siendo la única expresión de la verdad..."

Un ejemplo sencillo de fascinación es lo que le ocurría a un hombre joven que veía una imagen insólita al tiempo que una voz seductora le hablaba al oído. La imagen correspondía a Jesús visto de espaldas, pero cuando Jesús se volvía, este hombre veía su propio rostro en la imagen de Jesús. El hombre llegó a la consulta confundido y angustiado al mismo tiempo porque la voz le decía que él era Jesús. "¿Cómo puedo ser Jesús? —se preguntaba— si yo sé que no puedo serlo". No obstante, tampoco quería dejar de creer en esto. Finalmente, el obsesor que estaba provocando esta ilusión se manifestó y lo dijo claramente: Lo que pasa es que su vanidad lo traiciona; yo le hablo y a él le gusta que yo se lo diga.

El grado máximo de obsesión es la subyugación. Este es el estado más grave de obsesión. Aquí, el individuo objeto de la obsesión está bajo el yugo del obsesor que ha logrado someter a la persona a su voluntad. Esto es lo que el obsesor buscaba desde un principio: un instrumento, el control y el dominio total de la voluntad de la persona a su antojo. En la subyugación, la voluntad de la persona está restringida y, en el peor de los casos, anulada. Esto no sucede de un día para otro y requiere de ciertas condiciones, ya que el obsesor no puede hacer esto con cualquier persona. Para lograrlo el obsesor necesita que la persona elegida tenga una voluntad débil y sea vulnerable en su personalidad de base, ya sea por traumas en la infancia, hábitos nocivos o alteraciones emocionales importantes. Depende también de la persistencia del accionar del obsesor en el tiempo, ya que si la persona se da cuenta de lo que está sucediendo y trabaja ejerciendo su voluntad, corrigiendo sus vicios y sanando sus emociones es posible que el

obsesor desista de su propósito y, en el camino, se sane él también.

La subyugación es el estado que se confunde con la posesión del cuerpo. Como el obsesor controla la voluntad de la persona, hay momentos en que la conciencia de ésta es desplazada por la fuerza psíquica del obsesor, quedando la persona en estado inconsciente. Es entonces cuando el obsesor se manifiesta y la persona parece otra. Como la persona ha estado inconsciente, cuando el obsesor se retira, aquélla no tiene idea de lo que sucedió. Es así como parece que la persona estuviera poseída, pero el obsesor no necesita estar dentro del cuerpo de nadie. Basta con anular la voluntad de la persona para así poder manifestarse y actuar él manejando el cuerpo de la persona como si ésta fuese una marioneta.

El obsesor puede hacer esto por simple diversión o puede ser que necesite un instrumento dócil para cumplir un propósito determinado; por ejemplo, vengarse de otra persona a través del sujeto subyugado. En el estado de subyugación total, una persona podría llegar a matar sin siquiera tener consciencia de lo que está haciendo porque, en ese momento, no es ella misma sino que está siendo instrumento de otro. Las leyes penales, sin aludir a esto, obviamente, incluyen la figura del estado de obnubilación de la conciencia o de exaltación emocional, en el cual el criminal es inimputable. Claro que en las condiciones actuales esto es imposible de demostrar, pero es posible que en ese instante de obnubilación de la conciencia, cuando la persona está inconsciente porque su conciencia ha sido anulada, sea el otro quien esté actuando. Este es el caso típico descripto clásicamente como posesión demoníaca porque parece que la persona estuviese poseída, pero ahora ustedes saben que no hay una posesión real del cuerpo. Todo lo que la entidad necesita es manejar la conciencia de la persona para controlar su cuerpo. No hay posesión, hay sujeción de la voluntad.

Esta pérdida total de la consciencia con manifestación subsecuente de otra personalidad yo la he observado en mi propio consultorio en varias ocasiones. Una de las experiencias más increíbles fue la de una mujer cuyo obsesor era la suegra, pero... ¡la suegra estaba viva! Aunque parezca inverosímil, esto puede ocurrir. Hasta aquí sólo lo he visto en cuatro o cinco ocasiones, pero otros autores también lo refieren. En este caso en particular la suegra pretendía que su hijo abandonara a su esposa, para lo cual hostigaba constantemente a esta mujer. Cuando la suegra se manifestaba en mi consultorio, lo decía claramente: La voy a volver loca, así mi hijo se va a cansar y la va a dejar. La suegra obraba a favor de la débil voluntad de la paciente. Ésta sentía que una sombra se abalanzaba sobre ella y, en ese momento, se quedaba paralizada y perdía la consciencia.

Como en una de estas ocasiones la paciente llegó a pegarle al marido, un día vinieron los dos juntos a la consulta. Afortunadamente, el marido sabía que era su madre quien se manifestaba cuando la esposa perdía la conciencia. Estando marido y mujer en mi consultorio, le pedí a la paciente que se extendiera sobre la alfombra. Inmediatamente la mujer sintió que la sombra se le venía encima. Yo le pedí que resistiera y que no permitiera que la otra tomara el control. Fue inútil; casi instantáneamente la mujer perdió la consciencia y apareció la suegra. Golpeando violentamente el piso con el puño gritó: ¡Aquí no se va a hacer terapia!. Inmediatamente se levantó con furia, se calzó los zapatos y saliendo de la habitación corrió hacia la puerta del departamento. Allí la alcancé, impidiéndole salir. Entonces se sentó en el living diciendo: No importa, esperaré a que venga a buscarme mi otro hijo. Como el marido era iniciado en reiki, le indiqué que colocara sus manos sobre la cabeza de su esposa. Yo hice lo mismo y, al cabo de unos minutos, la mujer volvió en sí. Cuando abrió los ojos y se vio sentada en el living con los zapatos puestos, abrió los ojos desmesuradamente y preguntó: ¿Qué hago aquí? ¿Qué pasó? Como suele ocurrir en estos casos, absoluta inconsciencia de todo lo ocurrido.

Seguidamente, entraremos en la dimensión de los obsesores, aunque ya hemos tenido un adelanto entre las almas perdidas. Tanto en éste como en los dos capítulos siguientes veremos en acción a diferentes tipos de entidades con distintas formas de presentación y de estrategia, aunque, finalmente, los efectos resultantes sobre las personas vivas son prácticamente los mismos.

Luz

Aníbal faltó a su primera entrevista; cuando finalmente vino, quince días después, me dijo: Me costó llegar acá, todo me cuesta. Hoy, si no vengo con mi mujer, no llego.

A los cuarenta y un años Aníbal se encontraba al borde de la quiebra material. Sentía que su vida estaba llena de trabas, aunque reconocía que él mismo se ponía las trabas. Tenía un pequeño taller que había heredado de su padre. Cuando trabajaba, las cosas iban bien. Sin embargo, solía desaparecer por un par de días de su casa y, obviamente, también del taller. No sabía cómo sucedía eso, no podía controlarlo.

—Parezco un vagabundo tratando de reventar de noche la bronca que tengo. Parezco un vampiro —me decía Aníbal.

Al cabo de media hora de entrevista, ya en confianza, Aníbal espontáneamente me dijo:

—Creo que hay algo dentro de mí.

—¿Cómo es eso? —le pregunté, intuyendo lo que se venía.

—Hay algo que me está dominando y me lleva por donde no tengo que ir. Hay algo burlón dentro de mí. No soy yo cuando tomo actitudes que no son normales. Es como si fuera otro yo. Estoy dividido en dos personas. Siento que soy un Aníbal dentro de otro Aníbal. Peleo conmigo mismo, charlo con esa persona que está dentro de mí. La gente que me conoce dice que soy soberbio. Dicen que cuando hablo digo palabras hirientes y yo no me doy cuenta de eso. La vez pasada que no vine me mentí a mí mismo. El otro yo no me dejó llegar. No fui yo.

Con esta declaración, sin saberlo, Aníbal había definido lo básico de una subyugación, esto es, el dominio de la persona por una voluntad invisible. Sin más trámite le propuse trabajar allí mismo; yo no quería arriesgarme a que

faltara a la próxima sesión.

Jueves 10 de octubre de 1991

Terapeuta: Muy bien, Aníbal. Dejá salir todo lo que sientas, toda esta angustia.

Aníbal: Quiero sentirme feliz porque si uno es feliz sale todo lo demás. Hasta saldrían las cosas del trabajo. Volvería a trabajar, poder cumplir, poder comprar las cosas en mi casa.

T: Muy bien, ahora yo le pregunto a tu inconsciente, ¿hay alguna inteligencia extraña que esté influenciando en tu vida? ¿Sí o no?

A: Sí. Quiero que venga hacia mí porque yo quiero hablar de hombre a hombre. Mi vida es un tormento. No soy yo por las cosas que hago. Soy consciente de que no soy yo. No quiero vivir esa vida, quiero ser feliz. No quiero atormentarme más. Tengo que encontrar la realidad de mi vida. Si existís, vení y decímelo en la cara. Si sos más inteligente que yo, decímelo. ¿Voy a ser infeliz toda mi vida? Perfecto, entonces optaré en la vida por ser un infeliz, pero vamos a hablarlo.

T: Muy bien, Aníbal. Ahora permitirás que este ser se manifieste utilizando tus cuerdas vocales y tu voz para que podamos mantener un diálogo de amigos con él. Permanecerás en forma pasiva sin interferir y yo voy a pedirle a este ser que hable a través de vos y vos le darás permiso para hacerlo. Contaré hasta tres y entonces este ser podrá decir todo lo que quiera decir. Uno, dos, tres. Adelante, ¿qué estás haciendo aquí con Aníbal?

Obsesor: ¿Querés que te diga lo que siento? No me leés lo que siento, ¿no es cierto? Siento estupidez. Siento que soy fuerte y allá abajo siento una voz chiquitita. (La voz es completamente diferente a la de Aníbal y se expresa con tono burlón y despectivo.)

T: ¿Qué estás haciendo con Aníbal? ¿Qué te llevó a unirte a él? ¿Te das cuenta de que éste no es tu cuerpo?

O: Me río de vos, me estoy riendo de vos. No sé qué querés llegar a ver. Hablame.

T: Disculpame si soy un poco pesado. ¿Sabés?, alguna vez tuviste un cuerpo que era tuyo.

O: ¿Así? Y decíme, si vos sabés que yo tenía un cuerpo, ¿cómo era?

T: Bueno, yo no lo sé porque ese cuerpo se murió, pero te voy a explicar algunas cosas que nunca te dijeron.

O: ¿Serás capaz? (Observen que desde el principio el ser se manifiesta en forma burlona y desafiante.)

T: ¿Creés en Dios?

O: ¿Qué es Dios para vos?

T: Dios es el principio creador del Universo. Es el padre de todas las criaturas, es tu padre, es mi padre. Vos y yo somos seres creados y emanados de Dios. Es un padre que ama a todos sus hijos, a todas sus criaturas.

O: ¿Cómo lo representás a Dios?

T: No tiene representación. Dios es la energía del amor.

O: A él le enseñaron eso —señalando a Aníbal.

T: Y a vos, ¿no te lo enseñaron?

O: Suicidate. Te falta mucho, no llegás a mí.

T: Vos sabés que alguna vez tuviste un cuerpo.

O: Dale con el cuerpo, ¿dónde te lo enseñaron, en el jardín de infantes?

T: ¿Qué le pasó a tu cuerpo?

O: Hay un idiota que me molesta, un tarado que anda por ahí, desesperado, allá abajo. Veo que da vueltas.

T: Vos sabés que todos tenemos una parte que es el espíritu. Para crecer, para evolucionar, el espíritu necesita de un cuerpo para hacer su experiencia.

O: ¡Ja, ja, ja!

T: Y cuando ese cuerpo muere…

O: No voy a llorar, tonto.

T: ... Cuando ese cuerpo muere el espíritu vuelve al espacio y, después de un descanso, vuelve a la Tierra a tomar otro cuerpo que le permite seguir adelantando y hacer su experiencia...

O: No me lo digas porque ya lo sé. ¿Por qué me lo insinuás? ¿Querés que lo deje?

T: … y se acerca más a Dios.

O: ¿Qué querés que te enseñe?

T: Tal vez me podés enseñar algo que yo no sé. Vamos a hacer un ejercicio de memoria. Yo te propongo…

O: ¿Querés jugar?

T: Te propongo un ejercicio de memoria a ver si vos sabés tanto como decís.

O: A ver, poneme a prueba —siempre en tono irónico y desafiante.

T: Seguramente sabés qué cuerpo tuviste en tu última existencia física y qué fue lo que le pasó a ese cuerpo. Voy a contar hasta tres y vas a ir al momento de tu última muerte, de tu último cuerpo. Uno, dos, tres. Andá al momento de tu última muerte. ¿Qué le pasó a tu cuerpo? ¿Qué te pasó en esa vida?

O: No quiero llegar a la última muerte porque cuando vos lo dijiste yo ya lo había predispuesto así. No necesitaba que contaras hasta tres porque no iba a llegar a esa muerte. ¿Me ves mal? ¿Estoy intranquilo o nervioso? Mirá qué bien que estoy. ¿Sabés qué? Casi voy, pero no quise. Otra vez no quise. ¿Sabés por qué? Casi voy, bebé. Casi cometo el error de ir. (Noten que conoce perfectamente el juego y el efecto de tomar contacto con el momento de su

última muerte física.)

T: ¿Por qué sería un error ir ahí?

O: Porque no tengo por qué enseñar.

T: Bueno, vos dijiste que sabías todo esto. Dijiste que me podías enseñar muchas cosas.

O: Me estoy sintiendo molesto. ¿Sabés que me voy a ir? No me gusta tu juego. No me gusta que me quieras probar. Yo te estoy probando hace rato y vos no te das cuenta, ¿no es cierto? ¿Sabés que fuiste cura?

T: No me digas.

O: Ahí te veo, con las manitas cruzadas, pero te veo canoso. Tenés una aureola en la cabeza. Sos paciente, estás esperando. ¡Qué sotana larga que tenés! —más burlón todavía—. Pero me gustaría saber dónde estás. Estás ahí parado, mirando, ¿qué mirás? Me estás mirando a mí, paciente. ¡Qué paciente que estás! Pero no te voy a contar nada más. ¿Para qué te voy a contar?

T: No sabía que había sido cura. Ahora voy a pedirte que escuches atentamente esto. Solamente vos podés tomar la decisión de dejar el cuerpo que no te pertenece. Nadie puede sacarte de allí y yo no puedo hacerlo si vos no querés irte, pero sí quiero decirte que, mientras estás en un cuerpo que no te pertenece, estás perturbando la vida de otra persona y estás causando grandes problemas en la vida de este ser.

O: ¡Es un idiota! Está desesperado, me está esperando, está deseoso, ansioso, está loco.

T: Es importante que sepas que vas a tener que responder ante Dios por las perturbaciones y el perjuicio que estás provocando en uno de sus hijos. Tendrás que rectificar tus acciones en tu próxima vida cuando Dios te dé otro cuerpo. Sí, vos te reís, pero el poder de Dios es infinito y esta prueba para Aníbal tendrá el término justo que Dios disponga para que abandones su cuerpo, pero Dios te está dando la oportunidad de dejarlo por tu propia voluntad.

O: No tenés autoridad para hacerlo. Yo voy a salir cuando yo quiera. Voy a hacer lo que yo quiero, ¿entendés? Vos no podés hacerlo jamás. (Es verdad, recuerden

que no soy un exorcista y no tengo investidura eclesiástica.)

T: Yo no soy quién ni pretendo sacarte de ahí. Sólo te estoy explicando.

O: Vos fuiste un ser paciente en otra vida, cierto. Lo que estás mostrando ahora es eso, pero no podés ser jamás vocero de la palabra de ese ser superior y de ahí, ¡qué sé yo! Yo voy a hacer lo que quiera, cuando quiera y voy a hacer lo que sea cuando quiera hacerlo.

T: Yo no estoy aquí para sacarte sino para que tomes consciencia. Sólo te estoy explicando cómo funciona la justicia divina. Dios te está dando la oportunidad de que dejes este cuerpo por tu propia voluntad y, si no lo hacés, tendrás que responder por cada uno de tus actos, por todo el mal y todas las perturbaciones que le ocasiones a Aníbal.

O: ¡Qué idiota eres!

T: Vos sabés que lo que yo te digo es verdad. Mirá bien en tu interior y mirá hacia la Luz porque después viene el desgarrarse las vestiduras, los llantos y los lamentos. Y ahora permitíme que rece una plegaria a Dios por vos. "Humildemente, Señor, te pido que hagas llegar la luz de la comprensión a este ser. Muéstrale ante sus ojos su porvenir, el camino oscuro y el camino luminoso. Muéstrale la opción que sólo depende de él. Humildemente te pido que envíes a tus ángeles protectores y muéstrale que el reino de la luz también es posible para él. Sólo depende de su voluntad, sólo depende de su decisión."

O: No me entra esa oración. No quiero que llegue y no llega porque yo no quiero que llegue.

T: ¿Alguna vez tuviste una mamá? (Intento por otra vía.)

O: ¿Qué querés que te conteste? ¿Qué estupidez me estás preguntando? ¿Qué te importa? (No funcionó.)

T: ¿Sabés lo que es querer, lo que es el amor?

O: ¿Qué es la palabra querer? A ver, genio, decíme qué es la palabra querer, querer no existe. ¿Qué es para vos querer?

T: ¿Sabés lo que creo? Creo que a vos nadie te quiso y por eso no conocés el

amor.

O: Tranquilo, pasivo. Recién tuviste un desliz.

T: ¿Hay alguna razón especial por la que te hayas unido a Aníbal?

O: Aníbal es un idiota, un tonto. No sé, me divierte. Lo llevo por donde yo quiero. No tengo nada que hacer. Me divierte jugar con este payaso. Lo tengo de escudo, lo llevo de acá para allá. Lo voy a destruir cuando quiera. ¿Lo entendiste, Ser?

T: ¿Tenés algo en contra de Aníbal de una vida anterior?

O: No me interesa ni quiero pensarlo.

T: Bueno, pero a partir de hoy no te va a resultar tan fácil porque ahora Aníbal sabe que vos estás ahí.

O: ¿Y vos querés ser payaso también? ¿Querés que te lleve? Cuidate, ¿escuchaste? ¡Cuidate! —con tono amenazador—. No me vas a poder destruir.

T: Vos sabés que no es mi intención destruirte. Al contrario, te estás destruyendo a vos mismo. Por esto que estás haciendo te esperan muchas vidas de sufrimiento por delante y eso te va a llegar porque algún día Aníbal se va a morir y te vas a quedar sin…

O: Se va a morir cuando yo quiera y lo voy a matar cuando yo quiera.

T: Te vas a quedar sin cuerpo…

O: ¡No me digas! ¿Sabés cuánto puede llegar a pasar? Muchas vidas de las que vos vas a tener que vivir.

T: Algún día te va a llegar la hora a vos también y Dios…

O: ¡Dále con Dios! ¿Quién es Dios para vos que lo involucrás tanto?

T: Ya te dije que Dios es el Padre Creador de este universo.

O: Nunca va a ser más fuerte que yo, jamás.

T: ¿Sabés cuántos pensaron lo mismo? ¿Sabés una cosa? A pesar de todo me resultás simpático y no sos tan malo como vos creés.

O: ¿Viste cómo te estoy engañando? Mirá cómo te engaño.

T: No importa, yo te quiero igual.

O: Tuviste coraje, pero todavía no te demostré nada de lo mío. Vamos a ver hasta dónde llega tu coraje.

T: Bueno, podrás venir aquí las veces que vos quieras y vamos a tener esta charla y verás que podremos ser grandes amigos y, ¿quién sabe?, hasta podrías ayudarme a trabajar con los pacientes.

O: Voy a venir, pero no voy a entrar con materia acá. (Atención con esto.) Vamos a ver, después te voy a contar.

T: ¿Cómo te llamás? Así sé con quién estoy hablando.

O: Luz, ¿te gusta esa palabra? Es pasivo para vos. Si te hubiera dicho rayo hubieras dicho, ¡qué irónico! ¿Querés que me llame Luz? ¿Te gusta el nombre? Bautizáme, padre. (La ironía es haber elegido el nombre de Luz, ¿no les parece?)

T: Yo no te puedo bautizar.

O: Tenés una Biblia en la mano. Estás ahí, sos pasivo, coherente en lo que vos creés. Bautizame, padre, si en una vida fuiste padre. ¿No sabés cuáles son tus hábitos, Ser?

T: Ahora soy médico cirujano.

O: ¿Querés que te diga? Sabía que ibas a decir cirujano. ¿Nunca tuviste un tropiezo? ¿No operaste a alguien y te salió mal?

T: No que recuerde.

O: Cómo te engañas, Ser. Fijate lo que te dice Luz. No te engañes tampoco.

T: Bueno, Luz. Entonces te invito a que la próxima vez que venga Aníbal..., ¿vas a dejar que Aníbal venga acá?

O: En este momento Aníbal no está. Me dejó tranquilo. Me estaba molestando. ¿Sabés por qué me dejó tranquilo? Porque yo lo autoricé a que se quedara en ese lugar, ¿me explico? Ya te vas a enterar, Ser. ¿Sabés qué te voy a decir, Ser? En un momento dado hubo algo que me brindó amor, mirá lo que te digo, Ser. Amor, calidez, a pesar de que vos creés que hago cosas que no tengo que hacer. Él se arrimó a mí, necesitó de mi cariño, sentí el calor de él. Comprendió y se fue. Aquí estuvo, comprendió y se fue, punto.

T: Quiere decir que vos también sos capaz de dar amor.

O: En un momento me puso, ¡bah!, estuvo debajo de mis pies, pobrecito ahí. No te quiero ni tocar, Ser, me molesta. Casi toco una materia que no me llegaba. Bueno, Ser, ¿qué más?

T: Te propongo que, si vos querés, sigamos esta charla en otro momento.

O: Sí, vámonos, tengo que hacer cosas. Me estoy aburriendo. Sí, tenés razón, es como que me voy a ir. ¿Qué le pasa a este tonto que otra vez hablé? ¿Qué dijo? ¿Estás ahí? Bueno, no sé, sí.

T: Quiero que sepas que sos bienvenido cuando quieras volver. Te propongo que seamos amigos.

O: Vas a jugarte mucho para ser mi amigo. ¿Creés que podés ser mi amigo?

T: Creo que sí. Vos me podés enseñar muchas cosas.

O: ¿Tenés fe?

T: Sí y te voy a comprometer a que me enseñes.

O: ¿A mí me vas a comprometer?

T: Te comprometo a que me enseñes lo que no sé. (Compromiso mortal, como veremos después.)

O: ¡Cómo me provocás! No me provoques.

T: Vos me podés enseñar a tratar a las personas que tienen este problema. Vos podrías hacer un gran servicio a la Humanidad y redimirte a vos mismo,

convertirte en un ser de luz, un ser superior.

O: Vos sabés que por un momento lo pensé. Casi me pongo tierno. Por un momento pensé en lo que me dijiste, pero volví a mí.

T: Yo te lo digo como propuesta, pensalo. Dios te está dando la oportunidad de revertir todos tus errores del pasado, de hacer algo por el bien de los demás.

O: Pasó un bufón por ahí, ¿lo viste? No tenés capacidad para verlo.

T: No lo vi, para qué te voy a mentir. La propuesta concreta que te hago es esta: vos podrías ayudarme a resolver este tipo de problemas y con eso estarías haciendo un gran servicio a la humanidad, a los seres que sufren y a vos mismo y, mediante ese trabajo, podrías evolucionar hacia la Luz y convertirte en un ser de luz.

O: Me gustaría, pero no me divierte.

T: Bueno, pensalo. No tenés obligación de nada. Yo te lo propongo y te pido que lo tengas en consideración, tomate tu tiempo.

O: No me preguntes por qué, pero por ahí, en algún momento, lo voy a pensar.

T: La verdad, Luz, te digo que sinceramente ha sido un gusto conocerte y fue muy interesante hablar con vos porque aprendí mucho. (Realmente fue así.)

O: Chau, Ser.

T: Que lo pases bien.

***

Al abrir los ojos Aníbal me dijo:

—Por momentos quería hablar yo y no podía. Te digo lo que sentí. Me acosté acá con mucho dolor y no fui yo. Me desperté y, ¿sabés qué siento? Siento que la cabeza me da vueltas como si estuviera en el mar entre las olas.

Después de esta sesión Aníbal desarrolló una seguridad que nunca había experimentado. Sin embargo, diez días después había perdido gran parte de esa seguridad y otra vez se encontraba con muchas contrariedades. Había pensado mucho en ese doble, como él lo llamaba a Luz.

—Me sentí acosado —me decía—. Es como si alguien me dijese: Hacé lo que yo te digo, no lo que vos pensás.

Luego de la experiencia con Luz, Aníbal hizo tres regresiones a vidas pasadas trabajando su bronca y su agresividad. En su última sesión me dijo: Estoy aprendiendo a vivir de nuevo. Días después Aníbal interrumpió el trabajo terapéutico; adeudaba dos sesiones y no quería comprometerse más. Un año más tarde saldó las dos sesiones que debía. Para eso me pidió que nos encontráramos en un café en la esquina de Cabildo y Aguilar, Buenos Aires. Cuando lo vi a Aníbal yo no lo podía creer. Era otro hombre, su forma de mirar y de hablar eran completamente diferentes. Vestido de saco y corbata parecía un ejecutivo. ¿Cómo lo hiciste? —le pregunté—. Entonces me contó que luego de trabajar conmigo comenzó a concurrir a un grupo de oración y allí terminó de sanarse.

Habitualmente hay una relación o un conocimiento previo entre el obsesor y el paciente. Sin embargo, aquí no la pude establecer. Luz no se dejó tentar por la idea de recordar una existencia previa, lo que quizás me hubiera permitido establecer el nexo entre los dos. Algunos antecedentes de la historia de Aníbal podrían haber facilitado el accionar de Luz. De chico Aníbal era muy agresivo y cualquier cosa que lo molestara terminaba en una pelea. Su bronca y su agresividad eran aspectos que habíamos comenzado a trabajar con la regresión. Recuerden que algo similar sucedió con Ramiro. También hubo varios episodios traumáticos en la infancia de Aníbal con situaciones de violencia familiar. Finalmente, hay un detalle que aportó Luz: la necesidad de cariño. Según Luz, fue Aníbal el que se arrimó a él. Cómo es esto posible no lo sé muy bien; tal vez ocurra en el plano inconsciente. A veces el alma perdida o el obsesor no se pueden ir porque es la misma persona quien no los deja partir e incluso hasta le piden al obsesor que vuelva después de que éste se marchó. Aunque su característica es el maltrato, el obsesor puede ser una compañía para algunas personas. Hasta me ha ocurrido que una paciente me pidió que la casara con el obsesor. Sí, aunque no lo crean.

Lo que Luz provocaba en Aníbal era una típica subyugación. Había momentos en que Aníbal no era él mismo y, aunque tenía consciencia de lo que ocurría, no

podía evitarlo. Así era cómo Aníbal llegaba a desaparecer de su casa durante varios días sin poder controlarlo.

La experiencia con Luz fue la más difícil de mi carrera hasta aquí y fue una gran lección para mí. Luz mantuvo el tono burlón, irónico y desafiante a lo largo de toda la sesión. Los dichos de Luz no dejan ninguna duda sobre la forma en que un obsesor puede maltratar a una persona y arruinar la vida de ésta. En mi inexperiencia, lo confieso, cometí la imprudencia de comprometer a Luz a que me enseñara. Diez años después, al desgrabar esta sesión y pasarla a la computadora, me di cuenta de que efectivamente Luz se había quedado conmigo. En aquella época yo no sabía todo lo que sé hoy y, sin darme cuenta, en mi afán por ayudar a Aníbal y que Luz le permitiera volver al consultorio, yo mismo le abrí la puerta a Luz en mi campo vibratorio al comprometerlo a que me enseñara y me ayudara a trabajar con los pacientes. Sin saberlo, le di a Luz mi consentimiento tácito para que entrara en mi campo vibratorio. Debo decir que Luz cumplió con su trabajo ya que a partir de allí me sentí muy cómodo y seguro trabajando con todo tipo de entidades, como si supiera exactamente lo que había que hacer y lo que había que decir en cada circunstancia. Ahora me doy cuenta de que gran parte de eso se lo debo a Luz. Claro está que, seguramente, Luz debe de haber influido en otras áreas de mi vida personal sin que yo me diera cuenta. No obstante, tengo que reconocer que Luz cumplió con su parte y se ha ganado el derecho a entrar en el Reino de los Cielos.

Un padre olvidado y un desconocido abandonado

Suele suceder que un alma perdida o un obsesor se manifieste espontáneamente durante una sesión de regresión a vidas pasadas o al final de ésta. El mismo trabajo con la regresión, la catarsis emocional y la expansión de la conciencia hacen que la entidad ya no tenga dónde esconderse. Ésta queda al descubierto inevitablemente como reza aquel dicho popular: A río revuelto, ganancia de pescador.

Así sucedió con Martina (47), parapsicóloga, quien me consultó porque tenía problemas de relación con su pareja. Ésta argumentaba que Martina parecía un hombre y que en ocasiones parecía otra persona. Algo de esto tenía su fundamento, ya que Martina fue el hijo varón que su padre no tuvo. Su papá, ya fallecido, era mecánico y entonces ella, de niña, se vestía de mecánico y se tiraba debajo de los autos para acompañarlo en su trabajo. Además de su conflicto de pareja, Martina estaba con serios problemas económicos. Siendo una profesional que tenía su clientela, de pronto sus consultas comenzaron a disminuir notablemente, hasta quedarse inexplicablemente sin trabajo. Casi como al pasar, me dijo también que de vez en cuando escuchaba algunas voces invisibles.

Martina estaba finalizando su primera sesión de regresión cuando, al iniciar la armonización final, apareció alguien más.

Viernes 8 de abril de 1994

Terapeuta: Muy bien, ahora crearás en tu corazón una nueva imagen de ti misma. ¿Cómo te gustaría verte a ti misma de hoy en adelante?

Martina: Quiero ser libre como un pájaro, libre en el pensamiento, libre en mi interior. Quiero ser una persona dinámica, fuerte y segura de mí misma... ¡Ahhh!

T: ¿Qué está pasando?

M: Siento que es como un respiro que me van a dar, pero no por mucho tiempo.

T: ¿Quién dice eso?

M: No lo sé... quizás esas voces invisibles que a veces escucho.

T: Preguntale a tu alma si hay alguien más allí que esté contigo. Si la respuesta es afirmativa se levantará el dedo pulgar derecho, de lo contrario se levantará el dedo índice. ¿Hay alguien aquí que esté interfiriendo en tu vida?

M: (Respuesta negativa, levanta el dedo índice).

T: Muy bien, ahora yo pregunto, ¿hay alguien allí oculto que no quiere darse a conocer?

M: (Respuesta afirmativa).

T: Muy bien, eso significa que hay alguien que no quiere darse a conocer. Ahora quiero que le trasmitas a este ser, quienquiera que sea, que no hay nada que temer aquí. Ahora puede aprovechar esta oportunidad para manifestarse...

Alma perdida: ¿Y si me equivoco? —interrumpiéndome y manifestándose con voz más gruesa.

T: No importa lo que sea, decime, ¿cuánto tiempo hace que no hablás con alguien?

AP: Nunca.

T: Contame un poco qué te está pasando.

AP: ¡Pfff! Se olvidaron de mí. Mi familia se olvidó de mí.

T: ¿Qué fue lo que pasó? ¿Nunca más pensaron en vos?

S: Sí, pero no como tenían que pensar.

T: Contame qué pasó con vos, ¿qué le pasó a tu cuerpo?

AP: Me morí antes de tiempo —suspirando—, pero no lo hago por mal, ¿eh?, porque yo los quiero mucho y me duele lo que les pasa, pero no puedo ayudarlos, principalmente a ella.

T: ¿Sos el que ella cree que sos? (Martina creía que era su padre.)

AP: Sí, ella sabe. Me quiere mucho, pero no puedo ayudarla. Me desespero porque le cierran las puertas.

T: No podés ayudarla porque donde estás ahora no podés hacer nada, pero cuando entres en la Luz...

AP: Ella me prendió velas para darme luz —interrumpiéndome—, pero no fueron suficientes. No fui malo, fui muy bueno con ellos.

T: Claro que sí, fuiste un buen padre, sólo que para poder ayudarla necesitás entrar en el reino de Dios, en el reino de la Luz.

AP: Yo creí en Dios, ¡pero hace tanto tiempo!... Era tan chiquita ella... ¡tan chica!

T: Claro y seguramente estabas muy preocupado por eso y esa preocupación que vos tenías no te permitió ascender al reino de los cielos. En tu preocupación de padre te quedaste para ayudarla, pasó el tiempo y ya después no sabías cómo hacer para volver a la Luz.

AP: No. Ella luchó mucho, me pelea, casi es un hombre en la casa. Es inteligente, se basta a sí sola, no quiere a nadie a su lado, pero todo le va mal. La engañaron mucho y su pareja tampoco está bien. Ella llora mucho de noche y, a la mañana, se levanta y es fuerte. A veces quiero ir a ayudarla tanto...

T: Ahora lo vas a hacer. Vamos a pedirle a Dios que te ayude, que te vengan a buscar y que te abran las puertas de la Luz y, cuando vos estés en la Luz, con la ayuda de Dios, podrás iluminar el camino de tu hija. Desde la Luz tu fuerza y tu amor harán posible todo eso. ¿Te parece?

AP: No lo sé, quizás me cuesta desprenderme de ella porque está sola y sufre. Ayuda mucho a su madre, a su tía y a su pareja, pero su pareja tiene mala suerte; se fundió y se quedó sin nada. Y ahora, con su trabajo...

T: ¿Qué está pasando con su trabajo? ¿Qué sabés vos?

AP: No lo sé, es como si no la vieran, como si no existiera, como si la hubieran borrado.

T: ¿Hay allí alguna otra energía que esté influyendo en su vida?

AP: Creo que hay muchas energías, pero yo no la puedo ayudar... es como que yo estoy en otro lado, no puedo llegar hasta allí. (Vean qué bien define la situación.) Es como si alrededor de su casa hubieran puesto barrotes negros y ella no puede hacer nada.

T: Entonces, para que vos puedas ayudarla a tu hija es necesario que vayas al lugar que te corresponde por tu evolución. Ahora yo voy a pedirle a Dios por ti...

Obsesor: ¡No vas a poder! (De repente, aparece otra voz que se manifiesta con tono vehemente y casi inmediatamente suena el timbre cuando yo no esperaba a nadie.) ¿Viste? ¡Ya te mandé a que te tocaran el timbre! —riéndose.

T: ¿Quién está hablando ahora?

O: ¡Ja, ja! ¡Yo soy más fuerte!

T: ¿Y quién sos vos?

O: Ella no me conoció, no sabe quién soy, ni él tampoco.

T: No importa quién seas, ¿sabés qué? También te puedo ayudar a vos.

O: Mmm, no sé, creo que no.

T: Si vos quisieras...

O: Porque yo quise ser como ella y no pude.

T: Pero podrías serlo.

O: No, ya no; en donde estoy no puedo.

T: ¿Dónde estás?

O: En un pozo grande y oscuro que no tiene fin.

T: ¿Y si yo te ayudara a salir de ahí?

O: ¿Y adónde voy a ir? Por lo menos con ella voy a todos lados.

T: Podrías ir a la Luz, podrías aprovechar este momento e irte junto con su papá que va a entrar en la Luz. Allí, podrás convertirte en una maestra o en un maestro de luz.

O: ¿Y me van a aceptar? Yo también la quiero a Martina, ella se hace querer. Pero después, ¿qué pasa, me quedo solo? Sí, me quedo solo.

T: De ninguna manera. Vas a tener más compañía que ahora porque ahora estás en el pozo y, cuando estés en la Luz, todos se van a acercar a vos.

O: Y ella, ¿va a saber quién soy?

T: Si vos querés, sí. ¿Vos querés que sepa?

O: No lo sé, ella no me conoció. Ella, ¿va a estar bien?

T: Ella va a estar bien y, desde la Luz, podrás convertirte en un maestro y ayudar a mucha gente y a ella también.

O: Muchas veces la quise derrotar, ¿eh? Un día que estaba en la casa la tiré encima de una estufa. (¿Qué les parece?) ¡Pero ella es valiente y fuerte! Eso fue en la otra casa que ella tenía; por eso vendió esa casa. Ella sabía que había algo raro ahí, pero yo me fui con ella. Yo soy de aquella casa; no me conocen en la familia.

T: ¿Y qué fue lo que pasó con vos?

O: Me morí solo y abandonado. Quería vivir bien y no podía y, cuando Martina llegó a esa casa, todo comenzó a cambiar. Empezó a haber plantas, flores, animales... y a mí me gustó. Yo jugaba con el perro de ella en el jardín. Ella era muy alegre... pero después murió el papá y ya no era tan alegre.

T: Y a vos, ¿te gustaría ser feliz?

O: Sí, pero no creo. ¿La voy a hacer feliz a ella?

T: Claro que sí y vos también vas a ser feliz porque vos también tenés derecho a la felicidad. Ya bastante has sufrido y Dios quiere a todos sus hijos. ¿Sabés una cosa? Arriba, en el cielo, nadie te va a preguntar lo que hiciste...

O: ¡Qué fuerte que es ella! No me deja hacer nada, ¿eh? ¿Vos sabés cómo lucha junto con la pareja? Si no, ya la hubiera tirado conmigo hace mucho tiempo, pero no puedo.

T: Y decime una cosa, ¿acaso sos feliz haciendo eso?

O: No sé; a veces no quiero hacerlo, pero tampoco quiero perderla.

T: Pero tenés todo un cielo para ganar; podrías entrar en la Luz, donde te van a cuidar, te van a querer mucho y te van a asistir en tus necesidades. Nunca más vas a estar solo. Lo que sucede es que nunca te explicaron esto.

O: No; yo fui un ignorante, no sabía leer ni escribir. En cambio ella, sí; pero ahora no puede hacer nada porque le duele mucho la espalda. Como no puede hacer nada lee mucho y a mí eso me fastidia y, entonces, la desconcentro. Hago que no le quede nada en la cabeza, que se olvide, porque yo no sabía leer. A veces ella se pelea con su pareja porque él dice que no la ve como una mujer. Él dice que es como si hubiera otra persona; es inteligente la pareja de ella, ¿eh? (Ahí está el motivo de la queja del compañero de Martina.)

T: Bueno, yo te propongo una cosa. Yo le voy a pedir a Dios por vos...

O: Tengo frío.

T: Cuando entres en la Luz, todo va a estar bien. ¿Cuál es tu nombre? Así le pido a Dios por vos.

O: ¿Cómo es mi nombre? —susurrando—, Carlos, pero ella no me conoce, no sabe que existí.

T: Mirá, Carlos. Ahora, yo voy a pedirle a Dios por vos y voy a pedir también por el papá de Martina...

O: No, él no molesta mucho. Él está, sé que los quiere mucho porque yo lo observo, pero él no me quiere a mí.

T: Bueno, ahora van a entrar juntos en la Luz y todo va cambiar para ustedes. Yo voy a pedir por vos, Carlos y también por Julio (el papá de Martina), para que los vengan a buscar. "Jesús mío, que dijiste, pedid y obtendréis, buscad y encontraréis, llamad y os abrirán, he ahí porque yo llamo, yo busco, yo pido la gracia de la salvación para Carlos y para Julio. Humildemente, Señor, yo pido la gracia de que se abran las puertas celestiales para estos dos hermanitos que tanto han sufrido. Señor, recíbelos ahora en tu gloria y envíales a tus ángeles protectores para llevarlos de regreso a la Luz. Padre nuestro que estás en el cielo..." (Aquí, Carlos comienza a acompañarme en la plegaria del Padre Nuestro.) Eso es, Carlos y Julio, la Luz está aquí y ya vienen a buscarlos.

O: ¡Ahhh! —largo suspiro.

T: Eso es, muy bien. ¿Estás aquí, Martina?

M: Sí, —abriendo los ojos.

T: Muy bien, entonces, ahora sí, te envolverás en los colores del arco iris armonizando tu cuerpo, tu mente, tus emociones y tu espíritu. Vuelve a ver esa imagen de ti misma, libre, dinámica, sana y segura, sabiendo que de ahora en más todo lo que te propongas hacer lo harás con fe y con seguridad. Al abrir los ojos, regresarás aquí, a este día viernes, ocho de abril de mil novecientos noventa y cuatro.

***

La aparición de Carlos y del padre de Martina cuando ésta estaba finalizando su trabajo de regresión es algo que suele ocurrir a veces. El alma perdida o el obsesor pueden aparecer de improviso, interrumpiendo así el trabajo terapéutico del paciente.

La verdad es que para mí fue impactante cuando se manifestó Carlos y, al mismo tiempo, sonó el timbre de la puerta de calle. Yo ni siquiera me molesté en

responder. Pudo haber sido una simple coincidencia, pero en este caso más bien fue una coincidencia significativa. El timbre sonó no bien Carlos terminó de decir “¡No vas a poder!”.

De lo que cuenta Carlos podemos inferir que probablemente él se quedó en la casa donde murió, convirtiéndose en un fantasma. Cuando Martina se fue a vivir allí, Carlos se le pegó y luego la siguió cuando Martina dejó aquella casa porque ella se dio cuenta de que allí ocurrían cosas raras. Probablemente Carlos la fastidiaba porque Martina había logrado lo que él no pudo lograr. Por los dichos del padre de Martina es probable que Carlos bloqueara también con su energía la casa de Martina, afectando así su trabajo profesional. Con dos hombres a cuestas no es raro que el compañero de Martina se quejara de que en ocasiones ella parecía más un hombre que una mujer; razón no le faltaba.

Martina no me llamó más y años más tarde no pude encontrarla para saber qué fue de ella luego de esa sesión.

Ajuste de cuentas

Eloísa (47) había realizado varias regresiones trabajando básicamente su autoestima y un sentimiento crónico de tristeza, cuando un día me sorprendió con una inquietud diferente.

—Tengo la curiosidad de saber por qué en las regresiones que he realizado tengo pocas imágenes —me decía—. En general digo lo que llega a mi mente y siento mucho las emociones.

—Aparte de esto, ¿hay algo más que quisieras trabajar hoy?

—Bueno, lo que me pasa es que, aunque he trabajado mucho, la tristeza sigue allí. Hasta ahora he sido siempre la víctima, nunca me he visto como victimario. Yo siento que necesito trabajar este aspecto de mí misma porque, a lo mejor, es esto lo que me lleva a seguir sintiendo esa tristeza.

No es común que una persona pida espontáneamente trabajar su lado de victimario. No es nada fácil asumir ese aspecto en uno mismo. Aunque he comprobado que, en general, las personas saben exactamente lo que necesitan trabajar, yo decidí comenzar el trabajo terapéutico de Eloísa a partir de su tristeza porque la emoción estaba allí, a flor de piel. La experiencia se desarrolló en forma completamente diferente a lo que Eloísa y yo esperábamos.

Viernes 19 de setiembre de 2003

Terapeuta: Muy bien, cerrá los ojos y fijate, ¿cómo es esta tristeza, hasta dónde llega?

Eloísa: El corazón late fuerte y mi garganta...

T: ¿Qué pasa con tu garganta?

E: Es como si tuviera algo introducido allí, como si fuese una especie de peso, pero al mismo tiempo es como si hubiera algo que quisiera salir.

T: Y ¿dónde está tu cuerpo cuando estás sintiendo todo esto? (Pensando que Eloísa estaba en una vida pasada.)

E: Estoy temblando, pero no sé si tiemblo por frío o por miedo.

T: ¿Y si supieras? ¿Qué le está pasando al cuerpo?

E: ¡Ahhh! Tengo ese peso en el pecho. (Comienza a llorar sin pronunciar palabra.)

T: Muy bien, dejá salir todo eso. ¿Qué está pasando?

E: Tal vez es algo que quiero decir y otra vez siento la presión en la garganta que no me deja hablar. ¡Y no me deja ver! (La inquietud original que traía Eloísa.) ¡De nuevo viene acá! —llorando.

T: Muy bien, entonces, ¿qué es esto que no te deja hablar y no te deja ver? ¿Es un objeto o es una energía? Decí lo primero que te venga a la mente.

E: ¡Ay! —llorando—. ¡Me está apretando!

T: ¿En dónde te está apretando?

E: Yo... —atragantándose— es... ¡una energía!

T: Muy bien, contaré hasta tres y le prestarás tu voz a esta energía para que pueda manifestarse libremente. Permitirás que esta energía se manifieste a través de ti para que pueda contarme qué es lo que la impulsa a hacer esto contigo. Uno, dos, tres. Adelante, ahora podés hablar. ¿A qué se debe que no la dejás hablar a Eloísa?

Obsesor: Es que es ella la que me está molestando —cambiando el tono de voz.

T: ¿Y en qué te molesta Eloísa?

O: Pues que ahora ella se siente más segura y yo debo callarla. No quiero que

avance. ¿Por qué ella sí y yo no?

T: ¿Qué te pasó a vos que no podés avanzar?

O: ¡Ella me mató!

T: ¿Cómo es que ella te mató?

O: No me dejó vivir.

T: ¿Y cómo es que no te dejó vivir?

O: ¡No me dejó nacer! (Aquí tenemos claramente el motivo de la obsesión, pero todavía hay más.)

T: ¿Y cuándo ocurrió eso? ¿Fue en su vida como Eloísa o en otra vida?

O: Fue en su vida como Eloísa.

T: ¿Y cómo fue que llegaste al vientre de Eloísa?

O: Mi padre era su primo y él siempre la molestaba. Ella sabía que eso no estaba bien, pero él le insistió mucho. Él buscó el momento oportuno porque ella estaba sola y triste sin un amor. Ella lo aceptó debido a su soledad; por eso llegué yo.

T: Muy bien, seguí.

O: Ella fue una cobarde. El que hubiera sido mi padre le dijo que era mejor abortar —llorando—. Entonces, la maldita, por miedo, no me dejó nacer. Se dejó llevar por lo que le decía su primo. ¡Yo hubiera tenido una vida! Ella me quitó esa posibilidad porque le hizo caso a él. ¡Fue una cobarde! ¡Una asesina! ¡La voy a molestar! —llorando.

T: ¿Y qué hacés para molestarla?

O: No la voy a dejar ver para que siga sintiendo esa pena y esa tristeza. ¡No era nadie para quitarme la vida!

T: ¿Y qué hacés para que ella no vea?

O: Le tapo los ojos, me pongo encima de ella. Voy a tratar por todos los medios

para que siga teniendo problemas. ¡No me defendió! ¡No se merece nada!

T: Te entiendo perfectamente. Ahora quisiera que vieras algo, ¿qué cosa te llevó a vos a tener que pasar por esta experiencia? ¿De dónde viene tu alma? Voy a contar hasta tres y sabrás cuál es el motivo por el cual tuviste que pasar por esta experiencia. Uno, dos, tres. ¿Dónde comienza esto verdaderamente?

O: Siento que tengo quince años y soy un hombre humilde, solo, sin un cariño. Estoy abandonado y sin ningún interés por la vida. Sólo me dejo llevar por lo que venga. No me importa nadie.

T: Eso es, seguí adelante.

O: Sólo veo de quién puedo obtener algo para sobrevivir. Es como si yo no existiera. Pido de comer... No veo que pueda obtener una ganancia inventando que soy bueno.

T: Seguí.

O: Veo una casa, allí hay una niña sola. Tengo hambre, entonces le digo que quiero comer algo y que me iré. Le digo “dame algo de comer, tengo hambre. Llevo varios días sin comer, quiero algo en el estómago”. Me enojo, “¡dame algo de comer, te digo!”. Ella me tiene miedo, “si no me das algo te voy a pegar”, le digo. “¿Sabés lo que es tener hambre? ¡Dame algo de comer!”. Ella se va para atrás...

T: Seguí.

O: No me da nada y yo le pego con algo. “¡Quiero comer, tengo hambre!”. ¡Tomá, tomá! —golpeando el puño derecho contra la colchoneta repetidas veces — “¡Dame algo! ¡Tomá!”. ¡Ahhh! ¡Ahhh! ¡Se lo merecía!

T: ¿Qué cosa se merecía?

O: ¡Morir! (Definitivamente la relación entre Eloísa y su obsesor es de origen kármico.)

T: Y entonces, ¿qué pasó?

O: Ella es Eloísa. Ella no me dio de comer...

T: ¿Y por eso la mataste?

O: Pues, sí. Pero eso no le da derecho a quitarme la vida. Ella no es nadie. Ella no es nadie.

T: ¡Ah! ¿No me digas? ¿Y por qué la mataste, entonces?

O: ¡Tenía hambre!

T: ¿Y cómo la mataste?

O: Con este cuchillo —haciendo el gesto de mostrarme un cuchillo.

T: ¿Y dónde le clavaste el cuchillo?

O: Por todos lados; por donde quise. En la garganta, en el pecho y en el estómago. ¡Muchas veces, muchas veces! —gritando y muy enojado—. Ella tiene una familia, una comida, una casa... "¡Tomá! ¡Ya no tendrás nada! ¡Nada!" —sigue golpeando como si aún la estuviera apuñalando.

T: Y entonces, ¿qué pasa con vos después de haberla matado?

O: Hay mucha sangre. Me voy, corro. Corro mucho, estoy cansado.

T: Avanzá un poco más. Avanzá al momento de tu muerte en esa vida después de haber matado a Eloísa. ¿Cómo muere tu cuerpo allí?

O: ¡Ahhh! Mi cuerpo está feo. Estoy más miserable que antes. Me duelen los huesos, siento frío. Ya no hay a dónde ir, a dónde pedir. Muero tirado como un animal, viejo y herido. Tengo mucho rencor, mucha furia. ¿Por qué me tocó a mí esta vida sin provecho?

T: ¿Y qué estabas tratando de aprender en esa vida con esa experiencia tan dura? ¿Qué era lo que tu alma estaba tratando de aprender allí?

O: Tal vez... encontrar el amor. Ese amor que te lo ganás con el trabajo, pero yo no hice nada. Yo creo que por eso no lo encontré. Por primera vez pido otra oportunidad.

T: ¿A quién le vas a pedir otra oportunidad?

O: Dicen que hay un Dios. Por esta vez le pido, aunque no creo que exista. Nunca me ayudó. Sólo fue miseria con él; no gano nada con pedirle, pero tampoco pierdo nada.

T: Y decime una cosa, ¿estuvo bien que mataras a esa niña que era Eloísa? ¿Era responsable ella de lo que te pasaba a ti?

O: Ahí, no, pero ahora, sí.

T: Sí, pero en esa otra vida, ¿quién era el responsable? La verdad es que te aprovechaste de una niña que estaba indefensa, que tenía miedo de vos y que estaba sola y... ¡no tuviste piedad! ¿Tuviste compasión acaso? ¿Y qué hay del dolor de esa familia que perdió a su hija asesinada salvajemente a cuchillazos?

O: (Llora sin decir palabra.)

T: ¿Era justo que la mataras sólo porque vos tenías hambre y ella estaba asustada?

O: Ahí, no, pero ahora, sí —llorando.

T: Sí, ahora es Eloísa la responsable, pero también es cierto que vos tenías que aprender algo con esta experiencia. Es verdad que Eloísa es responsable, pero también es cierto que ella estaba presionada por su primo, que era mayor que ella, y no podía revelar todo esto a su familia. Y yo me pregunto, ¿para qué tenías que pasar por esta experiencia de que no te permitieran nacer? ¿Para qué te enviaron a esta experiencia?

O: Para valorar la vida. ¡Pero ella no me dejó! ¿No entendés que no me dejó?

T: Lo entiendo perfectamente. No te dejó, es verdad.

O: Ese Dios me escuchó, pero ella no me dejó nacer.

T: Es verdad, pero vos la mataste y eso tampoco estuvo bien. Digamos que ahora es un empate. Vos la mataste, ella no te dejó nacer y, ¿qué es lo que vas a hacer ahora? ¿No es hora ya de terminar con esto? ¿No estabas tratando de aprender el amor? ¿Cómo vas a lograr el amor si no podés perdonar?

O: (Vuelve a llorar sin pronunciar palabra.)

T: ¿Hasta cuándo vas a seguir con esta historia? ¿Qué vas a esperar? ¿Que en la próxima vida ella te vuelva a matar o vos la vuelvas a matar a ella? ¿Y cuándo van a ser felices? ¿No te parece que ya es hora de terminar con esto y dejar atrás todo el dolor? No fue justo lo que vos hiciste, no fue justo lo que hizo Eloísa. Cada uno hizo lo que pudo. Ahora podés terminar con el dolor. Ahora podés liberarte y entrar en la Luz. Dios existe; lo que sucede es que tu rencor, tu resentimiento, el odio y la frustración no te permiten acercarte a Él.

O: Si no me han dejado conocer ese amor que decís, ¿cómo querés que crea?

T: Vas a comenzar a creer ahora. Yo voy a acariciarte para que sientas lo que es el amor. El amor es posible para vos también —mientras lo acaricio suavemente —. Sólo tenés que entregarte y entender que la próxima vez todo será mejor. Entregate a Dios y pedile que te busque una mamá que te quiera y que te reciba en su vientre.

O: ¿Y si no quieren recibirme? —ya con una actitud completamente diferente.

T: Te van a recibir, todos tienen una oportunidad. Yo entiendo que todavía desconfíes, pero todo eso fue parte de lo que tenías que aprender para valorar la vida, ¿comprendés?

O: ¡Es que nadie me va a querer! —llorando.

T: Sí que te van a querer. Y también te encontrarás nuevamente con Eloísa. Tenés que perdonarte a vos mismo y permitirte sanar tus heridas.

O: (Ahora llora desconsoladamente.)

T: Vamos a pedirle a la Virgen María para que te venga a buscar ella, ¿sí? La Virgen, que es la madre de todas las criaturas, te sabrá comprender y te envolverá en su manto y en su amor y encontrarás en su regazo el sosiego que tu alma necesita. Todo es posible. Sólo tenés que entrar en el amor y dejar atrás el rencor y la venganza. Cuando entres en la energía del amor, ese amor te llevará hacia el vientre que te está esperando. ¿Comprendés? ¿Estás preparado?

O: Sí.

T: Muy bien. Perdoná a Eloísa por no haberte recibido en esta oportunidad y pedile perdón por haberle quitado la vida cuando ella era una niña. Es

necesario que se perdonen el uno al otro. Eloísa ya te ha perdonado.

O: Es difícil perdonarla.

T: Tampoco es fácil perdonarte a vos.

O: Es verdad. Perdoname, Eloísa.... —hondo suspiro—. Yo te perdono.

T: Muy bien, todo se va a arreglar. Vamos a pedirle a la Virgen que te venga a buscar. Ella se encargará de buscar la mamá que está destinada para vos y tendrás una nueva oportunidad. Esta vez será desde el amor.

O: Quiero perdonarla.

T: Entonces, "Humildemente, Divina Madre, te pedimos que vengas a recoger a este hijo que se ha perdido en el dolor. Humildemente te pedimos que te apiades de él; envuélvelo en tu manto de amor y llévalo contigo en procura de esa mamá que lo está esperando con amor. Intercede ante el Padre Creador para que un nuevo destino se cumpla para este ser que ahora ha entendido la lección del amor". Aquí viene la Divina Madre a buscarte y sus angelitos te van a acompañar en este nuevo camino. Una nueva vida te espera, donde finalmente encontrarás la paz, la dicha y el sosiego para tu alma.

O: Gracias. Pido perdón, quiero el amor. Necesito ese amor. Te perdono, Eloísa.

T: Muy bien, andá hacia la Luz.

Eloísa: Ya se fue. Perdoname, pido perdón.

T: Eso es, muy bien, pedile perdón y devolvele la energía que pudiste haber tomado de él.

E: Perdoname con todo mi corazón —llorando—. Te devuelvo tu energía, perdoname. No te lo merecías de ninguna forma. ¡Perdoname! ¡Llevate mi amor que te tocaba por derecho! Que Dios te bendiga y me dé su perdón también.

T: Muy bien, ahora te envolverás en un color. ¿Qué color necesitarías en este momento?

E: El color dorado.

T: Muy bien, entonces te envolverás en el color dorado y, envuelta en el color dorado, te repetirás a vos misma: Yo soy yo. Yo soy Eloísa y en mi cuerpo mando yo.

E: Yo soy yo. Yo soy Eloísa y en mi cuerpo mando yo.

T: Muy bien, respirá profundamente en tu cuerpo como Eloísa y, lentamente, abrirás los ojos y eso hará que regreses a tu conciencia física habitual como Eloísa en este día viernes diecinueve de setiembre de dos mil tres, sintiéndote bien, tranquila, calma y serena.

—Tenía que llegar el día en que pudiera hablar y sacara todo esto —fue lo primero que dijo Eloísa al abrir los ojos.

—*¿Qué edad tenías cuando pasó esto? (Yo no sabía nada del episodio del aborto.)*

—Eso es lo grave, no era ninguna niña —continuó Eloísa—; tenía unos veinticuatro años. Y por todo lo que he aprendido fue terrible porque no le di la oportunidad a una vida. Esto me pesaba mucho. Nunca lo hablé con nadie, esta es la primera vez que lo hago. Me sentía muy culpable. Me dejé llevar porque no encontraba el amor, yo era demasiado tonta para la edad que tenía. Pasaron muchas cosas, pero eso que hice fue una cobardía. Sólo Dios puede quitar la vida.

—Ya no te culpes más con todo eso. Él sabía que venía a pasar por esa experiencia. Los maestros sabían que vos no podías tenerlo y aprovecharon para que él cumpliera con su aprendizaje.

—Al venir hoy aquí, a tu consultorio, ni me imaginé que iba a salir esto. Siempre pensé que algún día iba a poder sacarlo a la luz, pero no me imaginé que sería hoy. No me sentía preparada todavía. Todavía no puedo creerlo.

***

Aquí tenemos una típica relación kármica entre obsesor y obsesado y hasta es posible que este vínculo se originara más atrás todavía, aunque no era necesario investigarlo para arribar a la liberación de Eloísa de su obsesor. Al decir esto, no estoy justificando el aborto de Eloísa, pero kármicamente era inevitable que esto sucediera. Era parte de la experiencia que estos dos seres tenían que pasar para aprender la importancia del amor y del perdón que, después de todo, es lo que siempre está en juego. Para mí, lo importante era que tanto Eloísa como este ser que la acosaba pudieran liberarse definitivamente de este infierno en el cual se hallaban sumidos y encontraran el amor para ésta y para sus vidas subsiguientes.

A partir de aquí cambió notablemente la vida de Eloísa. En parte, por haberse liberado del secreto y de la culpa que la agobiaba y, en parte, por haberse liberado de su antiguo obsesor. Ya no se calla más y, sobre todo, cambió radicalmente la relación con su marido.

Anorexia nerviosa

La siguiente historia pertenece a la Lic. Astrid Preisler Schüller de la República de Chile. Astrid es psicóloga por la Universidad Católica de Santiago con formación psicoanalítica. En 1999-2000 se formó en TVP en el primer curso intensivo que dicté en Argentina. Esta historia fue presentada por Astrid en las Jornadas 2003 de actualización en TVP que se llevaron a cabo en la ciudad de Buenos Aires.

La anorexia nerviosa es un grave trastorno de la conducta alimenticia que se caracteriza por un miedo intenso a engordar que no disminuye a pesar de que se pierde peso. La imagen corporal que la persona tiene de sí misma está completamente alterada. A veces se manifiestan episodios de bulimia en una anorexia. Luego de una ingesta voraz aparece dolor abdominal y la persona se autoprovoca el vómito. Esta conducta es acompañada de un estado de ánimo depresivo y de pensamientos autodestructivos.

Así ocurría con Montserrat, una adolescente de catorce años, la menor de tres hermanos. Montserrat ocultaba su extrema delgadez con ropas muy holgadas. Al mismo tiempo necesitaba hacer cada vez más ejercicio físico. Progresivamente fue disminuyendo su motivación por los deberes escolares. Constantemente sufría de dolor de estómago, sólo quería dormir y había perdido el interés por sus amigos. Un día, su hermana mayor observó que Montserrat se encerraba en el baño y dejaba correr el agua durante un buen rato. Alertó a sus padres y es recién entonces que éstos se percatan de que su hija está pesando sólo cuarenta y dos kilos. Inmediatamente sus padres buscan ayuda en un centro especializado en trastorno alimenticio y Montserrat comienza una psicoterapia y una dieta bajo control estricto. Sin embargo, la joven se resiste a reconocer la enfermedad que la afecta y continúa adelgazando. Abandona el colegio, deja de menstruar y sólo piensa en seguir bajando de peso. Cada vez que Montserrat se mira en el espejo éste le devuelve siempre la imagen de gordura que detesta. Repentinamente, algo cambia en su mirada y, por primera vez en muchos meses, puede verse a sí misma. Este reconocimiento de sí misma, escuálida y cadavérica, la impacta

profundamente. De improviso surge en ella el sentimiento de autocompasión y ése es el momento en el cual comienza el camino hacia la sanación.

Montserrat realizó conmigo cuatro regresiones terapéuticas. Aquí veremos la primera de ellas, la cual fue determinante para su sanación.

Terapeuta: ¿Qué está pasando, Montserrat?

Montserrat: Siento una pelea dentro de mi cabeza. Creo que me estoy volviendo loca, tengo mucho miedo. Dentro de mi cabeza escucho una voz que me dice muy fuerte: "¡Gooorda! ¡Fea! No comas nunca más, eres gorda, nadie te quiere". Al mismo tiempo escucho otra voz, muy débil, que me dice: "mentira, eso no es cierto". Pero la otra voz es más fuerte y dice: "sigue bajando de peso, estás flaca, pero tienes la guata (barriga) gorda. Tienes que bajar dos kilos más. No comas porque todo te va a engordar. Haz más ejercicio para bajar más... más... más...". Yo me siento confundida, desesperada. Siento que la cabeza me va a estallar. Siento una lucha dentro de mi cabeza. Me estoy volviendo loca y sé que al final le voy a hacer caso a esa voz y voy a seguir bajando de peso.

T: ¿Y qué te está diciendo la otra voz?

M: La otra voz se va achicando y me dice que estoy flaca, que no voy a engordar por comer. Que confíe en mi familia, que me quieren, que me voy a dañar a mí misma.

T: ¿Y cuando te dice todo eso, que sientes tú?

M: Al principio trato de hacerle caso y trato de oír ese lado, pero después me tapo los oídos y escucho a la parte que me dice "no comas".

T: ¿En qué parte de tu cabeza se encuentra esa voz?

M: Está en el lado derecho de mi cabeza y es demasiado fuerte. Yo dejo que me engañe y me obsesiono. (La acción característica del obsesor) La voz hace que me obsesione a mí misma y que baje de peso. Siento que es maligna... Es como si hubiera una persona dentro de mi cabeza que me quiere dañar, pero aunque yo lo sé me dejo engañar y dominar. (Una vez más, la subyugación.)

T: Pareciera que esa voz necesita algo muy desesperadamente, por eso te obsesiona y te habla y habla y no te deja tranquila. Pareciera que esa voz necesita ser escuchada.

M: Sí.

T: Entonces, Montserrat, vas a prestarle ahora tu voz y tus cuerdas vocales a esa parte que está dentro de tu cabeza para que ella pueda conversar aquí, conmigo, y pueda decir todo lo que tiene que decir. ¿Estás de acuerdo?

M: Sí.

T: Vamos a pedirle entonces que diga lo que necesita. Aquí va a ser escuchada y me va a decir su nombre para que conversemos. ¿Cómo te llamas?

M: Jaime...

T: Muy bien, Jaime. Dime, ¿qué estás haciendo allí, dentro de la cabeza de Montserrat?

Jaime: No sé... entretenerme.

T: ¿Qué es lo más entretenido de estar allí hablando?

J: Que se confunda.

T: ¿Para qué quieres que Montserrat se confunda?

J: No te quiero decir...

T: No tienes que asustarte, sólo quiero saber qué pasa contigo. Debe de ser bien difícil estar hablando ahí, dentro de la cabeza.

J: Quiero hacerle daño.

T: ¿Y cómo lo haces? Muéstrame.

J: La vuelvo loca diciéndole que haga lo que yo quiero. (Típico de un obsesor.)

T: ¿Y qué le dices?

J: Que se ve fea, que es gorda, que tiene que adelgazar para ser alguien.

T: ¿De verdad la encuentras gorda?

J: No... la odio...

T: A ti sólo te importa que te haga caso, ¿no te importa que esté muy delgada?

J: No me importa.

T: ¿Cuándo te metiste dentro de su cabeza?

J: Hace tiempo... cuando se cambió de casa.

T: ¿Y dónde estabas tú antes de meterte en Montserrat?

J: Volando...

T: ¿Y por qué la elegiste a ella?

J: Porque me cae mal. Me cae mal que se preocupe por la otra gente, que la quieran, que la quieran porque hace cosa tontas.

T: ¿Cuáles son esas cosas tontas?

J: Preocuparse por la gente y ser débil.

T: ¿Cómo es eso?

J: Porque se parece a mí... antes. (Él mismo da la pista.)

T: ¿Cuándo eras débil?

J: Cuando era como ella...

T: ¿Entonces tú tenías un cuerpo antes?

J: Sí.

T: Cuéntame de esa experiencia cuando tú tenías un cuerpo, cuando te sentías débil. ¿Qué pasaba contigo?

J: Yo era un niño, mi cuerpo estaba maltratado. Me habían dañado, alguien me pegó... y no me acuerdo más.

T: Esto es muy importante para ti. Trata de recordar. Ve allí, cuando eras un niño.

J: Yo era solo. Tenía una familia, pero no me querían.

T: ¿Y qué sentías?

J: Rabia...

T: ¿Y qué pasó cuando te pegaron? ¿Cómo queda tu cuerpo después de eso?

J: Tengo moretones en todas partes.

T: ¿Hay alguien que te cuide?

J: Nadie, estoy solo, pero alguien me mira.

T: ¿Quién te mira? (Este detalle se volverá importante más adelante.)

J: No sé. Alguien me mira. Ahora me doy cuenta...

T: Ese alguien está preocupado por ti y no te habías dado cuenta. Mira tu cuerpo, ¿cómo es?

J: Flaco, encorvado, soy débil. Nací así y me sentía mal por ser diferente. No tenía amigos, ellos no eran como yo. Cada vez estaba más solo y cada vez sentía más rabia.

T: Fíjate. ¿Tenías un problema con la comida?

J: No.

T: ¿Te gustaba comer?

J: Sí, papas y carne. Pero en mi casa sólo había comida a veces y yo pasaba hambre. Había poca comida.

T: ¿Qué sentías tú cuando había poca comida?

J: Rabia, porque se la daban a mi papá.

T: Sigue avanzando. ¿Qué pasó con todas las sensaciones de tu cuerpo, con la rabia y los sentimientos de soledad?

J: Me puse malo. Hacía daño.

T: ¿A quién le hacías daño?

J: A la gente tonta. A los que no se defendían. Esos eran los tontos y yo les hacía daño. Me daba risa. Lo hacía para entretenerme y sentirme bien.

T: ¿Y qué más querías lograr?

J: Era para ayudarlos a que aprendieran a defenderse, a que no fueran como yo.

T: ¿Y para qué te metiste en la cabeza de Montserrat?

J: Porque es tonta, porque dejó que yo me metiera en su cabeza y que le cambiara la vida que tenía antes.

T: ¿Y cómo era la vida que ella tenía antes?

J: Como la que yo quería.

T: Eso es, tú querías esa vida para ti y todavía estás tan enojado que no quieres que otros tengan lo que tú no tuviste.

J: Porque no se lo merece.

T: ¿Te das cuenta de que tú lo sigues pasando mal aunque te entretengas, no pudiendo ser parte de una familia feliz?

J: Sí.

T: ¿Te fijas que a Montserrat la estás consumiendo completamente? ¿Realmente quieres que ella ya no pueda disfrutar con su familia?

J: Como yo.

T: Tú eras un niño bueno antes de enojarte tanto. Parece que se te olvidó.

J: Sí.

T: Y, fíjate que el cuerpo que tú tenías ya murió.

J: ¿Por qué?

T: Porque ahora no tienes cuerpo. ¿O acaso tienes alguno?

J: No.

T: Ahora sólo eres una voz.

J: Y un alma.

T: Eso es, eres un alma sin cuerpo y no creo que te sientas muy bien teniendo que meterte en otro cuerpo.

J: Sí tengo cuerpo.

T: ¿Y cuál es ese cuerpo?

J: El que he tenido siempre, el de Jaime.

T: Pero ese cuerpo ya murió. Por muy difícil que sea, ahora vas a recordar qué ocurrió con tu cuerpo. Vuelve a ese momento en que tu cuerpo está débil y maltratado para reconstruir tu historia. Vuelve al momento de tu muerte en ese cuerpo como Jaime.

J: No quiero morirme. Quiero vivir, por eso me metí acá.

T: Pero fíjate que ese cuerpo ya murió.

J: No quiero.

T: Eso es, tu alma no quiere y está atrapada en ese cuerpo. Voy a contar hasta tres y vas a ir al momento en que tu cuerpo como Jaime muere aunque no quieras, esto es muy importante para ti. Uno, dos, tres. ¿Dónde está ese cuerpo tuyo?

J: En el pasto.

T: ¿Y qué está haciendo ahí?

J: Muriéndose... tengo el cuerpo lleno de moretones. Tuve una pelea, me pegaron. Caí al suelo y se fueron. Volví a sentirme como cuando era chico, débil, y cerré los ojos.

T: Fíjate que ese cuerpo murió allí.

J: Pero yo no quería.

T: ¿Qué fuiste a aprender a esa vida, Jaime?

J: A confiar en los demás.

T: ¿Y qué pasó?

J: No pude...

T: ¿Cómo te hace sentir eso?

J: Mal, quiero otra oportunidad.

T: Eso es, quieres otra oportunidad para confiar en los demás.

J: Pero no me lo merezco, porque hice mucho daño. (Comienza a asumir su responsabilidad.)

T: Todo eso ya terminó. Esa vida fue muy difícil. Tenías muchas pruebas que superar, eras débil y naciste diferente. ¿No te parece que te mereces otra oportunidad?

J: Sí, pero... ¿y si tampoco soy feliz?

T: Ya sufriste bastante. Ya expiaste tu culpa sufriendo y pasándolo mal, deambulando de cuerpo en cuerpo.

J: Me da miedo volver a ser igual que antes.

T: ¿Es eso lo que te impide ir hacia la Luz?

J: Sí, prefiero estar en las cabezas.

T: Pero en las cabezas sólo eres una voz, en las cabezas está oscuro y no tienes cuerpo. Son sólo cuerpos prestados.

J: Pero yo los manejo a todos. (Otra vez vean cómo describe el accionar de un obsesor.)

T: Pero continúas repitiendo lo mismo de antes. ¿Acaso es esa una nueva oportunidad?

J: No.

T: Fíjate que Montserrat está agotada. Ella necesita alimentarse y mirarse con sus propios ojos. Ella se confunde, no sabe a quién hacerle caso, si a tu voz o a ella misma. Mírala como está de flaca.

J: Porque es tonta, debería escucharse a ella misma y no a mí. Por eso la controlo.

T: Quizás tú podrías enseñarle a escucharse a sí misma.

J: No quiero enseñar nada... quiero descansar, pero no puedo. Quiero que me ayudes a irme a la Luz.

T: Eso es, te lo mereces. Ya ha sido suficiente tiempo. Puedes mirar la Luz, arriba...

J: (Interrumpiendo.) ¡No! ¡Me quiero quedar acá! Me gusta estar en esta cabeza.

T: Cuando veas la Luz te vas a dar cuenta de que es como un imán que te va a gustar mucho. Ahí está el amor, ahí no hay que pelear ni hablar fuerte. Ahí están todas las oportunidades para evolucionar y aprender...

J: Yo quiero quedarme en la cabeza de Montserrat —interrumpiendo nuevamente —. Montserrat también quiere que me quede. Yo quiero que ella quiera que me quede.

T: Ella ya no tiene fuerza. Ella necesita estar ahora con ella misma.

J: Yo quiero que alguien me quiera. Yo quiero que alguien me necesite. (Finalmente todos necesitan amor.)

T: Fíjate en tu vida como Jaime. ¿Había alguien allí que te necesitara?

J: No, nadie de mi familia me necesita.

T: Fíjate bien.

J: Alguien me está mirando.

T: Eso es. Fíjate en esa mirada, mira los ojos de esa persona que te está mirando. ¿Quién es?

J: Es Montserrat. (No podía fallar. Allí está el origen de la relación entre Jaime y Montserrat. Jaime no pudo o no quiso reconocerlo antes, pero ahora sí.)

T: ¿Qué ves en sus ojos?

J: Está asustada por lo que me pasó.

T: Tal vez ella quiere ayudarte.

J: Sí, pero no se atreve, es cobarde.

T: Vamos a pedirle a Montserrat que se atreva ahora que no es débil y que sabe ayudar a las personas.

J: Pero ella es tonta, ¿por qué no lo hizo antes?

T: Acuérdate que todos venimos a aprender y que todos nos equivocamos, pero ahora ella sabe. No se va a equivocar. Ahora Montserrat te va a ayudar a ir hacia la Luz y va a resolver lo que no pudo hacer antes contigo.

J: Pero yo quiero que ella esté conmigo.

T: ¿Cómo va a estar contigo si tú ahora no tienes cuerpo?

J: ¿Y por qué ahí no se me acercó?

T: Quizás en esa oportunidad ella no sabía cómo ayudar. Quizás no tenía la fuerza suficiente.

J: Por eso es tonta.

T: Quizás en ese momento fue tonta, pero ya no lo es.

J: Por eso se merece que la vuelvan loca.

T: Pero ella quería ayudarte en ese momento y no se merece que la vuelvan loca. No tienes que estar tan enojado con ella.

J: ¿Y por qué no me ayudó?

T: Fíjate que era la única persona que estaba ahí contigo. Quizás ella era muy chica y las niñitas no saben ayudar. Tal vez estaba muy asustada.

J: ¿Y cuándo va a poder estar conmigo?

T: Cuando tú vayas a la Luz. Cuando recibas todo el perdón y todo el amor que te mereces. Cuando te perdones a ti mismo y decidas volver en otro cuerpo, tal vez tengan una oportunidad para estar juntos.

J: ¿Y ella va a querer?

T: Si el encuentro va a ser amoroso para que los dos evolucionen juntos, ella va a querer.

J: No. Yo quiero que también ella se muera para que esté conmigo... por eso la quiero volver loca. (Allí está el verdadero propósito del obsesor. ¿A cuántas personas les sucederá algo similar?)

T: Por eso quieres que Montserrat adelgace cada vez más, ¿no es cierto? Para que ella pierda su cuerpo...

J: (Interrumpiendo.) Yo quiero que ella tampoco tenga cuerpo, igual que yo.

T: ¿Crees que dos almas sin cuerpo, perdidas en la oscuridad, pueden ser felices?

J: No lo sé.

T: Te da tanto susto pensar que vas a estar sin ella... Lo importante es que quieras estar con ella por amor.

J: Es que ella era la única que me miró y se preocupó.

T: Sí, fue la única en ese entonces, pero ahora puedes mirar otros ojos. ¿Tú crees en la Virgen María, la madre de todos nosotros?

J: Sí.

T: Fíjate que quizás tú tenías tanta necesidad de ser amado que viste a Montserrat, pero ella te miró con los ojos de la Virgen María y ahora es la Virgen la que puede llenar tu corazón con un amor completo y total. Fíjate cómo te mira la Virgen, fíjate cómo te ama sin condiciones.

J: Y si me voy a la Luz, ¿voy a poder volver?

T: Claro, cuando tengas un cuerpo vas a poder volver.

J: ¿Y voy a poder encontrarme de nuevo con Montserrat? ¿Querrá ella?

T: ¿Por qué no querría ella?

J: Porque estoy en su cabeza.

T: Sí, tienes que salir de su cabeza, porque ella no te quiere ahí.

J: ¿Y si ella no me perdona?

T: Vamos a preguntarle a Montserrat. Escucha ahora lo que ella tiene que decirte.

Montserrat: Estoy dispuesta a perdonarte. Si te vas ahora a la Luz te perdono. Si me dejas en paz hoy, ahora. Yo te perdono, pero no tienes que hacer más daño ni a mí ni a nadie.

T: Dile todo lo que le tengas que decir a Jaime.

M: Te pido perdón por no haberme acercado antes, cuando tú estabas con los moretones. Anda a la Luz, no estás solo. Si te vas a la Luz, vas a estar con Dios y con la Virgen.

T: Muy bien, Montserrat. Ahora, Jaime, ¿has escuchado todo lo que te dijo Montserrat?

Jaime: Sí.

T: ¿Estás dispuesto ahora a ir a la Luz?

J: Me da un poco de miedo, pero voy a irme... ahora me voy.

T: Fíjate cómo la Luz viene a buscarte.

J: Me despido...

T: Ve con Dios... (Pausa prolongada.) Ahora, Montserrat, elige un color para envolverte en su frecuencia vibratoria. Y fíjate, ¿qué tienes que aprender de toda esta experiencia?

Montserrat: A perdonar... a perdonar a la gente. Entender que la rabia no lleva a nada. Aprender a escucharme a mí misma.

T: Proyecta tu imagen en un espejo y mírate allí. ¿Cómo te ves?

M: Como soy. No quiero preocuparme por mi cuerpo. Sólo quiero comer en forma normal sin preocuparme por subir de peso. Me siento segura y confiada. Me veo bonita, sonriente. Mi cabeza está llena de luz blanca.

***

Me parece importante enfatizar que Montserrat no tenía ningún tipo de esquizofrenia aun cuando estaban presentes las voces dentro de su cabeza, la confusión, la disociación y la falta de integración del yo. Es la mirada desde otra perspectiva la que permite usar una técnica que definitivamente sana. Con paciencia y guía técnica finalmente aparece en el obsesor el sentimiento de responsabilidad que origina el deseo de reparar. Entonces surge en él la consciencia de la capacidad para amar y ser amado. El camino hacia el miedo se revierte y da paso al camino hacia el amor.

Han transcurrido ya tres años desde esta experiencia. Montserrat no ha vuelto a presentar ningún síntoma de anorexia nerviosa. Pololea (pololear: noviar) hace un año y asiste a un nuevo colegio desde hace dos años y en éste ha sido destacada como líder positiva por su alegría para enfrentar la vida.

***

No quiero agregar nada de mi cosecha a esta magnífica presentación de Astrid. Sólo resaltar la importancia de estar atentos a la posibilidad de la presencia de un alma perdida o de un obsesor cuando constatamos que los métodos habituales de sanación no funcionan o son insuficientes para resolver una condición clínica determinada.

El hermano que no fue

Una vez más me encontraba dictando un segundo módulo. En esta ocasión era el tercer curso de formación en TVP en España y Paulina (56) salió sorteada para efectuar la regresión didáctica. No habíamos hablado previamente con Paulina, de modo que yo no tenía idea de qué era lo que ella necesitaba trabajar. Su experiencia surgió en forma totalmente espontánea.

Martes 12 de octubre de 2004

Terapeuta: Paulina, ¿qué cosa necesitarías trabajar?

Paulina: Yo no quiero poner demasiadas expectativas. Quiero ayudar a los invitados que están aquí.

T: ¿Y qué invitado está aquí ahora contigo?

P: Hay alguien, pero no quiere que hable.

T: Entonces, quiero decirle a ese alguien que no hay nada que temer. Quien quiera que esté allí es bienvenido en este lugar. Ahora puedes hablar, adelante.

Obsesor: No me va a dejar... Esta mujer no me va a dejar.

T: No te va a dejar hacer qué cosa.

O: Lo que yo quiero hacer.

T: ¿Y tú qué quieres hacer?

O: Yo quiero que haga lo que yo quiero que haga y, parece que lo va a hacer, pero cuando llega el momento, se va.

T: ¿Y qué es lo que tú quisieras que ella hiciera?

O: Mira, ella nació y yo no nací. Bueno, nací antes de tiempo.

T: Explícame eso. ¿Cómo es que naciste antes de tiempo?

O: Hubiera sido su hermano. (¡Sorpresa!)

T: ¿Y qué fue lo que pasó contigo?

O: Yo estaba muy bien para nacer, pero mi madre hizo un esfuerzo que no debería haber hecho y nací a los seis meses. Me podría haber salvado, pero en ese tiempo no había manera, pero me podría haber salvado.

T: ¿Qué le pasó a tu cuerpo?

O: Se me llevaron. Me metieron en una bolsa y se me llevaron.

T: ¿Te pusieron nombre?

O: No.

T: ¿Cómo te hubiera gustado llamarte? ¿Qué nombre traías para ti?

O: Pues a ver, que no lo he pensado... Me gusta Juan.

T: Muy bien, Juan. Cuéntame qué hiciste cuando metieron tu cuerpo en una bolsa.

Juan: ¡Es que estaban más preocupados por Paulina que por mí! Ella era mayor que yo, ella tenía ocho años.

T: ¿Te hubiera gustado tener a Paulina de hermana?

J: Pues la verdad que sí. Ella me hubiera cuidado, pero ¡es que ese día estaban todos más pendientes de que ella estuviera bien de que yo naciera!

T: Me imagino que tú estarías muy enojado y muy dolido con eso.

J: Bueno, la verdad es que yo me quería quedar. De hecho me he quedado.

T: De eso me doy cuenta. ¿Cómo es que te quedaste? ¿Qué hiciste para quedarte?

J: ¿Sabes? Yo vine más por mi hermana que por mis padres. Ella quería tener un hermano y yo he repetido muchas vidas con ella, ¿sabes? Yo quería volver a estar con ella. Pero mi madre nos ha separado siempre y no quería que yo viniera. Al final, tuvo un golpe muy fuerte que me perdió y yo me quedé sin estar cerca de mi hermana.

T: De todas maneras igual te quedaste con ella.

J: Sí, pero Paulina es muy tozuda, porque a veces yo quiero que haga lo que yo quiero y ella no lo hace. A mí me gustaba jugar a las cosas de los chicos, pero a ella no le gustaba. A mí me gustaba que ella hiciese deporte, pero ella es una vaga. Muchas veces quiero que se enfade por cosas que le trae la vida y tampoco lo hace.

T: Juan, me dijiste que pasaste muchas vidas con Paulina y que tu madre siempre quiso separarlos. ¿A qué se debe que tuviste que pasar por esta experiencia de no poder nacer, de no poder vivir esta vida con Paulina? Voy a contar hasta tres a ver si tu alma puede recordar cuál es el origen de todo esto. Uno, dos, tres.

J: Éramos hermanos en una tribu india y a mi hermana se la llevaron a otro poblado porque se debía casar con otro. Fue mi madre quien pactó todo. Era la misma madre que tenemos aquí. Mi hermana y yo nos queríamos mucho y mi madre nos separó porque quería que yo solamente la quisiese a ella. Cuando nos despedimos, mi hermana y yo juramos que nos volveríamos a juntar tantas veces como fuera necesario. No nos volvimos a ver nunca más en esa vida, pero lo volvimos a intentar en otra época. Entonces yo era una mujer y Paulina era un niño; acordamos hacerlo al revés. Estábamos en Grecia. A mí me cogieron como a una virgen y me llevaron a unos túneles donde había unos animales. Decían que era un sacrificio para Dios. Estuve mucho tiempo encerrado ahí. Sentía los rugidos de los animales, pero yo me morí de hambre. El sacerdote que dictaminó que yo fuera encerrado fue otra vez la madre de los dos en esta vida.

T: Sí, adelante.

J: Otra vez estuvimos en Roma y nos echó a los dos a los leones. Nunca hemos podido estar juntos. Nunca nos dejó estar juntos.

T: ¿Y qué pasó antes entre tú y tu madre? Porque tiene que haber un motivo muy poderoso para que ella los haya separado durante tantas vidas. Voy a contar hasta tres y vas a ir al verdadero origen de todo esto. Uno, dos, tres.

J: Es como algo muy remoto —tras un largo silencio—. Estamos vestidos con pieles... cazábamos animales —susurrando—. En la tribu había un hombre que tenía mucho pelo, era muy feo; más bien parecía un mono. Mi hermana y yo éramos amigos aquí. Éramos muy rebeldes. No cazábamos para comer, cazábamos por el placer de matar. Inventábamos miles de artilugios para que los animales sufrieran. Mi padre era el jefe de la tribu y era un hombre justo. Él protegía a ese mono y nosotros decidimos castigarle (al mono).

T: ¿Y entonces?

J: Le hacíamos daño al mono. Le clavábamos puntas; eran como piedras afiladas. Sus genitales eran nuestro lugar preferido. Le decíamos que si nuestro padre se enteraba de lo que le hacíamos le íbamos a cortar la lengua. El mono nos tenía mucho miedo.

T: ¿Y qué pasó entonces?

J: Estuvimos mucho tiempo haciéndole cosas a escondidas hasta que nos descubrieron y mi padre nos castigó mucho. Nos tuvieron colgados de un árbol durante dos días sin comer. Estábamos muy enfadados. Yo era su hijo; a mí no me tenía que castigar, tenía que castigar al peludo. ¿Qué hacía este peludo en la tribu? Ni siquiera sabíamos de dónde había salido. Con mi hermana acordamos que cuando nos bajáramos de ahí le íbamos a matar. Pero que se iba a acordar, ¿eh? Se iba a acordar. (Y eso fue lo que sucedió.)

T: ¿Entonces?

J: Y, lo matamos... Trocito a trocito. Le tapamos la boca con hojas secas para que no pudiera gritar y lo fuimos matando lentamente. Le cortamos una oreja, le vaciamos un ojo, le metimos una piedra por la nariz, le hicimos un corte en la garganta...

T: ¿Y qué le decían?

J: “Nos han castigado por tu culpa. Tú te lo mereces”. Yo creía que se lo merecía. Mi hermana muchas veces me decía “Le estamos haciendo daño,

déjalo. ¡Déjalo! ¡No le hagas ya más daño! ¿No ves que le duele, le sufre?” —gritando.

T: Y entonces, ¿qué pasó?

J: Si no se calla mi hermana le voy a dar a ella... —silencio—. Son dos cosas diferentes. Estamos matando al mono y hay un negro también, pero es en otro lugar. Está un poco liado esto, ¿eh?

T: ¿Y qué pasa con el negro en el otro lugar?

J: Ahí estamos mi hermana y yo. Somos un chico y una chica; con el mono somos dos chicos.

T: ¿Y qué pasa con el negro?

J: Con el negro lo colgamos. Bueno, de hecho lo cuelgo yo, ¿eh? Mi hermana no quiere, llora y dice que le hacemos daño. Es tonta, chica, pero yo tengo que ser el fuerte y tengo que aprender a matar y bueno, lo mato.

T: ¿Cómo lo haces?

J: Es fácil. Hago una lazada fuerte, espero que se duerma y le agarro por el cuello. No le dejo que chille. Claro, hago lo mismo, le meto cosas en la boca. El mono y el negro es mi madre, ¿sabes?

T: Entonces, ¿de qué te das cuenta?

J: Bueno, que yo siempre convenzo a mi hermana y mi madre evita eso.

T: Bueno, tú dijiste que el peludo se iba a acordar, ¿no?

J: Sí.

T: De modo que de alguna manera se está acordando de eso.

J: Mm, con la mirada yo le decía: “¡Te vas a acordar!”.

T: Y me pregunto yo una cosa, ¿sería posible que ahora pudieras terminar con esta historia? ¿Que tú y tu mamá pudieran terminar con esta historia para que la próxima vez puedan estar juntos los tres y amarse y quererse en paz?

J: Mi madre se marchó y me vio, pero a ella se la llevaron a la Luz y yo me quedé aquí.

T: Tal vez pudieras decirle a tu mamá...

J: ¡Es que yo quiero que mi hermana haga lo que yo le digo! ¿Por qué no lo hace? —enojándose.

T: Porque tu hermana tiene que hacer su vida.

J: ¡No! Es idiota —más enojado.

T: Dime una cosa, ¿no te han bastado estas vidas de sufrimiento para aprender el respeto por el otro. A ti no te gustaría que te hicieran lo mismo...

J: Es que no los dejo.

T: Pero tú quieres que los otros te dejen.

J: Claro.

T: ¿Te parece justo eso?

J: A mí me da igual. Cuando me metieron allí, con el toro, a mí no me pidieron permiso y cuando me metieron con los leones tampoco, ¿verdad? Entonces, ¿por qué tengo que pedir permiso para hacer lo que yo quiero?

T: ¿Pediste permiso para matar al peludo y para matar al negro?

J: Yo no necesitaba pedir permiso; mi padre era jefe.

T: ¿Tenías derecho a matar y a quitarle la vida a otro?

J: Bueno, no.

T: Mira, yo sé que todo esto es muy duro. La verdad es que tu mamá no se comportó como una mamá, pero en aquel momento tampoco tú fuiste bueno y le quitaste la vida por lo menos dos veces y no sé si no lo habrás hecho más veces.

J: A lo mejor...

T: Mejor no lo averigüemos. Me dijiste que tu mamá está en la Luz ahora.

J: Sí, yo la vi pasar.

T: ¿Por qué no la llamas para que te venga a buscar? Podrían amigarse y, finalmente, tu mamá podría hacer algo por ti.

J: No va a querer y, si me viene a buscar, me vuelve a separar de mi hermana.

T: Inténtalo; puede haber una oportunidad...

J: ¡Claro! Y que mi hermana haga lo que le dé la gana, ¿verdad? (Su obsesión.)

T: Tu hermana necesita hacer su vida. Mira todos los problemas que tiene.

J: ¡Pero si hace su vida! También hace lo que quiere. No te vayas a pensar, ¿eh?

T: Sí, pero no ha sido una vida fácil para ella. Yo sé que estás enfadado, pero mira por todo lo que ha pasado, los problemas que tiene con su hijo...

J: Sí, ella no me hace caso, pero su hijo mayor, sí.

T: ¿Y qué haces con su hijo mayor? (Paulina tenía un grave conflicto con su hijo mayor.)

J: Su hijo mayor le hace... bueno, ahora no estoy contento porque ella le ha dicho que aquí se ha acabado la historia. Pero él ha hecho muchas cosas que yo le he mandado a hacer.

T: ¿Qué le mandaste a hacer?

J: Le he hecho reaccionar de muchas maneras para hacerle daño a ella porque ella no hace lo que yo quiero que haga. Entonces, de alguna manera tenía que buscar a alguien que hiciera lo que ella no hace.

T: Juan, te hago una pregunta, ¿eres feliz haciendo todo esto?

J: No —con voz grave.

T: Esto es importante porque, ¿qué es lo que todos buscamos? Buscamos ser felices, buscamos que nos amen, que nos quieran... Sí, podrás satisfacer tu enojo

con todo esto que estás haciendo, pero en definitiva no eres feliz. ¿Cuántas vidas más vas a estar así?

J: Es que a mí me gustaría que mi hermana se viniera conmigo. Lo intenté hace poco, pero no se quiso venir.

T: ¿Cómo es que lo intentaste?

J: Le di un empujón muy fuerte para que se quedara allí en el sitio, pero ¡no! Pero si ella se viene, entonces nos vamos los dos hacia la Luz. Yo he estado en la puerta de la Luz, ¿sabes? Yo he visto allí seres que me venían a buscar y que me decían que me fuera con ellos, ¿eh? Pero no quise. No me vas a convencer tú ahora.

T: Simplemente quiero ayudarte porque yo me doy cuenta de que estás sufriendo y veo que en la próxima vida has de sufrir otra vez porque no has aprendido la lección del amor. No estuvo bien lo que hizo tu mamá, pero tampoco estuvo bien lo que tú hiciste con ella, con ese pobre peludo que ni siquiera sabía pensar, con ese pobre negro. Ya es hora de equilibrar las cuentas. (Mientras le estoy hablando, Juan comienza a llorar.) ¿Cuánto más vas a esperar para el amor? ¿Cuánto hace que no te hacen un mimo? ¿No te gustaría que te acariciaran? ¿Me dejarías que te acariciara?

J: Tengo miedo de que me toques —llorando.

T: Bueno, pero, ¿no te gustaría que te acariciara? (Lentamente voy aproximando mi mano hacia la cabeza de Paulina y Juan comienza a temblar y a llorar cada vez más. Finalmente comienzo a acariciarlo.) Es tan lindo que te mimen, que te cuiden, que te acaricien, que alguien se preocupe por ti. Pero, si estás espantando a la gente, ¿quién te va a querer?

J: (Continúa llorando.)

T: Tú también tienes derecho al amor. Abre tu corazón al amor; es todo lo que necesitas para que tú y tu hermana finalmente puedan concretar esa vida juntos. Esto es lo que te falta y Dios te dará esa oportunidad. Ahora podrías llamar a tu mamá y podrías decirle: "Perdóname mamá por haberte tratado mal y yo te perdono porque me abandonaste. Mamá, necesito de tu amor, necesito que seas mi mamá. Necesito que seas la mamá que no tuve". Vas a ver que tu mamá va a venir.

J: No, no va a venir, yo he sido muy malo —llorando.

T: Todo eso ya pasó. Fue parte del aprendizaje. En la Luz nadie te va a decir nada.

J: También he sido muy malo con mi hermana. Mi hermana no deja que nadie la quiera porque yo no la dejo —sigue llorando.

T: El amor sana, el amor cura. Yo te aseguro que se van a encontrar.

J: ¿Va a venir?

T: Pronto estará contigo en la Luz.

J: Pues la espero aquí. ¿Por qué tengo que esperarla en la Luz?

T: Porque aquí estás interfiriendo en su vida. ¿Cómo se llama tu mamá?

J: En esta última vida, Josefa.

T: Muy bien, yo le voy a hablar a tu mamá. "Mira, Josefa, yo sé que todas estas vidas con Juan han sido muy duras para ti. Sé que tienes tus razones para haber separado a Juan de Paulina, pero ya es hora de que cambiemos esta historia. En esta vida, Juan no pudo tenerte como mamá. Ahora yo te pido que dejes de lado los rencores del pasado y que vengas a buscar a tu hijo. Juan te necesita mucho, pero tiene miedo de que tú lo rechaces. De modo que todos los que estamos aquí te pedimos que vengas en un rayo de luz a buscar a tu hijo Juan porque en realidad él está sufriendo. Vamos, Josefa, ven a buscar a Juan. Tú puedes hacerlo. El amor nos sana a todos. Todos necesitamos del amor y tú, Josefa, lo necesitas y Juan también lo necesita. (Mientras me dirijo a Josefa, Juan se estremece y continúa llorando sin pronunciar palabra.) Vamos a pedirle a Dios que te permita venir al encuentro de Juan. "Señor, humildemente te pedimos que permitas que Josefa pueda venir a buscar a su hijo Juan. Dales una nueva oportunidad para que la próxima vez puedan ser felices y realizar el amor en la vida en el cuerpo. Señor, envía también a tus ángeles protectores para que los ayuden en este camino". Juan, acá viene tu mamá. Una mamá perdona todo. Eso es, abrázate con tu mamá.

J: Me quiere dar la mano —llorando y levantando su mano derecha lentamente.

T: Eso es, dale tu mano a tu mamá y dale la oportunidad para que pueda ser tu mamá. Ahora la tendrás sólo para ti, aprovecha. Eso es. Deja que sea tu mamá.

J: (Sin dejar de llorar, Juan lentamente va levantando sus brazos como si fuera a abrazarse con alguien.)

T: Eso es. Abrázate con tu mamá. Vas a ver que todo va a salir bien. Entra en la Luz.

Paulina: Ya entró, se fue —luego de un hondo suspiro.

T: Muy bien, Paulina. Ahora comienza a respirar en tu cuerpo volviendo a tu conciencia como Paulina y te dirás a ti misma: Yo soy Paulina. Yo soy yo y en mi cuerpo físico y en mi campo vibratorio mando yo.

P: Yo soy Paulina y en mi cuerpo mando yo. (Repite tres veces.) Ahora comprendo tantas cosas. Es como si hubiera habido una explosión dentro de mí con una luz muy clara que va colocando cada cosa en su lugar.

***

La verdad es que el trabajo de Paulina fue una sorpresa para todos los presentes, incluyéndola a ella misma. Se imaginarán que, a los cincuenta y seis años de edad, Paulina ni se acordaba de lo que había sucedido con aquel bebé. Para Paulina, ese bebé nunca existió. Ella creció y fue criada y educada como hija única. Su mamá y su familia se ocuparon de que el episodio de la muerte de ese bebé pasara desapercibida para ella. Justamente esto era parte del fastidio de Juan, que se ocuparan más de ella que de su nacimiento.

Con la historia que relata Juan, podemos comprender cuán profundos e imbricados pueden llegar a ser los vínculos que a veces nos unen con los obsesores y las motivaciones de éstos para hostigar a una persona determinada. Si contamos esta vida en la cual Juan no pudo nacer, son, por lo menos, seis vidas en las cuales Juan, Paulina y Josefa estuvieron relacionados. Se trata de una relación kármica total. Seis vidas tratando de sanar el rencor, el odio, la envidia, los celos y, sobre todo, el desamor. En la despedida en la tribu india

Juan y Paulina se juraron juntarse tantas veces como fuera necesario. Ésa fue la promesa que los ató para la posteridad.

Parece que la frustración de no haber podido estar con Paulina como hermanos fue demasiado para Juan. Él quería seguir manteniendo ese rol dominante que siempre tuvo sobre Paulina y, si hubiera nacido, seguramente lo habría ejercido a pesar de que Paulina era mayor. De hecho, influyó y trató de dominar a Paulina oculto en el subconsciente de ésta. Su obsesión era que Paulina hiciera lo que él quería que hiciera y se enojaba porque no lo lograba completamente. Observen que también influyó sobre el hijo de Paulina, utilizándolo de instrumento en contra de ella y lo cierto es que Paulina tuvo conflictos muy serios y desagradables con su hijo mayor.

Otro detalle del poder que a veces suelen tener las entidades es el empujón que Juan le propinó a Paulina, lo mismo que Carlos hizo con Martina y que todavía volveremos a ver una vez más.

Si recordamos las rabietas de Gabriel debidas al alma de su hermanito enojado, veremos que su historia y la de Paulina son similares. De no haber sido por la intervención de Stella y de la mamá de Gabriel que se dio cuenta a tiempo de lo que estaba sucediendo, Gabriel podría haber seguido el camino de Paulina.

Fue necesaria mucha paciencia para trabajar con Juan y lograr que aceptara volver a la Luz. Como ocurre la mayoría de las veces, la agresividad del obsesor es sólo una máscara para disimular el miedo al rechazo. Por malo y oscuro que parezca, un obsesor es un ser sufriente necesitado de amor. Cualquier obsesor que puede ser redimido por el amor es, al final de cuentas, un alma perdida más. En este caso, toda la agresividad, la ironía y el cinismo de Juan se disolvieron una vez que tuvo la certeza de que su madre lo aceptaba.

Un año después de este trabajo Paulina hacía una síntesis de sus reflexiones y de sus cambios después de la partida de su hermano:

“Los primeros dos meses después de la regresión me encontré muy sola. Creo que de alguna manera le guardé luto a Juan. Sentí un hueco en mi interior traducido en una gran tristeza. En mis espacios de meditación comencé a comprender mi comportamiento hacia mi madre. Yo fui hija única y mi madre siempre fue muy dominante, pero yo siempre he sido díscola. Cuando mi mamá

estaba ya muy enferma, yo no la trataba bien. Discutía mucho con ella y siempre buscaba aquello que más la hería. Yo deseaba que se muriera para que me dejara tranquila y, a veces, se lo decía. Luego, cuando recapacitaba, me sentía muy culpable. '¿Cómo puedo ser tan mala? —me preguntaba a mí misma— al fin y al cabo, pese a su carácter, ella se ha portado bien conmigo. Pareciera que soy dos personas a la vez'. Cuántas veces me habré dicho a mí misma, incluso en voz alta, que parecía que yo tenía doble personalidad. Unas veces podía ser dulce y comprensible hasta la tontería y otras veces tan dura y tan cruel. También mi ex marido me dijo en más de una ocasión que parecía que estaba casado con dos personas distintas. Cuando nos divorciamos me dijo: Llevamos veinte años juntos y jamás te conocí. Ahora me doy cuenta de que esa doble personalidad la he ejercido siempre con predominio de mi lado masculino. Cuando entraba en el remolino emocional no podía controlarlo y luego me sentía culpable porque siempre decía lo que debía y lo que no debía también.

Ahora me siento yo, vulnerable y feliz. Puedo disfrutar de la vida con libertad, siendo consciente de ello. Soy sumamente respetuosa conmigo misma y con los demás y las personas me devuelven lo mismo que reciben."

***

Ya nos hemos adentrado en la dimensión de los obsesores. Hemos tenido oportunidad de comprobar lo que es la subyugación en la relación de Luz y Aníbal; una obsesión por celos y envidia en el caso de Carlos con Martina y, finalmente, tres obsesores típicamente kármicos en Eloísa, Montserrat y Paulina. Seguidamente conoceremos a otro tipo de obsesores que son mucho más sutiles.

Capítulo VI

Mistificadores

Suele ocurrir que el obsesor que está perturbando a una persona se presente como si fuera un guía o un maestro espiritual. Esta es una de las dificultades más comunes con la que tropezamos ante las distintas manifestaciones de entidades espirituales. El ser que se anuncia con este título puede presentarse así a una persona en particular o bien puede hacerlo en el seno de un grupo determinado, ya sea de crecimiento espiritual, de estudio o de meditación. La entidad, que es canalizada por alguno de los integrantes del grupo, puede expresarse por medio de la voz o por medio de la escritura (psicografía) para transmitir enseñanzas o indicar tareas específicas que deben realizar los integrantes del grupo.

Es posible que este tipo de entidades se manifieste en el transcurso de una sesión de regresión con el pretexto de transmitir un mensaje importante cuando en realidad lo que buscan es interferir con el trabajo terapéutico de la persona en cuestión. Estos seres pueden presentarse incluso como si fueran el guía de la persona e insisten en quedarse, aduciendo que les fue encomendada la misión de guiar a esa persona en su trabajo o en su camino hacia la Luz. Personalmente yo no tengo dudas sobre el fenómeno en sí, pero, ¿quién certifica que la entidad que se anuncia como guía o maestro es realmente quien dice ser o lo que dice ser? Las entidades que se presentan como maestros no exhiben documentos que acrediten su identidad. A estas entidades o espíritus que se presentan como maestros, cuando en realidad no lo son, se los denomina mistificadores.

Un mistificador es un impostor o un embaucador. En el marco de las comunicaciones espirituales esto es moneda corriente. Justamente, el desafío más grande para quienes se relacionan con los seres del mundo espiritual es poder discernir la verdad de la impostura. Hay entidades oscuras que no tienen ningún empacho en decir que son tal o cual personaje; pueden afirmar que son el Arcángel Miguel o el mismísimo Jesús sin que se les mueva un pelo (hablando metafóricamente). San Pablo nos advierte de este riesgo al hablar de los falsos apóstoles:

“Y no es maravilla, porque el mismo Satanás se disfraza como ángel de luz” (2 Cor. 11:14).

Y San Juan Evangelista aconseja:

“Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad si esos espíritus proceden de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo” (Juan 4:1).

Es necesario estar atento y no creerse nada de lo que digan estos seres por más atractivo o seductor que parezca hasta que sus dichos hayan pasado por el tamiz del discernimiento.

Las dos historias que veremos a continuación no llegan a tal extremo —aunque he sido testigo de lo dicho anteriormente— sino que presentan formas más sutiles.

Un científico luchador

Luisa (54), la misma de las catacumbas de mi primer libro, concurría semanalmente a una clase de yoga que dirigía su marido. Al término de esta clase se llevaba a cabo una meditación y, a continuación, cada participante compartía su experiencia. En uno de esos ejercicios de meditación, por intermedio de Luisa se manifestó un ser que se presentó como un guía espiritual. Este ser anunció que el grupo del que formaba parte Luisa había avanzado en su crecimiento espiritual y que por lo tanto estaba preparado para trabajar por el bien de la humanidad. Luego de esta manifestación, Luisa se quedó con una sensación un tanto extraña y me consultó al respecto porque no estaba muy segura sobre cómo proceder. Yo le aconsejé que se mantuviera alerta, procurando discernir el comportamiento de este ser. Así fue como una semana más tarde este ser volvió a manifestarse en la rueda de meditación, pero vaya a saber por qué razón el marido de Luisa ignoró su mensaje y entonces el supuesto guía se enojó y exclamó muy contrariado: ¿Me van a escuchar o no? A raíz de este episodio Luisa se quedó con una sensación de angustia y un profundo malestar. Durante toda la semana que siguió a la intervención de esta entidad Luisa no pudo ni escribir ni pensar con claridad. Sabido es que cuando se manifiesta un ser de luz a través de una persona deja en el ánimo de ésta una sensación de paz, bienestar y serenidad. Pero no resultó así en esta oportunidad. Sospechando que podría tratarse de un obsesor o de un mistificador, le pedí a Luisa, luego de una ligera relajación, que permitiera que este ser se manifestara y así lo hizo.

Jueves 18 de julio de 1991

Terapeuta: Quienquiera que seas quiero que sepas que eres bienvenido y que voy a escucharte sin censurarte. ¿Quisieras contarme algo? ¿Qué es lo que te preocupa?

Obsesor: Me preocupa el mundo, me preocupan las guerras. Me preocupa la destrucción, la matanza, las bombas nucleares, todo eso que en este momento está destruyendo tu planeta.

T: ¿Cuál es tu nombre? ¿De dónde vienes?

O: Luchador, ¿qué más quieres saber?

T: ¿De dónde vienes? ¿Estás encarnado en otro lugar o eres un espíritu sin cuerpo?

Luchador: Estoy en el espacio; puedo trasladarme de un lugar a otro.

T: Y antes de estar en el espacio, ¿dónde te encontrabas?

L: En un planeta en evolución, Orión.

T: Muy bien, Luchador. ¿Qué pasó con tu cuerpo en Orión?

L: Se quemó.

T: ¿Y cómo fue que se quemó?

L: Me incendié... —largo suspiro.

T: Vuelve entonces a ese momento para recordar qué fue lo que determinó tu posterior andar por el espacio. Fíjate si hay algo en ese momento que te esté perturbando todavía para liberarte de esa sensación.

L: ¡Las llamas, me molestan las llamas! ¡Hubo una explosión!

T: Muy bien, sigue, ¿qué más?

L: ¡No me digas eso! ¡No me hagas acordar! Me pone muy mal.

T: Esto te va a ayudar, confía en mí que yo soy médico...

L: ¡Es horrible! ¡No quiero! ¡No me hagas acordar! ¡No! (Ya se habrán dado cuenta de que no se trata de un guía espiritual como la entidad pretendía ser en un primer momento. Simplemente es un alma perdida más.)

T: Ten confianza. ¿Te das cuenta de que esto está perturbando tu espíritu? Aunque te encuentres en el espacio, esos recuerdos todavía están latentes en ti.

L: Es muy fuerte... trabajaba, trabajaba...

T: ¿Qué hacías?

L: Era un laboratorio. ¡Ay! Trabajábamos ahí, hacíamos medicinas, yo era un científico. ¡Ay, ay, ay! ¡Todo terminó ahí!

T: ¿Qué pasó ahí?

L: ¡Nos equivocamos! ¡Nos equivocamos! Yo encontré una sustancia y me quemé, ¡me quemé! ¡Mi cara! ¡Yo estuve dentro de la luz de la explosión!

T: Eso es. Ahora agota todas esas emociones. Libérate de todo eso. Revive ese instante para agotar toda esa emoción. (Tal como si fuera un paciente en regresión.)

L: Fue terrible. Me ardía, el ácido ardía. Ardía en mi cara y no vi nada más. Vi una luz, la luz de la explosión y después no vi nada más.

T: ¿Y qué pasó después?

L: Me desintegré, todo terminó. Mis manos no servían más, mi cara tampoco, mi cerebro estalló y empecé a volar en mil pedazos. ¡Todo se fue! ¡Todo desapareció! Empecé a volar por el aire. Nunca más pude unir esos pedazos, nunca más. Me convertí en polvo, sólo quedó polvo. ¿Sabés?, yo iba en un cohete. Todo se terminó.

T: ¿Estabas dentro de un cohete?

L: Sí, era una misión y ahora soy polvo. Ahora no hay nada más, pero yo tengo que seguir trabajando aunque sea polvo. Hay que seguir trabajando. El mundo está revuelto, se matan y eso no debe ser, no debe continuar. ¿Me entiendes?

T: Te entiendo, pero, ¿sabés una cosa? Hay formas más efectivas de trabajar.

L: Eso, yo no lo sé.

T: Lo que ocurre es que te quedaste impresionado por eso que pasó. Fijate una cosa, en el momento de la explosión, ¿cuál es el pensamiento dominante?

L: Se terminó todo, no soy nada. Me desarmé, me destruí.

T: Ahora, yo te voy a explicar una cosa. Resulta que esa sensación de que "se terminó todo" y de que "no soy nada" se hizo tan fuerte en tu memoria que todavía está condicionando tu accionar. Porque es como si todavía no fueses nada, pero lo único que se terminó fue tu vida física porque tu vida espiritual sigue adelante. Sos un hijo de Dios y lo único que se terminó fue tu cuerpo material.

L: Yo puedo entrar en los cuerpos.

T: Claro, pero vos estás entrando en cuerpos que no son tuyos y lo que sucede cuando entrás en un cuerpo que no es tuyo es que perturbás la vida, la mente, las emociones y los sentimientos de esa persona. Imagináte que alguien se metiera en vos, ¿cómo te sentirías?

L: Yo no tengo cuerpo.

T: Pero si alguien se metiera en tu cuerpo, ¿te gustaría eso?

L: Yo soy yo.

T: Eso es lo que tenés que aprender a respetar en los demás, que cada uno es sí mismo. Ahora vos comprendés lo que es la destrucción porque la viviste en carne propia y porque sufriste con ella. Entonces podrías pedirle a Dios que te dé un cuerpo nuevo para trabajar y para traer todo ese conocimiento y esa experiencia que vos tenés y enseñarle al mundo esto que vos sabés, pero con tu propio cuerpo y entonces...

L: ¿Y entonces? ¿No tengo que trabajar así?

T: Podés trabajar, pero...

L: ¿Y qué voy a hacer si no puedo trabajar? Pero, ¿qué me estás diciendo? —rompiendo a llorar—. ¿Qué me estás diciendo? ¿Qué deje todo? ¿Qué no haga nada más? ¡La gente se muere y yo no puedo hacer nada! —llorando—. ¿Cómo? Yo no quiero llorar, no quiero llorar.

T: Bueno, bueno, tranquilo, yo te voy a secar las lágrimas. Vas a ver que todo va a salir bien. Lo que sucede es que estás confundido de tanto vagar por el espacio, pero ahora sabés que el espíritu no muere, que el espíritu es inmortal y que muchas veces vas a tomar cuerpo y vas a dejarlo para volver a tomar otro cuerpo para seguir trabajando y seguir aprendiendo. Así es como evolucionamos. Lo único que dejamos es el cuerpo, pero el espíritu, lo que vos sos en este momento, sigue viviendo eternamente y, si vos querés, Dios te hará ver la Luz y entrarás en la luz de Dios. Allí tendrás un cuerpo luminoso, sano, libre, un cuerpo perfecto en todo sentido con el cual podrás trabajar, pero guiado por la Luz. ¿Comprendés esto que te estoy diciendo?

L: Nunca me habían dicho eso. Yo creía que esto se podía hacer. Como yo estaba en pedacitos podía introducirme en el cuerpo de otra persona porque yo, ahora, no tengo voz ni cuerpo y, entonces, esa persona hablaba por mí para que yo pudiera decirle al mundo que no se destruyera. (Exactamente lo que buscaba hacer a través de Luisa.) Flotando en el aire... ahí quedé, pero si vos decís... ¿Vos querés decir que yo puedo volver a nacer?

T: Exactamente.

L: ¿Otra vez?

T: Otra vez.

L: ¿Y vivir en un mundo con gente?

T: Exactamente.

L: Y eso, ¿cómo puede ser?

T: ¿Cómo puede ser? ¿Vos creés en Dios?

L: Yo no creía en Dios, yo creía en el hombre, en todo lo que el hombre podía hacer.

T: Dios puede hacer este milagro que no es ningún milagro sino que es algo muy natural de la vida: nacer.

L: Y yo creía que solamente el hombre puede hacer y deshacer. Aunque era un pedacito de hombre lo seguía haciendo. Ahora veo, ¿sabés?

T: ¿Qué es lo que ves?

L: Yo puedo seguir haciendo con mi pedacito de hombre, pero no con el de los demás.

T: Exactamente, muy bien, sí señor.

L: No tengo derecho a usar a los demás. ¿Es eso lo que vos me querés decir?

T: Así es, eso es lo que vos solo estás aprendiendo, te estás dando cuenta.

L: Sí, esta es la primera vez que se me ocurre.

T: Y vas a aprender que vos también tenés derecho a la felicidad, al amor, al trabajo y a cumplir con tu misión. Cuando te encuentres frente a la luz de Dios vos mismo vas a poder pedir tu misión y Dios te dará la bendición de un cuerpo nuevo.

L: ¿Y cómo hago yo para llegar al lugar donde está Él?

T: Vamos a pedirle a Dios para que te mande un ángel guardián que te tomará de las manos y te llevará por el camino de la luz hacia el reino de Dios.

L: Estoy muy cansado, ¿sabés? Todo esto me daba mucho trabajo.

T: Ya lo creo. Vas a ver cómo vas a encontrar la felicidad y lo vamos a hacer ahora mismo. ¿Te gustaría?

L: Sí, me gustaría.

T: Entonces, vamos a pedirle los dos juntos a Dios: "Humildemente, Señor...

L: No me escucha, no me conoce.

T: Dios conoce a todos sus hijos. Lo que pasa es que vos nunca pensaste en Dios.

L: Nunca, porque no sabía que estaba.

T: Pero Él sí sabía que vos estabas y sólo estaba esperando tu llamado. Vamos a pedirle ahora, ¿sí? "Humildemente, Señor, te pedimos en este día que envíes la

luz para este espíritu luchador. Humildemente, Señor, te pedimos que recibas en tu gloria a este ser que quiere trabajar por el bien de la humanidad. Te pedimos, Señor, que lo recibas en tu gloria. Envíale a tus ángeles protectores para que delicadamente lo lleven de la mano transitando por el camino de la luz hacia tu gloria".

L: Hay una música, ¿sabés? Y me dicen: El mundo se arregla con voces de paz y de amor. Nunca con voces de violencia.

T: Muy bien, ¿viste que te escucharon?

L: Son muy dulces.

T: Muy bien, dejate guiar por esa música que vas a entrar en la Luz de Dios, vas a entrar en su reino y allí te espera un cuerpo nuevo para seguir tu trabajo para comunicarle al mundo tu experiencia y tu enseñanza.

L: Ahora mi mente se aquieta y tengo ganas de descansar, pero debo dejarte, ¿sabés? Debo partir para allá.

T: Muy bien, te lo merecés. Que Dios te acompañe.

L: Hasta siempre y muchísimas gracias.

T: Hasta siempre, Luchador; que Dios te bendiga.

Al abrir sus ojos, Luisa dijo: Ahora soy yo. Toda la semana no estuve bien. No podía pensar, no podía escribir. Tuve una equivocación, me lo creí.

***

A decir verdad, esta fue una situación fácil de resolver. Contrariamente a lo que yo imaginaba que podía suceder al iniciar la sesión, la entidad identificada como Luchador accedió a un diálogo amable en forma inmediata. Si Luisa no hubiese

estado atenta a sus sensaciones y se hubiese dejado llevar por la fascinación de ser el portavoz de un guía espiritual otra hubiese sido la historia. Esto podría haberla llevado a recibir mensajes con el fin de indicarles tareas importantes a realizar a sus compañeros de grupo entre otras cosas. Pero al consultarme y decidir trabajar con lo que había experimentado, Luisa desactivó una posible mistificación en su propio inicio. Una vez que comenzó el diálogo conmigo, Luchador se sinceró en su preocupación y en ningún momento dijo ser un guía espiritual. Como cualquier alma perdida, Luchador tenía un motivo de peso para quedarse ligado al plano físico: cumplir con la misión que había quedado inconclusa. Luchador necesitaba de la voz de Luisa para decirle al mundo que no se destruyera. En realidad, al consultarme, Luisa ayudó a Luchador a salir de su propia fascinación.

Observen cómo afectan a Luchador las sensaciones y pensamientos en el momento de su muerte, tal como sucede con una persona trabajando con sus vidas pasadas. También es interesante cómo describe la fragmentación de su alma y de qué manera esto facilitaba su ingreso en otra persona.

La próxima historia que veremos no fue tan sencilla de resolver como la de Luchador. Como verán, las entidades que se manifiesta son de un carácter completamente diferentes.

Ejecutores del sufrimiento

Marion (47) era una de los profesionales asistentes al primer diplomado de formación en TVP que dirigí en México. Durante su entrenamiento, Marion se dio cuenta de que tenía que trabajar con un obsesor. Fue así cómo se presentó esta experiencia en una de las prácticas. La Dra. Elvira del Río Calderón (60) fue la terapeuta a cargo bajo mi supervisión.

Viernes 7 de febrero de 2003

Marion: Me queda claro que tengo que trabajar con un obsesor. De un tiempo para acá estoy trabajando con el arcángel San Miguel con plegarias y con meditación y me queda claro que tengo la ayuda del Arcángel para hacer precisamente esto que tengo que hacer ahorita. Hace poco, estando de viaje en Alemania, visité un centro comercial donde había una escalera mecánica altísima. Yo estaba en esa escalera y, de pronto, definitivamente me sentí empujada. Esta no fue la única vez; varias veces me han empujado por las escaleras y yo siento clarísimo cómo me empujan. Esta mañana, mientras José Luis daba la clase de obsesores, escuché una voz que me decía: Dirá este señor lo que quiera pero de nosotros no te vas a librar. Eso me causó mucha angustia y tengo mucho miedo sobre todo porque sé por qué es. Recuerda que he trabajado muchas vidas como soldado, como gladiador. He matado en muchas vidas y esto es algo que me persigue en términos de dolor. Me duele haberlo hecho. Sobre todo porque el común denominador de mis problemas en esta vida es que yo no estoy presente. Me evado; me costó muchísimo trabajo aprender lo que he aprendido como profesional. Todo ha sido terriblemente difícil. He hecho trabajos en términos de ayudar en muchas vidas. Siempre con dolor, siempre el sacrificio por los demás. Siempre termino sufriendo, siempre termino llorando y... ¡estoy harta! Además, me siento condenada a estar sola. Siempre hice lo que se me mandaba; a mí me enseñaron a hacerlo, a ejecutarlo. Siempre se tiene que hacer lo que se debe hacer por la causa y eso, a mí, me terminó chingando la

vida. Los obsesores me tienen bien agarrada con esto de pagar por lo que hice, de tener que sufrir con muchos elementos con los cuales yo hice sufrir. Ahora comencé a tener otra vez sangrados. Siempre problemas con mi sistema reproductor. ¿Por qué? Porque cuando comandaba las legiones que yo dirigía, siempre obedecía, pero terminaba matando gente, arrasando pueblos... ¡ay! Y me pregunto, ¿hasta cuándo? ¿Cuántas vidas más voy a seguir pagando por todo eso?

Terapeuta: Muy bien, para eso estamos aquí, para sanar todo eso, para dejar atrás todo eso. ¿Por dónde quieres que comencemos?

M: Utilicemos los dedos para saber si hay alguna entidad.

T: Muy bien, le vamos a preguntar a tu inconsciente si existen entidades en el campo vibratorio de Marion y tu inconsciente nos va a contestar levantando el pulgar izquierdo en caso afirmativo y con el dedo índice en caso negativo. ¿Qué dice tu inconsciente?

M: (Levanta el pulgar izquierdo.)

T: Muy bien, ¿podríamos, en este momento, establecer comunicación con esas energías?

M: (Respuesta afirmativa con el pulgar izquierdo.)

T: Entonces, Marion, yo te voy a pedir que le prestes tu voz y tus cuerdas vocales a esa energía que está ahí, en tu campo personal, para que platiquemos un momento con ellos.

M: Yo estoy muy dispuesta, pero me dicen que ellos no van a hablar nada —llorando—. Dicen que ya me dijeron en la mañana que yo no iba a poder hacer nada.

T: No importa. Tú permanece en forma pasiva como si te hicieras a un lado para que ellos puedan presentarse aquí y déjame a mí platicar con ellos. ¿Te parece? Hace tanto tiempo que no pueden hablar con nadie que tal vez les gustaría aprovechar este momento para platicar un poco. A la cuenta de tres, tú, Marion, prestarás tus cuerdas vocales y tu voz para que puedan ser utilizados por esa energía. Uno, dos, tres. Muy bien, adelante. Yo sé que no tienen muchas ganas de hablar, pero yo estoy aquí para platicar con ustedes.

Obsesor: Lo único que tienen que saber es que somos legiones —con tono autoritario e intimidatorio— y que nunca vamos a permitir que vuelvan a suceder dentro de la humanidad las cosas que hicieron almas como la de Marion. Por lo tanto tenemos que seguir aquí.

T: ¿Desde cuándo están ustedes ahí?

O: Muchísimas vidas.

T: ¿Y qué han estado haciendo todas esas vidas? ¿Quieres platicar un rato?

O: No es cuestión de platicar y, si quieren comunicación, tendrán alguna enseñanza. Si están dispuestos a aprender de nosotros habrá comunicación —sigue el tono autoritario.

T: Queremos comunicación, queremos enseñanza. Estamos dispuestos a aprender lo que ustedes quieran enseñarnos.

O: Queda claro que esta información es lo único que estamos autorizados a hablar y si usted así lo prefiere puede hablar el alma que se dedicó a hostilizar a Marion por mucho tiempo. A esa alma podría dársele permiso por el momento y nosotros nos retiramos.

T: Sí, perfecto, estoy dispuesta a recibir esa enseñanza.

O: ¡Ahhh! ¡Ahhh! —suspirando.

T: Sí, adelante.

O: Yo, yo soy la entidad responsable del tormento hacia Marion y me queda claro que he cumplido con mi cometido y estoy comunicándome ahorita con ustedes porque me lo han pedido de esta forma, pero no entiendo para qué quieren esto ni qué quieren saber.

T: Queremos saber, queremos recibir enseñanza; para eso estamos aquí.

O: Yo no tengo permiso para enseñar. Los maestros son los que se acaban de retirar en un segundo plano y me han dado permiso para hablar con ustedes. Yo soy uno de los ejecutores del sufrimiento que Marion tiene que pagar por muchas vidas.

T: Cuéntame, ¿qué fue lo que sucedió? ¿Por qué estás hostilizando a Marion?

O: Marion tiene que sufrir, tiene que experimentar y vivir el dolor en todas sus manifestaciones.

T: ¿Y cuál fue el origen de eso?

O: Marion produjo esos dolores en muchísima gente y tiene que vivenciarlo durante todas estas vidas. Tiene que vivirlo ahora en su cuerpo.

T: ¿Dónde comenzó esto?

O: No me queda claro porque eso es de los maestros. Nada más puedo decirles que Marion escogió repetir muchas vidas por ser un alma muy fuerte. Fue muy fuerte para poder obedecer y dirigir legiones de ejércitos que tenían que causar la muerte a personas inocentes. Entonces tiene que entender que si es tan fuerte tiene que manifestar, vivir y sentir el dolor que produjo. Y por lo mismo que es tan fuerte tendrá que soportarlo a lo largo de toda su vida.

T: Está muy claro todo eso, pero me gustaría saber un poco más acerca de ti.

O: Yo soy una entidad que obedece al igual que ella. Tuve la opción de obedecer y ahorita estoy obedeciendo de pasar información y uso su voz y estoy sintiendo parte de su confusión para informar esto. De hecho, ahorita Marion está sintiendo mucho mareo; le es muy difícil concentrarse. No sé hasta cuándo podré seguir informando esto, pero ahorita se me informó que eso es lo que tengo que obedecer. ¿Puedes repetir la pregunta?

T: Yo te voy a preguntar otra cosa; ¿cuántas vidas hace que estás hostigando a Marion?

O: Yo soy una de las entidades que más tiempo lleva hostigando a Marion y la palabra correcta no sería hostigar sino ejecutar el dolor y el sufrimiento en la vida de Marion.

T: Muy bien, ¿cuántas vidas llevas ejecutando el dolor en Marion?

O: Son aproximadamente... son las últimas, aproximadamente diez o quince vidas.

T: Ahora yo te hago una pregunta, ¿no te parece suficiente el dolor y el sufrimiento que Marion ha experimentado a lo largo de tantas vidas? ¿Acaso hay un precio establecido?

O: No; lo único que les puedo decir, independientemente de que yo obedezco, es que Marion ha recurrido en los últimos años de esta vida a hacer transformaciones en términos de sentimiento. El dolor la ha transformado para sentir la compasión y se ha convertido en compasión a sí misma. Esto ha despertado en mí situaciones de mucha confusión porque en algún momento sí me he rehusado a obedecer. Me limito, cuando está más distraída, a intentar tirarla por la escalera, pero cada vez me cuesta más hacer mi trabajo. El sufrimiento está enfocado ahorita a que viva enfermedades que al mismo tiempo la están transformando. Entonces eso me está transformando a mí también.

T: ¿En qué sentido te está transformando?

O: Que no basta con obedecer. Me queda claro que lo más probable es que yo me tenga que retirar porque ahora se necesita algo mucho más sofisticado para que ella sufra.

T: Muy bien, ahora yo te voy a hacer otra pregunta; ¿dónde está escrito en la ley de Dios que Marion tenga que sufrir? ¿Acaso no te han enseñado que Dios es amor y que sólo el amor redime a las almas?

O: No, eso a mí no me lo han enseñado.

T: ¿Y qué ganas tú con todo esto? ¿Acaso eres feliz ejecutando este dolor en Marion? ¿Acaso sientes el amor cuando ejecutas el dolor en Marion? ¿Acaso sientes la presencia de Dios?

O: No, no, definitivamente no y el único sentido de mi existencia es ejecutar lo que se me ordenó. Nunca he experimentado nada.

T: Muy bien, entonces déjame que te diga una cosa. Tú puedes liberarte de esto. No hay necesidad ninguna de seguir obedeciendo ni ejecutando ese dolor.

O: ¡Mmm! ¡Se me avisa que me tengo que retirar! —una orden muy conveniente —. ¡Pero no me dejan ir a la Luz! —ahora con tono de desesperación.

T: ¡No! Vas a ir a la Luz, vas a ir al Amor. ¡No vas a obedecer! Te están

engañando, ellos no son maestros, ellos te están engañando. Te están haciendo sufrir a ti también junto con Marion. Se están apoderando de tu energía.

O: ¡Están aquí para hacer justicia!

T: ¡No! Eso no es cierto, ¡es mentira! Dios es amor. Eso es un chantaje, es un chantaje que están haciendo contigo. Dios es amor y vamos a llamar ahora mismo a la Luz. Vamos a llamar al Arcángel Miguel para que se presente y venga en tu defensa.

O: ¡Ahhh! ¡Ahhh! —agitándose y resoplando.

T: Arcángel Miguel, humildemente te pedimos que te presentes con tu espada de luz, con tu espada de fuerza, a defender y liberar a este ser.

O: ¡Yo me quiero liberar! ¡Arcángel Miguel! Desde hace tiempo que estás presente, pero no había tenido la oportunidad de unirme a ti. Has estado ayudando a Marion, en todos estos meses has estado trabajando con ella. ¡Tengo miedo de dejar la legión! ¡Yo sólo tengo que obedecer!

T: No tengas miedo, la Luz es amor, la Luz es amor. ¡Busca tu luz! Tú también eres luz, tú vas a unirte a la Luz maravillosa, vas a unirte al amor eterno.

O: ¡Ahhh! ¡Ahhh! —llorando y gimiendo.

T: ¡Busca tu luz, búscala! El Arcángel Miguel te lleva de la mano. ¡Toma la espada de San Miguel y defiéndete! ¡Defiéndete y corta esas cadenas! ¡Córtalas! ¡Corta los vínculos que te atan! Ellos no son maestros. Te espera la Luz, te espera el amor.

O: (Hace el gesto de tomar la espada y descarga golpes repetidos en el aire.)

T: Eso es. "Padre nuestro que estás en el cielo..."

O: (Comienza a rezar al unísono.)

T: "Humildemente, Señor, te pedimos en este día que te apiades del alma de este ser que ha estado atrapado en Marion. Dále la paz, guíalo hacia tu Luz, hacia tu amor eterno. Recíbelo en tu Gloria, Señor, humildemente te lo rogamos. Apiádate de su sufrimiento". Eso es, ya puedes ir hacia la Luz. ¿Quieres decir

algo antes de irte?

Marion: ¡Ahhh! ¡Ya se fue! —vuelve a ser Marion, llorando.

T: Muy bien, ¿hay alguien más allí que quiera aprovechar este momento para irse? ¿Hay alguien más que esté sufriendo y quiera aprovechar ahora que la Luz está presente?

M: Es lo mismo que estaba desde la mañana. Cada vez que hay consciencia de todo esto me advierten que no me van a dejar en paz —llorando.

T: No te preocupes; ellos saben que ya han perdido y sólo están dando manotazos. No sientas temor, no son más que bravuconadas para intimidarte. Nada de eso es cierto, todo es mentira.

M: Es que me tienen totalmente convencida de que me lo merezco —sigue llorando.

T: Todo eso es mentira, es lo que ellos quieren que tú creas. Ya has pagado suficiente. ¿Cuánto más quieres pagar? ¿Cuál es el precio justo entonces para alcanzar el amor?

M: ¡No quiero pagar nada ya! ¡No!

T: Entonces no creas lo que ellos te dicen. Si estás aquí en este momento es porque esto ya está terminado, porque Dios te está dando la oportunidad de liberarte de ellos.

M: ¡Sí! Si no la presencia del Arcángel Miguel no sería tan obvia. ¡Por Dios!

T: Así es, el Señor te está dando su amor y la oportunidad para hacer este trabajo. Él ha mandado a su ángel para eso. Esto ha terminado y ellos saben que están perdidos. Por eso te dicen todo esto para intimidarte, pero no es cierto. Tu redención es ahora, ya ha sucedido. El amor está contigo.

M: Lo que hablan es tan lógico... Concuerda tanto con lo último que he experimentado y que jamás he sentido en mi vida. ¡Es horrible!

T: ¡Sí! Ellos saben que ahora tú puedes sacarlos. Ellos saben que tú eres fuerte y que el Arcángel Miguel te está ayudando. No les hagas caso, no es cierto lo

que te están diciendo. Te están manipulando, ellos quieren que lo creas, pero saben que no es cierto. Recuerda que ellos son energía. Son maestros, pero no de la Luz; son maestros de la mentira y tú no debes creerles a ellos. Ahora empieza la Luz y empieza el amor.

M: Si ya se fue uno de los más importantes también se van a ir los otros.

T: Así es, los demás también se irán y lo saben. Saben que a cada día tú eres más fuerte. Que esta compasión que ha nacido en ti te ha redimido. Que has aprendido la compasión. Ha sido difícil, pero de aquí en adelante ya no lo será. Por eso están asustándote. Muéstrales que también sientes compasión por ellos.

M: Está bien.

T: ¿Hay alguna otra fuerza allí que quiera manifestarse?

M: Sí.

T: Muy bien, Marion. Hazte a un lado por favor, vamos a conversar con esa fuerza. A la cuenta de tres le prestarás tus cuerdas vocales y tu voz. Uno, dos, tres, adelante.

Obsesor: Es claro que ahora es poco lo que hay que enseñar. Mi misión de enseñanza era que se aprendiera de opciones equivocadas. La opción había sido a través del sufrimiento. Eso implicó una transformación, ¿te queda claro? Hay maestros mucho más importantes a los cuales Marion debe someterse ahora y no a nosotros. De todos modos...

T: ¿Quiénes son esos maestros?

O: Somos maestros de la justicia.

T: ¿Quién los hizo maestros de la justicia?

O: Los mismos pecados. (¡Qué definición!) El pecado de la falta de presencia, de la falta de responsabilidad. En algún momento Marion aprendió a ejercer su voluntad. Ahora Marion está tomando la presencia y la responsabilidad. Efectivamente tienen que entrar otros maestros y tomar mi lugar. En estos momentos me considero calificado como para ceder mi lugar a otros maestros.

T: Muy bien, entonces, ¿están todos dispuestos a abandonar a Marion, a ir hacia la Luz, hacia el amor eterno?

O: A mí me queda claro que aquí se acaba mi misión. Ya se puede dar por terminada.

T: Muy bien, ¿necesitas alguna ayuda? ¿Necesitan alguna ayuda para abandonar el sitio que ahora ocupan? ¿Necesitan alguna ayuda para ir hacia la Luz?

O: Simplemente que el camino y las puertas que abrió el Arcángel San Miguel me sean cedidos para tomarlos ahora yo. No necesito de su ayuda —todavía hablando con altivez.

T: Muy bien, entonces vamos a suplicar humildemente a Dios, Creador de la luz, de la belleza y del amor, que abra las puertas de ese camino. "Señor, te suplicamos humildemente que recibas en tu Luz eterna a estas energías que ahora abandonarán a Marion. Te lo suplicamos en el nombre de la sangre de tu Hijo Jesucristo". ¿Han visto ya las puertas abiertas?

O: Sí.

T: Bendito sea Dios, bendito sea su Santo Nombre.

O: ¡Ahhh! — largo suspiro.

T: Muy bien, Marion. Creo que es el momento en que tú elijas un hermoso color para representar ese amor de Dios con el que vas a llenar todo lugar que haya quedado vacío. Todo lugar que haya quedado vacío vas a llenarlo con amor y compasión. ¿Puedes escoger ese color?

Marion: La luz blanca.

T: Llena con la luz blanca aquellos lugares donde antes estuvieron ellos. Llena ese espacio con la luz blanca que te trae el perdón, la compasión y el amor eterno que es el mayor consuelo y el mayor don que Dios da a sus hijos. Siente cómo va entrando esa luz en ti, abrazándote, sanándote, poniendo un bálsamo infinito, entibiando tu cuerpo. Envuelta en esa deliciosa sensación de ser amada y de sentir la compasión de Dios volverás a este día viernes, siete de febrero de dos mil tres, en el momento en que tú lo desees.

M: ¡Ay, Dios! ¡Qué horror! ¡Híjole! —llorando todavía.

T: Ya pasó todo.

***

El desarrollo de esta sesión puede llamar a engaño ya que en el papel parece más fácil de lo que fue en realidad. Si bien no hubo actitudes o dichos agresivos por parte de los obsesores de Marion, como suele ocurrir frecuentemente, daba la sensación de que ellos estaban siendo condescendientes con nosotros al permitirnos este diálogo. El clima de la sesión fue muy tenso y la terapeuta tuvo que ser muy paciente y humilde, ya que era evidente que el hilo del diálogo podía cortarse en cualquier momento.

Cuando nos encontramos ante el accionar de mistificadores surge inevitablemente la pregunta: ¿Cómo se reconoce a un verdadero ser de luz? ¿Cómo diferenciar a un impostor de un verdadero maestro? Veamos algunas premisas fundamentales para tener en cuenta a la hora de recibir mensajes, ya sean escritos mediante psicografía o a través del mismo paciente en regresión.

Un verdadero ser de luz, un guía o un maestro jamás va a interferir con el libre albedrío de una persona. Un maestro jamás va a interferir con el trabajo terapéutico de una persona. Un guía o maestro jamás va a ordenar u obligar a una persona a que haga una cosa determinada. Si una persona persiste en su modo de actuar, aunque sea negativo, un maestro no la forzará a actuar de otro modo.

Los maestros espirituales pueden sugerir, aconsejar o dar pautas generales para orientarnos, pero jamás nos van a indicar, y mucho menos ordenar, lo que tenemos que hacer. Su influencia se hará sentir más bien por medio de la intuición en forma muy sutil.

Un verdadero maestro no se ofende ni se molesta si no hacemos caso a sus sugerencias o si dudamos sobre sus dichos o su identidad. Si el maestro se ofende o se fastidia porque no hacemos lo que dice que tenemos que hacer, entonces ya no es un maestro. Así sucedió con Luisa cuando su marido ignoró el

mensaje de Luchador.

Un guía verdadero jamás se introducirá en el campo vibratorio de una persona. Éste es un detalle muy importante para tener en cuenta. Si para guiar o cuidar a una persona el ser penetra en el campo vibratorio de ésta, entonces ya no es un maestro. Un ángel guardián no procede de esta manera. Digo esto porque en varias ocasiones me encontré con supuestos guías o ángeles guardianes que estaban dentro del campo vibratorio de la persona y porfiaban por quedarse allí. Como ya hemos visto, penetrar en el aura de una persona significa lisa y llanamente interferir con su voluntad y con sus emociones.

Los seres de luz no están para satisfacer nuestro egoísmo, nuestra vanidad o nuestras carencias. Si un ser se pasa todo el día al lado de una persona hablándole o dictándole mensajes todo el tiempo, tengan la seguridad de que no es un ser de luz. Si una persona recibe y escribe mensajes febrilmente durante varias horas al día es muy probable que esté bajo la influencia de un espíritu impostor o mistificador.

Es muy aleccionador tener presentes los dichos y las recomendaciones de Allan Kardec y de Leon Denis. Escritas en 1861 y en 1905, respectivamente, parece que hubieran sido escritas pensando en nosotros. Veamos primero lo que dice León Denis:

“Aquel que por sus evocaciones entra en relación con el mundo invisible, atrae a sí seres en afinidad con su propio estado mental. En el mundo de los espíritus hormiguean las entidades benéficas y maléficas y si no sabemos purificarnos nosotros mismos, orientar nuestros pensamientos y nuestras fuerzas hacia la vida superior, podemos llegar a ser víctimas de los poderes que se agitan en torno nuestro y que en ciertos casos han conducido al hombre imprudente al error, a la ceguera y a obsesiones rayanas en la locura.”

Para evitar estos problemas Leon Denis aconseja:

Discernir la naturaleza de los espíritus.

Desenmascarar a los impostores.

Moralizar a los atrasados.

Poner límites a los espíritus ligeros y perturbadores.

Oponer voluntad firme.

León Denis nos da dos recomendaciones claves: discernir la naturaleza de los espíritus y desenmascarar a los impostores. Pienso que el término desenmascarar es el más apropiado para estos casos. Cuando una entidad se presenta como maestro o se manifiesta en el transcurso de una regresión con el pretexto de transmitir un mensaje o una enseñanza, lo primero que pienso es que puede tratarse de un impostor y que hay que desenmascararlo. Recuerden que si se trata de un verdadero maestro no se va a enojar por mi actitud. Si realmente es un maestro comprenderá al instante el motivo de mi desconfianza. Que una entidad diga cosas de mí que nadie sabe y que el paciente no puede saber no prueba que se trate de un maestro. Cualquier espíritu desencarnado puede conocer mis secretos.

A la hora de discernir entre la verdad y la impostura son imperdibles las palabras de Allan Kardec:

"El objeto de la comunicación de los espíritus es el mejoramiento moral de la humanidad. Si no os separáis de esto nunca seréis engañados.

El hombre debe obrar por sí mismo; Dios no envía a los espíritus para allanarles el camino material de la vida, sino para preparar el del provenir.

Guardarse de dar ningún paso prescripto o aconsejado por los espíritus cuando el objeto no es eminentemente racional. No dejarse cegar nunca por los hombres que toman a los espíritus para dar una apariencia de verdad a sus palabras. Desconfiar de las teorías y sistemas científicos aventurados, en fin, de todo lo que separa del objeto moral de las manifestaciones.

Hay siempre una turba de espíritus dispuestos a tomar la palabra para todo.

Regla general: nunca es garantía el nombre; la verdadera garantía de superioridad está en el pensamiento y en la manera de expresarlo.

Todo médium que se resiente de la crítica de las comunicaciones que recibe es el eco del espíritu que lo domina.

Entre los espíritus hay, como entre los hombres, falsos, semisabios, orgullosos, presuntuosos y sistemáticos. Los espíritus sistemáticos son aficionados a escribir. Buscan a los médiums que escriben con facilidad. Se complacen en dictar a sus intérpretes escritos voluminosos e indigestos. La prodigiosa fecundidad debe ser siempre sospechosa. Procuran deslumbrar por un lenguaje pomposo, más presuntuoso que profundo, erizado de términos y adornado de grandes palabras de caridad y de moral. Pero la moral no es para ellos sino un pasaporte, es el menor de sus cuidados. Lo que quieren ante todo es dominar e imponer sus ideas aunque estén desprovistos de razón. Los espíritus verdaderamente superiores son sobrios de palabras; escriben poco y dicen mucho."

En el caso de Marion, los obsesores astutamente esgrimieron argumentos morales para justificar su accionar. Invocaron razones morales, pero en todo momento se expresaron con autoritarismo y soberbia. Aquí aparece claramente la modalidad de asignarle a una entidad determinada la tarea de hostilizar o molestar a una persona. Esta es una modalidad muy frecuente en el accionar de algunas entidades oscuras. Es muy raro que los ideólogos, que son los que verdaderamente están detrás del hostigamiento a una persona, aparezcan alguna vez; son como los generales de escritorio que nunca están en el frente de batalla. El ser que hostiga a la persona no es más que un esclavo que sirve a otras fuerzas. En este caso la entidad ejecutora del sufrimiento se refiere a sus superiores como "los maestros". Fíjense la sutileza de corregir el concepto de hostigar por el de ejecutar, aunque la misma entidad dijo que estaba hostigando a Marion. Fue a partir de este trabajo de Marion que hallé que el término "hostigar" era el más apropiado para definir la acción que ejerce un obsesor sobre su víctima.

Fue muy bueno el trabajo de Elvira para despertar la consciencia de la Luz en el obsesor esclavo. Una vez más la clave fue la compasión, hecho que fue resaltado por la misma entidad. Con mucha calma y paciencia, Elvira fue conduciendo el

trabajo de concientización en el ser involucrado hasta llegar al momento en que hubo que actuar con energía y decisión para que el obsesor pudiera liberarse él mismo de las fuerzas de la oscuridad. Volveremos a encontrarnos con almas perdidas esclavizadas más adelante y allí hablaremos sobre este trabajo en particular.

Otro aspecto importante que es necesario resaltar es el hecho de que algunos obsesores pueden servirse de los sentimientos de culpa de una persona para hostigarla o perturbarla. Es una forma muy sutil de obsesión porque para la persona con culpa el sufrimiento que tiene que experimentar en su vida es algo casi natural. Marion lo dice claramente: Los obsesores me tienen bien agarrada con esto de pagar por lo que hice.

Al igual que otras almas perdidas, los obsesores pueden adherirse a una persona por afinidad con sus vicios y emociones, sentimientos de ira, rabia, depresión o deseo de venganza, entre otras cosas. La culpa es un buen atractivo para algunas entidades. Cuando sentimos culpa necesitamos de un juez que nos castigue para calmar esa culpa y los obsesores pueden cumplir muy bien con ese papel. Casi todos tenemos un juez interior que utilizamos para juzgarnos a nosotros mismos y para castigarnos. Los obsesores pueden camuflarse perfectamente con este juez interior y así desarrollar su acción en forma desapercibida. La culpa les viene como anillo al dedo porque encaja perfectamente con la necesidad de autocastigo de la persona. Tengan presente que nuestras emociones son energía y muchas entidades se alimentan justamente de esta energía que les proveemos con nuestras emociones exaltadas.

Meses más tarde volví a encontrarme con Marion y le pregunté si había experimentado algún cambio luego de esta experiencia. Entonces me dijo lo siguiente:

“Después que se fueron los obsesores sentí una enorme liberación. Me di cuenta de que efectivamente la vida se puede gozar y disfrutar. Siempre esperaba que sucediese algo malo y doloroso y eso sucedía. Ahora me siento muy fuerte y tengo la certeza de que las cosas irán bien. Todo lo que me venga es porque lo puedo hacer. Antes sentía que tenía un peso encima de mí que me impedía gozar de la vida. Ahora pido las cosas positivas y éstas se dan. El cambio es impresionante. Antes podía pedir a gritos para que las cosas salieran bien y todo

salía mal. Una cosa que aprendí de ti viéndote trabajar es la compasión. Ahora la compasión es parte de mi vida también. Yo no sabía que esto podía ser tan importante. Me podrán decir lo que sea, pero ya no vivo con miedo.”

Capítulo VII

Fuerzas adversas

Durante mucho tiempo seguí los conceptos tradicionales sobre la existencia de entidades oscuras, fuerzas de la oscuridad o entes malévolos y así lo presentaba en los cursos de formación. De hecho, hay pactos con la oscuridad y hasta las mismas entidades que se manifiestan dicen que obedecen o que forman parte de la oscuridad. Sin embargo, a mí siempre me pareció un tanto vago mencionar a la Oscuridad sin precisar de qué estamos hablando. Es como hablar del Bien y del Mal como si fueran entes individualizados y reales por sí mismos. En el mundo de la dualidad, en el mundo de la separación de la Divinidad, la Oscuridad existe, pero no es otra cosa que el conjunto de nuestras vibraciones mentales más densas constituidas por nuestras pasiones más bajas. Así, el odio, el rencor, la ira, la sed de venganza, la ambición, el poder, etc., toman forma en un campo de energía mental que descarga sus vibraciones sobre todos aquellos que sintonizan con él. Nuestra ignorancia, nuestras creencias y nuestra inconsciencia terminan dándole poder y una forma individualizada a esta Oscuridad. Pero la oscuridad y el mal son parte del Todo, son parte de la Unidad. La Oscuridad y la Luz son como los dos polos de un imán. Son opuestos complementarios sin los cuales el imán no podría existir. Así lo afirman las Escrituras en Isaías 45:6-7. Veamos la lectura de ese versículo según el Rabí Ierajmiel Ben Israel:

“Yo soy la Fuente y la Sustancia de la Realidad, no hay nada más. Yo formo la luz y creo las tinieblas; yo hago la paz y creo el mal. Yo, la Fuente y Sustancia de Todo, hago todo esto.”

Mientras vivamos en la dualidad, en la polaridad, algunos sintonizamos con la Luz y otros con la Oscuridad. Aquellos que se identifican con la Oscuridad se convierten en instrumentos de ella, sirven a su propósito y creen que obedecen a un mandato o a una fuerza superior. Así, encontraremos que hay muchas

entidades espirituales que dicen ser enviados o ser misioneros de la oscuridad. El propósito básico de estos seres es interferir con la manifestación de la Luz en la vida humana. Para eso ejercen su influencia en particular sobre aquellos mortales que procuran alcanzar la Luz. Así, toda persona empeñada en expandir su conciencia, crecer y desarrollarse espiritualmente y, sobre todo, ayudar a la sanación y al despertar de la conciencia en sus semejantes, encontrará grandes obstáculos e interferencias en su camino. Esto ha sido así desde el principio de los tiempos.

Fue leyendo a Satprem que encontré que Sri Aurobindo había denominado a estas interferencias como fuerzas adversas. Me pareció una denominación más elegante y acertada para identificar a este tipo de entidades. Las fuerzas adversas son energías muy conscientes cuyo único fin aparente es el de desanimar al buscador o apartarlo del camino que ha elegido. Veamos cómo las describe Satprem de acuerdo a las enseñanzas de Sri Aurobindo:

"El primer síntoma de su presencia es muy perceptible; se nubla la alegría, la conciencia se cubre de sombras y todo queda envuelto en una atmósfera de drama. El drama es su ambiente predilecto; con mayor frecuencia crearán un estado de depresión. Generalmente, el primero de sus esfuerzos es el de movernos a tomar decisiones repentinas, extremas, irrevocables, que pondrán la mayor distancia posible entre nosotros y el camino escogido. Todas esas vibraciones de desorden, que nosotros llamamos 'nuestras' tristezas o 'nuestras' contrariedades producen un fruto inmediato: debilitar nuestro campo protector y esto significa tener la puerta abierta a las fuerzas adversas. Éstas disponen de múltiples medios para atacarnos, porque se trata realmente de un ataque y, cuanto mayor sea nuestra determinación, mayor encarnizamiento pondrán ellas en la lucha. Mientras uno hace el camino con el rebaño, la vida es relativamente fácil. En cuanto uno quiere apartarse de la caravana, surgen muchas fuerzas vivamente interesadas en que procedamos 'como todo el mundo'. En la historia espiritual del mundo se ha dado toda clase de nombres oscuros y demoníacos a estas fuerzas adversas, como si estuviesen allí únicamente para atormentar al buscador y para causar molestias gratuitas a la gente honesta. Pero la experiencia nos enseña que esas fuerzas ocupan un lugar en la economía universal y que no son perturbadoras sino en el nivel de nuestra pequeña conciencia momentánea, e incluso, lo son con un fin determinado. Si en vez de gemir y de acusar al diablo o a la maldad del mundo, volvemos los ojos a nosotros mismos, nos

percataremos de que cada una de esas embestidas han venido a poner al descubierto una de nuestras innumerables artimañas de hombres honrados. Esas fuerzas poco gratas, no son, para el individuo y el mundo, sino instrumentos de progreso.”

Yo mismo he experimentado la influencia y el accionar de estas fuerzas adversas. Desde el primer instante en que comencé con la preparación de este libro, empecé a experimentar un sinnúmero de dificultades, desde pequeños y banales contratiempos hasta estados de cansancio extremo y confusión mental. Ni hablar de los inconvenientes con la computadora, ya que esto era cosa reiterada, sin importar qué máquina utilizara. Uno de los síntomas más notables era la somnolencia que solía invadirme en cualquier momento del día. Esto era muy significativo, por cuanto esto podía suceder incluso luego de levantarme por la mañana. Bastaba con que me sentara frente a la computadora y comenzara a escribir o a corregir notas para que, al cabo de unos veinte minutos me sobreviniera una somnolencia tremenda que me nublaba la conciencia y me impedía seguir trabajando. Me era necesario recostarme un rato y esperar que pasara ese estado para poder retomar el trabajo. A fuerza de ejercer mi voluntad y recurriendo a la meditación logré superar esa interferencia.

Cuando actúan fuerzas adversas, los síntomas pueden ser los mismos que se presentan en cualquier caso de influencia espiritual. Una característica particular es la de entorpecer las facultades intelectuales de una persona para que no cumpla con el propósito que tiene trazado. Así, pueden observarse los siguientes efectos:

Obnubilación de la conciencia

Sensación de nube en la cabeza

Somnolencia

Falta de voluntad

Cansancio sin motivo

Entorpecimiento de las facultades intelectuales

Tendencia a postergar tareas importantes

Olvido de ideas no bien acaban de ser elaboradas

Dificultad para meditar con tendencia al sueño profundo

Necesidad de dormir y, al mismo tiempo, no poder dormir

Agresividad, irritabilidad

Conflictos en la esfera afectiva

Cuando hablamos de fuerzas adversas tenemos que pensar que puede tratarse de todo tipo de entidades espirituales, pero también puede que se trate de formas de pensamiento o energías proyectadas enviadas ya sea por seres desencarnados o por personas vivas. Además de convivir con entidades desencarnadas, también vivimos rodeados de una nube o de una masa de pensamientos provenientes de todas las personas que nos rodean. En particular, si vivimos en una ciudad tenemos que asumir que permanentemente nos movemos dentro de esta masa de pensamientos que proviene de millones de personas. Aunque no seamos conscientes de ello, esta masa mental influye sobre nuestros estados de ánimo y asimismo puede provocar interferencias. Edward Bach dice que desde el momento en que el pensamiento de otra persona entra en nuestra mente nos desvía de nuestro verdadero camino y Satprem concluye que los pensamientos y deseos de otras personas son verdaderos atentados.

En la práctica clínica es posible observar que, a veces, el malestar que experimenta una persona no se debe a la influencia de una entidad espiritual sino al accionar de una energía mental proyectada. Esto significa que se trata de una forma de pensamiento que fue enviada ya sea por una entidad espiritual, ya sea por una persona viva que posee el conocimiento y la facultad para perjudicar así a un tercero. En sesión terapéutica, algunas personas se dan cuenta perfectamente de que lo que las está afectando no es una entidad espiritual sino un pensamiento o una energía proyectada y hasta pueden identificar a la persona de quien proviene.

En el trabajo con los pacientes debemos saber que, por más oscuro que pretenda ser un obsesor, la mayoría de las veces actúa por mandato, obedeciendo a una potencia superior. En realidad, el obsesor no es más que un esclavo. El diablo no existe más que en nuestra imaginación, pero si yo creo en el diablo, el obsesor puede tomar esa forma para impresionarme. Pero hay que pensar en la lógica de esta situación. De existir el diablo, no es más que el ideólogo de la operación y nunca va a actuar en persona. Siempre enviará a sus sirvientes. Sabiendo esto de antemano, mi trabajo como terapeuta consistirá en devolverle a la entidad obsesora la consciencia de su propia luz.

A continuación vamos a presentar dos experiencias donde veremos en acción a las fuerzas adversas.

Azrael

José María (43), terapeuta, era compañero de curso de Julieta, Elvira, Lourdes y Marion.

Durante el transcurso del segundo módulo, José María escuchó una voz y sintió una presencia que lo acompañaba desde su infancia. “De niño me ocurría que, cuando quería rezar y acercarme a Dios, él (la presencia) me cambiaba todas las palabras —relataba José María—. A veces lo siento tan clavado que dudo y pienso si no seré yo mismo”. Fue así que comenzamos con el trabajo de José María.

Jueves 6 de febrero de 2003

Terapeuta: José María, ya sea que se trate de una parte de ti mismo o de alguien más, le permitirás hablar a esta presencia para que pueda decir lo que no le permitiste decir antes. Dejarás tu mente a un lado y le prestarás tu voz y tus cuerdas vocales a este ser o a esta energía para que pueda dialogar conmigo. Al contar hasta tres, permitirás que este ser se manifieste. Yo quiero decirle a este ser que es bienvenido aquí, que yo no estoy aquí para censurar ni para juzgar. Uno, dos, tres. Adelante, ¿desde cuándo estás con José María?

Obsesor: ¡Ahhh! Desde siempre...

T: ¿Y cómo es que llegaste a José María?

O: Me mandaron...

T: ¿Quiénes te mandaron?

O: La oscuridad... (Ahí está, un enviado a propósito.)

T: ¿Y para qué te mandaron?

O: Para vigilarlo, para confundirlo, para hacerle creer que la oscuridad era él. Para jalarlo; de hecho tenemos una parte de él.

T: ¿Ah sí? ¿Y dónde tienen la parte de él?

O: La tenemos guardada en una caja en el inframundo, sellada. Pero este cabrón de José María ha estado indagando, buscando, y ha buscado, ha buscado y encontró.

T: ¿Y qué fue lo que encontró?

O: Ya sabe dónde está lo suyo.

T: Y dime una cosa, ¿a qué se debe que te enviaron a confundirlo y a oscurecerlo a José María. ¿Para qué necesitan hacer eso?

O: Porque él trae mucha luz y no nos gusta que trabaje con la Luz, pero yo he aprendido mucho de él.

T: ¿Qué aprendiste de José María?

O: La bondad, la soledad, amar... Aprendimos mucho de un oso que José María tuvo y que lo conservó durante toda una vida.

T: ¿Y cuántas vidas hace que estás con José María?

O: Muchas...

T: ¿Y cómo es tu nombre?

O: Azrael.

T: Muy bien, Azrael. Yo te hago una pregunta, ¿eres feliz con todo esto que estás haciendo?

Azrael: Empiezo a sentir la felicidad. Agradezco a los angelitos de ayer porque me sembraron una semillita de felicidad y alegría. (Se refiere a unos seres luminosos que se manifestaron en otro trabajo de Marion que veremos en el próximo capítulo.)

T: ¿Y no te gustaría vivir en la alegría?

A: Claro.

T: ¿No te parece que ya es hora de que vivas tu propia vida?

A: Sí.

T: ¿Cuántas vidas más te vas a pasar así?

A: Ya no más. Ya me arrepiento de todo lo que hice. Pero hay algo que nos ata.

T: ¿Qué cosa los ata?

A: Una ordenanza... algo como que... ¡como que nos clavaron juntos!

T: ¿Y en dónde los clavaron juntos?

A: Cuando lo empalaron a José María. (Se refiere a una vida pasada en la cual José María murió empalado.)

T: ¿Y en dónde estabas tú cuando lo empalaron a José María?

A: Me atraparon y me colocaron en la punta del palo y me metieron con él y me dijeron...

T: Sí, ¿qué te dijeron?

A: "Vas a permanecer ahí, jodiendo su alma, jalándolo hacia nosotros, porque aquí lo queremos tener, y tú nos vas a servir de guía y nos vas a soplar en dónde está este cabrón, para que por medio de ti podamos enviar a los encargados de aniquilarlo una vez más y así vamos a impedir que este cabrón evolucione."

T: ¿Y qué te ofrecieron a ti a cambio de eso?

A: La libertad.

T: ¿Qué libertad?

A: ¡Ja! Es que cuando uno está ahí uno tiene mucho miedo y entonces ellos te hacen creer que te van a dejar libre, ¿no? Pero era un plan, te están esclavizando

más. Pero este José María ha caminado por muchos lugares; conoce las montañas, las cuevas... este cabrón ha buscado por todo el mundo y ha sabido que yo estoy ahí con él y me ha enseñado y me ha hablado y me ha dicho que me quede con él. (Ahí está el consentimiento para que Azrael pudiera quedarse.) Para aprender, para evolucionar y para que yo vea la Luz y descubra que yo soy esclavo y que sólo el camino de Dios, el camino de Jesús y de la Luz me puede salvar.

T: Bueno, entonces, si estás dispuesto vamos a arreglar todo esto ahora...

A: Tengo miedo, porque me están viendo los de allá abajo.

T: No te preocupes por eso, no pueden hacer nada. No vas a creer más sus patrañas y sus engaños. Ya te engañaron una vez, no permitirás eso nunca más. Quiero que recuerdes que tú eres un hijo de la Luz, sólo que se aprovecharon de tu momento de pánico y de tu desesperación. Se aprovecharon de todo eso para atraparte, pero la Luz está en ti y ya nunca más volverás allí. Ahora vas a liberarte y se va a liberar José María y tú vas a regresar a la Luz. Esto es muy sencillo. Tienes que decirles a esos seres de la oscuridad de que has descubierto su juego. Todos los que estamos aquí te vamos a acompañar y te vamos a ayudar para que recuperes tu libertad, para que recuperes la Luz.

A: ¡Ahhh! ¡La Luz es muy fuerte!

T: Claro que sí. Lo primero que tienes que hacer es romper el pacto que hiciste porque instantáneamente eso te dará más fuerza. Entonces vas a repetir conmigo...

A: Yo, Azrael —interrumpiéndome—, en el nombre de la Luz y con la fuerza de la Luz que en este momento me embarga y me llena todo y alimenta mi voluntad; con toda esta fuerza y con toda esta dignidad, yo, Azrael, rompo y anulo el pacto que hice con la oscuridad, el pacto que hice de estorbar e interrumpir el camino de este hombre y me libero para siempre. (Repite esta fórmula tres veces.)

T: Eso es, muy bien. Ahora vas a recuperar tu energía. Vas a pedir perdón a la Luz por haberte dejado atrapar por la oscuridad y le vas a pedir al Arcángel Miguel que te ayude a recuperar la energía y el fragmento de José María que están en esa caja. Vamos, primero pídele perdón a la Luz.

A: Dios mío, discúlpame Señor por todo el mal que he hecho, discúlpame. Yo confieso ante Dios Todopoderoso y ante todos ustedes, hermanos, que he pecado mucho de pensamiento, de palabra y de acción.

T: Muy bien, ahora llamarás al Arcángel Miguel y le dirás así junto conmigo: "Arcángel Miguel, humildemente te pido que me ayudes a recuperar mi fragmento de energía y que José María recupere el fragmento de su alma que está atrapado en esa caja". (Azrael repite estas palabras junto a mí.)

A: ... y liberemos toda la energía de todas las almas que están ahí atrapadas.

T: Muy bien, ahora le pedirás al Arcángel Miguel que te preste su espada de luz.

A: Arcángel Miguel, humildemente te pido que me prestes tu espada de luz para liberar y romper de un solo guamazo esa caja y que salgan todos los fragmentos de todas las almas que están ahí.

T: Muy bien, contaré hasta tres y, al contar hasta tres, con la espada de San Miguel, romperás esa caja.

A: ¡Que venga la fuerza! ¡Que venga la fuerza!

T: Uno, dos, y... ¡tres!

A: Por la fuerza de Dios, ¡que se libere todo lo que está ahí! (Tomando la espada y haciendo el gesto de romper la caja con varios golpes.)

T: Muy bien, vas a tomar tu energía y vas a permitir que José María recupere su fragmento.

A: Yo tomo mi energía y libero la energía que pertenece a José María y pido perdón a todas las almas que tuve que atrapar arriba de ésta.

T: Muy bien, ahora ya estás en condiciones de regresar a la Luz. No importa lo que haya pasado, todo eso se terminó. Vas a regresar a la Luz y serás recibido con mucho amor porque eres un hijo de la Luz. Vamos a pedirle a Dios: "Humildemente, Señor, te pedimos que abras la puertas de tu reino para recibir el alma de Azrael. Te pedimos, Señor, por obra de tu Divina Gracia y de tu infinita misericordia que abras las puertas de la patria celestial para que Azrael pueda volver a tu seno". Ya está aquí la Luz, ya puedes regresar y, si hay

alguien más allí que quiera aprovechar esta oportunidad, también puede hacerlo.

A: Hay muchos, muchos. Vamos, hermanitos, tómense de mí, cuélguense todos, ya estamos ahí. Adiós a todos...

T: Muy bien, lentamente, José María, vas a volver aquí...

José María: ¡Uf! Hay confusión porque fue muy fuerte, siento como que hay un canal con el que quedo conectado allá.

T: Ahora vas a cerrar ese canal, vas a bajar la persiana y vas a elegir un color para sellar y guardar en tu corazón el fragmento de alma que has recuperado. ¿Qué color necesitarías?

JM: El morado.

T: Muy bien, entonces te envolverás en el color morado, sintiendo cómo el color morado se va procesando en cada átomo de tu ser y te dirás a ti mismo: "Yo, José María, soy yo, profundamente yo y en mi cuerpo físico y en mi campo vibratorio mando yo".

JM: Yo, José María, soy yo, profundamente yo y en mi cuerpo físico y en mi campo vibratorio mando sólo yo.

T: Muy bien, lentamente, cuando tú lo decidas, abrirás los ojos y eso hará que regreses aquí, a este día jueves, seis de febrero de dos mil tres.

JM: Hay una vocecita que me dice que todos los que estamos aquí nos vamos a llevar una energía de los seres de las Pléyades, para ayudarnos y que van a estar siempre como aliados nuestros en estos trabajos de ayudar a las almas a regresar a la luz. Bendito sea el Señor.

Todavía fue necesaria una intervención más para que Azrael se fuese a la Luz, ya que dos días después volvió a manifestarse mientras yo estaba trabajando con otro compañero de José María. Pensamos que esta vez había sido la definitiva, sin embargo no fue así. Al terminar esa semana de entrenamiento, cuando José María llegó a su casa, tuvo otra lucha con Azrael. No bien entró en su casa, José

María comenzó a discutir con su esposa. De improviso, tomó consciencia de que no era él quien estaba discutiendo, sino que era Azrael una vez más. Entonces se encerró en su cuarto y comenzó a rezar una novena. Pronto se dio cuenta de que en realidad eran más de uno los que estaban interfiriendo con su vida. Habló con ellos para que se fueran y completó la novena. Luego de este trabajo interior cambió la relación de José María con su esposa y su trabajo profesional mejoró muchísimo.

Azrael dijo claramente que fue enviado por la Oscuridad con el propósito de apartar a José María del camino de la Luz y parece ser que venía realizando este trabajo desde hacía varias vidas. Este es un caso típico de sometimiento de una entidad espiritual por una fuerza superior. Se trata, en efecto, de la esclavitud espiritual. No debiera sorprendernos, ya que esto obedece al viejo axioma: Como es arriba es abajo. Con frecuencia he visto este tipo de situaciones en las cuales un alma es sojuzgada por otras entidades espirituales. Tal como le sucedió a Azrael, generalmente esto comienza con un pacto en el cual la oscuridad se adueña de la voluntad del alma incauta. Afortunadamente, se puede revertir esta situación rompiendo el pacto mediante la ayuda de una potencia de la Luz. No me pregunten cómo funciona esto. Lo cierto es que con la intervención de la energía del Arcángel Miguel estas ataduras se rompen y las entidades esclavizadas recuperan la consciencia de la Luz. Sólo es necesario tener la voluntad y la intención de hacerlo sin interferir con nuestra mente racional.

Así como me ocurrió a mí con Luz, José María prestó su consentimiento para que Azrael continuara con él. Hay que estar atento a esta posibilidad y saber que, definitivamente, no es nada bueno que una entidad se quede con uno, por más beneficios que pueda prometer. Cualquier entidad que permanezca con nosotros estará interfiriendo con nuestros procesos mentales, con nuestras emociones y nuestras inclinaciones.

El trabajo final de José María es un ejemplo que nos demuestra que no siempre la tarea termina con la salida del obsesor de nuestro campo vibratorio. A veces, puede permanecer fuera de nuestra aura, pero sin entrar en la dimensión de la Luz. Por ese motivo siempre es preferible completar el trabajo terapéutico rezando una novena, cualquiera que sea, para asegurarnos que la entidad se aleje definitivamente de nosotros y regrese a la Luz.

El ángel de la oscuridad

Daniel (49), me vino a ver poco tiempo después de una separación matrimonial dramática y dolorosa. Tras un par de sesiones, me confesó que, en nuestro primer encuentro, me había saludado sin siquiera ver mi rostro. La tristeza, la confusión y la ira lo habían dejado casi ciego. Al principio, Daniel trabajó fundamentalmente sobre el aspecto traumático de su separación. Ya más sereno, un día me dijo que sentía una sensación extraña en la boca del estómago, como una especie de nerviosismo. Recién entonces pudo explicar lo que habitualmente no podía decir.

—Inconscientemente provoco en las personas situaciones para que me rechacen —relataba Daniel—. Trato de brindar lo mejor de mí, pero, cuando siento que me agreden, experimento una ira muy fuerte que viene desde la boca del estómago hacia arriba. Me siento rechazado, como que no le importo a nadie. Cuando siento que me están sacando algo o me están robando el afecto de alguien y paso a ocupar el segundo plano, siento que no valgo nada. En esos momentos, siento una ira muy grande y una tristeza muy profunda que sube del estómago hacia mi rostro. Yo trato de controlar esa situación, pero entonces siento una transformación en mi rostro y una energía brutal que se desprende de mí y alcanza a las personas que me rodean. Los demás me miran asombrados y ven que hay una transformación. Entonces, opto por irme, porque no quiero causar una imagen fea. Yo logré dominar una parte, logré darme cuenta de qué manera me observan los demás, pero me siento juzgado y trato de alejarme. Y a esa persona que me agredió o me rechazó, no quisiera verla nunca más, ni hablarle ni mirarla.

Sospechando que detrás de esa ira y en la transformación del rostro de Daniel podía haber algún obsesor, le propuse trabajar con esta sensación. En primer lugar se manifestará un obsesor kármico y, más tarde, aparecerá un enviado especial.

Miércoles 23 de noviembre de 2005

Terapeuta: Muy bien, Daniel. Yo le voy a preguntar a tu inconsciente si hay alguna presencia extraña en tu vida y tu inconsciente me contestará con los dedos de la mano derecha. Si la respuesta es positiva se levantará el dedo pulgar derecho, de lo contrario se levantará el dedo índice. Yo le pregunto a tu inconsciente: ¿Hay alguna presencia o fuerza extraña que esté influyendo en tu vida?

Daniel: (Levanta el pulgar derecho.)

T: Muy bien. Ahora voy a preguntar si es una presencia o son más de una. Si son más de una se levantará el dedo índice derecho de lo contrario se moverá el pulgar.

D: (Levanta violentamente el brazo derecho. Repitiendo este proceso una vez más concluimos que hay más de cinco entidades.)

T: Muy bien; ahora quiero decirles a estas energías que son bienvenidas aquí y, si hay alguien allí que esté dispuesto a hablar, yo voy a pedirle a Daniel que le preste su voz para que pueda manifestarse. Yo no estoy aquí para juzgar, estoy aquí para ayudar. Ahora, Daniel, voy a pedirte que prestes tu voz y tus cuerdas vocales para que alguna de estas energías se pueda manifestar libremente. Cuento hasta tres y le prestarás tu voz. Uno, dos, tres. Adelante, ¿qué estás haciendo aquí con Daniel?

Obsesor: Yo estoy con él y estoy muy bien con él —cambiando el tono de voz —. Estoy muy tranquilo porque lo puedo manejar.

T: ¿Cómo lo manejás?

O: Trato de manejarlo para mi conveniencia. Quiero que esté solo.

T: ¿Para qué necesitás que esté solo?

O: Para poderlo manejar.

T: ¿Y cómo lo manejás?

O: Trato de que él se ponga en contra de la gente. Quiero que lo aíslen.

T: ¿Cómo lográs eso?

O: Despidiendo una energía con sus propias reacciones. El no se da cuenta, pero con su propia voz y su mirada la gente se espanta.

T: ¿Y qué esperás lograr con eso?

O: Que se quede solo, quiero verlo sufrir.

T: ¿Y qué cosa te lleva a vos a hacer esto? ¿Cuál es la razón por la que querés verlo sufrir?

O: Porque él me hizo sufrir.

T: Contame, ¿cómo fue que Daniel te hizo sufrir?

O: Hace mucho tiempo, nosotros estuvimos viviendo juntos, pero Daniel era una persona muy déspota. Me castigaba, me golpeaba y abusaba de mí.

T: ¿Y cuándo fue eso?

O: Hace mucho, mucho tiempo, en otra vida. Yo juré que me iba a vengar.

T: Contame cómo fue que te pegaste a Daniel, ¿en qué momento lo hiciste?

O: En el momento de su nacimiento.

T: ¿Cómo lo hiciste?

O: Cuando él estaba bajando; yo lo estaba esperando y me pegué y, desde entonces, quiero verlo sufrir.

T: Ahora te quiero hacer una pregunta, si vos me permitís, ¿volviste a encarnar después de aquella vida o estuviste esperando todo este tiempo hasta que Daniel naciera?

O: Yo estuve esperando todo este tiempo.

T: ¿Y cuánto hace que fue eso?

O: Hará dos o tres vidas atrás.

T: Y... disculpame si te pregunto esto, pero ¿vos creés que vale la pena lo que estás haciendo? ¿Cuántas vidas más vas a esperar?

O: Hasta verlo sufrir como yo sufrí.

T: ¿Y si Daniel reconociera su error y asumiera su responsabilidad y te pidiera perdón?

O: Es probable que yo lo pueda dejar.

T: Muy bien, entonces yo te voy a proponer una cosa, ¿cómo es tu nombre?

O: Wilton.

T: Muy bien, Wilton. Comprendo tus razones, pero la verdad es que esto no es bueno ni para vos ni para Daniel, porque los dos están retrasando su evolución como almas. Sin embargo, considero que es muy importante que Daniel asuma su responsabilidad, de modo que yo te voy a pedir ahora que permitas que él vaya a esa vida en la cual te maltrató para que él tome conciencia de eso y asuma su responsabilidad. ¿Estás de acuerdo?

O: Sí.

T: Entonces te voy a pedir que permanezcas en silencio mientras Daniel hace su trabajo. Ahora, Daniel, yo voy a contar hasta tres y, al contar hasta tres, irás a esa experiencia, a esa vida en la cual eras un déspota y maltrataste a Wilton. Uno, dos, tres. Andá a esa vida, no importa lo duro que sea, ¿cómo es eso?

Daniel: Estoy en frente de una persona que es deforme y yo lo golpeo —cambiando la voz nuevamente—. Lo golpeo con un palo, con un rebenque; no me agrada su presencia. Él me mira sin entender por qué lo golpeo, pero yo siento repulsión y lo golpeo.

T: Seguí, ¿qué más?

D: Mi vida es una vida amarga; lo que yo quiero es desquitarme con la gente, pero a quien tengo a mano es a ese ser deforme y entonces lo golpeo.

T: ¿Y a qué se debe que tu vida es amarga?

D: A que estoy solo, la gente me rechaza por mi forma de ser; soy muy duro. Maltrato a todo aquel que se me cruce. Los amenazo con golpearlos.

T: Muy bien, contaré hasta tres y avanzarás a un hecho marcante en esa vida. Uno, dos, tres. ¿Qué está pasando?

D: Estoy golpeando a ese ser deforme. Lo golpeo con un palo, con un rebenque, con lo que tenga. Lo golpeo porque lo tengo a mano y es como que él no entiende por qué lo estoy golpeando, pero se queda allí. Yo no lo voy a buscar sino que él se queda allí. Yo lo veo como si fuera mitad animal, mitad hombre.

T: ¿Y entonces qué ocurre?

D: Me siento frustrado; son reacciones que no quiero tener, pero es como una defensa. Él está ahí y me mira con tristeza.

T: Muy bien, contaré hasta tres e irás al momento de tu muerte en esa vida. Uno, dos, tres. Adelante, ¿qué está pasando?

D: Estoy en una cama y me van a poner en un cajón. La gente no siente nada por mí. Yo siento como un ataque al corazón. Hay gente que me mira, no sé si son familiares o amigos. Voy dejando que mi cuerpo se afloje totalmente y dejo de respirar, esperando que me entierren, esperando una reacción de ellos.

T: ¿Y dónde está allí ese ser deforme?

D: Ese ser deforme no está. No sé lo que pasó, no sé si se fue o yo lo dejé ir o yo lo maté.

T: La verdad, ¿qué fue lo que pasó?

D: Es muy probable que yo lo haya matado.

T: Entonces, por duro que sea, vas a ir a ese momento y te vas a permitir experimentar eso.

D: ¡Ah! ¡Ah! —agitándose—. ¡Le estoy pegando con un palo! ¡Lo estoy matando! Yo no lo quiero matar, pero es como una fuerza muy fuerte que no la puedo parar.

T: ¿Qué es esa fuerza que no podés parar?

D: Es ira, bronca... Lo estoy golpeando muy fuerte y queda tirado en el piso. Me agarra una tristeza muy grande porque yo no lo quiero hacer, pero él siempre está delante de mí, como provocándome y lo voy a reventar otra vez.

T: Y fijate una cosa, ¿lo matás, sí o no?

D: Él está tendido en el piso y yo veo que algo se desprende de él y a mí me sale la bronca y que no me joda porque lo voy a agarrar en otro lado. Entonces me aíslo y no quiero que nadie se ponga delante de mí.

T: Entonces, finalmente, ¿lo matás o no lo matás?

D: Sí.

T: Ahora fijate, ¿cuál es el momento más terrible de esta experiencia? (Aunque el objetivo principal es liberar a Daniel del obsesor, no puedo dejar de lado el trabajo terapéutico con las reacciones emocionales de Daniel. Al fin y al cabo sus reacciones lo metieron en este lío.)

D: Cuando lo estoy golpeando.

T: Y en ese momento, cuando lo estás golpeando, ¿cuáles son tus reacciones físicas?

D: Seguir golpeándolo.

T: Y en ese momento, cuando lo estás golpeando, cuáles son tus reacciones emocionales?

D: Tristeza, no quiero hacerlo, pero hay algo que me impulsa a hacerlo.

T: ¿Y cuáles son tus reacciones mentales en ese momento?

D: Es una lucha, seguir golpeándolo, pero quiero parar.

T: Y ahora fijate de qué manera todas estas sensaciones están afectando tu vida como Daniel. Esto de seguir golpeando a pesar de no querer hacerlo, la tristeza y esta lucha interior, todo esto, ¿qué te hace hacer en tu vida como Daniel?

D: Me hace poner en estado de defensa y en estado de ataque también.

T: Y todo esto, ¿qué te impide hacer en tu vida como Daniel?

D: Estar libre de sentimientos, aceptar la gente como es y ser libre de ser como yo soy. Me hace alejar de la gente.

T: Ahora fijate, ¿qué es esa fuerza que te lleva a golpear a este ser?

D: Es ira.

T: ¿Y cuál es el origen de esa ira? Cuento hasta tres y...

D: ¡Ja! Esa ira es porque siempre me cambian por otro. Siempre estoy en segundo lugar.

T: ¿Y cuál es el origen de todo eso? Uno, dos, tres.

D: En esa vida éramos dos o tres chicos y siempre estaban primero los otros. Mi madre les prestaba atención a mis dos hermanos y yo quedé relegado.

T: Entonces, ¿qué pasa cuando aparece este ser deforme?

D: Es como si fuera una burla.

T: Muy bien, ahora ya sabés cuál es el origen de esa ira y que ese ser no tiene nada que ver con todo eso. Cuento hasta tres y volverás al momento de esa muerte para terminar definitivamente con todo eso. Uno, dos, tres.

D: Me estoy viendo desde arriba, pero no veo que nadie se entristezca. Ponen la tapa del cajón y me llevan. Me entierran, pero yo quiero volver.

T: ¿Adónde querés volver?

D: Nuevamente a la vida para joderlos a todos. Ahí están los que eran mi madre y mis hermanos.

T: Y esto de que quiero volver para joderlos, ¿qué te hace hacer en tu vida como Daniel?

D: Me hace poner a la ofensiva, como que si me lastiman hay una especie de

revancha y de quererme ir, que sientan que me perdieron.

T: Y todo esto, ¿qué te impide hacer en tu vida como Daniel?

D: Me impide tomarme las cosas como son, sin que me afecten, sin sufrir. Me impide disfrutar bien de las cosas y de un grupo de personas, sean quienes sean.

T: Y ahora, ¿estás dispuesto a pedirle perdón a ese ser?

D: Sí, seguro.

T: Muy bien, entonces le vas a hablar a Wilton y le vas a devolver su energía para que él pueda ir en paz hacia la Luz.

D: Te pido disculpas porque te hice sufrir muchísimo y no había razón para hacer eso, pero bueno, las cosas fueron de esa manera. Te pido disculpas para que puedas partir y dejarme tranquilo.

T: Más que disculpas tenés que pedirle perdón, ¿no?

D: Te pido perdón porque aparte de cagarte a palos te cagué la vida. Te pido perdón, realmente fui muy malo con vos y te devuelvo toda la energía que te robé y perdoná.

T: Muy bien, ahora vas a sacar toda tu energía de ese cuerpo para que también tu alma vaya hacia la Luz y le vas a prestar tu voz nuevamente a Wilton para que él pueda manifestarse. Uno, dos, tres. Adelante, Wilton.

Wilton: Bueno, yo a él lo puedo disculpar y me voy a retirar porque ya bastante sufrió Daniel. Yo me voy a ir y lo voy a dejar en paz.

T: Muy bien; yo te voy a ayudar. ¿Hay alguien más allí contigo que quiera aprovechar este momento?

W: Hay un par más que son mis ayudantes, pero si yo me voy ellos también se van a ir.

T: Entonces vamos a pedir a la Luz que los vengan a buscar. "Humildemente, Señor, te pedimos que abras las puertas de tu reino para recibir a tu hijo Wilton y a sus ayudantes. Señor, en tu infinito amor te pedimos que envíes tu rayo de luz

y a tus ángeles protectores para que vengan a buscarlos. Señor, perdona sus errores y que llegue la paz para todos estos seres. Perdona también a Daniel por sus actos de esa vida para que todos puedan llegar a la Luz". (Mientras estoy hablando, Daniel se retuerce y emite quejidos y suspiros hasta que se tranquiliza.) ¿Hay alguien más allí que quiera hablar y aprovechar este momento?

D: —silencio—

T: ¿Sííí? ¿Hay alguien más allí? Voy a contar hasta tres y, si hay alguien más allí, al contar hasta tres podrá manifestarse. Uno, dos, tres.

Obsesor: ¡Soy el ángel de la Oscuridad! —levantando el brazo derecho y hablando con voz estentórea.

T: Muy bien, contame eso, ¿cómo es que eres el ángel de la oscuridad?

O: Soy el ángel de la Oscuridad y me lo quiero llevar a Daniel.

T: ¿Adónde te lo querés llevar?

O: Me lo quiero llevar conmigo a la Oscuridad.

T: ¿Y para qué necesitás hacer eso?

O: Necesito colaboradores para seguir haciendo la maldad. Necesito gente como Daniel.

T: Contame un poco cómo es Daniel para vos.

O: Es una persona con mucho temperamento y el temperamento de él se puede manejar.

T: ¿Podrías explicarme cómo es que manejás el temperamento de Daniel?

O: Lo puedo sacar de sí mismo.

T: ¿Y cómo lo hacés?

O: Metiéndole información equivocada, metiéndole pensamientos equivocados y la reacción de él es impetuosa.

T: ¿Cuánto hace que estás con Daniel?

O: Desde que él era chico.

T: ¿Y cómo fue que llegaste a Daniel? ¿Cómo te pegaste a él? ¿En qué momento lo hiciste?

O: Cuando Daniel era castigado y estaba con las defensas muy bajas. Esa fue mi oportunidad. Ahí me introduje.

T: ¿Cómo lo hiciste?

O: Me introduje por la cabeza, por la boca y ahora estoy en el estómago. A partir de allí le hago ver cosas que no corresponden, que no son. Sufre mucho, pero al mismo tiempo también lo manejo en sus reacciones emocionales y físicas.

T: ¿Y qué cosas hacés en la vida de Daniel?

O: Lo hago pelear mucho, mucho. Lo freno en todo lo que sea su progreso. Le tiendo trampas para que avance y que después se caiga.

T: ¿Y qué conseguís con todo eso?

O: Divertirme, hacerlo sufrir a él y alejarlo de la Luz y de su religión.

T: Me imagino que debe de ser muy divertido todo esto, pero, ¿sos feliz haciendo todo esto?

O: Es mi condición.

T: Pero la verdad, ¿sos feliz?

O: Es mi condición.

T: ¿Cuál es tu condición?

O: Manejar a la gente. Es como si fuera mi función, es como que estoy hecho para eso.

T: ¿Y quién te dijo que estás hecho para eso?

O: Una fuerza mayor, muy grande, muy oscura, es enorme.

T: Entonces quiere decir que vos servís a esa fuerza mayor.

O: Exacto.

T: Quiere decir que sos un esclavo de esa fuerza mayor.

O: Evidentemente, sí.

T: ¿Y no te gustaría liberarte de eso?

O: No sé lo que es liberar.

T: Liberar significa que podés hacer lo que realmente querés hacer y podés decidir en tu destino y trabajar sólo para vos y estar en la Luz y recibir el amor. ¿Alguna vez alguien te amó? ¿Alguna vez recibiste una caricia?

O: Ya no lo recuerdo.

T: ¿Y no te gustaría recibir amor, que alguien se preocupara por vos?

O: No sé lo que es eso. No me interesa.

T: ¿No sabías que la Luz reside en vos también?

O: Yo soy todo negro, yo estoy acá. ¿Qué me venís con la Luz?

T: Bueno, yo te voy a contar una cosa. La oscuridad también viene de la Luz, sólo que en algún momento se desviaron y se olvidaron de su condición y a vos te atraparon. Hubo un momento en el cual te atraparon porque la verdad es que vos saliste de la Luz. Todos somos originados de la misma Fuente. Hubo un momento en el cual la Luz estaba en vos y, si buscaras en tu interior, verías que todavía hay una lucecita ahí, escondida. Te engañaron, alguien se apoderó de tu poder, alguien te quitó tu energía y te esclavizaron y te robaron tu luz, pero ella todavía está ahí. Te engañaron para que vos hicieras el trabajo sucio. ¿Por qué no les decís a ellos que vengan a hacer el trabajo? Es muy fácil mandar a otros. Estás haciendo el trabajo sucio que no quieren hacer los otros. En lugar de estar haciendo esto podrías estar en la Luz. (Mientras estoy hablando la entidad resopla y gruñe.)

O: ¡No me interesa nada a mí! ¡No me interesa!

T: Mirá, no sos el primer ángel oscuro que conozco. Ya he conocido a otros y los he ayudado a liberarse, porque al fin y al cabo sos un ángel, ¿no es cierto? ¿Vos sabés qué significa "ángel"?

O: No.

T: "Angel" significa mensajero de Dios, mensajero de la Luz. Y eso es lo que eras originalmente, eras un mensajero de la Luz... y te atraparon. ¿No te gustaría que te acariciaran?

O: Yo no sé nada de eso.

T: Bueno, si vos me permitís yo te voy a acariciar. ¿Me dejás que te acaricie?

O: ¡A mí que no me joda nadie! ¡No me jodas! —enojándose.

T: Tranquilo, si no pasa nada. (Lentamente voy acercando mi mano y comienzo a acariciarlo.) Sentí lo que es esta sensación.

O: Sí, pero yo siento mucho rechazo con todo esto.

T: Dále, sentí, vas a ver qué lindo que es.

O: Si yo no los jodo a los demás, ¿por qué me joden a mí?

T: Tranquilo, no pasa nada, sentí ese calorcito.

O: Es como que estoy desobedeciendo —retorciéndose.

T: Justamente, en tu caso, desobedecer significa conquistar la libertad para hacer lo que vos quieras hacer realmente. ¿Y sabés qué? La Luz te va a ayudar a liberarte y a recuperar tu esencia y, para liberarte, vamos a pedir ayuda al Arcángel Miguel.

O: ¿Quién es?

T: El Arcángel Miguel es el comandante de los ejércitos de la Luz y él te va a ayudar a cortar las cadenas que te esclavizan y a liberarte. Vas a tomar su espada de luz y te vas a liberar. Vas a volver a la Luz, vas a volver a la Fuente

de donde saliste.

O: ¡Veo una luz ahí! ¡No sé qué hace eso allí!

T: Viene para ayudarte. Pedile ayuda, decile "Arcángel Miguel, ayudame a liberarme, ayudame a recuperar mi fuerza, ayudame a recuperar mi poder".

O: Es que yo soy muy oscuro, yo soy muy, pero muy negro.

T: La Luz sabe que te engañaron, la Luz sabe que te esclavizaron. No eres el único, todos nos perdemos alguna vez. En vez de trabajar para la Oscuridad podés hacerlo para la Luz, para el amor. Podés recuperar tu energía, tu poder, tu Luz. Podés cantar, reír y bailar. Podés divertirte de otra manera. (Ahora se sacude en espasmos y comienza a gemir.) En la Luz nadie te va a decir nada, al contrario, van a hacer una fiesta para recibirte. Todos van a estar felices y contentos de rescatarte. Eso es, mirá qué lindo el calorcito. (Ahora se deja acariciar.)

O: Bueno, está bien. ¡Bueno, está bien! —gimiendo y gritando.

T: Muy bien, vamos a llamar al Arcángel Miguel. Vas a decir junto conmigo: "Arcángel Miguel...

O: ¡Uuuh! ¡Uuuh! —gritando y retorciéndose.

T: "Arcángel Miguel, humildemente te pido que me ayudes a liberarme...

O: ¡Uuuh! ¡Uuuh! —sigue retorciéndose, gimiendo y escupiendo al mismo tiempo.

T: Eso es, acá viene el Arcángel Miguel. Es muy sencillo. Le vas a pedir al Arcángel Miguel que te preste su espada de luz y vas a tomar su espada y vas a cortar las cadenas que te atan y vas a recuperar tu luz. Vamos, vas a repetir conmigo, "Arcángel Miguel...

O: ¡Arcángel Miguel y la puta que te parió! —gritando desaforadamente.

T: Bueno, eso lo podés dejar de lado. "Arcángel Miguel, humildemente te pido que me prestes tu espada de Luz para liberarme de la oscuridad y recuperar mi esencia y mi poder".

O: Arcángel Miguel, humildemente te pido y la puta madre... que me prestes tu espada de luz... y me ayudes a liberarme... y a recuperar mi luz y mi poder. (Repite tres veces, ya más tranquilo y sin improperios.)

T: Muy bien, vas a tomar la espada del Arcángel Miguel. (Hace el gesto de tomar la espada.) Y, al contar hasta tres, vas a romper las cadenas que te atan. Ahí vamos. Uno, dos, tres.

O: ¡Aaah! ¡Aaah! (Se incorpora y, sentado, descarga varios golpes como si sujetara una espada con las dos manos juntas.)

T: Eso es. Sentí cómo comienza a crecer la luz y se van cayendo los cascarones de la Oscuridad. Vas a comenzar a volar, vas a recuperar tus alas de ángel, tus alas de luz y vamos a pedir a Dios para que se abran las puertas del cielo para que regreses a la Luz. "Humildemente, Señor, te pedimos en este día...

O: (Se recuesta nuevamente y repite conmigo palabra a palabra lo que yo voy diciendo, ahora con voz suave y serena.)

T: ...que abras las puertas de tu reino para recibir a este ángel que se perdió en la Oscuridad. Señor, en tu infinito amor, te pedimos que envíes tu rayo de luz y a tus ángeles protectores para que vengan a buscarlo...

O: ...para que vengan a buscarme.

T: ...Te pido perdón, Señor, por haberme equivocado y te pido que me abras las puertas de la Luz y que me dejes volver a casa". Eso es, esa es tu casa; la Luz es tu verdadero hogar. Prestá atención que aquí vienen a buscarte. Ahí vienen los ángeles y vas a ver que todos están contentos de recibirte.

O: Aaah... —suspirando suavemente.

T: Eso es, andá hacia la Luz. Allí te van a cuidar y pronto vas a tener tu primera misión como ángel de la Luz, como mensajero de la Luz. ¿Querés decir algo más?

O: Gracias.

T: Y, ahora, Daniel, vas a regresar a tu conciencia y vas a repetir conmigo: "Yo soy Daniel, yo soy yo, profundamente yo y en mi cuerpo físico y en mi campo

vibratorio mando yo”.

Daniel: Yo soy Daniel —retomando su voz habitual—, yo soy yo, profundamente yo y en mi cuerpo físico y en mi campo vibratorio mando yo. (Repite tres veces)

T: Y está terminantemente prohibido entrar en mi campo vibratorio.

D: Y está terminantemente prohibido entrar en mi campo vibratorio.

T: Ahora vas a elegir el color que necesites para sanar tu campo vibratorio y traer una nueva energía a tu vida como Daniel.

D: Azul.

T: Muy bien. Vas a comenzar a respirar el color azul, llenando tus pulmones y el plexo solar con el color azul. Respirando el color azul y llevando el azul a cada átomo, a cada partícula, a cada célula de tu ser. Ahora todo tu ser está vibrando en el color azul, como si estuvieras envuelto en una esfera de color azul y, lentamente, cuando vos lo decidas, abrirás los ojos y eso hará que regreses aquí a este día miércoles veintitrés de noviembre del año dos mil cinco, sintiéndote bien, tranquilo, calmo y sereno.

D: Hola, estoy bien. Por fin pude llegar a eso que yo quería porque yo sabía que podía haber algo así. Gracias a Dios se pudo trabajar bien. Gracias de verdad, porque no fue una cuestión de un lapso, fue cuestión de toda mi vida.

***

El trabajo de Daniel nos confronta en primer lugar con una contingencia que suele presentarse cuando trabajamos con obsesores: la necesidad de que el propio paciente revea la vida o la circunstancia donde se inició la relación kármica con el obsesor. Esto significa mantener al obsesor en espera mientras el paciente trabaja en regresión el evento donde comenzó todo. De esta manera el paciente puede asumir la responsabilidad que le cabe en el origen de la relación y entender así que el acoso por parte de la entidad no se debe ni a un castigo

divino ni a un capricho del obsesor. Cuando el paciente asume su responsabilidad y pide perdón, el obsesor se da por satisfecho. Esto era lo que Wilton necesitaba para poder perdonar a Daniel y liberarlo de su accionar. Una vez más, verificamos que la venganza es el primer móvil que impulsa a un alma perdida a hostigar a una persona viva. Wilton lo dice claramente; su propósito era manejar a Daniel y verlo sufrir. Es bueno que tomen nota que, al ser un obsesor kármico, Wilton ya lo estaba esperando a Daniel cuando éste estaba en su proceso de encarnación y se le pega en el momento del nacimiento.

El ángel de la Oscuridad nos muestra el accionar de una fuerza adversa, aunque de alguna manera Wilton también lo era. Al igual que Azrael, el ángel de la Oscuridad es enviado por una fuerza mayor. El mismo obsesor la define así y reconoce que es un esclavo de esta fuerza. Cómo es que estas fuerzas eligen a una persona en particular para interferirla no está claro; al menos yo nunca pude determinarlo. ¿Quién sabe? Hasta es posible que estas fuerzas adversas sean instrumento de la Luz para ponernos a prueba y desarrollar en nosotros capacidades y poderes que, de otra manera, permanecerían dormidos. Las tribulaciones de Job son un buen ejemplo de esto; en definitiva, Satán hostiga y persigue a Job con la anuencia de Dios. En nuestro caso, el ángel de la Oscuridad tiene el propósito declarado de frenar a Daniel, ya sea manejando su temperamento, ya sea manipulando sus reacciones emocionales o introyectando en él pensamientos equivocados.

Otro aspecto a resaltar aquí es que la entidad aprovecha el momento en que Daniel es castigado en su infancia y se encontraba con sus defensas bajas debido al trauma experimentado. Debemos tomar consciencia de este riesgo, como ya lo hemos explicado, porque nunca podemos saber cuáles serán las consecuencias invisibles de un castigo para un niño. Al trauma físico y psíquico hay que sumarle la invasión segura por parte de una energía extraña que aprovechará la debilidad creada al quebrarse la integridad del campo vibratorio del niño.

Veamos el testimonio de Daniel cuatro meses después de esta experiencia:

“Después de que se fueran Wilton y el ángel de la oscuridad mi vida cambió por completo. Poco a poco, día a día, me fui encontrando conmigo mismo. Al mismo tiempo comencé a recuperar mi energía y fueron desapareciendo los inconvenientes que habitualmente entorpecían mis actividades. Mi

temperamento explosivo desapareció por completo. De improviso, me sorprendía a mí mismo. Varias veces me encontré frente a situaciones que antes podían ser explosivas y que ahora pude resolverlas con serenidad. Siento una liberación enorme, un reencuentro con mi verdadero ser. Yo sé que voy a lograr lo que me proponga hacer. Siento una mayor confianza y seguridad en mí mismo. Yo no sabía que yo era así. Antes le daba importancia a los choques. Cualquier cosa me sacaba fuera de mí. Ahora experimento una gran madurez; es un antes y un después. Para mí es como tocar el cielo con las manos."

Capítulo VIII

Ángeles perdidos

Un viernes por la mañana me disponía a trabajar con mi amigo Raúl Torres con la bioelectrografía cuando, de repente, Raúl me comentó que sentía una tristeza que no podía explicarse. Inmediatamente, y sin saber por qué, me relató un raro episodio de su juventud. Ese relato dio origen a una experiencia inmediata que abrió nuestra conciencia a una realidad desconocida para nosotros hasta ese momento en el trabajo con las almas perdidas. Como al momento de preparar este capítulo yo no recordaba en forma precisa el relato de Raúl, le pedí que me escribiera unas líneas con los detalles principales. Ésta es la historia original tal cual la vivió y la sintió Raúl.

“Cierta mañana, mientras desayunábamos con el Dr. Cabouli en una cafetería tradicional del barrio de Flores (Ciudad de Buenos Aires), comentábamos experiencias de trabajo y la tarea de investigación a desarrollar ese día. En determinado momento le dije a Cabouli que sentía una tristeza cuya razón yo no podía explicar porque no estaba atravesando por ninguna situación conflictiva. Mientras hacía este comentario recordé un hecho que sucedió una mañana, hace muchos años, cuando yo era estudiante. En aquella época yo vivía en Rosario (provincia de Santa Fe) y, como todas las mañanas, ascendí a un trolebús para ir a la facultad. Al ascender caminé por el pasillo hasta la mitad del vehículo y me acomodé en un asiento para dos personas que estaba desocupado. Dos paradas más adelante ascendió al trolebús una joven de aproximadamente unos dieciocho años. Era de estatura mediana y su cabello suave y negro llegaba casi hasta su pequeña cintura. Su piel era muy especial, parecía de porcelana, y adornando su cara se destacaban unos hermosos ojos de color celeste, yo diría de color cielo. Una amplia y generosa sonrisa iluminaba su rostro dejando ver una dentadura blanca y perfecta. Era una mujer perfecta, demasiado perfecta para ser real. Cuando caminó por el pasillo y se sentó junto a mí casi me desmayo. Al cabo de unos instantes nos pusimos a conversar como viejos amigos. Como es lógico de imaginar, yo no bajé donde tenía que bajar. Lo hice más adelante donde descendió ella para acompañarla hasta su casa. Caminamos las cuatro cuadras

que faltaban para llegar a su domicilio charlando alegremente. Me sentía muy a gusto con ella y así llegamos a su casa.

Entramos por un largo corredor y caminamos hasta que ella se detuvo en el tercer departamento. Luego de conversar unos minutos más concertamos una cita para esa noche para tomar un café o para caminar y disfrutar de esa hermosa amistad que comenzaba a nacer. Parecía que nos conocíamos de toda la vida. Recuerdo que me despedí de ella tomando sus manos y depositando un tímido beso en su mejilla, caricia que ella correspondió en forma suave y sensual diciéndome: hasta siempre. Cuando salí de ese lugar me invadió una extraña energía. Me sentía alegre, dinámico, con renovadas ganas de vivir. No había caminado más de una cuadra cuando me di cuenta de que no le había preguntado por su nombre. ¿Por qué ella no me lo dijo? Bueno —pensé— a la noche se lo preguntaré; por el momento sería la chica de los ojos color cielo.

El día transcurrió lentamente hasta que llegó la hora acordada para la cita. Llegué al lugar cinco minutos antes de modo que esperé en la esquina mirando distraídamente una vidriera. Pregunté la hora a una pareja que pasó por el lugar y caminé entonces rumbo al pasillo de la muchacha que nacía cuatro casas más allá de la esquina. Ingresé en el pasillo y caminé hasta el departamento “C” ubicado uno antes del final del pasillo. Sentí algo extraño cuando fui a oprimir el pulsador del timbre. No supe la razón; esta no era la primera cita de mi vida y no estaba enamorado de ella. Sólo la había visto una vez. Ni siquiera podía decir que éramos amigos, más aún, no conocía su nombre. Mientras estas ideas pasaban por mi cabeza se abrió la puerta del departamento y apareció una mujer de mediana edad. En algún momento pudo haber sido muy bella y elegante, pero tenía la cara tan triste y la ropa tan descuidada y desaliñada que eso la avejentaba mucho. Aun así era muy agradable. Distraídamente, como si nada le interesara, me preguntó: ¿Qué desea? Dudé un poco antes de responder pues no conocía el nombre de la persona que buscaba. Tras unos incómodos segundos de silencio creo que balbuceé estúpidamente: Busco una jovencita con ojos color cielo... La mujer me miró asombrada y por un instante creí ver cómo se acrecentaba su tristeza. Luego, sin responder a mi pregunta, se largó a llorar y sin decir una sola palabra me cerró la puerta en la cara. Yo me quedé parado en el lugar sin saber qué hacer.

Allí estaba cuando salió al pasillo la señora del último departamento. Esta era una mujer de unos sesenta años, regordeta y de coloreadas mejillas. No pudo con su curiosidad y se me acercó preguntándome si no me habían atendido. Sólo le

respondí que sí. Transcurrieron varios segundos sin que yo pudiera pronunciar palabra alguna hasta que le expliqué lo que me había ocurrido. La señora dio un paso hacia atrás y se quedó mirándome como si hubiera visto a un fantasma. Luego, muy preocupada me preguntó si hacía mucho tiempo que no veía a esa chica. Yo le respondí: La conocí esta mañana. Ahora sí, la mujer dio un respingo, se puso pálida y, mientras se volvía apresuradamente a su casa, con cara de horror me dijo que eso no podía ser cierto porque esa chica había muerto hacía ya seis meses. Al escuchar estas palabras un frío glacial recorrió mi médula. Se me congeló la sangre en las venas y el corazón parecía querer estallar dentro de mi pecho. Me sentía completamente helado y un gusto amargo inundó mi boca. Me quedé mudo. Salí de ese lugar aterrado, corrí hasta mi departamento, entré en él como un sonámbulo, me desplomé en la cama y así me quedé durante horas. Del estupor pasé a la confusión. De repente, ya no tenía miedo; sentí la extraña sensación de que ella, la jovencita, estaba allí y que me protegía.

Hasta esta oportunidad prácticamente no había comentado este hecho. En una época llegué hasta pensar que fue una alucinación mía o tal vez un sueño tan vívido que lo imaginé como una realidad. El resto de lo que sucedió está grabado en la cinta donde se registró la experiencia de trabajo."

Cuando Raúl terminó su relato en el café me dijo:

—La verdad es que no sé por qué te conté esto.

—Tal vez esa chica sea la causa de la tristeza que estás sintiendo —le contesté— y, si después de tantos años, te acordaste de ella ahora eso significa que probablemente ella esté aquí con vos en este momento. Tenemos que trabajar ya mismo.

De modo que salimos del café y subimos al consultorio de Raúl que estaba situado justo enfrente y nos pusimos a trabajar. Raúl se recostó y yo lo acompañé como a cualquier otro paciente.

Viernes 19 de mayo de 2000

José Luis: Ahora, Raúl, le prestarás tu voz a este ser para que pueda manifestarse libremente, para que pueda contarnos lo que le ocurrió. Adelante, ¿qué fue lo que te pasó?

Alma perdida: No me ocurrió nada... Yo fui enviada por los seres de la Luz. Ellos me enviaron para elegirlo a Raúl para el trabajo que tenía que llevar adelante. A ti también te enviaron otro ser como yo... Yo lo fui guiando a Raúl para que él entendiera el camino que debía tomar. Yo lo tuve que ayudar para que cada vez que se desviara volviera a su camino. Los seres de la Luz, como tú los llamas, los maestros, nos envían a nosotros para que los guiemos a ustedes hasta que tomen el camino que deben tomar y, cuando ya están preparados en ese camino, nosotros debemos volver hacia nuestro lugar, debemos volver a la Luz.

JL: Sí, continúa.

AP: Este es un momento muy difícil para mí. Estuve mucho tiempo con este ser, pero mi trabajo ya ha terminado y debo volver con el Padre. ¡Ahhh! Yo me mostré con un cuerpo que él vio para que pudiera saber que existen seres que para ustedes no existen. No me busques un nombre. Hace muchos, muchos años, de los que ustedes marcan con el tiempo que yo hago este trabajo y ahora tengo que volver con mis maestros y ellos me dirán a quién más debemos elegir. Raúl ya está preparado para seguir solo, pero yo estoy muy triste.

JL: ¿A qué se debe tu tristeza?

AP: Porque las emociones de los humanos también se nos pegan a nosotros cuando estamos en un cuerpo físico. Nosotros, fuera del cuerpo, no tenemos emociones; son sensaciones que sólo pertenecen al cuerpo físico. Ahora siento la tristeza de tener que dejarlo a Raúl (aquí está el motivo de la tristeza de Raúl), pero mis maestros ya me lo están pidiendo y él no se daba cuenta de que me tenía que dejar salir. Sola, no puedo salir; para salir tengo que hacer algo que te voy a explicar.

JL: Por favor, explícamelo.

AP: Cuando ustedes relajan a una persona y la ponen en un estado de conciencia distinto, lo que hacen es desgravitar su cuerpo; están trabajando con lo que ustedes llamarían la fuerza electromagnética y, en el momento en que ustedes hablan de ese túnel de energía, lo que están haciendo es invertir el campo

electromagnético y por ahí nosotros podemos salir y entrar nuevamente en nuestro lugar. Muy pronto también te va a abandonar a vos el ser que fue dispuesto para que te guiara en este camino. Cuando sientas que es el momento, pídele a Raúl que te ayude. Antes de que ustedes estuvieran en contacto, en el Universo se va armando todo para luchar contra el Mal. Hay muchas personas que están guiadas para que lleguen a ayudar a todos aquellos seres que haya que ayudar. Ustedes por fin lograron entender que los maestros de la Luz son los que tienen la fuerza para ayudarlos a conectarse con el Padre Celestial. Él es quien tiene el poder absoluto del amor porque Él es amor y la sanación es el amor. La enfermedad es el odio, la culpa, la ambición. Vienen tiempos muy duros para la humanidad y nosotros tenemos que seguir nuestro camino.

JL: Sí.

AP: Ahora, yo estoy preparada para irme, cumplí mi misión, pero hay una cosa que ustedes tienen que cuidar. Las fuerzas del Mal los rodean. Cuanto más quieran trabajar para la Luz, más los asediarán. Cuando sientan que estén por caer pidan la asistencia de la Luz y la tendrán. No pidan específicamente a alguien; ellos, los maestros, saben quién tiene que ayudarlos. Somos todos una sola conciencia. Todos sabemos lo que les ocurre. No dejen caer los brazos nunca. Sólo pidan y les será concedido. Ustedes han sido elegidos para curar el alma de las personas que están equivocadas. Hacía mucho tiempo que no manifestaba mi presencia, pero ha llegado el momento de salir, de irme —rompe a llorar.

JL: Adelante.

AP: Quiero disfrutar de los sentimientos humanos un segundo más, perdoname. Es tan lindo llorar...

JL: Quiero pedirte un favor. Si hay alguien más allí, si hay alguien perdido allí y que tú puedas ayudarnos a llevarlo a la Luz contigo...

AP: Sus cuerpos ya están limpios, quédense tranquilos. Y también están protegidos. Los podrán molestar solamente las fuerzas oscuras, pero no podrán entrar nunca jamás en ustedes, salvo que se desvíen del camino de la Luz. Ustedes ya están guiados por la gracia del Maestro. Hermanos, no tengan miedo, están cuidados por la energía más pura del Universo, por el Amor. Los amo mucho... Cuando salga de este cuerpo igual los seguiré guiando. Tú estás

preparado también. En muy poco tiempo de los humanos dejarás salir a quien te guió para hacer este camino. No soy ni mujer ni varón; simplemente soy vibración. Adiós hermanos míos, los amo mucho... ¡Ahhh! —largo suspiro.

JL: Adiós y que Dios te bendiga por tu misión.

***

Se imaginarán cómo nos sentíamos Raúl y yo al terminar este trabajo. No salíamos de nuestra sorpresa. Al mismo tiempo estábamos maravillados y una clara sensación de paz nos embargaba a los dos. Era como si realmente se hubiese hecho presente un ángel. Cuando Raúl me contó su historia, como terapeuta yo ya me había hecho toda la película. Para mí se trataba de un alma perdida más que por algún motivo se había quedado en el plano terrestre y había que ayudarla a tomar consciencia de su muerte para que pudiera regresar a la Luz. En tantos años de trabajo nunca se me había cruzado por la cabeza la idea de que un ángel pudiera quedar atrapado en el campo vibratorio de una persona viva. Sabía de la existencia de películas cuyo argumento giraba alrededor de este tema, pero jamás había visto alguna de ellas antes de este trabajo, de modo que tampoco estaba influenciado por su contenido. La experiencia de Raúl fue toda una revelación para los dos y la apertura de un nuevo capítulo en el trabajo con las almas perdidas.

Tan sólo una semana después llegó mi turno. Aprovechando el feriado del veinticinco de mayo en la Argentina, nos reunimos con Raúl para continuar con nuestro trabajo de investigación con la bioelectrografía. Apenas entré en el consultorio de Raúl comencé a sentir cierta opresión y angustia en mi pecho. Casi inmediatamente me di cuenta de que esas sensaciones no me pertenecían, de modo que yo también necesitaba trabajar con alguna energía extraña. Claro que en ese momento yo pensaba que se trataba de algún alma perdida o quizás algún obsesor. Ya me había olvidado de lo que había dicho el ser que había dejado a Raúl la semana anterior. Así que le pedí a Raúl que me ayudara a liberar a esa energía conduciendo él la sesión. Antes de comenzar, pedí asistencia a los Maestros de la Luz.

Jueves 25 de mayo de 2000

José Luis: Amados Maestros de la Luz; humildemente les pido que nos asistan en este trabajo. Pido la liberación, pido el perdón para este ser. Pido que este ser pueda ser liberado y llevado hacia la Luz. (Aún yo seguía pensando que se trataba de un alma perdida o de un obsesor.) Amados Maestros, les pedimos que vengan en nuestra ayuda en este trabajo de aprendizaje y de sanación que estamos realizando. Sabemos que no sabemos nada. Apenas estamos comenzando a comprender el principio de todo esto.

Raúl: Ése es el verdadero camino hacia la Luz. Ése es el único camino que existe hacia la Luz. Ese camino es la humildad, es la entrega y es el amor. Hijo mío, sé la tristeza que tú sientes ahora que ha llegado el momento de volver con el Padre.

JL: (Siento una congoja y un llanto imposibles de contener.)

R: Eso es, eso es. Hace mucho tiempo que vivís en ese cuerpo. Eso es, hijo mío; estás demasiado involucrado con este ser (José Luis), pero tú eres un ser puro y sabes que nunca vas a tener un cuerpo como éste. Despídete de las emociones.

JL: (Sigo llorando sin poder articular palabra. Al mismo tiempo me doy cuenta de que estas sensaciones que no puedo controlar no son mías y que tampoco es Raúl el que está hablando. Otro ser, infinitamente dulce, está manifestándose por su intermedio.)

R: Toma tu tiempo. Estoy aquí para protegerte, para amarte y para guiarte. Toma tu tiempo...

Alma perdida: No quería hacerlo —llorando.

R: Sí, hijo mío, te escucho —hablando con una infinita ternura.

AP: No quería hacer daño...

R: No has hecho daño. Nunca hiciste daño. Tú lo guiaste, lo sacaste de su camino equivocado y le fuiste enseñando los pasos que tenía que dar. Tú has recorrido muchas dimensiones, tú le mostraste el camino de la Luz. Tú le

enseñaste cómo llegar a la esencia pura de su propio ser. Tu trabajo fue muy bueno, tu trabajo fue excelente, pero lo que sientes ahora no es amor, sino un apego a ese cuerpo físico que te brindó muchas satisfacciones. Pero sabes que no es tu cuerpo y que ya el Padre tiene otra misión para ti. Tú sabes que estuviste más tiempo del que debías estar.

AP: Sí, lo sé...

R: Pero José Luis tampoco supo que debías salir. Lo ayudaste a hacer muchos trabajos buenos, pero no lo dejabas trabajar a él. En tu afán de ayudar a veces lo confundías, mezclabas sus emociones con las tuyas.

AP: Me gustaba esta vida, me gustaba esta misión.

R: ¿Es que ya no recuerdas lo que es la Luz? ¿Ya no recuerdas lo que es vivir en el eterno gozo? ¿Ya no recuerdas lo que es vivir al lado del Padre Celestial? Has tenido la suerte de que has podido entrar en un ser puro.

AP: Por eso me gustaba —llorando— parecía que yo estaba haciendo el trabajo.

R: En algún momento lo confundías y no lo dejabas crecer. Lo ayudaste a limpiar su campo vibracional. Lo ayudaste a ponerse en contacto con este otro ser que está aquí (Raúl) para que estas dos almas hicieran el trabajo que el Señor les encomendó. Ellos ya están en el camino de la Luz.

AP: ¡Padre, perdóname! —llorando—. ¡Perdóname! Vine aquí y me confundí. Las emociones aquí son muy fuertes...

R: Tú sabes que el Padre es perdón y es amor. Quiero que descargues todas las emociones que contuviste. Nunca pudiste manifestarte directamente, ahora puedes hacerlo. Tú sabes quién soy, ¿verdad? La semana pasada me ayudaste a salir a mí de este tiempo. Hoy vine yo... me estás haciendo llorar a mí también porque hacía mucho tiempo que yo no hacía este trabajo —llorando también—. Yo estoy con la emoción de este otro ser (Raúl). El Padre me dio el privilegio de venir a buscarte.

AP: ¡Ay, por favor! ¡Llévame! Pero con todo esto no puedo... —nuevo acceso de llanto.

R: Quiero que salgas con toda la paz...

AP: Estaba angustiado porque sabía que me tenía que ir... (Esa era la angustia que sentía yo, José Luis.)

R: Ya lo sabías hace un tiempo.

AP: Quería resistir...

R: Por eso el Padre me dio el privilegio de venir a buscarte. Juntos hemos realizado muchas misiones en distintas partes del Cosmos y ahora nuevamente volvemos juntos a la Luz y allí seguiremos nuestra tarea.

AP: Dame tu mano... —continúa llorando.

R: Quiero que saques contigo toda la emoción. Esta es la primera vez que tenemos contacto físico...

AP: (Continúa llorando desconsoladamente.)

R: Padre mío, volvamos a la Luz.

AP: ¡Perdóname, Padre, perdóname! ¡Perdóname por haberme confundido por los hombres!

R: Sabes que ya estás perdonado. Ya nos estamos yendo hacia la Luz. No puedo verte sufrir más.

AP: ¡Perdón! ¡Perdón! ¡Perdón! —llorando y gimiendo todo el tiempo.

R: No puedo verte sufrir más. Ya nos vamos. Ya está abierto ese campo vibracional que nos lleva junto a nuestro Padre y vamos a estar siempre junto a ustedes, hermanos. Los amamos. En mi nombre y en el nombre de mi hermano nos disculpamos ante vuestros cuerpos si les hemos causado algún mal. Hasta siempre hermanos; siempre vamos a estar con ustedes.

AP: Hasta siempre, perdón.

R: Ya has sido perdonado. La Luz nos espera, el camino del amor. Los quiero mucho, los queremos mucho. Hasta siempre, hasta pronto.

Raúl: (Volviendo a hablar como Raúl) Otra vez llorando...

José Luis: ¡Y que llore yo...! Esto era lo que yo sentía desde hacía tiempo y no podía sacar. ¡Ahhh! Es impresionante...

Al incorporarme, la sensación del principio había desaparecido. Me sorprendió muchísimo la dulzura y la ternura con la que se expresó Raúl durante la experiencia. Pude darme cuenta de que realmente no era él. Otro ser, infinitamente bello, se había manifestado por su intermedio. Su dulzura era tal que era imposible no hacerle caso, no había forma de resistirse. El ser que se manifestó a través de mí lo sintió y yo lo sentí junto con él. Puedo asegurarles que durante esta experiencia en ningún momento tuve el control de ella. Yo mismo estaba sorprendido porque nunca me hubiera imaginado que pudiese experimentar tales sensaciones. Aunque estoy acostumbrado a este tipo de manifestaciones en los pacientes, no podía dar crédito a lo que había sucedido. Francamente, yo no podía parar de llorar. Las sensaciones me desbordaban y sentía una congoja inaudita que nunca antes había experimentado en mi vida. Al mismo tiempo, estaba cabalmente consciente de que no era yo. En cuanto el ser que me acompañaba se retiró, todas estas sensaciones desaparecieron como por arte de magia y sentí un alivio instantáneo. Realmente nada de todo eso era mío. El trabajo con este ser o ángel que me acompañaba fue la experiencia más intensa que he vivido en todo mi trabajo personal con la regresión.

En apenas una semana habíamos ingresado en una realidad diferente en el trabajo con las almas perdidas. ¿Eran realmente ángeles las entidades o almas que se habían manifestado en Raúl y en mí mismo? Fueran lo que fuesen, era indudable que su forma de expresarse, de conducirse y su patrón de comportamiento eran completamente diferentes a todo lo que hemos visto hasta aquí. Interesante la explicación que nos dieron sobre la inversión del campo electromagnético como algo necesario para poder salir del campo vibratorio de una persona. No hemos comprobado ni investigado que se produjera esta inversión; pero es natural que el campo vibratorio o energético de una persona se comporte como el campo gravitatorio de la Tierra.

Aparentemente, la mayoría de las almas perdidas necesita de una fuerza impulsora para salir del campo energético de una persona, de la misma manera que una nave espacial necesita de un cohete impulsor para poder salir de la

esfera de atracción de la Tierra. Esta fuerza impulsora puede ser la presencia de otra persona que ayude al alma perdida a ir hacia la Luz. En cuanto a la desgravitación del cuerpo, no me parece que tenga lugar, a menos que la entidad se refiriera al cuerpo etérico o al cuerpo astral de la persona en cuestión. Parece que también es necesario que se abra un campo vibracional en la dimensión espiritual. Pienso que esto es lo que debe de suceder cuando pedimos que se abran las puertas del Reino de la Luz. Interesante también la definición de que los Maestros de Luz forman todos una sola conciencia. Ellos no necesitan de nombres para venir en nuestra ayuda o asistencia.

Aquí vimos claramente que las sensaciones de tristeza y angustia que sentíamos Raúl y yo pertenecían en realidad a estos seres. Pero además, el ser que acompañaba a Raúl dijo que sentía la tristeza por tener que dejarlo y que Raúl no se daba cuenta de que a su vez él, Raúl, tenía que dejarlo salir. Por su parte, el ser que estaba conmigo dijo que estaba angustiado porque sabía que tenía que irse. Éste es un detalle clave porque aquí aprendí que cuando las sensaciones pertenecientes al alma perdida se exacerban no se debe a que ésta quiera perjudicar más a la persona afectada. Al contrario, lo que busca el alma perdida es llamar la atención para que tomen consciencia de su presencia porque ya está preparada para partir. Por esa razón Raúl sintió esa tristeza inexplicable y yo sentí la angustia y la opresión en forma repentina cuando entré en el consultorio de Raúl.

Si bien es cierto que aprendimos mucho con esta experiencia, debo decir que no resultó cierta la afirmación de que nuestros cuerpos estaban limpios. Un par de años después yo me di cuenta de que todavía llevaba conmigo varias almas perdidas entre familiares y obsesores.

Luego de esta experiencia inicial, no tardó en presentarse la primera oportunidad en que iba a poner en práctica este nuevo conocimiento. Cuando hacemos consciente una realidad diferente comenzamos a reconocerla allí donde antes no veíamos nada.

Un ángel enamorado

Apenas unos días después de esta experiencia personal me encontraba impartiendo justamente la clase sobre almas perdidas en un curso cuando, para sorpresa de los asistentes, dije que hasta el ángel de la guarda podía convertirse en un alma perdida e interferir en la vida de una persona. Expliqué entonces que un ángel puede venir con una misión y que en el cumplimiento de esa misión puede contaminarse con las emociones de los humanos. Un ángel es energía, no tiene cuerpo físico, pero cuando se queda acompañando a una persona, de pronto puede comenzar a sentir las emociones de esa persona e involucrarse con estas sensaciones hasta llegar al punto de entusiasmarse con ellas. Ése es el momento en el que el ángel queda atrapado en el campo vibratorio de la persona y se convierte en un alma perdida o, si lo prefieren, en un ángel perdido.

Una de las alumnas presentes en ese momento recordó entonces la película El ángel enamorado, en la cual un ángel se convierte en un ser humano por amor. En ese momento, otra de las alumnas, Ana María, comenzó a sentir fuertes sensaciones en su interior y yo intuí que podría haber algo más allí.

Miércoles 31 de mayo de 2000

Terapeuta: Ana María, ¿qué te está pasando?

Ana María: Siento una revolución dentro de mí. Cuando comentaste esto del ángel que se convirtió en ser humano sentí que me faltaba el aire, una extraña sensación.

T: ¿Cómo es esta sensación?

AM: Como un escalofrío en todo el cuerpo, como una sensación de alegría y tristeza al mismo tiempo.

T: Muy bien, cerrá los ojos, tomá contacto con esta sensación y preguntate, ¿a quién pertenecen estas sensaciones? Decí lo primero que te venga a la mente.

AM: Sin preguntarme nada siento que me dice que está conmigo. Me inunda con toda su luz, muchísima luz. No tiene cuerpo físico, es pura luz y entonces entiendo lo que siente. Es luz, es una energía, como una energía universal.

T: Muy bien, ahora prestale tu voz a ese ser para que pueda manifestarse.

AM: No habla.

T: Dejá que sus vibraciones se manifiesten a través de tus palabras utilizando tu voz.

AM: Siento lo que dice telepáticamente. Dice que viene de una galaxia muy lejana, que vino a esta tierra para ayudar, que ellos son energías muy sutiles y que pueden introducirse en el cuerpo de las personas y vivir ahí para ayudar a las personas a actuar. Dice que hay otros seres que también lo hacen, pero que todo es para ayudar a la evolución, que se van adhiriendo a los cuerpos físicos para ayudarlos en esta evolución. Creo que toman a las almas más sensibles y que este ser me ha tomado a mí desde que nací, más aún, desde el momento en que fui concebida —comienza a llorar—. Dice que mi sensibilidad va de acuerdo con esa energía y que en varios momentos esa energía es como la mía. Empiezo a sentirme muy extraña.

T: Eso es, sentí eso. Yo estoy acá, ¿qué estás sintiendo?

AM: Mi cuerpo empieza a desaparecer.

T: Muy bien, seguí, yo estoy acá acompañándote.

AM: Siento frío en las manos, sigo en esa energía de luz —llorando—. Muchas veces estoy así. Me siento muy mareada, esa energía es muy fuerte. Me dice que mi ser es parte de eso, que venimos de la misma galaxia. Todo está tan claro, todo está tan quieto. No sé, no habla, sólo me deja sentir, nada más.

T: Y todo esto, ¿qué te hace hacer en tu vida como Ana María?

AM: Me hace sentir bien, me hace sentir que quiero estar todo el tiempo así. No quiero estar en esta Tierra —llorando—, ése es el amor que siento todo el

tiempo. Ése es el amor que tiene esa energía especial.

T: Y esto de no querer estar en la Tierra, ¿qué te hace hacer?

AM: Me produce mucha angustia.

T: ¿Y qué te impide hacer en tu vida como Ana María?

AM: ¡No ser! ¡No puedo ser! Siento que no puedo ser. Esa energía tiene algo... como si fuera un amor terrestre. Está pegada a mí como si estuviera enamorada, como si fuéramos uno.

T: Fijate si realmente es un ser de luz o si es otra cosa que está disfrazado como si fuera un ser de luz. (Hay que descartar que se trate de un impostor. Si es un ser de luz, no se va a ofender.)

AM: ¡Ay! No lo sé, no sé si está disfrazado. ¡Ay! Me estoy confundiendo, no sé si envuelto en ese ser de luz hay algo del amor.

T: Muy bien; ahora ha llegado el momento para que penetres en eso. Vamos a pedir la asistencia de los maestros. "Amados Maestros de la Luz, humildemente les pido que nos ayuden en este trabajo para que Ana María pueda penetrar en la verdad y para que esta energía comprenda que su misión ha terminado y que tiene que volver a su lugar de origen. Ana María necesita seguir su camino por sí misma, necesita hacer su trabajo y ser ella misma. Amados Maestros de la Luz, humildemente les pido que guíen a Ana María para que descubra la verdad".

AM: Siento que indudablemente es un ser de luz, pero se ha pegado a mí. Es un ser que se ha enamorado, se ha enamorado y está viviendo ese amor conmigo —llorando—. No es el amor terrestre. Es como un ángel, es todo luz, es todo ternura.

T: Pero ahora tenés que decirle a ese ángel que ésa no era su misión.

AM: No, no era su misión.

T: Su misión era guiarte para que no te desviaras del camino, pero ése es el riesgo que corren los ángeles porque ellos no tienen cuerpo y, cuando se pegan a un cuerpo, se involucran con las emociones de los humanos.

AM: Sí, eso es lo que le pasó.

T: Y ahora él tiene que volver a la fuente, a su lugar de origen.

AM: Y yo no lo quiero dejar ir —llorando—. No quiero dejarlo ir, no quiero perder algo que es mío. (Ésta es la verdad.)

T: Sí, lo sé, pero vas a ganar tu integridad, vas a ganar tu ser.

AM: ¡¡¡Nooo!!! —llorando y gritando—. ¡No quiero cortar con eso! ¡¡¡No quiero cortar!!! ¡¡¡Nooo!!! ¡No quiero! ¡¡¡Nooo!!! ¡Me va abandonando! ¡No quiero que me abandone! ¡No quiero quedarme sola en la Tierra! ¡No! ¡No! ¡¡¡Nooo!!! ¡Quiero que me lleve con ellos! ¡No quiero estar! ¡No quiero! ¡¡¡Nooo!!!

T: Eso es, dejá salir todo eso.

AM: ¡No quiero que se vaya! ¡No quiero que se vaya! ¡¡¡Nooo!!! ¡Ya empiezo a sentir la soledad! ¡No quiero porque me va a invadir la soledad! —llorando desconsoladamente—. Ya viví mucho la soledad y no la quiero vivir más. ¡¡¡Nooo!!! ¡Porque me voy a encontrar con mi vacío!

T: Eso es, dejá salir todo eso.

AM: Los maestros me tienen que ayudar. No lo puedo soportar. ¡¡¡Nooo!!! ¡Nooo!!! ¡No me pueden separar! ¡No estoy preparada! ¡No quiero que se vaya! ¿Es que no me pueden entender los maestros? ¡No quiero que me separen! ¡Es algo que pierdo de mi galaxia y de mi vida! ¡No lo quiero perder! ¡Me tienen que explicar por qué! ¡Me van a tener que hacer entender por qué se tiene que ir! ¡No quiero quedarme sola acá! ¡Que me expliquen los Maestros porque yo no voy a dejarlo ir! Tengo miedo de que él se vaya. Tengo miedo de perder ese amor y no lo quiero perder. No quiero perder ese amor dentro de mí y que él me dio. ¡¡¡Nooo!!! ¡No lo voy a entender! ¡No quiero que se vaya, no voy a dejarlo ir! —llorando desconsoladamente todo el tiempo.

T: Eso es, dejá salir todo eso. Ahora, quiero que me escuches atentamente.

AM: ¡¡¡Nooo!!! ¡No te quiero escuchar nada! ¡No quiero escuchar nada! ¡No quiero dejarlo ir! ¡¡¡No quiero!!!

T: Sólo quiero decirte que esta es tu decisión y que yo no voy a interferir en tu libre albedrío. Ahora tenés que ser honesta contigo misma y comprender que el vacío y la soledad son sólo una ilusión, son parte de tus miedos y esto es parte de lo que vos tenés que resolver. (Mientras le hablo Ana María se va calmando lentamente.) Tenés que aprender a desarrollar en tu interior ese amor que aprendiste a sentir porque sólo crecerás cuando aprendas a sentir ese amor por vos misma. No necesitás de otra persona para que te llene de amor, de lo contrario siempre estarás en una relación de dependencia con el otro, venga de donde venga, ya sea de la Tierra o de otra galaxia. Éste es tu desafío, es el paso que te falta dar para crecer, para ser vos misma y cumplir con lo que viniste a hacer en esta vida. Es falso que si ese ser te deja te quedarás sin nada. Es falso que al irse ese ser te quedarás con el vacío y la soledad. En la reflexión encontrarás tu verdad y tomarás consciencia de que no estás correspondiendo con amor el amor que te han brindado. Este es el paso que te falta dar. El tiempo ha llegado.

AM: Me dice que ya es hora de irse y que todo lo que me dijiste es cierto. Tiene que dejarme para que yo sea yo, para que yo empiece a trabajar con ese amor. Dice que yo no tengo que estar pegada a él porque no es ni él ni ella, es energía. Me dice que después de todos estos años ya tengo el amor puesto hasta lo más profundo de mi ser y que me saque el egoísmo y empiece a ser yo misma. Dando amor recibirás, así me dice. Hoy era el momento de partir, ya estás preparada, me dice, has recibido todas las instrucciones, no hay errores, cosecharás tu siembra, ahora comenzarás a ser vos. Me dice que aunque se tenga que ir, el amor estará siempre ahí.

T: Eso es, muy bien, adelante.

AM: Siento que se está produciendo una expansión del universo y se está alejando lentamente, sin dolor, sin sufrimiento. Está dejando mi cuerpo, se está yendo... muy lejos. Siento como que ahora soy más yo. Siento como si estuviera pasando por un duelo, pero me siento íntegra dentro de mí. Siento que vivía con este ser de luz todo el tiempo y que esto no me permitía ser.

T: Eso es.

AM: Quiero sentir la voz de los Maestros, la voz de mi Maestro. Me van a hablar. Me dicen que esto que he hecho fue muy importante y muy valioso para mí. Que esto estaba preparado por ellos y que hoy era el momento en que tenía

que suceder, porque después vienen cosas más profundas. Es como que me dicen que me agarraron desprevenida porque de lo contrario yo hubiera tenido todo bajo control y no me lo hubiera permitido. Todo está bien, me dicen, sigue adelante que nosotros te guiaremos todo el tiempo.

T: Muy bien. Entonces, elegirás el color que necesites para traer armonía, paz a tu espíritu, serenidad a tus emociones y sosiego a tu vida.

AM: El color rosa.

T: Muy bien. Te envolverás en el color rosa como si un rayo de color rosa te rodeara y te envolviera completamente, absorbiendo profundamente el color rosa en todo tu ser, en cada uno de tus átomos, en cada una de tus partículas y, cuando vos lo decidas, abrirás los ojos y eso hará que regreses a tu conciencia física habitual, a este día miércoles, treinta y uno de mayo del año dos mil.

***

Como se habrán dado cuenta, a Ana María no le resultó nada fácil dejar partir a su ángel. Hubo momentos de mucho dolor para ella en esta experiencia y fue necesario que hiciera su duelo para que pudiera soltarlo. Sus miedos y el apego hacían que Ana María se aferrara con desesperación a esta energía, impidiéndole partir. Pero por más atractivo que parezca, por más luminoso que sea el ser que esté en nuestro campo vibratorio, aunque él no lo desee, está interfiriendo con nuestra voluntad, con nuestras decisiones y con nuestro crecimiento. Sólo podemos ser lo que realmente somos por nosotros mismos. Esto fue lo que comprendió Ana María muy a su pesar cuando se dio cuenta de que simplemente no podía ser ella misma. Observen también que el ángel no se manifestó en forma directa en ningún momento. Ana María fue ella misma todo el tiempo y tal parece que tenía una comunicación telepática con esta energía.

¿Qué pasó con Ana María después de la partida del ángel? Veamos lo que cuenta ella misma:

“Luego de la experiencia con el ángel sentí que tenía que tomar más consciencia de mi cuerpo y ser yo misma. Al principio fue muy difícil; fue como un duelo. Me costó mucho vivir sin el apoyo del ángel. Me preguntaba o le preguntaba a él: ¿cómo pudiste dejarme sola? A medida que fui tomando consciencia de todo el aprendizaje que el ángel me había dejado comencé a entender que yo lo podía hacer sola. Supe que el ángel me dejó sola para que yo aprendiera. Había terminado el aprendizaje con él. Debía ser yo misma.”

Un ángel esclavizado

Esta vez me encontraba en Barcelona, España, realizando las regresiones de terapeutización con los participantes del primer curso de formación de terapeutas en la península ibérica cuando le llegó el turno a María Ángeles. No habíamos conversado nada previamente y esta regresión era parte de los requisitos que los profesionales deben cumplir durante su entrenamiento en la técnica de la TVP. Observarán que primero se manifiesta un grupo de almas perdidas y a continuación lo hace un ser aparentemente oscuro.

Sábado 27 de octubre de 2001

Terapeuta: Muy bien, María Ángeles, ¿qué cosa necesitarías trabajar?

María Ángeles: He notado una perturbación, una agresión, en esta sala, durante el trabajo anterior. (Se refiere al trabajo de un compañero de curso.) Es una perturbación constante; por ejemplo, en este mismo momento oigo que alguien se pone el agua en el vaso y siento esa perturbación y no quiero irme así.

T: ¿Cómo es esta agresión que sientes?

MÁ: Es sutil, es como si las fuerzas invisibles se desataran y molestaran; ahora mismo siento cómo me empujan el plexo.

T: ¿Cómo es esa sensación?

MÁ: Es como una nube grande y se hace pequeña para entrar. Es una energía fría y oscura.

T: Muy bien; ahora voy a pedirte que le prestes tu voz a esta energía para que pueda manifestar todo lo que necesite decir. Contaré hasta tres y permitirás que

esta energía se manifieste por medio de tu voz. Uno, dos, tres. Adelante, ya has conseguido lo que querías, aprovecha esta oportunidad para contar lo que te ha pasado.

Alma perdida: Uy, uy, siento frío.

T: Eso es, ¿qué fue lo que te pasó?

AP: Nos atrapó el hielo, ¡qué fuerte es el hielo! Ha podido con nosotros. Éramos un pueblo con calor, pero vino el hielo, muy grande, como cuchillos de hielo. Nos cortó todo, nos cortó las palabras, no lo pudimos controlar. Cayó de arriba, como bloques de hielo, como cuchillos cortantes. Se nos helaron las almas, no podemos salir. (El verbo en presente nos indica que todavía están atrapados allí.) Nuestro pueblo no conocía el hielo. El hielo era blanco y azul y nosotros éramos rojo y naranja.

T: ¿Cuántos son ahí?

AP: Muchosss... es una civilización entera. El hielo era el otro elemento que no conocíamos, algo explotó de arriba...

T: ¿Y dónde está ese pueblo?

AP: Aquí abajo, en el hielo, lo tengo clavado...

T: Ahora fíjate, tu cuerpo, ¿está vivo o está muerto?

AP: No lo sé, siento el frío.

T: Muy bien, yo te voy a explicar algo. Lo que sucede es que todo esto pasó hace mucho tiempo y el hielo conservó el cuerpo y tu alma quedó atrapada allí. Es por eso que tienes frío. ¿Comprendes?

AP: Eso es.

T: Ese cuerpo está muerto y tú estás hablando ahora conmigo porque María Ángeles te ha prestado su voz para que tú pudieras expresarte. Ahora que sabemos lo que ha pasado, te vamos a ayudar. Vamos a llamar a la Luz para que puedas salir de allí, ¿sí?

AP: Sí.

T: Muy bien, ¿cuál es el Dios de tu pueblo?

AP: El sol, se llamaba Ra.

T: Muy bien, entonces vamos a pedirle a Ra que te venga a buscar con la barca solar, ¿sí? Pregúntale a tus compañeros si quieren salir de allí para ir a la Luz.

AP: Dicen que sí. ¿Cabremos todos en la barca solar?

T: Claro que sí. Ahora vamos a pedirle a Ra que os venga a buscar. "¡Oh! Sublime Ra, humildemente te imploramos para que acudas al rescate de tu pueblo. Sublime Ra, que tu rayo de luz dorada resplandezca nuevamente para rescatar a tus hijos". Eso es... ya está llegando el rayo de luz.

AP: Sí, está iluminado, pero no veo a las almas.

T: Llama a tus compañeros. Esos cuerpos congelados son como momias y las almas están atrapadas en esos cuerpos. Llámalos...

AP: Es como si no me entendieran. No se mueven.

T: Vamos a pedirle a Ra que con su luz dorada perfore el hielo para que podáis salir todos de allí.

AP: ¿Sabes qué? Creo que nos falta la energía femenina. (A mí, ni siquiera se me había ocurrido.)

T: Muy bien, entonces vamos a pedirle a Isis que venga en vuestra ayuda.

AP: Ahora sí; todos están contentos, te han oído todos. Están todos esperando. (¿Qué les parece? Hay que ser creativo todo el tiempo.)

T: Muy bien, ahí llega la barca de Ra que viene a buscarlos.

AP: Sí; debajo se quedó verde, ¡qué bonito! Saben que van a acercarse allá arriba con sus hermanos. Ahora ya no hay frío; otra vez está el sol. Nos estamos despidiendo de la Tierra. Les dejamos nuestro cuerpo para nutrir la tierra. ¡Qué luz tan bonita! Ya nos vamos...

T: Muy bien, eso es, adiós. Y... ¿Hay alguien más allí que quiera decir algo?

MÁ: Aquí hay una cosa oscura —volviendo a hablar como María Ángeles—, pero me parece que no es tan buena. No me gusta nada.

T: Muy bien, entonces vas a pedirle al Arcángel Miguel que te proteja en este trabajo para que ese ser pueda manifestarse. No importa quién sea, le vamos a escuchar. Uno, dos, tres. Adelante, ¿qué estás haciendo aquí? ¿Qué cosa te ha traído aquí?

AP: ¡Ja, ja, ja! —riéndose con un dejo irónico.

T: Eso es, adelante, cuéntame, ¿qué cosa te trajo aquí?

AP: ¡Qué ilusos sois todos vosotros! ¡Ja, ja! No sabéis nada. (Ahora aparece el verdadero causante de la perturbación que sentía María Ángeles.)

T: Bueno, cuéntame todo lo que tú sabes y que nosotros no sabemos.

AP: ¡Qué listo que eres! Quieres que te diga todo para saberlo.

T: Eso es; estamos aquí para aprender y quizás tú puedas enseñarnos algo. ¿Cómo eres?

AP: Yo soy oscuro y vosotros pensáis que la claridad cura, pero la verdad es que el que cura soy yo. Yo “os curo”, ¡ja, ja, ja! (En realidad el listo es él.) Además tengo un cuerpo majestuoso, tengo alas, varios brazos y os miro. Estáis ahí todos, pero no sé si os quiero curar.

T: ¿Y cómo curas? Dime cómo lo haces.

AP: Pues os quito la luz; voy al bosque y quito lo claro y lo vuelvo oscuro. Así os curo.

T: Sí, está muy claro.

AP: No, está oscuro. ¡Ja, ja! Me brillan los ojos y tengo una cresta muy grande.

T: Muy bien, te agradezco tu explicación que me viene muy bien. Y dime, ¿cuánto tiempo hace que estás así?

AP: Siempre.

T: ¿Y qué consigues con esto? ¿Acaso eres feliz?

AP: Pues no lo sé. Nunca lo he pensado.

T: ¿Y cómo eras antes de ser oscuro?

AP: Era claro y tenía alas y no tenía cuerpo.

T: ¿Y qué te pasó que eras claro y te volviste oscuro? Fíjate bien cómo eras antes y a quién servías cuando eras claro y tenías alas. ¿A quién curabas?

AP: No; acompañaba a los niños. Eso fue en otro momento, pero me volví oscuro.

T: ¿Y cómo fue que te volviste oscuro? ¿Qué fue lo que te pasó?

AP: Es un cuerpo como si fuera de dragón... no sé.

T: My bien; contaré hasta tres y vas a recordar que fue lo que te pasó, porque algo te pasó. En algún momento te confundiste o te confundieron o alguien te atrapó y tú perdiste tu concepción original. ¿Sabes? La Luz está dentro de ti, siempre ha estado allí aunque tú la hayas olvidado. Contaré hasta tres y recordarás lo que sucedió. Uno, dos, tres. Vete a ese momento, ¿qué está pasando?

AP: Un niño está a la orilla del río y yo le tengo que cuidar, pero hay otra cosa negra allí, en el río, y yo me distraigo... ¿por qué?

T: Sigue, ¿qué más?

AP: Esa cosa me distrae y el niño se cae al río y se ahoga y yo no he podido ayudarle. ¡No sé qué hacer! ¡Yo tenía que cuidar al niño y he fallado! —llorando —. ¡El niño se ha ahogado y yo tenía que cuidarlo! ¡Fue mi culpa! ¡No debí haberme distraído! ¿Ahora qué voy a hacer?

T: Sigue, ¿y entonces?

AP: Viene esa cosa negra y me dice: “Ya no te querrán más. Tendrás que venirte

conmigo porque fallaste y ahora no te dejarán entrar en la Luz. Ya no te querrán más. Pero sí puedes venir conmigo”. Y entonces me voy con esa cosa negra.

T: Muy bien; ahora yo te voy a ayudar. Lo que sucedió es que ese ser oscuro se aprovechó de ti y de tu angustia. Se aprovechó de tu sentimiento de culpa, pero la verdad es que él lo hizo a propósito para engañarte y que no volvieras a la Luz y así le sirvieras a él. La verdad es que él te ha engañado por envidia y te ha atrapado y te ha esclavizado para quedarse con tu poder...

AP: Y se quedó con mi luz.

T: Así es, pero ahora vas a recuperar tu luz. Vas a llamar al Arcángel Miguel para que te ayude a liberarte y le dirás así: “Arcángel Miguel, humildemente te pido que me ayudes a recuperar mi luz. Humildemente te pido que me prestes tu espada de luz para romper con esta esclavitud y poder recuperar mi luz”. Ahora toma la espada de San Miguel y romperás con los lazos que te sujetan a la oscuridad.

AP: Es una cosa negra que me envuelve completamente. No tengo que romper; lo que tengo que hacer es empujar y abrir esta cosa negra con la espada.

T: Muy bien, entonces, ¡vamos, empuja! El trabajo lo tienes que hacer tú.

AP: ¡Ahhh! ¡Ahhh! ¡Ahhh! —empuñando la espada y dando tajos en el aire.

T: Eso es, ¡libérate de todo eso y recupera tu poder! Y le vas a decir a ese ser que te devuelva la luz que te robó.

AP: ¡Devuélveme mi luz! ¡Ya no me engañas nunca más! ¡Ahhh! ¡Qué grande que soy!

T: Claro que sí y mira cuán luminoso que eres.

AP: ¿Puedo volver a la Luz?

T: Por supuesto que sí. Volverás junto con el Arcángel Miguel. Agradécele y pídele que te lleve de regreso a la Luz. Ya las nubes se corren para recibirte en la Luz.

AP: He tardado mucho en volver, pero parece que no hay tiempo. Allí está el

niño en la Luz.

T: Eso es.

AP: Estoy ya en la Luz y es como que no hay tiempo para preguntas. Es como si me devolvieran el pensamiento. No me había acordado de ellos. Gracias por ayudarme a recuperar mi luz.

T: Que Dios te bendiga. Y ahora, lentamente, María Ángeles, volverás a tu consciencia física como María Ángeles, y, al hacerlo, te dirás a ti misma "Yo soy yo, profundamente yo y en mi cuerpo mando yo".

María Ángeles: Yo soy yo, profundamente yo y en mi cuerpo mando yo.

***

¿Un ángel esclavizado? ¿Es posible? Primero tuvimos que aceptar que un ángel puede alojarse en el campo vibratorio de una persona, afectándola en su voluntad y en sus emociones. Ahora nos encontramos con que un ángel puede ser esclavizado para servir al propósito de la oscuridad. ¿Pero acaso las escrituras no nos hablan de los ángeles caídos? A esta altura ya nada debería sorprendernos. Todos los hombres santos han sufrido y han tenido que vencer la tentación. Es parte del crecimiento y de la evolución. En esta lucha de la dualidad las fuerzas de la oscuridad siempre han tratado de conquistar nuevos acólitos y en particular el triunfo y la satisfacción son mayores si pueden robarle un adepto a la Luz. En definitiva, se trata de conquistar la voluntad y el poder del otro.

Tal parece que algunos ángeles son algo inexpertos en la tarea de lidiar con los seres humanos. Ya sea por cumplir con la misión, por enamoramiento o por culpa, algunos de ellos quedan atrapados en las emociones humanas. La culpa sobre todo, ese gigante que atormenta el alma, nos vuelve vulnerables a la manipulación de terceros. De alguna manera la culpa nos esclaviza porque nos lleva a hacer cosas que de otra forma no haríamos. En el caso de este ángel esclavizado, la culpa, hábilmente explotada por el otro ser, fue su talón de Aquiles. Como en el caso del ejecutor que hostigaba a Marion, el trabajo aquí fue ayudar al ángel esclavizado a recuperar la consciencia de su esencia de luz.

Eso es todo. Logrado esto, el ser, quienquiera que sea, vuelve a la Luz sin lugar a dudas.

Curiosa también fue la primera parte del trabajo de María Ángeles. Cuando yo creí que todo se iba a solucionar con la figura de Ra, la entidad me sorprendió con el pedido de la energía femenina. Por suerte apareció Isis para venir en mi auxilio. En el trabajo terapéutico con las almas perdidas es necesario ser creativo todo el tiempo. La mayoría de las veces las plegarias usuales son de gran efectividad, pero en ocasiones hay que recurrir al ingenio, al conocimiento de otras culturas y, sobre todo, dejarse llevar por la intuición.

Veamos lo que cuenta María Ángeles un año después de su trabajo con el ángel esclavizado:

"Después de la experiencia en la que apareció un ángel oscuro he reflexionado mucho acerca de qué manera podría haber afectado mi vida esta presencia o este recuerdo. Comenzando por mi elección familiar en esta vida, he de hacer hincapié en que, a pesar de haber elegido como padres a personas procedentes de familias numerosas (ocho hermanos paternos y cinco maternos), la mayoría de los hermanos de mis padres no han tenido hijos y yo soy hija única. Esto me ha facilitado no tener relación con niños en mi entorno familiar. Yo siempre he tenido un gran rechazo al mundo de los niños, nunca acepté cuidar a ninguno e incluso me molestaban sus gritos y brusquedades en sus movimientos. Ahora comprendo que mi inconsciente podía relacionar estos movimientos y gritos con aquellos que puede realizar un niño cuando se está ahogando. Yo huía de todo eso sin tener un motivo que me pudiese explicar por qué lo hacía. Llegaba al extremo de coger las vacaciones en épocas en que los colegios no tenían vacaciones porque me gustaba ir a la playa y detestaba que los niños jugaran a mi alrededor. Cuando me molestaban con alguna pelota, el primer instinto me llevaba a pincharles la pelota para que no pudiesen seguir jugando. Odiaba a las madres porque no les hacían estar quietos y en silencio; era una gran tortura que no podía soportar. Al ir a un restaurante, siempre lo seleccionaba en función de que no hubiese niños.

Mi infancia ha sido solitaria y rodeada del mundo adulto. Siempre he tenido dificultades en la relación con los niños de mi edad, era una niña solitaria que se relacionaba con adultos o niños bastante más mayores que yo. Será por eso que

mi nombre en esta vida es María de los Ángeles. En cierta forma mi vida ha consistido en hacer el papel del Ángel de la Guarda en mi entorno adulto, haciéndome cargo de los problemas de los otros a costa de descuidar mis necesidades más primarias. Esto fue así hasta que empecé con el mundo de las terapias, regresiones y todo aquello que me acercaba a descubrir cuál era mi verdadero papel en esta vida. Desde luego que ahora tengo claro que no tengo que salvar a nadie como si yo fuese el ángel de la guarda. Hoy me veo como una persona que puede acompañar a sus semejantes en sus descubrimientos diarios, ayudándoles a regresar al punto en donde se quedó atrapada su energía y dándoles a ver la pauta para su liberación.

Ahora puedo relacionarme perfectamente con los niños, hasta el punto de que me encanta acercarme a ellos, me entusiasma observar sus movimientos, cogerles las manos, entenderlos y acompañarlos en su despertar a la vida.”

Un ángel travieso

La siguiente experiencia tuvo lugar en México, en Ahuatepec, durante el segundo módulo del curso de formación de terapeutas. Yo me encontraba terminando una regresión con uno de los profesionales asistentes cuando observé que Marion estaba llorando. Le pregunté qué le estaba pasando y entonces me contestó que desde hacía un buen rato escuchaba la voz de un ser invisible que le hablaba y le decía cosas al oído. Allí mismo le pedí que se recostara sobe la colchoneta y comenzamos a trabajar.

Miércoles 5 de febrero de 2003

Terapeuta: Muy bien, Marion, dime lo primero que te venga a la mente.

Marion: Tengo mucho miedo porque este ser dice que era él quien me decía qué hacer para curar a la gente y que no se puede ir porque entonces yo ya no voy a poder hacer lo que siempre he hecho. Me ha estado hablando todo el tiempo mientras tú trabajabas y me dijo muchas cosas que son entre terribles e iluminadoras y entendí muchas cosas. ¡No sé qué hacer con eso ahora! —llorando.

T: No hay ningún problema; vas a prestarle tu voz a este ser que ya está aquí. Él sabe que nosotros lo vamos a ayudar y que aquí encontrará la paz. Sólo voy a pedirte que le prestes tu voz y tus cuerdas vocales y que no interfieras. Contaré hasta tres y permitirás que este ser se manifieste libremente para que nos diga lo que nos quiera decir. Uno, dos, tres.

Alma perdida: A mí me mandaron a hacer mucho trabajo con esta familia —con tono firme y vehemente.

T: Adelante, te escucho.

AP: Pero nunca entendí cómo tenía que hacerlo. Me quedó claro que tenía que utilizar un alma muy fuerte y ésta era un alma que había hecho mucho karma, pero que estaba dispuesta a todo con tal de soltarlo todo. Y cuando Marion era muy chiquita y empezó a pagarlo... me aproveché.

T: ¿Cómo es que te aprovechaste?

AP: Porque en vez de hacer el trabajo yo, la puse a trabajar a ella desde chiquita. (¿Habrá estado confabulado con los ejecutores del sufrimiento?)

T: ¿Y qué le hacías hacer a Marion cuando ella era chiquita?

AP: Nunca la dejé jugar, nunca la dejé ser niña. Tenía que soportar a todos los miembros de su familia que han estado enfermos de poder.

T: ¿Y cuál era tu trabajo? ¿Cuál era el trabajo que tú tenías que hacer?

AP: Ahora ya no me queda claro, pero tenía que ver con la limpieza.

T: ¿Y quién te mandó a hacer este trabajo?

AP: La Luz, pero yo soy muy impaciente y me fui antes de que me dijeran exactamente qué era lo que tenía que hacer. Además, yo me quería divertir al mismo tiempo de hacer mi trabajo.

T: Y entonces, ¿qué hacías para divertirte?

AP: Pues la que se divertía era yo y el trabajo lo hacía Marion.

T: ¿Y tú cómo te llamas?

AP: Ya no me acuerdo —luego de un largo silencio.

T: ¿Y qué era lo que querías hacer ahora, hace un rato, cuando estabas allí y le estabas hablando a Marion?

AP: Pues, ya era divertido que me estuviera oyendo, porque siempre me he querido divertir, porque soy chiquito y los chiquitos se quieren divertir. Los niños se divierten, no quieren trabajar. (Comienza a manifestarse la verdadera naturaleza del ser.)

T: Pero la hacías trabajar a Marion.

AP: Sí, pero Marion sí quería trabajar. Se ha pasado la vida trabajando, ella lo escogió.

T: ¿Y ahora qué vas a hacer?

AP: Lo que pasa es que yo no soy de aquí.

T: Con confianza, dinos de dónde eres.

AP: Yo soy un ser de las Pléyades.

T: ¿Y no te gustaría volver a las Pléyades?

AP: Pues la verdad yo creo que ya es tiempo de volver, pero también me da miedo, porque ya me acostumbré aquí.

T: Me lo imagino; te acostumbraste a las emociones.

AP: Es muy divertido porque a mí no me afectan.

T: Bueno, vamos a poner un poco orden para que todo salga bien para todos. Yo te voy a ayudar a recordar qué era lo que te querían decir en la Luz cuando te fuiste corriendo. Me recuerdas a una amiga que era muy precipitada y, a veces, la precipitación trae algunos inconvenientes. Yo voy a contar hasta tres y vas a ir al momento en el que estabas en la Luz cuando te explican cuál era el trabajo que tenías que hacer. Y vas a recordar tu nombre también...

AP: ¡Ami! ¡Me llamo Ami! —interrumpiéndome.

T: Muy bien, Ami. Uno, dos, tres. ¿Qué te están diciendo en la Luz antes de irte?

Ami: Es un maestro, nos está dando una clase sobre los humanos en cómo hay que ayudarles y en cómo necesitan aprender muchas cosas que nosotros ya dominamos.

T: Muy bien, adelante.

A: Pero se me hizo muy divertido y yo me fui antes, ja, ja, ja —en un acceso de risa.

T: ¿Y qué te está diciendo el maestro antes de que te vayas?

A: Que tenía que aprender mis lecciones antes de irme, pero yo me fui, ja, ja, ja.

T: ¿Y qué se suponía que tenías que hacer en la Tierra? ¿Cuál era tu trabajo? ¿En qué tenías que ayudar?

A: Tenía que ayudar a algún humano a conectarse con su parte de luz, con su parte bella, con su parte de diversión, pero ahora me doy cuenta de que eso hizo que Marion se autoboicoteara constantemente. Me doy cuenta de que la regué. Ya me estoy sintiendo un poco mal porque eso normalmente no lo hacemos, pero ya me están ayudando; yo creo que ya es tiempo de volver.

T: Bueno, no va a pasar nada, ¿sabes? Todo fue un aprendizaje; en realidad, todo está planeado de antemano. Fue un aprendizaje para Marion...

A: Y para mí también —interrumpiéndome una vez más..

T: Por supuesto. La próxima vez recuerda escuchar las recomendaciones de tu maestro antes de irte, ¿sí? Así no habrá confusión.

A: Sí.

T: Muy bien, Ami. (Mientras le hablo le sobreviene un nuevo acceso de risa) Eso es, deja salir todo eso.

A: ¡Ja, ja, ja, ja, ja! Bueno, ya la exprimí.

T: ¿Quieres decirle algo a Marion antes de partir?

A: Mmm... tengo que darle las gracias porque aprendí mucho. Fue muy interesante ver todas las vidas por las que ella pasó. Fue como si viera muchas películas. Porque a mí no me afectó; yo lo vi como en una película y eso me divirtió. Creo que ahorita a Marion esto le va a servir mucho más que todo lo que ella había sacado antes. Entendí que se tenía que ir el viejo antes que yo porque él tenía que terminar de ayudarla. (Se refiere al abuelo de Marion, que se fue en una experiencia anterior.) Yo la sostuve, pero ya tomé mucha energía de Marion, ya tengo que usar la propia.

T: Muy bien, ya te vienen a buscar tus ángeles.

A: Me van a pegar una senda regañada, pero no importa. ¡Tengo que crecer! ¡Ja, ja, ja!

T: Bueno, te queremos mucho y te deseamos lo mejor para ti en esta nueva etapa que vas a comenzar. Vas a ser un gran maestro y un gran maestro también tiene que tener humor, tiene que ser divertido. Que Dios te bendiga.

A: Les dejo la alegría. Le recuerdan a Marion que le dejo la alegría. Que no se quede con el Agrimony*, que se quede con la alegría.

T: Muy bien, se lo vamos a decir. Ya viene la Luz a buscarte, ya está aquí. En el nombre de Dios, regresa a tu hogar. Todo estará bien.

A: Gracias, hay muchos compañeros —susurrando—. Espero que los puedan sentir. ¡Ahhh!"

T: Eso es.

Marion: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —volviendo a ser Marion— ¡Tengo miedo de que se vaya! ¡Ahhh! —llorando—. ¡Ahhh! Me da como miedo, me queda como el miedo de antes de tener a mis niñas, pero las tuve. ¡Ahhh!

T: El te dejó su alegría.

M: ¡Veré cómo utilizarla! ¡Ahhh! Esos niñitos eran divinos, todos esos niñitos que se lo llevaron a Ami eran muy lindos. Son como angelitos y varios de ellos se quedaron aquí. Hay muchos angelitos que están especializados para ayudarlos a varios de ustedes, no sé a quiénes, pero se están quedando con muchos de ustedes —llorando—. ¡Ah! Ya no los voy a poder ver, ya no, ya no me toca verlos.

T: Muy bien, vas a elegir un color para guardar la alegría que te dejó Ami. (Marion sigue llorando.) Eso es, tienes que soltar eso porque cada uno tiene que hacer su evolución.

M: Está bien —serenándose—, es el color rosa.

T: Envuélvete en el color rosa completamente y llenarás todo tu ser con el color rosa. Allí, donde estaba la energía de Ami, vas a instalar el color rosa. Y recuerda lo que dijo Ami, basta de Agrimony. Aprovecha esta alegría para sanar

a tu niño interior. Dale la oportunidad de jugar a tu niño interior. Lentamente, abrirás los ojos y regresarás aquí, a tu consciencia física como Marion, en este día miércoles cinco de febrero del año dos mil tres, sintiéndote bien, tranquila, calma, serena y divertida.

M: ¡Uau! —abriendo los ojos—. Este es el primer tratamiento no doloroso que me das.

Si había un ángel oscuro también tenía que haber un ángel travieso o divertido. ¿Por qué no? Aunque, a decir verdad, el resultado del accionar de Ami sobre Marion fue bastante similar al de los ejecutores del sufrimiento. Ya sea por diversión o por castigo el efecto sobre Marion fue el mismo. En este sentido el comportamiento de Ami era casi como el de un obsesor. Bien podría haberlo catalogado así. Sin embargo me pareció sincero en sus dichos, aunque no hay forma de certificar que era un ser de las Pléyades. Aquí simplemente reproduzco su discurso.

Debido a sus acciones pasadas y a su sentimiento de culpa, Marion estaba programada para soportar el sufrimiento. Esto es algo que aprovecharon tanto los hostigadores como Ami, aunque éste sólo buscaba divertirse. Sin embargo, cuando vemos el resultado final de todo esto comprobamos que, de alguna manera, Marion cumplió con su trabajo de reparación y de limpieza de su karma. Al fin y al cabo el accionar de los hostigadores y de Ami sirvió a un propósito común. No puedo dejar de preguntarme entonces, ¿estaría todo esto preparado de antemano? Tanto Ami como los hostigadores, ¿habrán sido a su vez instrumentos de una voluntad superior o simplemente obedecieron a los mandatos inconscientes de Marion?

La pauta de comportamiento de Ami suele observarse también con duendes y gnomos. ¡Sí! También puede haber duendes y gnomos molestando a una persona, aunque sólo lo he visto muy pocas veces. Estos seres sólo buscan divertirse, pero suelen ser muy pesados en sus travesuras; sobre todo con las mujeres.

Les cuento que el final del trabajo de Marion con Ami fue sencillamente maravilloso. Había una energía muy especial. Todos los presentes la sentimos; algunos lloraban de emoción. Marion pudo ver que varios niñitos vinieron a

buscar a Ami. ¿Quién sabe? Después de todo tal vez Ami fuese realmente un ángel inexperto y travieso.

Seis meses más tarde, al finalizar su entrenamiento en TVP, Marion sacaba sus conclusiones sobre su experiencia con Ami. Su comentario también es muy esclarecedor:

“Al irse Ami me quedó una alegría que yo nunca supe que podía experimentar. Se lo agradezco, pero la verdad es que no era yo. No lo entiendo ni quiero explicarlo; esto es algo que los humanos no podemos entender. Era positivo, pero no era yo. Alcanzaba a ser alegre, pero sin compasión. La compasión no era una cualidad de Ami. En definitiva se comportaba como un obsesor. Ahora soy yo. Me da la impresión de que Ami estuvo conmigo para que yo no muriera de tristeza. No lo extraño porque la alegría está en mí, pero ahora es mía. Es todo lo que siente un niño porque yo nunca fui niña.”

***

En este capítulo hemos asistido a varias experiencias donde las entidades que se manifestaron eran ángeles o decían haber sido enviadas por la Luz para cumplir con una misión. Ahora bien, ¿son realmente ángeles? ¿Son lo que llamamos ángeles? No podemos asegurarlo; la única evidencia que tenemos es su manifestación. Pero suponiendo que fuesen ángeles, ¿es posible que un ángel pueda perderse? ¿Qué es un ángel o qué entendemos por ángel? No soy un especialista en ángeles y, por otro lado, hoy existe una extensa bibliografía en esta materia que puede ser consultada. Pero veamos lo que dice Maimónides sobre los ángeles:

“Ángel quiere decir mensajero, de donde se llama así a todo aquél a quien se le confía una misión. Hasta los movimientos de los brutos son atribuidos a veces a la acción de un ángel cuando sirven al designio del Creador que los dotó con el poder de ejecutar aquel movimiento: ‘Dios envió Su ángel y cerró la boca de los

leones para que no me dañaran’ (Dan. VI, 23).”

“Llámanse también ángeles a los elementos, a un mensajero enviado por un hombre como cuando se dice ‘y Jacob envió ángeles’ (Gen. XXXII, 4); a un Profeta ‘y Él envió su ángel y nos sacó de Egipto’ (Num. XX, 16); a las ideas que perciben los profetas en sus visiones y a los poderes anímicos del hombre.”

Las entidades que se manifestaron en todos estos casos se ajustan a la definición dada por Maimónides, ya que todos ellos tenían, en principio, una misión a cumplir, incluyendo el ángel oscuro. También dice Maimónides:

“Llámase al ángel ‘la llama de la espada que se revuelve en todos sentidos’ a causa de que la forma de los ángeles cambia, pues unas veces se aparecen como varones y otras como hembras; ya como espíritus, ya como ángeles.”

El ángel que acompañaba a Raúl se presentó ante sus ojos con el aspecto de una muchacha, aunque al manifestarse dijo claramente que no era ni mujer ni varón. Lo extraordinario aquí es que Raúl sintió perfectamente el contacto físico con este ser como si fuese de carne y hueso. El otro hecho sobresaliente en la historia de Raúl es que la muchacha que él vio había fallecido seis meses antes. Esto podría tener muchas derivaciones que dejaré en manos de ustedes. ¿Es posible que un ser humano se convierta en un ángel o en un enviado de la Luz? ¿O realmente era un ángel encarnado en el cuerpo de una mujer y murió joven justamente porque tenía que seguir su trabajo en la dimensión espiritual? Y si así fuera, ¿será éste el destino de las almas que parten a edad temprana?

Aristóteles sostenía que había seres puramente espirituales llamados Inteligencias que no residían en cuerpos u objetos corporales y que derivaban su existencia de Dios. Las Escrituras enseñan que Dios ha creado a los ángeles como seres puramente espirituales desde un principio. Por el contrario, Allan Kardec tiene una visión diferente:

“Los ángeles son las almas de los hombres que han alcanzado el grado de perfección concedida a la criatura y gozan de la plenitud de la felicidad prometida. Desde la eternidad ha habido ángeles o puros espíritus, pero su existencia humana se pierde en lo infinito del pasado y es para nosotros como si siempre hubiesen sido ángeles.”

La historia de Raúl y la inexperiencia del ángel oscuro y de Ami hablan a favor de la idea de Kardec. A mí se me ocurre que debe de haber seres creados puramente espirituales, tal como lo enseñan las Escrituras, pero que nosotros humanos, como seres divinos que somos, también tenemos la posibilidad de alcanzar el reino angélico en nuestra evolución.

Yo no puedo asegurar ni hay forma de verificar que las entidades que se presentaron aquí fuesen verdaderamente ángeles. Pero sus dichos, su accionar y la forma como se retiraron de este plano encajan con el concepto de lo que podría ser un ángel perdido. Así y todo, debemos evitar caer en la fascinación y no olvidar que se trata de energías que son ajenas al campo vibratorio de una persona e inevitablemente influyen en la vida de ésta. La presencia de una energía extraña, no importa cuál sea su origen o su intención, definitivamente constituye una anomalía, ya que interfiere con la voluntad de la persona afectada y estos ángeles perdidos no son una excepción. Esta fue la conclusión a la que llegó Marion respecto de Ami; era muy divertido, pero en definitiva se comportaba como un obsesor. Es necesario que esto quede bien claro, porque es muy fuerte la tentación de querer atrapar a un ángel o a un guía espiritual. Justamente, una de las mayores dificultades que puede presentarse para que una entidad de esta naturaleza deje a una persona proviene de la negativa del propio interesado.

La fascinación y el temor a la soledad o al desamparo pueden llevar a algunas personas a aferrarse con obstinación a su supuesto ángel, impidiéndole o retrasando su partida. Recuerden que un ser de luz no necesita penetrar en el campo vibratorio de una persona para guiarla o asistirla en su camino. Aunque la entidad tan sólo se haya adherido al campo energético de una persona, ya está tomando energía de esa persona y está interfiriendo con su vida, con su voluntad y con su libre albedrío. Así lo experimenté yo mismo con la entidad que me

acompañaba. Por mucho que quisiera guiarme, sus emociones se mezclaban con las mías y yo no podía evitar sentir esa angustia inexplicable.

Aunque no podamos afirmar categóricamente que las entidades que se manifestaron aquí eran verdaderos ángeles, identificar a estos seres en particular como ángeles perdidos ayuda al terapeuta y al paciente en el trabajo a realizar. Al fin y al cabo, ya sea a través de las leyendas o del cine, la figura del ángel perdido ya es un arquetipo universal.

*Agrimony: Esencia floral de Bach que caracteriza a la persona que no se muestra tal como es. Esconde sus sentimientos por temor al rechazo. (N. del A.)

Capítulo IX

Dos compañeros de curso

Durante el dictado del segundo curso de formación en TVP en España, varios participantes del curso tuvieron experiencias con almas perdidas. De estos trabajos terapéuticos he seleccionado dos en particular que ofrecen alternativas que son muy instructivas y diferentes de lo que hemos visto hasta aquí. Como siempre, presten atención a los dichos de las almas perdidas, porque ellas son quienes nos enseñan todo lo que necesitamos saber. Simplemente hay que saber escucharlas.

Loli

Loli (46) es terapeuta reflexóloga, pero además tiene un don muy particular. Suele hablar con las personas que han perdido a sus seres queridos para tranquilizarlas y, al mismo tiempo, ayudar a las almas de los que han partido. Su trabajo es muy especial; luego del sepelio, Loli dirige una meditación con la familia reunida para que cada uno pueda decirle al difunto lo que necesita y pueda despedirse en paz.

Luego de la clase sobre almas perdidas, yo les enseñé a los alumnos la plegaria del Kádish en hebreo. Esta plegaria es muy importante en la tradición judía, porque ayuda al alma del difunto a conectarse con la Luz. Mientras todo el grupo recitaba el Kádish en voz alta, Loli comenzó a agitarse y a sentir grandes palpitaciones. En ese momento recordó a una muchacha que trabajaba en el supermercado de su familia. Un día, Loli vio cómo esta mujer se internaba en el mar con intenciones de suicidarse. Loli reaccionó rápidamente y sacó a la muchacha del mar. Ya fuera del agua, Loli se dio cuenta de que la muchacha estaba fuera de sí. La cacheteó para hacerla reaccionar al tiempo que le decía: esta no eres tú. Tomando esta sensación de Loli surgida durante la plegaria del Kádish, fue como comenzamos su trabajo.

Domingo 5 de octubre de 2003

Terapeuta: Muy bien, Loli, ¿qué es lo que has estado sintiendo?

Loli: Cuando has leído la plegaria en hebreo sentí una gran palpitación en mi corazón. He tenido la sensación de que algo quería salir de dentro de mí. (La sensación clásica que indica la presencia de una energía ajena al campo vibratorio de la persona.)

T: ¿Y cómo es esta sensación de que hay algo que quiere salir?

L: Es algo que me aprieta aquí, en el pecho, y que me ahoga un poco. Está aquí cerca del corazón y me presiona. A veces es como si desapareciera y después vuelve.

T: ¿Y en qué otro momento has sentido esta sensación?

L: Cuando estuve en la India y metí los pies dentro del agua del Ganges. Sentí ese ahogo y como si alguien me dijese que era una falta de respeto lo que yo estaba haciendo ahí, una visita turística.

T: Ahora contaré hasta tres y le prestarás tu voz y tus cuerdas vocales a lo que sea que esté allí contigo y le darás permiso para que pueda expresarse y dialogar conmigo. Permanece en forma pasiva sin interferir con tu mente, como si estuvieras observando. Uno, dos, tres. Adelante, ¿qué estás haciendo aquí con Loli?

Alma perdida: Estoy muy bien, ella me quiere. Soy un chico joven.

T: ¿Cuándo llegaste a Loli?

AP: Hace muchos años.

T: ¿Cómo fue que llegaste a Loli?

AP: Cambié de cuerpo.

T: ¿Cómo es eso que cambiaste de cuerpo? ¿Con quién estabas antes?

AP: Con mi prima.

T: ¿Y qué te decidió a cambiarte de tu prima a Loli?

AP: La veía más fuerte a Loli.

T: ¿Y cómo fue que la conociste a Loli? ¿Cómo fue que la encontraste?

AP: Mi prima corría peligro y Loli le pegó.

T: ¿Fue cuando tu prima se metió en el agua?

AP: Sí, yo no quería hacerle daño a mi prima.

T: Cuéntame lo que sucedió allí.

AP: Mi prima no me entendía cuando yo le hablaba. Yo le quería decir que me ayudara, pero ella entendía que yo quería que viniese conmigo.

T: ¿Y cómo es tu nombre?

AP: Rafael.

T: Muy bien, Rafael. ¿Qué fue lo que le pasó a tu cuerpo?

Rafael: Tuve un accidente de moto. Yo conducía y llevaba a otro chico detrás de mí y choqué contra un camión.

T: ¿Y qué le pasó a tu cuerpo?

R: Quedó deshecho, pegado a un camión.

T: Y entonces, ¿qué hiciste?

R: Me quedé un tiempo en el camión. Después vi mi entierro; vi cómo lloraban todos. Me divertía.

T: ¿Cómo es que te divertías?

R: Verlos cómo lloraban; yo estaba muy bien. Fui probando a ver quién me gustaba más. Primero me puse en mi madre, pero su dolor me dolía, me afectaba. No podía soportar el dolor que sentía ella. Después me acerqué un poco a mi padre, pero no pude entrar.

T: ¿Qué pasó que no pudiste entrar en tu padre?

R: Mi padre no se creía lo que había pasado y estaba bien; mi hermana tampoco. Entonces sentí como si yo fuese una aguja y entonces pude clavarme y me clavé en mi prima. Ahí me sentí a gusto. (Siempre se aprende algo nuevo; esta técnica no la conocía.)

T: ¿Cómo hiciste para clavarte en tu prima? Cuéntame.

R: Tenía la sensación de que yo era un aguja muy fina y que me podía poner en ella y me puse al lado de su cuello y ahí sentí que estaba a gusto. Cada vez sentía

que esa aguja se hacía más ancha y yo estaba bien. Y empecé a sentir cosas en mi prima que me gustaban.

T: ¿Qué cosas sentías en tu prima que te gustaban?

R: Su cuerpo, ella tiene un cuerpo bonito.

T: ¿Y qué hacías?

R: Lo recorría y me gustaba.

T: ¿Y qué más te gustaba de tu prima?

R: Empecé a hacerle cambiar un poco su manera de ser.

T: ¿Cómo lo hacías?

R: Hacía que se le insinuara a los chicos, a disfrutar; me gustaba.

T: Y dime una cosa, ¿qué era lo que necesitabas de tu prima? ¿En qué querías que te ayudara?

R: Eso, a disfrutar. Yo no quería morirme tan joven; quería disfrutar de la vida. (Este es uno de los motivos más comunes por los cuales un alma se queda en el plano físico.)

T: ¿Y qué le decías a tu prima?

R: Le decía que se viniese conmigo, pero yo no quería destruirla. Yo quería decir a la discoteca, a ir en moto, me gustaba la velocidad. Yo quería decirle eso, que viniese conmigo, que saliese por las noches.

T: ¿Y ella te escuchaba?

R: Sí, pero no me entendía. Ella creía que yo quería que se muriese, pero yo no quería que ella se muriese.

T: Y entonces, ¿qué pasó?

R: Un día se metió en el agua y entonces Loli le pegó y ahí me metí en Loli.

T: ¿Cómo hiciste para pasarte de tu prima a Loli?

R: Salté; Loli tenía mucha fuerza pegándole a mi prima y, en un momento, vi que Loli puso una mano en la cabeza de mi prima, al lado del oído. Vi que Loli tenía un agujero en uno de sus dedos y por ahí me metí. (Seguimos aprendiendo.) Pero ahora quiero marcharme.

T: Entonces, yo voy a pedirle a Dios para que te envíe a sus ángeles protectores y un rayo de luz para que puedas volver a casa, porque la Luz es nuestro verdadero hogar. Allí tendrás un cuerpo luminoso y, si tú lo deseas, Dios te dará la oportunidad de volver a nacer en un nuevo cuerpo y esta vez lo cuidarás mejor. ¿No es cierto?

R: Sí.

T: Quédate tranquilo que nadie te va a regañar. Ya es hora de volver a la Luz. "Humildemente, Señor, te rogamos en tu infinita misericordia que abras las puertas de tu reino para que el alma de Rafael pueda volver al seno de tu hogar. Señor, te pedimos que envíes tu rayo de luz y a tus ángeles protectores para que vengan a buscarlo. Abre las puertas de tu reino para recibir a tu hijo Rafael". Quiero que veas atentamente porque ya está el rayo de luz y vienen los ángeles a buscarte. ¿Puedes verlos?

R: Sí.

T: Muy bien. Sólo tienes que tomarte de las alas de los ángeles y ellos te llevarán al mundo de la Luz donde serás recibido con amor. Antes de irte, ¿quieres decirle algo a Loli?

R: Gracias, Loli, salvaste la vida de mi prima. Gracias a ti por tu ayuda. Una última cosa...

T: ¿Sííí?

R: Quiero pedirle a Loli que le dé un abrazo a mi padre, él está muy triste. Quiero decirle que viva la vida un poco mejor. Él no tiene la culpa; él no me dejó ir aquel día, yo me fui sin su permiso.

T: Muy bien, Loli se lo dirá. Ahora anda hacia la Luz, un nuevo destino te espera. Que Dios te bendiga.

R: Gracias. ¡Espera, espera, espera! Loli, dile a mi prima que a partir de ahora su hija pequeña no se encontrará tan mal. Adiós...

T: Adiós. Muy bien, ¿hay alguien más allí que quiera aprovechar este momento? Las puertas del cielo están abiertas. No importa quien sea estamos aquí para ayudar.

Alma perdida II: Yo también me quiero marchar —susurrando.

T: Muy bien, ¿quién eres tú?

AP: Me llamo Jaume —cambiando el timbre de voz.

T: Muy bien, Jaume. ¿Qué estás haciendo aquí con Loli?

Jaume: Yo vengo de vez en cuando. A Loli le gustan mucho los croissants de chocolate y a mí también me gustaban mucho. Loli ayuda a mi madre y, cuando quiero decirle algo a mi madre, me pongo en Loli.

T: ¿Y cómo te pones en Loli, cómo lo haces?

J: Entro por la espalda (otra variante para entrar), le doy golpecitos debajo del omóplato y ella intuye que tiene que llamar a mi madre y decirle palabras de cariño. Con eso ya tengo bastante y me marcho.

T: Y a ti, ¿qué te pasó, Jaume?

J: Me quité la vida...

T: ¿Cómo fue que te quitaste la vida?

J: Nadie me entendía, había mucha gente conmigo. Nadie podía ayudarme y me llevaron a un psiquiatra; quería encerrarme. Me dieron muchas pastillas y con las pastillas estaba peor. Las voces no paraban de hablar conmigo.

T: ¿Qué te decían las voces?

J: Era como si me estuvieran acribillando constantemente, dándome lecciones de matemáticas, de física, de astrología. Me daban muchas lecciones de todo y no paraban. Mi cabeza no podía absorberlo todo. Entonces hacía submarinismo,

debajo del agua estaba bien, estaba en paz. Y, cuando salía del agua, mi madre me daba dos croissants de chocolate. Y después, cuando me encontraba solo, todo volvía otra vez. Las voces no paraban, no paraban...

T: Y entonces, ¿qué hiciste? ¿Cómo te quitaste la vida?

J: Me tiré por la ventana de mi casa.

T: ¿Y qué pasó cuando te tiraste?

J: No solucioné nada. Las voces se reían, decían que me había equivocado, que eso no era lo que querían. Que había ido demasiado de prisa, que sólo tenía que tener un poco más de paciencia y hubiese llegado al poder. Entonces me asusté y me quedé en el rincón.

T: ¿En qué rincón te quedaste?

J: En el rincón de la pared y allí oía todo, pero me parece que no me podían ver y, aunque seguía oyendo a las voces, me acostumbré a ellas. Entonces apareció Loli. Yo oía cómo hablaba con mi madre. Loli le decía a mi madre que tenía que seguir la Luz y que no se preocupara porque yo estaba bien. Yo la escuchaba y me fue muy bien porque empecé a no tener miedo.

T: Muy bien, y ahora, ¿te gustaría ir a la Luz?

J: Sí.

T: ¿Quisieras decirle algo a Loli antes de irte?

J: Ja, ja, ja, ja, ja. —riéndose a pierna suelta—. Que las señales que le di, ja, ja, ja, ja, ja... Me divertí mucho con el teléfono, ja, ja, ja, ja, ja —desternillándose de risa.

T: ¿Qué hacías con el teléfono?

J: Tarareaba una canción sin que sonase el teléfono (el móvil), ¡ja, ja, ja, ja, ja! Entonces ella giraba el coche y se iba a casa de mi madre, ja, ja, ja, ja, ja... Bueno, anem per feina (en catalán vamos a trabajar).

T: Muy bien, ¿hay algo más que quieras decirle a Loli?

J: Que sea más tolerante con su hijo —ahora con tono serio.

T: Entonces voy a pedirle a Dios que te envíe a sus ángeles. Nadie te va a regañar, nadie te va a decir nada. Todo estará bien y tendrás una nueva oportunidad. "Humildemente, Señor, te pedimos ahora que recibas a tu hijo Jaume. Te pedimos que abras las puertas de tu reino para que Jaume pueda volver a casa. Envía tu rayo de luz y a tus ángeles protectores para que vengan a buscar a Jaume y lo lleven de regreso a la Luz. Señor, en tu infinito amor te rogamos que nos concedas esta gracia". Presta atención que ya está el rayo de luz y ya vienen a buscarte. Los ángeles te llevarán de regreso al mundo de la Luz donde tendrás la oportunidad de volver a nacer y comenzar una nueva vida.

J: Ya lo he hecho antes. He nacido con el hijo de mi hermana, pero estaba enfermo. (¡Sorpresa!)

T: Todo eso ya pertenece al pasado. Ya te has ganado el derecho y la oportunidad de hacer una vida plena, digna y feliz.

J: No lo sé... ¿y si me preguntan qué hice todo este tiempo?

T: Diles la verdad.

J: No he hecho nada, he estado llorando, sufriendo mucho, pero también he hecho sufrir a mi madre, mucho.

T: Pídele perdón a tu mamá por haberla hecho sufrir. Díselo al alma de tu mamá, ella te entenderá. Dile que estabas agobiado por esas voces, que los médicos no te entendían, que no sabían ayudarte y que tú no sabías qué hacer. Díselo.

J: ¡Tú em volies tancar! (¡Tú querías encerrarme!) —enojado—. ¡Estoy enfadado con ella! No le puedo pedir perdón porque no me escuchó. Si me hubiera escuchado... pero ella no tiene la culpa, pobre.

T: Así es, muy pocas personas lo pueden entender y hay muchas almas como tú que están sufriendo a causa de eso. Todo se va a arreglar, fue una prueba para ti y también para tu madre, aunque no sabemos cuál. Pero tu mamá sufrió mucho; no hay peor dolor para una madre que perder a su hijo.

J: Pero ella se recrea en ese dolor, le gusta. A veces estoy bien, me siento

flotando y a gusto; ya no oigo las voces. Mi madre tiene una cosa que me molesta mucho, ¡mucho!

T: ¿Qué cosa tiene que te molesta?

J: ¡Tiene mi traje de buceo! No quería dárselo a nadie.

T: ¿Y que te gustaría que tu madre hiciera con tu traje de buceo?

J: ¡Que se lo dé a alguien! Y que vaya a bucear, que lo aproveche. Tiene todo igual que antes, la habitación, todo está igual. Y todo eso ahí me hace muy mal. Cada vez que le quita el polvo empieza a hablar conmigo y me dice que me quiere mucho, que para ella es como si no estuviera muerto... ¡Estoy muy enfadado!

T: Entonces, ¿qué necesitarías que tu mamá hiciera para que te quedes tranquilo y te puedas ir a la Luz?

J: ¡Ahhh! Que se olvide de mí para siempre, estoy harto de oírla.

T: Loli se lo dirá.

J: ¡Ja! ¿La escuchará?

T: Bueno, hasta ahora siempre la ha escuchado a Loli.

J: No, hace ver como que la escucha, le gusta que esté con ella, pero Loli hace tiempo que no la llama. Se ha hartado de que le diga cosas que a ella no le interesan.

T: ¿Hay algo en particular que tú sabes que haría que tu madre la escuchara? ¿Algo que sólo tú sepas?

J: Hummm, no lo sé. Detrás de la chimenea... dejé una cosa que ahora está llena de hollín. Es una cadena que le escondí a mi madre porque estaba harto. Cada vez que ella cogía la cadena, me llamaba. Entonces la escondí detrás de la chimenea.

T: ¿Y qué quieres que haga con esa cadena?

J: Que la tire.

T: Yo te entiendo; tú necesitas la paz y la tranquilidad para terminar con todo esto y poder desprenderte del plano de la tierra y ascender a la Luz.

J: No sabes lo que es. ¡Ahhh! Cuando nació mi sobrino mi madre comenzó a decir que era yo. Sí, era yo y tuve que ser yo. Cada vez que lo abrazaba decía que me abrazaba a mí. Y como estaba enfermo, porque nació con los pies mal...

T: ¿Y qué fue lo que te hizo volver como tu sobrino?

J: Pues, mi hermana. Ella se sentía muy culpable, creía que no me sabía proteger. Yo escribía poesías y ella las escuchaba siempre. Cuando dijeron de encerrarme, mi hermana no quería. Ella siempre quería ayudarme y entonces quise como compensarla un poco, pero me salió mal, el niño salió mal.

T: Y si supieras, ¿a qué se debe que salió mal el niño?

J: Bueno, yo diría que yo quería sufrir, pero a veces soy yo y a veces no soy yo. A veces siento que soy el niño y a veces siento que no lo soy. Cuando nací, sí que lo era, pero ahora no.

T: Bueno, Jaume, ya puedes terminar con este sufrimiento. Sea lo que haya sido ya has pasado por esta prueba y tendrás una nueva oportunidad. Esta vez todo va a salir bien. Ahora tienes que irte a la Luz; no sé si te fuiste a la Luz cuando volviste a nacer.

J: ¿Sabes? Sí que me fui a la Luz. Vino a buscarme la Virgen de Montserrat después de estar sufriendo durante mucho tiempo. Yo rezaba siempre, era muy devoto de la Virgen de Montserrat. Ella vino a buscarme y me llevó a la Luz. Allí se estaba muy bien, pero después tuve que volver enseguida.

T: ¿Qué cosa te hizo volver enseguida?

J: Ellos... me dijeron que tenía que acabar una cosa que había dejado a medias.

T: ¿Y qué era lo que habías dejado a medias?

J: Mi vida. Yo no quería, no quería... y tuve que nacer en el hijo de mi hermana y tenía que sufrir y el niño iba a pasarlo mal. Y tenía que aprender a querer a mi

madre —llorando—. Yo no quería, había conseguido liberarme de todo. Se estaba tan bien... y yo estaba muy cansado. Mi madre no era mi madre.

T: Ahora puedes volver a la Luz definitivamente. ¿Quieres que le pida a la Virgen?

J: Sí.

T: "Humildemente, Divina Madre, a ti te pedimos...

J: Madre, no. Virgen de Montserrat.

T: ... a ti, Virgen de Montserrat, te pedimos que vengas a buscar a Jaume. Humildemente te pedimos que vengas a buscarlo y que lo recibas en tus brazos. Llévalo de regreso a la Luz. Virgen de Montserrat, te imploramos la gracia de que vengas a buscar a tu hijo Jaume". ¿Quieres decir algo?

J: Sólo una cosa. No te enfades con Loli, porque ayer y hoy le dije que tú eras un extraterrestre. (Las cosas de las que uno se entera...)

T: No hay problema; dile que fue una broma, ¿vale?

J: Vale. De todas formas, cuando tu hijo te estire la oreja, vete con cuidado porque te podrías convertir en un extraterrestre.

T: Está todo bien, ahora vete hacia la Luz y que Dios te bendiga.

J: Y a ti también, lo necesitas.

T: Gracias. Muy bien, ¿hay alguien más allí que quiera aprovechar, que quiera hablar?

Alma perdida III: Acabo de llegar ahora mismo —tras una pausa—, me ha llamado Loli, dice que quiere ayudarme.

T: ¿Y tú quién eres?

AP: Su suegro, Calau.

T: Muy bien, Calau, ¿en qué te podemos ayudar?

Calau: Yo no quiero que me ayudéis, no sé, que lo diga ella.

T: ¿Y qué te pasó a ti, Calau?

C: Hummm, me morí. ¡Lo que me costó entender que me iba a morir! Tenía un cáncer de pulmón, pero yo luchaba para salir de eso y Loli, la muy testaruda, se quedó mientras yo luchaba cuando me venían a buscar. Yo no quise irme y no me fui. Yo estoy donde quiero estar y ella siempre está diciendo que quiere ayudarme. Yo no quiero marcharme.

T: Muy bien, Calau, cuéntame qué está pasando que no te quieres ir.

C: Porque son todos unos inútiles; mi hijo es un inútil, los trabajadores no sirven para nada, no hacen nada bien, tengo que estar vigilando siempre.

T: Y entonces, ¿qué haces?

C: Pues todos los días voy a trabajar; estoy ahí vigilando la tienda y que las cosas vayan bien. De vez en cuando le pego algún golpe a alguien.

T: ¿Y cómo lo haces?

C: Hummm, mira, a veces me cuesta, pero me pongo en la espalda, empujo fuerte y la persona dice "¡ay!" y ya no hace lo que estaba haciendo. Es que son inútiles, ¿eh? Todos tienen su horario, su día de fiesta —en tono malhumorado—. Cuando yo era joven trabajábamos desde las seis de la mañana hasta las doce de la noche sin decir nada ¡y ahora todos se quejan! Y mi hijo no sabe mandar; la única que sabía era Loli, pero ella se marcha y encima dice que me quiere ayudar. ¡Es una hipócrita!

T: Bueno, Loli te quiere ayudar para que vayas a la Luz.

C: Sí, pero yo no quiero ir a la Luz; yo lo que quiero es que continúen las cosas. Conque el supermercado funcione yo tengo suficiente, pero desde que Loli no está ¡todo funciona mal! Y encima, con mi mujer...

T: ¿Qué pasa con tu mujer?

C: La única que la cuida es Loli y no quiere hacerle masajes y le da la excusa de que sufre del corazón, ¡como si sufrir del corazón le impidiera hacerle masajes!

No quiere ayudarla, hace ver que la ayuda, pero es una hipócrita.

T: ¿Y qué estás haciendo aquí con Loli, entonces?

C: Es que es ella la que me ha llamado, yo estaba bien en casa.

T: ¿Y cómo hizo Loli para llamarte?

C: Dijo, "mira, tienes una oportunidad de ir a la Luz", si no, ¡qué voy a venir!

T: Bueno, ahora ya estás acá y, fíjate una cosa, cuando vas al supermercado, ¿te hacen caso?

C: No, nadie me escucha.

T: ¿Y sabes por qué nadie te escucha?

C: Sí, porque no hacen caso a los dueños, a mi suegra tam... —se interrumpe de golpe— ¡Ay, ay, ay, ay! ¡Vaya! ¡A mi suegra tampoco la escuchaban! ¿A mi suegra no la escuchaban? ¿Qué quiere decir eso?

T: Eso es, ¿qué quiere decir?

C: ¡Joder!!! —con tono de asombro—. Té collons la cosa (Tiene cojones la cosa). ¡Uhhh! ¡Mi suegra!

T: ¿Qué pasa con tu suegra?

C: Mi suegra se murió hace mucho tiempo y a ella no la escuchaba nadie en la familia y no la escuchan porque está muerta, claro.

T: Y lo mismo pasa contigo.

C: Ya sé que estoy muerto, pero estoy vivo porque yo hago todo igual que antes.

T: Claro que estás vivo, con la diferencia de que no tienes el cuerpo. El alma no muere nunca, pero las personas que están en los cuerpos no pueden ver el alma, no te pueden ver y no te pueden escuchar. Es por eso que no te hacen caso, ¿comprendes? Cuando el cuerpo se muere, se terminó esa vida y el alma queda libre para volver a la Luz e iniciar una nueva experiencia. Todos hacemos eso, todos nacemos, nos morimos y, cuando nos morimos, el alma regresa a la Luz.

C: ¿Y tú cómo sabes eso?

T: Porque yo ya he pasado por todo eso.

C: ¿Y estás aquí?

T: Estoy aquí una vez más. Estoy ayudando a que las almas como tú puedan regresar a la Luz. Éste es mi trabajo, ¿sabes? Mi trabajo es ayudar a las almas que se han perdido, que han extraviado el camino de regreso a la Luz. Tú sabes que te has muerto, pero hay muchas almas que ni siquiera saben que se han muerto y, entonces, siguen haciendo las mismas cosas de antes y no entienden lo que pasa porque nadie los escucha y no tienen con quién conversar. Tú ahora estás conversando conmigo porque Loli te ha prestado su voz para que tú puedas conversar conmigo.

C: Pero yo estoy bien así. Incluso fumo y todo.

T: ¿Cómo fumas?

C: Me pongo en el cuerpo de los clientes y disfruto un momento del cigarro y estoy bien.

T: Sí, pero ocurre que cuando te pones en el cuerpo de una persona, le provocas alteraciones porque la persona siente cosas que no son de ella. Por otro lado, estás retrasando tu camino porque la verdad es que tú tienes que ir a la Luz. Ése es tu verdadero hogar ahora.

C: Yo no puedo marcharme ahora.

T: ¿Qué te impide marcharte ahora?

C: Tengo que esperar a mi mujer.

T: Ya te vas a encontrar con tu mujer.

C: Pero ella se perderá. Yo no estoy muy seguro, pero si ella va conmigo al menos yo la puedo ayudar.

T: Tu mujer no se va a perder. Cuando entres en la Luz tu poder se acrecentará y, cuando llegue el momento en que tu mujer tenga que partir, le pedirás a Dios

que te acompañe para ir a buscarla.

C: Dios no existe, yo no creo en eso.

T: Pero sí existe la Luz.

C: ¡Qué Luz ni qué ocho cuartos! Si existiera algo, ¿te crees que yo me habría muerto de un cáncer de pulmón? Toda la vida haciendo el bien a la gente, trabajando como un negro y me muero de un cáncer de pulmón.

T: Bueno, ¿quieres que veamos por qué te moriste de un cáncer de pulmón?

C: No, no hace falta.

T: Bueno, tienes que saber que nada es porque sí.

C: Siempre esperando la jubilación para disfrutar de la vida y, cuando me jubilo, me muero.

T: ¿Fumabas?

C: Claro, tres paquetes al día, pero mi padre fumó toda la vida y no se murió de un cáncer de pulmón.

T: Bueno, pero tú sabes que el cigarro favorece el cáncer de pulmón y la verdad es que tú no cuidaste tu cuerpo. Y tal vez haya algo ahí que no sea de esta vida. Tal vez haya una razón de otra vida por la cual tuviste el cáncer de pulmón.

C: ¡Uf! Bueno, me voy porque esta Loli no sé lo que se piensa, pero ella sabe que yo no creo en nada de todo esto. Así que... adeu, i bon vent i barca nova (adiós, y buen viento y barca nueva).

T: No importa que no creas en nada de todo esto. Todos venimos de la Luz, lo que pasa es que ya te olvidaste de cuando vivías en la Luz...

C: Ja, m’estas atavalant, tío (Ya, me estás molestando, tío).

T: Bueno, los aborígenes saben que existe el Gran Espíritu y tal vez el Gran Espíritu podría ayudarte aquí y ahora. Yo voy a pedirle al Gran Espíritu por ti y no importa que creas o no creas.

C: ¡No! Antes de que se lo pidas al Gran Espíritu prefiero que se lo pidas a Dios.

T: Entonces se lo pedimos a Dios. "Humildemente, Señor, te pedimos por Calau. Imploramos tu misericordia para que abras las puertas de tu reino y le brindes esta oportunidad a Calau. Muéstrale que también hay un lugar para él en la Luz. Envía tu rayo de luz y a tus ángeles protectores para que vengan a buscarlo. Tal vez podrías enviar a su madre para venir a buscarlo". (Al momento de mencionar a su madre, Calau comienza a llorar.) Tu mamá te quería, ¿no vas a abrazarte con tu mamá?

C: Sí —llorando.

T: ¿Qué te dice tu mamá?

C: Que hace mucho tiempo que me estaba esperando, sí —continúa llorando.

T: Y hay una oportunidad para ti, hay una vida diferente y mejor. Vas a encontrarte con el amor y todo estará bien para ti. Abrázate con tu mamá y los ángeles te acompañarán. Encontrarás un mundo de amor y de luz donde todo estará bien. Anda con tu mamá.

C: Sí.

T: Que Dios te bendiga. Y ahora, Loli, lentamente, vas a regresar a tu conciencia física habitual y te repetirás a ti misma: Yo soy Loli, yo soy yo, profundamente yo y en mi cuerpo mando yo.

Loli: Yo soy Loli, yo soy yo, profundamente yo y en mi cuerpo mando yo.

***

Rafael tenía consciencia de que su cuerpo se había muerto. Se quedó por una cuestión lógica: era demasiado joven para morir y quería disfrutar de la vida. Por su relato nos enteramos que pudo elegir con quién quedarse y aprendimos de su técnica para invadir a su prima. También nos revela que Loli tenía una debilidad en su campo vibratorio, lo que le permitió pasarse a ella desde su prima.

Atención con este detalle, porque esto le puede suceder a un terapeuta. El alma perdida puede pasarse del paciente al terapeuta con mucha facilidad.

Jaume es un ejemplo del drama que suelen vivir aquellas personas que escuchan voces y que no son comprendidas ni por sus familiares ni por quienes debieran ayudarlos. Tanto las voces como las visiones suelen ser fácil y convenientemente etiquetadas como alucinaciones, sin comprender la realidad viviente de una dimensión que no podemos ver. “Porque yo no veo lo que usted ve, usted está loco. Porque yo no oigo lo que usted oye, usted está loco”. Tal pareciera ser la conclusión no verbal de algunos profesionales cuando se enfrentan a lo desconocido.

Con Jaume también aprendemos de qué manera las actitudes de los vivos a veces perturban en lugar de ayudar a los que han partido. Jaume estaba realmente enfadado con su mamá porque ésta no lo dejaba en paz. Por el contrario, le hicieron muy bien las charlas de Loli con su mamá (la de Jaume). Fue así como aprendió de la existencia de la Luz y dejó de tener miedo.

No quedó claro qué pasó con el sobrino de Jaume, pero dejaré esto para después, porque Loli tiene algo que decir al respecto.

Por su parte, Calau es un vivo ejemplo de otras de las motivaciones para quedarse entre los vivos: continuar con su tarea y seguir controlando el negocio de la familia. Tanto Calau como Rafael se sirven de los golpes en la espalda para ejercer su influencia sobre las personas, lo que demuestra, una vez más, que las almas perdidas pueden provocar efectos físicos en los seres vivos. Asimismo, Calau nos explica de qué manera continuaba disfrutando del cigarro. Ya nos contará Loli qué pasó después con Calau.

¿Qué cosa facilitó en Loli la presencia de estas almas perdidas? Loli cuenta que cuando tenía treinta años la operaron de una hernia inguinal. Durante la operación sufrió un paro cardíaco. Es casi seguro que, en ese momento, Loli se haya salido de su cuerpo. Como consecuencia de esto es probable que quedara una debilidad en su aura de protección. De alguna manera, Rafael lo confirma cuando dijo que Loli tenía un agujero en uno de sus dedos y que por allí se metió él. Es posible que esa fuese la debilidad que atrayera o facilitara la entrada de estas almas perdidas en Loli.

Cuando nos volvimos a encontrar con Loli en ocasión de la culminación de su

entrenamiento en TVP, me contó sus vivencias posteriores al trabajo.

“Después del trabajo que hicimos me sentí muy liberada y sigo así, siento como si fuera yo misma. Respecto a Calau, mi suegra notó en seguida que él ya no estaba en la casa. Cuando yo volví del segundo módulo del curso de TVP, mi suegra, que no sabía de qué se trataba el curso, me preguntó qué le había hecho yo a Calau. Yo no comenté nada y, durante un mes y medio, mi suegra estuvo muy enfadada conmigo y casi no me hablaba. Finalmente le expliqué lo que había pasado en el curso y entonces mi suegra me dijo que llamaría a Calau para que volviera. Ahora Calau está de nuevo en su casa y mi suegra se siente bien. Desde entonces a mí me pasa algo curioso; en la entrada de la casa de mi suegra hay una fotografía de Calau. Cuando entro en su casa siento que tengo que girar el cuello hacia la fotografía y saludarlo, cosa que no me ocurría durante ese mes y medio que mi suegra no me hablaba. Esto comenzó a sucederme después de que mi suegra llamó a su esposo.

Con Jaume me llamaron al año de su muerte porque su mamá estaba muy mal. Ahí me enteré de la existencia de Jaume. Un día, yo iba en el coche para mi casa cuando comenzó a sonar el timbre del móvil, pero en lugar de sonar el timbre comenzó a sonar el tarareo de una canción. Entonces tuve la sensación de que tenía que volver a Girona, ya que había salido de allí e ir a ver a la mamá de Jaume. Cuando llegué le toqué el timbre y, al verme, la señora me dijo: Loli, estaba pensando en ti. Entonces pensé que había sido ella la que me había hecho ir. Le tarareé la canción que había escuchado en el móvil y entonces ella me dijo: Esto lo hacía siempre Jaume cuando trasteaba en el ordenador. Es que hoy estoy muy mal porque ha nacido mi nieto y tiene los pies muy mal. Tú, que tocas los pies, dime qué puntos del pie le puedo tocar. Ese día la mujer me regaló un ángel de plata porque decía que yo había sido como un ángel para ella. Fue como una despedida, su hijo volvió a estar vivo y ya no me necesitaba. No la volví a ver hasta después del curso. Resultó que, mientras yo estaba en el curso, la madre de Jaume tuvo la sensación de que tenía que regalar el traje de buceo, y en la chimenea hay una fotografía en la que él está desnudo de la cintura para arriba y lleva la medalla que describió, pero su madre dice que la medalla la tiene ella guardada. En cuanto al sobrino de Jaume, el niño realmente nació con problemas; no le funcionaban bien los intestinos y algo le pasaba en los pies, aunque no me lo explicaron bien. El niño fue operado varias veces y ahora está bien. La madre de Jaume afirmaba que ese niño era su hijo y la hermana de

Jaume, madre del niño, también lo decía. Ambas mujeres sentían que el niño miraba y sonreía igual que Jaume. Los gestos del niño les hacía pensar mucho en Jaume. Yo no les conté nada de lo que pasó en el curso, pero ahora ya no insisten con que el niño es Jaume y la mamá se siente mucho más tranquila. Por mi parte, seis meses después del curso todavía no he tenido oportunidad de ver al niño que por cierto está vivo. Después del trabajo en el curso también desaparecieron los sonidos en mi móvil. Ya no escucho el tarareo. Salía una música que no tenía nada que ver con el timbre del móvil."

Es una incógnita lo que realmente sucedió con Jaume. Por su relato pareciera ser que volvió como su sobrino, pero Loli comprobó que el niño estaba vivo. Es posible que Jaume se pegara a su sobrino durante un tiempo y viviera la experiencia como propia. En un momento, Jaume dice: a veces siento que soy el niño y a veces siento que no lo soy. Sinceramente, no sé cómo explicarlo. Durante el trabajo con Loli mi preocupación no era satisfacer mi curiosidad sino ayudar a Jaume a regresar a la Luz. Lo concreto es que, después del trabajo de Loli, tanto la mamá como la hermana de Jaume ya no insistían con que el niño fuese él. Sea como fuese, Jaume definitivamente regresó a la Luz.

Orfeo

Orfeo (42) es profesor de yoga, osteópata y psicoterapeuta. Junto con su mujer dirige un centro en el que trabajan con distintas técnicas vinculadas con el crecimiento personal. Orfeo participaba, al igual que Loli, del segundo curso de formación en España cuando, en una de las sesiones de práctica, mientras Orfeo trabajaba como paciente, se manifestaron a través de él varias entidades a la vez. La situación fue muy difícil de conducir para el terapeuta de turno, quien recién se iniciaba en su trabajo con las almas perdidas. El Dr. Juan José López Martínez, quien estaba supervisando el trabajo, tomó entonces la conducción de la sesión y llevó a Orfeo a romper un pacto con la oscuridad que éste había realizado en una vida anterior. La sesión concluyó luego de romper el pacto con Orfeo muy agotado como para seguir adelante.

Luego de esta sesión Orfeo se quedó con una extraña sensación: se sentía fragmentado. No era para menos, de pronto había hecho consciente la presencia de varias voluntades a la vez en su conciencia y estaba realmente desorientado. Al mismo tiempo, comenzaba a intuir el origen de las dificultades que tenía para desarrollarse en el campo espiritual. A la mañana siguiente la sensación de fragmentación persistía en Orfeo. Bastaba mirarlo a los ojos para darse cuenta de que no estaba completamente presente en el aquí y ahora. De modo entonces que comenzamos a trabajar a partir de esta sensación de fragmentación. Presten mucha atención porque aquí van a manifestarse varias entidades, una tras otra y habrá momentos en que no se sabe quién es quién.

Martes 7 de octubre de 2003

Terapeuta: Muy bien, Orfeo, ¿cómo es esta sensación de fragmentación?

Orfeo: Me cuesta explicarlo ahora. Es una sensación de disminución de la fuerza de voluntad, es seguir un discurso que no me pertenece —hablando

con la voz entrecortada y con dificultad—. Hay una sensación de un cabreo inmenso, brutal. Hay alguien que está muy enfadado, alguien y algunos más, pero hay uno que tiene más fuerza que los otros. Lo que necesito, y hasta aquí hablo yo, es simplificar la experiencia. No puedo con todos a la vez, sólo puedo con uno.

T: Muy bien, entonces vas a pedirle ayuda al Arcángel Miguel para que te asista y te acompañe en esta experiencia.

O: Arcángel Miguel, te pido que me asistas y me acompañes para hacer este trabajo.

T: Ahora te pido que tengas confianza. No importa lo que sea, todo saldrá bien. No interfieras con el trabajo, no luches, no gastes tu energía. Contaré hasta tres y, al llegar a tres, permitirás que esta energía o quien quiera que sea que esté cabreado pueda manifestarse libremente. Yo lo voy a escuchar. Uno, dos, tres. Adelante, ahora puedes manifestarte libremente, yo no soy quién para juzgar ni para criticar.

Alma perdida: ¡Pffff! —resoplando—. Eso es lo que dices, pero me tienes que demostrar que es verdad que no me vas a juzgar.

T: ¿Acaso alguna vez he juzgado a alguien?

AP: A mí me importa una mierda lo que hayas dicho aquí o antes de aquí.

T: Yo sólo sé que cada uno tiene su dolor y estoy aquí para ayudar a sanar ese dolor. Cada uno tiene algo de qué arrepentirse o de qué avergonzarse de modo que no estoy aquí para juzgar. Cuéntame qué pasó contigo.

AP: ¡Soy negro!

T: Me imagino que debes de haber sufrido mucho por la condición de tu piel.

AP: No es por la piel —susurrando—. Son plumas negras, negras como las del cuervo, pero sucias.

T: ¿Qué pasa que estás enojado? ¿Hay algo que Orfeo te haya hecho?

AP: Orfeo es un desgraciado —resoplando.

T: ¿Y qué haces tú con este pobre hombre?

AP: Yo, agonizo. Después de ayer, agonizo. (Se refiere a la sesión en la que se manifestaron varias entidades a la vez. A pesar del malestar de Orfeo el trabajo realizado surtió efecto.)

T: ¿Y qué pasó ayer?

AP: Sólo sé que después de ayer, agonizo. Mejor morir que seguir aguantando.

T: ¿Dónde estás cuando estás agonizando? ¿Qué le pasó a tu cuerpo?

AP: No sé, estoy muy confundido. No sé si tengo cuerpo, si no tengo cuerpo, si tuve cuerpo alguna vez —jadeando como si le faltara el aire.

T: Yo te voy a ayudar porque estas sensaciones de agonía pertenecen al cuerpo que tenías antes de estar aquí. ¿Recuerdas tu nombre?

AP: Sólo me viene... Beatriz.

T: Muy bien, Beatriz. Voy a contar hasta tres e irás al momento cuando todavía estabas en tu cuerpo y veremos qué le pasó al cuerpo que tenías. Uno, dos, tres. Fíjate, ¿qué le está pasando a tu cuerpo?

Beatriz: (Primero comienza a toser y luego llora al mismo tiempo que se ahoga.)

T: Eso es, deja salir el dolor. Cuéntame qué está pasando. ¿Qué le pasó a tu cuerpo?

B: Tengo pena —llorando todavía—. Tengo pena de una separación.

T: ¿Y de quién te separas?

B: De unos niños. Un tío me ahoga y me tira al río.

T: ¿Y quién es el tío que te ahoga?

B: Un hombre.

T: ¿Y qué cosa lleva a este hombre a hacerte esto?

B: Poder, deseo sexual, desprecio. No tiene valor divino, sólo su animalidad, su sexualidad.

T: Ahora fíjate que al morir ese cuerpo ya no hay necesidad de quedarse allí. Hay una luz que te está esperando y te vienen a buscar para aliviar tu pena y tu dolor.

B: No me vengas con gilipolleces.

T: Fíjate bien; ese cuerpo está muerto, ahogado ahí, en el río y ahora estás hablando conmigo porque te han prestado este cuerpo para que puedas hacerlo. Tú eres más que el cuerpo. Tú no morirás nunca y vas a volver a encontrarte con esos niños.

B: Pues qué pena no morir. No puedo soportarlo; no puedo soportar el odio, la tristeza, la rabia, no puedo vivir así. Voy a tener que vivir eternamente así, es una condena —con desesperación—. ¡Es una condena! No me lo puedo sacar.

T: Entonces le vas a decir a ese hombre lo que no le pudiste decir en ese momento. Tienes que sacarte eso de ti, tienes que decirle lo que no pudiste decirle. Deja salir la rabia.

B: (Comienza a llorar desconsoladamente mientras el cuerpo de Orfeo se sacude en espasmos.)

T: Eso es. ¿Cuánto hace que no recibes una caricia, una muestra de amor? Yo voy a apoyar mi mano sobre tu pecho para que sientas el calor y el amor. (Apoyo mi mano sobre el pecho de Orfeo y, Beatriz — Orfeo, sujeta mi mano con las suyas comenzando a serenarse.) Yo voy a pedirle a Dios para que la Virgen María venga a envolverte en su manto. "Humildemente, Señor, te pedimos que hagas llegar tu infinito amor y tu luz a Beatriz. Apiádate de su dolor y envía a tu dulce Madre para que venga a recogerla. Dulce Madre, en tu infinito amor te pedimos que vengas a recoger el alma de Beatriz". Aquí vienen a buscarte. El amor sanará tus heridas y tus penas y volverás a encontrarte con tus niños. Sólo tienes que entrar en la Luz y encontrarás la paz y el sosiego que necesitas para sanar tus heridas.

Alma perdida II: Estoy atrapado, estamos atrapados todos... —cambiando el tono de voz.

T: Muy bien, ¿quién está hablando ahora? ¿Quién eres?

AP: No sé, no sé quién soy.

T: ¿Cuántos más hay contigo?

AP: Unos cuantos.

T: ¿Y dónde están atrapados?

AP: Es una malla oscura, llena de cadáveres, todos calcinados. Estamos donde están los indeseables, los caídos, los despreciables, los impuros, los impresentables.

T: No tienen por qué estar ahí, es un error estar ahí. Alguien los convenció de estar ahí, alguien los engañó y los atraparon. Voy a contar hasta tres y recordarás cómo fue que los atraparon. Uno, dos, tres. ¿Cómo fue que los atraparon? ¿Quién lo hizo?

AP: No me deja hablar.

T: ¿Quién no te deja hablar?

AP: Uno; me dice “cabrón, no digas nada”. (Es frecuente encontrar a una entidad dominando al resto.)

T: No tengas miedo, ahora puedes hablar. ¿Cómo fue que los atraparon?

AP: La ingenuidad.

T: ¿Qué cosa los atrajo?

AP: La distinción, los elegidos, la energía, el poder, el dinero, el control sobre los demás. La especialidad, ser especiales.

T: ¿Qué les prometieron?

AP: Todo eso.

T: ¿Y qué es lo que ustedes dieron a cambio?

AP: Atracción, energía, dinero, trabajo, disciplina.

T: Muy bien, ahora pueden liberarse de todo eso. No importa que los hayan atrapado, que los hayan engañado. Ya pasaron por esa prueba. Tú y quienes están contigo...

AP: Pero tú no sabes quién es ese.

T: ¿Quieres decirme quién es ese?

AP: ¡Damon!

T: No importa quién sea. Todos ustedes son hijos de la Luz, sólo que les han robado su luz. Fíjate en tu interior y encontrarás esa pequeña chispa, en algún lugar todavía está esa pequeña chispa.

AP: ¡Aquí! —tocándose el pecho.

T: Eso es. Tú y todos los que están contigo son hijos de la Luz.

AP: Son mis amigos y están todos allí, todos, todos —con tono de desesperación.

T: Sí, y se van a liberar, se van a ir a la Luz, ahora mismo. Sólo tienes que pedirle ayuda a la Luz. Pide perdón a la Luz por haberte dejado atrapar, por haberte dejado engañar, por haber creído que había cosas más importantes.

AP: Es que no aprendo, no aprendo. Siempre caigo en lo mismo, siempre repito la misma historia, siempre vendo mi alma al diablo —llorando.

T: Esta vez vas a terminar con esta historia, esta vez volverás a la Luz. Pídele perdón a la Luz. "Pedimos perdón por haber sido ingenuos, por habernos dejado atrapar".

AP: Te pido perdón en mi nombre y en el de todos mis compañeros por haber sido ingenuos, por habernos dejado atrapar. Ayúdanos a cortar con todo esto. Hace siglos que venimos haciendo lo mismo —llorando—. Miles de años haciendo lo mismo, equivocando el camino, siempre equivocando el camino. ¡Qué infelices!

T: "Arcángel Miguel, ven a liberarnos".

AP: Pero él no me va a querer —llorando desconsoladamente.

T: Yo le voy a pedir al Arcángel Miguel por ti. "Arcángel Miguel, humildemente te pido que vengas a ayudar a estos seres que se han perdido en la Oscuridad. Te lo pedimos en el nombre de Dios para que puedan recuperar su condición de hijos de la Luz". Ahí viene el Arcángel. Vas a tomar la espada de San Miguel y te vas a liberar a ti y liberarás a tus compañeros.

AP: No tengo fuerzas —llorando todavía.

T: Yo te voy a ayudar. Vas a decir conmigo "Arcángel Miguel, préstame tu espada para liberarnos". Vamos que puedes. Yo voy a sostener tu brazo, toma la espada. Vamos que puedes hacerlo. Repite conmigo. "En el nombre de Dios...

AP: En el nombre de Dios... —balbuceando apenas las palabras.

T: ...y por el poder del Arcángel Miguel...

AP: ...y por el poder del Arcángel Miguel...

T: ...yo me libero y recupero mi energía...

AP: ...yo me libero y recupero mi energía... —continúa llorando.

T: ...recupero mi libertad y recupero mi luz".

AP: ... recupero mi libertad y recupero mi luz —ahora con voz más firme.

T: Eso es, repite otra vez.

AP: En el nombre de Dios y por el poder que me otorga el Arcángel San Miguel recupero mi energía y recupero mi luz y libero a mis compañeros, a mi mujer y a mis hijos.

T: Eso es, muy bien. Otra vez, más fuerte.

AP: En el nombre de Dios y con la espada de San Miguel recupero mi luz y corto con toda esta mierda y me libero a mí mismo, a mis compañeros, a mi mujer y a mis dos hijos. (Aquí sospeché que el que estaba hablando ahora era

Orfeo; sin embargo opté por seguir adelante para no interrumpir el trabajo.)

T: Eso es, ahora rompe las cadenas con la espada. Vamos, cuento hasta tres y vas a romper las cadenas que te atan con la espada de San Miguel. Uno, dos, tres. ¡Ahora! ¡Vamos! ¡Rompe con eso! ¡Vamos!

AP: ¡Ah! ¡Ah! —llorando y balbuceando—. ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay!

T: Vamos que puedes, vamos que llega la Luz, vamos que entra la Luz.

AP: ¡No puedo! ¡No puedo! Me siento impotente.

T: Sí que puedes, vamos que yo te ayudo. A la una, ahí vamos (tengo que sostener su brazo porque apenas lo puede levantar), a las dos.... y a las... ¡tres!

AP: ¡Ahhh! (Finalmente hace el gesto de cortar con la espada y se queda jadeando y tosiendo algunos minutos.)

T: Ahora tienes que exigir que te devuelvan tu energía.

AP: ¡Ay! ¡Dile que se espere! ¡Dile que se espere! ¡No sé nada! —jadeando y con desesperación.

T: Tranquilo, yo estoy a tu lado. Dime quién está ahí.

AP: Es un punto, un punto de luz en la oscuridad. La luz que separa lo que es bueno de lo que es malo —sigue llorando—. ¡Que no entre nada, yo no sé nada!

T: Sólo tienes que pedir la Luz. El Arcángel Miguel está aquí y te va a ayudar

AP: ¡Yo quiero la Luz! Quiero la Luz —calmándose poco a poco.

T: Eso es, todo va a estar bien. Abre los ojos a la Luz y reclama tu energía. A esos que te engañaron, que te atraparon, que te sedujeron, les vas a decir "Quiero mi energía ahora, quiero que me devuelvan la energía que me robaron".

AP: Quiero mi voluntad... quiero el control de mi cuerpo... —con la voz entrecortada—. No quiero sufrir más... los siglos... no me vais a atrapar nunca más... no me voy a confundir más... no me voy a dejar seducir nunca más... ¡No

tengo criterio para nada! —vuelve a llorar.

T: Es parte del aprendizaje. Aprenderás de tus errores, sabes que esto no ha sido bueno.

AP: ¿Y tú, cómo sé que eres bueno? Que no me engañas, otro más que me engaña.

T: Fíjate qué gano yo con esto, yo no gano nada.

AP: ¡Yo qué sé qué ganas tú! ¡Yo qué sé! Tú dices que estás de parte de la Luz y a mí qué pollas me importa si eres de la Luz ni nada y yo estoy separado de esto y no sé dónde estoy ni qué gilipollas hago aquí ni para qué he venido aquí —continúa llorando—. ¡Estoy hasta los huevos de todo esto! Sí, tranquilo, tranquilo tú. (La desesperación es tanta que por momentos su discurso es ininteligible.)

T: ¿Quién está hablando ahora? ¿Quién eres tú? (Ahora sí, era el momento de aclarar las cosas.)

AP: Yo soy Orfeo, ¡coño! Uno más en la niebla.

T: Y dime una cosa, ¿estás bien en esa niebla, estás bien en esa oscuridad?

Orfeo: ¡No estoy bien en ningún lado! ¡No estamos bien ninguno! —llorando y jadeando.

T: Muy bien, ahora quiero que me escuches atentamente...

O: Pues claro, a todos les escucho atentamente.

T: Estás aquí para integrarte y para integrar tu energía. Yo no voy a tomar nada de ti.

O: Sí, eso es lo que me dicen todos. Cada uno vende lo suyo.

T: Eso es parte de tu aprendizaje; aprender a discernir y a no dejarte atrapar porque eres fácilmente seducido por la vanidad y por tus debilidades. Si confiaras en ti mismo y tuvieras consciencia de tu esencia no te pasaría esto. Tú eres un hijo de la Luz...

O: Eso sí es verdad, pero estoy lleno de mierda y la Luz me olvidó.

T: No, la Luz no te olvidó. Tú te olvidaste de la Luz, tú te separaste de la Luz. La Luz está siempre y puedes verla ahora.

O: ¡No! No la veo, no la veo. No sé qué coño, o yo no la quiero ver o alguien no la quiere ver. No la veo, está ahí y yo estoy separado de ella y así estoy siempre, perdido como una mierda.

T: La Luz te va a recibir.

O: Sí, eso espero, coño, que algún día me reciba o que algún día yo sea capaz de hacer lo que tenga que hacer para verme con ella porque yo no puedo estar tan huérfano. Estoy huérfano, huérfano —llorando.

T: Es tu vergüenza lo que te aleja de la Luz. Dile a la Luz: "sí, realmente me equivoqué, me llené de porquería, me llené de mierda."

O: Pues, sí. Me equivoqué y me llené de mierda y de porquería...

T: Pero ahora me quiero limpiar.

O: Pero, ¿quién se quiere limpiar de todos los que hay ahí? Si somos un montón... ¿Quién es el uno y quiénes son los otros? (Vean qué dilema, ¿cómo hacer para no caer en la locura?) No sé, no sé, no sé. Qué sé yo, porque todos somos uno o estamos mezclados, todos... —atragantándose con el llanto—. Ahora veo el cuerpo que no tiene nombre, no sé, no sé. La cosa más sólida que hay es este cuerpo que no sé quién anima este cuerpo, cuántos son los que están en este cuerpo. No sé.

T: Esa es la consecuencia de haber permitido que otros entraran en tu cuerpo, de haberte fragmentado. Ahora vas a aprender a cuidar tu cuerpo, porque el cuerpo es el templo de tu alma.

O: ¿Y yo quién soy de todos estos? ¿Quién?

T: Ahora lo vas a saber, ¿eres uno más o eres Orfeo? ¿Eres uno de los otros o eres Orfeo?

O: Orfeo es la última mierda de todos, el último de la fila, el último de...

T: Muy bien y ¿quién está hablando ahora?

O: Empieza con ese.

T: ¿Quién es ése?

O: Ese, la vocal y la letra “ese”.

T: ¿Y quién es ése cuyo nombre empieza con ese.

O: Sixto.

T: Muy bien, Sixto. Ya sabes todo lo que está pasando, ¿estás dispuesto a ir hacia la Luz? ¿Permitirías que te ayude a regresar a la Luz?

Sixto: Claro, pero vas a tener mucho trabajo, tío, porque esto está muy liado para ir a la Luz. Hay que pasar mucho, mucho.

T: No hay que pasar nada, todo es muy fácil. Una vez que te decidas es sólo un instante. No es tan difícil como parece, para eso estoy acá, para ayudarte a ti y a todos los que están allí. Para que se haga la luz, para que cada uno pueda tomar su camino. Así como están, todos amontonados como en una bolsa de gatos, nadie sabe quién es quién.

S: Nadie sabe nada, estamos castigados y cabreados.

T: ¿Cuántos son los que están contigo, Sixto?

S: Unos cuantos... Es un cine, un cine entero. Sólo se les ven los ojos en la oscuridad, brillan los ojos, es todo oscuro, es un cine. Cientos de ojos, yo no soy más que uno, yo soy el portavoz.

T: Muy bien, vamos a comenzar contigo. Tú puedes ir a la Luz.

S: ¿Yo? ¿Y los otros?

T: ¿Quieres llevarlos contigo?

S: Es que tengo la sensación de que... no sé, aunque me embauques, algo tendremos que hacer.

T: Yo no te voy a embaucar; te voy a ayudar a que tú veas la Luz.

S: Sí, a ver si es verdad porque yo solo... estoy oscuro.

T: Muy bien, yo voy a pedir por ti. "Humildemente, Señor, en este día...

S: Pero, ¿tú crees que yo pueda ver la Luz?

T: Claro que sí, mira en tu interior. Si tú viniste de la Luz... Voy a pedirle a Dios para que te ayude. "Humildemente, Señor, te pido que abras las puertas de tu reino para recibir a Sixto y a sus compañeros. Señor, en tu infinita misericordia te pedimos que envíes tu rayo de luz para que Sixto y sus compañeros puedan regresar a casa. Señor, envía a tus ángeles protectores para que vengan a buscarlos. Perdona sus errores. Recuerda que son tus hijos y que todavía están aprendiendo...".

S: Eso, estamos aprendiendo.

T: ... A veces se equivocan como nos equivocamos todos...

S: Eso, yo repito el mismo curso siempre.

T: Ya lo vas a aprobar. Aquí llega la Luz, hay un lugar para ti, allí en la Luz. Allí te recibirán con amor y cariño, te darás un baño de luz, quedarás como nuevo y volverás a empezar. Y la próxima vez todo irá mejor, confía en ti mismo.

S: No me queda otra. Ahora esto ya es gris, pero vas a tener que empujar más y vas a tener que pedir más porque aquí hay trabajo. ¡Oye! ¡No me sueltes ahora! (Desde que sujetó mi mano con Beatriz que no me suelta.)

T: No te suelto, yo estoy aquí, a tu lado. Yo te acompaño hasta que estés dentro de la Luz, yo estoy aquí contigo.

S: Y con todos porque a esta altura esto es una manifestación. Están todos acojonados. ¡No nos sueltes ahora!

T: "Señor, recíbelos en la Luz, humildemente te lo rogamos. Gran Dios del Universo, Creador del cielo y de la tierra, Padre de todo lo creado, santificado sea tu Nombre en todo el Universo, perdona, Señor, nuestra maldad, líbranos de todo mal...".

S: Es la ignorancia, perdonad la ignorancia. Siglos... siglos...

T: Dios Padre sabe eso, por eso nos envía a la escuela para que aprendamos. Todo se va a aclarar para ti y para tus compañeros. Todos tendrán una nueva oportunidad.

S: Hay uno que se queda. Oye, dile a ése que se venga.

T: Llámalo, ¿cómo se llama ese que se queda?

S: Humbert.

T: Vamos, Humbert. No tengas temor, nadie te va a decir nada. Dios sabe de nuestras debilidades y sabe que nos equivocamos. Dios es amor y compasión, nadie los va a regañar. Dios sufre cuando nosotros sufrimos. Vamos, Humbert, tú también.

Humbert: Es que estoy enfadado con Dios. ¿Cómo va a sufrir? Si todo lo hace harto, ¿qué pollas sufre? Todo esto es un cuento, ¿por qué?, no entiendo —primero enojado y ahora llorando—. La gente se mata y los niños sufren... ¡Coño! ¡Pollas! ¿Por qué permite todo esto? ¡No me creo nada, no me creo nada! ¡No voy a creer nada! No puede ser tanto sufrimiento y Él mirando desde arriba... y somos sus hijos y... ¡vaya padre de mierda! Y nos ha creado y ¡anda!, yo qué sé... No entiendo nada... No puedo entender por qué sufrimos todos. Pues no lo puedo entender, ¡no lo puedo entender! —llorando—. No entiendo el sufrimiento, no puedo comprenderlo. ¡No puedo ni con mi dolor ni con el dolor de los otros! ¡¡¡No puedo!!! No puedo entender nada. ¡Que me lo explique! No entiendo el sufrimiento de los hombres, de las mujeres, de los niños, de los animales y de las plantas. ¡No puedo! ¡No puedo! ¡No puedo entenderlo! y... ahora la Luz... ¡¡¡Joder!!! ¡Explícamelo! ¡Pero convénceme! No entiendo por qué nos hizo estar así y por qué sufren los niños y por qué... ¡Ayyyyy!

T: Bueno, tranquilo, Humbert, yo te voy a explicar en la medida que pueda, con mi conocimiento, hasta donde yo pueda explicarte. Ahora yo te hago una pregunta, ¿quién provoca este sufrimiento? ¿Es Dios o es el hombre? ¿Quién provoca las guerras?

H: Pero, ¿por qué ha hecho al hombre así?

T: Dios no hizo al hombre así. Dios creó el alma de los hombres. Es el alma lo que es a semejanza de Dios, pero al encarnar en un cuerpo el alma se olvida de su condición divina.

H: Pero el cuerpo también lo hizo Dios, ¿o no?

T: El cuerpo pertenece a la materia, pero en realidad, todo es Dios. Lo que pasa es que somos tan ignorantes que nos olvidamos de eso, no hay nada que no sea Dios.

H: Vamos, ya que nos hizo nos podría haber hecho más listos, ¿no? Con más información...

T: Sí, tal vez. Pero es el hombre el que se olvida. Dios creó al hombre y le dio el libre albedrío para que aprendiera y decidiera por sí mismo hasta entender que es parte de Dios. Pero el hombre se ha olvidado de su origen porque ha caído en la tentación y porque le gusta el poder, porque le gusta sojuzgar a sus hermanos y porque nunca está conforme con nada. Es el hombre el que discrimina por el color, es el hombre el que mata. No es culpa de Dios, es el hombre el que ocasiona el sufrimiento.

H: ¿Y las almas oscuras? ¿También son hombres?

T: Son individuos que han entregado su voluntad a la Oscuridad y sus almas también pueden ser redimidas por el amor y por la Luz. Es el mismo hombre que se deja atrapar por la seducción de la Oscuridad. No te enfades con Dios, enfádate con el hombre.

H: Está bien.

T: Tú tienes una oportunidad para salir de todo eso. Ahora tienes la oportunidad de alcanzar la Luz, de llenarte del amor de Dios y de ayudar a los hombres a despertar a su verdadera condición. Es duro, es difícil, pero todos trabajamos para eso, para traer luz a la conciencia de esta humanidad. ¿Comprendes?

H: Espero que no se me olvide, tengo muy mala memoria.

T: No importa, repasarás esta lección una y otra vez.

H: Es que yo quiero ir a descansar. Es que si no descanso de tanto sufrimiento no

voy a poder hacer nada por nadie. Soy un desastre...

T: No digas más eso.

H: Bueno, he sido un desastre.

T: Ahora vas a descansar, los ángeles te van a acompañar y te van a ayudar a desprenderte de las impurezas. Descansarás y te van a preparar para el momento en que estés listo para volver a trabajar.

H: Ya se van yendo... han abierto la puerta del cielo. Van saliendo ordenadamente...

T: Eso es. "Señor, no te olvides de Humbert. Envía a su ángel protector para que venga a buscarlo. Humildemente te lo pedimos, Señor. Envía al ángel designado para recoger a Humbert y llevarlo de regreso a la Luz". Ahí vienen a buscarte, Humbert. Tranquilo que todo va a salir bien.

H: ¡Oye! Y de Orfeo, ¿qué? ¿Qué le va a pasar a Orfeo?

T: Orfeo estará bien, él también tiene mucho que aprender todavía. Orfeo tiene que aprender a cuidar su cuerpo, a cuidar su campo vibratorio, su conducta. Este ha sido su trabajo y a partir de ahora verá con más claridad.

H: Es que ahora me cuesta dejarle.

T: Entiendo, ¿quieres decirle algo a Orfeo?

H: Oye, tío —dirigiéndose a Orfeo—, que tú no eres mal hombre. ¡Que vaya! Ahora me voy a llevar a toda esta gente. Oye, tío, que me voy, pero... que me voy de verdad, ¿eh? —jadeando— Oye, no te olvides de jugar con los niños. Oye, llévalos a escalar que les gusta. Oye —hablando en un susurro—, Orfeo, Orfeo, no seas gilipollas que lo tienes todo fácil. Hace tiempo que se han cuadrado las cosas. No tengas miedo, ¡coño! Deja de quejarte. Oye, fíjate que te digo que voy a bajar otra vez si lo haces mal, porque ya estoy hasta los huevos de estar ahí. Pide perdón a tu hermana, trae la concordia a tu familia. Sé honesto y... eso del origen, recuérdalo cada día, a ver si ahora lo del yoga te es más fácil. Oye, que cuando venga un cliente, piensa en su alma. Pide ayuda, ¡qué coño!, que tú no haces nada, coño. Oye, que te envío un e-mail de cómo es Dios. Oye, que me desprendo, ¿eh? Oye, cuida a tu mujer. Oye, que me llevo a Evaristo.

“Evaristo, coño, Evaristo, sal de ahí, sal de ahí y deja de putear a esa mujer”. A ti, Orfeo, te joden con el dolor, pero no pueden contigo porque eres más duro que una piedra, pero a esa mujer la putean mucho. “Oye, Evaristo, ¡suéltala!” y dile a Cabouli que le diga a ése que se vaya también. Dile a ése que se vaya también —con desesperación.

T: Muy bien, vamos, Evaristo, tú también, Evaristo. Vamos, vete con Humbert. Vamos que ya te han descubierto, Evaristo. Eso es, piedra libre, Evaristo. Vamos a la Luz, vamos que ahí viene un angelito para ti también.

H: Oye... limpia... oye, ¿cómo me llamaba? Oye, que ya no sé ni cómo me llamaba... no, Orfeo no, el otro, ¿cómo era?, Humbert. Oye, que ya no tengo fuerzas para nada, arráncalo a Evaristo...

T: Vamos, Evaristo, eso es... tranquilo, eso es.

H: ¡Ahhh! —serenándose y callándose de improviso.

T: Eso es, que Dios te bendiga y a ti también, Evaristo. “Humildemente, Señor, te pedimos también que envíes a tus ángeles protectores para que vengan a llevar a Evaristo”. Eso es, en este día, por la gracia de Dios, se van todos a la Luz dejando libre y en paz a Orfeo para que pueda comenzar una nueva vida...

Orfeo: Oye, Cabouli...

T: ¿Quién está hablando?

O: Soy lo que queda de Orfeo... Es que estoy muy tierno, soy muy duro y muy tierno. Que todavía no estoy cerrado. Dile a ése que es el que manda...

T: ¿Qué quieres que le diga?

O: ¡Joder! Que no esté serio conmigo y que me apoye, coño. Que le voy a pedir ayuda como tú dices porque esto es un lío. Que me apoye y que... y que...

T: Muy bien, le vas a pedir ahora mismo y yo te voy a ayudar. Vas a repetir conmigo, “Humildemente, Señor, reconozco que me he equivocado...

O: Reconozco que llevo siglos equivocándome...

T: ... he sido muy ingenuo y me he creído cosas que no eran ciertas...

O: ... y me he creído que podía ser como tú y que podía competir contigo, incluso ser más poderoso que tú... Lamento si me vuelvo a equivocar.

T: Ahora me doy cuenta de que estaba equivocado...

O: Sí, pero no me pidas tanto porque esto es una economía fatal.

T: Por eso tienes que rezar y pedir: no me dejes caer en la tentación.

O: Eso, esa parte, perdóname. Oye, Padre Nuestro que tienes que ser un cordero que ha de venir... espera, ¿cómo sigue? Que me tengo que acordar. Padre Nuestro... del cielo...

T: Espera, vamos a hacer uno más fácil. "Gran Dios del Universo...

O: ¡Joder! ¡Pero eso no me cabe todavía! Lo que yo necesito es un cordero, ¿por qué no empezamos con el cordero y después el otro? Primero a este de abajo y después al otro, al más grande. ¡Me voy a coger un empacho! Mira, mejor envíame uno de rango medio con el que pueda hablar. Ahora está el que tiene luces. "Oye, tú, el de la Luz, brilla a todas horas para mí, coño. Dales un golpe, pero no en los huevos que ya me lo han dado".

T: Muy bien, entonces pídele a Jesús. Él te va a ayudar.

O: ¡Ah! Ese, sí. ¡Vaya! "Oye, Jesús mío y de Leandro (compañero de curso), que Leandro le habló ayer a Jesús. Oye, Jesús, que fuiste un Dios con fuerza. Tenme en tu campo, tenme en tu vibración. Tenme en tu vida, Dios. No me sueltes durante una temporada larga porque yo me extravío. Dame de tu energía para que yo pueda rehacerme en el cuerpo, en el espíritu, para que me pueda completar. Voy a ser todo íntegro, voy a borrar el odio, la desidia, la falta de energía, la competitividad, la rabia, el miedo. ¡Ay, estoy temblando! No me sueltes. Oye, dile a ese que es tu Padre que lo haga a través de ti porque si viene Él a cogerme directamente, me asusta. Eso de la Luz tan fuerte me ciega". ¡Oye, Cabouli! —asustado—. ¡Que me va a pasar algo en los ojos!

T: No te va a pasar nada en los ojos.

O: "Oye, Jesús, que te crucificaron. A mí también me crucificaron. Oye, que yo

ya he sufrido, que no me hagan sufrir más que ya está bastante con lo tuyo. Jesús, que no soy tan fuerte como tú”. Oye, Cabouli, estoy temblando, hay que hacer algo para cerrar esto porque es como si tuviera un cráter —jadeando, gimiendo y llorando.

T: Te voy a colocar agua bendita. (Siempre es bueno tenerla a mano.)

O: Haz lo que sea. ¡Oy, oy, oy! Aquí y aquí, gracias. (Le coloco agua bendita en la frente, sobre los párpados cerrados y en su pecho.)

T: Tranquilo ahora. Te vas a sanar y vas a cerrar todo esto. Ahora elegirás un color...

O: Espera, de pequeño me enseñaron una oración que me había olvidado, y que ahora me vengo a acordar, que decía algo así... “Jesusito de mi vida, tú eres niño como yo. Por eso te quiero tanto y te doy mi corazón”. ¡Ay! Pero eso hay que matizarlo... porque es que ya no doy nada a nadie.

T: Bueno, podrías decir “te doy mi confianza”.

O: Eso, te doy mi confianza, te abro mi corazón. Eso es mío, no es tuyo. Haz lo que tengas que hacer para guiarme —serenándose.

T: Muy bien, ahora vas a traer un rayo de luz azul y te vas a envolver en ese rayo de luz azul...

O: Es turquesa.

T: Muy bien, comienza a respirar el color turquesa, llevando el color turquesa a cada átomo de tu ser, llenando tu corazón, los pulmones y todo tu ser con el azul turquesa, como si te envolvieras en una burbuja de color azul turquesa.

O: Espera que no me llegó a todo el cuerpo todavía. Estábamos en el corazón.

T: Los pulmones... los brazos... el abdomen... los muslos... las rodillas... las piernas... los pies...

O: ¡Voy a parecer un pitufo!

T: ... y hacia arriba, el cuello, la cabeza, los ojos, los oídos y el cerebro,

envolviendo tu cerebro con el color azul turquesa. Y ahora, como si te envolvieras en una esfera o una burbuja de color azul turquesa.

O: Que se envuelvan todos los otros también. Ahora tengo que hacer un compromiso, un juramento, un pacto.

T: Nada de pactos.

O: Tengo que hacer un acto de vínculo con la Luz para que mi alma no se olvide nunca más. Tengo que unirme a la Luz para que no tenga miedo de expandir la Luz, de hablar de la Luz, de ser Luz y de transmitirla. Que la Luz penetre en mí y que yo pueda llevarla a otros. La humildad y el servicio... ¿Cómo podré hacer eso?

T: En el día a día, no te preocupes por eso.

O: Pero yo necesito hacer algo ahora, necesito crear un vínculo con la Luz.

T: Bueno, podrías hacerlo así: Yo, Orfeo, pido perdón a la Luz y me entrego a la Luz. Me comprometo...

O: ¡Uy! ¡Esa palabra! Es que esas palabras ya las dije antes y todavía no están limpias. No puedo utilizar eso ¿Podría ser: me abro?

T: Utiliza las palabras más adecuadas para ti.

O: Me abro y me abro sólo a la Luz, sólo a la verdadera Luz, sólo al Espíritu Santo, a la Luz...

T: A la Luz santa y bendita.

O: A la Luz santa y bendita para que pueda ser un emisario y pueda divulgar el mensaje. Sólo al Espíritu Santo, sólo a la paloma blanca que trae el ramo de olivo. Vale esto, ya estoy bien.

T: Muy bien y vas a terminar diciéndote a ti mismo: Yo soy Orfeo, yo soy yo, profundamente yo y en mi cuerpo mando yo.

O: Yo soy Orfeo, yo soy yo y en mi cuerpo, que es éste, mando yo.

T: Eso es, lentamente, a tu tiempo, respirando profundamente, abrirás los ojos y eso hará que regreses aquí a tu conciencia física como Orfeo a este día martes, siete de octubre de dos mil tres.

O: Muchas gracias a ti, Cabouli y a todos los que estáis aquí. Esto ha sido una iniciación —con la voz y el discurso completamente diferentes—. Me faltaba un eslabón que ahora tengo que cuidar, cultivar y hacerlo crecer. Tenía un eslabón perdido. Por eso entiendo que yo no podía actuarlo de corazón. Tengo una gran habilidad para actuar cualquier técnica, pero me faltaba corazón y, a pesar del esfuerzo, no conseguía llegar y siempre sentía una grandísima desesperación por no poder poner más corazón y era esto lo que me faltaba. Gracias, muchas gracias. Ahora me siento entero.

***

Como habrán podido apreciar, el trabajo de Orfeo no fue nada fácil de conducir. La experiencia de Orfeo fue dramática y confusa a la vez. Hubo momentos en que yo mismo no sabía quién se estaba manifestando. Generalmente, esto es bastante claro y uno puede guiarse por el timbre de voz. Pero aquí, todo era confuso y tanto Orfeo como las almas perdidas se mezclaban unos con los otros todo el tiempo. Ahora, piensen ustedes, ¿cómo es posible mantener la cordura y la consciencia del "yo soy" en estas circunstancias? ¿A qué nivel de alienación puede uno llegar en una situación así? Por lo menos se manifestaron cinco voluntades diferentes, además de Orfeo. Con semejante invasión del subconsciente no es de extrañar que una persona pierda el juicio de realidad. Esta experiencia de Orfeo es lo que podría constituir un ejemplo de personalidad múltiple.

A pesar de la tremenda confusión que lo dominaba, Orfeo pudo percibir que una de las entidades tenía más fuerza que las otras. Esto es lo que suele ocurrir cuando hay varias entidades en una misma persona. Una de ellas tiene dominio sobre las otras. Por lo general, la entidad dominante es la última en manifestarse. Es como si primero mandara al frente a las otras e, incluso, hasta las amenaza para que no la delaten. Cuando las entidades más débiles se retiran, la que era dominante ya no tiene otra alternativa que mostrarse.

Pareciera ser que la causa principal o el motivo de semejante invasión de entidades en Orfeo fue un pacto con la oscuridad que él realizara en una vida anterior. Estos pactos aparecen frecuentemente al trabajar con vidas pasadas. Como en la dimensión del alma el tiempo no existe, estos pactos conservan toda su fuerza. En la práctica, es como si uno los acabara de realizar. Mientras el pacto siga intacto, mantiene su vigencia; no importa que la persona ahora esté en otra vida. A nivel del alma todo sigue igual, nada ha cambiado. Es necesario alcanzar ese punto del alma para poder iniciar el proceso de desprendimiento y liberación de todas las energías que acompañan u hostigan a una persona.

Veamos cómo le fue a Orfeo luego de este trabajo.

“En el curso de la primera sesión contacté con la fragmentación de mi personalidad y la ocupación de mi espacio interior por un número elevado de almas perdidas o entidades debido a una traición a la luz “antes del tiempo” como humano. Luego de la segunda sesión me he sentido muy bien. Lo más importante es que he podido ser muy constante en mi yoga y meditación matutina. Siempre he sido muy disciplinado en mi vida, pero cuando las adversidades me golpeaban dejaba mi práctica diaria y eso acababa por hundirme. Después del trabajo con Cabouli no he tenido bajones que pueda resaltar y mi espiritualidad ha ido creciendo con los días. Mi fragilidad hace que cada día tenga que trabajarme física, emocional, mental y espiritualmente, de lo contrario me bloqueo y sufro. No tengo muy claro por qué llevaba tanto ‘personal’ conmigo. Hace unos años estuve vinculado a un centro que hoy calificaría de sectario. La jefa de ese centro era un canal que impartía enseñanzas directamente de entidades energéticas que estaban vinculadas a ella. No creo que esa sea la única razón ni mucho menos. Hasta los cuarenta años me he sentido con la sensación de no encajar en los roles y las directrices que marca la sociedad de los humanos. Tengo mujer, un hijo y una hija y me siento muy feliz con ellos. Gracias a ellos me he humanizado. Veo que gradualmente voy tomando suelo y me alegra ver que tanto sufrimiento y desasosiego pasado se está convirtiendo en paz, felicidad y sensación de vida para mí y para los míos y en servicio y utilidad para los demás.”

Capítulo X

Silvia

En agosto de 1998 conduje mi primer taller vivencial “Sanando las heridas del alma”. Fue en la estancia Santa Elena, en la provincia de Buenos Aires. A ese taller vino Silvia (49) con el propósito de sanar una sensación de tristeza de larga data. Hasta el momento del taller, Silvia ya había realizado diez regresiones conmigo, de modo que ya sabía lo que era trabajar con su alma. Sin embargo, nunca habíamos hablado de las almas perdidas y, hasta ese momento, yo nunca tuve indicios para sospechar que pudiera haber alguna entidad acompañando a Silvia. En el transcurso del taller, Silvia revivió una vida pasada en la cual murió atravesada por una espada. Silvia estaba completando el proceso de terminar con esa muerte cuando comenzó a sentir que sus manos estaban rígidas y paralizadas. Yo pensé que se habría superpuesto alguna otra experiencia de vida pasada, de modo que le pedí que fuera al origen de esas sensaciones. Sin embargo, demostrando una vez más que el paciente actúa con independencia de lo que sugiera el terapeuta, Silvia respondió a mi consigna de una manera diferente e inesperada.

Sábado 29 de agosto de 1998

Terapeuta: Cuento hasta tres e irás al origen de estas sensaciones. Uno, dos, tres.

Silvia: Siento mucha bronca. La siento en los pies, en los dientes, en la boca. ¡Ay! —llorando—. ¡Ay! De repente se me cruzó una idea rara.

T: ¿Qué idea?

S: Es como si algo estuviera dentro de mí.

T: Muy bien, no importa lo que sea. Aunque parezca una cosa rara si hay algo dentro de vos dejalo salir. Yo estoy acá a tu lado. Por extraño que parezca esto, dejalo salir.

S: ¡Ay! Esa bronca no es mía. Hay algo dentro de mí que tiene mucha bronca. ¡No soy yo! Esto no es de Silvia, ¡no! ¡No! Y me está tendiendo las manos.

T: Eso es, dejalo salir.

S: Me está diciendo que no quiere irse, que yo no voy a poder, que me va a aplastar. Dice que no me va a dejar, que me va a destruir. ¿Es verdad eso, José Luis? (Observen que yo no dije nada pero la entidad ya sabe que le llegó el momento de irse.)

T: Escuchame atentamente. Por extraño que parezca, permitirás que eso que está dentro de vos pueda manifestarse para que yo pueda dialogar con eso y saber qué le está pasando. Le vas a prestar tu voz y tus cuerdas vocales y le vas a dar permiso para que pueda dialogar conmigo. Sea lo que sea, también está sufriendo y debe de tener sus razones para estar ahí.

Alma perdida: ¡Ay! —llorando—. Silvita, perdoname. ¡Yo no quería dañarte!

T: Eso es, ahora podés hablar. Contame, ¿qué fue lo que te pasó?

AP: ¿Sabés lo que pasa? Ella es muy buena, es muy dócil y amorosa y yo la necesitaba. Yo necesitaba que ella me protegiera y me amparara. ¡Ayyy! —rompiendo a llorar—. ¡Yo fui muy malo, hice mucho daño!

T: Eso es, dejá salir eso, yo no te voy a decir nada. ¿Qué fue lo que hiciste?

AP: ¡Yo la clavé a ella! ¡Yo fui el que la clavó a ella en el piso! Yo le clavé esa espada.

T: ¿Y qué cosa te llevó a hacer eso?

AP: Ella era una bruja. Me quería convencer y adivinaba cosas; no sé, siempre estaba con gotas, con yuyos. Ella decía que me quería ayudar, pero yo no quería que me ayudara. Por eso la maté, para que no me molestara más. Pero después me arrepentí, porque ella era buena, ella quería ayudarme. Después...

T: Sí, ¿qué pasó con vos después de que le clavaste la espada a Silvia?

AP: Me mataron, me descuartizaron, me cortaron en pedazos. ¡Me odiaban! Todos me odiaban. Me cortaron, me tiraban de mi cabeza, de mis brazos, de mis piernas. ¡Ayyy, Dios! ¡Ayyy!

T: Eso es, dejá salir todo eso.

AP: ¡Ay, qué horror! Hay sangre por todos lados. ¡No quiero ver más! Quiero un poco de paz.

T: ¿Te gustaría estar en paz?

AP: Yo te quiero seguir contando.

T: Bueno, seguí contándome.

AP: Y yo la encontré a Silvia.

T: ¿Cómo la encontraste?

AP: Fue en el sanatorio, la enfermera la tenía en brazos. Silvia era una linda bebita, muy dulce, tenía unos ojos azules... Yo sabía que iban a ser azules. Estoy viendo su habitación con un cortinado rosado y mantas rosadas. Yo la necesitaba a Silvia. Pensé que tal vez estando junto con un alma buena como ella podía ayudarme a mí a tener buenos sentimientos, a ser más dulce, más bondadoso. Pero eso estaba mal también. Sí, estaba mal.

T: ¿Y qué aprendiste con Silvia?

AP: ¡Pobrecita! Aprendí lo que es el sufrimiento... ¡cuando su papá le pegaba con el cinturón! —llorando—. ¡Cómo sufría ella! Ella no podía hacer nada, tenía que aguantarlo. Cuando su papá se enojaba y le pegaba yo sentía que yo también había sido así. Yo me había descargado con personas que no tenían nada que ver con mi bronca.

T: Sí, seguí.

AP: Pero Silvia siguió adelante y sufría cuando se sentía chiquita y tímida y con vergüenza. Y yo sentía lo que era sentir todas esas cosas cuando la maestra la

avergonzaba y la ponía en evidencia delante de todos. Y cuando ella iba a una fiesta y nadie le daba bolilla, yo sentía junto con ella todo eso. Entonces yo sentí lo que era el miedo, la tristeza, la vergüenza, la soledad. También sentí cosas buenas como su inocencia, pero con su inocencia Silvia se metía en problemas. Yo la acompañé siempre y la sigo acompañando. Yo no me quiero ir, porque ella cambió mucho y con sus cambios me está ayudando también, pero si cambia demasiado...

T: Si cambia demasiado, ¿qué va a pasar?

AP: Y... yo... —agitándose y con la voz entrecortada— ¡me tengo que ir! Como en este momento y... ¡tengo mucho miedo de irme! Por eso me enojo con ella y yo sé que la domino y lucho con ella y ella lucha por sobrevivir. Ella lucha por estar en paz; lucha y trabaja, es incansable. A veces se cansa porque la agobio y la presiono para abajo para que se canse. Se cansa, se levanta y sigue y empuja. ¡Tiene una fuerza...! Pero no va a poder conmigo. A veces le digo “no vas a poder conmigo, ¡te voy a reventar! ¡¡¡Te voy a reventar!!!” —gritando enojado —. A veces me da lástima porque, ¿sabés una cosa?

T: ¿Sííí?

AP: Ella ahora comenzó a hablar conmigo porque comenzó a reconocerme, a darse cuenta de que ahí hay algo fuerte como soy yo. Entonces, por ahí me dice: “¿estás ahí de nuevo?”. Dice que me entiende, que me comprende. Creo que por ahí algo me entiende. Pero yo no me puedo ir. ¡Tengo miedo de irme! ¡Tengo miedo!

T: Ya lo sé, yo te entiendo.

AP: ¡Tengo mucho miedo! —llorando—. ¿Qué va a ser de mí si fallo y no la tengo a ella? ¡Yo no quiero seguir sufriendo! ¡Quiero descansar en paz! ¡Ya sufrí mucho! ¡Quiero descansar! ¡Quiero perdón para mí!

T: Eso es, muy bien, tranquilizate que todo va a salir bien.

AP: ¡Quiero pedir perdón a todos los seres que dañé! —continúa llorando—. Yo sé que hice mucho daño. Yo lo sé, soy consciente de eso. ¡Me arrepiento! ¡Necesito piedad conmigo! ¡Piedad! ¡Piedad! ¡Misericordia!

T: Muy bien. Entonces...

AP: Quiero decir una cosa. Silvia habla mucho con el Espíritu Santo. Ella tiene mucha fe en el Espíritu Santo y en Jesús también y yo necesito de esa fuerza, necesito de esa misericordia, necesito amor, necesito comprensión y aceptación para mí. Necesito que mi alma sea aceptada... —llorando y en una gran agitación.

T: Entonces escuchame un poquito. Yo voy a secarte tus lágrimas y quedate tranquilo que todo va a salir bien. ¿Sabés una cosa? Dios es amor y Dios sufre con tu sufrimiento. Dios no quiere tu castigo, Dios está muy preocupado porque uno de sus hijos se perdió...

AP: ¿Es verdad? ¿No me mentís? ¡Jurame que es así! —llorando.

T: Yo nunca te mentiría; lo que pasa es que vos tenés mucho miedo.

AP: ¡Sí! ¡Tengo mucho miedo! ¡Tengo mucho miedo! ¡¡¡Tengo terror!!!

T: Quedate tranquilo que nadie te va a retar. Vamos a llamar a Jesús para que te mande a sus angelitos. ¿Sabés qué? Jesús estaba esperando que vos reconocieras que te habías equivocado. Ya está, ahora vamos a llamar a Jesús.

AP: Necesito que me tome de los brazos —continúa llorando—. ¡Ay! ¡Porque tengo mucho miedo y no puedo salir de acá! ¡Ay!

T: Ahora vas a salir y vas a ir a la Luz.

AP: ¡Ayyyyy! —gritando, ahogándose y llorando.

T: Eso es, dejá salir todo eso.

AP: ¡Ayyyyy! —sigue gritando y llorando durante varios minutos.

T: Eso es, ahora va a venir la Luz. Tranquilo, ya está la Luz aquí.

AP: ¡Ahhh! —lentamente se va tranquilizando.

T: Andá hacia la Luz que todo va a salir bien. Ya es hora de terminar con el sufrimiento. Ya ha pasado mucho tiempo. Eso es.

AP: ¡Ahhh! —suspirando— . Mmm...

T: ¿Sííí?

Silvia: Ya se fue —volviendo a su timbre de voz.

T: Muy bien.

S: Yo te perdono en el nombre del amor y de Jesús. También te quiero dar las gracias, porque sé que al fin y al cabo me ayudaste a recuperar a mi padre. Y si te serví de algo, bueno, está todo bien. También creo que vos me serviste a mí para ayudarme a mí misma y a ayudarte a vos. Las molestias que me ocasionabas también hicieron que revisara mi vida, que tampoco era perfecta. Que tengas la paz que te merecés como todos los seres que estamos en el universo y te mando un beso muy grande y que estés bien.

T: Muy bien. ¿Algo más que quieras agregar?

S: No, pero sí siento la necesidad de dar las gracias a Santa Elena. En un momento sentí que ella estaba acá. A vos, José, a Mario, a Natalia, a Silvia, a Mónica, a Nancy, a María del Carmen, a Alicia (compañeros de taller), a todos ustedes y a toda la vida que nos envuelve en este momento. Me siento muy agradecida.

Imagino que, a esta altura, ustedes ya están en condiciones de sacar sus propias conclusiones, de modo que me abstendré de hacer comentarios para no perder la continuidad en el trabajo global que efectuó Silvia con su alma.

Inmediatamente luego de su trabajo en el taller, Silvia se sintió renovada. Sentía que, en su interior, se había producido un cambio muy profundo. Experimentaba una sensación de alegría interna completamente nueva. No obstante, una semana después se agudizó la tristeza. Fiel al compromiso contraído con su alma, Silvia siguió entonces profundizando en la búsqueda de su sanación, realizando cinco regresiones más donde se concentró, entre otras cosas, en la sanación de sus vínculos familiares.

Estábamos en ese proceso de trabajo cuando, seis meses después de la experiencia del taller, Silvia vino a la consulta con el propósito de trabajar una profunda sensación de insatisfacción. Cuando le pedí que me contara un poco más acerca de esta insatisfacción, Silvia me dijo:

—Siento dificultad para tragar. Es como si tuviera una piedra. En este momento me viene a la mente ese rechazo a venir a la vida. Recuerdo que me quité la vida en la panza de mamá una vez. Tengo que seguir acá aunque no quiera. Es como si tuviera que seguir trabajando y no tengo ganas de hacerlo. Nunca es suficiente y nunca llego. Como si siempre estuviera en falta. Me siento muy testaruda, como si no me entrara en la cabeza que, hasta que yo no cambie todo lo que tengo que cambiar, no voy a lograr la paz.

Decidí tomar entonces esta sensación de insatisfacción en Silvia para iniciar el trabajo de ese día. Con las sensaciones que Silvia había descripto, yo me imaginé alguna experiencia de vida pasada donde Silvia se hubiera atragantado o asfixiado. Una vez más las cosas resultaron diferentes.

Jueves 4 de febrero de 1999

Terapeuta: Muy bien, Silvia, ¿cómo es esta sensación de insatisfacción?

Silvia: Siento como si la garganta estuviera cerrada. Me causa mucha angustia, pero es raro porque de repente se me pasa. No siempre siento esta angustia. Es como si tuviera algo atravesado en la garganta. (Más a favor de un trauma de vida pasada.)

T: ¿Como si fuera qué cosa?

S: Como si fuera algo blando que molesta, me interrumpe, me impide fluir. Es como si tuviera algo adherido ahí. Cuando trago siento que me molesta hasta que logro que pase el aire.

T: Y si supieras, ¿qué cosa sería?

S: A veces pienso que es alguien que está ahí. (Otra vez.)

T: Muy bien. ¿Y quién podría estar allí?

S: No sé quién puede estar allí —comienza a llorar—. Últimamente estoy fumando mucho y yo no quiero fumar. Me siento trabada.

T: Muy bien. Ahora contaré hasta tres y permitirás que esa energía que está allí pueda manifestarse…

S: ¡Ahgj! Yo sé que hay algo que me está molestando —comienza a toser y a ahogarse—. ¡Ahgj! ¡Ahgj!

T: Muy bien, adelante. Contame, ¿Quién sos? ¿Qué estás haciendo acá?

Alma perdida I: ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! —quejándose y gimiendo.

T: Eso es, contáme qué te pasó. Ahora te vas a aliviar.

AP: ¡Ay, no! ¡No! ¡No! —ahogándose en un acceso de tos y llorando al mismo tiempo—. ¡No quiero! ¡No quiero!

T: ¿Qué es lo que no querés?

AP: ¡No! ¡No quiero! ¡No quiero irme! (Lo de siempre; la entidad ya sabe lo que se viene.)

T: ¿Y quién te obliga a irte?

AP: ¡Te odio a vos! —sigue tosiendo—. ¡No me quiero ir! ¡Nooooo! —pataleando.

T: ¿Y quién te está obligando a irte?

AP: ¡Esta guacha! ¡Me quiere sacar! —nuevo acceso de tos—. ¡No me quiero ir!

T: Bueno, pero vos sabés que tenés que irte, porque este no es tu lugar.

AP: ¡Nooooo! —gritando en un alarido—. ¡No tengo adónde ir!

T: Ah, bueno, vamos a conseguir un lugar para vos. Calmate que todo se va a arreglar.

AP: ¡¡¡No quiero!!! —acceso de tos y de ahogo más intenso.

T: Bueno, tranquilizate, mirá cómo estás sufriendo.

AP: ¡Nooooo! ¡¡¡Grrrrrr!!! ¡¡¡Grrrrrr!!! —ahora en un ataque de rabia.

T: Pero, ¿cuánto hace que no recibís una palabra de amor, una caricia, un beso, un mimo?

AP: ¡Ayyy! ¡Nadie me quiere! ¡Ayyy! ¡Nunca me quisieron! —gritando y hablando entre dientes.

T: Bueno, contame a mí qué fue lo que te pasó que nunca te quisieron.

AP: ¡Ay! ¡Era un nene, un nenito!

T: Contame qué pasó con tu mamá y con tu papá.

AP: Me pegaban mucho y me maltrataban. ¡Grrrrrr! ¡Los odio!

T: ¿Y qué pasó con tus hermanos?

AP: No sé, éramos muchos —llorando—. Nos pegaban todo el día. Él era borracho, nos pegaba a todos y a mi mamá también. ¡Grrrrrr! ¡Siempre en el barro, en el medio del barro!

T: ¿Y qué fue lo que le pasó a tu cuerpito?

AP: ¡Uyyy! ¡Uyyy! ¡Me mataron a golpes con un palo! ¡Ayyy! Él me mató, el viejo me mató. Él me mató a golpes.

T: ¿Cuántos años tenías cuando sucedió eso?

AP: Siete años, tenía siete años —vuelve a toser.

T: ¿Y cómo llegaste a Silvia? ¿Cómo la encontraste a Silvia?

AP: ¡Oooooh! ¡Oooooh! —otro acceso terrible de tos como si se fuera a ahogar.

T: Bueno, tranquilo, te vamos a buscar un lugar para vos, un lugar de luz.

AP: ¡Ayyy! ¿En dónde? ¿Adónde voy a ir yo? ¿Adónde? ¡Dios no me quiere a mí! ¡No! Si no, no hubiera dejado que me mataran así. ¡Me trataron mal!

T: ¿Quién te dijo que Dios no te quiere? ¿Quién te dijo eso?

AP: No sé, pero es así.

T: Eso no es verdad porque vos también sos un hijo de Dios. Todos somos hijos de Dios.

AP: ¡No! ¡Es mentira! Porque a mí me pasó todo eso. Si Dios me quiere, ¿por qué me pasó todo eso?

T: Porque eso no es cosa de Dios, esas son cosas que hacen los hombres.

AP: Dios no puede permitir eso. ¡Cof! ¡Cof! ¡Cof! —tosiendo—. ¡Ay! ¡Tengo mucho miedo! ¡Mucho miedo! ¡Estoy muy asustado!

T: Quedate tranquilo que todo va a salir bien.

AP: ¡No! Yo me quiero quedar acá. Me quiero quedar acá. ¡Cof! ¡Cof! ¡Cof! —vuelve a toser.

T: Pero, ¿qué te pasó que estás tosiendo tanto? Mirá cómo estás sufriendo.

AP: ¡Ahgj! ¡El cigarro!

T: ¿Tan chiquito y fumabas?

AP: Sí, fumaba mucho, cualquier cosa. Vivía en la calle, no tenía para comer. A veces iba a los boliches y me daban de fumar y de tomar y se reían de mí cuando me veían borracho. ¡Cof! ¡Cof!

T: Bueno, yo te voy a contar algo. Una cosa es el cuerpo y otra cosa es el alma. El cuerpo es como un traje que el alma se pone para andar por la Tierra y, cuando termina nuestra experiencia en la Tierra, dejamos el cuerpo y regresamos a la Luz. Yo no sé por qué tuviste que pasar por esa experiencia. Tal vez viniste para aprender algo que no habías aprendido en otra vida, pero al morir el cuerpo tu alma quedó libre para volver al mundo de la Luz. Todas las almas tienen que volver al mundo de la Luz y, las que no lo hacen, se quedan por allí, perdidas, vagando y sufriendo porque siguen atadas al cuerpo. Yo me imagino que cuando te mataron estabas tan asustado que no sabías adónde ir ni qué hacer. Era lógico que buscaras esconderte de tu papá que te pegaba.

AP: ¡Ayyy! —llorando.

T: Ahora no hay nadie que pueda pegarte. Ya es el momento de que vuelvas a la

Luz. Los ángeles te van a venir a buscar y Dios te va a recibir. Y vas a tener una mamá y un papá diferentes que te van a cuidar y te van a dar todo lo que no tuviste. ¿Para qué vas a seguir sufriendo? ¿No te parece suficiente ya?

AP: ¡Ay, sí! —llorando.

T: Vamos a pedirle a Dios que te muestre la Luz y que te envíe a sus ángeles para que vengan a buscarte. Ellos te van a llevar en sus alas al mundo de la Luz. "Humildemente, Señor, te rogamos en tu infinito amor que abras las puertas de tu reino para recibir a este niño que tanto ha sufrido. Señor, te pedimos que envíes a tus ángeles protectores para que vengan a buscarlo, te rogamos que pongas tu mano sobre el alma de este niño que ha estado perdido durante tanto tiempo. Ya es hora de acabar con su sufrimiento y de que lo recibas en tu Gloria". (Rezamos el Padre Nuestro, Ave María y Gloria.) Muy bien, ya está la Luz aquí.

AP: ¡Ahhh! —suspirando.

T: Eso es, tomate de las alas de los ángeles y andá hacia la Luz. Todo estará bien.

AP: ¡Ejem! ¡Ejem! —serenándose—. ¿Estás seguro?

T: Claro que sí. Vas a entrar en el reino del amor.

AP: ¿No me van a hacer nada acá? —hablando en un susurro.

T: No te van a hacer nada. Allí te vas a encontrar con los ángeles y con otros chicos que sufrieron como vos y que ya están en la Luz. Vas a jugar y vas a estar rodeado de amor.

AP: Vienen con alitas —llorando—. Siento frío... ¿y Silvia?

T: Silvia va a estar bien.

AP: ¿Estás seguro de que va a estar bien?

T: Estará bien y te recordará con amor. Silvia está haciendo su trabajo para estar bien y para ayudar a otros chicos como vos.

AP: Ya me tengo que ir, me están esperando. Veo dos ángeles grandes en la puerta de algún lugar.

T: ¡Muy bien! Esa va a ser tu casa.

AP: Parece que ya me tengo que ir. Voy a extrañar. Me dicen que me van a cuidar. ¡Ah! ¡Chau! —saludando con la mano.

T: Muy bien. ¡Chau! —pausa—. ¿Hay alguien más allí que quiera aprovechar para ir a la Luz?

Alma Perdida II: ¡Mmm! Yo no molesto.

T: Bueno, contame quién sos.

AP: Soy un hombre grande y negro. (Hablando con un tono de voz más grave.)

T: ¿Y cómo es que llegaste acá? ¿Qué te pasó?

AP: No tengo muchas ganas de hablar.

T: Bueno, pero, ¿por qué no aprovechás este momento? ¿Cuánto hace que no hablás con alguien?

AP: Mucho tiempo. Estaba preso en un lugar muy oscuro, con cadenas en los pies. Soy negro y me encadenaron porque era esclavo. Yo me quise escapar, por eso me mandaron ahí, con las ratas... y ahí me morí, lejos de mi familia, maltratado.

T: ¿Dónde fue eso?

AP: No sé si fue en España... no estoy seguro. Soy muy negro, sólo se me ve el blanco de los ojos. Trabajaba en los campos —arrastrando la voz— y me pegaban con un látigo cuando me cansaba. No sé cómo llegué acá adentro.

T: ¿Y qué creés que te trajo a Silvia?

AP: Me parece que ella fue mi ama, pero ella era buena, no era como el padre. Por eso decidí quedarme con ella. A veces ella me daba de tomar agua a escondidas. No sé por qué estoy con ella. Hace mucho que estoy con ella.

T: Bueno, yo te voy a explicar lo mismo que le conté a este chico. ¿Escuchaste lo que le dije a este chico?

AP: Ajá.

T: Bueno, es lo mismo para todos.

AP: ¡Ay! Yo lo cuidaba y ahora se fue.

T: ¡Claro! Y vos también te podés ir. Podés aprovechar este momento e irte con él.

AP: ¡Me quedé solo!

T: Bueno, pero ya no hay necesidad de esconderse ahí. Ahora podés ir al mundo de la Luz porque tu alma fue creada por Dios; el color de la piel es solamente el color del cuerpo.

AP: ¡Hummm! Vos porque no sabés.

T: Yo sé todo lo que sufriste. Yo también fui negro en otra vida y más de una vez.

AP: Es como ser basura —llorando.

T: Eso es, dejá salir todo eso.

AP: Yo sufrí mucho. Estaba bien acá, con Carlitos.

T: ¿Se llamaba Carlitos el chico que se fue?

AP: Sí, yo lo cuidaba. ¿Sabés que tenés razón? Este no es mi lugar —tosiendo también.

T: Eso es y vas a ver que todas estas sensaciones desaparecerán cuando entres en la Luz, porque todo eso no es más que una ilusión, sólo son recuerdos del pasado. Vos sos un hijo de la Luz y, al igual que Carlitos, vos también tenés derecho al amor y a la felicidad.

AP: ¡Cof! ¡Cof!

T: Allí, en la Luz, los ángeles te van a cuidar y te vas a recuperar de todo esto

que te pasó. Ahora vamos a pedirle a Dios para que te abra la puerta de su reino igual que a Carlitos. "Humildemente, Señor, te imploramos que abras las puertas de tu reino. Envía a tus ángeles de luz para que vengan a buscar también a este niño, porque su alma es de niño. Mira todo lo que ha sufrido a mano de los hombres por el color de su piel. Recuerda, Señor, que todos somos tus hijos y que también este niño es tu criatura. Muéstrale tu luz, muéstrale tu amor, muéstrale tu mundo donde no hay diferencias y donde todos somos niños ante el Padre Celestial".

AP: Sí.

T: Eso es. Todo va a estar bien. Ahora van a venir los ángeles a buscarte y vamos a pedirle a la Divina Madre para que también ella venga a buscarte. (Rezo el Ave María y, mientras lo hago, el ser comienza a llorar.) Eso es. Ahí vienen los ángeles a buscarte y, si hay alguien más allí contigo, invitálo para que se vaya con vos.

AP: (Saluda con la mano sonriendo.)

T: Muy bien, adiós. ¿Hay alguien más allí que quiera hablar y aprovechar este momento? Las puertas de la Luz se han abierto y la redención y la liberación han llegado para todos los que quieran aprovecharlo. Si alguno de los que está allí quiere manifestarse ahora puede hacerlo. Adelante, ¿quién más está allí?

Silvia: Veo la cara de una amiga, no sé si está acá.

T: ¿Cómo se llama?

S: Leticia.

T: Muy bien, Leticia, ¿estás acá?

Leticia: Sí, no me puedo ir —cambiando la voz una vez más.

T: ¿Qué te está pasando?

L: Me quité la vida.

T: ¿Y qué fue lo que te pasó? ¿Qué fue lo que te llevó a eso?

L: Mi marido se murió y me quedé sola con mi hija. Me fui poniendo muy vieja, era una carga ya... Y ahora yo estoy acá con Silvia porque Silvia la tiene que ayudar a mi hija Carolina. Ellas son muy amigas, están muy unidas y siempre lo estuvieron... (pausa prolongada) Yo no me puedo ir a la Luz.

T: Sí que te podés ir, ¿quién te dijo eso?

L: Yo estoy en el infierno. ¡Me ahorqué! ¿Sabés que me ahorqué?

T: ¿Qué fue lo que te llevó a hacer eso?

L: Estaba medio loca, no sé, no quería vivir más. Yo me quería ir con Eduardo. Eduardo se murió por mi culpa.

T: ¿Cómo fue eso? ¿Qué pasó?

L: Él estaba enfermo y yo lo quería traer a casa y me decían que no lo hiciera. Pero le hice mucho mal a mi hijita. ¡Qué mal momento! ¿Sabés cuando ella entró y me vio colgada? ¡Qué horror! ¿Cómo pude haber hecho eso?

T: ¿Qué pasó cuando tu hija te vio ahorcada?

L: ¡Ay! No sé, mirá, ¿querés que te diga la verdad?

T: Sí.

L: La verdad es que yo les quise dar un susto y me salió mal. (¿Cuántas veces sucederá así?)

T: ¿Cómo fue eso? ¿Qué quisiste hacer?

L: No sé. La verdad, no sé.

T: Andá a ese momento. Cuento hasta tres y andá a ese momento y fijate qué fue lo que te llevó a hacer eso y lo que pasó ahí. Uno, dos, tres.

L: Estoy caminando; camino, camino, camino. Estoy loca, loca, loca, loca. No quiero ver a nadie, no quiero ver a nadie. No me puedo arreglar los dientes, estoy vieja, vieja. El pelo, el pelo, ¡el pelo! —comienza a llorar.

T: Sí.

L: ¡Ah! Veo un monstruo. ¡¡¡Un monstruo!!! ¡¡¡No quiero vivir más!!! No quiero vivir más. ¿Para qué, para qué? Ya está, ya está. Esta casa se va a venir abajo.

T: Seguí.

L: Y yo, ¿cómo voy a hacer? No puedo hacer nada. No tengo plata, no puedo. ¡Basta! No quiero vivir más. Pero me controlan, me controlan todo el día.

T: ¿Quién te controla?

L: Carolina y Alberto. Siempre están ahí, siempre están ahí, mirando, mirando. ¿Qué miran, qué miran? No quiero vivir más —susurrando.

T: Seguí.

L: Tengo que hacer algo para no vivir más. Pero no tengo remedios... Ya sé, ya sé. Con una soga, ¡ahhh! Me voy a colgar con una soga, pero ¿de dónde, de dónde, de dónde? La escalera es el único lugar, puedo atar la soga ahí. ¡Ahhh! —en tono de triunfo—. Ya sé lo que voy a hacer. Le doy una vuelta como una orejita y ato las dos en el pilar y después meto la cabeza ahí y, cuando me cuelgo, ya está —susurrando todo el tiempo—. Dos vueltas le voy a dar, porque por ahí... una sola no sirve. ¡Dos! Ja, ja, ja.

T: Seguí.

L: Y ya está, y se acabó todo. Ya está, ya está —canturreando—. Me tengo que subir a la baranda para enroscarme. A ver, a ver. ¡Ahhh! —largo suspiro—. Me suelto... ¡Uhhh! (Emite un quejido largo y luego comienza a ahogarse.)

T: Eso es, dejá salir todo eso.

L: ¡Ayyyyy! ¡Ayyyyy! ¿Qué hice? ¿Qué hice? ¡Dios no me perdona esto! ¿Qué hice? ¡Por Dios! —lamentándose—. ¡Mirá la pobrecita cómo sufre! ¡Carol! ¿Qué le hice a mi hija con esto también? Pobre Carol, ¿qué va a hacer solita ahora? Tengo que quedarme cerca por ella. Cerca de Carol.

T: Mirá, todo eso se puede arreglar ahora. Fijate, ¿qué estabas tratando de aprender en esa vida? ¿Qué estabas tratando de aprender como Leticia? ¿Cuál era la prueba que tenías que pasar?

L: Estaba medio loca ya. No sé, creo que aprender a valorarme y a respetarme más. Yo siempre fui un felpudo de todo el mundo, pero yo lo permití. Y llegué a un punto en que no daba más.

T: Muy bien, ahora vamos a resolver eso. Le vamos a pedir a Dios que te dé otra oportunidad y esta vez lo harás bien. Aprenderás a respetarte porque el primer paso para la evolución del espíritu es aprender a respetarse, y lo vas a hacer porque tu alma es inmortal. Ahora sabés que el alma no muere. ¿No es cierto?

L: Sí.

T: Lo único que murió ahí es el cuerpo. Vamos a pedirle a Dios que te dé otra oportunidad para volver a nacer en mejores condiciones y llevar una vida linda y feliz. No hay necesidad de quedarse en la Oscuridad; vos también podés entrar en la Luz. Hoy es un día especial y vamos a pedirle a Dios que te ayude. Ya se fue Carlitos, se fue el negro, así que ellos también te van a ayudar para que puedas ir a la Luz. Vamos a hacer ese esfuerzo entre todos y vamos a pedirle a Dios que te ayude a vos también. ¿Sí?

L: Sí.

T: "Humildemente, Señor, te pedimos ahora que abras las puertas de tu reino para dar entrada al alma de Leticia. Apiádate de ella, Señor. Ahora Leticia te pide una nueva oportunidad. Señor, te rogamos que envíes a tus ángeles protectores para que vengan a buscarla. Permite que Leticia ingrese al mundo de la Luz. Ella necesita una nueva oportunidad para aprender a respetarse, para aprender que el amor es lo más importante de todo. Señor, concédenos la gracia de que Leticia ingrese al mundo de la Luz". (Rezamos el Padre Nuestro, Ave María y Gloria.) Muy bien, Leticia, ya es hora de ir a la Luz. El Padre Celestial te recibirá y allí se acabarán todos tus pesares. Todo va a estar bien. Eso es, andá hacia la Luz.

L: Adiós. (También Leticia saluda con la mano.)

T: Adiós. Muy bien, Silvia. Ahora elegirás un color.

Silvia: Rosa —con su voz habitual.

T: Entonces, te envolverás en el color rosa llevando el color rosa a cada átomo de tu ser y, lentamente, envuelta en el color rosa, regresarás a tu conciencia

física como Silvia repitiéndote a vos misma, Yo soy Silvia y en mi cuerpo físico y en mi campo vibratorio mando yo.

S: Yo soy Silvia y en mi cuerpo físico y en mi campo vibratorio mando yo.

***

Lo primero que me dijo Silvia cuando abrió los ojos fue: Estoy extenuada. Me costaba creer que pasara todo eso. Yo gritaba y pateaba y, mientras lo hacía, pensaba “¿qué es esto?”.

La verdad es que, a esta altura de su trabajo terapéutico, Silvia se había convertido en una caja de Pandora para mí. Del interior de su alma seguían produciéndose todo tipo de experiencias. ¿Cuánto faltaría todavía para llegar a la salida de la avecilla de la esperanza?

En este trabajo en particular me parece muy importante rescatar el relato de Leticia, ya que constituye una rara oportunidad para saber qué es lo que pasa por la mente de un suicida en los momentos previos a la ejecución de su plan. ¿De qué otra manera podemos conocer lo que piensa, siente y, sobre todo, cuáles son las motivaciones reales que llevan a un suicida a quitarse la vida? Trabajar con almas perdidas es una forma de saberlo. Todavía recuerdo la picardía de Leticia y el tono divertido con que relataba cómo anudaba la soga. Parecía que estuviese jugando. La verdad es que, en el fondo, ella sólo quería darles un susto a sus familiares. Pero le salió mal y su desesperación fue tremenda cuando vio el dolor que le había ocasionado a su hija. ¿Cuántas veces las cosas ocurrirán así, buscando provocar un impacto, como si el suicida pensara que todo es como una película?

El trabajo de Silvia con las almas perdidas todavía no había acabado. Apenas dos semanas después de este trabajo se agudizaron en ella la angustia, la tristeza y el llanto.

— Es como si no tuviera alegría de vivir —me decía Silvia—. Siento que me tengo que sacar algo, como si fuera una cosa llena de nudos, como si fueran cordones o sogas gruesas. Estoy toda agarrotada. Tengo una gran confusión. No

sé qué es lo mío y qué cosa no es mío. ¿Quién soy yo? Me resulta un infierno vivir en este estado; no tengo paz.

Con los antecedentes de Silvia, esta vez deduje que seguramente todavía debería haber alguien más en su campo vibratorio, así que directamente le pedí a esa energía que se manifestara.

Martes 23 de febrero de 1999

Terapeuta: Si hay allí alguna energía que esté provocando esta sensación, si hay allí alguien que esté angustiado, sufriendo, ahora es el momento de hablar y dejar salir todo eso. Yo estoy aquí para ayudarte.

Alma perdida I: (Rompe a llorar apenas comienzo a hablar.)

T: Eso es, no tengas temor, yo te voy a ayudar. Contame, ¿qué te pasó?

AP: ¡Uyyyyy! —largo gemido—. ¡Ayyyyy!

T: Eso es, ¿qué te hicieron?

AP: ¡Ayyyyy! —sigue quejándose sin hablar.

T: Eso es, aprovechá este momento que la Luz está aquí. Ahora podés hablar.

AP: ¡Uyyyyy! —señalando con una mano su garganta y su boca.

T: ¿Qué le pasó a tu cuerpo? ¿Qué te pasó en la boca o en la garganta?

AP: ¡Uyyyyy! —quejándose y tocándose la lengua.

T: ¿Te pasó algo en la lengua?

AP: ¡¡¡Uyyyyy!!!

T: No importa lo que haya sido, ahora Silvia te presta sus cuerdas vocales, su lengua y su voz para que puedas hablar. Ahora podrás hablar. Eso es, usá la

lengua de Silvia.

AP: ¡Aaaaa! ¡Aaaaa! —comienza a articular algunos sonidos.

T: Eso es, probá con los sonidos. Muy bien.

AP: ¡Ahhh! Cara... —hablando con voz entrecortada.

T: Eso es, muy bien, adelante.

AP: Corte... lengua... la cortaron.

T: Sí, seguí. Yo te voy a ayudar, ahora podés hacerlo. ¿Qué te pasó?

AP: Unos... hombres... grandes... brazos... gordos...

T: Eso es, ¡muy bien!

AP: Estaba... atado... con cadenas. Las manos... los pies... ¡Ay! Ellos... me cortaron... la lengua.

T: ¿Y a qué se debió que te cortaron la lengua? ¿Qué pasó?

AP: No... estoy... seguro... Me parece que fue porque conté algo... ¡Ahhh!

T: Eso es, dejá salir todo.

AP: No sé... por qué... estoy acá... Tengo... mucho mie...do... ¡mucho miedooooo!

T: Bueno, escuchame que yo te voy a explicar. Lo que pasó es que después de que te cortaron la lengua probablemente tu cuerpo se murió. Y, al morir tu cuerpo, estabas muy asustado, con mucho miedo y no sabías adónde ir y te perdiste. Entonces, en lugar de ir al mundo de la Luz, te quedaste perdido en la Oscuridad hasta que en algún momento te encontraste con Silvia, buscaste refugio en ella y después te quedaste atrapado ahí. De modo que ahora estás en el cuerpo de una mujer, un cuerpo que no es tuyo porque este es un cuerpo de mujer. Y como al quedarte atrapado te quedaste dentro del campo vibratorio de Silvia, ella está sintiendo todo lo que te pasa a vos. Y eso le trae muchos problemas....

AP: ¡Ay! Pero... yo no quiero... lastimarla...

T: Sí, yo sé que no quisiste lastimarla; simplemente buscaste un lugar para esconderte, para refugiarte, ¿no es cierto? Pero ahora vamos a resolver todo eso. Yo estoy acá para ayudarte a encontrar el camino de regreso a la Luz.

AP: ¡Ayyy! Estoy muy triste... y tengo... mucho... miedo...

T: Sí, me lo imagino, pero yo le voy a pedir a Dios que te abra las puertas de la Luz, las puertas del cielo, y te van a venir a buscar tus ángeles protectores. Vas a ir a la Luz donde vas a estar cuidado y protegido y donde nadie te podrá hacer nada. Te vas a olvidar de todos estos pesares y de este sufrimiento. Quedate tranquilo que los ángeles te van a venir a buscar y te van a llevar.

AP: ¡Ahhh! —suspiro de alivio.

T: "Humildemente, Señor, te pedimos que abras las puertas de tu reino para recibir a este niño que ha estado escondido en la Oscuridad. Señor, en tu infinita misericordia, te rogamos que envíes a tus ángeles protectores para que vengan a buscarlo. Abre las puertas de tu reino, envía tu rayo de luz, muéstrale el sendero que lleva a la gloria celestial. Señor, concédenos la gracia de la liberación, de la luz y del amor para este ser sufriente". Prestá atención porque ahí viene la espiral de luz junto con los ángeles que te vienen a buscar. Agarrate fuerte de sus alas, ellos te van a llevar.

AP: ¡Ahhh! —tosiendo y extendiendo sus brazos.

T: Eso es, arriba, arriba. En cuanto entres en la Luz todo esto va a desaparecer. Eso es.

AP: ¡Ahhh! —suspirando y volviendo a respirar con normalidad.

T: ¿Hay alguien más allí que quiera aprovechar este momento para ir a la Luz? Las puertas del cielo están abiertas y todos los que quieran ir hacia la Luz pueden hacerlo...

Alma Perdida II: Tengo miedo de irme —con otra voz.

T: Yo te voy a ayudar. Tranquilo que no hay ningún apuro. Contame qué te pasó.

AP: Me mataron. Me parece que me clavaron algo redondo acá —tocándose el estómago—. No sé qué hago acá. A ella no la conozco.

T: ¿Y cómo llegaste acá?

AP: Me parece que fue con Carlitos, pero Carlitos se fue.

T: ¿Y por qué no te fuiste con Carlitos?

AP: Yo estaba muy enojado, no me quería ir con él. Él estaba enojado conmigo, estaba furioso. Me dio miedo irme con él, qué sé yo adónde se fue. Eso de la Luz... no sé qué es.

T: Bueno, yo te voy a explicar porque ahí es adonde se fue Carlitos.

AP: Con el negro, se fue. ¡Y a mí me dejaron acá! —llorando—. ¡Estoy solito acá! ¡Yo soy chiquito! Estoy solito y no sé qué hacer.

T: ¿Y qué fue lo que te pasó a vos? ¿Cómo fue que te mataron?

AP: Me parece que era muy chiquito, como... ¡un bebito! —llorando—. Me parece que hay guerra. Yo estoy envuelto en una manta y me dejaron en un tacho...

T: Eso es, seguí.

AP: ¡Ay! Me mataron... porque era judío... y no sé nada más. ¡No nos quieren, no nos quieren!

T: Tranquilo, ahora vamos a arreglar todo eso. Yo voy a rezar por vos en hebreo y vas a encontrar el camino de regreso a casa, allí adonde se fue Carlitos. Vos sabés que Carlitos se fue a la Luz. Allí no hay persecuciones porque sólo reina el amor. Quedáte tranquilo que los hombres malos no entran allí. Vamos a pedirle a Dios que te envíe un rayo de luz para mostrarte el camino de regreso a casa y sus ángeles te van a venir a buscar. "Humildemente, Señor, elevamos esta plegaria del Kádish por este bebé". (Rezo el Kádish en hebreo.) Eso es, andá hacia la Luz en el Santo Nombre de Dios. Ya está aquí la espiral de luz y los ángeles vinieron a buscarte. Eso es, entrá en la Luz y estarás en la paz del Señor. "Shemá Israel, Adonai Elohenu, Adonai Ejad". (Oye Israel, Dios, nuestro Señor, es uno solo.)

AP: ¡Ahhh! —aflojándose.

T: ¿Hay alguien más allí que quiera aprovechar? No tengan temor, que las puertas del reino de los cielos están abiertas de par en par para que todas las almas de buena voluntad puedan regresar al reino del Señor.

Silvia: Mmm... Veo como un cordón blanco —dice Silvia con voz afónica—. Como si hubiera un trapo acá dentro que se enrosca. ¡Uhhh!

T: Eso es, dejá salir lo que sea.

S: Veo un cuerpo todo envuelto en género blanco. Está atado, como si estuviera dentro de mí.

T: ¿Cómo es eso que está dentro de vos?

S: Es como si fuera una momia. La siento dentro de mí. Acá están los pies... ¿Qué es esto?

T: Fijáte, ¿qué es eso?

S: ¡Ayyy! ¡Es mi bebé! ¡Se murió! ¡Acá están los pies! —señala el estómago—. ¡Mi bebé! —llorando—. ¿Qué voy a hacer? No quiero que me lo saquen. ¡No! Yo no le voy a decir nada a nadie. Yo quiero que se quede dentro de mí.

T: Eso es, seguí.

S: Yo sé lo que pasó. Me lo sacaron muerto, pero su almita está acá.

T: ¿Y cuándo fue que te lo sacaron muerto?

S: No sé, aunque me decían que se iba a podrir en la panza.

T: Muy bien, ahora es el momento de dejar que su alma...

S: ¡Nooo! Nooo! —llorando.

T: ... y vos también podés ir a la Luz. ¿Quién está hablando ahora?

Alma perdida III: Yo soy la mamá de él y me quedo con él.

T: Bueno, te podés ir con él a la Luz; se pueden ir los dos juntos. Y ahí en la Luz los dos van a estar bien. ¿Sabés una cosa? El cuerpo se muere, pero el alma no muere nunca y vos te podés ir a la Luz con ese ser que fue tu bebé...

AP: Yo no voy a dejar que él se vaya solito. Él está conmigo.

T: Y llevátelo con vos, si vos también podés ir hacia la Luz.

AP: ¿Y cómo voy a hacer? Yo no sé...

T: Es muy fácil, es mucho más fácil de lo que vos creés. Yo te voy a ayudar y le vamos a pedir a Dios que te envíe a sus ángeles protectores para que ellos te lleven y te guíen. Ellos te van a llevar de la mano y, allí en la Luz, los ángeles se van a ocupar de vos y de tu bebé.

AP: Mi bebé... —apretando los brazos contra su pecho.

T: Sí, agarralo fuerte a tu bebé. Te lo vas a llevar con vos, nadie te lo va a sacar. Ahí, en la Luz, te van a cuidar y vos y tu bebé estarán bien. "Humildemente, Señor, en este día, te pedimos que abras las puertas de tu reino para recibir a esta mamá con su bebé...

AP: —rompe a llorar—.

T: …Señor, en tu infinita misericordia te pedimos que te apiades de esta alma que ha estado perdida en la oscuridad junto a su bebé. Abre las puertas de tu reino, muéstrale tu luz y envía a tus ángeles protectores para que vengan a buscarla. Señor, humildemente te pedimos ahora que envíes a tus ángeles para que vengan a buscarla". (Rezamos el Ave María. Siempre es oportuno solicitar la ayuda de María cuando se trabaja con niños o con madres.) Andá hacia la Luz que todo va a salir bien para vos y para tu bebé.

AP: ¡Ahhh!

T: ¿Hay alguien más que quiera ir a la Luz? Ahora, todos pueden ir a la Luz.

Alma Perdida IV: ¡Pfff! —resoplando. (¡Otro más! Y ya van... ¿cuántos?)

T: ¿Quién está ahí? Adelante, ¿qué te pasó a vos? ¿Cómo llegaste acá con Silvia?

AP: No sé.

T: ¿Querés contarme algo?

AP: Nnn, Nnn. —moviendo la cabeza en forma negativa.

T: ¿Sabías que este no es tu cuerpo?

AP: Nnn, Nnn.

T: ¿No sabías eso? Bueno, mirá, yo te voy a explicar. Antes de estar acá, vos tenías tu propio cuerpo y, si observás bien, vas a ver que este es un cuerpo diferente al que tenías vos.

AP: Ella tiene una camiseta como la mía —con voz gruesa.

T: Sí, puede ser, pero vos, ¿sos hombre o mujer?

AP: Hombre.

T: ¿Y qué estás haciendo en el cuerpo de una mujer? Puede ser que la camiseta sea igual, pero este cuerpo tiene cosas que los hombres no tienen y le faltan cosas que tienen los hombres. Mirá los aros, las cadenitas, los anillos... Mirá este cuerpo, es un cuerpo de mujer. ¿Qué hacés en un cuerpo de mujer?

AP: Acá estoy tranquilo. Me cuidan.

T: Me lo imagino, por eso te viniste acá. En algún momento, de alguna manera, te encontraste con Silvia y te quedaste acá porque te sentías cuidado y protegido. Pero sucede que eso no es lo correcto, eso no está bien. Cuando el cuerpo muere, y a tu cuerpo algo le pasó, el alma deja el cuerpo y se va al cielo, al mundo de la Luz. A lo mejor, luego de la muerte de tu cuerpo, te encontraste solo, perdido y sin saber adónde ir hasta que llegaste al cuerpo de Silvia. Algo te atrajo a Silvia y ahí quedaste atrapado en su campo energético.

AP: Ella es muy linda, por eso me gustaba estar ahí.

T: Claro, pero, ¿sabés qué ocurre? Sucede que al quedarte con Silvia ella siente tus sensaciones, tus pensamientos y eso la confunde y la perturba porque Silvia siente todos tus dolores y eso la confunde mucho y le trae muchos problemas.

Ahora podés ir a la Luz, hacia donde van todas las almas; ese es tu lugar. El mundo de la Luz y del amor adonde todos regresamos después de nuestro pasaje por la Tierra.

AP: Sí, pero yo no me quería ir —protestando.

T: ¿Qué pasó que no te querías ir? ¿Qué le pasó a tu cuerpo? ¿Cómo se murió tu cuerpo?

AP: Se enfermó de cáncer, en la panza.

T: ¿Y a qué se debe que no te querías ir?

AP: Tenía mucho miedo de lo que iba a pasar después.

T: Yo te entiendo porque como habitualmente esto no se explica todas las personas tienen miedo de lo que va a pasar después de que se muere su cuerpo. En realidad, lo peor lo estás pasando ahora porque, en este momento, podrías estar en la Luz, tranquilo, feliz, rodeado de amor haciendo lo que vos querés, mientras que acá estás en la oscuridad, supeditado a lo que haga o deje de hacer Silvia. Ahora, tenés la oportunidad de dejar este lugar y de partir hacia el mundo de la Luz. Voy a pedirle a Dios que te muestre el camino de regreso a casa. Las puertas de la Luz se abrirán para vos y todos estos dolores desaparecerán para siempre porque estos dolores son producto de la ilusión de seguir aferrado al cuerpo. En el instante en que te sueltes del cuerpo, todo esto desaparecerá.

AP: ¡Ahhh!

T: Voy a rezar por vos para que Dios te ayude a volver a casa. "Gran Dios del Universo, Creador del cielo y de la tierra, Padre de todo lo creado, Santificado sea Tu Nombre en todo el Universo, perdona, Señor, nuestra maldad, líbranos de todo mal y no nos dejes caer en la tentación, en el nombre del Espíritu Santo". Prestá atención porque las puertas de la Luz se abrirán para vos. Dejá que la Luz te envuelva, los ángeles protectores ya vienen a buscarte y te elevarás hacia el reino celestial. Eso es.

AP: Mmmmm... (Otro timbre de voz, parece que hay alguien más.)

T: ¿Hay alguien más? Quienquiera que seas, quiero que sepas que también hay

una oportunidad para vos. Hoy ya se han ido varios hacia la Luz, también vos te podés ir.

AP: (Se estira moviéndose para ambos lados.)

T: Eso es, adelante.

Alma Perdida V: Nosotros no podemos...

T: ¿Cuántos son? ¿¿¿Cinco??? (Me muestra los cinco dedos de la mano) ¿Qué están haciendo acá los cinco?

AP: Estamos juntitos. Somos cinco hermanitos. Nos ahogamos.

T: Pero, ¿cómo pasó eso?

AP: En un barco y estamos todos juntitos acá. ¡Tenemos mucho miedo! Estamos solitos, muy solitos —llorando—. ¿Quién nos va a esperar allá? No conocemos eso.

T: ¿Qué pasó con tu mamá y tu papá?

AP: Se murieron... y no nos encontramos más.

T: ¿Sabés por qué no se encontraron más? Porque tu mamá y tu papá se fueron hacia la Luz y ustedes se quedaron atrapados acá, por eso no los pueden encontrar. Pero ellos los han estado buscando desde hace mucho tiempo y ahora van a venir acá a buscarlos. Vamos a pedirle a Dios...

AP: ¡Ahí están! ¡Están ahí! —llorando—. ¡Es verdad! ¡Están los dos!

T: ¿Viste? No se olvidaron de ustedes.

AP: ¡Mami! —gritando y llorando—. ¡Mami! No tengo fuerzas... ¡Mamá! ¡Mamá!

T: Vamos a pedirle a Dios para que te ayude a vos y a tus hermanitos. "Señor, humildemente te pedimos en este día que mantengas las puertas de tu reino abiertas para que estos niños puedan regresar con sus padres al reino de la Luz. En tu Santo Nombre te pedimos esta gracia. Envía a sus padres para que vengan

a buscarlos. Que tu rayo de luz ilumine a estos seres y que tu espiral los eleve al reino de los cielos”.

AP: ¡Mamá! ¡Ahhh! ¡Ahhh!

T: Eso es, vayan con sus padres, corran a abrazarse, vayan hacia la Luz. Eso es, muy bien.

AP: ¡Ahhh! —largo suspiro.

T: ¿Hay alguien más allí, Silvia?

Silvia: Parecería que por ahora, no.

T: Entonces, elegirás un color...

AP: El verde.

T: Muy bien, entonces te envolverás en el color verde absorbiendo la energía del color verde con todo tu ser. Y vas a regresar aquí, a este día martes veintitrés de febrero de mil novecientos noventa y nueve repitiéndote a vos misma: yo soy yo, profundamente yo y en mi cuerpo físico y en mi campo vibratorio mando yo.

AP: Yo soy Silvia, yo soy yo, profundamente yo y en mi cuerpo físico y en mi campo vibratorio mando yo.

***

¡Qué trabajo! ¿No es cierto? ¿Cuántos se fueron? Al final yo ya había perdido la cuenta y no me atrevía a preguntar si había alguien más. En total, en las tres sesiones, se fueron catorce almas perdidas. A este número hay que agregarle otras seis que se fueron en una sesión en la que Silvia hizo el corte de cordones energéticos con familiares y conocidos. O sea que en total, entre todos los trabajos realizados por Silvia se desprendieron de ella veinte entidades. Una vez más, ¿cómo es posible manejar las emociones con tantos inquilinos en nuestro campo vibratorio? Esta era la razón por la cual, a pesar de todo su trabajo

terapéutico, Silvia no podía terminar de liberarse de la angustia, la tristeza y el llanto.

En particular, la última sesión fue un desfile de una galería de personajes. Parece que algunos de ellos se conocían, como el niño judío que estaba con Carlitos y el negro. Esta es otra evidencia de que la presencia de las almas perdidas no tiene nada que ver con la creencia del paciente, ya que Silvia no es de origen judío. Sin embargo, el Kádish funcionó muy bien porque el alma del niño seguía en su creencia original.

Fue muy impactante también la aparición de la mamá junto con su bebé. Al principio parecía que era Silvia en una experiencia de vida pasada, pero luego apareció la mamá del bebé a reclamar lo que era suyo. Afortunadamente todo se desarrolló en calma y todos los seres que se manifestaron pudieron regresar a la Luz sin reticencias.

¿Qué cosa facilitó en Silvia la presencia de tantas entidades? Pienso que hay que considerar tanto los factores de vidas anteriores como los de esta vida. Varias de las entidades tenían asuntos pendientes de otras vidas con Silvia y, al mismo tiempo, Silvia arrastraba una culpa ancestral proveniente de existencias previas. De modo que su campo vibratorio ya estaba abierto y expuesto al accionar de entidades intrusas. Por otro lado, en su primera venida a esta vida, Silvia se suicidó dentro del útero, provocando un aborto espontáneo en su mamá. La negativa y el rechazo a nacer seguramente determinaron la retirada o la detención del descenso de gran parte de su energía vital. Si a eso le agregamos que en su infancia recibió castigo físico de parte de su padre, no debe sorprendernos que su campo de protección fuera totalmente vulnerable y permeable a la entrada de entidades de otra dimensión. Pienso que este es el motivo por el cual había tantas entidades acompañando a Silvia.

Luego de esta experiencia Silvia siguió trabajando consigo misma. Esta es una de las razones por las cuales elegí su trabajo para incluirlo en este libro. Porque Silvia nos enseña que el trabajo de sanación del alma no termina con la partida del huésped que habitaba en nuestro campo vibratorio. Silvia trabajó con las almas perdidas, pero también trabajó con su sombra, con el lado oscuro de su alma. Su evolución y crecimiento posterior han sido notables. Luego de trabajar como paciente, Silvia se formó en TVP conmigo y más tarde fue supervisora del curso anual de formación de terapeutas. Al momento de escribir estas líneas Silvia acaba de terminar su primer libro*.

Veamos ahora el comentario final de este capítulo a cargo de Silvia, siete años después de esta experiencia.

“Cuando llegó a mis manos este capítulo, recordé sorprendida mis experiencias de liberación de almas perdidas. Ya no recordaba la cantidad de energías extrañas que habían cohabitado conmigo impidiéndome la conexión con mi Ser esencial.

Como relata José Luis, no es casual que se hubieran adherido a mi campo vibratorio. Indudablemente, la historia que traía mi alma de las experiencias vividas en otros cuerpos, sumada a las vivencias actuales durante el período de mi gestación, el nacimiento y mi primera infancia, fueron el portal de entrada para estas almas.

Sé que nuestro campo energético vibra a una determinada frecuencia que está directamente relacionada con el estado de nuestro cuerpo físico, el cuerpo mental y el emocional. Entonces, fue por la ley de resonancia que atraje a mi vida no sólo esta cantidad de entidades, sino también determinadas experiencias de vida y personas.

Este trabajo me permitió ir conociendo la esencia de mi alma y desprenderme de emociones muy fuertes como el enojo, el sentimiento de abandono, la tristeza, la confusión y el desorden emocional. Si no me hubiera liberado de estas entidades hubiese sido muy difícil entrar en contacto con mi sombra.

El trabajo con mi sombra me permite no sólo conocerme en profundidad, sino aceptarme como soy para ir integrando mi luz y mi sombra. La consecuencia de este proceso interior me ayudó también a sentir mayor aceptación, misericordia y compasión por los demás seres humanos.

Explorar las heridas de mi alma y la liberación de entidades y almas perdidas fue y es para mí como ir desmontando un bosque; primero se podan las partes más gruesas y visibles y después comienza la poda fina, sutil e imperceptible. Les deseo desde lo más profundo de mi Ser que mi experiencia los anime y les dé coraje para que recorran este maravilloso camino de búsqueda de su verdadero ser. Les aportará libertad y los guiará al reencuentro con sus almas.”

Con amor,

Silvia

* Amar, Silvia, Una mujer en busca de su alma, Continente, Buenos Aires, 2007.

Capítulo XI

Reflexiones finales

Según la física cuántica, podemos existir en un infinito número de mundos. Dichos mundos interactúan constantemente en dimensiones que no podemos experimentar, juntándose y separándose cada vez que uno lleva a cabo una sola observación. Un átomo puede ocupar de un modo simultáneo un número infinito de posibles posiciones hasta que es observado por el observador. Recién entonces ocupará una sola posición en el espacio. Es el acto de modificar la conciencia el que hace que uno decida o piense que está en un universo o en otro. Los universos se solapan y conforman un holograma. Desplazarse de un mundo a otro es simplemente cambiar el punto de vista en el holograma. Es sólo nuestra creencia y nuestro juicio lo que nos impide el acceso a otras dimensiones.

De la mano de las almas perdidas hemos tenido acceso a un mundo que no sólo existe simultáneamente con el nuestro sino que además interactúa activamente con nosotros. No se trata de mundos paralelos, sino de dimensiones simultáneas y sincrónicas. Todo está junto y todo está ocurriendo al mismo tiempo, aquí y ahora, sólo que como nuestra conciencia está enfocada en el mundo material y absorbida casi permanentemente por las preocupaciones cotidianas no podemos percibir ese otro mundo que es tan real y tangible como la realidad física. Todo lo que necesitamos es desplazar la conciencia y enfocarla en el mundo espiritual.

Pienso que las historias precedentes son suficientes para que comprendamos que las almas perdidas son una realidad verdadera y, sobre todo, para entender de qué manera pueden influenciar en nuestras vidas. Lo que hemos visto aquí es tan sólo una pequeña muestra, porque las posibilidades del accionar de las entidades son prácticamente infinitas y, seguramente, otros profesionales podrían aportar variantes y experiencias que aquí no hemos mencionado.

Una vez que hacemos consciente esta realidad podemos embarcarnos en el trabajo terapéutico tanto del paciente como de la entidad motivo de la perturbación y llegar a niveles de sanación antes inalcanzables. Varios terapeutas me han comentado que más de una vez experimentaron haber llegado a un límite

que no podían traspasar. Ir más allá de las creencias personales es lo que nos permite trascender ese límite, ya que cualquier creencia constituye un límite en sí misma. Sin embargo, habiendo llegado a este punto, si nos detuviéramos aquí correríamos el riesgo de fascinarnos y quedarnos tan sólo con el aspecto anecdótico y fenomenológico. Las almas perdidas nos obligan a reflexionar y a considerar varios aspectos importantes para ir más allá todavía.

El primer punto es el reconocimiento de que hay otro mundo que está en éste y cuyos habitantes interactúan con nosotros, los encarnados, a veces más íntimamente de lo que lo hacemos con nuestras relaciones habituales.

El segundo aspecto es tomar consciencia de que las almas perdidas afectan definitivamente nuestras vidas y que muchas veces pueden manipularnos o interferir con nuestros procesos mentales y nuestras decisiones vitales sin que siquiera nos demos cuenta de lo que está ocurriendo.

El tercer punto es más inquietante. Si recordamos que las almas perdidas son también campos de energía, y que inclusive pueden ser partículas que generan su propio campo gravitatorio, ¿qué otras energías podrían interferirnos sin que tengamos consciencia de ello? ¿Estamos expuestos a la acción de energías foráneas como las que podrían originarse en otras galaxias o sistemas estelares lejanos en el tiempo lineal? Sabemos también que podemos ser afectados por los pensamientos proyectados de otras personas. ¿Qué tal si podemos ser alcanzados por mensajes u órdenes telepáticas subliminales? La publicidad y la propaganda política, ¿no quedarán finalmente incrustadas en nuestro campo vibratorio? La repetición y la intensidad de los mensajes, ¿no serán otra forma de invasión psíquica generando comportamientos y corrientes de opinión? No somos conscientes de nuestro circumconsciente, como lo llamaba Sri Aurobindo. Por lo tanto, somos vulnerables a cualquier cosa que entre en nuestro campo vibratorio y a la que no podamos decirle que no, simplemente porque no sabemos que ha invadido nuestra atmósfera vital.

El cuarto aspecto se refiere a las posibilidades terapéuticas para una serie de problemas que podrían ser vistos desde otro enfoque. El fenómeno de la obsesión-posesión podría ayudar a comprender la conducta anormal, así como algunos problemas mentales, emocionales y físicos. En particular los casos de personalidad múltiple o disociada y algunas neurosis y psicosis podrían verse beneficiados si se considerara la posibilidad de que la persona afectada fuera víctima de una invasión psíquica. Esto no significa dejar de lado ni la

medicación ni el tratamiento habitual, sino ahondar en la causa primaria o desconocida del problema y efectuar un abordaje terapéutico complementario. Quién sabe cuántos pacientes que se encuentran internados en psiquiátricos no son personas que han perdido el juicio sino que están subyugados por una entidad pensante extraña. Simplemente, se trata de utilizar la posesión como hipótesis de trabajo.

Al respecto, cabe señalar que hay una gran cantidad de material documentado y cuidadosamente evaluado antes y después del 1900. Se trata de un cuerpo de datos casi desconocido hoy. Ignoro por qué motivos toda esta experiencia ha quedado en el olvido, sepultada quizás a propósito. Adam Crabtree ha hecho una recopilación impresionante de bibliografía sobre este tema. Claro que casi en su mayoría se encuentra en idioma inglés. Mucha de esta bibliografía se refiere a los estados de doble conciencia y alteraciones de la personalidad y ha sido publicada no sólo en libros sino también en revistas científicas de psicología, psiquiatría e hipnosis.

Edith Fiore afirma que las inteligencias desencarnadas constituyen el factor activo y excitador en muchas de las psicosis y aberraciones. Por su parte, Wickland ya había observado neurosis de guerra en combatientes de la Primera Gran Guerra debido a la obsesión ejercida por el espíritu de algún soldado muerto inconsciente todavía de su fallecimiento. Algo similar se encontró en un estudio realizado en el Colorado State College a cargo de Maurice Albertson, Bill Baldwin y Dan Ward (citado por Winafred Lucas). El estudio se llevó a cabo debido a la falta de respuesta a la psicoterapia en el tratamiento de veteranos de Vietnam afectados de síndrome pos traumático. La hipótesis de los autores fue que soldados muertos en el campo de batalla, debido a lo repentino de sus muertes, no habían podido hacer la transición, adhiriéndose a sus compañeros vivos, provocando desórdenes en estos soldados. Si bien rápidamente se obtuvieron resultados favorables con este abordaje, el estudio no pudo ser concluido por falta de fondos.

Wickland nos proporciona otro detalle que es interesante. En su investigación él utilizaba en ocasiones una corriente estática que aplicaba al paciente, logrando con esto que la entidad invasora se transfiriera a su esposa que era médium y, de esta forma, dialogaba con el espíritu para instruirlo. Las entidades se sentían muy molestas con esta corriente y, por ese motivo, abandonaban transitoriamente a la persona a la cual se habían adherido. Esta podría ser una explicación de la efectividad del electroshock en algunos casos. Parece ser que la descarga

eléctrica obliga a la entidad parásita a abandonar el campo vibratorio de la persona que ha invadido, al menos por un tiempo.

Como ya lo he expresado en alguna oportunidad, no tengo experiencia en el trabajo con psicosis, pero estoy convencido de que un psiquiatra especializado que aceptara trabajar con la posesión o la invasión psíquica tan sólo como hipótesis de trabajo, podría efectuar grandes avances en este sentido y ampliar las fronteras actuales de la psiquiatría.

El quinto punto a considerar se trata de la protección a nuestros hijos. A través de las experiencias habrán podido constatar cuán vulnerables son los niños al accionar de las almas perdidas. Por supuesto, lo que cada uno trae de otras vidas ya viene en la mochila del alma, pero si tomamos consciencia de la vulnerabilidad de un niño, hay muchas cosas que se podrían evitar. No es una buena idea llevar de visita a un niño a aquellos lugares en los que hay una concentración importante de almas perdidas; en particular cementerios, hospitales, velatorios (tanatorios en España), presidios, psiquiátricos, casas viejas y abandonadas y sitios donde hubo atentados o genocidio. Hay ocasiones en que esto es inevitable. Cuando no queda más remedio que llevar al niño, hay que protegerlo envolviéndolo en una esfera de luz azul, poniendo toda la intención al hacerlo. También podemos pedir la protección del Arcángel Miguel para el niño. Pero el aspecto más importante es cómo cuidamos al niño en la intimidad del hogar. Recuerden que un niño necesita de nuestra energía para formar su campo de protección y que obtiene esta energía por medio de la atención que le brindan sus padres. Si los padres no le dan la atención que el niño necesita, le faltará la energía necesaria para protegerse de la invasión por energías intrusas. El cuidado implica, además, respetar la integridad del niño y no someter su voluntad jamás. Hacerlo significa quebrarlo moralmente y es ahí cuando el niño pierde su integridad y esto implica perder su energía vital. Ni hablar del castigo físico; recuerden la infancia de Silvia y las consecuencias que tuvo para ella.

Cuando un niño es maltratado, ya sea física como psíquicamente, queda una brecha en su campo vibratorio que es un portón para la invasión por entidades extrañas. Además, debemos ser extremadamente cuidadosos al dirigirnos a un niño, ya que nunca podemos saber el verdadero impacto de gestos, palabras y actitudes que para nosotros tal vez pasan desapercibidos, pero que para el niño son una verdadera hecatombe. Y una cosa más. Si su hijo o su hija les dicen que alguien abusó de él o de ella, por favor créanles, defiéndanlos y hagan lo que

tengan que hacer, así se trate de un familiar cercano. Lo peor para un niño abusado puede que no sea el abuso en sí sino sentirse traicionado y abandonado a su suerte por sus padres.

El siguiente punto a reflexionar es, quizás, el más importante y trascendente de todos ya que nos confronta a nosotros mismos con la posibilidad de convertirnos en almas perdidas en el momento de nuestra muerte.

Un axioma clásico de la Medicina dice que es mejor prevenir que curar. No hay necesidad de esperar a que una persona se convierta en un alma perdida. Es necesario actuar antes y entender que cualquiera de nosotros puede convertirse en un alma perdida. Así como nos suceden cosas que creemos que nunca nos ocurrirán, este es un hecho más que puede acontecernos. Las almas perdidas nos confrontan con el acontecimiento de nuestra propia muerte y, sobre todo, con nuestro devenir luego de la muerte. ¿Qué va a ser de nosotros después de dejar este envase? ¿Volveremos a la Fuente de donde hemos salido o nos quedaremos retenidos en el plano físico? Hablar de almas perdidas es hablar de la muerte, algo muy necesario todavía ya que, a pesar de la cantidad de libros publicados sobre ella y sobre el arte del buen morir, aún seguimos dándole la espalda, ignorando y despreciando su verdadero significado.

Por las dudas les recuerdo qué cosa es eso que llamamos muerte: es el proceso mediante el cual el alma encarnada se separa y se desprende definitivamente del cuerpo físico que estaba habitando. Ya, antes de nacer, sabemos que vamos a morir. Llegamos, hacemos nuestro trabajo, cumplimos con nuestro propósito y nos vamos de vuelta a casa, a la Luz. Muchas veces, antes de encarnar, cuando tenemos que hacernos cargo de una vida difícil, el único consuelo que tiene el alma es la certeza de que al final retornará a la Fuente de donde salió. Pero como hemos perdido la consciencia de nuestro verdadero origen y de nuestra verdadera esencia; como nos hemos olvidado de que la experiencia en el cuerpo no es otra cosa que eso mismo, una experiencia del alma; como hemos tergiversado el sentido de la muerte y hemos creado un mito trágico alrededor de ella, cuando finalmente llega el momento ansiado de regresar a la Luz, extraviamos el camino de regreso y nos quedamos a mitad de camino, suspendidos entre dos mundos y, encima, fastidiando a los vivos y alimentándonos de su energía.

La pregunta entonces es: ¿qué hacer para no extraviar el camino? ¿Qué hacer para no convertirnos en un alma perdida, para no quedar atrapados en un limbo

eterno? ¿Cómo me preparo para el momento de la partida?

Lo primero ya lo hemos hecho, leer este libro. Si llegaron hasta aquí, ya tienen la suficiente conciencia y el conocimiento necesario para comprender qué es lo que nos espera si no hacemos nuestra tarea mientras estamos vivos. Ahora, hemos hecho consciente esta realidad y esto constituye de por sí una diferencia enorme.

El paso siguiente es comprender la naturaleza de nuestras relaciones y de nuestros vínculos afectivos cuando todavía estamos en el cuerpo físico. ¿Soy un padre controlador o una madre sobreprotectora? ¿Estoy encima de mis hijos sin darles espacio y posibilidad de desarrollarse en forma independiente? ¿Estoy aferrado a mis hijos y no puedo soltarlos? ¿Puedo dejar que los otros hagan su aprendizaje y su experiencia por sí mismos? ¿Estoy apegado todavía a mi madre? ¿He cortado realmente el cordón umbilical? ¿Estoy aferrado a mi pareja y absorbo su atención y su energía todo el tiempo? ¿Quiero quedarme para ver crecer al nieto que no vi nacer?

Si pretendo avanzar en la muerte como un ser libre, debo comenzar por tomar consciencia de esta condición y cortar los lazos afectivos que me atan mientras estoy vivo. El trabajo hay que hacerlo aquí, mientras estamos en el cuerpo físico. Para eso hemos venido, justamente. Cada uno tiene que hacer su trabajo, pero hay que hacerlo aquí. Si pienso que lo voy a completar después de dejar el cuerpo estoy totalmente errado. Como ya lo dije en una oportunidad, nadie se convierte en maestro por el simple hecho de morir. Insisto; el trabajo hay que hacerlo mientras estamos aquí. De hecho repetimos experiencias y volvemos al cuerpo físico porque todavía, entre otras cosas, estamos tratando de completar lo que no hicimos anteriormente.

Lo que dejemos inconcluso ahora se convertirá en una asignatura pendiente en la próxima vida. De modo que tengo que resolver todos estos interrogantes ahora, porque si estoy encima de mi hijo, voy a seguir haciendo lo mismo después de dejar el cuerpo y, como ya lo vieron, voy a interferir en su relación de pareja porque, siendo su papá o su mamá, yo sabré mejor que él o ella qué es lo que le conviene. Si vivo de la energía de mi pareja, eso es lo que voy a seguir haciendo del otro lado. Me gusta ella, la amo y quiero seguir a su lado todo el tiempo y, si puedo, procuraré que se enferme así se viene conmigo cuanto antes. Y si muero joven, no voy a permitir de ninguna manera que se le acerque otro hombre. Ella debe conservarse casta y pura y honrar la memoria de su marido.

Y así, sea por lo que fuere, me convertiré en un alma perdida y quedaré atrapado aquí sin darme cuenta de que mi verdadero destino está en otro lado.

Luego de revisar mis relaciones, debo examinar mis emociones, sentimientos y creencias. ¿Siento rencor, resentimiento, rabia, odio o furia con alguien en particular? ¿Hay personas o situaciones que debería o necesitaría perdonar? ¿O necesito pedir perdón a alguna persona en particular para quedarme en paz? ¿Siento culpa por algo que hice y de lo que estoy arrepentido? ¿Creo que me van a castigar en el más allá? ¿Tengo miedo de ir al infierno? ¿Siento que no soy merecedor del perdón de Dios? ¿Me considero un pecador?

Cualquiera de estos sentimientos o creencias es suficiente para impedirme el vuelo hacia la Luz. Si creo en el infierno y que me van a castigar por algo que hice, ni loco me voy a acercar a la Luz. Más bien me voy a esconder, no sea cosa de que me reten y me castiguen. Si siento rabia o rencor con alguien en particular, lo más probable es que me quede a su lado para hacerle la vida imposible y vengarme así de sus maldades. ¿Se acuerdan de Federico, el bisabuelo de Ramiro? Lo mismo nos puede pasar a nosotros. En cualquiera de estos casos es necesario comenzar a trabajar con estas emociones y sentimientos aquí y ahora. No importa el tiempo que nos lleve. No estamos obligados a resolver todo esto de un plumazo. Las emociones tienen sus razones y hay que respetarlas. Lo que importa es que, cuando llegue el momento de partir, pueda perdonar todo lo que tenga que perdonar y pedir perdón por lo que necesite pedir perdón, aunque sólo sea por aquella barra de chocolate que sustraje a escondidas de mamá. Lo que cuenta es que, en el momento de la muerte, ningún sentimiento o emoción perturbe la serenidad que mi alma necesita para emprender su viaje de retorno.

Puede que no se trate ni de rencor, ni de culpa, ni de miedo de ir al infierno, pero es posible que me sienta insatisfecho o frustrado o decepcionado con la vida que llevo. ¿Estoy satisfecho con lo que hice en mi vida hasta aquí? ¿Estoy cumpliendo con el propósito que traje para esta vida? ¿Tiene sentido lo que estoy haciendo? Si me tocara partir ahora, ¿hice lo que se suponía que venía a hacer o dejo la tarea inconclusa? Preocupaciones de esta naturaleza, a veces vinculadas a la auto exigencia, podrían retenernos en este plano porque continuaríamos realizando nuestro trabajo habitual porque consideramos que es nuestro deber, riesgo que corren los que son adictos al trabajo, workaholic en inglés.

Personalmente, una cosa que me preocupaba era la escritura de este libro. Yo

sentía que era una tarea que me quedaba pendiente y que se demoró más de la cuenta. Ahora siento que he cumplido con lo que tenía que hacer. Es probable que todavía pueda escribir un par de libros más, pero con lo realizado hasta aquí me siento satisfecho. Por supuesto que todavía tengo muchas cosas que aprender y mucho por evolucionar, pero si tuviera que partir ahora podría irme en paz. Sé que no me voy a aferrar a nada y estoy seguro de que, en cuanto deje el cuerpo, partiré raudo hacia la Luz, sin escalas.

Todavía queda una cosa más por revisar: los apegos y los deseos insatisfechos. Cualquier deseo insatisfecho me anclará al plano físico para seguir experimentándolo a través de personas vivas con similares apetencias. Ya sea que se trate de sexo, adicción a la comida, al tabaco, alcohol o drogas, cualquiera de estos deseos me empujará irrefrenablemente a las personas y lugares donde pueda satisfacer aquellas sensaciones. Además de aferrarme a personas puedo tener apegos a objetos o posesiones materiales. Si me preocupa qué es lo que van a hacer con mis cosas eso también me retendrá en el plano físico. O tal vez quiera seguir disfrutando de mi lugar favorito. A lo mejor tenía un campo y no podía disfrutarlo por mis responsabilidades familiares y laborales. Ahora que estoy muerto, ¿quién me puede impedir que me vaya a vivir en donde siempre quise estar? Ese era uno de los motivos por los cuales se quedó el abuelo de Ramiro, para seguir disfrutando de la casita de Mar del Plata. De modo que también tenemos que prepararnos para soltar todas nuestras posesiones. La verdad es que no tenemos la posesión real de nada, sólo tenemos el usufructo de las cosas. Más vale que lo disfrutemos intensa y sanamente en vida, sabiendo que por más título de propiedad que tengamos, la verdad es que no poseemos nada.

Una vez que hemos resuelto los puntos precedentes nos queda lo más importante de todo lo que hemos hablado: el acto de nuestra muerte en sí. Inexorablemente, las almas perdidas nos obligan a cambiar nuestra percepción de la muerte. A esta altura de las cosas ya no deberíamos tener ninguna duda. La muerte no es el fin de nada. La vida continúa luego de hacer el pasaje, sólo que pasamos a vivir en otro plano de existencia. Lo que constituye nuestra esencia y nuestra personalidad sigue intacto. ¡Si hasta seguimos con nuestros vicios y nuestras apetencias! Entonces, ¿qué duda cabe? No dejamos de ser, seguimos siendo lo que somos.

Lo que está en juego aquí es que nuestra evolución como alma y lo que nos suceda a nosotros mismos luego de dejar el cuerpo, dependerá de cómo vivamos

nuestra muerte. La muerte debe ser vivida, porque la muerte es el último acto de nuestra existencia. Paradójicamente, la muerte es un acto de vida. Más todavía, la muerte es un acto sagrado porque, aunque lo ignoremos, es el acto más trascendental de nuestra vida física. Es el momento en el que se juega el esfuerzo y el trabajo de toda una encarnación. Es el instante de nuestra graduación. No importa lo que hayamos hecho o lo que no hayamos hecho o cuántas veces hayamos acertado o cuántas veces nos hayamos equivocado. No importa si hemos estado lidiando con nuestras falencias, rencores o egoísmos hasta el último momento, porque estaremos trabajando con nuestra alma hasta el último instante de nuestra vida. De modo que no importa cuán mal lo hayamos hecho. Si en el último instante de nuestra vida, cuando todavía estamos vivos en el cuerpo, nos damos cuenta del sentido de esta vida, nos damos cuenta de qué era lo que estábamos tratando de aprender y soltamos todo lo que tengamos que soltar, obtendremos nuestra graduación. El poeta Almafuerte (Pedro Baltasar Palacios) lo sabía:

“Todos los incurables tienen cura cinco segundos antes de la muerte.”

Para hacer de nuestra muerte un acto sagrado y asegurarnos nuestro ascenso a la Luz tras dejar el cuerpo necesitamos morir conscientemente. Más allá de los distintos tipos de muerte hay dos formas básicas de morir: podemos hacerlo en forma consciente o inconsciente.

Si en el momento de producirse la muerte estamos inconscientes, es casi seguro que nos convertiremos en un alma perdida. Al despertar en la nueva realidad no sabremos que estamos muertos porque perdimos la consciencia antes de morir. Sólo recordaremos lo inmediatamente anterior al momento de perder la consciencia y, entonces, pensaremos o creeremos que estamos vivos. Continuaremos ejecutando o realizando nuestras actividades habituales y seguiremos concurriendo a los lugares conocidos. Al principio nos sorprenderemos de que nuestros familiares y conocidos no nos presten atención o nos ignoren o no nos contesten cuando les hablamos. Pensaremos que algo extraño está sucediendo o que tal vez todos se han vuelto locos, pero no se nos ocurrirá pensar que nos hemos muerto. Si estoy vivo, si tengo mi cuerpo de siempre, ¿cómo se me va a ocurrir que estoy muerto? ¿Acaso no dijo Descartes

pienso, luego existo? Pienso, luego estoy vivo.

La pérdida de la consciencia antes de morir es fatal para el devenir del alma luego de la muerte, porque causa confusión en el estado pos mortem inmediato. Para el momento en que nos demos cuenta de la situación ya habrán pasado muchos años del tiempo físico y estaremos atrapados en el campo vibratorio de algún familiar o de algún conocido. Nos acostumbraremos a esa situación y, sin darnos cuenta, comenzaremos a influir en la vida de la persona a la cual nos hemos adherido. La obnubilación o pérdida de la consciencia antes de que se produzca la muerte es uno de los motivos más frecuentes por los cuales una persona se convierte en un alma perdida al momento de morir. Precisamente, esto es lo que tenemos que evitar. Necesitamos estar conscientes hasta el último instante de nuestra vida para desprendernos del cuerpo con absoluta lucidez, conscientes de que no nos estamos muriendo sino que estamos abandonando definitivamente el cuerpo que nos sirvió de instrumento de trabajo en esta vida.

La otra muerte que puede complicarnos es la muerte repentina. Las enfermedades, ya sean cortas o prolongadas, a pesar del dolor y del sufrimiento, sirven al propósito de la preparación. En la muerte repentina no hay tiempo de prepararse. La transición es inmediata y, si no hay una cierta consciencia espiritual, sobreviene el shock y el desconcierto. Aún así, si no perdemos la consciencia antes de morir, tenemos la chance de evitar quedarnos atrapados en la atmósfera física. Ello dependerá de nuestra práctica y de nuestra conciencia espiritual alcanzada durante la vida. El abuelo de Raquel murió de forma repentina, sin embargo, él sabía que se había muerto. Se quedó con su nieta por dos motivos; uno, porque Raquel lo llamaba. El otro motivo fue que no se quiso ir con el cura porque pensó que eso no era para judíos. Su propia creencia lo retuvo en el plano físico.

La realidad es que la mayoría de las personas no tiene preparación espiritual previa. En estas condiciones, si la muerte nos sorprende en forma repentina y, sobre todo, en forma violenta, lo más probable es que quedemos atrapados en el desconcierto, como le sucedió a Alberto. Un instante estoy caminando dentro de mi cuerpo y, al otro instante, estoy fuera de él. ¿Qué está sucediendo aquí? ¿Quién es ese doble de mí que está tendido ahí, en el suelo?

Annabelle Chaplin relata que los hombres de la Iglesia inglesa suelen rezar:

“De batallas, asesinato y muerte repentina, libéranos, Señor.”

En el budismo tibetano se reza algo similar. No es casual, ya que ellos saben perfectamente que la muerte violenta y repentina dificulta la transición del alma de la dimensión física a la dimensión espiritual. El estudio de Korotkov, mencionado en el capítulo II, evidencia las dificultades del alma para desacoplarse del cuerpo en las muertes violentas. La actividad energética en esos casos estaba presente en el cuerpo de la persona muerta hasta cuatro días después del momento de la muerte. Esto significa que el alma todavía estaba allí. No importa lo que digan los trazados electroencefalográficos. El proceso de la muerte no termina en el instante en que el trazado es plano ya que eso sólo indica el cese de la actividad del cerebro. Pero la actividad del alma todavía está en pleno desarrollo y no puede ser medida por los métodos convencionales de diagnóstico. En realidad, el proceso de la muerte recién comienza y el desacoplamiento real todavía puede llevar varios días más.

Ahora bien, aunque recemos, no estamos seguros de poder evitar una muerte repentina. De modo que lo mejor que podemos hacer es prepararnos para esta eventualidad haciéndola consciente en nuestra vida cotidiana. Es como prepararse de antemano para una situación de emergencia. Se trata de estar preparado mentalmente para saber qué es lo que hay que hacer ante semejante eventualidad.

Supongamos que emprendemos un viaje, ya sea en avión, en auto, tren o autobús. La posibilidad de un accidente siempre está latente. Entonces, puedo decirme a mí mismo “si llegara a pasarme algo, no me aferraré al cuerpo ni permaneceré aquí. Si llegara a verme fuera del cuerpo, constataré si el cuerpo está vivo o está muerto. Si llegara a ver un doble de mí mismo tirado o mutilado, inmóvil y sin respiración, eso significará que mi cuerpo se murió. No me aferraré a nada; buscaré a los seres que vengan a ayudarme, buscaré la Luz y partiré rápidamente hacia ella sin mirar atrás”.

Si yo instalo esta premisa en mi conciencia, si de improviso me encontrara envuelto en un accidente fatal, reaccionaré sabiendo lo que tengo que hacer y no me convertiré en un alma perdida.

Hay personas que prefieren morir en forma repentina. El argumento que suelen

esgrimir es, casi siempre, el mismo: Cuando me llegue la muerte no quiero darme cuenta. Justamente, eso es lo que sucederá. La persona no se dará cuenta y tampoco se dará cuenta de que está muerta.

Como imagino que ya se lo deben de estar preguntando, les diré que, aparentemente, no ocurre lo mismo cuando se muere dentro del sueño natural. Para comenzar, no se trata de una muerte repentina. En segundo lugar, es probable que el alma aproveche esa circunstancia para desprenderse más fácilmente ya que, durante el sueño, normalmente hay un cierto grado de desprendimiento. Hasta ahora no me he encontrado con almas perdidas cuyo cuerpo hubiese muerto de esta manera. Claro que esto no impide que pueda ocurrir, pero ¡atención! No es lo mismo morir durante el sueño natural que con la conciencia obnubilada por drogas, alcohol, anestesia general o estado de coma.

Todo lo expuesto nos lleva a revalorizar la trascendencia del acto de nuestra muerte, como ya lo he expuesto anteriormente en El viaje del alma. La muerte es un acto sagrado y debemos exigir y ejercer nuestro derecho a morir en forma consciente sin que nada ni nadie nos perturbe para que podamos volver a la Luz sin complicaciones. Esto significa aceptar el curso natural de los acontecimientos cuando estamos ante un proceso irreversible y no emprender maniobras de salvataje o gestos que puedan ocasionar sufrimiento inútil. La experiencia del abuelo de Salvador es harto elocuente de lo que estamos hablando.

Hagamos de nuestra muerte una ceremonia, un acto sagrado y glorioso.

Si nos toca vivir la muerte de un ser querido debemos ayudarlo a desprenderse sin negar ni reprimir el dolor que nos ocasiona su partida. No debemos hacer nada para retenerlo. No le pidamos que se quede con nosotros. Los vivos son drenados de vitalidad cuando están unidos a los muertos. Mientras un muerto permanece en el plano físico necesita tomar energía de los vivos. Si le pido a mi abuelo o al ser amado que se quede conmigo, terminaré siendo victimizado por la persona a la cual amo y sufriré física, mental y emocionalmente. Dejemos de lado el egoísmo y ayudémoslo a nacer del otro lado. Será lo mejor para todos los seres involucrados. Hay pequeños detalles que pueden ayudar a una persona a hacer su pasaje al más allá con éxito. Se requiere mantener silencio y no perturbar el cuerpo en las primeras horas para que su conciencia no se distraiga.

Jean Markale cuenta que, en la tradición céltica, había una regla absoluta: asistir

a la agonía de un miembro de la comunidad para ayudarlo en el pasaje a morir. Así se aseguraba la muerte en las mejores condiciones posibles, garantizando tanto el evitar el sufrimiento físico como la inmunidad frente a las fuerzas oscuras. En Morran y en Bretaña (Francia) se dejaban caer algunas gotas de una vela caliente y líquida sobre la cara del muerto a fin de activar la separación del alma del cuerpo. En las sociedades rurales se recomienda no arreglar la habitación del difunto ni hacer ruido en la casa. Detener los relojes y campanillas hasta el regreso del cementerio para no distraer el alma. Con el mismo fin se suelen cubrir los espejos y todas los objetos brillantes susceptibles de impedir al alma del difunto de tomar su vuelo o de desviarlo.

Los libros de los muertos de los mayas y egipcios como el de los tibetanos son una muestra más de una metafísica diseñada para auxiliar el alma del difunto en su viaje de regreso a la Luz. Sin embargo, en nuestra sociedad no necesitamos leer ningún libro extraño. Es suficiente con que nos dirijamos a la persona en trance de morir hablando desde el corazón, acompañándola, reasegurándola de que todo estará bien y permitiendo que manifieste sus impresiones y, sobre todo, sus posibles visiones. Cuando la persona sabe que va a morir ya no necesita mantener la atención en el cuerpo. Sin siquiera darse cuenta, transforma el modo de percibir la realidad. Ya no necesita gastar energía para mantener el cuerpo vivo. Ahora, su conciencia está libre para percibir planos más sutiles y puede ver cosas y seres de la dimensión espiritual porque ya se halla parcialmente desprendida. No se trata de alucinaciones, simplemente está participando de dos planos de existencia al mismo tiempo. Muchas personas ven cosas en los momentos previos a su muerte, pero no se atreven a decirlo por temor a que los familiares y los médicos piensen que están delirando. Si permitimos que el moribundo comparta con nosotros sus vivencias, lo asistiremos y, al mismo tiempo, nos estaremos preparando para el momento de nuestra propia muerte. La muerte, vivida así, se convierte en una ceremonia, en un ritual y, dentro del dolor de la separación, experimentaremos un genuino bienestar y una paz absoluta producto de la serenidad de nuestra alma.

Hemos llegado al final de la experiencia de este libro. Una vez más nos encontramos en el momento de la despedida y probablemente todavía podría seguir reflexionando. Las conclusiones a las que no haya arribado aquí podrán obtenerlas ustedes mismos. Leyendo entre líneas, repasando las historias de estas almas, seguramente encontrarán respuestas para los interrogantes que no hayan sido saciados aquí.

Lao Tsé decía que los muertos influencian sobre los países, sobre los gobiernos y sobre las guerras. Esto es así porque las entidades desencarnadas terminan formando campos de influencia que actúan a distancia sobre los seres vivos. Nuestro planeta está hoy sometido a una ola de violencia, odio, dolor y devastación como nunca antes se había visto. Miles de personas mueren a cada día en forma masiva y en condiciones aberrantes. Esto significa que miles de almas se suman a diario a ese campo de energía de dolor, odio, resentimiento y deseo de venganza, incitando a los pueblos a continuar con las guerras y con la violencia. Si bien nuestro trabajo terapéutico es un trabajo hormiga, cuando ayudamos a las almas perdidas a regresar a la Luz, también estamos contribuyendo a la sanación de nuestro medio ambiente y del planeta. Estamos limpiando y sanando el campo astral que nos rodea.

Obviamente, no podemos ayudar uno por uno a todos esos seres que desencarnan en forma masiva y violenta. Pero podemos rezar por ellos, podemos pedir la Gracia de la Luz, la salvación y la liberación para ellos. Una plegaria sola no es nada, pero miles de plegarias ayudan mucho. Es energía de amor y de luz que se desprende y ayuda a estos seres a despertar a su nueva realidad.

En el mismo capítulo Lao Tsé afirmaba, además, que un buen gobierno es aquel que logra establecer la paz también en este terreno. Todavía falta mucho para llegar a esa instancia, pero la evolución de nuestra conciencia, entre otras cosas, nos conducirá hacia allí. Algún día lo lograremos y, entonces, viviremos en otro planeta, pero claro, esa es otra historia.

Gracias por acompañarme hasta aquí.

José Luis Cabouli

Apéndice I

Recomendaciones para terapeutas

Lo primero que necesita el terapeuta para trabajar con almas perdidas es aceptar e incluir en su campo de experiencia la realidad del mundo espiritual. De hecho, el propio trabajo con estos seres nos obliga a tomar consciencia de esta realidad. El terapeuta descubrirá pronto que este es uno de los aspectos más maravillosos, fascinantes y gratificantes de su tarea profesional. Como terapeuta, uno está acompañando al paciente, pero, al mismo tiempo, estamos hablando con un ser invisible y entramos en relación directa con la dimensión espiritual. Ya no se trata del campo de experiencia habitual del terapeuta. Estamos en relación con otra dimensión a la cual no accedemos todos los días y de la cual podemos aprender mucho.

En segundo lugar, el terapeuta necesita comprender y aceptar que el síntoma que presenta el paciente puede ser el efecto de la acción de una entidad desencarnada y, finalmente, tiene que aprender a reconocer este fenómeno.

Al entrar en contacto con la dimensión espiritual, el terapeuta debe estar atento y preparado porque, seguramente, habrá entidades que intentarán seducirlo o confundirlo. No faltarán aquellas que se presenten como guías o maestros espirituales con la oculta intención de fascinarlo. Aun así, sea cual sea mi creencia al respecto, hay que tener mucho respeto y mucho cuidado para trabajar con esta dimensión.

Hemos visto que hay distintos tipos de almas perdidas y entidades desencarnadas. Sin embargo, cualquier clasificación que intentemos será arbitraria o artificial y también dependerá de nuestro enfoque particular; sólo es válida a modo de orientación y para nuestro manejo operativo. En la práctica clínica siempre nos encontraremos con algo nuevo o diferente.

Hay cuatro cualidades o virtudes básicas que el terapeuta necesita cultivar y desarrollar para trabajar con almas perdidas. Estas virtudes esenciales son: la piedad, el amor, la compasión y mucha paciencia.

Tal como lo afirmé en la introducción, no somos exorcistas. Somos terapeutas y el alma perdida o la entidad, sea lo que sea, es un ser sufriente, aunque a veces nos encontremos con entidades que requerirán que actuemos con firmeza y autoridad. Pero básicamente el ser que se manifiesta es un ser que está sufriendo. Aun aquellos seres que en principio se presentan como muy oscuros o amenazadores, si tenemos la paciencia suficiente para trabajar compasivamente con ellos, tarde o temprano se revelarán en su verdadera personalidad y comprenderemos que todos son seres que sufren. Así, acabaremos por entender que cualquier entidad que puede ser redimida por el amor es un alma perdida más. No debo olvidarme, pues, de que yo soy terapeuta y que seguiré siendo terapeuta con el alma perdida, no importa quién sea, porque lo que estoy haciendo es trabajar con ella como si fuese un paciente más.

Al iniciar el trabajo con un alma perdida tengo que saber que no hay obligación de que el alma se vaya en la primera sesión terapéutica. Es importante tener siempre presente esta premisa, porque es posible que el terapeuta se sienta obligado o presionado por su propia exigencia a que el alma perdida se retire cuanto antes. La mayoría de las veces el alma perdida se irá en la primera sesión, pero, en ocasiones, se requerirá más de una sesión y hasta es posible que no se vaya nunca. Otras veces, es el paciente quien no deja partir a la entidad y yo no puedo obligar a nadie a hacer lo que no quiere hacer. De modo que no tengo obligación de que el alma perdida se vaya a la Luz en forma inmediata. No se otorgan premios porque el alma perdida se vaya en la primera sesión. Tengo que desarrollar la paciencia sabiendo que tarde o temprano, si el paciente lo permite, la entidad finalmente se desprenderá.

Una vez que el alma perdida se ha manifestado, el paso siguiente es establecer un diálogo cordial con ella como si fuésemos amigos. Debo evitar hablar de la Luz en los primeros momentos. Si yo menciono la Luz no bien la entidad se manifestó, ésta sentirá que quiero desalojarla y se negará rotundamente a colaborar. De modo que lo primero es establecer el diálogo y, acto seguido, conocer cuáles son los motivos que el alma tiene para estar allí con la persona y cuáles son sus necesidades.

No debo olvidar que, frecuentemente, el alma perdida ni siquiera tiene consciencia de que su cuerpo se murió y por eso mismo se halla perdida. Así que entonces, en estos casos, todo lo que necesito hacer es ayudar al alma perdida a tomar consciencia de su situación. Generalmente, esto solo es suficiente para que la entidad acceda a partir hacia la Luz.

Otra cosa que tengo que tener presente es que, como no soy exorcista, no voy a echar ni a expulsar a la entidad invasora. Es el alma perdida quien, finalmente, comprende y se va a la Luz por su propia voluntad.

Tampoco debo creerme que yo soy un fenómeno y que el alma se irá por mi talento como terapeuta. La verdad es que yo soy parte de un trabajo que se hace en equipo con la participación de la dimensión espiritual. Como el alma perdida, por su propia situación, no puede ver la Luz, los guías o seres de luz no pueden ayudarla. Así como la mayoría de nosotros no puede ver a las almas perdidas, ellas no pueden ver a los seres de luz. Es ahí donde entramos nosotros a cumplir con nuestra parte, porque el alma perdida puede vernos y escucharnos a nosotros, los seres encarnados. Mi trabajo como terapeuta consiste, entonces, en llevar al alma perdida al punto en que pueda ver la Luz. Una vez que la entidad abre los ojos a la Luz, entra en relación con los seres espirituales que vienen a asistirla, entre los que suelen presentarse familiares ya desencarnados del alma extraviada. Si yo tengo claro este proceso y este trabajo de equipo, sabré lo que tengo que hacer y no correré el riesgo de que la vanidad o la omnipotencia nublen mi capacidad y mi entendimiento.

Nunca, jamás, polemizaré o discutiré con una entidad espiritual. Hacerlo es ir por el camino equivocado y constituye una imprudencia gravísima. Una entidad que se manifiesta por intermedio de un paciente es capaz de producir un acto violento, y yo tengo que velar por la integridad de la persona, de la mía propia y la de mi consultorio. De modo que, no importa lo que la entidad pueda decir, no debo contradecirla nunca y debo darle la razón aunque parezca una barbaridad. En todo momento debo procurar crear y preservar un vínculo de confianza con la entidad. Recuerden que algunos de estos seres vienen acompañando a la persona de otras vidas y tienen una razón poderosa para estar allí. Hasta es posible que la entidad en cuestión haya sido exorcizada previamente y ahora se encuentra a la defensiva y puede reaccionar violentamente al menor indicio de agresión. Quizás el ser fue tratado como un demonio y maltratado por ese motivo. Encontrarse de improviso con alguien que comienza a tratarlo con piedad y con amor es lo que lo desestructura, porque está preparado para el choque, para la violencia, pero no está preparado para el amor y esto es lo que lo confunde y lo desarma. El amor siempre vence y yo debo estar convencido de esto y actuar en todo momento con paciencia y compasión.

Ya sabemos que la mayoría de las entidades que perjudican o perturban a una persona son almas perdidas familiares. De modo que si yo sospecho o tengo

indicios de que el síntoma que presenta el paciente se debe a la presencia de un alma perdida debo precisar en qué momento apareció el síntoma y qué eventos ocurrieron antes de su aparición. En particular debo preguntar por muertes en la familia. Si el síntoma o el problema del paciente comenzó luego del fallecimiento de un pariente cercano, es muy probable que el alma del difunto se haya quedado con el paciente. Hay que tener en cuenta también las muertes por suicidio, ya sea que hayan ocurrido en la familia, o si algún amigo o conocido se suicidó antes de que comenzara el síntoma.

Cuando trabajamos con almas perdidas, el trabajo terapéutico no termina con el regreso del alma perdida a la Luz. En primer lugar, luego de la sesión, es muy oportuno que el paciente rece una novena por el alma perdida para completar el desprendimiento. No importa de qué plegaria se trata; hasta puede crearla el mismo paciente. Lo que cuenta verdaderamente es hacerla.

El otro aspecto a considerar aquí es que el paciente debe trabajar terapéuticamente con la causa original que posibilitó la invasión de su psiquis. Esto pudo haber sido un abuso o maltrato en la primera infancia o cualquiera de las causales que hemos detallado en el capítulo II, incluyendo experiencias de vidas pasadas. Claro que esto no siempre es posible. Es más fácil echarle la culpa al alma perdida o al obsesor por los males que se sufren que asumir la responsabilidad de la propia sanación.

Las plegarias

Hemos mencionado la necesidad de completar el trabajo con una plegaria, particularmente una novena. El hecho es que, por lo menos, la plegaria debe hacerse durante una semana y, a veces, se necesitará repetirla. Por mi parte, yo recurro a ellas todo el tiempo. Las plegarias y los rituales para los difuntos se utilizan desde tiempos inmemoriales y en todas las culturas. Son una forma de acompañar al alma del difunto en su pasaje al plano espiritual. Cada ritual tiene su razón de ser en cada cultura o religión, aunque hayamos perdido o ignoremos la importancia de su poder. Y, realmente, las plegarias encierran un poder que es independiente de su concepción religiosa original. Las plegarias, mantras y cantos rituales tienen un poder que emana de su vibración y de la intención de quien las eleva. Básicamente, los rezos ayudan al alma a comprender su nueva situación y a conectarse con la Luz y con seres luminosos que varían según la creencia, pero que en definitiva aluden a lo mismo. Por otro lado, el hecho de que alguien interceda por ella conmueve a la entidad y la predispone favorablemente para dejar el campo vibratorio de la persona. Tengan en cuenta que muchos de estos seres tienen miedo de ir a la Luz, porque creen que serán rechazados o castigados. Rezar por ellos significa abrirles el camino, abrirles las puertas para que ellos puedan ingresar sin temor en el reino de la Luz.

Al momento de utilizar la plegaria durante la secuencia de desprendimiento del alma perdida, hay que tener presente que ésta permanece aferrada todavía a la creencia que tenía cuando estaba en su cuerpo físico. De modo que si el alma perdida era un guerrero sioux o un vikingo o un escriba del antiguo Egipto, no puedo recurrir ni a Jesús ni a Adonai o al Arcángel Miguel, porque estos seres no significan nada para ella. En su lugar tendré que recurrir al Gran Espíritu, Wakan Tanka, Odín u Osiris, por ejemplo. Y, en lugar de ir a la Luz, tendré que hablarle a la entidad de partir hacia el encuentro con sus ancestros o de entrar en los Campos Elíseos o en el Valhalla. Tengo que ser creativo todo el tiempo para asistir al alma perdida en su necesidad.

Aquí va una anécdota que ejemplifica el poder de las plegarias. Cierta vez, una señora me consultó por su hija adolescente, quien presentaba síntomas de depresión y no quería salir de su casa. La familia profesaba la religión judía y los

síntomas de la muchacha comenzaron luego del fallecimiento de su papá. En el judaísmo, es muy importante rezar el Kádish de duelo, en particular durante los primeros siete días siguientes al fallecimiento. Pregunté entonces a la esposa del difunto si se había cumplido con el ritual de los siete días, a lo que me contestó negativamente. Cuando le dije a la mujer que cabía la posibilidad de que el alma de su marido estuviera provocando los síntomas de la hija, la mujer me dijo: Es que yo siento que mi marido está aquí, en mi casa. Ante esta afirmación le indiqué a la mujer que encendiera una vela y que rezara el Kádish en voz alta durante siete días. La vibración del Kádish es muy poderosa y ayuda al alma a conectarse con la Luz.

La mujer hizo lo que yo le indiqué. Durante el tercer y cuarto día experimentó una profunda congoja y ganas de llorar que fueron desapareciendo progresivamente en los días siguientes. Al octavo día me llamó por teléfono para decirme: Mi marido se fue; ya no está aquí. La hija se mejoró sin tomar ni una sesión conmigo. Tal es el poder de la plegaria.

Cuando rezamos, no importa la fórmula, aunque podemos utilizar plegarias conocidas para orientarnos. Para facilitar el trabajo, yo les sugiero a los pacientes la novena al Sagrado Corazón de Jesús, que era una de las favoritas de San Pío de Pietrelcina. Pero lo más importante de todo es orar desde el corazón con la sincera intención de que el alma perdida entre en la Luz.

Protecciones

Todo profesional que trabaje en consulta con pacientes debe protegerse, independientemente de la técnica que emplee. Si el profesional trabaja en un hospital, sin importar la especialidad que ejerza, debe asumir que se encuentra en un lugar de alto riesgo y que debe protegerse al iniciar la labor de cada día. En un hospital, el profesional está expuesto a la inmensa cantidad de almas perdidas que habitan allí. En la consulta privada o individual, el terapeuta corre el riesgo de que la entidad que acompaña al paciente se pase a su campo vibratorio. De hecho, a mí me pasó y le ha sucedido a otros terapeutas. De modo que, antes de iniciar la práctica cotidiana, debo protegerme, pero, ¿cómo hacerlo?

Lo primero que debo saber es que no hay fórmulas de protección que sean absolutamente infalibles. Ya vimos que toda experiencia traumática deja de por sí una debilidad en el campo vibratorio de protección. Si ese trauma no fue sanado, no importa lo que la persona haga para protegerse, siempre tendrá una puerta abierta por donde se pueden colar las entidades. Así que tengo que asumir que mientras no sane mi campo vibratorio siempre seré potencialmente vulnerable al accionar de almas perdidas. No obstante, con la protección puedo reducir y minimizar este riesgo.

Hay muchas fórmulas de protección y cada uno encontrará la más apropiada para sí mismo. Lo que cuenta es hacerlo en forma efectiva y consciente, poniendo la intención en ello y realizándola en forma rutinaria, como cepillarse los dientes al levantarse por la mañana. Entonces, cada mañana, antes de iniciar la labor del día hay que hacerse la protección a uno mismo. Aquí sugiero una que es muy conocida y que consiste simplemente en envolverse en una esfera o en una burbuja de luz azul que corresponde a la vibración del Arcángel Miguel. Lo importante de este acto es que no vale hacerlo mentalmente. Uno tiene que hacer el gesto de envolverse en el color azul y visualizar el azul al mismo tiempo que uno se envuelve. Acto seguido, decreto en voz alta: Está terminantemente prohibido entrar en mi campo vibratorio o agarrarse de mí. Lo que cuenta es la voluntad y la intención. Si trabajo en un sitio de riesgo, puedo hacer lo mismo antes de ingresar al local, ya sea que se trate de un hospital, una oficina de negocios o una fábrica. Tal vez no haya almas perdidas, pero hay muchas

energías mentales dando vueltas en el ambiente.

Desconozco el motivo, pero lo cierto es que a las entidades les fastidia mucho el color azul y no se atreven con él.

El trabajo con seres oscuros esclavizados

En algunas historias hemos visto que, en ocasiones, es necesario liberar primero a las entidades atrapadas por la oscuridad para que el paciente pueda liberarse de su hostigamiento. Vamos a sistematizar aquí los pasos a seguir en estos casos:

Concientizar a la entidad de su condición de esclavo de la oscuridad.

Devolverle al ser esclavizado la consciencia de su origen en la Luz.

Ayudar al ser atrapado a descubrir de qué manera perdió su luz y fue esclavizado por la Oscuridad, porque ése es el momento en el cual el ser entregó su poder y su voluntad.

Cortar los lazos que lo sujetan a la Oscuridad o romper el pacto si ese fuera el caso.

Recuperar la energía y la luz que le fue robada.

Es necesario que el ser se libere de la esclavitud y recupere su poder. Hay que entender que, lo que siempre está en juego es el poder de la voluntad. En todos los niveles de conciencia y existencia el dominio sobre otro se establece sojuzgando su voluntad.

Para ayudar al ser esclavizado a liberarse recurrimos a la ayuda del Arcángel Miguel. Entonces, le decimos al ser esclavizado “Ahora vas a llamar al Arcángel Miguel para que te ayude y te asista en tu trabajo y le vas a decir así: ‘Arcángel Miguel, humildemente te pido que me ayudes a liberarme de la oscuridad que me ha esclavizado. Humildemente te pido que me prestes tu espada de luz para que pueda liberarme por mi propia voluntad’”.

Seguidamente, le indicamos a la entidad que tome la espada de San Miguel y

que, a la cuenta de tres, corte las cadenas o los lazos que lo sujetan. Todo lo que se necesita es devolverle al ser esclavizado por la Oscuridad la consciencia de su propia luz. Una vez logrado esto, el trabajo se desarrollará en forma sencilla, ya que la entidad desea realmente liberarse para siempre de la Oscuridad.

Es interesante observar que, en ocasiones, la entidad no puede hacer este trabajo, sea porque tiene miedo, sea porque le falta la fuerza para hacerlo, sea porque cree que no merece el perdón de la Luz. Esto demuestra que no se trata de un simple juego o de una ficción porque, en verdad, nada impide a la persona que está trabajando simular el corte de las cadenas con una espada imaginaria.

Recapitulación de los pasos a seguir en el trabajo con almas perdidas

Permitir y ayudar al paciente a que el alma perdida se manifieste por su intermedio utilizando su voz y sus cuerdas vocales.

Establecer el diálogo terapeuta-alma perdida en forma cordial y comprensiva.

Determinar si el alma perdida tiene consciencia de su situación. Si lo ignora, ayudarla a darse cuenta de que su cuerpo se ha muerto.

Averiguar cuál es el motivo por el cual el alma perdida o la entidad acompaña al paciente. Determinar cuáles son sus necesidades.

Si se trata de una relación kármica guiar al paciente para que tome contacto con la experiencia donde él dio inicio a la acción original.

Si el paciente fue el agresor en una vida pasada instruirlo para que le pida perdón al obsesor.

Instruir al alma perdida sobre el mundo de la Luz y sobre el ciclo de la reencarnación.

Interceder por el alma perdida ante el Creador elevando una plegaria pidiendo por su aceptación en la Luz.

Una vez que el alma perdida está dispuesta a ir hacia la Luz acompañarla con plegarias hasta que se desprenda del paciente.

Si se trata de una entidad esclavizada ayudarla a liberarse y recuperar su luz y su poder.

Indicarle al paciente que rece una novena luego del trabajo pidiendo la gracia de la Luz, el perdón y la salvación para el alma perdida.

¡Buena suerte!

Apéndice II

Hallazgos mediante la bioelectrografía

Por Raúl Torres*

Necesitamos un nuevo paradigma holístico de la ciencia que vaya más allá del acercamiento molecular. Este paradigma debe incluir interacciones de largo alcance en los sistemas biológicos de los seres vivos. Esto nos permitirá entender mejor las características complejas, dinámicas y creativas de la actividad biológica y nos proporcionará nuevas perspectivas en el conocimiento de la naturaleza de la enfermedad considerando a ésta en términos de disturbios en la coordinación y en la coherencia de un sistema vivo.

Al estudiar mediante este nuevo paradigma la transición del estado normal al estado patológico, se puede observar el resultado del disturbio o de la coordinación perfecta de un organismo y su armonía con el medio. Generalmente, el diagnóstico clínico revela una enfermedad en su fase bioquímica y biofísica cuando el organismo ya ha experimentado un cambio significativo. Sin embargo, la causa inicial del disturbio sigue oculta, puesto que las alteraciones energéticas son inadvertidas por los métodos de diagnóstico tradicionales.

La medicina convencional está limitada al acercamiento mecánico y nos conduce solamente en la dirección del resultado final de la enfermedad. En muchos casos, la medicina desconoce al organismo como a un sistema interactivo que responderá en su totalidad a cualquier estímulo. Los organismos vivos son sistemas abiertos que intercambian energía e información e interactúan continuamente con el ambiente.

Usando la bioelectrografía como método de información de alteraciones, puede obtenerse un análisis integral de la salud de las personas, de su estado psicológico y del estado armónico o inarmónico. El método se basa en estudiar

la información derivada de los dedos de ambas manos, de los dedos de ambos pies, lóbulo de las orejas, pezones y pene.

La bioelectrografía se origina en el efecto Kirlian, que fuera descripto por primera vez por el alemán Lichtemberg en 1777. Ya es conocido que todos los seres animados e inanimados irradian un halo luminoso invisible al ojo humano que corresponde a su campo bioeléctrico. Al someter este campo a una determinada corriente eléctrica, éste emite luz volviéndose visible. A fines del siglo XIX, el investigador bieloruso Jakov Nardkevitch logró fijar esta luminiscencia en una placa fotográfica. En 1939 Semion Davidovitch Kirlian descubre que un campo eléctrico de alto voltaje hace visible esta luminiscencia. Desde entonces, se conoce como efecto kirlian la objetivación por medio de aparatos de este halo luminoso que surge de la superficie del objeto estudiado al colocarlo en un campo eléctrico de alta tensión. La imagen que se obtiene con la cámara kirlian se denomina bioelectrografía (Beg), ya que ésta se logra sin intervención de la luz ni de una lente. Una Beg es entonces un registro del campo bioeléctrico en una película fotográfica que se obtiene sin intervención de la luz ni de lentes, por contacto directo del objeto de investigación con la emulsión sobre una placa conductora a través de la cual se hace pasar una corriente eléctrica transformada en frecuencia oscilatoria alta. Esta frecuencia oscilatoria excita los electrones del campo electromagnético del sujeto, provocando en ellos la emisión de fotones. Son estos fotones emitidos por los electrones excitados los que impresionan la emulsión fotográfica, obteniéndose así una fotografía de un instante del campo electromagnético del sujeto.

Aunque existe el concepto generalizado de que la Beg es una fotografía del aura, en realidad no es así. La Beg captura una radiación de calor que puede ser parte del aura, pero no es el aura en sí misma. Esta radiación que se objetiva con la Beg no va más allá de dos o tres milímetros, mientras que el aura es de mayor amplitud. Una Beg es la imagen del campo de energía de un dedo o del objeto estudiado, pero también es un campo de información para quien sepa interpretarlo.

Esta nueva tecnología se basa enteramente en paradigmas científicos modernos. Utiliza la observación del campo electromagnético y/o energético de baja intensidad que circunda un objeto, el cual produce una radiación de calor. Por medio de la Beg ese resplandor puede ser considerado y medido. La descarga se observa independientemente de la naturaleza del objeto, por lo tanto se pueden obtener muestras de cualquier elemento, como un metal, una piedra o una planta.

Cualquier esencia biológica muestra su propio aspecto único.

Este sistema revela características de un ser vivo o de cualquier objeto imposibles de determinar por otras técnicas. Por otra parte, permite observar cualquier cambio energético que ocurra. En los seres vivos es posible determinar la influencia de diversos factores, tales como un medicamento, un alimento determinado o el medio ambiente. El método revela la reacción compleja de un organismo ante diversas influencias y/o estímulos. Asimismo, permite la supervisión del nivel de la entropía de un organismo en su totalidad y de sus diversos sistemas y órganos. Además de la evaluación cuantitativa objetiva del nivel de ansiedad de las personas, permite hacer un pronóstico del proceso de una enfermedad y/o riesgo de enfermar; determinar el efecto de diversas terapias y medicamentos durante el tratamiento; estudiar las reacciones de un individuo ante la influencia de técnicas orientales, deportes, luz, sonido o campos magnéticos. Por otra parte, posibilita el estudio de los cambios estructurales del agua y de otros líquidos biológicos como la sangre, la saliva y la orina.

Cada órgano físico, cada función de la mente y del cuerpo tienen su efecto exacto en la zona fronteriza y en la corona en la Beg. Por medio de la lectura de estas áreas podemos determinar el mal funcionamiento de cada uno de los órganos del cuerpo mucho antes de que los síntomas físicos lleguen a ser evidentes.

La bioelectrografía permite investigar la salud y el estado psico-emocional de un individuo y conocer sus cambios en el momento exacto, como así también la influencia favorable o desfavorable de diversas drogas medicinales. Se ha comprobado también que permite observar las características energéticas de las plantas, de los cristales y de los minerales y su influencia recíproca con la gente que opera con ellos.

Por este método he obtenido datos muy interesantes de la compatibilidad de la energía entre diferentes personas, lo que crea nuevas e interesantes perspectivas, especialmente cuando se trata de trasplantes de órganos. Una persona puede ser orgánicamente compatible con otra, pero si energéticamente el receptor es inarmónico con el donante, el cuerpo físico hará el rechazo contra el huésped.

Concentrándonos en el tema que nos ocupa en este apéndice, en las Beg suelen aparecer ciertas imágenes a las que he denominado campos interferentes, porque tienen la capacidad de generar alteraciones energéticas que se evidencian en el

comportamiento físico, mental y emocional de las personas. La incógnita es: ¿de dónde provienen estos campos interferentes y por qué son imposibles de captar con otros aparatos de diagnóstico?. ¿Es posible que se registren en las RX y se descarte su presencia confundiendo la imagen con un defecto de placa?

Hasta hoy sostengo tres posibles orígenes de estos campos interferentes:

Pueden provenir de cualquier parte del cosmos.

Pueden ser generados y dirigidos por energías inteligentes.

Pueden ser creados por nosotros mismos.

¿Serán en algunos casos seres extraños, quizás fascinantes habitantes del cosmos, lo que observamos en las bioelectrografías? Estos campos interferentes presentan condiciones energéticas raras que desconocemos en la tierra. Por medio de la Beg es claro que parasitan el campo bioeléctrico de los seres vivos, obteniendo energía de éstos. Constituyen otras formas de vida de origen desconocido, lo cual supera los conocimientos que sustentan las leyes de la física y de la química. Considero que investigar sobre los campos interferentes es de tal importancia que constituye un desafío de gran magnitud para la ciencia.

Las formas desconocidas que se observan en las bioelectrografías constituyen un misterio, pero su existencia es incuestionable, a pesar de ser invisibles para el ojo humano. Sus huellas quedan impresas en las emulsiones de los negativos fotográficos. Adoptan diversas formas y para mayor desconcierto de los investigadores, parecen comportarse de forma inteligente. En algunos casos, hasta pueden ser captados con cámaras fotográficas comunes y su tamaño y color puede ser modificado permanentemente. Parecen constituir sistemas de vida de otras dimensiones. En nuestro plano físico, podrían considerarse como formas intrusas que interfieren nuestro campo electromagnético. Estas presencias parecerían indicar que existen otros habitantes inteligentes que ocupan este planeta, con los cuales quizás tenemos diferencias moleculares y carecen de un cuerpo denso como el nuestro. Es posible que estos campos interferentes que cohabitan con nosotros en el planeta Tierra sean parásitos energéticos que se alimentan de la energía de otros elementos biológicos que

pueblan el planeta. Son capaces de conservar su campo energético propio e incluso de mantenerse vivos dentro del nuestro y en toda forma viviente.

Algunos de estos campos interferentes corresponderían a fragmentos de almas de personas que han fallecido. Para develar esta incógnita decidimos realizar una investigación de campo con mi amigo el Dr. José Luis Cabouli, que ha dedicado gran parte de su vida profesional a tratar las perturbaciones que se generan en las personas que son parasitadas por estos campos. Dedicamos más de dos años a esta experiencia, la cual se fundamentó en tomar exposiciones de Beg al paciente, a José Luis que dirigía el trabajo terapéutico y a mí mismo que me encargaba de obtener los registros. Los controles se realizaban a partir del momento en que llegábamos al lugar de trabajo, cuando arribaba el paciente, al iniciar la regresión, cuando se manifestaba la presencia de la entidad actuante, durante el diálogo con la entidad, en el momento traumático del desenlace cuando se trataba de una experiencia de vida pasada, transcurridos algunos minutos de culminado el trabajo terapéutico y al retirarnos.

Las modificaciones que experimentan las fronteras y las coronas de las imágenes obtenidas en estas experiencias son incuestionables. Hemos obtenido material suficiente para demostrar la existencia de estos campos desconocidos, muchos de los cuales corresponderían a fragmentos de almas que por causas especiales quedarían parasitando a algunas personas. Si bien el método utilizado recién se está incorporando cómo coadyuvante de diagnóstico en las ciencias médicas, no por ser poco convencional deja de ser creíble, ya que es una imagen perfectamente demostrable dentro de las leyes de la física cuántica que con sus postulados permite aseverar que estos campos son reales.

En el mundo energético inmaterial todo es energía e información. Esto significa que es imposible entender la realidad sólo con los sentidos del mundo material. En el lenguaje cuántico podemos decir: “lo que vemos como real, es irreal; lo que vemos como sólido está formado por partículas subatómicas que carecen de solidez”. Son paquetes u ondas de energía e información. Einstein dijo que llega un momento en que todo lo que existe es una forma de energía. Estas afirmaciones indican que debemos repensar sobre lo que entendemos por realidad. Creemos que el mundo es tal como lo observamos y esto es erróneo. Percibimos de acuerdo a lo que nuestras propias vibraciones nos permiten percibir. Los sentidos físicos vibran en una frecuencia más lenta que el movimiento de las partículas elementales. Por esa causa captamos solamente la información proveniente de los sentidos, pero si pudiéramos contemplar

frecuencias que vibraran dentro de otros rangos estaríamos en condiciones de ver otras formas de la materia. Si lo que vemos o percibimos supera nuestra capacidad de entendimiento, lo negamos. Y a quienes se atreven a decir que pueden ver más allá de los parámetros conocidos, los rechazamos. Es más fácil desestimarlos que tratar de entender como real lo que desconocemos.

Por medio de ejercicios de relajación, meditación o sugestión se pueden profundizar los estados de conciencia y llegar a niveles especiales. En estos estados de conciencia es posible admitir la sensación de tomar contacto con la esencia misma del ser, con el alma o espíritu. Recién entonces podemos constatar que nada es como se percibe en el mundo físico. En esos momentos especiales de la conciencia son inexistentes el espacio y el tiempo tal como los concebimos habitualmente. En los códigos del alma todo es energía. La energía en su forma más pura es eterna, es atemporal, sólo “es”. En este plano de la conciencia se puede entender la presencia de los campos interferentes, entre ellos, los fragmentos de las almas de las personas fallecidas sin cuestionamientos o supuestos.

Estas hipótesis tienen detractores y defensores. Considero que lo correcto es continuar investigando con el objeto de acumular una abundante casuística y experimentación de laboratorio que posibilite explicar claramente la naturaleza de estos fenómenos. De todas maneras, sin descartar el hecho de que se trata de un fenómeno natural, es necesario arribar a una explicación plausible de ser demostrada con rigor científico. En la actualidad constan en mi archivo cientos de estas imágenes, pero son trabajos aislados. La responsabilidad de la ciencia en este nuevo campo consiste en ofrecer todos los recursos que posibiliten el estudio de estos campos interferentes, su comportamiento y las alteraciones que puedan provocar, como así también los motivos que los llevan a parasitar los elementos biológicos, incluidos los seres humanos. Se trata de energías extrañas que se comportan con inteligencia y es probable que actúen según fines preestablecidos o quizás sólo les proveamos la energía suficiente para su subsistencia.

A continuación vamos a examinar algunos hallazgos obtenidos en nuestro estudio de investigación, partiendo de una Beg considerada normal, y que evidencian en forma inobjetable la existencia de campos interferentes que tienen la capacidad de alterar el campo energético de las personas y producen

sintomatología a nivel físico, mental y emocional.

Si bien es cierto que este método de investigación y diagnóstico no está difundido y aceptado universalmente, provee información que es imposible de obtener hasta el presente por los medios convencionales.

Es necesario aclarar que las bioelectrografías están orientadas según un método de lectura de mi autoría. La orientación y la lectura son diferentes de los métodos clásicos.

* Raúl Torres es investigador y máster en bioenergoterapia.

Bibliografía

Ancilli, Ermanno, Diccionario de espiritualidad, Tomo I, Herder, Barcelona, 1987.

Bach, Edward, Bach por Bach, obras completas, escritos florales, 6ª, Continente, Buenos Aires, 2001.

Baldwin, William J., Spirit Releasement Therapy, 2ª (Terapia de liberación de espíritus), Headline Books, Terra Alta, WV, 2004.

Bontenbal, Rob y Noordegraaf, Tineke, Attachment by living parents (Adherencia por padres vivos), en: Lucas, Winafred, Regression Therapy. A handbook for professionals, Vol. II (Terapia regresiva. Manual para profesionales), Deep Forest Press, Crest Park, California, 1996.

Cabouli, José Luis, El viaje del alma, Continente, Buenos Aires, 2006. Publicado originalmente en 1996 como Muerte y Espacio entre Vidas.

Chaplin, Annabel, The bright light of death (La luz brillante de la muerte), De Vorss & Co. Marina del Rey, California, 1977.

Crabtree, Adam, Multiple Man. Explorations in possession & multiple personality (El hombre múltiple. Exploraciones en posesión y personalidad múltiple), Collins, Toronto, 1985.

Denis, León, En lo invisible, Edicomunicación, Barcelona, 1987. (Edición original, 1903)

Denning, Hazel M., Ph.D., Drawing Entities through anger (Acompañando a entidades a través del enojo), en: Lucas, Winafred, Regression Therapy. A handbook for professionals, Vol. II (Terapia regresiva. Manual para profesionales), Deep Forest Press, Crest Park, California, 1996.

Fiore, Edith, La Posesión, Edaf, Madrid, 1988.

Franco, Fidel, Efecto de los campos de energía sobre el ser humano, Ediciones

Índigo, Barcelona, 1999.

Grant, Joan y Kelsey, Denis, Many lifetimes (Muchas vidas), Ayer Co. Publishers, 1994. Reimpresión de la edición de Gollancz, 1974 (edición original, 1967).

Ingerman, Sandra, Recuperación del alma, Sanando el alma fragmentada, Círculo Chamánico, Buenos Aires, 1995.

Ireland - Frey, Louise, M.D., Clinical Depossession (Desposesión clínica), en: Lucas, Winafred, Regression Therapy. A handbook for professionals, Vol. II (Terapia regresiva. Manual para profesionales), Deep Forest Press, Crest Park, California, 1996.

Kardec, Allan, El Libro de los Médiums, Kier, Buenos Aires, 1984. (traducido de la sexta edición francesa, 1863).

Kardec, Allan, El Cielo y el Infierno, Visión Libros, Barcelona, 1983.

López Martínez, Juan José, La Respuesta está en el Alma, Ediciones Índigo, Barcelona, 2006.

Lucas, Winafred B. Ph.D., Releasement of entities resulting in physical healing (Desprendimiento de entidades resultante en sanación física), en: Lucas, Winafred, Regression Therapy. A handbook for professionals, Vol. II (Terapia regresiva. Manual para profesionales), Deep Forest Press, Crest Park, California, 1996.

Maimónides, Guía de descarriados, Ediciones Obelisco, Barcelona, 1997.

Markale, Jean, Contes de la Mort des pays de France (Cuentos de la muerte de los países de Francia), Albin Michel, Paris, 1992.

Naysmith, Kenneth J., Ph.D., Possession by the living (Posesión por los vivos), en: Lucas, Winafred, Regression Therapy. A handbook for professionals, Vol. II (Terapia regresiva. Manual para profesionales), Deep Forest Press, Crest Park, California, 1996.

Perry, Foster, When lightning strikes a hummingbird. The awakening of a healer, Bear & Co. Santa Fe, NM, 1993. (Cuando un rayo alcanza a un colibrí. El

despertar de un chamán, Nuevo extremo, Buenos Aires, 2003.)

Powers, Rhea, Hacia la Luz, Errepar, Buenos Aires, 1993.

Rosaspini Reynolds, Roberto, Shamanismo. Pasado y presente, Continente, Buenos Aires, 1998.

Rossetti, Francesca, Conozca sus vidas anteriores, Martínez Roca, Barcelona, 1995.

Sánchez Quintana, Fernando, Aura y Ciencia, Mandala, Madrid, 2000.

Satprem, Sri Aurobindo o la aventura de la consciencia, Instituto de Investigaciones Evolutivas, Irún, 1999.

Sheldrake, Rupert, La presencia del pasado, Kairós, Barcelona, 1990.

Wickland, Carl A. M.D., Thirty years among the dead (Treinta años entre los muertos), Reimpresión por Health Research, Mokelumne Hill, California, 1963 (edición original, 1924).

Wolf, Fred Alan, La búsqueda del águila, Los Libros de la Liebre de Marzo, Barcelona, 1995.

Para comunicarse con el autor:

Su correo electrónico: dr.joseluiscabouli@gmail.com

Para España: joseluiscabouli.espania@gmail.com

www.vidaspasadas.com.ar

Facebook: @terapiasdevidaspasadasdoctorcabouli

▪

Cabouli, José Luis, Dr.

Terapia de la posesión espiritual : técnica y práctica clínica / José Luis Cabouli, Dr. - 1a ed . - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Continente, 2020.

Libro digital, EPUB

Archivo Digital: descarga

ISBN 978-950-754-680-8

1. Filosofía del Espíritu. I. Título.

CDD 133.901

▪

Primera edición, diciembre 2019

Primera edición digital, marzo 2020

Diseño de cubierta: Gustavo Macri

Diseño de interior: Carlos Almar

Corrección: Ronaldo Pellegrini

ISBN: 978-950-754-680-8

Pavón 2229 (C1248AAE) Buenos Aires, Argentina

Tel.: (5411) 4308-3535 - Fax: (5411) 4308-4800

www.edicontinente.com.ar

e-mail: info@edicontinente.com.ar

Libro de edición argentina

Conversión a formato digital: Libresque

Otros títulos de esta editorial

DR. JOSÉ LUIS CABOULI

LA VIDA ANTES DE NACER

VIAJE AL ORIGEN DE NUESTRA HISTORIA PERSONAL





La vida antes de nacer

DR. JOSÉ LUIS CABOULI

DR. JOSÉ LUIS CABOULI

EL VIAJE DEL ALMA

EXPERIENCIAS DE LA VIDA ENTRE LAS VIDAS

7ª EDICIÓN

Ediciones Continente

El viaje del alma

DR. JOSÉ LUIS CABOULI

DR. JOSÉ LUIS CABOULI

ATRAPAMIENTO Y RECUPERACIÓN DEL ALMA

TERAPIA DE VIDAS PASADAS: UN NUEVO PARADIGMA

Ediciones Continente

Atrapamiento y recuperación del alma. Terapia de vidas pasadas: un nuevo paradigma

DR. JOSÉ LUIS CABOULI

DR. JOSÉ LUIS CABOULI

TERAPIA DE VIDAS PASADAS

UN CAMINO HACIA LA LUZ DEL ALMA

TÉCNICA Y PRÁCTICA



Ediciones Continente

Terapia de vidas pasadas. Técnica y práctica

DR. JOSÉ LUIS CABOULI

Ediciones Continente